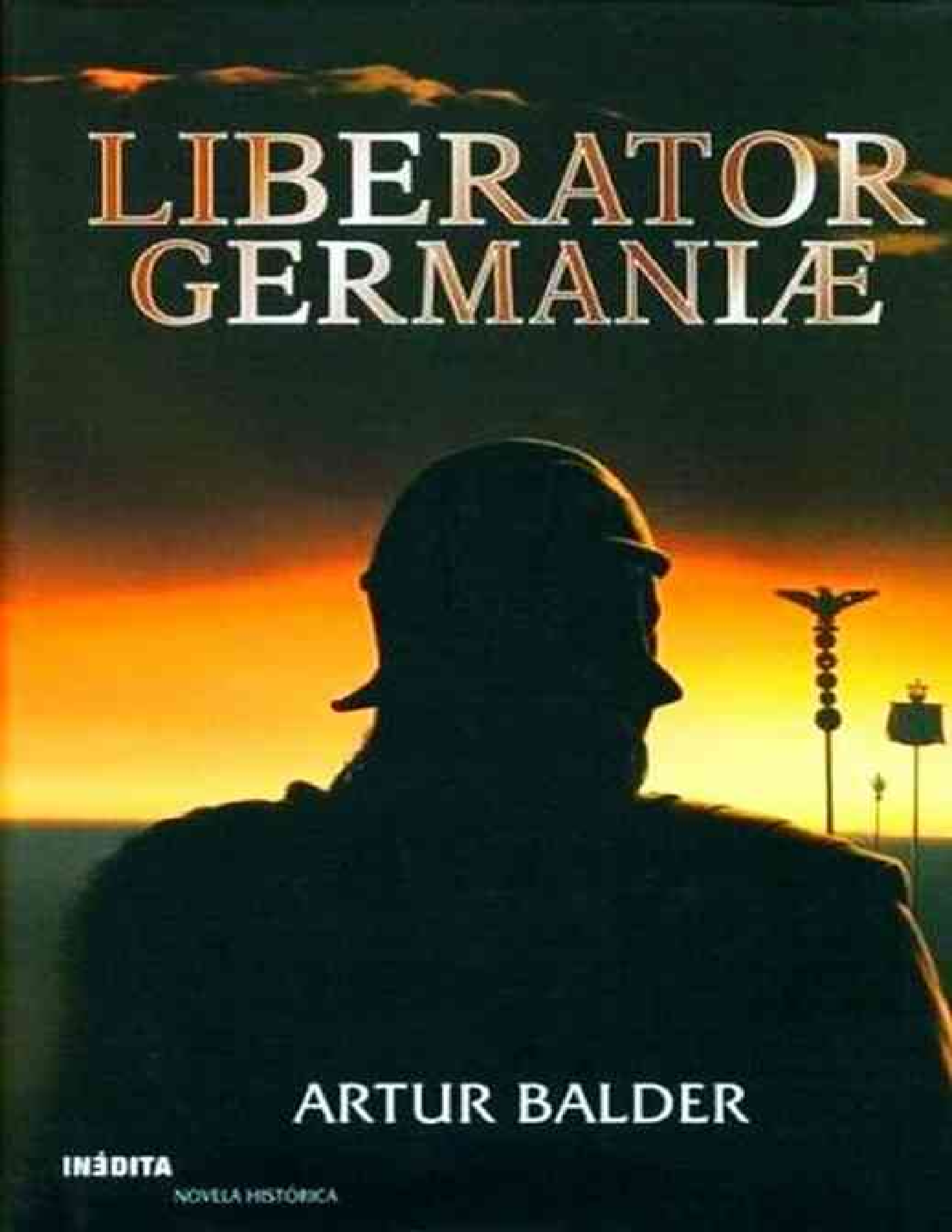
LIBERATOR GERMANIÆ



ARTUR BALDER

INÉDITA

NOVELA HISTÓRICA

LIBERATOR GERMANIAE

(TETRALOGÍA DE TEUTOBURGO - II)

ARTUR BALDER

OceanofPDF.com

Título: Liberator Germaniæ

© 2006, Artur Balder

Serie: Tetralogía de Teutoburgo II

Editorial: Inédita Ediciones

ISBN: 9788496364493

Revisado por: teref

Agradecimientos: a joseiera y monipenny de L@C por el escaneo

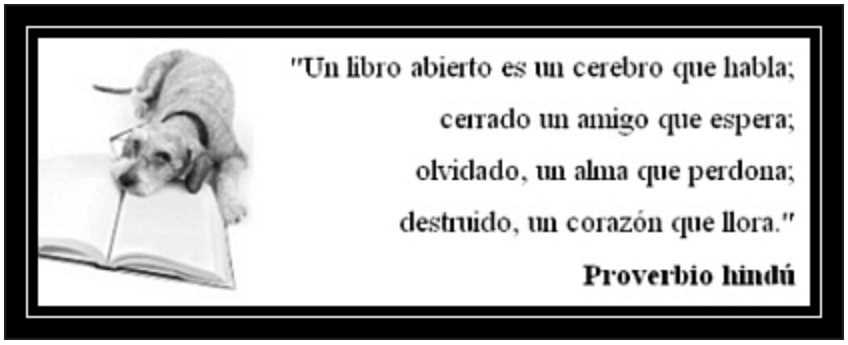
Reseña:

Tras El último querusco, primera parte de la tetralogía, ahora Balder se centra en Arminius, hijo del lider querusco Segimerus, a su regreso a Germania, privado por Segest del matrimonio con Thusnelda.

Después de una larga estancia en las legiones, que le ha llevado a conseguir la ciudadanía romana y el rango de tribuno de caballería, Arminius decide, contra toda lógica, cambiar el curso de la historia y enfrentarse a los ejércitos de Augusto.

OceanofPDF.com

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas epubcheck 1.1 y FlightCrew v0.7.1.
Si deseas validar un ePub On Line antes de cargarlo en tu lector puedes hacerlo en
http://threepress.org/document/epub-validate



OceanofPDF.com

Arminius,
liberator haud dubie Germanice
et qui non primordia populi Romani,
sicut alii reges ducesque,
sed florentissimum Imperium lacessierit,
proeliis ambiguas,
bello non victus...

Gira así la rueda para los hijos de Drusus:
El último tiene lo que el primero merece,
El segundo prepara un baño al primero,
El primero se pudre donde el último florece.
Tres águilas en el cielo se ahogarán,
Y el cachorro de la loba que hoy acosan
Mañana sus alas a dentelladas arrancará.
Corrompidos caerán los frutos del Árbol Claudio,
Cuando la Diosa de Roma pode sus ramas.
Un cachorro sangriento y plumas imperiales,
Un idiota consagrado por el sacrificio
La que gobernará el Secreto de Vesta,
Sin quererlo, salvarácorno imperial novicio.
Veneno del Rómulo hecho Quirino enfurecido
Rociaráen los sueños del segundo César,
Y la misma loba que a Rómulo amamantó

Cría hoy al cabelludo vástago de Sísifo.

OceanofPDF.com

V A. C – IX D. C.

LA SOMBRA DE DRUSUS

(IV)

Dos veces recibí la ovación y tres veces celebré el triunfo curul,

Y fui aclamado veintiuna veces Emperador,

Decretándome luego el Senado muchos triunfos que rechacé.

Depuse once fasces de laurel en el Capitolio,

Deshaciendo asílos votos que hice en cada una de las guerras.

Cincuenta y cinco veces el Senado decretórogativas a los dioses inmortales,

Por las felices empresas cumplidas por mío por mis legados bajo mis auspicios.

Alcanzaron a ochocientos noventa los días en los cuales,

Por decreto del Senado, fueron pronunciadas oraciones en mi nombre.

En mis triunfos fueron transportados delante de mi carro nueve reyes o hijos de reyes.

Res Gestæ Divi Augusti

OceanofPDF.com

I

V A.C. EN EL MONTE GAURUS

Tres águilas se desplegaron en el aire, dominando el cielo con grandes círculos.

Las laderas del monte Gaurus, próximo a Cumæ, bajaban abruptamente de los riscos empinados y roqueros. Sus escarpadas moles volcánicas se asomaban por encima de los campos de Campania, mirando hacia la bahía de occidente, donde muchos años atrás Æneas había desembarcado para consultar el oráculo de la popular sibila, llamada Demófila. Los pinos sombríos susurraban agrupados en espesas y agrestes arboledas, como si no hubiese pasado el tiempo tras aquel día; desde el aire, sólo eran manchas y latigazos oscuros. Todo era igual que centurias atrás en Cumæ. No por casualidad los griegos denominaron *gauros* a la mole volcánica que había atraído el interés de los adivinos. Y las águilas que moraban en sus riscos de lava reseca fueron tan sagradas como el Averno y sus fumarolas, bocanadas del tartáreo submundo que arrullaban el sueño premonitorio de las sibilas; tan sagradas como los estandartes de las legiones y como las mujeres que habían redactado los Nueve Libros Sibilinos eran las águilas que vigilaban los cielos de la montaña mágica.

Los árboles susurraban al amanecer en el aire seco de Campania. Un horizonte tranquilo, arrugado por las escarpias pétreas de la zona costera, se prolongaba antes de que la vista se arrojase por encima de un imperturbable Mare Tuscum, bajo la creciente claridad del áureo *lubricus*. El cielo, no obstante, no tardaría en dar por finalizado el espectáculo, pues una cubierta de nubes lluviosas se amontonaba por encima de los montes del interior.

En una cueva de la ladera, sobre los prados del risco, una loba había echado su carnada al mundo. Uno de los cachorros, negro como las entrañas abrasadas del legendario monte en el que había nacido, abandonó el amparo de las sombras al escuchar algo que se parecía al reclamo de la madre. Se adentró en las altas hierbas y gimoteó en busca del olor familiar. Sus hermanos lo miraron, pero no lo siguieron. Atento, se detuvo tras unos pasos audaces, volvió a escuchar el canto, y reanudó la marcha. Unos gritos en lo alto lo alertaron. Retrocedió confundido y sintió el peligro en el cielo.

Las alas de una repentina tormenta se abatieron sobre él. El viento que levantaban no era natural y removía la hierba. El diminuto cachorro se revolvió aterrorizado, para descubrirse en las garras de una muerte segura. La silueta del ave se alzó sobre él, con el plumaje del cuello empenachado por la brisa de oriente, extendiendo dominante sus alas, con las que parecía voltearlo de un lado a otro, más poderosa que el sol. El grito del águila cazadora lo paralizó. Su anuncio fue saludado por otras dos compañeras de su misma especie, que descendieron vertiginosamente no muy lejos. El cachorro sintió una punzada en el tierno lomo, cuando las uñas cortantes de su captora lo atrapaban, arrugando su pellejo con un solo pellizco. No fue necesario recurrir al golpe seco del mortífero pico; tan inofensiva era la presa. Gañía el imprudente cachorro de los lobos, mientras la sangre empezaba a humedecerle el tupido pelo negro.

No muy lejos, la madre del lobato, protectora y vigilante, echó a correr sacudida por el instinto. Oteó la ladera en medio de una desesperada carrera, dispuesta a romper el cuello del viejo enemigo de una dentellada. Pero cuando sus ágiles saltos la llevaban de roca en roca como sólo las madres lobas saben hacer, el águila levantaba el vuelo allá delante, soberbia e indiferente a la tragedia; invadió el aire, que era su reino, posando la mirada en un sol que sólo ella podía mirar fijamente a los ojos sin quemarse, arrastrando consigo a la presa. Ascendió enérgicamente tras las escabrosas cimas del Gaurus y se ocultó en un manto de nubes indistintas; el mundo se volvió gris y comenzó a lloviznar.

La loba volvió a la madriguera con los ojos llenos de esa estoica tristeza animal que los hombres no entienden. Nunca más volvería a respirar el olor de ese imprudente y descarriado cachorro.

Mas, a menudo, al más imprudente y descarriado otorgan los dioses un singular destino.

OceanofPDF.com

II

V A.C. TEMPLO DE APOLO, MONTE GAURUS

Germánico, Livila y Claudio, los hijos de Drusus Claudio Nerón, habían sido conducidos por los augures, a instancias de su abuela Livia y de su madre Antonia la Menor, hasta la ciudad llamada Cumæ, y desde ella, una lluviosa mañana, hasta las faldas del monte Gaurus.

Allí había una caverna solitaria al pie de uno de los afilados riscos superiores, desde cuya corona rocoso nido de águilas desde tiempos inmemoriales, se divisaba majestuosamente el vasto paisaje de Campania y el Mare Tuscum en occidente. Era el mismo lugar en el que Æneas, según Virgilio, había consultado a la famosa sibila Demófila de Cumæ, en el oráculo de Apolo, digno de ser comparado con los legendarios oráculos griegos de Delfos, de Eritrea o de Samotracia. Aquella divina profetisa escribía sus mágicos versos en las hojas de un corpulento laurel que crecía junto a su cueva. Contaban las leyendas que, de vez en cuando, Apolo soplaba un viento huracanado y arrancaba las verdes hojas proféticas; los versos se mezclaban entonces y se unían de manera extraordinaria, formando frases ininteligibles para los profanos, y muchos de los consultantes salían maldiciendo a la sibila; sólo los hombres de conciencia despierta podían entender las extrañas frases

y los misteriosos enigmas de la sibila de Cumæ. El oráculo siempre se encontraba a cargo de una sacerdotisa, acompañada de varias ayudantes, con semejante estructura al estatal Colegio de las Vestales, en Roma, mas con la diferencia de que a Cumæ se le atribuía el verdadero poder arcaico adivinatorio, y de que su sede, en las grutas del monte Gaurus, era un lugar señalado por los dioses, punto de encuentro del benigno cielo y de las tartáreas profundidades, donde se daban cita de manera propiciatoria.

Otra sibila de Cumæ, Serófila, fue la que escribió los Libros Sibilinos, donde se encontraban las profecías sobre Roma. Tarquino el Soberbio se interesó en ellos. Eran nueve libros y la sibila, tentando su conocido carácter, se los ofreció a un alto precio. Tarquino no quiso comprárselos y pidió una rebaja, y la sibila quemó tres de los nueve libros. Ya sólo quedaban seis y volvió de nuevo Tarquino a querer comprárselos más baratos; la sibila dijo que su precio aumentaría con esa actitud, pues pagaría mucho más por cada libro en la medida que iban desapareciendo, y volvió a quemar tres más. Al final, Tarquino, enojado, desistió y le compró por el precio inicial los últimos tres libros que le quedaban. Esos libros que profetizaban sobre el futuro de Roma se guardaban desde entonces al pie de la escultura de Apolo, en su templo de Roma, custodiados por sus sacerdotes, y sólo podían ser consultados si el Senado daba la orden en ciertas situaciones inesperadas, habitualmente inquietantes, o con la manifestación de extraños presagios. Augusto había desestimado muchas profecías que consideraba espurias o apócrifas, delirios de grandeza de mentes insanas que atribuían sus propios pensamientos a la legendaria sibila que advertía sobre el destino de Roma. Sin embargo, no eran pocas las profecías que a su vez había descalificado por considerarlas demasiado acertadas o, mejor dicho, demasiado certeras en la medida que se aproximaban a los acontecimientos referidos a las grandes familias nobles en cuyas manos se acumulaba el poder de Roma.

En aquellas mismas faldas del círculo volcánico del monte Gaurus, un sendero había llevado a la comitiva de Antonia, que visitaba el oráculo de manera discreta y sin mayores ostentaciones, a la espera de respuestas que, según Livia, resultaban de interés. Cuáles habían sido las verdaderas motivaciones de Livia, eso no parecía del todo claro. Su interés por alejar a Antonia momentáneamente de la vida pública había disminuido con el crecimiento de Germánico. Tras la muerte de Drusus, Antonia había tenido la sensación de que, junto al dolor por la muerte de su hijo, Livia sentía un extraño alivio. Por fin Livia había acogido a Antonia en el palacio imperial y había fomentado las atenciones de sus nietos, pues Augusto mostraba tanta devoción por Germánico como rechazo por Claudio.

Aquella mañana lluviosa, Germánico cargaba con una pequeña ánfora llena de vino puro, lugareño, conocido como *gaurum*, por el que Antonia había tenido que pagar una considerable suma. Llegaron hasta una tosca ágora ribeteada por soberbios laureles. Allí los sacerdotes del oráculo aceptaron el buey blanco, ataviado con un dogal de metal y con los cuernos recubiertos de oro, de los que colgaban guirnaldas. Llegaron hasta la espesura de pinos y el sendero condujo al séquito hasta un discreto templo tras el cual aparecían las ominosas cicatrices volcánicas de un risco escarpado. Allí mismo debía ser sacrificado el animal, en el nombre del dios, Apolo, y de su compañera, Artemisa.

Antonia miraba a sus tres hijos mientras el martillo del matarife se dirigía hacia la cabeza del buey blanco. El golpe no acertó y el animal se rebeló, a pesar de que parecía considerablemente dócil. El sacrificio fue aparatoso; alguien había olvidado colocar la hierba idónea en el pesebre del animal la noche anterior. Aquello no era como en Roma. Los sacrificios estatales en las grandes ocasiones estaban muy bien planificados; hacía años que los bueyes no se resistían a los deseos de Augusto, porque no había nada más embarazoso que tomar una importante decisión y dejar que los animales, a la hora de ser sacrificados, se resistiesen y cabeceasen, ofreciendo un impertinente espectáculo en medio de

las solemnes ceremonias del consulado. En Roma era Augusto quien, por medio del Colegio de Augures, había decidido que los dioses debían ser más contundentes si pretendían refutar sus decisiones. Eran necesarios rayos inesperados, lechuzas imprevisibles o signos de mayor valía. El *princeps* del Imperio no se dejaba disuadir ni ridiculizar habiendo hierbas tan agraciadas para propiciar la ceremonia. Pero allí, en Campania, en el legendario oráculo de Cumas, donde las sibilas se sucedían en una larga dinastía de poderes consagrados a Apolo en las puertas de la montaña, esa forma de proceder tan romana, tan administrativa, no se imponía a los viejos usos. Si Livia había preparado en secreto aquella ceremonia era porque se precisaba un oráculo legítimo.

El matarife se vio en apuros. Ni media docena de ayudantes eran capaces de frenar el ímpetu del buey; nadie había tenido, pensó Antonia, la idea de anillarle el morro para prevenir la situación. Los dioses empezaban a manifestar su malestar, y el buey blanco cabeceaba y resoplaba tercamente. La llovizna se hizo más pertinaz y la cortina de agua humedeció las ropas de los niños, blanqueadas con cal al sol, y sus cuerpos, humanos y frágiles, parecieron transparentarse entre las telas mojadas. Por fin la cabeza de hierro descendió con contundencia sobre el cráneo del buey. El golpe seco fue acompañado por la profusión de la sangre. El pesado animal cayó de rodillas. El acólito encargado del hacha, casi desnudo, alzó impasible la herramienta de doble filo y la descargó, separando la cabeza del cuerpo con un limpio tajo.

A Germánico le pareció que un relámpago sordo había estallado detrás del monte Gaurus, en cuyas entrañas él y sus hermanas debían penetrar ahora, en busca de la sibila. El pequeño Claudio abrió desmesuradamente los ojos; a pesar de haberlo presenciado muchas veces, cuando los bueyes sacrificados se desplomaban sobre sus rodillas sentía un estremecimiento irreprimible. Livila, más astuta, evitaba el espectáculo y se miraba los pies. Hasta que la sangre vino resbalando sobre las losas a rodear sus sandalias; levantó los ojos y vio el enorme charco humeante que se extendía alrededor del buey blanco, la cabeza del

animal, los ojos exánimes y la lengua asomándole entre los dientes de unas mandíbulas desencajadas. No dejaba, en medio de lo horrible, de resultarle divertida la cara del buey. Germánico avanzó y tomó la copa del sacrificio, que había sido colmada con la sangre que barbotaba del cuello del inmenso buey. Sin pensárselo dos veces, bebió de la copa y se limpió los labios con un trapo a tal uso.

Los augures instaron a los niños a que se dirigieran hacia la parte trasera del templo. Allí debían seguir adelante solos por el sendero que bordeaba las paredes del risco, y entrar junto a un claro por la tercera abertura, la más amplia, que penetraba por una galería en las entrañas de la montaña.

Los niños atravesaron el charco de sangre humeante, cuyos contornos desaparecían diluidos en la lluvia, y se encaminaron hacia el templo. Germánico guió a sus hermanos hasta la cueva.

OceanofPDF.com

III

V A.C. EL ORÁCULO DE CRITÁGORA

Un friso, esculpido por Dédalo sobre el frontispicio del oráculo, mostraba a Teseo y al Minotauro sobre la entrada de la cueva. La sugestión del Minotauro de Creta a la entrada de una caverna como aquella resultaba poco agraciada, incluso para los ecuóreos ojos de Germánico, a quien su abuelo llamaba el «Claudio libre», y que a fin de cuentas era otro niño por más que lo tratasen como a un hombre. El terreno húmedo y arenoso, los espesos matorrales, las ramas pesadas de las viejas encinas, todo conspiraba en aquel lugar. Los inmensos laureles, ligeramente zarandeados por el aire inquieto, susurraban a la entrada azotados por la lluvia, que empezaba a caer con más fuerza.

La negra grieta del oráculo se abría en un enorme arco rocoso. Germánico imaginó lo que su abuelo, Augusto, les había leído entre los versos de Virgilio. En aquel lugar, siglos atrás, Æneas había conversado con la sibila que escribía sus profecías en las hojas de los laureles, los mismos en los que la gloria se marchitaba antes de reverdecer en la frente de los triunfadores. Claudio, que cojeaba detrás de su esbelta hermana Livila y del paso decidido de Germánico, al que adoraba como a un padre, pues decían de él que era su viva imagen, sólo recordó las madrigueras de algunos

animales al contemplar la ominosa boca de la cueva, de cuya negrura, se decía, surgían las palabras del destino romano.

Unos hachones parpadean en las tinieblas de la entrada. Más allá se extendía un pasadizo angosto y ancho, bajo una mole de piedra volcánica de inmensas proporciones, sobre la que descansaba el peso del monte Gaurus entero. Para espanto de Livila y para sorpresa de Claudio, unos murciélagos giraron revoloteando cuando entraron.

Se miraron furtivamente. Germánico avivó el paso, fiel a lo que se esperaba de su bien merecida fama de libre y valiente vástago, orgullo de la familia *Claudia.* Atrás había quedado la boca de la cueva, luminosa y despejada en medio del arco negro de la forzosa noche subterránea.

El suelo pedregoso insinuó los peldaños desiguales. Más adelante, la roca desnuda los guió hacia una visión cargada de tal horror que Livila, todavía indecisa entre el temor a su severa madre,' Antonia, y el pánico ante la imagen que los estremecía, contuvo un grito que por poco la obligó a desmayarse. Apretó, quizá por primera vez en su vida, la mano de su hermano Claudio con tal fuerza, que éste tuvo que protestar. Al fin, Germánico, el mayor, con los ojos muy abiertos, la única prueba de su valía, pues la mano le temblaba, avanzó un paso hacia el horror.

Allí estaba, enhiesta y adusta, Critágora, una sibila. La luz de una grieta en la montaña la iluminaba con un parche escarlata en medio de la total oscuridad. Yacía sentada, tiesa, los ojos desmesuradamente abiertos y rojos como los de un ave nocturna, el rostro laciforme contraído por la enfermedad del tiempo, el cabello revuelto de una momia espantosa. Germánico se aproximó a ella y musitó el saludo. Livila se quedó pegada a la piedra, sin querer dar un paso más en dirección al monstruo. Si esa era la sibila a la que, según su madre, debían consultar, mejor quedarse junto al idiota de Claudio que avanzar junto al insensato de Germánico. Claudio sencillamente observaba la escena, aferrado a su hermana.

La silueta de Germánico se recortó como un perfil anguloso contra la evanescente rojez de Critágora. Germánico pudo aspirar el hedor que rodeaba a aquel monstruoso Minotauro de la caverna, y que empeoraba en presencia de la adivina. Había esperado un parpadeo de sus ojos, un signo de su mano, una señal. Todo en ella era aterrador. Pero las palabras de Antonia, su madre, habían sido claras. «Cuando la veas, avanza hacia ella, pronuncia el saludo, besa su mano, y ofrécele el vino». En ese momento un ruido extraño palpitó en las tinieblas. Tras sobresaltar a Livila y a Germánico, la voz tartajeante de Claudio dejó de latir en las paredes cavernosas de la inmensa oscuridad.

—Es... es... está muerta, hermanos... —logró decir al fin.

Germánico tenía coraje para caminar de frente contra la boca de un león, pero Claudio no lo necesitaba, porque disponía de sentido común. Germánico avanzó sobresaltado y acarició la mano de la sibila momificada. Entre el tembloroso horror que le producía aquel ser inanimado y la victoriosa agitación que lo dominaba tras vencer el miedo, se dejó poseer por una risa nerviosa. Livila lo secundó y balanceó alegremente el brazo de Claudio, cuando algo se revolvió entre la cabellera de Critágora y rozó la mano de Germánico. Este se sacudió horrorizado y gritó fuera de sí, mientras sus hermanos se quedaban paralizados. Los ojos de Livila se llenaron de lágrimas, pero ningún llanto escapó al contraído cerco de sus labios. Claudio imaginó que el murciélago que habitaba entre las inmundas greñas de la sibila disecada, y que había huido ante la presencia de su hermano, estaba tan aterrorizado como ellos, y eso le tranquilizó.

—A... allí... —susurró la voz del pequeño Claudio.

Germánico descubrió lo que su hermano le anunciaba. Unos fuegos titilaban en el fondo de las sombras. La voz del dios los conminó resonando en las paredes, y fue lo más oscuro que habían oído en todas sus vidas. Rodearon el espolón de roca, abandonaron el corredor; treparon a duras penas las escaleras de una pendiente tortuosa y llegaron al apolíneo misterio del oráculo de Cumæ.

La mujer que recibió a Germánico era parecida a Critágora, con la terrible salvedad de que estaba viva, y de que se movía. Germánico pronunció el saludo, besó su mano estoicamente y ofreció el vino. La vieja desdentada derramó el vino con furia y apagó el fuego. Sólo entonces pudieron ver que una luz la iluminaba, y no supieron de dónde procedía su rayo perturbador.

La reina del oráculo se sentó en su trono.

—¿Qué quieren saber los hijos de Drusus Claudio Nerón? —preguntó con voz gutural.

Germánico pronunció la petición.

—Por el destino de los hijos de Antonia preguntan los tres hijos de Drusus —dijo con voz temblorosa.

La anciana cerró los ojos. Crispó los nudillos, aferrando con fuerza los brazos del trono. Frunció la frente, penetraron los dioses en sus venas, sacudieron su irreparable demencia. El poder de las profecías se abrió paso entre los jirones deshechos de su conciencia, y dictó con consejera aleatoriedad el mágico recuento de unas palabras visionarias que se convirtieron en versos. Por todas partes hubo ruido de viento que echa abajo grandes esculturas, portones que se cierran, silbidos, temblor de truenos. Otra vez la voz del dios brotó de su pecho, abandonándola cuanto en ella había sido humanamente propio, y no fue menor el pavor de los hijos de Antonia:

Gira así la rueda para los hijos de Drusus:
El último tiene lo que el primero merece,
El segundo prepara un baño al primero,
El primero se pudre donde el último florece.

Tres águilas en el cielo se ahogarán,

Y el cachorro de la loba que hoy acosan
Mañana sus alas a dentelladas arrancará.

Podridos caerán los frutos del Árbol Claudio,
Cuando la Diosa de Roma pode sus ramas.
Un cachorro sangriento y plumas imperiales,
Un idiota consagrado por el sacrificio
La que gobernará el secreto de Vesta,
Sin quererlo, salvará como imperial novicio.

Veneno del Rómulo hecho Quirino enfurecido
Rociaráen los sueños del segundo César,
Y la misma loba que a Rómulo amamantó
Cría hoy al cabelludo vástago de Sísifo.

La voz del dios rugió en la boca de la demente sibila. Germánico agradeció sus palabras y retrocedió asustado. Movía sus labios, como si quisiese retener las palabras, en un ejercicio que estaba por encima de sus posibilidades en aquel delicado momento en el que los dioses se reían despiadadamente de los hijos de Drusus.

Livila y Claudio se precipitaron en la oscuridad. Hubo un estruendo de golpes, de aves que volaban en las tinieblas, de bestias que pasaban rozándolos. Acosados por la risa del dios, se perdieron unos a otros. Claudio tropezó y cayó de rodillas. Unos brazos fuertes lo alzaron y se dispuso a correr a pesar del dolor en manos y piernas. Vieron la silueta de Livila en la entrada de la cueva. Por fin Claudio y Germánico llegaron hasta la luz gris.

Claudio se volvió para escrutar las tinieblas. Se preguntaba por qué su madre los había metido a los tres en un antro como aquel,

qué mal habían hecho para ser recompensados con semejante castigo. Mientras se agarraba el pecho, temeroso de que el corazón se le partiese por la carrera, escuchó la voz de Germánico:

—Claudio, por todos los dioses, ¿recuerdas esas palabras de la sibila...?

La desesperación de Germánico iba en aumento a medida que trataba de pronunciar otra vez las extrañas cuentas de palabras, y a cada nuevo intento volvía con las manos más vacías desde los jirones de la memoria.

—No...

Germánico abrió los ojos, asustado.

—No... no te preocupes, hermano —dijo Claudio tras evitar un aparatoso tartamudeo, poniendo una mano en el hombro de Germánico. —No... podría olvidar palabras tan horribles co... como esas...

Claudio repitió la profecía a Germánico, que tardó algún tiempo en memorizarla, y sonrió con esa franqueza por la que Claudio lo adoraba como si fuese un dios. Germánico conocía las facultades de Claudio, a diferencia de la mayoría de quienes trataban con él. Su madre no toleraría que Claudio fuese el portador de las palabras de la sibila. Él era el mayor y el favorito, y eso lo obligaba a representar un papel ante su familia que a menudo le desagradaba, sobre todo cuando para ello debía humillar al pequeño Claudio, tartamudo, enfermizo, pálido, ligeramente cojo a causa de una pierna más larga que otra y de un hombro más alto que otro. Pero quería a Claudio. Era bueno, simplemente. Claudio había aprendido a leer antes que él y que Livila, y memorizaba fechas y textos con tanta facilidad que se sorprendía del injusto aspecto que Fortuna le había deparado.

Al fin, Livila, que no quería acercarse a la boca de la cueva, se aproximó a ellos.

—Nos vamos —dijo resueltamente, molesta a causa de la lluvia.

Se unió a ellos y retomaron la ceremonial compostura para abandonar el lugar y seguir la senda hacia los árboles, más allá de los cuales aguardaban su madre y varios augures tras el templo. Los espesos laureles se levantaban como un muro verde y espeso, pero el cielo gris se asomaba al claro al pie de la escarpada ladera del risco en cuyas entrañas hurgaba, en parte excavada, la gruta del oráculo más famoso de la península itálica. «Una inmunda madriguera» era todo lo que pensaba Claudio al respecto, cuando unos gritos en el cielo los obligaron a mirar hacia lo alto. No vieron nada. Pero los gritos volvieron a importunarlos, agudos e impertinentes como de gente que los increpaba, y en ese momento algo cayó en manos de Claudio. Nunca supo cómo ni gracias a qué capricho de la casualidad ello fue posible, pero había extendido las manos como para tomar la lluvia —le gustaba sentir la lluvia en sus manos, cuando no era torrencial— pues el cielo presentaba un aspecto tan extraño, cuando el cuerpo de un animal cayó en ellas. El susto fue tal para el joven Claudio, que lo soltó y lo dejó caer. Sus hermanos lo miraron. Era un cachorro de lobo, negro como la cueva del oráculo. Estaba herido; gruñía y gemía aterrorizado. Livila trató de cogerlo. Pero Germánico se interpuso:

—¡Es un augurio! —afirmó, tajante y enérgico. —Ha caído en manos de Claudio.

Para Livila aquello parecía imposible, e incluso ultrajante. ¿Por qué iban a molestarse los dioses en señalar a su hermano Claudio, a quien su abuela Livia evitaba mirar de tanto desprecio que le tenía y a quien su propia madre, Antonia la Menor, llamaba «suceso»? Germánico mostró su determinación ante la caprichosa Livila.

Claudio se miró las palmas de las manos, manchadas por la sangre del cachorro, y no quiso volver a coger el animal. Los gritos de las águilas se escucharon cerca. Una de ellas descendió. Germánico se volvió, fiero, y clavó sus ojos en el amedrentado Claudio. Aquellos ojos aquilinos que apuntaban como balistas cargadas de plomo sólo significaban una cosa, que debía coger el cachorro con sus manos, lo quisiese o no. Y así lo hizo, a pesar de

que otra de las águilas apareció entre los árboles planeando majestuosamente. Las águilas eran unos pájaros bastante grandes. Verlas esculpidas en los estandartes era una cosa, pero tenerlas allí alrededor, chillando y girando con sus poderosas alas en medio del camino, reclamando la presa junto al oráculo de Cumæ, eso no lo olvidarían jamás.

Germánico arrojó una piedra contra la más osada de las águilas. Apenas rozó su ala, y unas plumas largas bajaron revoloteando y él las atrapó. Por fin se alzaron y remontaron el vuelo por encima de los árboles, en lo alto, girando como centinelas en torno a la cumbre del Gaurus.

Antonia y los augures llegaron apresuradamente. Una mirada extraña se posó en Claudio. Una mirada que el niño jamás había visto en los ojos de su madre.

La noche había caído sobre Cumæ. La villa de la que disponía Antonia, en medio de los anchos latifundios, no dejaba de ser a sus ojos un lugar de paso cuando se trataba de disfrutar del campo, en verano. Aquella noche las antorchas permanecieron encendidas hasta muy tarde en los jardines. Los augures acompañaron a Antonia hasta una habitación bien iluminada. Los niños no pudieron comer tras el extraño suceso, y esperaron la llegada de Atenodoro, un aleccionado *grammaticus* que se ocupaba de la educación de los niños, procedente de Tarso, y de Jenofonte, el médico de la familia, quien había sido cirujano del alto mando en las legiones que su difunto esposo lideró en Germania.

Los augures interrogaron a los niños. Germánico no dejó de percibir cierto despecho velado hacia su persona, cuando contó cómo había obligado a Claudio a recoger el cachorro, pues había caído en sus manos. ¿Cuántas veces había tenido que repetir que no había caído en las suyas? Muchas, hasta que al fin miró a su madre con un ímpetu que sólo había visto ella en los ojos de su padre, y entendió que la verdad, en posesión de un noble y valeroso corazón, se convierte en arma incluso a edad temprana, un arma

que Germánico ya había aprendido a blandir. Antonia tuvo que creer a su hijo, se dio por vencida, y se enfrentó en compañía de los sabios augures a lo que parecía el peor misterio de la familia. El problema era el lobo, cachorro de la que amamantó a Rómulo, la sangre manchando sus manos, Germánico enfrentado a las águilas y arrebatándoles sus plumas... y todo ello un día lluvioso con relámpagos sin trueno y el aparatoso sacrificio de un buey que se resistió a desvelar la palabra del dios. ¿Qué extraña demencia era todo aquello?

Pero sobre todo el problema era Claudio. Los dioses lo habían señalado y lo habían marcado. Pero, ¿para qué? Antonia siempre lo había despreciado indulgentemente; a menudo lo acusaba, sin pronunciarlo, de haberla puesto en evidencia, pues cualquiera habría podido creer que había traicionado su matrimonio con Drusus entre las piernas de un infame tullido, para dar a luz a semejante hijo, que tan poco tenía que ver con la poderosa figura de su padre. Y todo ello acompañado de las palabras de la sibila de Cumæ, esas palabras que Germánico había repetido hasta la saciedad. Se les obligó a jurar bajo todas las formas posibles que jamás dirían una palabra sobre lo sucedido y que la profecía se quedaría oculta en el seno de la familia. Bajo ningún concepto el sagrado Augusto, su abuelo adoptivo, oiría jamás la noticia. Y ellos, Atenodoro y Antonia, se encargarían de dirimir el asunto con la mayor discreción posible a través de Jenofonte. Y nada más podía hacerse sin antes escuchar la palabra de Livia, que en eso como en todo era quien llevaba las riendas de la familia.

Habían pasado cuatro años desde que la muerte de Drusus conmocionó a Roma. Antonia había conseguido erguirse tras el golpe, y durante los primeros dos años apenas había tratado a sus hijos. Dejó que Atenodoro se ocupase de su educación. Sólo cuando Germánico comenzó a crecer —ya tenía diez años— había experimentado el deseo de reunirse con los frutos de su matrimonio.

Germánico se convertía por días en la viva imagen de su padre. Las mismas piernas, los mismos brazos, la misma espalda proporcionada y sólida a pesar de que sólo era un niño. Y más aún, la misma valentía y el mismo sentido de la justicia entre los suyos. Se enorgullecía de Germánico al ver cómo defendía a su hermano Claudio de las burlas ajenas, a pesar de que Livia había sugerido, muy acertadamente a su parecer, que el pequeño Claudio pasase lo más desapercibido posible entre la sociedad romana, donde se esperaba otro resplandor de los descendientes *Julio—Claudios* y de los retoños de la familia imperial, pues Augusto empezaba a cobrar la talla de un semidiós.

El orgullo de Antonia crecía al mismo ritmo que su hijo, un orgullo que había quedado reducido a cenizas de hoguera tras los funerales de su marido.

OceanofPDF.com

IV

V A.C. ANCIO

Veinte millas al sur de Ostia, Antonia se detuvo en los olivíferos valles de Ancio, donde le aguardaba una parte de su familia. La zona del Latium y sus viñedos les ofrecieron un confortable recibimiento en la villa que miraba sobre el puerto de la ciudad costera. Julia, la hermanastra de Drusus y de Tiberio, hija de Augusto y de Escribonia, su primera esposa, antes de separarse abruptamente para casar con Livia, había enviado allí a sus hijos mayores Cayo, Lucio y Póstumo, y a la pequeña Julila. Cástor, el hijo de Tiberio y de Vipsania, antes de ser obligado a contraer matrimonio con Julia tras la muerte de Agripa, el gran colaborador de Augusto, permanecía en Roma bajo la custodia de Livia.

Los jóvenes celebraban el encuentro en Ancio todos los veranos. No había demasiado que hacer, y la época estival les permitía dedicarse a juegos de dados, a los caballos y a los entretenimientos que ofrecía el Mare Tuscum. Pero el temporal se había adueñado de la costa occidental desde aquella mañana en la que visitaron el oráculo de Cumæ. Durante todo el camino que recorrieron hasta Ancio, ya tan cerca de Roma, no dejaron de verse amenazados por las lluvias y los temporales, hasta que el litoral de Ancio apareció ante ellos, la bahía hirviendo y espumando. El cielo se volvió más gris y terroso, como si las tormentas de África hubiesen ensuciado las barreras nubosas, y se arrastró pesadamente

sobre las playas de Ancio. El mar se encrespó y unas olas hostiles disuadieron a los pescadores de ir en busca de sus frutos.

Los niños jugaban en el peristilo, a excepción de Germánico, que se había obcecado en practicar la lectura junto a Claudio en una de las salas en las que Atenodoro trataba de aleccionarlos. Germánico sólo lograba concentrarse cuando se hablaba de batallas, y esa efectividad de la capacidad intelectual se multiplicaba cuando las batallas le referían las gestas de su propio padre en Germania. No había nada que entusiasmase más a Germánico que las historias que le hablaban de Germania. Primero fueron los cuentos, en los que encontró el mayor alimento de su imaginación. Los monstruos y los enanos de los que hablaba Julio César, los gigantes teutones, los enormes bueyes salvajes, las selvas ignotas, impenetrables, fantasmales, le agradaban tanto como las hazañas de Hércules. Después su interés se vio complacido, a medida que su mente despertaba y abandonaba la simplicidad mítica de las historias infantiles, con los relatos de los valientes que sirvieron en las campañas de su padre, historias en las que se combinaban la lección sobre el ejército consular con el heroísmo personal de las mejores legiones. Supo de la vergonzosa derrota de Marcus Lollius, que era repetida una y otra vez como punto de partida de una larga confrontación que todavía permanecía inacabada, y de la venganza de Drusus sobre los sugámbrios, de las rutas que siguió hasta el Albis, de su temeridad en el invierno germano, y al fin fueron desvelándose, paulatinamente, los pasos de la extraña muerte de su padre. Escuchó los presagios que precedieron a su muerte, y que sólo después fueron conocidos con detalle. Hubo desprendimiento de estrellas fugaces noche tras noche en la constelación de Leo, por lo que se pensó que fueron las leónidas las que anunciaron la catástrofe. Una vez, al alba, dos muchachos vestidos con túnicas griegas atravesaron el campamento de Drusus a orillas del Visurgis sobre corceles blancos, y se esfumaron más allá de las empalizadas del *agger*, causando el pánico de los centinelas. Pero también conoció cómo Drusus

maldijo el Albis al encontrarlo helado, y cómo una diosa bárbara, de talla más que humana, vino caminando sobre el hielo y le advirtió que aquella visión no le había sido concedida. Después se enteró, preludiando el trágico fin, que hubo un sacrificio en presencia de Drusus, una maldición bañada en sangre que salpicó la coraza de plata de Medusa, la que otrora vistiera el pecho de Julio César, y más tarde Drusus sufrió una caída a caballo cuando atravesaba las Galias, cerca de Lugdunum, donde él había nacido, años atrás. Germánico se colapsaba ante el final de la historia, y a medida que se hacía mayor, no dejaba de tropezar con aquel hecho como contra un muro del destino, que le parecía infranqueable. Él mismo había sido llamado Germánico. No era un sobrenombre de conquistador como en el caso de su padre, sino un nombre de propiedad concedido por su abuelo Augusto en honor a las conquistas de su padre. Él era la prueba viviente de las conquistas de su padre, de su ascenso y gloria; él era, pues, el legítimo heredero de Germania. Esa idea le perturbaba. Si Germania era suya, tarde o temprano debía ir en su busca.

Pero las historias que le contaban no le hablaban de una Germania conquistada, sino de una Germania beligerante y libre. Los romanos como él, los militares que no deseaban el placer por encima de todo, sino la victoria, los romanos que habían hecho de Roma la ciudad más poderosa del mundo, esos romanos iban unidos al destino de la tierra conquistada. Un sentimiento de frustración enorme había comenzado a germinar en la mente de Germánico a medida que crecía. Frustrado de nacimiento. Aunque nadie lo supo, le daba vergüenza llamarse Germánico. Ese nombre sólo denotaba la derrota de su padre, su fracaso final. Junto a la admiración y la lástima, el romano que empezaba a ser, el adulto que florecía en su interior, empezaba a sentir un desesperado desprecio por la situación que lo simbolizaba. No sólo ostentaba el nombre de una victoria, sino también el de su posterior fracaso.

Las fronteras de Germania continuaban estacionadas a lo largo del Rhenus. Si iba a ser un gran hombre debía ponerse en marcha cuanto antes. Y la idea estaba fija en su mente como las estrellas de

la noche, y le marcaba el rumbo a seguir: debía acabar la obra de su padre. La conquista de Germania debía llegar hasta el final, y con ello el restablecimiento de su honor. Por alguna razón, no era el estúpido patricio que se quedaría cómodamente asentado en la posición establecida, celebrando banquetes, asistiendo a los juegos y discutiendo esta o aquella palabra de una nueva ley. Pero para eso, lo supiese o no, ya había operado la educación de Augusto a través de Atenodoro, inculcándosele desde pequeño una estrecha vinculación con la obra de su padre.

—Algún día me marcharé a Germania.

—¿Y yo? —preguntó Claudio.

—Tú vendrás conmigo, me darás informes de las legiones —respondió Germánico, que siempre encontraba un lugar útil en su imaginación para Claudio.

Claudio sonrió pensativo.

—Dime algo que no sepa —pidió Germánico, siempre ávido de historias acerca de los que ya de nacimiento consideraba sus peores enemigos.

En ese momento, Lucio, Cayo y Póstumo entraron en la sala. Eran los hijos mayores de Julia. Detrás vinieron Calón y Palas, dos de los hijos de los esclavos más queridos de la familia, a los que Antonia había permitido vivir con ellos sin demasiadas exigencias cortesanas. Eran las ventajas de estar algo apartada de los altos círculos de la aristocracia romana. Antonia había logrado independizarse gracias a la especial protección que le brindaron Livia y Augusto tras la muelle de Drusus. Con la excusa, justificada, de su desamparo y angustia, había logrado vivir lejos de las grandes ceremonias. Julia a menudo enviaba sus hijos con Antonia, pues no podían estar en mejor compañía. Cayo y Lucio eran un ejemplo a seguir, sobre todo para Germánico, que era algo mayor, y Julila y Livila se entendían perfectamente. La austera vigilancia del hogar por parte de Antonia dejaba tranquila a cualquier madre, y a pesar de todo lo que se decía de ella, respecto a sus hijos Julia siempre había hecho lo más adecuado.

Cuando Livila y Julila entraron en la sala, era Lucio el que refería historias del tema favorito de cualquier joven patricio aficionado a las gestas de Roma.

—En Germania los lobos aúllan de tal manera por las noches que muchos legionarios se han vuelto locos —aseguró.

Germánico prestó atención.

—No se puede comparar con ninguna región de Italia —dijo Cayo, con tanta suficiencia que parecía haber estado allí mismo en persona. —Hay tantos lobos como pájaros en nuestros campos, cuando cae el verano...

—No puede ser —dijo Póstumo, incrédulo.

—Así es, hermano —añadió Lucio, acomodándose indolentemente sobre las pieles de cabra que había extendidas por el suelo, para hacer más acogedor el lugar. —En Germania el aullido de los lobos es insistente noche tras noche. He oído de legionarios que, desesperados, abandonaron los octetos y huyeron hacia los campos... Allí sólo encontraron la muerte.

Germánico recordó los rumores malignos según los cuales su padre se había vuelto loco a causa esos insistentes aullidos.

—Los germanos se transforman en lobos, esa es la razón por la que hay tantos lobos en Germania —añadió Cayo. —Eso me lo contó un sacerdote galo en una de las fiestas que tuvieron lugar en nuestra casa. Sixto Aulio, ese celebrado senador, trajo a un druida que, para amenizar los platos servidos a Tiberio, mandó al anciano mostrar sus dotes adivinatorias. Entre otras muchas cosas habló de Germania y de los hombres—lobo.

»Incluso aseguró que tras la muerte en combate los cuerpos de los muertos resucitan en la niebla convertidos en lobos, y que huyen al norte en busca de una hechicera cuyo nombre no recuerdo y que... puede convertirlos de nuevo en hombres.

—De ahí viene su fiereza en el campo de batalla —añadió Lucio tras la explicación de Cayo. —No les importa morir porque

después renacerán como lobos y vagarán por Germania hasta que llegue la hora de luchar contra Roma.

—El fin del mundo, lo llaman —dijo Cayo.

—El ocaso en el que resucitarán todos los muertos para luchar contra las legiones —aseveró Lucio.

—Yo no pienso ir a esas provincias aunque me case con un legado —aseguró Livila. Julila estaba convencida de lo mismo.

Germánico parecía irritado. Se alegró de que Agripina, la hermana de Lucio, Cayo, Póstumo y Julila, no estuviese presente. Había permanecido en Roma con su madre Julia. No le habría gustado que ella escuchase nada acerca de lo que podría frustrar sus planes para el futuro. Todas aquellas sólo parecían ser buenas noticias para los germanos, y desde hacía un tiempo no hacía más que sentir esa intensa insatisfacción hacia sí mismo, ese permanente reproche a su padre. Sonrió sin ninguna gana.

—No creo lo que decís —afirmó con sorprendente determinación y aplomo. —Germania no puede enfrentarse a Roma. Mi padre la conquistó. Tuvo la mala suerte de caer del caballo, de lo contrario hoy Germania sólo sería una provincia más.

—Más bien cuatro, querido primo —añadió Lucio.

—Por lo menos —siguió Cayo. —Germania es mucho más grande que todas las Galias juntas.

—¿Y qué? Roma siempre vence —afirmó Germánico, recurriendo a una frase que había oído muchas veces.

—Germánico, yo soy de la misma opinión, únicamente me refería a lo que se dice sobre Germania entre los más supersticiosos legionarios... —se excusó Cayo.

—Demasiadas leyendas y cuentos de abuela, que no le interesan ni a Vesta cuando nos reunimos en torno al hogar —replicó Germánico desdeñosamente.

En ese momento Jenofonte entró en la sala. Julila y Livila dejaron de cuchichear y de burlarse de Claudio.

—Estáis mojados, por lo que veo, Cayo y Lucio —dijo el anciano, apartándose los pliegues de la toga.

—La lluvia nos sorprendió en la playa —dijo Cayo.

—Los tritones de Neptuno enfurecen al mar —aseguró Lucio.

—¿Qué discusión os ocupaba, que Germánico presenta un aspecto tan enojado? —preguntó sabiamente el instructor, que los conocía a todos como si fuesen sus propios hijos.

Todos miraron a Germánico, que no podía disimular su enfado.

—Aseguran que los germanos se transforman en lobos después de la muerte, y que pelean como las bestias y que por eso hay tantos lobos en Germania, y que sus aullidos vuelven locos a los legionarios —recitó Germánico, descontento.

—Pasé muchos años en Germania —empezó Jenofonte, tomando asiento. —Estuve allí con vuestros padres Agripa y Drusus; en efecto y como sabéis, penetré en Germania con las legiones que capitaneaba Drusus, y me vi a veces cerca de la muerte, pero jamás dudé de la fuerza de Roma. Debéis saber, ahora que os hacéis hombres, que los hombres incultos inventan muchas historias en torno a lo que no comprenden o a lo que les acobarda. Yo os traigo siempre el pensamiento de los maestros estoicos, como Panecio, que murió hace sólo unos cien años durante los cuales muchos hombres obtuvieron triunfos siguiendo sus máximas. Pensad como ellos, y seréis hombres y mujeres iluminados. Los hombres—lobo no existen, exiliad esa idea fuera de las provincias del imperio del pensamiento, pero sí que existe el miedo cuando los lobos aúllan en Germania, cuando la luna emerge y los campos medio nevados exhalan un vapor de espíritus que se queda pegado a la tierra, entonces son cientos o miles los lobos que cantan a la diosa blanca desde los bosques de Hercynia. Hay muchos, es cierto, y los agrestes parajes no invitan a los romanos a sentirse seguros de sí mismos. Por ello se levantan calzadas y se crean rutas fortificadas, aunque es seguro que jamás se perdió una batalla porque los lobos aullasen alrededor, fueran mil o cien mil los que

entonasen los himnos infernales con los que adoran a la diosa de la noche, suplicándole la victoria de los germanos para devorar los cuerpos de sus enemigos. Pero sabed que todos lo germanos que mueren en campo de batallan sólo sirven para una cosa: para alimentar a los cuervos y a los buitres.

Cayo y Lucio rieron, y una sonrisa apareció en el rostro grave de Germánico, para quien el cometido de Germania iba mucho más allá que un simple capricho.

—No temáis las supersticiones de los bárbaros, y creed en la victoria de Roma —dijo al fin Jenofonte.

OceanofPDF.com

V

V A.C. ANCIO

Aquella misma tarde llegó un mensajero de Roma. Traía una carta. Antonia abandonó los jardines y escuchó las voces de sus hijos y sobrinos. Atravesó el peristilo y llegó hasta la entrada. Uno de sus esclavos le alcanzó el rollo y despidió al mensajero. El sello era de Livia.

Antonia se dirigió hacia una de las salas del piso inferior. El *impluvium* ya goteaba y el jardín empezaba a ser azotado por la lluvia. Los esclavos comenzaban a prender las luces de las palmatorias.

Cerró la puerta y comenzó a leer la carta de Livia.

Nuestra muy apreciada Antonia:

He recibido noticias gratas acerca de vuestra visita a Cumai. El oráculo de las sibilas que recibieron a los antepasados más nobles debía iluminar el camino de los hijos de mi hijo, y quise saber lo que los poderosos dioses vertían por la boca de las mensajeras que ven lo que no se ve y oyen lo que no se oye. No os asustéis, estoy segura de

que las verdaderas palabras no pueden escurrirse entre los labios de las sibilas sin cierta temeridad, pero ello no deja de apoyar nuestra necesidad de verdades, Antonia. Hablaremos de ello a tu regreso. Los augures han estado conversando en el Colegio.

Pero otro es el motivo de mi prematura respuesta, que no puede aguardar siquiera a tu llegada a Roma. Te encontrarás esta noticia antes de ver la Muralla Serviana, y podrás reflexionar sobre aquellos terribles sucesos. Hablo de la muerte de mi hijo y de la muerte de tu marido. Séque un médico se encargóde vosotros, y que túestuviste tan mal que no fuiste capaz de resistir el intenso dolor de tu alma. Es por ello que, quizá, ese médico te administrase algún eléboro, que tanto bien hace a la mente dolida pero que afecta a la memoria, pues hay algo que busco y de lo que recientemente he tenido noticia. Se trata de un último deseo de Drusus, una última reflexión relacionada con Augusto. Debo encontrar el cofre en el que se contiene esta última voluntad. ¿Quién más estuvo allí, aparte de ti? ¿Acaso ese cirujano del estado mayor de Drusus en Germania, Jenofonte? Habla con él. No vuelvas sin una respuesta.

LIVIA

Antonia volvió a leer y se quedó pensativa. No entendía muchas de las insinuaciones que contenía aquella carta. Había observado el extraño comportamiento de Livia en los últimos meses. No había comprendido del todo su premura por enviarlos a visitar el oráculo de Cumas, ni el secreto de la marcha, y ahora enviaba aquella carta, cuando estaban a veinte millas de Roma.

Hizo llamar a Jenofonte, que había sido uno de los hombres de confianza de Drusus y quien había supervisado el destino de sus pertenencias hasta el último momento, cuando ella, agotada por el suceso, ya no tuvo la presencia de ánimo para llevar adelante esas tareas.

Jenofonte abandonó las ruidosas charlas de los jóvenes y no tardó en llegar.

Ahora Antonia se daba cuenta de que Livia desaprobaba su presencia. Pero no podía entender qué tenía en contra de Jenofonte. Y si bien lo pensaba, Livia siempre lo apartó lo más que pudo del círculo imperial. Cuando Augusto había considerado que la fidelidad hacia Drusus merecía mayores recompensas, fue ella quien disuadió al emperador, dejando claro que un *græculus* no podía ser agasajado tan altamente, incluso tratándose del mejor cirujano del ejército de Germania. Además, subrayó su incapacidad para salvar a Drusus de la muerte, a lo que Augusto protestó enérgicamente, describiendo el mal de Drusus como incurable. Sólo un dios podría haberlo salvado de semejante trance, resucitándolo, y al menos esa clase de divinidad había sido ajena a la familia imperial hasta entonces, y ese remedio estaba fuera del alcance de todos los médicos del mundo.

El griego había sido apartado discretamente del entorno de la familia, hasta que Antonia recobró fuerzas y decidió que podía ser la mejor ayuda para instruir a sus hijos acerca de la figura de su padre. Nadie mejor que él podría contarles cómo Drusus guió sus campañas y, junto a Atenodoro, se ocupó, aunque en menor medida, de la educación personal, contando con la aprobación de Augusto.

Jenofonte no tardó en llegar y apareció ante Antonia, mientras que todas aquellas consideraciones pasaban por la cabeza de ella como una confusa exhalación del pasado.

—¿En qué puedo ayudar a Antonia? —preguntó el viejo cirujano abiertamente.

—Una carta de Roma me pregunta por las pertenencias de mi marido —dijo Antonia.

—¿Las pertenencias de Drusus...? Hace tiempo que fueron entregadas a la viuda de Drusus —dijo el anciano, adquiriendo un semblante serio y dubitativo. —Hace mucho tiempo que todo eso fue resuelto. Yo no era el administrador de Drusus, sólo su cirujano y su amigo, un fiel servidor y admirador...

—Me preguntan por sus pertenencias personales, por un documento que Drusus escribió en la última de sus horas —los ojos de Antonia parecían decididos y a la vez sombríos. No le gustaba la idea de descubrir, tras todos esos años de confianza en aquel fiel instructor, que le hubiese ocultado algo de importancia. Antonia no era la mujer que adoraba las intrigas de Roma. Vivía más tiempo por ello fuera de la gran ciudad que dentro de ella. —¿Tienes algo que decirme, Jenofonte? Pues siempre te he considerado mi amigo y te he confiado lo que más aprecio en este mundo, la educación de mis hijos...

—Extraños son los caminos de Roma —dijo el anciano relajando su rostro. Antonia lo invitó a sentarse. Así lo hizo el anciano, y ella hizo lo mismo en uno de los taburetes forrados con piel de cabra, discretamente, como eran sus modales, fiel reflejo de la virtud de Octavia, su madre, aunque sin apartar la mirada de su interlocutor.

—Jenofonte, hay algo que yo desconozco.

El *græculus* suspiró profundamente.

—Me había propuesto ser fiel a la palabra de Drusus, pero por lo que veo para ser fiel a la palabra empeñada en una persona hay que ser infiel a la que empeña en otra, y así el hombre franco no existe, sino muchas formas de él.

—No es momento para oratoria, buen amigo, sino para que me aclares lo que sucede —añadió Antonia, impaciente, poco dispuesta a dejarse llevar por los retruécanos oratorios de un hábil conversador como Jenofonte.

El anciano no pareció escucharla.

—Lo mismo sucede con los remedios de la naturaleza: lo que a unos les beneficia, a otros los mortifica. Por eso quiero que sepas, Antonia, que cuanto hice no fue una falta contra tu franqueza, que no había sido todavía fundada. Yo era entonces el amigo del cónsul Drusus Claudio Nerón, él fue quien me hizo el alto honor, el amigo junto al cual atravesé tantos gélidos inviernos en el norte. Drusus era bueno con sus soldados, aunque implacable con los enemigos de Roma. Jamás permitió que fuesen flagelados, salvo cobardía en combate, y cuando sus tropas pasaban a estar bajo el mando de Tiberio, siempre se daban tumultos, porque eran bien diferentes. Por eso hice lo que hice.

—¿Y qué es lo que hiciste?

—Drusus despertó en el lecho de muerte.

Los ojos de Antonia se iluminaron, y Jenofonte guardó silencio. La lluvia arreció y se escuchó su rumor tras las ventanas, mientras la luz exterior decrecía.

—Sufriste un colapso nervioso junto al lecho de muerte de Drusus. Tu arrebato fue terrible y temí por tu vida. Livila y Claudio no estaban allí, pero el pequeño Germánico estaba en la sala, tú lo habías traído. Germánico parecía asustado. Tú te desmoronaste y te abrazaste desesperadamente a las piernas de Drusus. Éste pareció desvanecerse. Temí que aquel último momento te hiciese más daño, y fue entonces cuando Tiberio me pidió que abandonases la sala y que te tratase con medios tranquilizadores. A partir de aquel día sufriste durante mucho tiempo, y no volviste a ser la misma hasta más de un año después. Fue gracias a Tiberio que pude permanecer a tu lado. Livia insistió en que debía permanecer en mi sitio, junto al alto mando de las legiones de Germania, pero Tiberio, antes de marcharse a Rodas, consiguió dejarme cuidando de vosotros secretamente, junto a Atenodoro. Dijo que no habría partido hacia Rodas de no haber quedado los hijos y la esposa de Germánico en manos de Jenofonte. Algo perturbaba a Tiberio.

—Tiberio fue obligado por Augusto a divorciarse de Vipsania tras la muerte de Agripa —afirmó Antonia. —Pero no entiendo lo que significa todo eso...

—Cierto. Nunca le gustó esa idea. Livia lo persuadió de que el poder imperial estaba por encima de los deseos de las personas y que debían seguir el mandato porque era un mandato divino... Lo cierto es que se hicieron demasiado públicos algunos escándalos de Julia, que Augusto nunca creyó, y éste decidió que no debía quedar sola tras la muerte de Agripa, y él y Livia decidieron que Tiberio se separase de Vipsania, a quien Tiberio quería, para casarse con Julia. Pero en aquellos momentos no era eso lo que aturdía a Tiberio. Había algo que había rebosado en algún lugar en el interior de la familia, y él lo había advertido.

—¿Qué era? ¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó Antonia, confundida.

—Drusus despertó a altas horas de la madrugada, cuando parecía que ya estaba casi muerto. No sé, lo juro por los dioses, qué pudo ser lo que lo despertó de aquella manera, pero algo en su interior se agitó y pugnó por emerger.

Antonia se puso nerviosa. Le había costado años superarla muerte de su amado esposo. Y aquello despertó en ella un sentimiento de desesperación que hacía tiempo había olvidado, el mismo que le asaltaba cuando pensaba que el tiempo se agotaba para su marido, y sólo deseaba estar junto a él mientras estuviese consciente. Ahora se enteraba de que había revivido y ella no había estado allí. Jenofonte continuó hablando, y el sentimiento que se precipitaba contra el anciano fue diluyéndose en la tristeza y después en el hostil y frío misterio de todo aquel suceso.

—Tenía algo que decir, y no quería morir sin dejarlo claro. Así que le proporcioné rápidamente una tablilla y comenzó a redactar tortuosamente en la cera. Escribió una carta, cuya longitud me sorprendió. Lo vi recurrir a todas sus fuerzas. No pudo acabar todas las frases que tenía en su cabeza, porque también fui su secretario, y conozco su forma de proceder... pero era evidente que no quería

que supiese lo que escribía y también era evidente, Antonia, que confiaba en mí como ahora has de confiar tú en mí. Sólo cumplí su voluntad. Gimió el nombre de Tiberio. Lo mandé buscar. Tiberio llegó y los esclavos que le acompañaron se quedaron afuera. Le entregué la tablilla. Tiberio trató de hablar con su hermano, pero Drusus al fin estaba muerto. Entonces Tiberio leyó el mensaje una vez, y otra y otra... Parecía perturbado y desesperado. Yo le informé de la muerte de su hermano. Tiberio estaba aturdido, como si Drusus lo hubiese cargado en su último momento con un enorme peso con el que él debía andar y cuya mole le arrugaba los hombros. Me fulminó de pronto con la mirada, como si volviese en sí y se diese cuenta de que esa tablilla había estado en mis manos. Tiberio tomó la espada de Drusus y se aproximó a mí. Yo apreté la mano de mi señor Drusus y cerré los ojos, dispuesto a abandonar este mundo. Cuando los abrí, tras largos instantes de espera, vi que Tiberio ya no estaba allí. Por alguna razón, y me conocía bien, se dio cuenta de que yo no había leído el mensaje. Después volvió, antes de que se divulgara la noticia de la muerte de Drusus, trascribió personalmente el mensaje a un pergamino que guardó en un cofre. Y me dijo que jamás te contase nada de lo que había sucedido aquella noche. Y así lo hice.

Antonia se secó las lágrimas de los ojos y trató de ordenar sus pensamientos.

—¿Resultará absurdo que me pregunte qué es lo que escribió mi marido en esa última hora? —se preguntó en voz alta. —¡Cómo fuiste tan estúpido de no leerlo!

—No debía leerlo y no lo hice. La curiosidad habría llevado a muchos a pasar sus ojos por aquellas palabras. Pero no a mí, y Tiberio se dio cuenta. Yo era lo bastante viejo como para saber que aquello que Drusus anotaba era algo que nadie quisiera saber, pues le causaba una gran congoja. Soy un estoico, Antonia. No saber es a veces la mejor solución para no sufrir.

—¿Qué temía mi marido, que había peleado contra todas las tribus del norte, que siempre estuvo en lo más espeso del combate

desafiando la muerte y riéndose de ella, persiguiendo al caudillo enemigo para acabar con él con sus propias manos...? ¿Qué extraño destino se enredó en sus pasos de gloria para hacerlos trastabillar de esa manera? Siempre que me lo pregunto no dejo de sentir una angustia, y después veo a mis hijos y todo se me pasa, aunque no se me olvida. El capricho del destino o de los dioses... Pero ahora me entero de esto.

—Antonia, el peligro radica en que no te hayas enterado a través de Jenofonte, sino a través de Livia. No sé nada de todo ese asunto. Pero Tiberio no debería haber hablado, y de haberlo hecho, debería haberlo hecho antes con la viuda de Drusus.

—Te equivocas con toda tu sabiduría. Tiberio no ha hablado. Livia me pregunta por la última carta de Drusus, y lo hace porque iba dirigida a Augusto.

Los ojos de Jenofonte se clavaron en el suelo y lo atravesaron.

—Lo que me cuentas está más allá del conocimiento de Jenofonte. Pero, ¿cómo puede saber ella de esa carta si allí sólo estuvimos Tiberio y yo?

—No lo sé, pero si tú no has hablado...

—¡No lo he hecho! Este recuerdo habitaba en una tumba hasta esta noche.

—Y Tiberio tampoco, porque en tal caso se habría visto obligado a revelar la carta.

Durante los siguientes días, Antonia se mostró inquieta y se recluyó en sus recuerdos. El mal tiempo pasó por Ancio como la borrasca que se cernía sobre su mente, y como no llegaron más misivas de Livia, decidió que no había otro camino sino hablar con Tiberio. De alguna manera sabía que aquello ponía en peligro a Jenofonte. Si Tiberio no había dicho nada, sólo podía imaginar que era el propio Jenofonte el que movía los hilos de aquella mascarada, y se sentiría traicionada. A partir de ese momento, era una cuestión de suerte que Tiberio dejase de creer que Jenofonte no

había leído realmente aquella carta de Drusus, y podría creer que el antiguo cirujano de Drusus conspiraba en su contra, aguardando la hora de hacer público el inconfesable secreto. Pero Antonia continuaba tratando de imaginar qué era lo que su marido podía haber escrito en aquella carta, cuyas consecuencias podrían ser tan fatales. El crimen que se ocultaba detrás de aquel silencio, ¿a quién inculpaba? Sólo podía imaginar que los más interesados podrían estar implicados en él, o ser víctimas del mismo. Desconcertada, decidió ponerse en marcha hacia Roma. Trataría de evitar las preguntas de Livia, y las esquivaría sin mostrar la menor curiosidad mientras ello fuera posible.

No dejó de pensar en Tiberio. Se había convertido en un hombre taciturno. Jamás soportó la separación de Vipsania Agripa, no tanto por la pureza de sus sentimientos, sino porque era una mujer de su propia elección. Se sabía que Tiberio prefería las mujeres jóvenes, muy jóvenes si ello era posible, y Vipsania además de ser mucho más joven que él tenía un aspecto aniñado que no le había abandonado en la edad adulta. Tiberio rechazó la petición de Augusto, y únicamente tras las presiones de Livia accedió a separarse de Vipsania, con quien era feliz a su manera, para contraer matrimonio de conveniencia con la única hija de Augusto. Pero la relación entre ambos no pareció ser demasiado buena, cuando al fin Tiberio empezó a mostrar su desagrado hacia las decisiones de Livia y de Augusto con sus prolongadas estancias en la isla de Rodas. Augusto no aprobada esa actitud por parte de su hijastro; las islas del Dodecaneso oriental griego tenían fama de libertinas y asiáticas, y ello dañaba la moral pública de la familia imperial. Tiberio se enfurecía en silencio ante aquellos reproches, cuando Roma era la ciudad más libertina del mundo desde que se había convertido en la capital de un Imperio derrochador, y consideraba absurdo el desdén romano hacia las islas de Lesbos, con su exacerbado culto a la Afrodita original, el culto de la divinidad femenina redimida. Tiberio se refugió en la crisis y dijo querer dedicarse al estudio de los mejores maestros de retórica, que vivían en Rodas.

OceanofPDF.com

VI

V A.C. ROMA

(V)

No acepté la dictadura que me ofrecieron el Pueblo y el Senado

Mientras estuve ausente o presente en la ciudad,

Bajo el consulado de Marcelo y Arruntio.

No rechacéel encargarme de la annona en momentos de gran escasez de grano.

Administrélas cosas de tal manera que logréliberar, en pocos días,

A la ciudad entera del peligro y el temor gracias a mis gastos y preocupaciones.

No aceptéel consulado anual y perpetuo que se me ofreció.

Res Gestæ Divi Augusti

OceanofPDF.com

VII

V A.C. ROMA

El Senado otorgó el consulado duodécimo a Augusto, como *Imperator*, y el año dio comienzo con Augusto compartiendo el poder, según el decreto edicto, con Lucio Cornelio Sulla; más tarde fueron Quinto Haterius, Lucio Vinicio y Cayo Sulpicio Galba quienes se sucedieron como *suffectus* al frente de la magistratura más importante del estado. Sin embargo, la consagración del consulado de Lucio Cornelio, a principios de año, se vio empañada por la manifestación de malos presagios. Aquel mismo mes en el que los bueyes consagrados al sacrificio del cónsul se opusieron enérgicamente a su elección durante la ceremonia, una voz anónima, que se hacía pasar por pitonisa o adivina, hizo circular unos rumores por Roma que no tardaron en extenderse como un fuego en los rastrojos resecos. Para bien o para mal, esos rumores prendieron con más fuerza en la hojarasca de la ignorante plebe y de la supersticiosa clase dirigente cuando, una noche, varios observadores casuales y sin conexión aparente vislumbraron, cuando la borrasca se alejaba de la capital del mundo y en su cielo aparecían parches del cielo nocturno, desprendimientos de estrellas. Volvió a suceder dos noches después, cuando los romanos miraban hacia arriba más de lo que ya era habitual en ellos, y la superstición se encargó del resto. No pasó mucho tiempo cuando, desde el lejano norte, legionarios y mercaderes que procedían de las Galias

y de la frontera del Rhenus aseguraban en las concurridas tabernas del Subura que se habían oído lamentos de divinidades femeninas bárbaras que procedían de los impenetrables bosques de Hercynia, como si los campamentos romanos de Divitio y Bonna se viesen asediados por el mal de ojo de los dioses nórdicos. Se hacía famosa la historia de un centurión que, en plena madrugada, recibió la visita de una mujer vestida al estilo griego y que, hablando en griego, le advirtió de un terrible fracaso para las legiones de Germania, antes de salir de la tienda y convertirse en una enorme osa. En el valle del Mœnus se recordaba en varios campamentos que a primera hora de la mañana una pareja de muchachos vestidos con togas griegas galoparon sobre corceles blancos haciendo gran alboroto por la calle principal, pasando por delante de los centinelas del pretorio. Derrumbaron el altar en el que ardía el fuego de Marte y, cuando los guardas salieron tras ellos, abrieron las puertas, escaparon a los campos y desaparecieron en las espesas nieblas que cubrían el valle. La historia, con más o menos variantes, se repetía y parecía haber acontecido en todos los campamentos del Mœnus, desde Locoruum hasta Devona pasando por Segodunum, como si los fantasmales emisarios divinos recorriesen el valle desde el Rhenus hacia el norte, advirtiendo a todos los emplazamientos romanos.

Todo ello no había contribuido a modificar el punto de vista de Augusto acerca de su política exterior, pero era supersticioso y, para calmar las inquietudes públicas, convocó al *flamen dialis* y pidió al Colegio de Augures, como Sumo Pontífice que era, que revisase los libros sibilinos. De ello se dedujo que eran necesarios algunos sacrificios en el templo de Júpiter *Liberator.* Las ceremonias obligaron a la familia imperial completa a comparecer ante las escalinatas del dios, en lo alto de la colina, y Augusto demostró que obedecía con sumisión las advertencias de los santos dioses, y que su gobierno no pasaba por alto sus mensajes, fueran o no simples habladurías que, como las olas del mar, crecían ante las playas de la conciencia colectiva del pueblo romano, donde adquirían el aspecto

de temibles formas, y era necesario, cuando no crucial, contentar y tranquilizar a la plebe.

Ello obligó a Tiberio a hacer algo que en gran medida detestaba.

Tiberio Claudio Nerón, hijo de Livia Drussila y de Claudio Nerón, se había visto obligado desde temprana edad a acatar los mandatos de la enérgica pareja imperial. Primero estuvo a la sombra de Drusus, cuya brillante carrera militar en Germania no hacía sino augurar un glorioso destino ante el Senado de Roma: la ciudad lo aclamaba como a un nuevo Julio César. Sus triunfos espectaculares, su obcecación y su ambición complacían el gusto romano por la grandeza. Era el mejor actor que podría haber encontrado la tragicómica escena del poder romano, hasta que la fatídica caída, como se relató con anterioridad, acabó con todos sus sueños y los de quienes lo admiraban. A partir de ese momento, Tiberio, que como general era ciertamente efectivo, aunque gracias a una metodología injusta, pues nunca fue amado por sus legiones como lo fue Drusus, se quedó expuesto ante la opinión pública. No fueron pocos los éxitos que había cosechado, pero no bastaron. Numerosas y largas eran las sombras que Drusus proyectaba desde el pasado. Los grandes vencedores siempre han enturbiado la personalidad de sus más allegados familiares, pues toda luz arroja, además, largas sombras a su alrededor.

Entre el 12 a.C. y el 9 a.C, Tiberio conquistó Panonia tras las revueltas que a menudo ocupaban a los jefes de aquellas provincias, siempre indispuestas al yugo romano. Con motivo de estas victoriosas intervenciones, y tras su ocupación del Rhenus a la muerte de Drusus, momento de gran tensión en las fronteras de Germania, Tiberio fue proclamado para recibir el *triunfo* en Roma. Con todo ello, su camino hacia el nombramiento por parte de Augusto como heredero del solio imperial estaba lejos de ser efectivo. Sólo quienes observasen la política romana desde afuera pensarían que Augusto había estado en algún momento

verdaderamente dispuesto a acoger a Tiberio como su heredero. Drusus había sido su favorito, y tras su muerte el emperador dirigió la mirada hacia Tiberio benévolamente, mas sólo en la medida en la que le resultaba de utilidad como militar y como administrador, pues, aunque jamás fue un genial militar como Drusus, fue un gobernante capaz, aparentemente discreto y contundente en su conducción de las legiones.

Augusto siempre había mostrado una antipatía natural hacia Tiberio. Había varios aspectos en él que podían llevar a creerlos sobradas razones para ello. En primer lugar Tiberio no era bello y proporcionado como su hermano Drusus. Su aspecto era fuerte, pero con una tendencia a la brutalidad, y la posición de su espalda jamás denotó la firme determinación que animaba a los favoritos de la fortuna romana, la rectitud y el nervio activos, sino más bien una indulgente dejadez, como alguien que en su vida nunca ha estado profundamente de acuerdo con sus quehaceres. Su inclinación hacia la poesía contrastaba con una implacable e inerte dureza en los ejércitos, la falta de entusiasmo hacía que sus triunfos fuesen rancios ante Augusto, si bien muy útiles. Tiberio era alto, su rostro, que había sufrido el ataque de la erisipela y del acné en la pubertad, mostraba un rasgo de inquietante pasividad, pero sus ojos se volvían más lascivos y huidizos con el paso del tiempo. Tiberio cambiaba y su entorno nunca supo en qué medida ni de qué manera. Cuando su madre, Livia, y Augusto le pidieron que se divorciase de Vipsania Agripa y que contrajese matrimonio con Julia, la viuda de Agripa, Tiberio se rebeló pasivamente. Obedeció las órdenes de la *gens* imperial a la que pertenecía, pero no fue de buena gana. Julia, mujer tan compleja como él, sabía hacer lo que le venía en gana, y él fue infeliz con el suceso y buscó placer en pasiones ocultas y vicios oscuros que tardaron mucho tiempo en ser descubiertos.

Tiberio tenía un gusto por las mujeres muy jóvenes, casi niñas. Julia, una de las mujeres más hermosas de su tiempo, como lo había sido también Livia, le resultaba una imposición desagradable en cuanto que la madura mujer había sido madre ya de cinco hijos,

herederos todos ellos de Augusto, y más aún cuando Julia no sentía pasión alguna por Tiberio. El compromiso salió adelante, pero la conveniencia ocultó la realidad de un matrimonio condenado al fracaso desde el primer día.

Cuando Tiberio se vio obligado a regresar de su primer retiro de Rodas, se incorporó a la vida pública de manera discreta. Augusto le guardaba rencor, pues lo obligaba a sentirse necesitado de su servicio en los altos puestos del estado. Tras las grandes purgas del Senado que siguieron a la Guerra Civil, Augusto había eliminado convenientemente a muchos senadores de familias que se habían opuesto a las propuestas de Julio César. No sólo Bruto y sus más cercanos secuaces fueron ajusticiados con la expropiación y el destierro, muchos otros se vieron obligados a morir o a exiliarse tras el triunfo del primer Augusto, que entonces era llamado Octaviano. Por esa misma razón no podía permitirse errores en los altos cargos, y debía ejercer el poder desde la confianza de los miembros más allegados de la familia, que eran también los más interesados en la continuidad del sistema conquistado. Augusto ofreció a Tiberio una aparente reconciliación y, sin otorgarle ejércitos, le encomendó tareas administrativas del estado y algunos asuntos en los comisionados de las provincias.

Tiberio se vio obligado a soportar la libertad de Julia, siempre cuidadosa en el desempeño de sus infidelidades, contra la que jamás hallaba pruebas de suficiente validez ante los ojos de Augusto. No podía acusar a la hija del emperador con los simples testimonios de unos esclavos o de unos sicarios de dudosa reputación. Por aquel entonces, Lucio Ælio Sejano, un joven adulador de Tiberio al que éste siempre trató con cínico desprecio, volvió de sus servicios en Panonia, donde había trabado conocimiento con Tiberio. Sejano no tardó mucho en empezar a ser de cierta utilidad a Tiberio. Siguió los quehaceres de Julia, informó a su marido discretamente de los mismos, y facilitó a éste encuentros con muchachas que, a medida que Tiberio se hacía mayor, eran más y más jóvenes.

Antonia decidió al fin encontrarse con Tiberio. Este rehusó en varias ocasiones a visitarla en su *domus* del Palatinado, pero al fin accedió, percatándose de que la insistencia de la viuda de Drusus no era casual, y además teniendo en cuenta que si la acogía en su propia casa se veía obligado, por fuerza de la hospitalidad, a no poder echarla cuando le pareciese oportuno.

Aquella tarde Tiberio fue porteado por sus esclavos en la litera hasta la *domus* de Antonia. Esperó en una de las salas del piso inferior, donde se acumulaban algunos trofeos de Drusus conquistados en Germania.

Antonia entró y cerró la puerta.

—Hace mucho que no nos vemos, Tiberio.

—Mi retiro a Rodas y tu apartada vida no lo han hecho más fácil.

—¿Has encontrado la calma en la isla?

—En Rodas he encontrado lo que nadie puede ofrecer en Roma. Me he aficionado a los estudios de mitología, creo que he mejorado y mis discursos serán más convincentes, si es que alguien en Roma quisiera oírlos.

—Claro que sí, Tiberio, nadie va a olvidar tus triunfos.

—Roma es efusiva, pero se olvida muy pronto de sus vencedores. En el fondo, no me interesa más de lo que debiera. No aspiro a mayores poderes de los que el destino me depara. Antonia, leí tu carta y no entendí lo que me pediste.

—Me he enterado de algo que me fue ocultado el día de la muerte de Drusus, y tú estabas allí.

Tiberio retrocedió y miró hacia otro lugar, acomodándose en el *lectus.* Se repuso y continuó:

—¿Qué es lo que me preguntas?

—Como virtuosa viuda de Drusus tengo derecho a saberlo. Hay muchas mujeres en Roma, y muchas esposas, pero pocas amaron a sus esposos como yo he amado al mío, pues pocas,

también es cierto, tienen en su vida la oportunidad de casarse con el hombre al que quieren. En nombre de la sagrada unión que hubo entre tu hermano y yo, y en nombre de la responsabilidad que por tanto pesa sobre sus hijos, debes hablarme de esa última carta de Drusus.

Tiberio miró al fin los ojos de Antonia, a la vez severos y suplicantes.

—Antes tendré que saber quién te ha contado eso. No puede ser otra persona, pero quiero que la traición a la palabra de mi hermano llegue con la culpabilidad al traidor que juró por todos los dioses guardar silencio...

—Te equivocas Tiberio —le interrumpió ella. —Livia, tu madre, es quien me pregunta por el contenido de esa carta.

Tiberio se alzó, como alcanzado por un rayo; Antonia jamás había visto una reacción tan repentina y un ademán tan violento en aquel hombre, al que conocía desde hacía tantos años. De pronto se calmó y pareció mirar dentro de sí mismo, contrariado y confundido.

—Livia...

Fue lo único que dijo.

—¿Qué sucede? ¡Habla de una vez!

—Livia no podía saber nada de esto, a no ser que ese traidor haya hablado directamente con ella.

—Conoces a Jenofonte tan bien como yo...

—Conozco la naturaleza humana, y es vil, impredecible y jamás se contenta con nada —aseguró Tiberio levantando el tono de su voz. —Sólo Jenofonte podría haber informado a Livia.

—¿Y qué importa eso ahora?

—Importa y mucho —aseguró Tiberio, levantándose y dando largos pasos en torno a Antonia.

—No entiendo nada, y merezco una explicación, Tiberio.

—Si Jenofonte ha hablado ha atentado contra mi vida, pues la pone en peligro —aseguró Tiberio. —¡Para esto vuelvo de la solitaria isla! ¡Por Júpiter!

—¿Qué es lo que sabes que te pone en peligro? Livia me interroga, creyendo que yo también lo sé, y eso me pone a mí y a mis hijos en la misma situación.

—No lo creo, no tanto como a mí. Antonia, tú eres la guardiana del futuro, pues tus hijos van a ser el futuro del Imperio. Has demostrado a lo largo de estos años que eres una madre entregada y jamás has mostrado otra ambición que no fuera la de educar a tus hijos y darles forma para que salgan adelante según lo que de ellos se espera. Germánico crece con vigor y es la viva imagen de su padre. Augusto lo adora, y Livia ha puesto sus ojos en él... Soy yo aquel sobre el que pesa la espada de Damocles, la que pende de un hilo, a punto de ser arrojado al abismo rocoso del acantilado de Rodas...

—¿De qué hablas...?

—Hace poco tuve un sueño en mi casa del risco. Desde allí se ve el mar, por encima de las olas que rompen contra los acantilados sobre los que se levanta la casa. Una pequeña playa sirve de rada para mis mensajeros, preferible al viaje por tierra hacia las ágoras de los griegos... Soñé que paseaba por el borde del abismo, que el mar, esa grávida agitación nocturna, ese monstruo de mil cabezas, me aguardaba abajo, y que una mano me empujaba al abismo... No puedes imaginarte cuánto me ha atormentado ese sueño, hasta el punto que no soportaba ya estar en mi villa, sintiéndome preso de mi propia libertad. En parte por ello acepté el consejo y vine a Roma. Livia me convenció.

»Y ahora he de responderte. Drusus me legó una última carta en el lecho de muerte, y nadie cometió crimen contra ti, Antonia, porque él dejó claro que bajo ningún concepto debíais saberlo ni tú ni tus hijos... Pues eso era la mejor garantía para que sobrevivieseis.

Antonia se alzó, aturdida y encolerizada.

—¿Quién mató a Drusus...? —exigió con voz ahogada.

—Nadie, salvo el infortunio, descansa tranquila en ese sentido. Drusus sufrió el grave accidente como sabes, y lo que ocultaba no estaba relacionado con su propia muerte... sino con la muerte de nuestro padre.

—Claudio Nerón...

—Drusus llegó a saber demasiado acerca de su muerte. No te diré nada más porque ese era el deseo de Drusus y soy consciente de que así os salvo. Aférrate a esa ignorancia como a la mejor salvaguarda de tu familia. Jenofonte me juró, y yo lo creí, que no había leído la carta. Pero a pesar de que no la leyese, en cuanto se sepa de esa circunstancia Jenofonte correrá peligro, como lo corro yo.

—Tiberio...

—¡Nada más debes saber, Antonia! Si Livia te pregunta, dile lo que sabes. ¡Nada!

—Si Jenofonte no lo ha revelado, entonces... ¿cómo ha sabido Livia de todo ese asunto?

—Quizá algún espectro la atormenta en sueños... O los espíritus hablan, o alguien más se enteró de aquello, o Jenofonte me mintió y ahora que mi presencia en Roma no es muy bien recibida ha llegado la hora de abrir ese cofre y usar la daga que encierra. Descansa tranquila. Debo marcharme inmediatamente y averiguar algo. Hablaré con Jenofonte después de todos estos años, si el destino nos concede el tiempo.

Tiberio no esperó más ni se dejó presionar por las apremiantes preguntas de Antonia.

Simplemente se despidió y abandonó la sala, como acosado por impenetrables fantasmas.

Al pasar junto al *impluvium* se encaró con Germánico. Éste encontró a su tío más distante de lo que ya era habitual en él. Tiberio reparó en el muchacho y lo saludó. Germánico, el hijo de

Drusus. Germánico, el favorito de Augusto. Le pareció que se convertía en hombre muy rápidamente, y por primera vez temió a su sobrino y a todo lo que aquel muchacho significaba. Mientras Germánico crecía, él, Tiberio Claudio Nerón, se volvía menos importante ante los ojos de la alta política, y aquel suceso acerca de la muerte de Drusus podría acarrearle mucho más que un fracaso en el poder; no apreciaba la vida política tanto como la mayoría de sus familiares, pero se trataba de salvar la vida.

En su cabeza relampagueó la frase de Julio César en Munda: «Siempre he asistido a las batallas para obtener el triunfo, pero hoy he luchado por salvar mi existencia». Y Tiberio no dudó en recurrir a lo único que podría salvarle.

OceanofPDF.com

VIII

V A.C. ROMA

Entre tanto, Cayo Julio, el nieto mayor de Augusto por la línea de Julia, había iniciado una campaña en Roma, y no eran pocos los adeptos que se unían al joven, digno favorito al trono del Imperio. Augusto había mandado educar a Cayo y a Lucio con todos los consentimientos que un emperador puede permitir. Y dadas las circunstancias, había quien los consideraba poco arrogantes, pues podrían haber resultado insoportables y prepotentes hasta el último grado. Pero tanto Cayo como Lucio gozaban de la simpatía de las mayorías, eran bien dispuestos a los trabajos públicos, y se enfrentaban al consulado con la habilidad que Augusto esperaba de ellos. Por supuesto, su consulado era sólo cuestión de honor, pero mediante estas maniobras y la financiación de juegos en el Coliseo podía esperarse una popularidad afectuosa hacia los herederos favoritos del emperador. Cayo, no obstante, se había adelantado y había empezado a buscar los discursos públicos en Roma, y contaba cada día con más adeptos. Sin renunciar jamás a Augusto, cuyo poder absoluto controlaba el estado, sus detractores jugaban a mostrar una descarada simpatía por Cayo, algo que nadie podía reprocharles, dado que era su heredero, aunque mostraban así un desacuerdo respecto a la continuidad infinita del mandato de Augusto y sus renovaciones de la magistratura consular y del *imperium.*

Cayo encontró la oportunidad en Iulo, un maduro senador que era uno de los hijos de Marco Antonio, fruto de sus primeras nupcias con Fulvia. Iulo estaba casado con Marcela. Había encontrado esta vinculación con la familia imperial gracias a Octavia, quien intercedió, a pesar de la traición de Marco Antonio con Cleopatra, ante Augusto para garantizar un fututo digno al que entonces era sólo un crío. Iulo se había adaptado a las circunstancias, pero, como todas las facciones cercanas a Marco Antonio, nunca aceptó a Augusto, quien fue el causante del suicidio de su padre, tras ser vencido en Accio por la flota capitaneada por Agripa.

Cayo aceptó la invitación de Iulo y decidió asistir en secreto a su casa para hablar de algunos asuntos relacionados con la financiación y el apoyo propiciados por un sector del Senado.

—La admiración hacia tu abuelo Augusto me inclina a esta conversación, Cayo —dijo Iulo.

—No estoy dispuesto a dar crédito a ninguna otra opción —aseguró el joven.

—Te he invitado para hacerte saber que soy un partidario de tu ascenso, y eso no va a ser sólo una opinión. Quiero además poder apoyarte, públicamente hasta donde las circunstancias lo consideren oportuno, y personalmente hasta donde acordemos. Nada quiero a cambio, únicamente la fidelidad de la que hablas hacia el Senado y la República.

—La República no debe desaparecer completamente, y el siguiente emperador debe ser capaz de asumir esto si quiere reinar en paz, de la misma manera que la República no puede renunciar al imperio y a su cabeza.

—La financiación de tu campaña requerirá un dinero del que no dispondrás hasta la mayoría de edad, y aún así ello dependerá de muchas circunstancias, la mayoría de ellas relacionadas con Livia.

Cayo recordó cómo Livia había congelado la fortuna de Agripa y de sus posesiones.

—Si hay alguien a quien no queremos es a Tiberio —afirmó de pronto Iulo.

Los ojos del joven Cayo se encendieron. Iulo arriesgaba mucho hablando con tanta claridad, pero estaba seguro de que los hijos de Julia no aceptaban a su padrastro, y de que el fracaso matrimonial de Julia y Tiberio no complacía en absoluto a los hijos de ésta.

Cayo decidió corresponder a la franqueza con la esperada afirmación:

—Tiberio no ha sido un buen hombre para mi madre.

—Es uno de los peores frutos entre los Claudios, no es un digno sucesor de Drusus como aspirante al solio imperial. He buscado esta ocasión para poder comunicarte lo que muchos otros, secretamente, temen de esta situación: todos ellos te apoyarán, Cayo Julio, todos quieren que seas el siguiente emperador de Roma. Tiberio es despreciado por muchos como el cachorro inútil de Livia. Roma no ha aceptado la muerte de Drusus, y con la misma energía con la que Drusus era respaldado es hoy rechazado secretamente Tiberio. Su matrimonio con Julia tampoco le congracia, pues se sabe de sus tendencias...

—¿Cuáles?

—Tiberio difunde muchos comentarios acerca de Julia.

Cayo sintió que su sangre hervía a medida que oía todo aquello y respondió casi con vehemencia:

—Todo es mentira.

—Lo es —aseguró Iulo. —Y lo que pocos saben es que Tiberio tiene un ayudante, Ælio Sejano, que le proporciona placeres que, de ser conocidos por Augusto, le provocarían la mayor ruina. Si tu madre se ha sentido despreciada ha sido justo y real, pues Tiberio no ha hecho otra cosa que perseguir sus propios deseos y despreciar el gran honor de haber sido casado con la hija del emperador de Roma, a la que tu abuelo tanto quiere. Tiberio se nos

antoja un absurdo elegido de Fortuna, y ante tus ojos y los de tus hermanos no es más que un peligroso advenedizo.

—¿Cómo proceder? —preguntó Cayo.

—Mantendremos vigilado a Tiberio. Y tú debes empezar a mostrar tus dotes de mando aspirando al *imperium* militar. Hay que conseguir que tu abuelo te envíe al mando de las legiones, para que conquistes triunfos. Pero antes debes prodigar tus discursos en Roma. Recordar la gloria y poder de la familia *Julia,* aunque ello encolerice a Livia...

—Livia —dijo de pronto Cayo, como si algo encajase en el rompecabezas de su mente.

—Livia, querido Cayo, Livia... Conocí a Drusus como bien sabes. He de hacerte una revelación...

—Habla entonces a los hijos de Julia —exigió Cayo quedamente.

—Drusus mencionó en varias ocasiones su descontento con la política de Augusto, creía en la República, y a mí en una ocasión me confesó que planeaba, junto a Tiberio, pedir amistosamente a Augusto que renunciase al poder imperial y que restaurase la antigua Roma de las virtudes.

—Drusus fue uno de los más grandes hombres de Roma... —repuso Cayo admirativamente.

—Drusus fue un Julio César apuñalado por el destino. Nunca he comprendido esa interrupción, pero así es la voluntad de los dioses. Lo cierto es que Drusus no odiaba a Augusto, en ningún modo, pero cada vez le disgustaba más la hipocresía de su poder, su manejo del Senado, su control de las leyes... Él y Livia no se llevaban bien. Pero Livia jamás sospechó que Drusus planeaba un cambio del orden en el Imperio.

—¿Planeaba un golpe al frente de las legiones, cambiar el rumbo de Roma, una guerra civil? —preguntó Cayo, incapaz de reprimir su admiración «¿Quéotro hombre sino Drusus podría haberse enfrentado a Augusto?» pensó el joven.

—En una ocasión, Drusus me insinuó que si sacaba a la luz cierto secreto provocaría el fin del poder imperial. Jamás supe dique se trataba, pero en la época en la que Drusus consolidaba sus victorias, tenía previsto aprovechar sus triunfos en Roma para forzar la situación junto a Tiberio y pedir la retirada pacífica y gloriosa de Augusto. Decía que, una vez demostrado el secreto del que era consciente, no harían falta legiones en Roma ni guerras civiles, pues la unidad imperial familiar se disolvería.

—Qué misterios me desvelas; eres como un oráculo, Iulo. Mas no me dejes ahora en las ascuas del saber, y dime en pocas palabras cuál es ese secreto, pues encierra inmenso poder y de él depende el destino del Imperio y de la República.

—Mucho peor que el de Cuma? es mi oráculo, supongo, pues yo me refiero al secreto sin palabras enigmáticas y llamo a las cosas por su nombre. ¡Veneno, Cayo, ese es el secreto de Livia! Pero las palabras precisas y el asunto de Drusus murieron con él, a no ser que Jenofonte o Tiberio estuviesen al tanto.

—Una vez más Tiberio se interpone en nuestro camino —concluyó Cayo.

—Lucharás por la gloria en las armas y haremos cuanto esté en nuestras manos para potenciarte como elegido del Pueblo Romano y del Senado. Los Calpurnio Pisón también están con nosotros, y han puesto la fortuna personal al servicio de la campaña. No son partidarios, como sabes, de la monarquía en que se está convirtiendo el Imperio. Pero si ha de haber emperador, que sea un amigo de los republicanos y no un autócrata incapaz e insidioso como Tiberio. Tiberio es peligroso, mucho más de lo que imaginas.

—¡Que así sea! —exclamó Cayo, haciendo alarde de su energía juvenil y cerrando su puño derecho, que alzó saludando a Iulo. —Es hora de que Roma conozca a los hijos de Julia.

IX 5 a.C. Roma La noche había caído, y Tiberio fue porteado por sus esclavos hasta la *domus* de Augusto. A diferencia de tantas otras ocasiones en las que había recorrido aquel camino, el

Palatinado no le resultó ensoñador e incitante, cuando las siluetas bien conjuntadas de sus pinos se sucedían a la vista desde la litera y podía imaginarse componiendo algunas reflexiones oratorias al estilo de los maestros de Rodas. La espléndida isla ya no era un jardín soleado en el que evadirse de las campañas de Germania y Panonia, sino una escapatoria a dificultades cada vez más complejas. La familia imperial crecía y sus miembros se revelaban sumamente insidiosos, y Livia, su propia madre, su única salvaguardia, parecía volverse desconfiada respecto a su hijo. Así lo creía, y se reprochaba no haber pensado eso antes, conociendo la naturaleza de Livia. Cuanto Drusus había dejado escrito, tenía que haberle puesto en guardia. Incluso a él, un claudio de los menos brillantes pero de los más concienzudos, le había resultado difícil de creer. Ahora la noche se extendía como un palio negro por encima de las siluetas de los pinos de Roma. En algún lugar de aquella colina se hallaban en el Lupercal los restos de la choza de Rómulo, y la cueva en la que los fundadores de Roma fueron amamantados por una loba. Roma continuaba siendo amamantada por una loba, y sus dos cachorros no debieron oponerse a sus designios; Tiberio Claudio Nerón, el único que le quedaba, pronto dejaría de ser imprescindible con la mayoría de edad de Germánico.

Las luces parpadearon entre las ramas bajas de los árboles; las siluetas pétreas de los guardias pretorianos con sus altos penachos se movieron hacia ellos como por instinto. Tiberio pensó que lo esperaban con especial atención. Varios de aquellos soldados lo condujeron hasta los jardines, donde la guardia personal de Augusto, formada por germanos de Batavia, devotos custodios de su seguridad desde hacía muchos años, acompañaron respetuosamente a Tiberio hasta el pórtico bajo cuyas columnatas la claridad de las antorchas delataban el mosaico blanco que tanto agradaba al dueño del mundo. Tiberio había visto docenas, cientos de veces a aquellos guardias bátavos; e incluso después de tantos años jamás le concedieron la menor confianza. Aquella noche encontró sus semblantes más serios y distantes de lo que era habitual en ellos.

Tiberio había recibido la invitación como un mensaje que procedía directamente de Augusto. La posibilidad de asistir a la cena en la gran *domus* del emperador le había cogido por sorpresa. Si alguien sabía lo que iba a suceder, ése era Augusto. Sin embargo, todo parecía acontecer a expensas de los deseos de Livia, a quien de verdad Tiberio temía. Su madre no podía haber revelado aquel secreto a Augusto, a no ser que lo hubiese inculpado completamente, temiendo que él, Tiberio, sacase a la luz lo que su historia había dejado a la sombra durante tantos años. Y mientras así reflexionaba, Tiberio avanzaba con digno semblante, sin prestar atención al austero interior de la gran *domus Augusti*; no reparaba en las pinturas de las paredes, ni en los adornos florales, ni en las pilastras de alabastro, ni en las palmatorias de oro ni en los mapas del Imperio, donde las ciudades aparecían marcadas en láminas de oro con incrustaciones de diamantes, de esmeraldas, de amatistas traídas para su orfebre favorito desde la India.

Augusto había vivido antes cerca del Fórum. La villa de Augusto en el Palatino había pertenecido con anterioridad al riquísimo y honorable Hortensio, que se la vendió a un precio muy razonable para conquistar sus favores en nombre de sus hijos. En un principio la casa no era especialmente grande, tampoco especialmente lujosa. Había columnatas de piedra de Albania en el *atrium* y un peristilo adusto, nada de mármol ni elaborados mosaicos en el suelo ni en el interior de las habitaciones, que Augusto prefería sobrias. Se decía entre los libertos de la casa que durante más de veinte años había usado la misma habitación tanto en invierno como en verano, y ello volvía a reforzar ante el público el carácter semidivino de Augusto, que siendo amo del mundo renunciaba al lujo extremo por el que sus compatriotas eran capaces incluso de matarse unos a otros. Aunque devorada por las llamas de un incendio en el año 3 a.C, que muchos consideraron provocado por sus enemigos, Augusto no quiso aceptar las ayudas del estado para rehacerla, y la reconstruyó a su propia costa y con gran esmero, otorgándole el esplendor que la llenaría hasta muchos años

más tarde. Fue entonces cuando Livia propuso adquirir una de las propiedades adyacentes y crear un Templo a Apolo, que no dejaba de situar su residencia personal cerca del auspicio de los dioses, algo que sedujo a Augusto, quien era tan supersticioso como ambicioso.

Un pórtico de pilares rectangulares quedó a la derecha de Tiberio. No supo por qué lo llevaron por aquel camino, pero un pequeño pasaje, accesible desde el criptopórtico del Templo, conducía a una gran sala, la única cuyo suelo estaba cubierto de mosaicos que hacían referencia al mar. Se trataba del *triclinium* favorito de la pareja imperial. Neptuno, empuñando el tridente, aparecía de perfil en medio de las olas, entre cuyas variadas formas surgían los tritones y ninfas que se encargaban de festejarlo en las abisales profundidades, rodeado de morenas, rayas, marrajos, atunes y pulpos. Tiberio siguió el tridente del señor de los mares con su mirada, y allí en frente se encontró, de pronto, con los ojos grises y luminosos de Augusto. Tan inesperado fue el momento, que Tiberio vaciló, arrancado tan súbitamente de sus sombríos pensamientos.

Augusto lucía la toga alba con los sencillos atributos del *imperium*, tantas veces renovado por el Senado; en su cabeza había menos cabello y era más gris, pero Tiberio sintió de nuevo ese miedo y respeto sobrenatural que despertaba la presencia del emperador de Roma. Su concentrada y penetrante mirada, su ancha frente, las facciones serenas, casi delicadas, la firme mandíbula, y una ligera sonrisa que demostraba superioridad y dominio, lo recibieron con los brazos abiertos.

—Ven, hijo —Los brazos abiertos acogieron la ancha espalda de Tiberio. Éste, sobrecogido, abrazó el cuerpo recio del padrastro.

—Padre —dijo al fin Tiberio, sintiendo cierta esperanza. —Me tienes en Roma para lo que necesites con solo pensarlo.

Alrededor los guardias bátavos apenas se habían apartado hacia las sombras de los pasillos. Como consumados actores, los

miembros de la familia imperial estaban ya acostumbrados a vivir en la intimidad a expensas de sus mudos y ubicuos centinelas.

Augusto volvió a mirar fijamente a los ojos a Tiberio, y al fin habló quedamente.

—Cuánto me acuerdo de tu hermano cada día que oigo hablar de ti.

—No he oído jamás mayor elogio, pues yo no soy ni la sombra de mi hermano, y lo sé.

—No digas eso, Tiberio Claudio, no lo digas, lo ayudaste con maestría durante su gran intervención en la guerra de Germania.

—No es cierto, él lo hizo todo...

—Y aún si esta fuese la última noche, quiero que me abraces otra vez y que recuerdes lo muy caro que me fuiste.

Tiberio se creyó fulminado al oír esas palabras, mientras recibía otro firme abrazo del amo del mundo. Imaginó las dagas que apuñalaron a Julio César y sintió un ligero mareo. ¿Acaso lo iban a envenenar durante aquella cena...? Nada más horrible podía pasar por su mente, cuando escuchó voces y un ameno ambiente que les aguardaba, a cuyo encuentro caminaban contemplativamente.

A la derecha se abría un *triclinium*; opuestas a la entrada, orientadas al noroeste, había tres cámaras, todas ellas iluminadas por lucernas en el tejado. Alrededor de sus pasos, las paredes, tatuadas con filigranas florales y amplios espacios azules y purpúreos que enmarcaban grandes frescos al estilo de Pompeya, mostraban la elegante y severa austeridad de la que se rodeaba Augusto en su retiro privado. Sus dioses favoritos, Quirino y Apolo, rodeado éste por las musas, se servían agua de las fuentes retratadas al estilo de aquellos jardines, y Diana recorría una espesura en busca de los corzos etruscos.

Allí estrechó las manos de Publio Quintilius Varus y de su hermano Sexto, hijos de Sexto, y nietos de Sexto, y la esposa de Publio, Claudia Pulcra, hija de Marcela, la menor de las dos Marcelas a las que Octavia, hermana de Augusto, había dado a luz. De la *gens Quinctilia*, cuyos antepasados procedían de Alba Longa, Tiberio sabía que habían surgido muchos cónsules y pretores republicanos, pero tras el vínculo de Publio Quinctilius Varus con la familia imperial, al casarse con Claudia Pulcra, las relaciones con el poder volvieron a estrecharse, a pesar de que en el pasado Sexto Quinctilius Varus, su padre, había sido uno de los senadores que habían apoyado el tiranicidio de Julio César. Tiberio recordó las palabras de Drusus, y admiraba el magnetismo de Augusto, a cuya fuerza ya nada se resistía.

Varus ofrecía un aspecto sonrosado y apático. Tiberio recordó una moneda de cobre acuñada en la ciudad africana de Aculla, durante el proconsulado de Varus en la provincia de África durante los años 6 y 7 a.C, que mostraba su gruesa, indolente, pesada cabeza de puerco. El rostro afeitado con su frente rectilínea, la congestionada y ancha nariz, los ojos hundidos y aquel gesto de complacencia en torno a la boca, en una actitud tan propia del retrato republicano, tan realista, no le causó en modo alguno una impresión significante o siquiera agradable. El amplio rostro que ahora sonreía y platicaba ante él en un latín jactancioso, el ancho cuello del que procedía la voz densa y lerda, sólo podían hablar de un flemático y epicúreo patricio, que jamás se había entregado con dedicación a esfuerzos del cuerpo o del espíritu. Tenía la soberbia de un general romano sin la dedicación de los grandes hombres de armas, y el vino encendía sus mejillas, tímidamente estriadas por minúsculas venillas amoratadas, en un hombre que apenas había sobrepasado la media centuria de vida. Claudia Pulcra, su esposa, era una mujer hermosa, como todas las mujeres de la *gens Julia*, y lo mismo podía decirse de las esposas de Quinto Hatelius y Lucio Vinicio, todos allí presentes, a los que Augusto había propuesto como cónsul y cónsul *suffectus*, respectivamente.

La reunión, que no era muy concurrida, se le antojó a Tiberio el cónclave del poder romano que asistía a una conspiración cuyo verdadero objeto sólo Livia conocía. No acababa de entender por qué le concedía la pareja imperial tanto honor, invitándolo sin la presencia de Julia a una reunión de esa índole.

Augusto se recostó en el *lectus* y los demás hombres hicieron lo mismo; las mujeres se sentaron en los taburetes forrados con piel de cabra, mientras la conversación empezaba a animarse a la espera de la anfitriona.

—Me admiro ante la decadencia obstinada que han tratado de vivir las costumbres romanas, las verdaderas formas que fueron las encargadas de crear el espíritu de nuestro pueblo.

Tiberio se limitó a asentir. Conocía aquella clase de discurso. Augusto, un hombre recio y fuerte entrado en sus sesenta años, disfrutaba con esa clase de oratoria, que parecía gozar de la incontestable aceptación de sus invitados.

—El lujo desmedido con el que se arropan muchos de nuestros ciudadanos, algunos de los cuales aprecio personalmente, me resulta ajeno y extraño.

—Sagrado Augusto —añadió Sexto, el hermano de Publio— has de saber que los de nuestra familia no sólo somos de la misma opinión sino que además practicamos esa costumbre que no puede confundirse con la depravación asiática que inunda las grandes mansiones de Roma.

Tiberio observó el rostro de Publio Quinctilius Varus: no podía imaginar mayor acumulación de cinismo que la de aquella cara en la que una sonrisa sardónica se había posado indefinidamente bajo los ojos hundidos y achinados. Varus era evidentemente uno de los mayores vividores que habían sido enviados a las provincias asiáticas...

—¿Cómo se aprecia esa decadencia en la isla de Rodas, Tiberio Claudio? —la pregunta había sido formulada por el propio Varus, y Tiberio comprendió que tras aquella gruesa máscara el

magistrado de Siria ocultaba la gran cualidad de la familia, una certera astucia.

—En la Isla de Rodas, en cuyo puerto todavía se ven, desvencijados, los pies del coloso que custodiaba con un fuego en sus manos la entrada de las aguas, allí no he visto mucho más que terrenos secos, piedras soleadas, un mar en calma y maestros de oratoria —respondió Tiberio.

—A juzgar por tu respuesta, no dudo que se aprende a hablar en Rodas... quizá mejor que en Roma, ¿no es verdad, Tiberio? —arguyó Varus con su voz profunda y densa, mas sin borrar un sólo momento aquella sonrisa de su rostro.

—Nadie podría hacer eso jamás, después de que Horacio y Virgilio hayan dado a nuestras palabras la altura que sólo muchos años de posteridad podrán revelar como auténtica y única. Pero en Rodas hay muchos maestros estoicos, que seguro no has encontrado en las turgentes satrapías de Siria...

En ese momento Livia apareció a las puertas del salón. No podía haber resultado más ridículo el comentario de Augusto: Livia entró como una magnífica actriz, hermosa y sonriente, pero ataviada con un traje que parecía propio de la Cleopatra de Alejandría, el día que sedujo a Marco Antonio las una y mil veces que quiso.

Tiberio se alzó para saludar a su madre. Esta se consagró a las mujeres reunidas, las cuales parecían pálidas y austeras palomas blancas ante un pavo real que desplegaba todo su plumaje. En ese momento Augusto decidió escapar a la embarazosa situación tras la denuncia del lujo, diciendo:

—Esto es exactamente a lo que me refería y le pedí a Livia que se vistiese para la ocasión, y así congraciaros con mis opiniones.

Varus rió amablemente y estuvo a punto de aplaudir. Pero Tiberio no tuvo tiempo para prestarle mayor atención. La portadora de tantos enigmas, la dueña de la familia, se disponía a saludarlo.

—Tiberio, hijo, cuánto me alegro de verte. ¿Encontraste tormentas en tu viaje de regreso?

—Ni una sola nube se opuso en el cielo a nosotros cuando volvía a Roma.

—¡Eso es un buen augurio! —exclamó emocionada. A Tiberio le maravillaba lo espléndida actriz que era su madre. Era capaz de llorar sobre la tumba del enemigo más odiado, instantes después de haberlo envenenado. Por todos los dioses, él no era tan buen actor, ¿qué estaba pensando...?

—Y quizá es porque Roma te esperaba con buenas noticias, hijo, la razón por la que Neptuno te abrió paso entre las aguas.

—Eso es lo único que deseo creer, admirada madre.

A diferencia de lo que temía, Tiberio no fue envenenado durante la cena, y le maravilló sobrevivir al *gustaticium*, el cual, como si hubiese sido consagrado al Neptuno marino, estuvo compuesto por excelentes platos de pescado; hubo pasta de olivas negras con raya ahumada al estilo de Sardinia, salsas de jengibre y perejil con chirimías, vino puro de Umbría, tartaletas de *allec* y *libum*, filetes de pulpo cocido aderezado con puré de habas, flores de Malva, cebolla, ajedrea y semillas de *laserpicium*, morena asada en salsa *garum*, y pasteles de higo con jamón.

Después, en el jardín, Livia quiso hablar a solas con él, y logró apartarlo de la reunión bajo el pretexto de que hacía demasiado tiempo que no veía a su hijo, y deseaba cierta intimidad de madre con él.

Se había obrado un cambio en ella. La luz de sus ojos se había encendido; parecía algo más delgada de lo que fuera antes. Mientras conversaban, Tiberio logró al fin pedirle la licencia temporal para partir de nuevo a Rodas, y comunicarle que no se sentía bien recibido en Roma.

—Los hijos de Julia me detestan, y son los verdaderos herederos de Augusto. Mi presencia podría malinterpretarse, madre,

y no quiero que piensen que deseo usurpar su camino. Prefiero conservar la vida.

—¿Tan aguerridos te parecen tus hijastros? Tiberio, hijo, no te das cuenta de que un peligro mayor nos amenaza; sabes por qué te he hecho venir.

Tiberio la miró. Había temido que aquel asunto saliese a la luz, pero ya estaba claro que Livia tenía sus propios planes al respecto. Livia continuó.

—Te reclamo la última voluntad de Drusus, la carta que dejó escrita y sellada, y cuyo contenido conozco. Si la tienes debes dármela, o convertiré tu licencia temporal en un destierro definitivo.

—Los dioses saben que esa carta fue destruida, madre, y que sólo yo conocí lo que, desde un principio, consideré desvaríos de Drusus en su lecho de muerte.

—Pero sabes de lo que serían capaces los enemigos del Imperio en posesión de esos desvaríos. Aguardan la ocasión como los lobos que aúllan alrededor de los cazadores, envidiosos de cada pedazo de carne que se echan a la boca.

—¡No existe! Ya no existe, debes creerme —suplicó Tiberio.

Livia admiró largamente los ojos de Tiberio.

—Ahora estás en mis manos... —dijo al fin. —Si me traicionases, Tiberio...

—No hay traición que valga, no hay prueba de esas locuras que tanto mal harían, a no ser que yo pretendiese divulgarlas, y he callado durante todos estos años... ¿qué lograría abriendo de par en par las puertas de ese secreto para que penetrase la luz a iluminarlo? Nada más alejado de lo que quiero, madre, debes creerme, ¡por Júpiter!

Livia miraba quedamente las sombras del jardín.

—Prepararé el camino para Julia y para sus hijos —afirmó con determinación. —Tendrás esa licencia temporal de Augusto. Debes

alejarte de Roma hasta que Julia sucumba.

—¿Julia? ¿Sucumbir...? ¿Cómo?

—Eso no ha de importarte. Sólo entonces volverás, respaldado por la opinión pública, con las manos limpias. Déjame a mí, yo me encargaré de ella, y ese amigo tuyo, Ælio Sejano, hazle venir mañana. Tengo planes para él. Es un joven muy capacitado.

—Lleva cuidado con Sejano, madre, es astuto y vil como una víbora. Siempre está debajo de la piedra en la que uno quiere sentarse...

—Sejano no es ningún problema. El problema es Julia, Tiberio, y estás en una delicada situación...

—¿Y Antonia? — —Antonia no sabe nada —respondió ella. —De lo contrario no habría recurrido a ti desesperadamente. Escucha lo que te voy a decir, hijo, porque no te lo voy a repetir nunca más. Germánico es demasiado joven para gobernar. Temo a los hijos de Julia, y Augusto se hace mayor. Es hora de que sepas lo que significa gobernar Roma. Debo contar con mi hijo, y no sospechar de la traición que Drusus organizaba contra mí y contra Augusto.

En ese momento Livia se aproximó a Tiberio, hasta rozarlo con sus piernas. Puso la mano en la toga de éste, y la recorrió. Sus ojos ardían poseídos por un extraño y vehemente deseo. Eran aquellos ojos azules, vidriosos, enardecidos por un halo de ópalo verde. Tiberio al fin lo sabía, no había mayor reconocimiento de las palabras ocultas de Drusus que la actitud de ella: eran los ojos del mismísimo Veneno.

—Lo que yo sé —afirmó Tiberio, sintiendo que su vida pendía de un fino hilo— sólo lo sé porque Drusus, en su extravío, lo dejó escrito. Nadie lo creería y menos aún tu hijo Tiberio. Yo te amo madre, y por ello honro la memoria.

Los labios de Livia articularon unas palabras aturdidoras.

—Si me amas, bésame.

Tiberio no comprendió a Livia. Incluso contando con la impulsiva condición de la familia, no cabía duda de que para Livia la única excitación procedía del dominio. Lo que en cualquier otra mujer habría resultado inconcebible, en Livia era probable; lo que para cualquier mujer eran límites razonables, para Livia era ilimitado, pues su ambición no conocía los límites de la humanidad. Ahora que lo tenía acorralado disfrutaba tanto que se sentía excitada hasta lo más profundo de su ser.

Tiberio sintió repugnancia. Pero la disimuló. Su vida entera iba en contra de su propia naturaleza... pues prefería las mujeres muy jóvenes. Y su propia madre, pese a ser una mujer muy hermosa, le resultaba posesiva e incestuosa.

Le asaltaron recuerdos inconfesables desde la más temprana infancia. Cuando discutía con Drusus, cuando se mostraba más débil que aquél, ... Recordaba la presencia de su madre, siempre rodeada de cierto misterio, siempre temiéndola. Sólo sombras en la penumbra de los años. Quizá su búsqueda de la más extrema juventud erótica procedía del asco que le producía aquella dominación femenina, la madre que lo controlaba hasta llegar a convertirlo en juguete de sus propios deseos y lo manipulaba para servirse de él y alcanzar el poder allí donde, sólo aparentemente, los hombres dominaban el mundo. Pues si bien Augusto era el señor del mundo, Livia era la única dueña de Augusto.

¿Quién podía suponer que junto a un hombre como aquel habría una mujer sana o sincera...? Sólo Livia podía respirar el mismo aire que el amo del mundo.

La mano de Livia acarició suavemente la toga de Tiberio. Éste huyó de sus pensamientos y se entregó a la máxima depravación, considerando que el asco que sentía por ella aún pudiera salvarlo, como prueba de sinceridad que era para sí mismo, de caer todavía más bajo. Convencerla de su fidelidad y de su complicidad a cualquier precio, eso era lo que debía garantizarse en aquel momento.

Y aunque no era consciente de ello, Tiberio había firmado la alianza más poderosa de su destino, y una de las más importantes de la historia romana.

OceanofPDF.com

X

V A.C. ROMA

—Augusto ha promovido el ensalzamiento de dos nuevas divinidades: el dios Julio, que se convertirá en una apoteosis de Julio César, y la diosa Roma— afirmó uno de los senadores.

Sixto Aulio apenas se molestó en saludarlo, mientras dejaba que sus melenudas esclavas etíopes le sirviesen racimos de uvas en una bandeja corintia, y dijo:

—¡La única diosa de Roma es Livia! El emperador se considera digno deudor de su tío abuelo, tributándole semejante honor póstumo, pero además se encarga de que nadie ponga en duda el cada vez más exagerado origen divino de la familia imperial.

—¡Se ríen de las estatuas de Marsias! —protestó Cayo Lucurio. —La veneración de la nueva diosa, Roma, se convierte en una maniobra manipuladora en cuanto a la *dignitas* de la ciudad se refiere, la única en el mundo que además de sus propios dioses contará con una divinidad femenina protectora que la simboliza.

—Augusto pretende cohesionar las ideas del pueblo —añadió Iulo Antonino: —mostrar su grandeza como salvaguarda de los ritos itálicos, y dar esplendor al orgullo romano en una ciudad que, según él mismo gusta decir, había recibido de ladrillo y entregará cubierta de mármol al final de su mandato.

—¡Ególatras endiosados! —declaró al fin Sixto. —La verborrea de Augusto me produce los mismos males de vientre que los dátiles verdes... Caminan hacia su fin con paso firme los que tan fuertes se creen en su existir —se burló Sixto; degustó las uvas frescas y sus carrillos, ajados por el placer, se arrugaron como ostras deglutidas por un epicúreo. —Esa forma de mandato que, por otro lado, requiere la constante novedad para sustentarse... ¡Incluso la política romana está sujeta a las leyes del espectáculo! ¡Viva Roma, la ciudad de los teatrócratas carroñeros que se alimentan del cadáver de la República! Hay que actuar cada año, eso sí, como las putas del Foro, y mostrar nuevas ideas y nuevos triunfos para que la función continúe tal y como él, Augusto, ha decidido. Política y teatro barato, que no tragedia griega... Si algo habrá de diferenciarlo de otros emperadores será, y lo digo con palabras de augur, junto a la longitud de su mandato, que será el más largo de toda la historia de Roma, su firme determinación de no dejarse llevar por las pasiones más banales del poder, a las que, supersticiosamente, atribuye la maldición de una frase mal jurada. El lujo desmedido y la pérdida de *dignitas* en el hombre que detenta todo el poder encerrándolo en su puño sólo puede acarrear su propia caída, piensa él, pero se encontrará con otras trampas en el camino a la ceniza.

—Designio de los dioses —declaró Cayo, sin apartar los ojos de una de las esclavas que los servía. —Por alguna razón sabe que una extraña balanza lo mide a cada instante, y que los lictores divinos dejan caer sus hachas de justicia con demasiada premura; no hay vuelta atrás en el camino de la vida para los errores cometidos... y mucho menos para los errores *en* y *por* el poder.

—Pero a pesar de todo ello, surge una nueva diatriba de carácter divino, ya lo sabes... —dijo Iulo.

—¡Que si lo sé...! Más sacrílego que Alejandro Magno es en su fuero interno ese gélido estoico... —protestó Sixto.

Iulo parecía visiblemente irritado.

—Se ha propuesto que las provincias y las colonias no dispongan de las mismas divinidades urbanas que Roma, por no hallarse en ninguna manera a su altura, y ha comenzado a cobrar vigor la idea de que las provincias del este estaban acostumbradas a tributar honores divinos a sus gobernantes, hecho que en cierto modo reconciliaba a estos pueblos bárbaros con el poder que los conducía. Rememoran la conveniente divinidad de Alejandro Magno en sus satrapías de Asia. Augusto recuerda que, entre los grandes romanos, el primero en aceptar honores divinos personalmente en oriente había sido Julio César, y la idea no le agrada. Está celoso de su forma de poder y vigila la estructura de la misma. Augusto ha propuesto entonces que el mismo Senado de Roma sea venerado en todas las provincias como un único dios y sus miembros se sienten halagados, con lo que finalmente se ha aceptado el culto al representante del Senado, simbolizando a la identidad política del estado romano, y con ello se inaugurará el culto a Augusto, que en adelante sería la divinidad para las provincias.

—¡Majadero! —exclamó Sixto con la boca llena.

—Muchos lo creen una idea acertada, confiando que eso sólo pudiese llegar a significar que los bárbaros unifiquen la idea de la dominación romana con la de un dios superior contra el que es mucho más difícil luchar que contra un hombre mortal de carne y hueso.

—Aún así, amigos, se acercan grandes rebeliones, y hay pueblos sedientos de fuego que montarán en cólera contra Roma, incluso a sabiendas de que su *Imperator* es un dios pretencioso y oportunista —añadió el craso Sixto.

Eructó y sonrió satisfecho. Y continuó:

—Uno de esos lugares es Germania. Tras las mediocres derrotas de Cayo Sentio Saturnio en las fuentes del Lupia, que no fueron consideradas desastrosas, pero que tampoco reportaron mayor gloría a ese idiota con cara de pichón, las posesiones de Roma se han mantenido a duras penas. Los años que sobrevinieron

a la muerte de Drusus fueron contestados por las campañas infructuosas de Domitio Ænobarbo, quien avanzó al frente de tres legiones hasta las aguas del Albis, sin encontrar mayor gloria que rutas silenciosas, aldeas abandonadas y una cuidadosa vigilancia e indiferencia por parte de los germanos. ¡Enteraos de lo que ello significa! Lo que resaltó en Roma al respecto no dejaba de ocultar una contradicción de la que sólo Tiberio, gran conocedor ya del frente germano, era plenamente consciente; a saber, que Lucio Domitio no se había atrevido a romper el plan, que dictaba recorrer las rutas conquistadas por Drusus, cuidando mucho de inmiscuirse en las fronteras que, como una línea de estacas en cuyas puntas se hallaba ensartada la cabeza del recuerdo de Roma, cercaban el amplio territorio de los queruscos en torno al monte Melibocus, el cual formaba una barrera natural con las llanuras cenagosas del oeste, antes de convertirse en las verdes planicies de los salvajes hombres—caballo.

—Los queruscos... —repitió Cayo Lucurio. —¿No son esos los que avergonzaron a Sentio Saturnio?

—*¿Avergonzaron?* Y más que eso. —Sixto parecía satisfecho. —Por poco le arrancan los ojos. Si hay algo que me gusta de los germanos es lo mucho que ponen en ridículo a esos generales engreídos.. . Muchos centuriones hablan de Sentio como de un imbécil incorregible. En aquella batalla ganaron las máquinas a costa de las cohortes. Segimerus Cabeza—de—Lobo era el nombre del caudillo germano que reunía a las hordas a su alrededor.

—Así es —afirmó Iulo. —Y Lucio Domitio regresó al Rhenus conforme con el resultado, diciendo que el enemigo había huido ante el paso de las legiones y que habían ido más allá de los pasos malditos de Drusus, con lo que la noticia fue acogida con cierta orgullosa indiferencia por parte de la élite gobernadora del Senado, y especialmente por Augusto, a quien las fronteras de Germania, desde hacía años, le ocasionaban extraños sueños de los que despertaba angustiado y empapado en frío sudor, según he sabido por algunas de mis sirvientas, que se entienden bien con varios de los bátavos de su guardia personal... Supersticioso como es,

afirmémoslo una vez más, Augusto prestaba especial atención a aquel territorio nórdico que tantas dudas plantea hasta que la política exterior de Roma se ha centrado en las provincias orientales y la frontera de Armenia, y también vino a desplazar el interés por Germania una bonanza económica en la navegación por los mares que rodeaban a Grecia y la península itálica, y las crecientes tensiones de Panonia.

—¡Panonia es la mina de los parientes de Cæcina Severo, la *gens* Licinia de Etruria! —exclamó Sixto haciendo palmas burlonamente.

La región encerraba los montes Agathyrsi en el este a lo largo de la línea del Danuvius, colindaba en el noroeste con Noricum, y en su frontera norte con Germania Magna en su zona oriental, antes de entrar en contacto con los pueblos salvajes de Sarmatia.

—Panonia se ha mostrado orgullosa y hostil al dominio romano —continuó Iulo. —Es una tierra fértil irrigada por los ríos que descienden de las montañas de Noricum, pero los tauriscos, los toxandrios y algunas tribus de germanos cruzan el Danuvius y ejercen una influencia negativa en una región ya de por sí poblada por tribus salvajes y traicioneras. A ello se une la audacia de Marbod, ese rey de los marcómanos que había conquistado el territorio de las fuentes del Albis, más allá de Noricum, en Germania Magna.

—El reino de Marbod es una gigantesca fortaleza natural cercada por tres hileras de montes, los Sudeta en el este, los Gabreta en el sur y la cadena montañosa del Asciburgius a lo largo del norte y del este: el *Boiohæmum.*

—Para adueñarse de tan ancho territorio, los marcómanos habían combatido contra sus anteriores moradores, los boios y los volcos tectosagos. —Iulo parecía satisfecho. —Marbod, educado en Roma, donde había estado en prenda junto a muchos otros jefes marcómanos para que sus pueblos y sus familias dirigentes respetasen la frontera del Imperio, volvió con los marcómanos e inició una campaña según su educación en el ejército romano. El

resultado fue un nuevo problema para Roma. Marbod, a pesar de recibir ciertos de nuestros tributos, que aceptaba con las mejoras maneras, se ve en posesión del ejército más peligroso de Germania, al frente de setenta mil hombres armados, con una cuantiosa caballería, organizada en mayor o menor medida a la manera de los ejércitos imperiales romanos. Es el equivalente a ocho o diez legiones, una fuerza demasiado poderosa que Roma debería eliminar o neutralizar cuanto antes.

Sixto se enderezó y añadió:

—Ya Drusus había sugerido a su alto mando, y le había pedido a Tiberio, que no dejase prosperar a Marbod en el este, pues en el momento oportuno podía hacerse con el control de Germania y las tribus le mostrarían a él más simpatía que a los estandartes de Roma. Ello sólo podría acarrear un desbordamiento de las fronteras del Rhenus y el saqueo de las Galias en pocas semanas. El avance de Marbod y de los marcómanos en el Boiohæum había empujado a los boios y a los volcos tectosagos a cruzar el Danuvius al este de Noricum e introducirse en Panonia, Tracia, Iliria, Dalmacia... Pero Panonia, la región más rica y norteña, como una inmensa lengua de tierra fértil irrigada por los afluentes del Danuvius que afirmaba su frontera en el norte y en el este, se convertirá en poco tiempo en un nuevo campo de batalla.

—¡Sixto Aulio el augur! Los lujos del retiro acentúan tus capacidades como oráculo, parece.

—Sabes que soy de Tarento, y allí el sol nos hace visionarios, por muchos años que hayamos pasado en el invierno de la Galia. Augusto pretende que Tiberio vuelva a Germania para derrotar a Marbod y que la tensión de las provincias del Agathyrsi se disipe gracias a un retorno de los pueblos desplazados por los germanos de Marbod. Pero no será así. Ya sabéis de las mentiras de Tiberio, y si se descubriese al fin lo que Drusus tan celosamente escondió, entonces llegaría la última hora de Augusto. Pero eso escapa a nuestras posibilidades, desconocedores de las pruebas.

Iulo miró preocupado por encima de los pinos que rodeaban el ágora.

—Pocas horas de Roma han sido tan extrañas como esta. Y que conozca las intenciones que presidían el ánimo de Drusus no significa que ahora el que conoce la verdad llegará a revelarla. Tiberio era el único que sabía ese secreto, y cualquier voz no podrá revelarlo.

—Si Tiberio lo hiciese, eso sólo debería ocurrir en posesión de las armas.

—¡Tiberio! —protestó Sixto. —Ese perro de sus amos... ¿lo habéis visto hablar en el foro? Un idiota, una torpe ave de corral, y nada más. Si la República retornase no lo haría de la mano de Tiberio. Y os digo que Tiberio es peor de lo que os imagináis. Prefiero cien años de mandato con Augusto que un Tiberio convertido en emperador. ¿O creéis que se quedará mirando cuando Augusto muera? Si dispusiese del poder se entronaría. No dejaría nada en su sitio alrededor. ¡Temed a ese Tiberio...!

La familia imperial vivía sometida a una gran tensión. No eran pocas las voces que, como las de aquellos senadores, en secreto, comentaban la conducta de Julia, a quien cada vez se encontraba con más frecuencia relacionada con los orgiastros más famosos de Roma. Quizá porque Roma y sus romanos tenían una tendencia casi maniática a forjarse leyendas de todo tipo, lo cierto es que Julia se había convertido en una mujer demasiado popular, y tras el nombramiento de las nuevas divinidades, muchos se referían a ella como «la diosa de Roma».

Una tarde, uno de sus libertos abandonó la *domus Tiberiana*, y se dirigió a un recóndito rincón del Subura. Allí se encontró en una taberna con otro personaje que no parecía de gran condición. Se intercambiaron denarios y bolsas. Después volvió a su lugar y en la cocina, antes de que se sirviese la cena, vertió parte de un líquido que venía encerrado en un frasco de aquella bolsa en uno de los platos que iban a servirse a Julia.

Y aquello venía sucediendo desde hacía muchos meses. A pesar de todas las seguridades que Julia se permitía, alguien había logrado pagar un precio más alto para que aquel liberto de confianza realizase el encargo. Quizá era debido a que, debido a la poco agraciada condición física de éste, Julia nunca lo había considerado digno de sus favores, para los cuales escogía a hombres muy jóvenes, atletas, o famosos gladiadores.

A finales de año Augusto autorizó, contra toda lógica y gracias a los ruegos de Livia, la partida de Tiberio. Una vez más le pareció al emperador que Tiberio se ahorcaba con semejante petición, pues parecía querer privarlo de su confianza y de la necesidad que le urgía de sus servicios como general en las fronteras con Germania. Pero estaba convencido, a su vez, de que no podía dejar en su poder un ejército tan poderoso como el que sería necesario reunir para combatir a Marbod.

Sin sentir la plena confianza, no podía depositar tanta fuerza militar en las manos de un *legatus imperialis*, pues podría cargar contra Roma y ocasionar una guerra civil.

OceanofPDF.com

XI

IV A.C. ROMA

La salsa recorría los carrillos de gruesos, jóvenes, indolentes millonarios, las túnicas se levantaban, el rugido de la orgía era escandaloso, las ubres rellenas de carne, el cabrito asado, los efebos desnudos, las exhibiciones de sexo, todo ello ofrecía gran diversión manchando la lujosa sala, entre cuyos *lectus*, ocupados por numerosos cuerpos semidesnudos que se atragantaban con los excesos, flotaba un áureo vapor. El *vomitorium* llegaba a tal concurrencia, que los esclavos no lograban lavar a tiempo los restos vertidos y ya habían entrado nuevos invitados.

Fue entonces cuando algunas esclavas etíopes, a las que les sobraba pelo por todas partes, entraron en medio del escándalo producido por unos cimbalistas desnudos que venían anunciando el comienzo de un nuevo banquete. Aunque Sixto Aulio no había podido tomar parte en la orgía, se congraciaba con sus amigos enviando algunas de sus mejores atracciones y viandas.

—¿No es esa Julia, la hija de Augusto? —preguntó un descarado jovenzuelo, mientras se fijaba en una rubia que compartía *lectus* con el anfitrión de la noche, Trogus Bíbulus. Parecía entronizada como la reina del banquete, y disfrutaba lujuriosamente mientras un efebo le hacía servicios entre las piernas.

—¿No eres un estudiante de retórica? —le espetó uno de los ajados cuerpos que compartía su *lectus.* —Deja de fijarte en lo que no te conviene, o haré contigo lo que Tarquino con su Lucrecia.

El joven de cabellos rizados, sin limpiarse la salsa que chorreaba por sus facciones y que le recorría el cuello, devoraba con tal avidez lo que sucedía a su alrededor, que parecía ser capaz de alimentarse con la mirada más que con el ejercicio de las mandíbulas.

—¡Esperión! —gritó otro convidado de pronto, pero el aludido parecía frenéticamente entregado a la danza de los cimbaleros, que rechinaban sin pausa.

—¡Los regalos de Sixto Aulio! ¡Los regalos de Sixto Aulio! —gritaban las voces exaltadas.

El juvenil e hinchado rostro de Tito Bestia estaba preso de una fastuosa excitación, superior a lo que su figura parecía ser capaz de soportar. Los jóvenes del *lectus* anterior se volvieron para presenciar el nuevo espectáculo. Unas bandejas cayeron ruidosamente y el cristal de Alejandría se hizo añicos, vertiendo el vino caliente entre los pies de las bacantes de Tito Bestia. No podía haber espectáculo más ridículo que el éxtasis con el que el gordo se había arrojado a los cuerpos juveniles, lo que fue saludado con una nueva oleada de risas.

—¡Escolpio, mira estas galas!

Varias muchachas desfilaron desnudas porteando, por parejas, panales de miel que chorreaban sobre bandejas en las que habían colocado cuadrículas de terrón con césped y todo. Trogus Bíbulus, uno de los millonarios que financiaba el banquete, se inclinó trabajosamente y recogió la miel con el puño, después de depositar en ella un puñado de garbanzos cocidos con cabeza de carnero.

—¡Los áureos ricitos de Bíbulus! —exclamó el jovenzuelo en el oído del veterano.

—Ni se sabe lo que tiene este Bíbulus, de tanto que le pesan las sacas de plata de Hispania y las tierras, y no conoce a la

mayoría de los esclavos que posee y a los que ordena a través de esa Porcia, su nueva esposa, que no tenía nada salvo el *cunnus* y ahora mira, es millonada.

—¡Menuda marrana! —exclamó el joven estudiante de retórica.

Su mentor y celoso amante le llenó la boca de garum, a la fuerza, igual que si cebase un animal famélico para mejor convite.

—¡Ya puedes ir limpiándote esa boca de mujerzuela, Esperión! ¡Qué Hipérides, qué Tridíbates, dime, te consentiría tantos placeres malsanos! ¡Sólo hay un placer al que condeno tu boca, y ese es el de mi *gladius!* —le recriminó el maestro. A todo ello Esperión respondió con una ahogada risa adolescente, y se agarró a las piernas de una de las jóvenes galas de cabellos rojizos que caminaba porteando grandes panales de abejas. No pudo suceder nada mejor, pues la joven se vino abajo sacudiendo sus turgentes pertenencias, y entre los celos del maestro y la risa del descarado y el alboroto de la miel desparramada, Bíbulus ordenó que los jóvenes fueran sacrificados a la manera de Atis. Los rizos dorados de Bíbulus se sacudieron y una risa inagotable y enajenada brotó de la boca sucia al ver que el maestro suplicaba que no celebrase el sacrificio. Pues no había peor afrenta para su honor que ver al amado aprendiz copulando con una turgente gala para la mayor diversión del encuentro.

—¡Echadle al maestro las leonas etíopes! —ordenó Bestia. Las esclavas africanas se arrojaron sobre el maestro de retórica y lo tumbal on restregándole las nalgas por la cara, al tiempo que Esperión era ubicado en medio del corro para que se reuniese con la joven gala, que era mucho más alta que el aniñado adolescente, que tan bien servía a los deseos del maestro. Esto causó gran alegría y jolgorio, pues todos sabían lo poco dado a las mujeres que era el maestro.

—¡No os atreváis, por Júpiter! —rezongaba el *grammaticus.*

—Saca el *peculium*, muchacho...

Un sirviente pasaba bandejas de Corinto llenas de vulvas de cerda, criadillas, láminas de pulpo y pasta de olivas en aceite de Betio.

—¡Calla, *græculus*, pues tienes la cabeza más calva que el culo de un maricón! —le gritó Bestia.

—¡Discípulos de Amostenes!

Cuartilo y Fidias, dos de sus amigos, y los séviros y magas, se reían del vanidoso maestro de retórica, que tan mal discurso ofrecía bajo las nalgas morenas.

—¡Y tú, Elembrus, deja ya de afeitarte, que tienes el cuello de buitre más tieso que un invierno de Germania!

Los embasicetas escanciaban el vino de Falerno a la par que sobaban la entrepierna de sus amos y amas.

—*¡Cinædus!* ¡Mueve tus nalgas!

Las mujeres, completamente borrachas, se reunían para contemplar el sacrificio de Esperión entre las piernas de la muchacha gala.

Tito Bestia, después de manosear al jovenzuelo descarado, descargó la vejiga en una jarra de vino, pidió que escurriesen sus dedos en agua y se secó las manos en la melena de una gala.

—¡Tú, Milón de Crotona! —recriminó el millonario rubicundo a un atlético esclavo. —Que vayan sirviendo el asado.

Se trataba de un gran jabalí al horno, pero llegó al cenáculo y descansó sobre su bandeja de plata sin ser trinchado. El borracho anfitrión protestó sonoramente. Bíbulus mandó traer al cocinero y las cimbalistas detuvieron su estridente algarabía. Por entre los rumores y gemidos que venían del suelo y de toda la sala, el cocinero se abrió paso con serio semblante hasta el centro de la reunión, sin mirar cuanto acontecía en los numerosos *lectus* que rodeaban el cenáculo marmóreo de las antorchas.

Bíbulus protestó afeminadamente, blandiendo su dedo índice, que parecía ser su única arma.

—¡Te mandaré azotar, te mandaré despellejar, te mandaré asar si no me explicas por qué este jabalí de Lucania ha llegado a la mesa tan salvajemente, que parece que después de correr por las malezas hubiese sido puesto al fuego de Bíbulus!

—El amo debe saber que Sixto Aulio, quien os convidaba, me pidió que os sorprendiese.

El rostro del gordo se iluminó de pronto, ebrio.

—Trínchalo entonces, pero si la sorpresa no me gusta, lo pagarás aquí mismo...

El cocinero se aproximó cuchillo en mano, blandió la punta y desgarró la panza recosida del marrano asado. Hubo un gorjeo y trinos y varias docenas de pájaros salieron volando del vientre del jabalí. El espectáculo despertó tal entusiasmo, que se brindó muchas veces por Sixto Aulio y por Trogus Bíbulus, derramándose el vino que ya encharcaba los pulcros mármoles como en las cubas de Baco.

—¡A ver si soban a ese niño! —gritó un convidado, fijándose en la huida de Esperión. Y al tiempo que las salsas chorreaban del vientre del jabalí, cuando el escándalo alcanzaba su máximo apogeo y un repositorio redondo traía caracoles en salsa, garbanzos, langostas marinas, faisanes y cerezas en honor a Lúculo, lisas y doradillas y el pan y el vino eran servidos por esclavos egipcios en anafes de oro y glaucas copas de Creta, mientras las borrachas se desgarraban la voz y otra cosa cantando en su alegría al *cunnus* y al mercader... Livia en persona, que estaba enterada del asunto a través de Sejano, abrió las puertas de par en par rodeada por la guardia pretoriana.

Los anfitriones, los esclavos y hasta el aire pareció convertido en piedra por la mirada de Medusa. Se quedaron inmóviles, y Julia se enfrentó a los ojos de su madrastra, que avanzó rodeada de soldados como una diosa vengadora.

—Espero que te hayas divertido, aunque Augusto no opinará lo mismo.

Poco después se produjo una estampida al fondo de la sala, y varios de los presentes trataron de huir. Los soldados saltaron pisoteando los manjares. Hubo gran escándalo, gritos y confusión.

Las detenciones fueron numerosas, y las cohortes urbanas se movilizaron para poner fin al espectáculo.

OceanofPDF.com

XII

IV A.C. ROMA

Aquella misma noche, Livia vio llegada la hora de hacerse con el control absoluto de Augusto, mas se encontró con una gran sorpresa. Tras darse cuenta de que éste no daba muestras de buscarla para que le refiriese lo sucedido, Livia fue en busca de su esposo.

Irrumpió en la sala como una Furia.

Augusto había oído un anticipo de la noticia en labios de uno de los jefes bátavos, que había participado en la detención. Pero sabía que se enfrentaría a Livia, y que esta vez nada tendría que hacer. El emperador adoptó la compostura, si bien un extraño dolor le amenazaba el pecho izquierdo.

Livia entró en la sala, se detuvo clavando su mirada en Augusto, y se quedó allí quieta, inmóvil como una estatua que cobrase vida, mientras la guardia avanzaba. Augusto hizo un gesto leve con la mano izquierda, y los centinelas bátavos retrocedieron a las sombras sin dar la espalda al emperador, donde parecieron desaparecer. Una mirada de Augusto bastó para que las puertas resonasen cerrándose más allá del pasillo.

La sala de Neptuno quedaba cerrada para su intimidad.

Livia había mostrado un rostro enfurecido y airado. Pero al quedarse sola comenzó a vacilar. De pronto sus ojos comenzaron a

brillar más de lo usual, y el ópalo verdoso de sus iris se iluminó mientras un temblor recorría sus párpados.

Augusto se aproximó a ella y, desarmado, la abrazó.

Por fin Livia se rehízo de sus llantos lastimeros y comenzó a hablar en su hombro, consciente del momento de debilidad por el que atravesaba el amo del mundo.

—¿Por qué ésta vergüenza, sagrado esposo? ¿Por qué actuar con tanta ligereza? ¿Por qué este descuido y esta denigración de todas las condiciones de la familia...?

Augusto no podía articular palabra alguna. Posiblemente aquello le dolía más que la pérdida de un hijo, la afrenta que con su actitud Julia había causado a toda la familia imperial, que él, siempre tan recto como moralmente despiadado, había llevado hasta las alturas del poderío de Roma.

—Julia parece haber enfermado —dijo al fin Augusto.

—Pues en tal caso muchos son los años que ha estado enferma...

Augusto retrocedió y la apartó de su lado.

—¿De qué me hablas?

—Te hablo de tu hija —afirmó Livia con decisión. —Muchos han sido los hombres que Julia ha visitado, incluso cuando vivía en matrimonio con Agripa. Pero mi hijo Tiberio, al que obligamos a separarse de Vipsania para que complaciese nuestros designios familiares, ha convivido con sus mentiras durante todo este tiempo. Él no quería herirte, por eso nunca reveló la auténtica fuente de sus inquietudes y de sus sufrimientos...

Augusto se reveló inmediatamente.

—No salves así a tu hijo únicamente porque es tu hijo —afirmó con desprecio. —¿Qué hay en ese matrimonio que no sepamos? ¿De qué ha sido capaz Tiberio para que ella se haya lanzado con tan despreocupado desdén a las profundidades de la

degradación? ¿Por qué ha querido inculparnos de esta manera, enviándonos este desprecio que no quedará sin castigo...?

—Tiberio ha cumplido tus deseos fielmente y sólo recibe tu desconfianza y tu odio en pago —aseguró Livia. —¿Qué otro general te ha sido más fiel que Tiberio y más capaz?

—Drusus —suspiró Augusto melancólicamente. —Drusus era el elegido de Roma, y fue derribado por un relámpago... ¡Me lo arrebataron! Drusus era cien veces mejor que Tiberio, Livia, y lo sabes...

—La ignorancia te nubla la mente, esposo, porque los espíritus más triunfantes y hábiles no son fieles, mientras que los fieles a menudo adolecen de unas pocas faltas que los apartan de esa sublime perfección que tú tanto adoras.

—¿Estás despreciando la memoria de Drusus, tu hijo?

—Estoy siendo justa con mis dos hijos, y dejo la idolatría de Drusus para los sacerdotes.

—Si no te explicas lograrás que esta noche pierda una hija y una esposa, Livia Drussila...

—Augusto, escucha lo que he de decirte: Drusus propuso a Tiberio pedirte en Roma que te retirases y que dejases lugar a la República otra vez, y al Senado. Era aparentemente un republicano, pero planeaba poco antes de morir retirarle el poder por las buenas, o por las malas.

Augusto clavó sus ojos grises en Livia.

—¿Estás acusando de traición a la memoria de Drusus, que tan noblemente cayó en Germania? ¿Te atreves a manchar la memoria de uno de los campeones de Roma, a cambio de satisfacer a tu torpe y estúpido cachorro...?

Livia disimuló su ira, pero se sintió segura de sus argumentos, y decidió seguir hasta el final.

—Es verdad lo que digo, tan verdad como que Tiberio rehusó en varias ocasiones y, fiel a su hermano y fiel a Augusto, el

cachorro torpe, el cachorro fiel, como tú lo llamas, disuadió a Drusus de la fatal idea... pero Drusus venía a Roma a recoger el inmenso *Triunfo* que le habías preparado. Sabía muy bien que después de recorrer Roma con la *toga picta* de múrice y los laureles de Júpiter podría exigirte la retirada. Sus tropas lo adoraban, y el gran ejército del Rhenus habría bastado para forzarte a una terrible guerra civil. Ese era Drusus, brillante, sí, pero ambicioso como el fuego, y dispuesto a hacer uso de sus propios triunfos para enviarte al exilio. Augusto se habría visto obligado a retirarse, y habrían sido los hijos de Livia Drussila los responsables de la sucesión imperial. Pero Tiberio no quiso, has de saberlo, ni tampoco Livia. Tú eres el gran hombre de Roma, el divino Augusto, te adoro desde que mis ojos te vieron por primera vez, y la ambición jamás me ha cegado. Ninguno perpetró el plan de Drusus, y por ello has de saber, te guste o no, el inmenso valor de la amistad de Tiberio, y esta ignominia sin par te obliga a compartir la vergüenza que hasta ahora Tiberio debía sufrir a solas. Él se retiró a Rodas humildemente, y allí está esperando tu palabra para servirte...

—¡Basta!

El grito de Augusto asustó a Livia. Éste había extraído una daga de los espesos pliegues de su toga, que empuñaba contra ella. Livia lo miró con la boca abierta. Jamás había oído gritar a su marido. Qué inmensa ira ardía en su interior, aturdida por la desesperación y el desprecio, eso no cabía en su mente. Si no la mataba en ese mismo momento, habría conseguido lo que se había propuesto. Un golpe mortífero en el último instante, que desestabilizaba las fuerzas de la familia imperial. Estaba a punto de vencer, siempre y cuando la punta de aquella daga no se precipitase contra su pecho.

Los ojos de Augusto se relajaron. Sin apartar la dominante y gélida mirada que caracterizó durante años a Octavio; su brazo descendió, relajado. La tensión abandonó los músculos de su

cuello, y el ardor que poblaba sus mejillas le abandonó mientras una despreciante frialdad devolvía el tono habitual a sus facciones.

—¿Sabes a quién sajó esta punta de acero, Livia?

Livia negó moviendo la cabeza, desesperada. Por un momento y por primera vez en toda su vida, sintió miedo ante Augusto. Por fin supo que Octavio era capaz de cualquier cosa con tal de imponerse, y eso incluía a su esposa.

—No lo sabes. Esta es una de las muchas que se clavaron en el pecho de mi tío abuelo, esta es una de las dagas que los traidores usaron para convertir el cuerpo de uno de los hombres más grandes de Roma en el guiñapo de un vulgar carnicero... Julio César, traspasado en las escaleras que accedían al Senado... Lo recuerdo tan claramente. No ha habido ni un solo día en el que yo no haya recordado eso. Ni uno. Así es como he gobernado. Sin olvidar. En el futuro procura no hablarme como me has hablado hoy, ¡jamás!

Un espasmo de rabia turbó su rostro al pronunciar esa palabra, y pasaron unos instantes hasta que recobró la fingida calma con la que hablaba.

—Tomaré decisiones según mi criterio y a la vista de los acontecimientos, mas sin tener en cuenta tus memorias, Livia. Haré justicia hacia la familia imperial, y los descarriados se perderán en los eriales por los que vagan. No sacrificaré a mi familia entera por ser benevolente con unos pocos perdidos... Pero si vuelves a mancillar la memoria de Drusus, Livia, has de saber que te aguardará igual suerte que a Julia. Ahora, márchate, y desaparece en tus habitaciones hasta cuando yo te lo ordene. ¡Fuera!

El último grito de Augusto alcanzó a Livia con la fuerza eléctrica de un rayo. Sacudida, llorosa, y en el fondo poseída por la mayor furia que había experimentado jamás, se inclinó ante su esposo y retrocedió sin apartar la mirada envenenada de los ojos grises del emperador. Al fin abrió la puerta, abandonó la sala y desapareció en los pasillos.

Augusto sintió a solas el verdadero dolor que lo amenazaba. Había hecho un esfuerzo inmenso por sobreponerse a la enérgica cólera de Livia. Pero, al fin, a solas con su alma, dejó caer la daga al suelo, donde restalló con un golpe metálico, y Augusto retrocedió vencido. Se inclinó y depositó su frente en la mano derecha. No hubo lágrimas en su rostro, pero no fue capaz de levantarse hasta pasados muchos días de congoja.

A pesar de su obligado retiro, Livia se aseguró de que la noticia del escándalo se extendiese por Roma como un fuego en las malezas resecas de Corsica. No contenta con ello, Sejano, su nueva mano derecha en aquellos asuntos, se encargó de que resultasen identificados en aquella orgía algunos miembros hostiles del Senado. Livia fue especialmente certera cuando la declaración de Sejano incluyó a Iulo Antonino, el esposo de Marcela la Menor, asegurando además que era él quien engañaba a Tiberio en compañía de Julia y quien conspiraba a la sombra para poder usurpar el trono del Imperio ganándose a la hija del emperador.

No podía ser más certera, su plan no podía estar mejor estudiado. Cualquiera que resultase salpicado por semejante deshonra sólo podía verse inculpado y destruido de por vida. Pero Iulo hizo lo imposible por enviar sus razones a Augusto. Trató de convencerlo con cartas y testigos. Pero las cartas no valían nada y los testigos fueron desmintiendo cuanto decía, por miedo a que fuesen inculpados por Augusto como colaboradores del perjurio, exponiéndose a correr semejante suerte que el presunto criminal contra la *præfectura morum.* Se inició un proceso de acusación contra Iulo, pero el mismo fue suspendido por decreto del Senado entero, cuando todos los testigos que habían decidido ofrecer coartada a Iulo se retiraron cobardemente. En ese momento Iulo abandonó la lid por su vida, y aceptó el silencio de Augusto como la más clara de las respuestas. Todo ello se vio reforzado al descubrirse que Iulo estaba apoyando descaradamente la campaña de Cayo y de Lucio en Roma, lo que se consideraba en conjunto una premeditada y clara conspiración contra el emperador.

Entretanto, Augusto permaneció encerrado durante varios días y no atendió absolutamente ningún asunto del estado. La crisis personal del emperador era evidente, y le costó mucho más que un disgusto. La vergüenza le corroía las entrañas. Pero sabía que debía recomponerse, comparecer ante el Senado como una íntegra columna sobre la que reposaba el peso del Imperio, y exigir estoicamente un final justo y a la medida de lo que públicamente se esperaba de su gobierno. Augusto había promulgado fuertes leyes que atacaban el adulterio y la vida disoluta de los senadores, había apadrinado expropiaciones, inculpado la falta de descendencia... ahora no podía pasar por alto semejante escándalo en el seno de la familia imperial. Sería el mayor acto de despotismo que pudiese imaginarse, el Senado protestaría, las facciones que apoyaban a Iulo cobrarían aliento, y muchas fuerzas escaparían a su control. Si no se mostraba duro y firme, sería considerado un monarca soberbio, como Tarquino, y no un *princeps* que hacía valer sus propias leyes como ejemplo.

Augusto se preguntaba por qué Julia, ahora que había sido descubierta, que era consciente de su crimen, por qué no hacía lo que todos esperaban que hiciese para mayor comodidad de la familia. Hasta en eso era ingrata su hija. Estaba recluida en su *domus*, vigilada, sola. Ni siquiera sus hijos quisieron acercarse a ella, salvo Póstumo. Y Julila y Agripina, las más jóvenes, habían quedado a cargo de Antonia, en compañía de Germánico, de Claudio y de Livila. Póstumo, el único de los hijos de Julia fruto de su unión con Agripa, que Augusto no había apadrinado tras la muerte de éste, era el único que se atrevió a exigir encontrarse con su madre. La guardia que la custodiaba se lo había impedido, y Póstumo, un joven extremadamente fuerte, se había enfrentado con uno de los centinelas, atreviéndose a arrojarlo en su forcejeo a un estanque de los jardines.

Todo ello aumentaba la ira de Augusto, su descontento, la sensación de desorden, de escándalo y de vergüenza que más podría desprestigiar a su persona.

Una mañana, Augusto acudió solemnemente al Fórum. Cuando empezó a recorrer la distancia que le separaba de la escalinata que ascendía a la basílica, el sol todavía no se había asomado por encima de los tejados, y una claridad azul empapaba el mármol omniscente de las gélidas victorias, del gran arco, de las fachadas de los templos, en cuyos frontispicios se articulaban los soberbios bajorrelieves de las gestas divinas. Le pareció que todo dormía a la espera de su llegada, que aquel azul matutino, frío y distante, en el que aparecían bañadas las esculturas ecuestres y las águilas en lo alto de las poderosas columnas, era como un sueño de la piedra que aguardaba el hálito divino, solar, que con el que Roma se había convertido en la nación más poderosa del mundo.

Mientras andaba, un silencio le envolvía, a pesar de que no eran pocos los que se inclinaban a su paso, los que se volvían, plegando el *angusticlave* que recorría sus togas albas, para contemplar sus ojos. Los hombres del poder escrutaban sus ojos, con una sonrisa de sumisión del ras de la cual se ocultaba la curiosidad que va en busca de la debilidad. Pero Augusto avanzó solemne y serenamente.

De pronto el sol parpadeó e iluminó las fachadas del senado y del Templo de Cástor y Pólux, la segunda sede de los tribunos, el altar del Volcanal, la estatua de Marsias, los arcos y las academias de la Basílica Sempronia y la Basílica Fulvia, el soberbio Templo de Saturno, ante cuyas escaleras la Vía Sacra torcía rodeando los comicios, con su Lapis Níger y la Rostra, y detrás, a su derecha, la Basílica Porcia y la Curia Hostilia, la sede del Senado.

Los edificios se encendieron ante la mirada del sol. Los severos cánones de su arquitectura ardieron en líneas y formas de las que sobresalían, en perfecta armonía, sus divinos moradores en el descanso de los arcos...

Todo el poder de Roma lo saludaba, y él, Cayo Julio César Octaviano *Augusto*, volvía sobre sus pasos para demostrar, una vez más, quién era el amo del mundo.

OceanofPDF.com

XIII

IV A.C. ROMA

(VI)

El Senado y el Pueblo Romano quisieron designarme

Único y todopoderoso superintendente de las leyes y de las costumbres,

Pero yo no quise aceptar ninguna magistratura

Contraria a los hábitos de nuestros antepasados.

Y aquellos actos que el Senado quiso que de ahora en adelante

Fuesen realizados por mí,

Los realicésobre la base de la Tribunicia Potestad, en el ejercicio de cuyo poder,

Por cinco veces, espontáneamente, pedíy obtuve colega.

Res Gestæ Divi Augusti

OceanofPDF.com

XIV

IV A.C. ROMA

Pocas horas después de la sesión, se hacía pública la noticia. El Senado había votado, a petición del sagrado Augusto, un decreto de destierro perpetuo para Julia, ante la innoble actitud de no atreverse a suicidarse, que era lo único que él, no su padre sino el emperador de Roma, esperaba de ella. Junto a esta decisión, el decreto incluía una lista con los nombres de los hombres y mujeres descubiertos en el escándalo, considerados cómplices de Julia y depravadores; la ocasión se brindaba idónea para desmantelar la campaña que sus adversarios, veladamente, promovían contra Augusto en nombre de sus nietos Cayo y Lucio; los conspiradores republicanos fueron igualmente condenados al destierro perpetuo y a la expropiación de sus bienes.

Iulo Antonino supo de este modo, arrestado en su domicilio del Mons Aventinus en el Clivus Publicius, que las decisiones del Senado, votadas por unanimidad absoluta, le incluían en el destierro. La expropiación de sus bienes no se veía tan duramente afectada por ser su mujer, Marcela, un miembro de la familia imperial, pero de todos modos el decreto de destierro acababa con su vida.

No había estado presente en esa orgía. No había tenido relación alguna con Julia. Pero eso ahora no importaba. Era uno de los hijos de Marco Antonio, y había aprendido a vivir con la sensación de que ese abolengo, en los tiempos del mandato de Augusto y de Livia, pesaría sobre su nuca como la espada de Damocles durante el resto de su vida. Había bastado la más mínima oportunidad, cuando su tentativa por desestabilizar el poder absoluto de Augusto había encontrado la ocasión en sus nietos Cayo y Lucio, para que el hilo del que pendía esa espada se cortase y ésta cayese con todo su peso sobre su cabeza.

Marcela abandonó la casa, y lo mismo exigió a todos sus libertos y esclavos. Ningún familiar quedó cerca de Iulo aquella noche. Tras despedirse de manera concisa, pasó largas horas escribiendo en su *tablinun.* La luz estuvo prendida hasta altas horas de la madrugada en la cámara del *pater familias.* Tomó las tablas y redactó extensas misivas a muchos personajes.

Después puso manos a una carta especialmente extensa. Las selló todas con su anillo. La última fue para Cayo, el nieto de Augusto.

Después se quedó dormido, en las horas cercanas al amanecer.

Al clarear las primeras luces del alba, la guardia pretoriana todavía estaba allí, vigilando el domicilio de Iulo. Sus hijos habían llegado avisados por los esclavos, que tenían orden de entrar en la casa por la mañana para tomar las posesiones con las que su amo se marcharía al exilio. Pero lo que encontraron fue bien diferente, aunque en modo alguno inesperado.

Iulo parecía sentado en la silla del *tablinum*, frente a la mesa sobre la que había dejado varias cartas. El esclavo se azoró y musitó oraciones y súplicas inconexas, pues había sido un buen amo desde que había nacido en aquella familia. Se cercioró de que estaba muerto, se arrodilló junto a él y lloró silenciosamente. Después, como buen criado que era, decidió servir a su señor de la

mejor manera posible, y ocultó todas las cartas en otro lugar de la casa.

Cuando los pretorianos entraron para cerciorarse de lo ocurrido, ya habían llegado sus hijos, que se mostraron airados ante las armas que habían entrado en su casa. Se evitó que su esposa, Marcela, visitase aquel día el hogar en que habían vivido durante tantos años. El criado aprovechó la confusión general para que un muchacho de los que servían en la casa la abandonase llevando consigo, ocultas, las últimas cartas de Iulo.

Al poco tiempo un miembro de la guardia pretoriana entró prepotentemente en la casa de Iulo. No quiso saber mucho del asunto, pero inquirió insistentemente que el Senado y el emperador de Roma exigían las últimas voluntades escritas de Iulo, cartas, testamentos, y notas.

Los hijos le entregaron el testamento no sin maldecirlo, y lo expulsaron de la casa paterna.

Sejano, pues no era otro aquel secuaz, cumplió con la orden de Livia, quien, desde su deliberado ostracismo, movía cielo y tierra para neutralizar las posibles consecuencias de aquella jugada maestra del destino.

Aquella misma noche, Cayo recibía secretamente de manos de uno de los colaboradores de Iulo la larga carta que éste le había dedicado antes de suicidarse. Cayo, indignado con la actitud de su madre, decidió imitar la actitud de su abuelo y no dejar que la ligereza de aquélla le salpicase, y por ello se mostraba abiertamente duro y conforme con las decisiones de Augusto. Si bien era *cierto* que lo que su madre había hecho destruía buena parte del trabajo que había empeñado en crearse una carrera hacia el poder, también estaba convencido de que una extraña mano negra parecía haber puesto todo aquel asunto en conocimiento público, y que el golpe contra Iulo parecía estar calculado por una asombrosa conspiración contra sus tentativas hacia el poder.

Hizo llegar a Lucio y a Póstumo, que a pesar de ser el más fuerte de todos también era el que caminaba con los ojos enrojecidos de tanto llorar por su madre. Pronto aquella pena se convertía en ira, y después en desesperación.

Se quedaron los tres en la habitación. Los hijos de Julia leyeron la carta de Iulo.

A los nobles hijos de Julia, nietos de Augusto,

En estas que van a ser mis últimas palabras, dejo escrito cuanto visita mi pensamiento claro y sincero. Quiero afirmar en primer lugar que toda la acusación que me lleva irremediablemente a la muerte es falsa. Si quisieran acusarme de haber conspirado contra el poder de Roma, podrían haberlo hecho, desde que Roma ya no es un poder público sino un poder privado en manos de unos pocos que han decidido eliminar todo recuerdo de la República, y cuyas purgas del Senado han sido acatadas por sus miembros con execrable obediencia. Si quisieran acusarme de haber respaldado, sin otro ánimo que la satisfacción personal, el altruista ensalzamiento de otro cónsul, pretendiendo la retirada del Imperator, también me encontrarían culpable.

Pero cuanto me ha sido adjudicado es bajo y sucio, tanto, que adopto la muerte como una de las más nobles puertas que se han abierto ante mis ojos en medio de la falacia que han arrojado sobre mis hombros. Quienes hayan inventado mi presencia en ese escándalo, han mentido con certeza para fulminar mi honor y aniquilar mi existencia. No soportaría esta vergüenza maldita basada en

la mentira. Por eso los hombres falsamente acusados se suicidan, y los que son acusados con acierto aguardan en sus cárceles, pues la indignación mata más que el crimen. Quienes han cometido un crimen, sorprendidos por ello, pueden encontrar reposo en su alma cuando piensan, reconciliados, que merecen el castigo, e incluso los hay que pueden salvarse de su culpa aceptándola y reformarse, como es el caso de algunos gladiadores famosos, que antes fueron asesinos condenados a la arena y que, conquistando en la arena la libertad gracias al favor de los dioses, luego fueron hombres libres, y como hombres libres murieron exonerados de sus cargas. Pero no es asícon el falso cargo. La indignación de quien ha sido inculpado falsamente es insoportable. No hay veneno más atroz, no hay mandoble más certero contra el hombre libre, que inculparlo sin posibilidad de defenderse, cargándolo con la vergüenza, cuando no ha hecho algo.

Por eso hoy me suicido. Me despido dignamente y desaparezco de este mundo. Sin embargo, confío que algún día alguien coloque bajo el pedestal de mi memoria la palabra «Vengado». Y habéis de saber que la misma inquina que ha logrado llevarme a esta muerte es la que ha urdido un plan tan perfecto contra vuestra madre, la misma que ha planificado golpearos, desprestigiaros y hundiros en lo más profundo. Hay un veneno que fluye por las venas de la familia de Augusto. Se llama Tiberio, y, es más, se llama Livia. Aquí en mi última hora hablaré como los hombres mortales no pueden permitirse hablar. Diré lo que pienso, no, diré lo que sé, y pobre del que no sea capaz de escucharme. Mi última esperanza es que sepáis daros cuenta a tiempo de la sombra que se cierne sobre vosotros

con las mil lenguas de la astucia. Cuidado, Cayo, Lucio, Póstumo, Julila y Agripina. Tened cuidado de esa madrastra. Ella es la que se ha encargado de hacerse con el control de la dinastía imperial, y el golpe contra vuestra madre, infaustamente casada con ese hombre despreciable, frío y banal que es Tiberio, está calculado para ensalzar a su hijo, que en los últimos años había perdido el favor de Augusto debido a razones evidentes. Sabed que Tiberio frecuenta niñas muy jóvenes, y que en su desprecio hacia Julia ella no habría podido evitar sentirse rechazada y buscar otras alternativas para su vida. De todos modos, cuanto produce el escándalo contra vuestra madre sucede todos los días en las lujosas villas de Roma. Hay orgías por doquier, y son otros intereses los que sitúan a vuestra madre en esa posición. A partir de ahora Livia jugará con vuestra legitimidad, tenéis que saberlo, y si al oír esto vuestro orgullo desea clavarme una espada y traspasarme, sabed que poco después de escribir estas líneas ya estaré muerto. Sí, hijos de Julia, a partir de ahora Livia jugará con ventaja a convertiros en hijos bastardos, en herederos ilegítimos cuyos padres se desconocen en medio del caos en el que Julia vivió sumida... Sabed esto, porque os amo igual que amo la República, y quiero protegeros precisamente de la autárquica monarquía. Y no se protege de un mal con su ignorancia.

Livia os teme, y teme el destino de la dinastía imperial. Cuidaos de ella y de sus cercanos. Cuidaos de la guardia pretoriana, donde ella gana adeptos. Y cuidaos de Tiberio, pues es un mal Claudio, de los peores, y tras su apariencia silente y lerda se oculta la mayor falsedad.

Pues hoy lo revelo, Drusus me lo dijo antes de morir: Livia envenenó a Claudio Nerón después de casarse con Augusto.

Iulo Antonino

Cayo soltó el mensaje y Lucio pareció haber acabado al mismo tiempo. Póstumo, con el gesto congestionado por la ira, a punto de romper a llorar, se abalanzó contra una mesa y arrojó por el suelo cuanto allí había depositado, jarras, cráteras y cristales se hicieron añicos o rodaron en desorden, vertiendo el vino que contenían. Lucio y Cayo se miraron contenidamente, mas Póstumo era fiero y vehemente y el de corazón más sincero, y no sabía retener la inundación de furentes emociones que se agolpaban en su alma, estrangulándolo.

OceanofPDF.com

EL HEREDERO DE AUGUSTO

OceanofPDF.com

I

IV A.C. ROMA

Cuando Cayo, Lucio y Póstumo decidieron encontrarse con su abuelo, Livia se sintió insegura. La reunión tendría lugar sin contar con su presencia, y nada de lo que allí sucediese podría ser presenciado por otras personas. Fue una reunión secreta y las puertas se cerraron, vigiladas por la guardia personal de Augusto.

Augusto recibió a sus nietos con rostro firme, gestos bondadosos y una estoica severidad. Póstumo era el único que no se atrevía a mirar a la cara al emperador, y se mantenía más alejado, con la barbilla casi apoyada sobre su amplio pecho. Habían decidido que sólo hablaría uno, y que por su boca surgirían las palabras que los tres habían escogido, para evitar mayores confusiones. Cayo, que era el portavoz elegido, comenzó a hablar:

—Sentimos vergüenza por lo que nuestra madre ha hecho —dijo con gran esfuerzo. —Pero no la repudiamos ante ti sino ante el pueblo de Roma.

Augusto pareció sorprendido por la osadía.

—Yo también amo a mi hija, la he amado tanto, que siempre la he mirado a través de ojos vendados. Pero se ha encargado de divulgarnos con holgura la verdad, y ahora se impone un castigo que está por encima de Augusto, pues toda Roma exige una compensación —dijo su abuelo con firmeza.

Póstumo lanzó una mirada furtiva a los ojos grises de Augusto, para volver a inclinar la cabeza. Parecía hacer un gran esfuerzo por callar.

—Sus hijos sufriremos más que nadie las consecuencias del escándalo —afirmó Cayo.

—¿Más que el emperador de Roma? —replicó Augusto con suficiencia, y sonrió levemente. —Os hacéis mayores, nietos. Ya dejáis de ser niños y sois hombres, y veis el mundo desde la perspectiva que os llevará hasta los últimos días de vuestra existencia. A partir de este momento, sabed, príncipes imperiales, que inmensas son las cargas que pesan sobre vuestros hombros, y que todo se complicará.

¿Acaso creéis que alguien sufrirá mayor dolor con esta divulgación que el emperador de Roma? Y olvidemos ahora al padre de Julia... El emperador de Roma, que promulga leyes y que tiene poder sobre miríadas de personas, provincias enteras desde Asia hasta Britania, que viven bajo el dictado de mis decisiones, respaldadas por el Senado, ese emperador al que ahora veneran con un culto divino al que respetar, ahora se convierte en el padre de una mujer que causará la risa en todos sus súbditos, una mujer que no es peor que muchísimas otras, pero que, por ser quién es y la hija de quién y la madre de quien es, debería haber mostrado más dignidad y un cierto sacrificio, y si realmente esos impulsos le resultaban tan irreprimibles... haber sido más discreta. Al margen de la bajeza que esa actitud representa en una mujer romana, una *Julia*, cuando las *Julias* fueron consideradas las patricias más nobles de Roma, las mejores mujeres de Roma, cuando las *Julias* eran mujeres de sus hombres, en los tiempos de la República, como mensajeras de la divinidad, respetadas y codiciadas por los primeros hombres de Roma... Acordaos de la esposa de Cayo Mario... Pues ella ha mancillado todo y lo ha echado por los suelos. ¿Creéis que sufriréis las mayores consecuencias, como dices, Cayo? No es verdad, yo, Augusto, el amo del Imperio, me convertiré en un actor barato pintarrajeado de mujerzuela si no me muestro enérgico, estoico, inaccesible e implacable ante el

escándalo; la plebe no debe creerme débil, ni a mí, ni a vosotros, hijos de Julia.

—Cuanto dices es cierto, pero nos olvidamos de la culpa de otros —afirmó Lucio.

—¿No ha sido ella a la que han sorprendido en esa orgía rodeada de muchachos, esclavos y pervertidos y pervertidas de toda condición? —le preguntó Augusto.

—También tendríamos que preguntarnos quién la ha obligado a llegar a esa situación —arguyó Lucio.

—Ese padrastro... —murmuró al fin Póstumo, sin levantar la cabeza.

Los ojos severos de Augusto se detuvieron en Póstumo, consciente de su ira.

—Sería hora de que hablases, Póstumo, con tal de que no te hagas pedazos, cosa que lamentaría —dijo el emperador.

Póstumo no se atrevía a levantar la cabeza, haciendo como hacía un esfuerzo inmenso por contenerse y respetar el plan trazado con sus hermanos. Cayo empezaba a sentirse impotente ante la versatilidad de su abuelo, y lamentaba que Póstumo hubiese entrado con ellos.

De pronto Póstumo cogió aire y habló mirando a Augusto, tras enlazar sus manos, que no dejaba de retorcer.

—Sólo he querido decir que Julia no era feliz con Tiberio Claudio. Nada más, abuelo —pronunció sus palabras con gran ira, mas sin abandonar el buen tono.

—¿Y eso justifica lo que ha hecho? ¿Es menos culpable por ello?

—No lo es —determinó Cayo con firmeza, sorprendido por la contención y certeza de las palabras de Póstumo. —Si se trata de buscar culpables, los hijos de Julia aceptarán el castigo público de su madre, pero exigirán venganza contra Tiberio.

—¡Santos dioses! —exclamó Augusto, firme y a la vez turbado ante sus nietos iracundos, llevándose la mano a la frente. —Los niños se convierten en hombres demasiado rápido... Veo a mis tres nietos clamando venganza, y tú, Cayo, especialmente tú, estás terriblemente iracundo, pero la venganza requiere móviles más certeros.

—Yo sé quién es Tiberio Claudio Nerón —afirmó marcialmente Cayo.

—Que su exilio en Rodas sea tan perpetuo como el de nuestra madre, que no regrese jamás —pidió Lucio.

—Que sea apartado de Roma para siempre, y que las campañas que él acostumbraba conducir caigan ahora en manos de los hijos de Julia, que sean tus nuevos legados imperiales en Germania, en Panonia, en Hispania y en Asia... Que reserves sólo para ellos el triunfo de Júpiter.

—Que Tiberio se pudra en esa isla del Dodecaneso... —añadió por fin Póstumo.

Julia, a pesar de todo, no se suicidó. Cuando esto parecía evidente, quienes prepararon su caída se sintieron inseguros, pues su muerte habría sido el mejor fin imaginado a tantas preocupaciones conspiradoras. Sus hijos le hicieron llegar cartas en las que le decían que no debía creer en todo lo que oyese, y que a pesar de que públicamente la repudiaban, personalmente la amaban y preparaban la caída de Tiberio, que contaban con el apoyo de Augusto, que Escribonia, su verdadera madre y primera esposa de Augusto, estaba al corriente de lo que pasaba e iría en su ayuda al exilio guiada por Póstumo, y le pedían que resistiese pacientemente a la espera del destino de su destierro, que no duraría demasiados años, dado que su hijo mayor Cayo pronto alcanzaría un gran poder. No le explicaban sino de manera velada que una gran decisión había sido tomada por Augusto. El golpe recibido parecía tan certero, que Augusto se había puesto en guardia y, consciente de su culpa, buscaría Ja forma de librar a los *Julios* de la fatal intriga

que pesaba sobre ellos. Por aquellos momentos, Augusto, a pesar del disgusto con su esposa, consideraba que el mayor culpable de tantos desastres era Tiberio, y le gustaba la idea de mantenerlo recluido en la isla del Dodecaneso, a merced de las espadas de los centuriones que en Egipto se encargaron de cortar la cabeza al príncipe Cesarión. Su mandato no se había caracterizado por asesinatos por la espalda, pero las ejecuciones en nombre de su poder habían sido, cuando debieron tener lugar, gélidamente implacables.

Sin embargo, aquellas cartas, que debían filtrarse a través de los pretorianos, pasaron antes por las manos de Sejano, que no impidió que llegasen con total normalidad a manos de Julia, para que sus hijos no sospechasen nada, pero que encargó copias que fueron leídas por Livia.

Insegura, pero dispuesta a librar la silenciosa batalla contra los hijos de Augusto, en el fondo Livia consideraba que el inmenso poder alcanzado por su marido en los últimos veinte años no sólo era fruto de su tenacidad y capacidad. Ella *también* había sido artífice de esa posición, y no se conformaba, en el ínterin, con detentar el papel de la consorte, además le parecía legítimo que su herencia al poder estuviese en parte en sus manos. Livia se consideraba tan digna como Augusto de entregar la sucesión, y su mente se rebelaba contra la dominación masculina del poder...

Lo primero que hizo fue lograr que el castigo de destierro decretado por el Senado fuese manipulado a expensas de sus intereses. Julia recibiría un exilio en Campania, lejos del Latium, en una isla del Tirreno a la que nadie podría acceder sin permiso expreso tras ser comunicado a los guardianes. Esto le daba a Livia control sobre la situación, poniendo en manos de los secuaces de Sejano (que no eran sino ambiciosos mercenarios en busca de una buena paga y lo más lejos posible de las legiones que malvivían en las fronteras) las decisiones que ella misma podría tomar cuando quisiese, al menos hasta que Augusto interviniese personalmente.

Una tarde, Augusto se reunió con Cayo en la colina del Palatinado. A la vista de los grandes templos, no muy lejos de donde se levantaban las soberbias columnas del Júpiter *Liberator*, el abuelo le mostró a Cayo el sello de Drusus.

—Quien llevó este sello fue además el que dignamente consideré mi heredero, y ahora te lo entrego a ti.

Cayo, emocionado, lo tomó, sintiendo el pesado oro entre sus dedos, las filigranas entrelazadas y la esfinge de *adamas* encerrada en el centro, engastada en la piedra de ágata negra. Le pareció un extraño ojo, con un iris felino que reflejaba todos los colores encerrado en un globo ocular ebúrneo.

—Ése es el sello de la verdadera voluntad de Augusto: la esfinge. Que no te engañen, nadie perturba el juicio del emperador. Sé fiel a las armas que voy a poner en tus manos, y no muerdas la mano que te alimenta.

La inmarcesible joya, el sello inconfundible de los pergaminos al comienzo de la guerra de Germania, volvía a tener dueño. Aquel mismo día, durante la cena que tuvo lugar en el palacio de Augusto, Livia descubrió el anillo de Drusus en el dedo de Cayo, el *Anillo del Heredero.*

Creyó que se le nublaba la vista y debió retirarse discretamente durante unos momentos para sobreponerse a la sorpresa.

OceanofPDF.com

II

IV A.C. ROMA

Antonia regresaba, y apenas sus esclavos habían rodeado la larga calle, cuando la noticia se abrió paso hasta ella.

Encontró cierta agitación en el jardín, y una de sus esclavas, Amaltea, vino llorando a arrojarse a sus pies. Lo primero que cruzó por su cabeza fue Germánico. Su hijo, muerto...

—¡Jenofonte...! ¡Jenofonte...! —fue todo lo que consiguió pronunciar Amaltea.

Antonia se precipitó en busca del instructor de sus hijos. La criada la llevó entre los llantos que se oían por la casa. Cruzaron el peristilo y recorrieron el pasillo del ala norte, en cuya parte trasera se hallaba la sala del que fuera médico en el estado mayor de Germania. El fiel Jenofonte que obedeció sumisamente los delirios de grandeza de Drusus, el sabio Jenofonte que había instruido en gran parte a Germánico y a Claudio, vivía en aquella estrecha dependencia de la gran *domus Drusiana.* Por fin Antonia se asomó a la sala y, con el corazón encogido, se asomó al escenario de la muerte.

Atenodoro sostenía la mano de Jenofonte, quien reposaba en su lecho. Germánico y Claudio estaban allí presentes, mudos y asombrados, todavía sin asimilar el fin que se aproximaba. Antonia

apresó a sus hijos, pues no fue un abrazo la fuerte sacudida con la que trató de unirlos, y miró a Jenofonte desconsolada.

Pasó un tiempo hasta que al fin logró recuperarse e interrogar a Atenodoro:

—Decidme qué ha pasado.

Atenodoro miró a Antonia quedamente.

—Jenofonte va a morir.

—¿No hay remedio que le salve?

—No lo hay para lo que padece.

—Como no lo hubo para Drusus... —dijo Antonia pensativa. —Jenofonte estuvo con Drusus el día que fue visitado, a orillas del Albis, por esa divinidad bárbara y maldita...

—No son divinidades bárbaras las que atentan contra Jenofonte, Antonia, aunque sin duda deben estar malditas —afirmó Atenodoro.

Antonia frunció el ceño y se aterró a sus hijos instintivamente, como tratando de protegerlos de una sombra aterradora e invisible que desde hacía años le robaba todo lo que se atrevía a amar.

—¿De qué hablas, Atenodoro? No quiero enigmas en otro lecho de muerte —dijo Antonia severamente.

—Hablo del envenenamiento de Jenofonte.

—¡Salid de aquí! —exclamó Antonia a sus hijos al oír aquello. —Germánico, lleva a tu hermano al *triclinium* y no lo pierdas de vista. Amaltea, ve con ellos, y no los dejes solos ni un momento.

La criada trató de llevarse a los niños, mas Germánico opuso resistencia, y cuando abandonaron la sala, ni la suplicante mirada de su madre logró disuadirle de que debía marcharse. Amaltea entornó la puerta y tiró de Claudio, que no tenía ninguna gana de permanecer en el lugar, pero no logró llevarse a Germánico, quien espió detrás de la puerta. La imagen de Jenofonte le había impresionado de tal manera, que no podía despegar los labios para

pronunciar palabra alguna. Si lo que había visto en sus ojos era horrible, por alguna razón sentía que debía verlo más de cerca. En medio de un pánico interior, la valentía de Germánico le exigía ver los ojos de la muerte. Había oído gemir a Jenofonte y había avisado a sus criados. Calón vino en seguida. Luego Palas. Después Amaltea. ¿Cómo podía un hombre ser herido de esa manera sin mediar arma alguna? En su mente la muerte iba acompañada de legiones en marcha, de aceros que cantaban entrechocando, de campos de batalla, heroicos, que se convertían en tablas servidas para los cuervos... También había oído que los hombres viejos morían dormidos. Pero Jenofonte había sufrido largamente antes de dejar los ojos abiertos como cráteras, un anillo verdoso en torno a los iris palidecidos, tenía la lengua azul, echaba espuma por las comisuras de los labios...

Antonia volvió a interrogar a Atenodoro, éste se resistió a responder, hasta que al fin habló llorosamente.

—Jenofonte va a morir envenenado y no sabemos si le han pedido que lo haga o si lo han hecho otros en su lugar y por encargo de los que quieren verlo muerto.

—Aquí, en mi casa...

—Es un veneno muy fuerte, son los minerales oscuros que traen el designio letal los que lo asesinan, y ha debido ser hace poco tiempo.

—¡Qué vacíen de alimentos la casa entera! Que lo echen todo fuera... —ordenó Antonia a uno de sus esclavos.

—No creo que eso sea remedio.

—Quizá no para Jenofonte, pero sí para nosotros...

—No ha sido la suerte lo que ha puesto ese veneno en el estómago de Jenofonte, sino la voluntad de alguien que lo quiere muerto.

—¿Tan seguro estás de que no quiso matarse...?

—No del todo... —aseguró Atenodoro, dubitativo. —Podría ser un suicidio, pues no he encontrado rastro alguno de alimento en su boca. O alguien le pidió que se suicidase, bajo peores amenazas.

Antonia entendió la insinuación y temió por la muerte de sus hijos, mas al fin abandonó sus pensamientos, que bien pudieron haber transcurrido en un segundo, cuando un estertor sacudió el pecho de Jenofonte. Apartó la mirada en medio del horrible espectáculo final, en el que el vientre del amado amigo parecía querer expulsar las víboras que lo roían. En ese momento Amaltea tiraba fuertemente de Germánico por última vez, pero el muchacho se libraba de la criada e irrumpía en la habitación. Tuvo el tiempo suficiente para presenciar el último instante vital de Jenofonte. Después el moribundo pareció relajarse y hasta las venas del viejo instructor se destensaron en sus brazos y en su cuello, como las cuerdas de un arco cuando han sido privadas de la tensión del fuste, y sin más ceremonia Jenofonte había muerto.

Germánico se quedó mirando aquellos ojos abiertos, extenuados, luminosos, a la vez llenos de sombras. Le parecía que se replegaba detrás de ellas una silueta que huía hacia reinos inaccesibles, tal y como el maestro le había confesado.

Después sus propios ojos se llenaron de lágrimas, sintió un nudo en la garganta y se le llenó la boca de amargor. Trató de luchar contra la insoportable sensación, y experimentó el dolor por vez primera en toda su intensidad. Se restregó la cara, y no pudo evitar que sus estables facciones se arrugasen, deformadas por una pasión trágica y desmesurada.

OceanofPDF.com

III

IV A.C. ROMA

Pocas semanas después de la muerte de Jenofonte, se celebró el matrimonio entre Cayo y Livila. Fue una ceremonia compartida y sentida por el pueblo, y una de las uniones más deseadas por Augusto. Se creía una vez más en la esperanza de un futuro para los *Julio—Claudios*, y Augusto deseaba ardientemente llevar adelante la unión de la que podría surgir la digna herencia del Imperio. Aunque Livia se opuso a ello, Póstumo pudo asistir a la boda de su hermano. Excepto el joven Claudio, hermano de Livila, y que por razones obvias se consideraba poco apto en las reuniones multitudinarias, ambas familias estuvieron completamente representadas, y se realizó con gran ceremonia, como en la celebración del consulado. Estuvieron allí todos los elementos de una gran boda, los taburetes forrados con piel de cabra, las ramas de laurel, los anillos de los esposos. Después hubo banquete, y más tarde los hijos de Julia se reunieron.

Cayo y Lucio eran conscientes del plan de Livia. La muerte de Iulo había sido una venganza contra su apoyo a los hijos de Julia.

—Livia es una mala madrastra, hermano —afirmó Lucio.

—No me extrañaría que tratase de entorpecer todos los pasos de Augusto antes de la celebración de los comicios —dijo Cayo. —

Lo más importante es obtener las campañas cuanto antes y deslumbrar a Roma.

Lucio miró a Cayo a los ojos y articuló las palabras que meditaba desde hacía algunos meses.

—Tiberio debería morir en esa isla, y Livia también.

Cayo miró esquivamente hacia otra parte. La osada revelación de su hermano no le sorprendía demasiado. Cuántas veces no había pensado él aquello mismo, que Livia empezaba a ser la depositaría de los peores pensamientos, que la muerte de Iulo había sido un astuto juego en el que el arma arrojadiza había sido el desprestigio de su propia madre. A costa de su denigración había conseguido Livia empeñar la fama de los adversarios de Tiberio, los adoptados por Augusto Cayo y Lucio, y destruir a Julia, desviando todo el interés hacia su propia familia.

—Tiberio visita mis pensamientos, y creo que alguien tiene que ir allí y ahogarlo entre los lujuriosos almohadones de esa *domus* que dicen se alza sobre una playa y un acantilado, en Rodas. Echar su cuerpo al mar y dejar que los emisarios de Neptuno lo arrastren a las profundidades. ¡Y fuera con Tiberio...!

—Todo debe ser hecho con mucha medida, hermano —afirmó Cayo. —Augusto no aceptará un asesinato por la espalda, por más que no se encuentre dispuesto hacia Tiberio. Sus campañas le han dado favor en los últimos años; mientras tú y yo éramos niños, él pacificaba Panonia y respaldaba a Drusus en Germania. Ha resuelto muchos asuntos del Senado. Si lo asesinásemos sin más no lograríamos vencer a Livia...

—Ella obra con la astucia, y nosotros tenemos sólo la fuerza —arguyó Lucio.

—La fuerza requiere un momento preciso y conveniente —aseveró Cayo. —No podemos conformarnos con satisfacer nuestro odio y evitar ser muertos por esa arpía, se supone que pretendemos ser amados por Roma, alzarnos con el laurel de las campañas; Lucio, no podemos granjearnos la antipatía del pueblo de Roma.

—Celebraremos juegos inmediatamente a sus muertes...

—Hermano menor —dijo Cayo tomando el rostro de su hermano entre sus manos y mirando penetrantemente sus ojos con tal pasión que no pudo contener el temblor de sus labios. —Hermano mío, sé lo que quieres, porque yo también lo quiero, pero ese no es el camino. Escucha a Roma a tu alrededor. Podríamos provocar nuestra propia muerte, nuestro destierro...

—O una guerra civil.

—¡Por todos los dioses, Lucio, escúchame! Debemos permanecer unidos, actuar conjuntamente. Leíste la carta de Iulo Antonino, sabes lo que significa enfrentarse a esta mujer, lo sabes ya y de una vez por todas. El Imperio está en manos de los emperadores, y no son pocos los que permanecen fieles no sólo a Augusto sino también a Livia. Debemos vencer limpiamente... Nuestros tajos deben ser definitivos y mortales.

Lucio se separó de Cayo y se volvió enérgicamente, clavando sus ojos en algún lugar indefinido y lejano.

—Pues piensa algo y piénsalo pronto, pues no te puedo asegurar que me quede por mucho más tiempo esperando a que se te ocurra la forma de vencer. ¿No has visto cómo trata a Póstumo? Sabes que ha sido ella la que ha paralizado y confiscado su parte de la herencia. ¿Por qué lleva tantos años acusándolo de salvaje y de bruto...? ¿Qué hay de malo en Póstumo? Yo te lo diré: que es hijo de Livia y de un alto general, Agripa, como nosotros, y eso le roba el sueño. Póstumo tiene la fuerza de un león, y sin embargo debe vivir esta repugnante insidia. Es el siguiente. Lo ha acosado desde que era un crío, y ahora sabe que su herencia sólo podría beneficiar a los hijos de Julia. ¡Quiero a esa mujer muerta, y debe ser cuanto antes! Emprenderé ese viaje a Hispania para aunar más fuerzas y partidarios. Nuestro regreso a Roma debe ser triunfal y definitivo.

OceanofPDF.com

IV

III A.C. RODAS

Tiberio se enteró en su isla de que Lucio Cornelio Léntulo y Marco Valerio Mesala habían recibido el consulado en la sagrada ceremonia. Desde Rodas, no obstante, Roma le parecía muy lejana, y por ello más amenazadora que nunca. Se sentía a merced de los designios de la familia, y escuchaba que Cayo y Lucio no sólo hablaban mal de él, sino que además pugnaban por obtener el favor de las armas por parte de Augusto. Cayo ya había sido reconocido públicamente por su abuelo como heredero y favorito, y eso significaba que las próximas campañas lo designarían *legatus imperialis.*

Tiberio trataba de disfrutar en la isla lo que le parecían los últimos años de su vida.

Se decía que Rodas había sido el fruto de la unión amorosa entre Helios y una caprichosa ninfa de Neptuno, y que había aparecido arrastrada por una miríada de tortugas que después se sumergieron y desaparecieron en las fosas submarinas. Rodas era la isla más grande del Dodecaneso oriental. No muy lejos se alzaban las rocas solitarias de Calymnos, de Tilos, de Patmos, de Carpathos y de Astylpalca, todas ellas envueltas por un mar que las leyendas griegas suponían muy profundo, e hirviente cuando estallaban las

tormentas, y a la vez transparente y lleno de manjares cuando los pescadores podían adentrarse a echar sus redes y sus anzuelos.

Un temblor de tierra en el año 226 a.C. derribó al Coloso que había sido considerado una de las maravillas del mundo. A Tiberio le gustaba imaginárselo erguido sobre la boca del puerto, con los pies clavados en las rocas costeras, mientras los barcos se deslizaban tímidamente entre sus piernas. Pero al llegar sólo eran visibles sus pantorrillas y sus pies, mientras que los restos del coloso yacían alrededor sumergidos en las aguas, donde algunos trozos que se decía habían pertenecido a su ancha caja torácica sobresalían entre las aguas, relamidos por el incesante vaivén de las olas; los pescadores hacían uso de sus despojos como muelle.

No muy lejos, las islas orientales, Quíos, Lemnos, Samos, Thasos y Lesbos, habían llenado la imaginación de Tiberio de todos los fantasmas de la pasión que a menudo lo visitaban en las horas solitarias de la noche. Le había parecido que Rodas, con sus filósofos y sus escuelas, era el último bastión de la cultura en la frontera donde Asia se mezclaba en su enérgica y amoral libido con los moradores de la alta cultura romana. Las islas del oriente le traían fantasías extrañas, y a menudo le gustaba despertarse temprano, abandonar su dormitorio y ver el nacimiento del sol por encima del mar, como un espectáculo grandioso, como una música de luz que se encendía trayendo la promesa de los viajeros de oriente y de Asia.

Quizá había sido a instancias de Augusto, pero lo cierto es que la escuela estoica de Rodas le había denegado la admisión entre sus discípulos, argumentando que no quedaban plazas vacantes. Ciertamente, Tiberio podía ser muchas cosas, pero no un estoico. Pensó que el deseo de Roma era que su confinamiento debía ser absoluto, y se dedicó a vagar por la isla, a tratar de escribir poemas, y a leer lo que Safo, la famosa hija de Escamandrónimo y de Cleis, había dejado escrito. Visitó Ialisos, rodeada de un bosque de pinos, elevada en un lugar estratégico sobre el Monte Filerimos, una de las tres ciudades fundadas por los dorios en la isla. Conoció Camiros, otra ciudad de la cultura doria. Recorrió el camino que llevaba a la

solitaria península de Prassonissi, cubierta de dunas y accesible sólo en verano, antes de que el mar la convirtiese en una verdadera isla durante el invierno. En el interior de la isla abundaban los bosques de pinos y de hayas. Especialmente célebre era el valle de Petaloudes, donde en el verano se reunían millones de mariposas—tigre en un espectáculo único.

Tiberio se había acostumbrado a despertarse temprano, por tarde que hubiese acabado una orgía privada, y a presenciar el nacimiento del sol. Hasta tal punto esa costumbre se había impuesto en su nueva vida del exilio, que los días en los que un cielo gris le impedían contemplar la llegada del astro todopoderoso sufría el más terrible de los reveses. El mal augurio que esto suponía se posaba en su alma y hacía locuras o emprendía estúpidas aventuras.

Pero por lo general el sol se alzaba con su melena llameante por encima del Mare Nostrum, y Tiberio podía gozar de su llegada limpiándose de sus pesares nocturnos, que aumentaban con el paso de los meses. Empezaba a experimentar en su soledad rodeada de esclavos un profundo vacío, que llenaba con los poemas de Salo, que recitaba él mismo mientras el sol se alzaba por encima de las aguas.

Comenzó a arraigarse en él la veneración safoniana de Afrodita, la Madre Tierra que era fertilizada como una isla por el incesante y turbio deseo marino. De hecho, aquella región del mundo concedía muchas libertades a las mujeres, pues esa era la costumbre en la cultura dórica y eólica, que incluso podían cambiarse sus nombres para dar a conocer sus obras públicamente, a diferencia de las repúblicas jónicas atenienses, donde sólo las mujeres que se vendían podían participar de la vida social de los hombres. A Tiberio le agradaban las mujercitas de aquellas islas, y había acabado por tener varias esclavas procedentes de Asia, mujeres capaces de dosificar la fuerza de todos y cada uno de sus músculos. Inauguró secretamente su propio culto a Afrodita y fue feliz durante largos meses, hasta que una pasión enferma comenzó a causarle horribles pesadillas. Se levantaba mareado y vomitando

cuando el sueño había arraigado en su mente con mayor profundidad; pidió auxilio a varios médicos, que no fueron capaces de remediar sus males. Al fin su libertador pareció llegar de oriente, como toda las cosas en las que creía, convencido de que Roma en occidente era la causante de todos sus males.

Se llamaba Trasilo, y era un adivino, medio nabateo, medio lésbico.

No tardó demasiado tiempo en intimar con Tiberio, quien experimentó una notable mejora en virtud de un cierto método que le había propuesto el mago. Trasilo se dedicó a colmar los deseos de Tiberio. Contando con un ayudante como aquel, Tiberio podía empezar a permitirse lujos que hasta entonces sólo se había atrevido a codiciar, pero nunca a solicitar. Trasilo supo ganarse la confianza de los comerciantes del puerto, y trajo muchachas de las islas orientales hasta la villa del acantilado. Lo hacía en barco, donde sus esclavos embarrancaban en la playa arenosa de aguas cristalinas, en las que durante el día, entre las rocas de las profundidades, echaban sus redes y clavaban sus arpones en busca de los grandes pulpos que se servían por la noche, después de cocerlos junto a las morenas y los cangrejos. Así, colmado por las maravillas que le ofrecía el mar, Tiberio comenzó a descubrir el placer de la nueva vida alejado de Roma, mientras al anochecer las embarcaciones de sus sueños, conducidas por el sabio Trasilo, embarrancaban con una nueva mercancía ignota que disfrutaba del banquete y de las ditirámbicas poesías estrafalarias de Tiberio.

Durante algún tiempo eso bastó. Pero como todo lo perturbado no duró para siempre, y una noche Tiberio volvió a ser vencido por horribles pesadillas en las que Afrodita lo asesinaba. Trasilo vislumbraba con determinación en la lectura de los astros que una mujer atormentaba el espíritu de Tiberio, cuya constelación era Escorpio, y decidió poner a prueba el horror de Tiberio. Tras varias semanas en las que los sufrimientos de Tiberio se reanudaron, Trasilo propuso a Tiberio un extraño ritual, pero tampoco dio resultado, y Tiberio comenzó a sentirse estafado por el mago de oriente. Las pesadillas se reanudaron, y esta vez Tiberio fue presa

del pánico cuando, entre sollozos y fríos sudores, se despertaba tendido en la terraza de su villa, junto al murete que habían levantado con porosas piedras madrepóricas traídas del fondo del mar, la salvaguarda que los separaba del abismo del acantilado. Allá abajo, rodeado por dos anchas molduras de piedra, quedaba encerrado un profundo *sinus* de agua, una hondura cortada a pico, asesinada por el mar. Tiberio refería que en sus pesadillas el azul de las aguas era tan profundo y negro que podían verse las criaturas de los infiernos, que era una grávida agitación de la noche que no cesaba de bramar y que albergaba un odio terrible, y que deseaba tragárselo. Finalmente se aproximaba hasta ese mismo muro que todos veían, y allí una mujer lo empujaba por la espalda y él se precipitaba hacia las rocas. Era entonces cuando despertaba.

Trasilo decidió dar solución a sus males.

Una noche regresó con el barco y trajo a varias jovencitas en él. Había pedido a Tiberio una gran suma de dinero algunas semanas atrás, y éste se impacientaba, porque no veía que Trasilo fuera capaz de disuadirlo de aquellos martirios que lo asaltaban en el sueño. Trasilo estaba seguro de que alguien deseaba su muerte, y conocía un ritual para deshacerse de ese deseo. Tiberio no lo entendía, pero se sintió mejor al ver las hermosas muchachas. A él, un hombre maduro, le gustaban las mujeres pequeñas, y en aquella ocasión Trasilo parecía haber comprado algunas vírgenes dignas del Templo de Vesta. La comida se sirvió y también el vino, que corrió en gran cantidad, y tras la embriaguez y tras yacer con varias de aquellas muchachas, Tiberio temió dormirse y ser perturbado por aquel horrible sueño que lo perseguía y trataba de amargarle la vida. En ese momento Trasilo sacó una espada y apuntó con ella a Tiberio en el corazón. Éste miró a Trasilo desconcertado.

—Es hora de que demos muerte a ese horror que roe tu corazón, Tiberio Claudio.

—¿Y cómo vas a hacerlo? ¿Atravesándomelo con ese acero?

Trasilo rió descaradamente y apartó la espada.

—No, hijo de Roma, no has salvado la vida en las campañas de guerra para morir atravesado por la espada mellada de un viejo adivino del mar, así —hizo un gesto de desprecio— sin tu coraza ni tu gladio...

Los esclavos se rieron al escuchar aquello.

—Tú, hermosa joven, ven.

La muchacha siguió entre risas a Trasilo.

—Los demás, ¡marchaos! ¡Fuera todos! ¡Fuera!

La orgía se disolvió y los esclavos se marcharon al interior de la casa o a los jardines, hasta que al fin aquella terraza que se asomaba por encima del océano quedó solitaria. Tiberio sintió con placer el excitante momento. La brisa soplaba ascendiendo del acantilado, como la respiración de un monstruo que yacía oculto en las profundidades.

Trasilo aproximó a la joven hasta el muro del acantilado y allí la obligó a subirse en lo alto. Ésta vaciló, pero había bebido lo suficiente como para sentirse segura de sí misma, y confió en la mirada de Trasilo, quien sostenía una de sus manos.

Ella se encaró ante el mar negro, temerosa y agitada, a la vez que dichosa ante la temeraria inmensidad de la noche. El aire que subía desde el acantilado sacudía sus rizos y la brisa del mar le daba el aspecto de una divinidad que dominaba el peligro. Tiberio se aproximó a ella sin apartar los ojos de la joven, lentamente, hasta que estuvo junto a Trasilo. Le parecía que ya no contemplaba a una mujer, sino a una diosa. Le aturdía aquella imagen. La *Via Lactea* surcaba las tinieblas de la noche, y el fuego de las antorchas temblaba alrededor. No podría soportar que descendiese, porque mientras estaba allí, arriba, soberana del peligro que a él lo atormentaba, Tiberio estaba liberado y ya no sentiría miedo ante aquel abismo. La joven aferró la mano de Trasilo y extendió la otra hacia delante. Tiberio sintió que su corazón ardía y latía con fuerza como hacía largos años que no lo hacía. ¡Qué osadía! Parecía

querer echar a andar por encima del abismo y alejarse hacia el oriente.

De pronto una extraña angustia comenzó a dominar el ánimo de Tiberio. Sintió miedo y celos de ella. Quería subirse y sentir el aire, estar a un paso de la muerte que le visitaba en sueños y retroceder después conjurado, victorioso, redimido... pero no era capaz de ello. Se acercó a ella, dispuesto a dar un paso y a alzarse junto su diosa redentora, cuando una extraña palabra brotó de su boca, y empujó a la muchacha violentamente. Se retorció con espanto, temeroso de seguirla.

Se escuchó un grito agudo y largo.

Era el sonido más largo y terrible que había oído en toda su vida. Luego nada.

Tiberio miró a Trasilo, que lo contemplaba horrorizado.

El romano avisó a sus esclavos; Trasilo huyó como un animal despavorido y abandonó la casa.

OceanofPDF.com

V

II A.C. PANDATARIA

La isla escogida para el exilio de Julia se llamaba Pandataria, y era una roca solitaria, austera y reseca en la costa de Campania. Allí Julia había sido condenada a no tener trato personal con nadie, salvo que un salvoconducto de Roma se lo permitiese, y la guardia pretoriana se había encargado de que todos sus guardianes en la isla fueran soldados suficientemente viejos como para que no le sirviesen compañía alguna. La soledad de Pandataria estaba envuelta en el más ignominioso de los desprecios, y ni siquiera sus hijos pudieron acercarse a ella. Ni siquiera Póstumo, que era quien más lo deseaba y quien menos ocultaba tal deseo.

Al fin, su madre, Escribonia, rompió el largo silencio que se había hecho entre ella y Augusto tras su separación, e intervino en favor de su hija, diciendo que ya había llegado la hora de que su *verdadera* madre se ocupase de ella. Aquello tocó el corazón de Augusto, que sólo entonces conoció el horrible exilio al que había sido condenada, pues él no estaba al tanto de los detalles que habían envuelto aquella dura decisión, y propuso a Escribonia que se trasladase con Julia a Pandataria, hasta que adoptase una nueva decisión y decidiera un nuevo y más digno destino para ambas, que en ningún caso sería Roma.

Tras la reelección por treceava vez de Augusto como *Imperator*, el Senado escogió a Marco Platio Silvano como cónsul,

cargo en el que fue reemplazado por los cónsules *suffectus* Lucio Caninio Galo, por Cayo Fuvio Gemino y más tarde por Cayo Fabricio. Aquel tráfago de cónsules sólo podía explicarse porque Augusto había dado comienzo a la cuarta sangría del Senado, tras descubrir que muchos partidarios del desaparecido Iulo Antonino conspiraban contra la familia imperial, apoyando las campañas de los comicios de sus nietos Lucio y Cayo Julio, a los que, por otro lado, ensalzaba y demostraba su apoyo financiándolos él mismo. Augusto quería mantener cerca a sus nietos, pero trataba por todos los medios de separarlos de sus enemigos e impedir que germinase en ellos la semilla de la discordia republicana. Después de que Valerio Mesala lo proclamase *pater—patriæ*, Augusto decidió que era el momento de volver a hacerse con el control absoluto del Senado y pidió el exilio de varios senadores rebeldes, que no pudieron oponerse a la decisión del emperador. Como había sucedido sucesivamente en los años 28, 18, 13 y 11 a.C, la limpieza del Senado acarreaba una oleada de dignificaciones hacia la familia imperial y Augusto reforzaba los cimientos de su poder, disuadiendo las tentativas de quienes pretendían devolver a Roma el carácter de la antigua República. Augusto lograba lo que hasta entonces había parecido imposible en las manos de ningún otro romano: no sólo reunir en su poder todas las magistraturas que lo llevaban al poder absoluto, sino además mantenerse en la cúspide del poder por encima de lo que todas las facciones contrarias habían deseado hasta entonces. La familia imperial, sin alcanzar la *dignitas* monárquica, disponía de todos los resortes de un Imperio que gobernaba la cuna de la civilización.

Fue por aquel entonces cuando Augusto trató de ser nombrado *Rómulo*, pero varias voces le disuadieron de ello. Si forzaba al Senado a que le entregase el nombre del fundador de Roma, sólo podía despertar el odio de los republicanos hasta tal punto que ni siquiera él, Augusto, podría evitar las consecuencias, a pesar de que la guardia pretoriana y bátava fuese el mejor escudo de seguridad personal de la familia imperial jamás imaginado.

OceanofPDF.com

VI

I D.C. ROMA

El gran día había llegado, y el sol de Aries se alzó sobre las colinas orientales del monte Esquilino. La ceremonia del consulado honorífico concentró a la ciudad. Augusto encabezó la larga comitiva, junto al joven Germánico, por quien se festejaba la mayoría de edad. Docenas de lictores los precedían, todos vestidos con la *toga alba*, y las masas del pueblo se agolpaban para contemplar el paso de los semidioses. Todos los senadores estaban presentes y ascendían en solemne sucesión la colina del Palatinado. Los templos aparecieron, y ante todos ellos el más alto, el divino portal de Júpiter Tonante. Como cuando los generales obtenían el *triunfo*, siguieron el itinerario que recorría el camino de ampuloso trazado hasta coronar el monte. Allí, Germánico, rodeado de tanta expectación y desbordado por la atención recibida, mantuvo la mirada firme, los ojos serenos que delataban el ascendente de su padre. El hijo mayor de Drusus Claudio Nerón miró los bueyes blancos, los cuernos recubiertos de dorada tintura, las guirnaldas que colgaban de ellos, vivientes bucráneos de una fiesta que exigía su sangre. No hacía tanto tiempo que había contemplado una escena semejante, a las puertas del oráculo de la sibila de Cumas, y mientras tanto recordaba las palabras que, indelebles, se habían quedado grabadas en su mente como las marcas de un hierro al blanco rusiente.

Germánico avanzó y depositó, al pie de la escalinata de Júpiter, en la cumbre del monte, el *laurum fascibus*, símbolo de las glorias que profesaría y entregaría a Roma.

Abstrayéndose de cuanto lo rodeaba, y guardando el solemne silencio que su abuelo le había pedido, Germánico comenzó a recordar la huida en la oscuridad de la caverna, la lluvia de aquel día, la risa monstruosa del dios encarnado, la caída del cachorro de lobo y la pluma de águila que atrapó al vuelo, cuando los grandes pájaros descendieron, hostiles, a reclamar su presa. Germánico los amilanó arrojándoles palos y piedras. Ahora que se hacía mayor trataba de buscar una explicación al misterioso suceso, que, hilvanado con las palabras de la sibila, producía en él un escalofrío.

El destino siempre se suspendía como un sendero invisible ante los pasos del hombre, y el hombre era incapaz de cambiarlo. ¿Sería él quien ahuyentase a las legiones, tal y como había ahuyentado a las águilas...? Las palabras resonaron de nuevo en su alma, una a una, como golpes de trueno.

Gira así la rueda para los hijos de Drusas:
El último tiene lo que el primero merece,
El segundo prepara un baño al primero,
El primero se pudre donde el último florece.

Tres águilas en el cielo se ahogarán,
Y el cachorro de la loba que hoy acosan
Mañana sus alas a dentelladas arrancará.

Podridos caerán los frutos del Árbol Claudio,
Cuando la Diosa de Roma pode sus ramas.
Un cachorro sangriento y plumas imperiales,

Un idiota consagrado por el sacrificio
La que gobernaráel secreto de Vesta,
Sin quererlo, salvarácomo imperial novicio.

Veneno del Rómulo hecho Quirino enfurecido
Rociará en los sueños del segundo César,
Y la misma loba que a Rómulo amamantó
Cría hoy al cabelludo vástago de Sísifo.

El golpe del matarife sacó a Germánico del ensimismamiento. La caída del martillo había pasado desapercibida, y lo que le hizo volver en sí fue la decapitación del hacha, con un golpe seco y a la vez esponjoso. La sangre manó abundantemente. El buey blanco se desplomó, y un gran charco corrió alrededor, empapando las losas en las que se inscribían los signos de Júpiter. Germánico miró el morro del animal sacrificado, y después vio las largas escaleras que ascendían hasta la entrada del templo, cuyas columnatas sostenían un gran frontispicio recorrido por bajorrelieves. A su alrededor, bajo la mirada atenta del sol, supremo espectador del sacrificio, muchos ojos lo observaban. Los hijos de las mejores familias estaban allí representados, y sus ojos denotaban sentimientos muy diferentes. Entre otros muchos veía a los vástagos Pisones, con quienes nunca tuvo buena amistad, por considerar a Claudio tan estúpido como inútil, lo que era absolutamente falso, dado que Claudio era el más inteligente de todos los nietos de Augusto. Eso le hizo recordar que a Claudio le habían prohibido que viniese, pues, como ya era costumbre, se le vetaba la aparición pública para no causar desprestigio a la familia.

De cualquier modo, Germánico era consciente de la alegría que causaba a su hermano aquel momento, y la compartiría con él más tarde. Se preguntaba cuánto tiempo faltaba para poder empuñar las armas de Roma, y al fin partir en busca de la obra de su padre,

que legítimamente le pertenecía. A menudo hostigaba a su abuelo con todo tipo de preguntas sobre Germania, y a pesar de no resultar demasiado brillante en el colegio, donde era el mejor a caballo y en los juegos de lucha (con la excepción de Póstumo, quien desde niño había sido un verdadero león de Nemea) encargaba a Claudio informes sobre aquella tierra en la que fue maldito el padre de ellos. Esto le hacía sentirse como un verdadero legado imperial. Claudio disfrutaba sintiéndose útil, y ambos se habían prometido que colaborarían de esa manera mano a mano cuando llegase la gran hora de las armas, el momento en el que Germánico, como pocos caudillos romanos, lucharía contra los hombres—lobo de las leyendas, de los que tanto les hablaban los legionarios y los hombres del alto mando, como Casio Querea, y acabaría con sus líderes en combate cuerpo a cuerpo. Germánico era más fiero de lo que sus buenas maneras de patricio mostraban a simple vista.

Antonia se sentía orgullosa de él, pues era la viva imagen de su padre. Muchos se preguntaban si realmente Germánico no era una buena opción como heredero del Imperio. Para algunos parecía un adolescente demasiado enérgico, pero Germánico pensaba más de lo que todos aquellos detractores se figuraban. Convencido de que la muerte de Jenofonte no podía haber sido sino obra de Sejano, a quien viera rondando la *domus* de su madre en varias ocasiones, bajo el pretexto de protegerla, el muchacho desconfiaba del oscuro personaje, del mismo modo que estaba al tanto de las sospechas de Cayo, de Lucio y de Póstumo y de su aversión por Tiberio y por la abuela Livia, que compartía. Tiberio había mostrado una pasión morbosa hacia Agripina, una de las hijas de Julia, y en verdad la prometida de Germánico desde la infancia. Mientras el niño se hacía hombre, las sombras de la niñez se esclarecían y, como los oráculos de la sibila, le mostraban el camino a seguir en el futuro.

Fue un largo día, y después de aquella ceremonia partieron en busca del Ara Pacis, donde Germánico y Augusto ofrecieron varios sacrificios en nombre de Drusus. Si con el anillo de Drusus Augusto había dejado bien claro quién era el actual heredero del

Imperio, con las ceremonias de aquel día todo Roma supo que Augusto se cubría las espaldas y proponía a Germánico como su segundo favorito, después de Cayo Julio.

La decisión fue unánimemente aceptada.

OceanofPDF.com

VII

I D.C. ALEJANDRÍA, SIRIA, PARTIA

El verdadero cónsul en funciones del año, al margen de la elección honorífica mencionada el día de la mayoría de edad de Germánico, fue Cayo Julio César. Con ello obtenía al fin la posición de poder, facilitada por su abuelo, y a su vez las armas. El Senado aceptó su designación como *legatus imperialis* para la gran campaña del este que había planeado el emperador.

Mientras que Marco Vinicio se convertía en el nuevo pro—pretor de Germania, después de la campaña desarrollada por Lucio Domitio y que no reportó novedades al mapa de esas provincias en construcción (aparte de un sistemático refuerzo de las líneas defensivas fortificadas) Cayo ya navegaba hacia Egipto. En Alejandría reunió las primeras dos legiones que le habían sido concedidas en un ejército que se vería agrandado a medida que avanzase hacia su objetivo.

Cayo se puso al frente y no esperó. Recorrió la línea costera hacia el este, abandonó la ciudad de los mil placeres que todavía era Alejandría y fue en busca de los nabateos, un pueblo que habitaba las primeras extensiones de Arabia y al que Augusto reservaba cierto rencor, después de que durante la guerra civil éstos

se pusieran de parte de Marco Antonio, y cuyo reciente levantamiento se había saldado con numerosos enfrentamientos menores. La respuesta del nuevo cónsul fue firme y decidida. Cumpliendo los deseos de Augusto, no otorgó piedad alguna a los enemigos que, viéndose en seria desventaja, se dispersaron después de varios asedios en las ciudades de Ælia, Madiana y Petra, y un enfrentamiento en el desierto que les costó numerosas bajas a pesar de que las elevadas temperaturas jugaron a su favor. Desde allí recorrió la provincia de Judea, que le pareció una tierra en la que los adivinos y los profetas enajenados crecían entre las piedras como la hierba en las praderas de la Galia; en Judea, pensaban los romanos, reinaba gran confusión, egocentrismo y fanatismo religiosos. Atravesó Siria, haciendo una pausa en Damascus, donde reunió grandes contingentes de tropas auxiliares que debían tomar parte en la gran campaña de Armenia.

Desde la costa envió un mensaje a Tiberio. La carta lo amenazaba veladamente, y dejaba patente su actual poder, ordenándole que no iniciase trámite alguno para regresar a Roma, donde no sería bien recibido. Del mismo modo, le advertía que tanto él como sus hermanos estaban convencidos de la conveniencia que para sus intereses había revestido detención de su madre, y que, de alguna manera, sabían que él estaba implicado en todo el escándalo. Lo inculpaban de la catástrofe familiar, haciendo alusiones a sus hábitos orientales, tan poco aptos para el buen matrimonio romano.

Las amenazas de Cayo lograron intimidar a Tiberio, que desde aquel día temió el desembarco de los centuriones de Cayo, quienes, como en otros tiempos hicieron a las órdenes de Octavio, lo eliminarían con la misma sangre fría con la que decapitaron a Cesarión, hijo de Julio César y de Cleopatra.

Poco tiempo después, los grandes contingentes se movilizaron en busca de las montañas de Armenia y de los beligerantes partos, no sin antes reunir las fuerzas llegadas por mar desde Chipre y las que aguardaban acantonadas en Galatia y en Capadocia.

El año finalizaba y sus fuerzas imperiales se introducían como la garra del águila en el corazón de las montañas del este.

OceanofPDF.com

VIII

II D.C. CAPADOCIA

Ente otras unidades, Cayo contaba con algunas de las legiones más fieles de Augusto: la Quinta *Macedonica*, la Sexta *Ferrata Fidelis*, la Séptima *Victrix*, la Décima *Fratensis*, todas ellas legiones que habían luchado a su favor durante la Guerra Civil y que habían obtenido significativas victorias. En Galacia vino al encuentro del formidable ejército la Legión Duodécima *Deiotariana*, la unidad que años atrás Marcos Lollius había fundado con las fuerzas aliadas de Deiotario, rey de Galacia, antes de ser derrotado como pro—pretor de las Germanias en el año 16 a.C. al frente de la Quinta *Alaudai.*

Al frente de siete legiones, el joven Cayo Julio se sintió invencible y supremo, pero recordó el consejo de su abuelo, y no dio paso alguno sin pensarlo antes dos veces y sin consultarlo con el alto mando y los centuriones más veteranos de sus legiones. Entre los numerosos contingentes, no eran pocos los galos que estaban allí presentes con sus largas espadas celtas y sus yelmos alados, pues la política militar trataba de desplazar los contingentes de tropas auxiliares fuera del territorio en el que habían sido reclutados, máxime cuando ese territorio había sido conquistado por la fuerza y tras largos y costosos asedios. Los germanos todavía no abundaban, pero había en las legiones de Asia escuadrones de caballería macedónicos y tracios, y cuerpos de espadas de toda

Grecia, así como muchos sirios, que se habían unido a las legiones sin presentar demasiadas dificultades. Ése solía ser el caso de los pueblos que, a la llegada del Imperio, se hallaban sumidos en cruentas batallas con sus vecinos: el arribo de las naves de Roma a las costas orientales se convertía en una excelente excusa para poder vengarse de su enemigo a costa de la superioridad del nuevo aliado. Tal había sido el caso de los sirios frente a las tribus de las montañas, los partos y los pueblos del Éufrates, de la gran región que llamaban Ariana, al norte de Gedrosia y de Carmania. Cayo contaba con arqueros cretenses y honderos baleáricos, con jinetes de la Hispania Bética, y con unas pocas unidades de germanos, que habían sido deportadas por Augusto tras la insurrección de los sugámbrios contra Lollius.

Cayo se afanaba en ascender la cadena de montañas que le separaban del Pontus Euxinus, recorriendo las rutas de Capadocia en Asia Menor, cuando los mensajeros irrumpieron en el alto mando y la mala noticia alcanzó a Cayo como uno de los rayos que, cada noche, estallaban sobre las inhóspitas cumbres de Armenia.

Fue Casio Querea el que le entregó la noticia.

Cayo leyó, parecía incrédulo.

—Lucio, muerto.

Se volvió, ensimismado.

—¿Quién ha traído esta noticia? ¿De dónde procede?

Casio Querea se adelantó.

—Lleva todos los sellos —aseguró el tribuno. —Nadie conocía su contenido...

—Lucio ha muerto en Massilia, ¡eso es lo que pone! Me niego a creerlo —explicó, mientras su ira crecía y una fulminante luz se adueñaba de su mirada. Desenfundó la espada y, apresándola con el puño crispado, puso a Casio Querea como testigo de sus maldiciones. —¡Te juro, Casio, que si esto no es verdad rastrearé

paso a paso el curso de esa misiva e iré irrigando el camino que ha recorrido hasta mí con la sangre de todos los que me la han hecho llegar, y aquellos que, conscientes de todo, promovieron la mentira sólo encontrarán el filo de mi espada! Y te juro, Casio, aquí y ahora, ¡que nos presentaremos ante las puertas de Roma con estas legiones para exigir el castigo a Augusto por todo lo que los Claudios han causado a mi familia!

Su hermano Lucio había muerto en Massilia durante el viaje a Hispania que ambos habían planeado, en el que Lucio trataría de granjearse el apoyo de varias familias de terratenientes en aquellas provincias. Cayo pidió más información acerca del suceso. Pero nadie supo decirle más de lo que estaba escrito. Aquello podía ser una falsedad, una artimaña de Livia y de Tiberio, un espejismo con el que confundirle en el momento más importante de su vida. Pidió explicaciones de vuelta, aunque sabía que tardarían demasiado en volver satisfechas.

Sus informadores le hicieron llegar nuevas misivas, que habían sido enviadas con anterioridad al comunicado oficial, en las que le aseguraban que la muerte de su hermano era noticia en Roma, pero que nadie podía explicar los detalles. La misma muerte parecía estar envuelta en un misterio, la misma sombra que había caído sobre Drusus años atrás.

Cayo se encolerizó cuando además se enteró de que Tiberio había insistido en volver a Roma, pero que Augusto sólo le había concedido el permiso siempre y cuando no se involucrase en cuestiones políticas, lo que en sus circunstancias y con su tácita renuncia sería considerado un acto de alta traición.

Cayo se sentía impotente y furioso, y tardó varios días en recuperar el equilibrio, y muchos creyeron que el joven se hacía hombre en cuestión de horas, mientras el terrible carácter afloraba y amenazaba con usurpar el trono imperial si ello era necesario. Por algún tiempo los médicos consulares creyeron que Cayo podría manifestar los síntomas de la enfermedad de los dioses, que había

asolado a su tío—bisabuelo, Julio César, tal era el estado de turbación y de incipiente actividad que dominaron al joven día y noche. Pero después Cayo recapacitó y un plan cobró forma en su mente. Al frente de semejante ejército y si vencía en Armenia y demostraba ser capaz de sostener el poder de sus armas, podría al fin atreverse a hacer lo que Drusus dejó inconcluso: pedir a Augusto el retiro y exigir la muerte de Tiberio, así como el retorno de su madre. Más tarde se encargaría de Livia, a la que reservaba un destino funesto y vergonzoso en las sombras del forzoso exilio, cuando Augusto hubiese finalizado sus días de vida con el honor que se merecía.

Estaba convencido de que Lucio había sido asesinado. Era el mayor y más audaz de los pasos dados por la conspiración de los Claudios.

Cayo respondería con la contundencia de un hombre de acción, y sólo un nuevo estado podría golpear los cimientos del Imperio Romano y obligarlo a cambiar el sentido de sus posiciones: una nueva guerra civil.

OceanofPDF.com

IX

III D.C. ARTAGIRA

De cualquier modo, Cayo logró que Tiberio fuera retenido en Rodas, lo que convertía en un formalismo la aceptación otorgada por Augusto, quizá pronunciada sólo para complacer a Livia. Cayo estaba seguro de que Augusto conspiraba a su favor y aguardaba los *triunfos* de Armenia para dar un giro radical a los acontecimientos. La muerte de su hermano, que en un comienzo pareció desequilibrarlo, se antojó la piedra de toque para centrar todas las fuerzas de su mente y trazar el verdadero plan que le conduciría al poder absoluto y a la venganza de su familia frente a la ambición de los *Claudios*, donde rara vez crecía un fruto bueno, como lo fue Drusus y como lo era su hijo Germánico, frente a la mayoría, que se podría a temprana edad.

Después de que Lucio Ælio Lamia y Marco Servilio fueran elegidos cónsules, el Senado aceptó otorgar a Augusto la cesión del *Imperium* durante diez años más, y con ello la política en Roma no presentó demasiadas novedades que pudieran entorpecer los pasos de Cayo, pues Marco Servilio había sido uno de los conspiradores más secretos de Iulo Antonino, quien fuera falsamente acusado por Livia y Sejano durante el escándalo de Julia.

Con todo, las expectativas de su guerra se presentaron favorables, lo que podía acelerar su regreso a Roma. Fraataces entregó la corona de Armenia, después de acceder a reunirse con

Cayo antes de poner en marcha sus ejércitos en el campo de batalla del gélido llano de las montañas, que era barrido por un viento huracanado que les secaba la piel y consumía las facciones. Los romanos retendrían a los cuatro hijos de Fraates, que podrían haber sido peligrosos para Fraataces, llevándoselos a Roma, y dejando que éste, al aceptar todas las condiciones de Augusto, pudiera administrar la región según las preferencias del Imperio, que ante todo temía los asaltos de los partos contra las provincias de Capadocia y Galatia.

Parecía que iba a haber una unión con el armenio Tigranes, cuando éste inició una disputa con sus vecinos. A ello le siguió la intervención del medo Ariobarzanes, después de que su hijo Arlavasdes fuera muerto por las fuerzas de Tigranes en desigual combate. A consecuencia de aquel imprevisto, los levantamientos se generalizaron en aquellas regiones, y Cayo decidió neutralizarlos cuanto antes, presentándose ante la ciudad de Artagira, donde muchos rebeldes medos se habían concentrado bajo el mando de un caudillo llamado Adduus.

El gran despliegue de las fuerzas de Cayo, que se había desplazado hasta allí con tres legiones, se enfrentó a las murallas de Artagira. Las otras legiones habían quedado como salvaguarda de la retirada, que en aquellos territorios estaba jalonada de intrincados desfiladeros, como bien había reconocido un Marco Antonio que fracasó frente a los partos. Cayo deseaba finalizar la tarea antes del advenimiento del invierno, cuyo rigor y gelidez en aquellas rocosas estribaciones al sur del Caucasus sólo podía traer serias dificultades e injustificados riesgos a la campaña.

—Casio Querea, dispón el asedio y no des oportunidad al fracaso. Quiero esa ciudad vencida antes de que caiga la noche —ordenó el joven.

Sin mayor demora, Cayo emprendió un violento asalto en el que intervinieron todos los *tormenta* y las torres de asedio. Las puertas se abrieron, y la victoria apareció al alcance del

conquistador. Las cohortes entraron en Artagira, y antes de que muchos de los insurgentes lograsen huir hacia los desfiladeros, donde resultaba difícil cortarles el paso, Cayo logró frenar su avance y condenar a los insurrectos a un combate mortífero. Alduus pidió a Cayo un encuentro para negociar la retirada a cambio de grandes botines, y Cayo, recordando que muchos de los grandes hombres de armas de Roma fueron famosos por su valor en los encuentros cuerpo a cuerpo, como fue el caso de Drusus, quien en algunas de sus batallas trató de eliminar personalmente al caudillo enemigo, o el de Julio César en Munda, que compartió las espadas de sus centuriones, accedió a la petición del armenio.

Fue el peor error que cometió en toda su vida, y también el último.

En plena conversación y sintiéndose provocado por la arrogancia del heredero del Imperio, una extraña idea relampagueó en la mente del medo, que se lanzó contra Cayo.

Cayo Julio César vio cómo el anillo que había pesado en el dedo de Drusus, igualmente otorgado por Augusto, se enrojecía manchado por la sangre que brotaba de una de sus ingles, que fue seccionada por el artero tajo del medo. Ayudado por varios centuriones furiosos, Cayo se rehízo, entre el estupor y la ira. Por un momento creyó encontrar un paralelismo entre el golpe a traición y la muerte de su hermano Lucio, una fatídica conexión del destino, maldita e irrevocable.

La sangre no le importó y el dolor no parecía ser insoportable, y ante los ojos decepcionados del pérfido Alduus su gladio comenzó a asediarlo. No supo de dónde procedía tanta vitalidad, pero ordenó a sus cohortes que los dejasen combatir hasta el final, que daría muerte a aquella escoria humana, que le sacaría la garganta del cuello para que alimentasen a los buitres del Caucasus. Logró lacerar en un brazo al armenio, que a partir de ese momento sólo trató de defenderse, esperando que la herida causada agotase al romano, al que sonreía, consciente de su obra. Cayo, el joven Cayo, poseído por la rabia que procede de la indignación, continuó

combatiendo, hasta que la ingle sajada empezó a darle muestras de peligrosa cojera. Sus más fieles hombres lo sostuvieron. Aún así, quiso Cayo pelear. Hubo rostros y labios comprimidos por el odio que despertaba la herida de aquel noble romano, y los aguerridos centuriones de la *Victrix* se lanzaron como lobos rodeando al mercenario medo. Uno de aquellos hombres era Casio Querea, y fue el responsable de que el medo no muriese despedazado por la ira de los implacables centuriones.

—¡Traedlo ante Cayo! —pedía Casio Querea.

El medo fue arrastrado. Era un ser inmundo. La peor clase de guerrero que podía conocerse. Un reaccionario sin ley, un mercenario sin escrúpulos, una indigna rata de los frentes, la que había herido a traición al favorito de Augusto, el amo del mundo, al heredero de un emperador.

A su alrededor las voces raucas lo ensordecían, los ojos se desorbitaban, las bocas le escupían. El medo rio como un loco, pero en verdad no reía, sentía un pánico desconocido ante la emisión de violencia que lo salpicaba mirase donde mirase. No lograba ver, sólo percibía rostros distorsionados por la cólera.

Casio Querea habló a Cayo, y su voz se elevó por encima del torbellino que los rodeaba.

—No me moriré tranquilo si pienso que este vulgar ladrón se marchó sin recibir la muerte de tus manos, Cayo. No me basta tortura alguna. Necesitamos recordar este momento hasta el día en que nos sobrevenga la muerte. Sólo así podremos soportar la indignación que padeceremos toda la vida, Cayo. ¡Hazlo por nosotros!

Cayo no lo pensó dos veces, apuntó con el gladio al cuello del medo, apoyó la punta, descompuso el rostro de tanta furia que lo animó en ese momento, y esta vez fue la sangre del traidor la que brotó, salpicándolos a todos desde las infames arterias. Los centuriones gritaron de satisfacción, como si allí se llegase a un necesario clímax. El medo torció el cuello, expulsó odio por sus

ojos, y Cayo y todos devoraron aquellos momentos, clavando sus ojos enajenados en la mirada demente del ajusticiado.

Lo soltaron, y sólo entonces algunos centuriones comenzaron a llorar, cuando vieron cómo la profusa sangre empapaba las piernas de Cayo, como si se las hubiesen cercenado de un golpe.

Casio Querea y sus centuriones lo llevaron a campo abierto.

Fue ordenado el completo exterminio de la ciudad de Artagira. Grandes llamas estallaron en el valle rocoso, y una antorcha ardió al pie de las montañas nevadas.

OceanofPDF.com

X

IV D.C. LYMIRA

Los meses que sobrevinieron a la herida de Cayo fueron los del invierno. Pocos recordaban que el peor enemigo de Marco Antonio, muchos años atrás, había sido el invierno de los partos. Los legionarios se vieron sorprendidos por una nueva emboscada, la más fiera de todas las que pudieran imaginar. Se cernió sobre ellos como un manto de hielo y viento, y a medida que descendían contaron con más bajas a causa del temporal invernal que por las heridas hechas por las armas del enemigo. Odiaron el hielo por toda su existencia quienes no habían comprendido el infierno que traía consigo. Lo odiaron incluso quienes procedían de tierras más gélidas, y también aquellos que, recordando la canícula abrasadora, habían sufrido el desolador castigo del astro omnipotente en los desiertos de África y de Egipto, en los asedios a la ciudad de Petra, o en las escabrosas elevaciones de Judea. Cuando creían que escapaban de las montañas de Armenia, tras subir sus montes y atravesar sus desfiladeros, en los que no pocas máquinas de guerra quedaron atrapadas por el fango de las lluvias, las ráfagas de viento se volvieron afiladas, el aire les cortó los rostros y el cielo, enlutado, trajo la maldición de los dioses tenebrosos del este, que en otras ocasiones ya había diezmado las legiones de Roma.

Cuando los campamentos amanecían cubiertos por montículos de nieve y no pocos caballos habían muerto con los huesos ateridos,

el magnífico ejército, camino de convertirse en un cortejo de mendigos envueltos en sus capas de lana, comenzó a descender las largas pendientes, dejando atrás las cumbres, abandonadas en medio de terribles cendales de nubes congeladas.

La salud de Cayo empeoraba, mas aún en esas circunstancias el joven general cuidaba cada aspecto y estudiaba los mapas, sirviéndose de Casio Querea para transmitir las órdenes al alto mando. El traicionero tajo de su antagonista había sido demasiado certero, y sus centuriones asistían al debilitamiento irremediable del idolatrado nieto de Augusto. Los médicos consulares le practicaron lodos los remedios de los que disponían, mas nada parecía ser capaz de mermar la destrucción que se había adueñado de la entrepierna, pues la cuchillada había atravesado la ingle y se había hundido en los órganos. Pronto empezó a ser necesario drogar al general, mas éste, presa del dolor, como lo fue Prometeo de las garras de aquellas águilas gigantes que, enviadas por Júpiter, desgarraron sempiternamente los costados del audaz, denegó la ayuda y rabió mientras era porteado hacia Antioquía.

Dictó varias cartas, unas para Augusto, otras para Tiberio. A éste lo amenazó abiertamente, diciéndole que no consentiría en morir si él no le seguía ante las Parcas. Le recriminó, una vez más, todo cuanto él y sus hermanos habían considerado una intriga contra su familia para poder alcanzar el poder imperial, y le juró por todos los dioses que Póstumo se encargaría de finalizar la obra, y de vengar no sólo el infortunio, sino también la malquerencia, la insidia y el asesinato, con el que habían acabado con la vida de Lucio, su hermano.

Augusto le pedía que no desistiera, que confiara en sus fuerzas, y se dejase tratar por los médicos, y que no consumiese su energía con el odio, pues era más importante que conservase la vida de la que dependía. El emperador parecía envejecer por días a medida que se aproximaba el final del año, mientras trataba de asumir el contenido de las cartas escritas a petición suya por los médicos del ejército, en las que se enteraba de la gravedad de los padecimientos de Cayo y en la imposibilidad de rescatarlo de una

muerte prácticamente segura. Augusto asistía a un drama irremediable, y los peores augurios cobraban forma en su alma y carcomían la firme voluntad, la paciente grandeza con la que había reunido las fuerzas y creado un Imperio, la voluntad con la que había conquistado los honores más grandes de la historia de Roma, y se preguntaba si las sombras se prolongarían en la última de sus horas, incapaz de frenar el curso de la decadencia.

Cayo Julio César llegó a Antioquía adormecido por las fuertes dosis de mandrágora que le suministraron. Sus últimos pensamientos, antes de caer en el abismo de los sueños, le llevaron al recuerdo que se tenía de Drusus y de sus últimos días, y tras numerosas luchas interiores, y mientras siglos de guerras remolineaban en su mente, una sonrisa de satisfacción comenzó a ocupar su rostro, pues se sabía conquistador de la verdadera gloria. Sería recordado como un digno general, uno de los mejores cachorros de la loba romana.

En Roma, el poder de las altas magistraturas del consulado era renovado en Sexto Ælio Catus y en Cayo Sentio Saturnio. Se consideraba que este último, aunque no había desarrollado grandes campañas durante su estancia como general en la frontera del Rhenus, se había comportado como un digno colaborador de Drusus, y su mantenimiento de la *pax* en el transcurso de la insurrección de Panonia, manteniéndose en posición siempre amenazante frente a Marbod, el *rex marcomanii*, fue digna de ser premiada por Augusto y por el Senado. Ése era el destino que Roma daba a generales como él, capaces de ordenar la aniquilación de un frente para cubrirse las espaldas, como fuera el caso de la batalla contra la confederación germánica en las fuentes de Amisia, cuando Segimerus Cabeza—de—Lobo, el líder querusco, se ganó la fama de *berserker*, de demonio lobuno, entre las legiones del Rhenus. Roma premiaba a sus más leales cobardes, siempre y cuando sus servicios no entorpeciesen los intereses del estado. La corrupción del sistema imperial, que en aquellos años florecientes

apenas empezaba a manifestarse, ya quedaba clara en las directrices absolutistas de Augusto.

Las amenazas de Cayo se repetían y a menudo conversaba con los generales, buscando el apoyo del ejército. Algunos creían que desvariaba. En verdad, era demasiado joven para lograr lo que pretendía. Con sólo unos cuantos años más y en posesión de las victorias de las que era capaz, Cayo habría triunfado no sólo en Roma, sino también ante Augusto. En los momentos de lucidez miraba el sello que el emperador le entregó, y se preguntaba si acaso no estaría maldito. La misma joya había resplandecido en el dedo de Drusus, entregándole la gloria antes de sumirlo en el fracaso y de arrojarlo a la más vil de las muertes. Al menos él, Cayo, podía marcharse herido a traición por el enemigo.

Atravesando la región de Lykía, la comitiva se detuvo en una ciudad llamada Lymira. Allí fue donde Casio Querea, tras tantas vacilaciones, decidió que el joven general debía ser intervenido, y si existía alguna posibilidad de salvarlo ése era el momento para que los médicos arriesgasen sus últimos pasos.

OceanofPDF.com

XI

IV D.C. ROMA

(XXVII)

Anexioné Egipto al Imperio Romano.

Teniendo la posibilidad de convertir Armenia Mayor en provincia,

Cuando fue asesinado su rey Artaxes, preferí,

De acuerdo a las costumbres de nuestros antepasados,

Dar el reino a Tigranes, hijo del rey Artavisdis, nieto del rey Tigrones.

Esto lo hice a través de Tiberio Nerón, mi hijastro.

Cuando esa gente se hizo disidente y se rebeló, los tomépor medio de mi hijo Cayo,

Y me enfrentéa Ariobarzanes, hijo de Artabazis, rey de los Medos,

Y después de su muerte me enfrentéa su hijo Artavasdes, quien fue asesinado.

Di el reino a Tigranes que pertenecía a la familia real de Armenia.

Recuperétodas las provincias que están situadas al oriente,

Más alládel Adriático y de Cirene, caída ya en gran parte en manos del rey,

Como ya antes había hecho con Sicilia y Cerdeña,

Ocupadas en la guerra de los esclavos.

Res Gestæ Divi Augusti

OceanofPDF.com

XII

IV D.C. RODAS

Tiberio recorría su terraza, ansioso, y el mar tendido ante sus ojos sólo le despertaba un eterno sentimiento de amenaza. Esperaba la llegada de la muerte, que Cayo había enviado en su busca. Mas los días pasaban y las noticias acerca de sus heridas eran confusas. Mientras que unos aseguraban que se recuperaba, como era el caso de todas las fuentes oficiales, otros desmentían la mejora y se mostraban convencidos de que no tardaría en morir. Sin embargo, de entre todos aquellos que hubiera querido escuchar una noticia, de quien más lo deseaba era de su madre, Livia, mas era precisamente ella quien guardaba un silencio obstinado. Esto sólo le inclinaba a creer en su propia muerte.

Los abusos a los que se había entregado Tiberio alcanzaron su máximo apogeo. Mientras sus secuaces le proporcionaban lo que deseaba, simulando la compra de esclavos, Tiberio se hacía con adolescentes cada vez más jóvenes. Una leyenda negra se había extendido por toda la isla, y a pesar de su origen, de su riqueza y de su gran pasado Tiberio fue despreciado por los habitantes de Rodas. Los pensadores le denegaron la entrada a sus academias, y fueron muy pocos quienes le concedieron visitas. El hijo de Livia se veía arrojado al absoluto ostracismo social. Aquellos habitantes lo mortificaban con su soberbia, y Tiberio, harto de repasar los poemas de Safo y los extensos árboles genealógicos de los dioses

griegos, en cuyos incestos buscaba una explicación a tantas dudas, se precipitó en la más absoluta de las degeneraciones.

A menudo creía que la proximidad de la muerte era un privilegio, y que pocos hombres eran avisados de su llegada, y esto lo conducía al desenfreno. Derramaba los vinos de Falerno, se cubría de sedas, mandaba que le preparasen morenas y pulpos en las más variadas formas y encargaba los mejores lujos en el puerto. Pero todo aquello no le bastaba, y cuando llegaba a la soledad abismal, al final de las orgías, cuando todos sus esclavos se arrojaban por el suelo, ahítos, y los efebos se daban caza y se revolcaban ruidosamente y las muchachas se retiraban formando apretados corros en los que los hombres se dejaban sepultar por la carne floreciente, Tiberio sentía una brisa gélida que trepaba de aquella fosa nocturna que le separaba de la inquietud monstruosa, del asesino de los abismos submarinos, del acero del mar, y se preguntaba cuánto tiempo faltaba para la última hora escogida por Póstumo y por Cayo y, desesperado y ebrio, gritaba como loco. Temeroso de volver a dormirse y despertar en medio de horribles pesadillas, volvía a encarnar el ritual del miedo, dejaba que una desconocida caminase por lo alto del murete de la terraza que se asomaba sobre los mares, y al fin, después de conversar con ellas como si fueran sibilas y oráculos que, a un paso de la muerte, pudieran revelarle los secretos del futuro, las empujaba con un arrebato de demencia a la oscuridad rugiente.

Harto de todo, una noche hizo venir a Trasilo. Éste se había resistido en numerosas ocasiones, y una vez más le rogó que viniese. Mas en aquella ocasión Trasilo no puso objeción alguna, para gran sorpresa de Tiberio, y vino en la barca hasta la rada. Tiberio observó con ansiedad la llegada de una luz que se balanceaba con las olas. Pero esta vez Trasilo no se encontró con orgía alguna cuando ascendió los riscos.

Tiberio lo aguardaba sentado en la terraza, y tendió una crátera al adivino. Éste miró los ojos astutos del Claudio, bebió el vino, y se sentó. Si realmente era un adivino debía ser consciente de que Tiberio sólo planeaba matarlo, pues lo aborrecía por sus

predicciones alentadoras y sus cálculos enfáticos, y por cuanto, en realidad, había hecho a su costa. La primera pregunta de Tiberio siempre había ido encaminada a sus estrellas, y Trasilo le respondía con los mejores augurios. Entre tanto su existencia había empeorado considerablemente, y a pesar de que lo previno de las ventajas que su madre proyectaba en su vida, no pudo advertirle ni de las amenazas ni del auge de los *Julios.* Le parecía justo que, como recompensa, corriese su misma suerte. Ya lo había oído acerca de algunos sátrapas de oriente, que mandaban degollar a sus adivinos cuando, revelándose falsarios, sólo se servían de su curiosidad para aprovecharse de ellos.

—Háblame de las estrellas que dictan el curso de mi destino, adivino.

Trasilo respiró hondo y comenzó a calcular. El cielo estaba despejado, y escrutó los puntos titilantes que se sucedían creando el ritmo imperecedero de las constelaciones.

—Tu vida se aproxima a dar un gran cambio, y no es a mal, Tiberio, como he venido anunciándote desde hace tiempo. Grandes honores van a caer sobre ti, y los triunfos se iluminarán en Roma, para honrar a Tiberio Claudio Nerón. Los planetas se refugian en el Escorpión del cielo, que es tu signo, Marte refulgirá apuntando con Venus y Mercurio se apresura. La noticia no tardará mucho en ser conocida.

Tiberio sonrió amargamente, creyendo que Trasilo disfrazaba así con bellas palabras lo que sin duda serían ceremonias funerarias en su honor. Roma, siempre tan hipócrita, no repararía en gastos para festejar su regreso en una urna cenicienta, después de haber ordenado su muerte.

—Muy bien, Trasilo, ¿y qué dicen las estrellas de mis enemigos? —inquirió Tiberio con una sonrisa ansiosa.

—Tus enemigos se apartan, veo sólo luces que se extinguen mientras Escorpio es entronado en el firmamento, ¡y hay una muerte! Una muerte inmediata, se anuncia y acaecerá, o quizá ya ha tenido lugar...

—Está bien, adivino, quisiera en tal caso proponerte un pago por tus servicios —dijo Tiberio. —Siempre nos preocupamos por nuestras estrellas, pero me gustaría que hoy mirases las tuyas, Trasilo, si no es gran entremetimiento en los asuntos de un mago.

El adivino vaciló antes de satisfacer la demanda de Tiberio, que le resultó sorprendente. Tiberio jamás parecía preocuparse por otra persona que no fuera él mismo.

Trasilo pareció preocupado y frunció el ceño.

—Un terrible mal despliega sus alas sobre mi frente, ya lo vi esta mañana, sin embargo... —y en ese momento miró a Tiberio a los ojos fijamente— no lo harás, Tiberio Claudio Nerón.

Tiberio retrocedió, contrariado por la revelación.

—Cuanto te he comunicado era cierto. Cuanto te dije, sucederá. Tiberio Claudio Nerón, hoy supe la razón de tu mensajero, y lo que se ocultaba en sus pensamientos, y que sólo el más grande de los infortunios me esperaba si venía a tu villa y después me marchaba... Pero no voy a marcharme.

—¿Qué podrá impedirme lo que planeo? Deberás seguir mi suerte, Trasilo, por haber sido un embaucador y por no haberme advertido de mi infortunio...

—Por todo lo contrario harás lo que menos esperas ahora. No te mentí jamás, y por ello me honrarás. No me marcharé y no ordenarás mi muerte, y me dejarás esperar con vida hasta el amanecer. Sólo entonces comprenderás lo que te digo. Si entonces no sucede lo que vi lanías veces, entonces dispondrás de mi vida de igual manera. Pero si se cumplen mis profecías y mis lecturas de los astros, como bien has dicho, estaré obligado a compartir la misma suerte que tú, y me premiarás como mereceré tanto por tu ingratitud como por mi valía.

Tiberio miró enojado al adivino y soltó una carcajada forzada, llena de desprecio.

—Bien, acepto ese trato. Mi guardia te vigilará aquí, en esta terraza, donde podrás ver la llegada del sol. Pero cuando se haya

levantado y nada suceda, entonces elegirás el veneno, la espada o el acantilado.

—Así sea —respondió el adivino, impertérrito.

Tiberio se retiró a dormir, dejando, como había dicho, a Trasilo en compañía de dos de sus guardianes. No lograba reconciliar el sueño, y las horas se hacían largas. Temeroso de las pesadillas, sufría la espera, y a punto estuvo en varias ocasiones de mandar que degollasen allí mismo al inoportuno y arrogante Trasilo, pues sólo así podría dormir unas horas, cuando unas voces en la casa lo perturbaron. Aun con el subligar puesto, temiendo una astucia de Trasilo, empuñó la daga junto a la que dormía y se dirigió a la terraza. El murmullo de las voces crecía. El sol despuntaba, el cielo y el mar comenzaban a arder. Unos extranjeros hablaban con sus guardias.

Sin creer lo que oía, Tiberio apareció en la terraza, la daga empuñada y los ojos suspicaces de un loco.

—Tiberio Claudio Nerón —dijo Trasilo—: son mensajeros de Antioquia, enviados por Cayo.

En ese momento Tiberio lo entendió todo. Trasilo había jugado con él por última vez, y había vuelto a ganar. Sabía que vendrían a darle muerte al amanecer los centuriones de Cayo, y que así quedaría libre.

Uno de ellos se aproximó. Ni siquiera desenfundó la espada. Tiberio estaba a punto de lanzar la estocada, cuando el centurión empezó a hablar.

—Cayo Julio César, tu hijo, ha muerto. Ocurrió siete días antes de las calendas de marzo. Augusto nos pidió que te fuese comunicado.

Tiberio no salía de su estupor.

Cuando los centuriones se habían marchado, Tiberio besó las manos de Trasilo, arrodillado ante él como si fuese un dios

liberador.

Y mientras el sol se levantaba, él sentía que volvía a nacer, y que le entregaban una nueva vida.

Desde aquel día Trasilo acompañó a Tiberio en cada uno de sus quehaceres, y lo recompensó con una gran suma de dinero. Tiberio recibió otros comunicados en los siguientes días, según los cuales Augusto le permitía regresar a Roma, pero el más sorprendente de todos le anunciaba, por parte de Livia, que Augusto le concedería durante los siguientes cinco años la potestad tribunicia, que era uno de los mayores poderes del estado imperial. Sólo Agripa había dispuesto de ella con anterioridad con sucesivas prolongaciones, mas Agripa había sido la mano derecha de Augusto durante el desarrollo de la guerra civil.

Livia le advertía que Augusto necesitaba la confianza de los ejércitos, y que en realidad no contaba con ningún miembro de la familia en el que pudiese confiar lo suficiente como para entregarle el mando de los ejércitos del Rhenus y la frontera septentrional. Por todo ello, y dado que Germánico era demasiado joven, Tiberio se convertía de la noche a la mañana en el nuevo elegido. Al menos hasta que Germánico pudiese dominar las legiones, Tiberio volvía a recuperar su antiguo prestigio y poder.

Lo quisiera Augusto o no, el candidato de Livia se convertía en el heredero del Imperio.

OceanofPDF.com

XIII

IV D.C. ROMA

(XIV)

El Senado y el Pueblo Romano, en mi honor,

Designó a mis hijos Cayo César y Lucio César,

A quienes la fortuna me arrebató jóvenes,

Cónsules a la edad de quince años,

Para que asumieran la magistratura luego de cinco años,

Y desde el día en que fueron llevados al foro tomaron parte en los consejos de estado.

Además el ordo equester romano les donó escudos y lanzas de plata,

Ya ambos los proclamó

Príncipes de la Juventud.

Res Gestæ Divi Augusti

OceanofPDF.com

XIV

IV D.C. ROMA

Augusto miró por última vez el anillo de la esfinge diamantina, con el que había premiado a Drusus, con el que había señalado la preferencia a su nieto Cayo. Cuando estuvo suficientemente lejos de su guardia personal, miró las aguas del Tiberis desde lo alto del puente, y arrojó el anillo a sus turbulentos torbellinos. Con él se iban al fondo del río muchos de sus sueños y la herencia del mundo; les dio la espalda y caminó sin mirar hacia atrás, consciente de que, igual que en el teatro, la tragedia de la vida debía seguir adelante, sumisa esclava del Tiempo.

Cneo Sentio Saturnio y Cayo Clodio Licinio fueron los siguientes cónsules *suffectus* del año. Junto a Augusto, presidieron los honores públicos y los grandes funerales de Cayo Julio César. El cuerpo, oportunamente conservado, fue uncido e incinerado en una inmensa pira en el Campo de Marte. Augusto rindió tributo al difunto con la presencia de las cohortes pretorianas, y deseó que el cielo se enlutase y que un crespón negro cubriese la capital de Imperio.

La intriga contra Póstumo, que se mostraba enérgico e impulsivo desde temprana edad, inclinó a Augusto a creer, no sin cierta razón, que era peligroso poner en su poder las armas de

Roma. Desesperado y frustrado, el emperador creyó oportuno recurrir a Tiberio, precisamente por lo debilitado de su posición política. Después del desprestigio que había supuesto su retiro, y de que prometiese a Cayo y a Lucio que si volvía a Roma renunciaría al estado, muchos de los que lo habían adulado tratando de congraciarse con el poder que se le presuponía llegaría a tener, le dieron la espalda sonoramente, a favor de la causa de los hijos de Julia. Todo ello contribuía a crear una figura que carecía de los respaldos de un dictador del que todo el mundo habría desconfiado. Consciente de todo ello, Augusto decidió ir en su auxilio y de paso tomar ventaja para su propio dominio. Tiberio era un buen hombre de armas, en absoluto nada carismático, ni tampoco un verdadero guerrero, y siempre estaría muy por debajo de los glorificados Drusus y Cayo, pero estaba vivo, y eso era útil, y lo que era aún peor, los dioses lo mantenían con vida, quizá porque jamás tomaba parte en las batallas como lo habían hecho los grandes hombres de Roma.

Por todo ello, y teniendo en cuenta los problemas de la sucesión, Augusto decidió, después de entregarle la potestad tribunicia, designarlo sucesor al *Imperator.* Livia se sintió complacida, y Augusto obraba en contra de muchos de sus instintos, pero sus ojos grises y luminosos eran todavía capaces de eso, de mirar por encima de las emociones y de garantizarse la continuidad del poder, aceptando estoicamente las circunstancias reales de su vida. A falta de herederos de sangre, Tiberio era la única opción de confianza y aparentemente manipulable. Por eso lo primero que hizo fue obligarle a aceptar el mando de la frontera de Germania, hecho que, bien lo sabía, en el fondo Tiberio detestaba. Y le encomendó finalizar la obra inconclusa por Drusus, la conquista de Germania Magna hasta las costas del *Mare Suebicum*, con la consiguiente victoria sobre los marcómanos.

Pero Augusto lo obligó, antes de partir a su nuevo destino castrense, a algo que sorprendió a Livia: a la adopción de Germánico. Con ello cerraba el círculo de la sucesión, y el emperador trataría de servirse por todos los medios de Tiberio,

creyendo que, cuanto antes, Germánico se haría con el poder. Había reconocido las cualidades de su nieto, quien en realidad, como hijo de Drusus, también era sangre de su sangre, pues Drusus había sido concebido por Livia de Augusto antes de que Claudio y ella se separasen de mutuo acuerdo y a petición de Augusto. Las intrigas contra Póstumo habían funcionado alentadoramente, pues éste se revelaba desobediente y por ello peligroso al mando de los ejércitos, y el odio contra Livia y en cierto modo contra Augusto, a causa del destierro de su madre Julia y de la confiscación de la herencia de su padre Agripa, parecía poder haber germinado en su corazón. En cambio, Germánico era una *toga candida*, y además un joven de excelentes cualidades humanas. Los ojos avezados del emperador reconocían en él la floración del ímpetu de Drusus y un cálculo del que sólo él, el propio Augusto, podía considerarse autor.

Después de todas las muertes e intrigas obradas en torno a la muerte de Drusus, el destino ponía al más brillante de sus hijos en la escalinata del Templo de Júpiter, dispuesto a subir los peldaños del *cursus honorum* hasta ceñirse los laureles del *triunfo* y la *toga picta*.

Germánico era la promesa del futuro, el verdadero heredero de Augusto.

OceanofPDF.com

ARMINIUS

OceanofPDF.com

I

IV D.C.

El vaho flotaba fantasmalmente sobre las praderas. El sol debía haber surgido en alguna parte detrás de las colinas, pero la muralla de los árboles quedaba empañada por la niebla. Árboles negros, frondosos, que se ocultaban en las sombras de una gélida selva. De cuando en cuando se oía un graznido, un apresurado correteo en las tinieblas.

Su propia silueta se introdujo en la niebla y atravesó la pradera hasta internarse bajo las primeras ramas. El vapor parecía enganchado entre los robustos troncos. Detrás de los setos se abría una incertidumbre opaca. Allí estaba otra vez el hombre sentado de espaldas. Trató de llamarlo, pero en vano. No supo por qué no llevaba sus propias armas, pero aún así decidió aproximarse hasta la figura. Una vez más intentó atraer su atención. Cuando estaba a un paso de él, éste se levantó y caminó dándole la espalda, como si fuese una aparición. Hizo un esfuerzo por alcanzar su robusto hombro, pero por más que se esforzase y corriese, aquel ser deambulaba raudo entre la niebla y no podía seguirlo. Allí estaba, a un paso, y de pronto desaparecía y surgía más adelante. Lo había encontrado en muchas ocasiones. Cuando el amanecer parecía ir a surgir con una ardiente deflagración, una niebla reptaba por el valle, recubriendo cuidadosamente todos sus rincones, y se encontraba con la aparición en las tinieblas de la selva.

En esta ocasión se detuvo frente a un lago que desconocía. Lo siguió por encima de las piedras. ¿Qué rostro se ocultaba allí, siempre de espaldas? ¿Quién era el visitante que recorría aquel paraje desconocido de su mente? Cuando la espesa niebla comenzó a rodearlos, sintió cómo su propio peso se convertía en un enorme plomo y se hundía en el barro burbujeante. La aparición se alejaba. Tras el hundimiento de las piernas el cieno brotó casi líquido por las hendiduras y abrazó su cadera. Sintió que algo se agarraba a sus botas. La niebla se cerró velando los árboles. Una indistinta luz grisácea contemplaba la muerte de un incauto más. Al fin trató de asirse desesperadamente. ¿Cómo podía su propio interior engañarlo de esa manera...? Ordenaba a sus brazos que luchasen y éstos languidecían pesadamente sin tensarse. Trataba de gritar y no había voz que vibrase en su garganta. El cieno se hizo con sus brazos, hasta que una de sus manos logró arañar el nudo de una raíz. Cuando sólo la cabeza se salvaba de la muerte, y las burbujas siseaban cerca de su boca, los dedos se engarfiaron alrededor de la salvación.

Fue entonces cuando reconoció la aparición en la niebla. Al fin se inclinó sobre él, ominosa e inmensa. De la bruma surgió el rostro de una bestia. La cabeza pareció husmearlo, los ojos oblicuos, radiantes. Mitad hombre, mitad lobo, el monstruoso visitante husmeó su mano, antes de gruñir roncamente y erizar el hocico. Aquellos prominentes caninos sobresalían como astas de marfil en el cepo sanguinolento de un avezado cazador. Hubo un ronquido, un ruido salvaje, un grito feroz, y sintió que le despedazaba la mano, que sacudía la testa a uno y otro lado, que la devoraba. Al fin unas garras parecieron tirar de él y arrastrarlo como una fuerza irresistible hacia las profundidades del podrido barro. Confundido, asfixiado, tragando cieno, la bestia batía el pastoso elemento en busca de su cuerpo. Tras un largo instante, el barro quedó atrás y se deslizó por una grieta hasta caer en una cavidad subterránea. El barro fluía alrededor y se introducía de nuevo en unos agujeros a lo largo del muro. Logró ponerse en pie y se sintió atrapado ante las puertas del infierno. La gran caverna se

expandía como las entrañas de un animal, y allí al fondo un gran fuego azul crepitaba haciendo aletear las tinieblas. La gruta, inmensa, resonaba con el ir y venir de extraños rumores. Escuchaba un coro de voces. Cantos entonados por murciélagos. Fórmulas pronunciadas por bocas infectas. Plegarias monstruosas que no parecían lograr aplacar los designios de *Helia.* Recortada contra las llamaradas, aparecía una sombra que le era familiar.

Era un anciano menudo. Parecía el despojo de una vida entera. Estaba encogido, indiferente al rumor de ultratumba, los ojos sellados, balanceándose ligeramente. Sus labios mostraban con movimientos casi imperceptibles que hablaba consigo mismo. Sus cabellos grises estaban coronados por una piel de ciervo de la que brotaban las ramificaciones de una mítica cornamenta. Reconoció el perfil del arrugado rostro.

Cerunno. Era él. Hacía tantos años que no lo veía... Por fin lo encontraba en los abismos de su conciencia. Preguntas sin respuesta que sólo él habría podido formular, respuestas ocultas que sólo él habría hallado, permanecían apresadas en su lengua. Ahora estaba al alcance de su mano.

Trató de despertarlo, y antes de que lograse posar su ancha mano en los enjutos hombros del hombre—rayo, los ojos de éste se abrieron, como encendidos por su pensamiento, y un gesto aquilino se posó en sus cejas. Su severa mirada lo atravesó. El fuego azul chisporroteó, y en el alboroto pudo descubrir el plumaje de las aves de presa, convertido en sordas llamaradas. Le pareció que los gritos de unas águilas llenaban el aire y se imponían a los graves cánticos mortuorios, que tres águilas de fuego aleteaban despedazándose y lanzándose picotazos. Cuando el estruendo de las aves parecía volverse inaudible, el fuego comenzó a extinguirse. Trató de pronunciar una palabra, pero la imagen de Cerunno desaparecía absorbida por las tinieblas. Sólo sus ojos se quedaron observándolo, flotando, clavados en su mirada hasta que llegó el fin. Un rugido a sus espaldas le anunciaba que su captor se aproximaba. Los ojos impasibles de Cerunno todavía lo observaban, sin pestañear, cuando garras y fauces comenzaban a despedazarlo por la espalda.

OceanofPDF.com

II

IV D.C. SIGA

Armin despertó súbitamente con un temblor; extendió el brazo, golpeó una jarra, jadeó y sintió frío en todo el cuerpo. Las pieles habían caído. Otra vez aquel sueño. Lo había padecido en tantas ocasiones... pero jamás había llegado tan lejos. Normalmente despertaba exhausto cuando el hombre—lobo le mordía la mano, rabioso, y él se hundía en las ciénagas. La sensación de sumergirse en las profundidades de la muerte le atormentaba. Recordaba los cuentos de Cerunno, el santón de Wulfmunda, cuando de niño les refería historias que nunca habría querido oír, pero que le atraían tan irresistiblemente. Sólo él le había hablado tanto de las puertas del mal mundo como de las entrañas de las ciénagas y de sus guardianes. Wulfmund, el hombre—lobo, le despedazaba la mano, y ahí acaba su pesadilla. Pero esta vez había descendido hasta las puertas. No podría ir más lejos en un mundo poblado de horrores sin nombre. Allí estaba él.

—*Cerunno* —pronunció su nombre mientras jadeaba y se cubría con las pieles de nuevo.

Sólo él podía hostigarlo de esa manera. Supuso que no había oído lo que trataba de decirle.

«Nadie aquí cree en esos espíritus».

Un nuevo mundo había acogido a Armin tras la muerte de su padre, el héroe de Wulfmunda, el vencedor de Cayo Sentio Saturnio, el artífice de una confederación que había combatido a Roma nueve años atrás. El nuevo mundo se encontraba al sur, y allí, en compañía de su tío Ingomer, había logrado adquirir la experiencia de un nuevo germano. Ingomer había llevado a Armin hasta el único sueño que hasta entonces había tenido, hasta el pensamiento más admirado y maravilloso que floreció en la infancia: Thusnelda. Armin quiso que Ingomer lo llevase hasta Segest, y que en sus territorios, aprovechando el ofrecimiento del líder establecido a las orillas del Rhenus, Armin disfrutase de una vida en contacto con los mejores caballos y las mejores armas.

—No dejaré que el hijo de mi hermano se dedique a escamar pescados y a desollar jabalíes. Tú aprenderás a usar esto —le había dicho Ingomer, tocándole la cabeza.

—Ya sé hacerlo —había respondido el joven Armin.

Ingomer se rió.

—Pues lo harás mejor de lo que lo haces, aguilucho —dijo señalando su propia espada. —Que sepamos, eres el único hijo vivo de Segimer, y por las barbas de Woddan que te pareces a nuestro abuelo, ya lo creo que te pareces...

—¿Woddan?

—En el sur lo llaman Woddan.

—Cerunno lo llama Wuotanc; así lo llamaba mi padre y no le cambiaré el nombre.

Ingomer se inclinó y su gran rostro invadió su visión; sus ojos penetrantes y astutos lo escrutaron.

—El mismo dragón brilla en tus ojos... Unas marcas amarillas en medio de tus raros ojos marrones. Serás un guerrero, no un campesino. Caza y espada. Me ayudarás en las otras tareas.

Tras la aceptación por parte de Armin, tuvo lugar la discusión por la tutela de Armin entre Ingomer y Cerunno. Según las reglas

antiguas, debía seguirse el consejo de Cerunno, pero el propio Armin había tomado partido por el plan de Ingomer, deseoso de abandonar aquél ambiente deprimente y oscuro de Wulfmunda, en el que sólo los recuerdos cobraban forma y donde el futuro parecía tan incierto como las nieblas de sus ciénagas. El sur, el lejano sur, la prosperidad de Segest, y sobre todo Thusnelda, todo ello formaba una especie de paisaje idílico en su imaginación atormentada e infantil.

Armin sintió dolor y quiso huir tras Thusnelda, pues era lo único bueno que había visto en su vida; aquellos ojos tan luminosos que lo habían iluminado en el momento más oscuro de todos, ante la pira funeraria de su padre.

Cerunno quiso hacer valer sus derechos para la causa de Germania y sus extraños asuntos, los Ases, para el día en que los hombres volverían a ser dioses. Pero Armin abandonó las enseñanzas de un momento para otro. Nunca había estado totalmente convencido de las intenciones del hombre—rayo, mas en aquel preciso instante un fulminante pensamiento iluminó su mente, y se preguntó por qué debía renunciar a una felicidad a cambio de toda esa responsabilidad que Cerunno iba cargando sobre sus hombros pacientemente.

Tras la muerte de su padre sintió que una inmensa losa caía sobre él. Cerunno esperaba que siguiese su ejemplo, y posiblemente todo Wulfmunda aguardaba a que llegase su mayoría de edad para heredar el cargo del *herzog*, para el que parecía extraordinariamente dotado, pero algo en su interior cambió y se rebeló contra los planes del druida. Finalmente, éste le dijo acerca de Ingomer, antes de partir una mañana ventosa:

—No confiaría demasiado mi espalda a quien amenaza con tanta facilidad a un viejo como yo. Armin, en el futuro, cuida tu espalda, pues una hoja se ha quedado pegada en tu invencibilidad, y por ella habrás de caer.

Armin se alejó a caballo, y miró muchas veces atrás. Se reunió con la partida de Ingomer. Muchos moradores de Wulfmunda lo

presenciaron, silentes, en pie junto al prado de la hoguera. Veía a Gailswinther, el del yelmo cornígero, que a partir de ese momento sería el siguiente *herzog* de los lobos queruscos. Veía a Ortwin, que ya empezaba a ser instruido como hombre—rayo que era, a Ingotar y a Brumber, a sus amigos Grumber, Rotram, Helmbrecht... Todo se desvanecía engullido por la masa de los árboles que crecía más allá de la última pradera de la colina, y un nuevo mundo se extendía ante Armin.

—En los valles a los que vamos hace menos frío que aquí —le decía Ingomer. —No estés triste; nuevas aventuras te esperan, joven Armin, y tu tío te enseñará a manejar la espada y aprenderás las lenguas que habla el mundo, para que conozcas a tus enemigos. Ningún ignorante puede enfrentarse a los hombres más poderosos de la tierra.

El viaje a caballo los condujo hasta las rutas del Lagina y del Visurgis. Los ríos corrían anchos y caudalosos, y tuvieron que vadearlos tras muchos rodeos, mientras la partida buscaba los caminos más solitarios. Arrebujado en su manto de piel de oso, Armin veía cómo los nimbos tormentosos se desplazaban dejando brillar, tras oscuros intervalos, un sol que nunca había visto, sobre perfiles de colinas que nunca había visto, en una tierra que nunca había visto. Y aquello le hizo olvidar el momento de la partida. Había viajado hacia el norte en las partidas de caza de Gailswinther, más allá del monte Melibocus, hasta la Cima del Oso, bajo cuyos riscos se abrían profundas cavernas. Pero el sur era muy diferente. Cada paso los arrastraba hacia paisajes de variado perfil. Ingomer trazó un rodeo por el norte, y realizó varias visitas en las aldeas de los sugámbrios, siempre evitando los pocos puntos del mapa en los que los romanos habían establecido sus guarniciones. Armin ya conocía la diversidad de los pueblos, pero le sorprendía ver cómo las 1 ribus sugámbrias se adaptaban a la nueva situación, y reconstruían su pasado tras la devastadora invasión de Drusus.

La parte más libre de Germania continuaba siendo la más alejada de las brechas abiertas por Drusus. En el este la arquitectura germana cambiaba; había más moradas de piedra con tejados

inclinados, quizá porque sus terrenos eran más firmes que los cenagosos pantanos del oeste. Había chimeneas humeantes en el aire húmedo, brumoso. Fue durante aquella ocasión cuando Armin vio por primera vez un poblado lacustre en el que los troncos y estacas clavados en el fondo sostenían anchas construcciones de madera que parecían flotar sobre la superficie del agua. La práctica había demostrado que aquel método ya no había servido de nada ante las invasiones de Drusus, equipadas con los *tormenta*, las grandes balistas y las pesadas lanzaderas.

Y a medida que descendían hacia el sur, las huellas de Roma se hacían más y más patentes. Aumentaban las guarniciones a lo largo del cauce de los ríos que descendían por valles agrestes al encuentro del Rhenus. De vez en cuando encontraban patrullas que avanzaban diligentemente de un lugar a otro. Ingomer se retiró todos los atributos del guerrero, la fíbula, el cinturón y el yelmo, se encapuchó y así pasaron por comerciantes ante una vigilancia romana.

Después el río Siga descendió por un valle frondoso. Allí Ingomer le habló a Armin de los orfebres de Segest, que eran inviolables y sagrados. Ellos acumulaban el oro en una gruta, el oro que las mujeres tamizaban en unos ríos que descendían de las laderas rocosas del valle, en un lugar secreto. Segest viajaba a menudo hasta la hermosa Lutecia, la *oppidum* gala de los cien puentes de roble que abrían paso a todos los comerciantes del mundo por encima del río hasta la isla sobre la que se extendía, para canjear allí su oro por numerosos presentes.

OceanofPDF.com

III

IV D.C. SIGA

Segmund, el hijo mayor de Segest, se había hecho cargo del joven Armin, y le había procurado la mejor educación que podría darse a un príncipe querusco. Según Ingomer, Armin estaba mejor salvaguardado a orillas del Rhenus que en las salvajes tierras del interior. Más allá de Teutoburgo, los territorios cenagosos de Wulfmunda habían vuelto a sufrir el asedio de Lucio Domitio, que al fin había logrado imponer nuevos campamentos a lo largo de la ruta del Amisia. La política de Lucio Domitio se había basado en la infiltración y el aparente respeto, para lograr establecer un trato que le procurase inmiscuirse en los asuntos de los germanos. A menudo había confiado que una táctica de esa índole, en la que las legiones se resumiesen a un comercio sin grandes castigos y a una administración libre, podía dar lugar a una forma efectiva de dominio. Los germanos se resistían ante las políticas que habían triunfado en Asia Menor, y formaban un pueblo que no tenía absolutamente nada que ver con los celtas de Hispania ni con los pueblos del continente ardiente, al sur del Mare Nostrum. Lucio Domitio creía que la mejor fórmula era la dominación pasiva, el comercio, la alteración paulatina de sus costumbres, los lazos de amistad aparentes, y el intercambio de rehenes. Se había convertido en una práctica habitual a lo largo de las fronteras que los hijos de los jefes prestasen a sus vástagos en adopción a Roma. Sin

embargo, esto había ocasionado algunos resultados poco satisfactorios en Germania. Marbod, el *kuninc* de los marcómanos, había sido criado en Roma. Había aprendido mucho en las legiones, donde había servido durante algunos años, y cuando volvió a Germania y retomó el poder sobre las tribus marcómanas tras la muerte de su padre, invadió el Boiohæmum, la fortaleza natural encerrada por los montes Sudeta, Asciburgius y Gabreta, donde nacían las aguas del Albis, y ello ocasionó el desplazamiento de los *boios* y de los *volcos tectosagos* por encima de la frontera de Noricum hacia Panonia. Ya Julio César había castigado las migraciones de pueblos bárbaros. Las ambiciones ajenas estorbaban los planes que Roma trazaba para el resto del mundo. Pero Marbod había hecho caso omiso y había organizado un ejército de más de setenta mil hombres armados en los que cobraba vida la proeza fallida de Ariovist, cincuenta años atrás. Marbod se mostraba civilizado hacia Roma, pero no dejaba que ésta estableciera el dominio sobre su propio ejército. Roma se sentía traicionada por aquel hijo pródigo. Tal era el resultado de la aplicación de la regla en Germania: los príncipes germanos no se mostraban del todo afables cuando regresaban a sus tierras, de modo que Roma hacía uso de sus argucias y los incluía en sus legiones, poniéndolos al mando de las tropas auxiliares. La romanización debía abrirse paso a través de aquella mentalidad terca y rebelde, hasta que, sin darse cuenta, ya fuesen nuevos esclavos de alto rango del sistema romano.

Mientras Lucio Domitio establecía las nuevas guarniciones a lo largo del Amisia en las cercanías de Teutoburgo, la zona salvaje donde varios afluentes del Rhenus y del Visurgis encontraban su nacimiento, Ingomer se sintió satisfecho dejando que Armin, junto a sus propios hijos, pasase desapercibido a orillas del Rhenus, en las fértiles lenguas de tierra próximas a Bonna y a Colonia Agripina, el centro más importante del Rhenus, donde el río Siga (de ahí procedía el nombre de la aldea) vertía sus aguas en el Río Grande. Eso los apartaba de la inciertas emboscadas de Germania

Interior, y les permitía crecer en el conocimiento de las costumbres germanas, más en paz con los romanos.

Durante aquellos años Armin había vivido en Siga, el emplazamiento fundado por Segest junto a sus tribus queruscas, que se habían visto engrosadas por numerosos téncteros dados a la fuga y entregados a las nuevas tareas del apero, en las vegas verdes que ondulaban rotulando los frondosos bosques, las primeras colinas que ascendían hacia el monte Taunus, y las aguas anchas del Rhenus. Siga se había convertido muy pronto en una gran aldea. Las casas de los germanos crecían a lo largo del río. Armin pensaba que se agrupaban allí porque levantarlas frente al Rhenus las convertía demasiado evidentemente en una colonia de Roma. Unos grupos de castaños, fresnos, sauces y hayas formaban una espesa arboleda junto a las aguas del Río Grande, y detrás se extendían los campos. La fortaleza de Segest se asomaba por encima de todo. El jefe había contado con la ayuda de unos romanos que le indicaron cómo debía crearse una construcción más firme de lo que los germanos acostumbraban con sus escasos medios. Así era como el advenedizo había levantado una gran morada de piedra con tejados de paja recortada, bajo los cuales habían extendido, a la manera de los habitantes sajones, grandes pieles curtidas de uro, de oso y de cabra, formando una gruesa capa impermeable que los protegía de las frecuentes lluvias. Los muros se levantaban con un paño de mampostería de ocho pies de altura. La gran morada del próspero advenedizo del Rhenus se hallaba detrás de unas lenguas de tierra pantanosas, encima de una colina aislada, y los cañaverales susurraban alrededor. Las aguas poderosas del río empujaban detrás con sus fuertes torbellinos, y un poco más al sur vigilaban uno de los puentes por los que los romanos iban y venían a la ruta del Siga.

Segest acumulaba muchas riquezas, grandes cantidades de grano, y sus germanos demostraban ser más eficientes empuñando el apero que la espada. Durante aquellos años, la población de Siga había aumentado hasta casi diez mil habitantes, creando cinco pequeños emplazamientos alrededor, donde vivían nuevas comunidades de incipientes campesinos y recolectores, aunque no

eran pocos los que se dedicaban a la caza, completando convenientemente las necesidades de la comunidad. Mas aquellas cacerías no tenían nada que ver con las que Armin había vivido junto a los hijos de los jefes queruscos, cuando vivía en Wulfmunda. Las terribles cacerías del norte, sus salvajes rituales, las partidas adentrándose en las ignotas montañas nubladas del Melibocus, los bosques impenetrables, las tormentas furiosas que Armin guardaba en su corazón no se parecían a los temporales benignos del clima que dominaba el entorno del Rhenus. Ya a sus orillas Germania parecía un sueño. La verdadera Germania estaba al norte, oculta por sus leyendas, por sus tribus, y los longobardos, los queruscos y los sajones parecían ser los pueblos más fuertes que habían velado por ella.

Al menos había habido caballos como los conociera en su infancia. Segest se empeñaba en adquirirlos en la desembocadura del Rhenus, donde hacía adquisiciones a los frisios y a los bátavos, o en Colonia Agripina, la gran ciudad, y evitaba los caballos que montaban habitualmente los romanos. Eran demasiado pequeños. Las razas de Germania Interior se habían vuelto poderosas, altas, esbeltas. Los romanos no sabían qué hacer ante aquellos ejemplares, que parecían haber sido criados para un pueblo de gigantes. Y si bien los germanos eran en general más altos que los romanos y los auxilias de los pueblos sureños, en realidad era cierto que ellos, como Ja mayoría de los pueblos bárbaros a los que se enfrentaba el Imperio, eran mucho más diestros a caballo que los romanos.

Armin no había visitado las legiones. No las conocía a fondo, aunque había contemplado el paso de algunas cohortes, porque los legionarios servían para todo, desde cortar árboles y levantar casas hasta destruir pueblos enteros, y a menudo visitaban Siga para hacerse con las adquisiciones que algunos cuestores hacían en beneficio de las arcas de Segest. Armin recordaba los caballos de los sajones, con sus cuellos anchos, sus patas velludas, la inmensa fuerza de su musculatura, y no podía creer que los arados informes y los pesados carros pudiesen ser arrastrados por aquellas pobres

bestias. Los romanos no sabían tratar a los animales. Armin había aprendido a amarlos desde que fuera muy pequeño. Conocía a cada uno de los caballos con los que se cruzaba en un par de ocasiones y de no ser porque lo habrían considerado un loco, habría jurado en voz alta que sabía lo que pensaban y lo que sentían. Tenían un alma hermosa. A veces estaban ausentes y descontentos con sus amos, otras, cansados, o tristes. La fogosa energía de la alegría y la inquieta ira del desasosiego, todo eso se manifestaba en la forma de patear de un caballo. Nada de eso parecían entender los legionarios. Pudiera ser que algunos romanos, los más ricos, entendiesen algo de todo eso. Había oído hablar del corcel de Julio César, que había sido blanco y grande, o del Bucéfalo de Alejandro Magno, pero estaba seguro de que las razas de Germania Interior, las potentes y altas cabalgaduras de los queruscos, eran los mejores caballos del mundo.

Armin se había convertido, junto al resto de los miembros de la familia de Segest, en un activo cazador y en uno de los mejores jinetes. A falta de temerarias galopadas, Armin podía causar gran espectáculo encabritando un caballo, saltando unos setos, descendiendo a galope tendido, tomando objetos del suelo mientras descendía por un costado, o lanzando con precisión la *framea* contra un enemigo de madera si era necesario. Le había gustado deslumhrar a Thusnelda con sus acrobacias. La enérgica felicidad de Armin se incendiaba sólo con verla, y todo era poco para llamar su atención. Habían crecido como dos hermanos, y mientras fueron jóvenes nada les había impedido creer el uno en el otro. Segest admiraba a su hija, protegía su belleza y apreciaba la solicitud de Armin, que se comportaba como un celoso guardaespaldas. No podría haber encontrado mejor protector para su tesoro. La hermosa Thusnelda. Primero había sido una niña encantadora, pero entonces empezaba a ser una mujer con ojos de un asombroso verde avellanado, amplia sonrisa, dada a los juegos y las carreras, largos cabellos de oro que unía en complicadas trenzas. A menudo Thusnelda recurría al viejo juego de poner una prueba a Armin. Éste aceptaba de buen grado desde que tuviera uso de razón. Al

principio, cuando Armin llegara desde Wulfmunda, serio y hosco, casi salvaje, ella convirtió el juego en una forma de comunicación con la que el joven se sentía cómodo. Sólo así lograba hablar. Era el pretexto perfecto. Pero aquello había cambiado con el tiempo, y Armin se había vuelto más alegre y jovial, aunque en sus ojos siempre ardía una chispa desafiante que agradaba a Thusnelda, porque ella no parecía serlo menos. Se retiraba la coleta vistosamente o sacudía su melena y, sonriendo, se inclinaba sobre el oído de Armin. Él disfrutaba del momento pero hacía como si fuese algo muy serio, escuchaba su deseo y ponía todo su empeño en movimiento para lograr lo que ella deseaba. Trepar un árbol, robar un caballo, conseguirle unas flores. Después era galopar como un rayo y saltar un seto cada vez más alto. Todo era susceptible de convertirse en un juego digno de ser compartido, y el afán de ir más lejos, la ardiente pasión por conquistar un nuevo peligro, era consustancial a la pareja. Ella después lo premiaba con un beso en la mejilla, en secreto, cuando nadie podía verlos, a menos que fuese de confianza. Así llegaban los atardeceres dorados de los mejores años, así el sol se hundía en el oeste, sobre las aguas del Rhenus, y Armin y Thusnelda, Thusnelda y Armin, crecían juntos, y con ellos un sentimiento sereno y fuerte.

OceanofPDF.com

IV

IV D.C. SIGA

Después de un grano de arena, que era el tiempo que había tardado en pasar todo aquello por su mente tras del terrible sueño, Armin fue en busca de la espada. Se vistió y se calzó los zapatos de piel, abandonó la estancia y salió al encuentro de una mañana gélida. Colgó del tahalí la espada, volteada a la espalda, se ciñó el grueso cinturón y fue en busca de *Sleipner.*

El caballo se alegró al verlo. Armin le puso los arreos y salieron del establo. Abandonó Siga por el sendero que conducía a las lomas verdes del norte. Recorrió un bosque de alerces. *Sleipner* parecía conocerse el camino de memoria. Saltaba cada pedrusco y cada raíz en el momento preciso, y su jinete apenas tenía que darle instrucciones. Después el animal galopó con todas sus fuerzas cuando una larga pendiente de hierba agrisada se alargó como una alfombra tendida desde el cielo todavía nocturno. Relinchando, trazó un gran círculo alrededor de unos bloques de piedra gigantescos que coronaban la loma. Formaban el monumento ancestral de los teutones. Pero a diferencia de Wulfmunda, en aquella colina boscosa no había cuevas recónditas en las que se hallase la morada de sacerdote alguno. Los hombres—rayo no eran del gusto de Segest, que pretendía dar ante los romanos una imagen lo más civilizada posible. Segest no había prohibido que se vistiesen con los atributos germanos, ni tampoco llevaba él mismo

toga, pero procuraba evitar los signos más salvajes de las tribus germanas del norte, como las cabezas disecadas de lobos y osos sobre sus cabezas, o los adiestramientos guerreros más tenaces. Segest quería dejar claro ante Roma que Siga no era un pueblo guerrero, sino un excelente productor de mercancías que los legionarios y los altos cargos del estado romano en Colonia Agripina podían degustar sin pensar en ser envenenados. La colina del monumento de los teutones aparecía llena de panales de los que los apicultores extraían una miel negra de gran valor.

El cielo mostraba una franja violácea por debajo de la oscuridad, y más allá una claridad gélida en la que titilaban las estrellas.

Desmontó y dejó que *Sleipner* pastara a su antojo. Recorrió con su mirada las grandes rocas, echó una vez más un vistazo a sus largas ristras de runas. Todavía eran allí visibles los restos de un cuento que había oído muchas veces. Uno de los bajorrelieves mostraba a un guerrero que empuñaba una pesada hoja cuya punta se hundía en un cuerpo alargado. Se retorcía alrededor como una larga serpiente de anchas fauces. Los dientes de piedra aparecían mellados, pero su significado era inequívoco. El *mito del dragón* estaba muy extendido en los monumentos megalíticos de los alrededores, y parecía que los teutones lo habían venerado muchos años atrás, dejando las huellas de su paso en multitud de bloques a las orillas del Rhenus. Ellos habían descendido hasta las Grandes Montañas, donde nacía el Río, las habían trepado, y habían derribado ejércitos romanos. Teutobold, así se llamaba el líder de los teutones. Cruzaron las Galias de este a oeste y luego volvieron para ser masacrados por otro romano, Cayo Mario. Su héroe siempre aparecía atravesando al dragón de parte a parte, y Armin se preguntó si no sería absurdo creer que aquel héroe vencería siempre.

Nadie podía vencer en todas las ocasiones; así opinaba Segest, y creía en una acomodación a Roma. Sostenía que con la paz la gente podría enriquecerse y vivir tranquila, dos asuntos muy complicados en todas las épocas, pero en aquella todavía más.

Segest era muy diferente de su padre. Segimer había sido un buen líder, pero con el tiempo había dudado que esa clase de líderes consiguiese mantenerse en el poder durante demasiado tiempo. ¿Cuánto tardaban las legiones en conquistar una tierra...? Armin ya se había acostumbrado a verlas de paso, en busca de las mercancías que, a buen precio, los contrabandistas del ejército compraban en Siga. Pieles, ámbar, botas y calzado de diferentes formas, miel, cereales, y oro. Porque Segest sabía obtener oro de los valles rocosos del Siga. Acuciado por esa circunstancia, y consciente de que sus ejercicios como guerrero no agradaban del todo al padre de su novia, Armin había ingresado en las herrerías de Siga. Allí había encontrado un buen ambiente en el que desfogar su nerviosa energía. De todos los oficios que había contemplado en su infancia, sólo dos habían causado su admiración: el del guerrero—cazador, y el del herrero. Eso le había hecho concebir un nuevo plan para impresionar a Thusnelda aquel día.

El sol despuntó de pronto, sin previo aviso; lo arrancó de sus pensamientos cuando el fuego se propagó por encima de las lejanas siluetas de las colinas en el este. El caudal del Rhenus comenzó a arder inmediatamente, reflejando la sobreabundancia que se desbordaba como un agua de oro desde astro todopoderoso. Una gota de fuego y oro fundido que se expandía, un ojo que escrutaba la tierra después de iluminarla, un implacable dios. Los romanos hablaban de un carro que tiraba del sol, y de malcriados hijos de dioses que lo descarrilaban al final del día. Pero Armin continuaba creyendo firmemente en la potencia del *Sol Invictus*, en el antiguo rito que le contara Cerunno.

Mientras aquel poder se desplegaba inundando el cielo, varios de los anillos de oro que se había forjado brillaron en su ancha mano, y la fíbula de bronce, con sus complejas filigranas, se iluminó en el centro del grueso cinturón. La luz mostró a un hombre fuerte, un herrero de desgreñados cabellos castaños, con dos pequeñas trenzas que colgaban por detrás de sus orejas, tejidas por las manos de Thusnelda, y cejas de águila por encima de los

ojos inquisidores. Armin clavó su mirada en el sol, ahora que su aparición no era capaz de herir sus ojos, y saltó sobre *Sleipner.*

Galopó hacia el norte, abandonando la colina, y recorrió el camino de las anchas florestas que se inclinaban a beber de las aguas del Siga. Su valle se erguía con boscosas colinas en cuyas cumbres parecían extenderse anchos calveros. Había cazadores allí, con sus poblados en las alturas, pero Segest vivía en paz con ellos. Vadeó las aguas y se sumergió en una espesa selva de alerces. Al cabo de algún tiempo, aminoró el paso y siguió una trocha de alimañas. Al fin logró alcanzar el pie de unos riscos y se detuvo frente a las rocas despedazadas que se acumulaban a la sombra del bosque. Allí un manantial surgía entre las piedras de una cueva honda y fresca. Los pájaros graznaban y saltaban de una rama a otra sin tener en consideración la presencia del intruso. Armin se introdujo en la cueva.

Desde hacía muchos años tenía predilección por las cavernas. Era algo que no podía definir con claridad. Sumergirse en la ignota incertidumbre de las sombras, trepar escaleras inexistentes a la luz de un hachón, descender a agujeros en los que, cientos, miles de años atrás, otros hombres y mujeres se protegieron de una era de frío, eso le agradaba. Había marcas de fuegos ancestrales por todas partes. Pero ese día, junto al deseo que pretendía obtener para Thusnelda, se hallaba aquel extraño sueño. Desde que descendiese a la profundidad de aquella cueva en el Monte del Oso, la noche en que Ortwin fuese tocado por el dedo de los dioses y fulminado por el rayo, en pocas ocasiones había vuelto a introducirse en cueva alguna de esa índole. La gruta que ahora recorría era el curso de un río que parecía brotar de las profundidades de la colina. Más adelante descendía por unas cascadas cantarinas; después su antorcha iluminó el lago subterráneo. Estaba seguro de que nadie más conocía aquel lugar. Era prodigioso. La extensión de agua se alargaba en las tinieblas, apenas ligeramente ondulada por los afluentes que descendían por todas partes en la oscuridad a renovar su contenido. Era un agua gélida —Armin se inclinó y bebió de su

mano colmada— pero ninguna otra le sabía mejor. A menudo se preguntaba qué había en sus profundidades, pero jamás se había atrevido a nadar en busca del fondo, y no era el espasmo del frío que recorrería su cuerpo lo que temía, pues le agradaba nadar en los ríos, sino aquella negrura líquida, aparentemente insondable. Trepó las rocas, y se desplazó por una pendiente rocosa y húmeda, la orilla del lago, hacia su extremo. El resplandor de su antorcha centelleaba recorriendo maravillosas dentaduras de dragones, afilados colmillos que pendían de las alturas, goteantes muelas, estrías llenas de minerales de muchas facetas, cristales que relampagueaban a su paso. Más allá se introdujo en una cavidad lateral, más baja y estrecha que la grandiosa caverna del lago, y allí se inclinó, depositando la antorcha entre dos anchas vetas de mineral blanco, como si de una ofrenda a tenebrosos dioses se tratase. En medio aparecía un filón anaranjado. Era difícil de reconocer a simple vista, pero los ojos del herrero estaban acostumbrados al brillo del sagrado metal bajo todas sus formas. Era el oro de Armin. Su filón. Tras reconocer el lugar un año atrás, había decidido no revelar el secreto a nadie, y lo convirtió en la fuente de sus propios ornamentos. Con aquel oro se forjaba sus anillos y los que regalaba en las ocasiones especiales a sus familiares. Ingomer ostentaba uno pesado y grueso en el que habían engastado un *glaesum* amarillo, al que llamaron Ojo de Lobo. Pero sin duda era Thusnelda la que más se había beneficiado del secreto de Armin. Estaba forjando un egregio torque para ella, y necesitaba más mineral. Extrajo sus herramientas y acumuló más de aquellas pesadas piececillas dispersas con incrustaciones de cristales blancos. Cuando tuvo bastante, abandonó la cueva, desanduvo el camino subterráneo y volvió a la luz del día. Extinguió la luz del hachón en el agua, y surgió de las cavernas. *Sleipner* no tardó en aparecer, pateando enérgicamente, lo que de acuerdo con lo que Armin sabía sólo significaba que estaba aburrido y quería cabalgar. Lo montó y marcharon en busca del cauce del Siga, descendiendo por otro sendero de bestias.

Los haces de luz sesgaban la penumbra de los árboles. Las hojas secas crepitaban tras el paso del caballo. Las ardillas huían asustadas para mirarlos de nuevo al pasar. Los pájaros se levantaban en ruidosas y gorjeantes bandadas, volando de un árbol a otro. Cabalgaron así durante algún tiempo, hasta que algo atrajo la atención de Armin, una agitación en las tinieblas lo obligó a detenerse. De pronto y de estampida, un enorme venado surgió con su gran cornamenta y enfiló con enfurecida carrera. De muy cerca llegó otro ruido, pero Armin no tuvo tiempo para extraer mayor conclusión. La oportunidad se presentaba muy rara vez: el animal se ofrecía en bandeja, huyendo de otro peligro se encontraba de frente con el puñal de Armin. Éste lo arrojó con todas sus fuerzas. *Sleipner* relinchó un momento después. La hoja se hundió en el cuello del gran venado. Cabeceó, mugió ruidosamente y se estampó contra un tronco. Después pateaba, agonizante. Armin descendió del caballo, tenso, los ojos fijos en la presa. Extrajo la espada y corrió hacia ella. Prolongar el sufrimiento de un animal amargaba su carne, pues era indigno del verdadero cazador. No soportaba el sufrimiento de los animales, por ello había aprendido a darles muerte con certeza. Como en aquella batalla contra Sentio Saturnio, cuando tuvo que aprender la lección y terminar con los sufrimientos de un caballo llamado *Gramsuna*, depositó el cuello sobre la larga hoja de acero, y la desenfundó con un fuerte tirón. Otra vez las sombras en los ojos, la muerte desplegando sus insondables misterios en la mirada del animal, el silencio del bosque. Uno de sus moradores había muerto, y eso debía hacerse con respeto. Nadie podía robar al bosque sus hijos sin pedir permiso a las divinidades.

En ese momento llegó una ruidosa manada; pero no de ciervos, sino de romanos, «Ése es el peor animal que deambula por la espesura» pensó Armin, alzándose con la espada ensangrentada. Había varios caballos frente a él. No eran muy altos de cruz, ni tenían el nervio de *Sleipner*, que relinchaba inquieto. Parecía que unos oficiales habían salido de caza, seguidos de algunos centuriones. Procedían sin lugar a dudas del campamento del Siga,

en su curso alto. El malestar del oficial era evidente al ver la presa muerta.

—Este bastardo nos ha robado el premio... —dijo en un claro latín uno de ellos.

—Nos ha arruinado la caza.

—Echa un vistazo al venado —dijo otro oficial, retirándose el casco.

—¡Está armado!

Uno de ellos, sin lugar a dudas un ubio que hacía las veces de traductor, se adelantó para dirigir la palabra a Armin, cuando éste dijo en un defectuoso latín:

—No soy bastardo de nadie, sino de la familia de Segest, que tan buena relación tiene con los romanos en Siga. He lanzado mi puñal a este venado en cuanto lo he visto, y no sabía que veníais en su busca.

—¿No sabes que en esta parte del valle cazamos nosotros?

—Segest nunca ha hablado de trocear el valle. Los germanos comparten su tierra con los romanos.

El oficial, seguro de sí mismo en medio de la partida de caza, le dirigió al fin la palabra arrogantemente, acentuando el discurso, como si hablase con un idiota.

—Los romanos comparten su tierra con los germanos...

Un coro de risas terminaron de causar la felicidad de aquel romano. Armin imaginó muchas respuestas adecuadas a aquel comentario, pero se limitó a escoger la más conveniente.

—En tal caso no tengo derecho a ninguna parte de este animal, así que es vuestro.

Y dicho aquello Armin fue en busca de su caballo. Uno de los centuriones, pesado y de estúpido rostro, extendió su brazo y tomó las riendas de *Sleipner*, que retrocedió recelosamente. El soldado puso sus manos en el lomo del animal de manera poco amable, y el

corcel piafó de pronto violentamente. Los romanos experimentaban un sentimiento de impotencia cada vez que algo protestaba contra su dominio. Y aquel piafar de *Sleipner* no parecía sino poner de manifiesto lo que Armin pensaba de ellos. El rostro del joven querusco se tensó y arrugó una falsa sonrisa. Suplicaba a todos los dioses que conocía que no lastimasen a su caballo, pero a pesar de aquella sonrisa, el oficial había visto cómo los nudillos de la mano de herrero se cerraban y se volvían blanquecinos, apresando el mango de la espada, que era extraordinariamente larga. Sabía lo suficiente de soldados y guerra como para adivinar que detrás de aquellas buenas palabras se ocultaba un formidable luchador.

—Deja el caballo, es un terco, ya lo ves... —y diciendo esto Armin trató de tranquilizar a *Sleipner.*

—La espada —le espetó indolentemente el oficial.

—¿Qué sucede con la espada? —Armin sabía perfectamente lo que pasaba.

—Debes entregármela porque te la estoy pidiendo, eso es lo que *debes* hacer. Sabes que Segest no puede estar a cargo de ejército alguno...

—¿Ejército? ¿Soy un ejército?

—Sabes lo que digo, germano.

—Sé lo que dices y sé que mientes —los ojos de Armin se volvieron amenazadores, y sus cejas de halcón se cerraron. —Los hijos de Segest pueden llevar sus armas, he venido en busca de caza, no la he encontrado y regreso a Siga. Si me queréis encontrar allí estaré, pero no podemos prolongar más esta conversación. Y la espada es mía.

Armin había montado el caballo con tal rapidez que el centurión se sintió amenazado y desenfundó su gladio. La larga hoja ensangrentada del germano descendió muy cerca, lentamente, mientras Armin clavaba una mirada lacónica e impenetrable en el centurión.

—¿Qué haces con ese gladio, romano? ¿Quién te ha amenazado? Os felicito por vuestra cacería, es un magnífico ejemplar, y en prueba de mi amistad entrego al romano este anillo —Armin se retiró el peor logrado de sus anillos y se lo arrojó al centurión. Éste retrocedió sin apartar la mirada del bárbaro, que sonreía engañosamente. El oficial echó un vistazo al anillo y lo sopesó. —Los romanos son amigos de Segest, y con ese anillo celebro este encuentro. ¡Que la Fortuna os acompañe a sus hijos!

En ese momento la voz carrasposa del centurión lo increpó:

—¿Y qué tal si nos das los otros a cambio de tu espada?

—¿Y qué tal si vienes a cogerlos? —respondió Armin fulminantemente, con una extraña y divertida mueca, y después sonrió con generosidad a los oficiales.

El que estaba en posesión del pesado anillo parecía sopesar en su mano no sólo esa pieza, sino las consecuencias de entablar injusto combate para saquear a un bárbaro que parecía pertenecer a la familia de Segest, un buen aliado de Roma, con poderosos amigos en Colonia Agripina y una hoja germánica que sin lugar a dudas blandía magistralmente. Y la decisión estaba clara. Tenía el venado y el anillo, y si se detenía a tiempo, también tenía su tranquilidad. Lucio Domitio defendía una política de cooperación con los jefes germanos, consciente de que hostigarlos sólo servía para unirlos más unos a otros.

—Deja que se marche, Antonio. Ha pagado su libertad. Pero en adelante vigila tus pasos por estos bosques.

Armin sonrió ampliamente, le dio la señal a *Sleipner*, y desapareció en la penumbra del bosque como un fantasma.

No mucho tiempo después había recorrido las praderas y cruzado las aguas. Siga había despertado hacía tiempo, y las casas de la aldea humeaban como una sucesión de tejados desiguales que ocultaban tranquilos caminos. Algunos llegaban con pescado del Rhenus, otros se empeñaban alisando largos tablones, se reunían

montones de sacos de cereal, una partida de cazadores entraban cantando, resonaba la llamada de un cuerno, los carros tiraban de un botín de piezas ensangrentadas. Pero el galope de Armin se dirigió hasta los talleres de Alfrund, el joven herrero que, tras la muerte del maestro que había sido su padre Alfbrandt, se había convertido en el sagrado herrero de Siga. Allí, bajo las pesadas vigas que sostenían un alto techo, los muros de piedra encerraban un espacio lleno de toda clase de cubas, herradas, fuelles, pieles, calderos, arados, moldes... Las largas cadenas sostenían una caldera. Un crisol apresado en las tenazas ardía colmado con la roja colada hirviente de hierro, y las llamaradas de la fragua relamían un cuenco de piedra refractaria en cuyo interior el soplo de unos fuelles convertía el carbón en ascuas ardientes. Los muchachos que se encargaban de los grandes fuelles sudaban a chorros. Armin conocía ese oficio, el primero que desempeñaba un herrero: mirar las tareas de los maestros herreros mientras sudaban enrojecidos por la cercanía del fuego y el esfuerzo de aplicar su fuerza a las largas palancas. Sólo un tiempo después se le permitía pasar al segundo de los oficios del herrero: el martillo. Y allí resonaba la canción del hierro. Los yunques vibraban y los golpes centelleaban.

Alfmund ni siquiera miró a Armin.

El herrero ostentaba la marca de la gota de oro vertida en su hombro. Era un sagrado ritual: cuando al fin un herrero era investido orfebre, una gota de oro fundido se dejaba caer entre las fibras de sus músculos, tras ingerir grandes cantidades de cerveza y *medhu.* La cicatriz de Alfmund era bien visible. Armin mostraba la cicatriz de la gota de hierro, lo que a los ojos de Roma lo convertía en un simple herrero. Segest lo había hecho con todos sus hijos, para disuadir a los oficiales romanos de que se trataba de ambiciosos guerreros.

Alfmund apresó con las tenazas el gran crisol y fue vertiendo su contenido en los moldes. Varios herreros de espesa y chamuscada barba vinieron en su auxilio, y el propio Armin se hizo con otras largas tenazas y ubicó en la posición idónea los moldes de los arados.

Las cabezas de hierro de los martillos emitían ahora un incesante clangor. Después, una espesa niebla llenó la sala y trepó hacia el tejado ennegrecido por los humos de los metales, cuando los moldes fueron sumergidos en las herradas colmadas de agua. Armin recordó cuando enormes calderas vertían el contenido de plomo líquido en largas ristras de moldes de las que luego salían cientos de proyectiles con los que los guerreros de su padre acribillaron el avance de Tiberio junto a las aguas del Amisia. Allí eso no sucedía, sólo forjaban herramientas de toda índole, y en varias ocasiones unos ayudantes griegos habían sido enviados desde Colonia para echar un vistazo a la fragua y dar algunos consejos sobre la forma idónea de algunas herramientas. El motivo de tanta preocupación era que Segest había empezado a cultivar la viña. Daba un fruto del que los romanos obtenían un vino blanco que adoraban.

Armin extrajo al fin su trabajo de orfebrería, y miró el torque incompleto. Volvió a preparar su propia forja. Sacó el oro y lo depositó en un crisol. Lo cerró y lo hundió en el corazón de brasas llameantes. Al cabo de un rato tenía el molde preparado y el oro fundido. Cuando comenzó a martillar la pieza, Alfrund se refirió a él:

—Algún día me contarás de dónde sacas el oro; ya me he dado cuenta de que eres un astuto ladrón —afirmó muy serio.

Armin emitió una vehemente carcajada.

—Ladrón es el que roba. Yo recurro a mis posesiones. Quién sabe, a lo mejor los romanos se dan cuenta antes que Segest de que poseo un filón en el que sudó el sol [1].

—Si esos goterones de sudor caen en manos de los romanos... Segest no se alegrará —dijo Alfrund, sonriendo sarcásticamente.

—Los romanos andaban cerca —aseguró Armin.

Alfrund levantó la vista y dejó caer el martillo sobre la pieza roja que debería convertirse en la cabeza de un arado triforme.

—Cuidado con los romanos, Armin.

—Lo sé, hoy me han pedido la espada.

—¿Llevabas la espada cerca de las guarniciones del Siga? Maldito loco...

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Ir desarmado? No lo haré —Armin volvió a golpear levemente la pieza de oro sobre el tas con un pequeño martillo. —Me ha costado un anillo y eso es todo.

—No deberías ir en busca de los romanos lucia de Siga.

—No fui en busca de ellos. Me los encontré. Cazaban como patos silvestres, y yo maté al venado que perseguían. Fue tan casual como el salto de una rana. El oficial se enojó, pero al final fue todo lo bien que puede ir con un puñado de romanos...

—Pues da gracias a los dioses.

—Y ellos también, Alfrund, porque mi espada iba a costarles muy cara. No quiero tener que llegar a ese extremo.

—Segest se vería en apuros. Lo mejor que puede pasarle al valle es que jamás se llegue a confrontaciones. Que los romanos pasen de largo, que paguen lo que se llevan, y que nos dejen en paz.

—Eso requiere buena voluntad por ambas partes, no sólo por la nuestra. Y yo tengo la sensación de que muchos de ellos están deseando endurecer sus reglas aquí en Siga.

—Pero Segest nos protege, no olvides eso, Armin. Segest nos protege.

OceanofPDF.com

V

IV D.C. SIGA

El hermoso torque de oro resplandecía al fin en sus manos. Lo envolvió en un paño y se marchó de la fragua. Abandonó Siga y fue en busca de la colina. Allí, pasado el mediodía, se reunieron muchos de los hijos de la aldea, entre ellos Segmund, el hijo mayor de Segest, también Ergest, Alboin, Odmer, todos ellos miembros de la familia de Segest. Bajo el ardor del sol, los grandes caballos eran acuciados para saltar las barreras de piedras. La hierba fue alisada por tantas carreras, y el acero relampagueó al sol entre risas joviales y juegos de guerra. No había nada que Armin no supiese ejecutar a caballo. Más de veinte privilegiados giraban alrededor de unos troncos sobre los que descargaban el peso de sus espadas. Había competición de frámea, *gæsos* que cortaban el viento para clavarse de lleno en el pecho de unos monigotes de paja. La guerra era un divertimento. La juventud se ejercitaba, reía, bebía y galopaba mientras el sol rotaba como una rueda de fuego cuyo paso ardiente absorbía toda la humedad acumulada en la hierba. Y allí, en lo alto de la ladera por cuyos lomos el viento de la tarde galopaba sobre los pastos elásticos, se erguían los bloques megalíticos de los teutones. Armin a menudo pensaba que el sol era el verdadero padre de todo. Que su curso se parecía a la vida del hombre, y que en la juventud era una obligación dar rienda suelta a la pujante

voluntad de la sangre, dejarse arrastrar por la energía que pulsaba en busca del mediodía, como le había enseñado Cerunno.

—¿Pero qué es el mediodía del hombre? —preguntaba a menudo a sus amigos, cuando en los días soleados del verano el sudor les caía por la frente tras un largo ejercicio con las armas.

Nadie sabía responderles, y él reía.

El acero centelleó. Los escudos resonaron. Algunos se rompieron. Otros sólo quedaron mellados, pero todos fueron golpeados en el furor de un combate simulado. Algunos eran mejores que él con la espada. Había germanos tan grandes como montañas, en eso los romanos no se equivocaban. Imaginaba aquel grueso muchacho, Jngotar, en Wullmunda; ahora sería un ceñudo ogro. Se habían convertido en hombres y mujeres, y sin embargo eran muy parecidos a los niños. Era hora de que la guerra les restase la floreciente virilidad, que ajase sus rostros, que pusiese a prueba sus caracteres. Ésa era la ley de la vida, y Segest había conseguido transgredir ese sentido que generaciones enteras de germanos habían sufrido, vivido, y a la vez disfrutado.

Armin era, no obstante, el mejor jinete de Siga. No había nadie que pudiese mantenerse a la grupa del caballo de una manera tan prodigiosa en medio de las más ridículas acrobacias, con las que conquistaba la risa de los más jóvenes y el aplauso de los ancianos. Armin brillaba despreocupadamente, mientras el viento soplaba a su alrededor, y jamás caía del caballo. Su destreza le situaba a un nivel extraño e irrepetible, capaz de dirigir a los caballos con las rodillas, de lanzar con certeza cada frámea a galope tendido y de golpear su objetivo sin fallar, de volverse ligero como el aire con un simple empellón y dejar a la cabalgadura libre de su carga en el instante preciso en el que tomaba impulso en sus patas traseras para superar un obstáculo especialmente alto. Y además parecía saberlo todo acerca de los caballos, de las raciones diarias con que debían ser alimentados según su aspecto, de los males de sus patas y de su vientre, del estado de ánimo que condicionaba a un animal en medio de una carrera y de cuáles eran los ejemplares que, tras un

oportuno adiestramiento, serían capaces de lanzarse sin miedo contra las hordas de enemigos, dispuestos a morir después de aplastarlos. Armin amaba a los caballos. Su admiración por ellos era lo único que había podido llevarse de Wulfmunda, y a menudo recordaba aquellas carreras, los primeros potros, y todo cuanto podía haber aprendido junto al mejor jinete del mundo conocido, el sucesor de su padre al frente de los clanes del lobo negro, Gailswinther. En cada palabra que susurraba a los caballos, estaba presente el recuerdo de su pasado, de las batallas en las que había participado, y algo inquebrantable lo unía a aquellos animales nobles, insensatos y afectuosos, que consideraban a su dueño un verdadero dios.

El sol descendió, envolviendo el telar de nubes dispersas en una capa de oro. El oeste ardía, y ahora las anchas aguas del Rhenus llameaban como si un inmenso tesoro fulgurase en sus profundidades. «El tesoro de Segest», pensaba con admiración. Reconocía el talento del emigrante querusco para crear aquella isla de paz en la que crecieron como en un sueño, y amaba el más preciado de sus tesoros. «La melena de Thusnelda sólo puede haber sido tejida con los rayos del sol». Armin no podía pasar dos días seguidos sin contemplar aquellas dos trenzas de oro. Thusnelda se había convertido en una recia mujer, en una belleza sincera y desenfadada. El tesoro de Segest yacía custodiado por su padre a orillas del Rhenus. Y resplandecía allí, ante sus ojos admirados, y se sintió feliz. Había cambiado su vida, y lo lamentaba por Cerunno, pero su lugar en la tierra era aquél. Unos hilos de humo cerca del palacete de Segest les recordaron que la fiesta habría comenzado, y que llegaba la hora de ponerse en marcha.

El fuego crepitaba, y las piezas de un asado comenzaban a circular por los bancos de madera. Había muchos ancianos reunidos. La tarde ardía dorada, y una brisa acariciaba sus barbas y sus cabellos. Pronto llegaron los caballos de los jóvenes. Algunos de los herreros, como Alfmund, vinieron desde Siga rodeados de otros invitados. La imponente mole del palacete humeaba sobre la

colina, y los cañaverales susurraban en las orillas donde un gran torrente de agua relamía piedras aisladas y verdes lenguas de tierra. El ancho río se extendía por delante como un breve mar ambarino. La gente reía alborozada, las mujeres se reunían en corros. Los bienes de Segest eran compartidos, y los cazadores aportaban nuevas piezas.

Varios caballos aparecieron de pronto sobre la colina. Una joven alzó los ojos y el viento agitó unas hebras de cabello dispersas. Sus ojos sonreían serenamente, y una de sus amigas no tardó en propinarle un amable golpe con el codo, al tiempo que nuevos jinetes aparecían lanzando gritos entusiasmados. La joven se recogió la túnica ocre bajo la que disimulaba sin necesidad de ello un cuerpo de perfecta hermosura. No más de dieciséis veces habían crecido las aguas del Rhenus desde que naciese y aunque su madre había muerto pocos años después, había contado con un celoso padre que veló por su bienestar y su educación. Apenas se había vuelto para escuchar el picante comentario que le hacía su amiga, y sonreía malévolamente para complacer la intención de aquélla, a la par que uno de los jinetes se miraba confundido y angustiado las botas, cuando un caballo relinchó en la cima de la colina. Era negro y tan alto de cruz que podía haber derribado a un gigante. Avanzaba majestuosamente. Cabeceaba. El viento volvió a soplar, y todo el oro que yacía esparcido sobre el agua pareció llenar el aire de un aroma que sólo ella podía respirar, algo inconfundible y que sin embargo sólo su corazón era capaz de percibir. Allí estaba. Él. Sus ojos se entrecerraron y una sonrisa cándida iluminó el rostro de la joven, al tiempo que sus pulmones expulsaban una gran bocanada de aire que, sin saberlo, habían contenido contra su voluntad, a punto de reírse sin saber por qué.

El gran caballo descendió la colina tranquilamente, tras detenerse en la cima. Allí el viento arrastraba los salvajes cabellos de un hombre joven que sonreía ajeno al mundo. Todo en él era fuerza y veneración. Las anchas manos, sus anillos de oro, la franca sonrisa, los ojos entusiastas. No podía ser otra persona. A ella su instinto no le traicionaba. Podía darse cuenta de que él estaba cerca,

aunque no lo viese; era una magia que no había revelado a nadie, ni siquiera a su padre, mas estaba en posesión de ella. El sol del ocaso penetraba en los ojos de Armin, y el raro color avellanado se volvía cobrizo como la mirada de las águilas cuando los rayos solares penetran en el santuario cristalino de sus ojos.

Apenas había llegado, cuando Armin ordenó al caballo que se desviase. Ella continuó mirándolo, y él sonreía sin mirar a dónde iba, consciente de que no debían ostentar su noviazgo, tan popular como secreto, mientras Segest no lo aprobase. Entonces Armin hizo una mueca ridicula a Thusnelda y, a falta de poder comportarse como el hombre que era, recurrió al viejo truco de comportarse como un niño, algo que, en esencia, se le daba bastante bien, y que siempre cosechaba el éxito ante su amada. Después de la mueca se volvió de espaldas sobre el caballo e hizo como si fuese a tumbarse. La gente lo saludaba y más de un hombretón le gruñía. Por fin, alguien se decidió a detener su broma, que acabó por dejar que el arrogante *Sleipner* pateara una gran tela extendida sobre la hierba a modo de mantel. Enfurecido, Odmer, que era casi un gigante, sacudió una fuerte palmada en el lomo de la cabalgadura, ésta relinchó intolerantemente y Armin rodó a conciencia por el lomo, para ir a parar al suelo como un muñeco abandonado. Al principio la risa fue general, y hasta el más viejo se burló a gusto de la estupidez de Armin. Varios bromistas que danzaban con un bucráneo en la cabeza rodearon al accidentado.

Sólo entonces Odmer pareció preocupado y se inclinó sobre Armin, que apenas se movía. Las jóvenes se volvieron entre divertidas y azoradas. Thusnelda frunció el ceño y su rostro se volvió grave. Los largos cabellos se agitaron avanzando hacia el lugar. Cuando estuvo lo bastante cerca, descubrió que Armin protestaba y se retorcía.

—¡Estúpido Odmer! —rugió ella con más furor que nadie. Odmer se volvió con el rostro crispado.

—¿Crees que iba a dejar que patease el mantel? —gruñó el gigante barbudo. Luego añadió en un tono confidencial. —Si no

luciese tantas tonterías cada vez que te ve...

—Armin deja de... —decía ella tratando de que volviese su rostro hacia ella.

En ese momento Armin se volvió con una gran sonrisa en el rostro.

—Esta caída ha logrado hacerme cosquillas —dijo al fin mirando a Thusnelda a los ojos.

Ella se retiró, aparentemente enojada. Era su turno para llamar la atención.

—Pues esperemos que te rías hasta el amanecer —añadió la joven valquiria, y se volvió junto a su amiga.

Las trompas resonaron alrededor del palacete de Segest. Armin se puso en pie de un salto, y se encontró con la mirada atenta del señor de Siga, que descendía la colina rodeado de varios de sus guerreros, bromeando de camino al festín. Armin hizo un respingo y pidió a los dioses que no hubiese presenciado su pantomima.

Haciéndose el inadvertido se volvió en busca de la carne, no sin lanzar unas furtivas miradas hacia Thusnelda, que lo ignoraba tajantemente. Fue entonces cuando una silueta atrajo su atención en lo alto de la loma. Pareció como si un dios hubiese cobrado forma allí arriba. Lo reconoció al instante. El caballo blanco, los arreos negros, el centelleo del yelmo alado...

—¡Ingomer! —exclamó Armin sin pensarlo, y agitó los brazos. El gran caballo blanco descendió la larga pendiente, e Ingomer descabalgó ante el círculo de los festejos. El ancho Ingomer. Era como su padre, recio y vigoroso. Su barba parecía unas pulgadas más larga, y amarilleaba con hebras albinas, pero continuaba siendo el poderoso querusco de ojos azules.

—Armin hijo de Segimer, tu tío te saluda.

—También lo hace tu sobrino, Ingomer hijo de Segismund.

—¿Cómo se encuentra tu corazón?

—Ardiente y fuerte. Como un sol que surge de oscuras montañas —afirmó Armin entusiasmado, golpeándose el pecho con un puño. Ingomer sonrió. Habían acordado hacía mucho tiempo que ése sería su salvoconducto privado, e Ingomer recitó la contraseña, guiñándole ostentosamente el ojo:

—*Pues venciste a Roma.*

—¿De dónde vienes? —inquirió Armin.

—De muy lejos para un jovenzuelo como tú.

—¿Incluso si cabalga mejor que tú?

—Incluso si cabalga a la grupa del hijo del viento, ni siquiera así alcanzaría el galope de su tío Ingomer.

Armin se llenaba de contento al escuchar al impetuoso lobo querusco, tan lleno de orgullo como siempre.

—Déjame una conversación con Segest, sobrino. Lo he visto al llegar, pero me ha invitado a presidir el banquete. Los honores no deben ser despreciados. Hablamos más tarde. Por las barbas de Tor que necesito diez o doce cuernos de cerveza... —dijo lacónicamente mientras se alejaba en busca del banco de honor, donde Segest se había acomodado con su hijo mayor Segmund.

Armin miró furtivamente a Thusnelda y la sorprendió espiándolo mientras una de sus impetuosas amigas le contaba algo espantoso haciendo aspavientos. «Habrá visto un ratón» pensó Armin, divirtiéndose.

Y mientras se hacía el despistado daba círculos en torno a Thusnelda. Alguien tocado con un bucráneo le invitó a bailar y no rehusó. Otro le colocó una guirnalda de flores y así Armin hizo el papel de la muchacha bailando enlazado por el brazo con una cabeza de buey. Por fin logró hacerse con un pedazo de carne ahumada y lo mordisqueó calmando el hambre de los ejercicios y el largo día. Y cuando el sol comenzaba a hundirse logró acercarse a Thusnelda disimuladamente, y al sentarse un buen número de jóvenes en un círculo, logró encontrar lugar al lado de ella. Apenas la miraba, y procuraba que Segest no se sintiese observado. Pero el

astuto padre parecía sumido en una importante conversación con Ingomer y otros extranjeros que habían acompañado a su tío.

Por fin miró hacia el oeste, donde la colina descendía. El sol era de nuevo una pesada gota de oro fundido que se derramaba por los contornos del horizonte. ¿Por qué debía significar eso *el fin del mundo?* ¿Por qué los Ases debían sucumbir en una apocalíptica lucha? ¿Por qué no era sencillamente lo más hermoso que había visto, el círculo de fuego con el que los eternos Ases protegían a los hombres mortales del asedio de otros males, y con el que envolvían la fría tierra...?

Unos dedos se deslizaron por encima de su oreja, apartando sus desgreñados cabellos castaños y la trenza. El sol se derretía en el poniente y una vaga claridad azul, tenue y evanescente, se disolvía en el cielo de la tarde. Entonces ella apartó una flor que había quedado enganchada entre sus cabellos, cuando se pusiera la guirnalda, y lo acarició con gran sentimiento. Armin no la miró. No quiso ver aquellos ojos. Le gustaba complacerla, pero temía mirarla directamente.

La amaba de tal manera, que no soportaba la idea de que aquello pudiese llevarlo a cometer cualquier error ante Segest, pues sabía que la mano de Thusnelda debía ser pedida con grandes honores, y no quería hacerlo antes de merecerla incontestablemente.

Ella retiró la mano. Y el frío de la tarde, con la desaparición del sol, le asaltó. Nadie podía imaginar lo que sentía cuando aquella mano lo acariciaba. Pero mucho mejor era ser merecedor de un beso. La miró y descubrió sus poderosos ojos verdes y ocres, su espléndida sonrisa. Ahora era ella la que miraba hacia los que conversaban, pero él sabía que le sonreía a él. A ninguna otra persona podía sonreírle de esa manera. Su perfil era egregio como el de las esculturas que había visto en las piezas de los campamentos romanos, cuando había acompañado a Segmund junto a alguna carga, en la orilla opuesta a la de Siga, la orilla

derecha del Rhenus. Era más hermosa que todas las diosas madres de la Tierra, y ni siquiera Nerthus podía ser como ella.

—Tengo algo para ti —le confesó él. —¿Cuándo podré verte?

—Hoy habrá luna —dijo ella quedamente y le miró a los ojos.

Él sonrió de oreja a oreja y sintió que algo ardía en su estómago.

—Los lobos suelen aullar cuando sale la luna.

Ella no volvió a decir nada más. Todo estaba claro.

Cuando se levantó para dirigirse hacia otro corro de amigos, como habían planeado y siempre hacía, descubrió de pronto que tanto Segest como Ingomer lo estaban mirando. Nunca había visto esas extrañas miradas. Le sorprendió que lo observasen de ese modo. Esquivó la situación y luego volvió a echar un vistazo, y su tío apartó los ojos y se puso a hablar con otro de los hombres, mas Segest continuaba escrutándolo. Por fin se internó en el círculo y Segest pareció depositar su atención en otros asuntos.

La noche cayó, se encendieron las antorchas, los fuegos crepitaron y las favilas treparon en el aire como columnas centelleantes. Hubo comida y bebida hasta muy tarde, y algunos, ya borrachos, se quedaron a dormir envueltos en sus mantos. Poco a poco los invitados se fueron marchando. Thusnelda se retiró con su padre, y algo más tarde, cuando Armin observaba por encima del Rhenus el centelleo de la civilización romana al otro lado, Ingomer se aproximó a él.

Su tío se quedó sentado largo rato a la luz de las llamas moribundas, mientras la brisa del Río Grande le acariciaba los cabellos. No parecía querer decir nada, de modo que Armin se dedicó a disfrutar del momento, con un tallo de hierba entre los labios. Ingomer escrutaba las tinieblas al otro lado. Los centelleantes puntos de luz enjoyaban la sombra a largos intervalos, pero parecían numerosos en los altos de las colinas que se dirigían, en el oeste, hacia Colonia Agripina.

Nubes negras sin alas se arrastraban por el cielo impenetrable como un manto que descendía desde el norte. Armin recordó las negras noches del norte. Wulfmunda, la aldea en medio de los cenagales. La isla de los vivos en el pantano de los muertos. Toda aquella vida que fluía junto a él en el Rhenus, parecía quieta y neblinosa incertidumbre en los alrededores de su aldea natal. Y aún así la recordaba a menudo.

—¿Cómo es Wulfmunda hoy?

La cabeza de su tío se volvió. Sus ojos lo observaron. Dio un largo trago de su cuerno. La cerveza escapó y manó por encima de la barba.

Tomó aliento y respondió:

—Allí está Wulfmunda, en el norte, lejos, y sigue siendo como era. Los romanos no han llegado hasta allí. Todavía, pero no tardarán en hacerlo. ¿Quieres acaso regresar?

—No —respondió Armin inmediatamente. —Sabes que hay algo aquí que valoro más que el resto del mundo.

Su tío sonrió.

—El mundo puede ofrecer muchas cosas, no las desdeñes sin conocerlas —aseveró arrugando una sonrisa sarcástica.

—Sabes por qué accedí a venir al sur.

Ingomer lo miró quedamente a sus ojos.

—De eso, precisamente, he venido a hablar contigo.

OceanofPDF.com

VI

IV D.C. SIGA

—Tiempo ha que cortejas a Thusnelda, Armin.

—No ha sido un secreto —añadió su sobrino, incorporándose.

—¿La amas?

—Qué preguntas que me haces en medio de la noche. ¿Nada el pez en el agua? —respondió Armin, entre divertido y desafiante. —La amo.

—Lo sé. Sé que la quieres con tu corazón en la mano —el semblante de Ingomer era serio y sereno. —Pero sabes que Thusnelada es la hija de Segest, un importante jefe...

—¿Y has olvidado precisamente tú, mi tío, de quién soy yo el hijo? De Segimer, el *Liberator*, aunque los romanos por estos lados no sepan quién se esconde debajo de la piel del herrero.

—Y eso no te importó aceptarlo cuando viniste.

—Y vine por una razón. Por una nueva vida, por un futuro diferente traicioné el pensamiento y la voluntad de Cerunno, el hombre que mi padre eligió para que guiase mi destino. Y aquí estoy, por ese futuro, que sin ella no existe.

—Pero Segest necesita que sus hijos sean casados con hombres y mujeres tan importantes como él. No puede dejar que sus matrimonios se diluyan en el pasado.

Armin sintió una extraña desesperación, y por un momento no pudo creer lo que oía, le latía el corazón como hacía años no lo hacía, y un furor se aposentaba entre sus sienes. Recuperó la calma y miró fijamente los ojos de Ingomer.

—No me odies por ayudarte, todavía no he acabado de hablar, apenas hemos empezado, sobrino —dijo Ingomer serenamente. —Te digo cuál es el problema, pero te advierto que tiene solución.

Armin pareció tranquilizarse.

—Segest quiere que su descendencia no pierda lo que él ha conseguido con arduo trabajo, y que algún día su reino pase a mejores manos, que nada de lo logrado se malogre, y no quiere casar a su hija con un enemigo de Roma. Si ellos llegasen a enterarse de quién eres, nadie duda de que te arrastrarían a Colonia como un esclavo. Eres el hijo de un arduo enemigo que costó caro a Sentio Saturnio. Éste ha sido cónsul en Roma, ha sido gran dignatario de su hombre—dios, Augusto, el padre del Senado. Si una vez casado con ella llegase a saberse, todo podría acabarse para la descendencia de Segest. Él juró a tu padre que te ayudaría, lo juró ante su sagrado funeral, pero ese juramento no le obliga, además, a poner en peligro cuanto ha conseguido, incluyendo la herencia de sus hijos.

En la cabeza de Armin aquella frase brotó de las tinieblas de la memoria, los labios de Cerunno vibraron como las cuerdas de un arco que canta mortíferamente: «La doble diplomacia de Segest. No va a la batalla, pero asiste a los entierros... Comercia con Roma y reverencia a los héroes caídos... ».

—Es por todo ello, Armin, que ahora eres un hombre y muy diestro con el manejo de la larga espada y de la frámea y del caballo, y deberías considerar la posibilidad de ingresar en el ejército romano.

Los ojos de Armin se desorbitaron.

—¿Marcharme a Roma? ¿Ahora?

—Cuando lo consideres oportuno. Cuando te marchaste de Wulfmunda dejaste de ser aquel hombre, elegiste el camino de una nueva vida, y toda la felicidad está a tu alcance. La familia de Segest te quiere, y el propio Segest te aprecia tanto como a sus hijos, y quiere satisfacer el deseo de su hija, que no es otro sino casarse contigo.

El rostro de Armin se iluminó orgullosa y triunfalmente.

—El ejército de Roma te reconocerá como un amigo, y así podrás heredar la confianza depositada por los romanos en Segest, y con ello lo que la vida de Thusnelda significa, porque ella no es sólo una mujer, es la hija de su padre.

—Pero las mujeres en Germania pueden casarse con quien quieran. Deben oír la opinión del padre, pero el consejo de la aldea puede decidir por encima de las decisiones del padre y de la madre, si a la vista de la situación todo apunta a que una razón más poderosa está de parte de los novios.

—Armin, Segest no es Germania. Las costumbres romanas se imponen en esta orilla del Rhenus. El padre controla el matrimonio de sus hijos.

—Como Augusto...

—No sigas por ese sendero, porque sólo conduce a bosques tenebrosos... Imagínatelo ahora, ¿a qué puede llevar esa actitud?

Todos te considerarán un desagradecido, la familia entera, de la misma opinión que él, te repudiará, y todo el camino que has andado se quedará bajo las aguas de la crecida, que barrerá tu rastro de estos lados... pero espera, piensa y escúchame. Te dije hace tiempo que debías usar la cabeza, sólo eso puede salvarte. Has aprendido muchas cosas, y en parte por eso debes escucharme hasta el final. Eres tan impaciente...

»Yo te sugiero que, como hombre agradecido, aceptes el camino de la prueba que Segest te propone, que ingreses en los campamentos de Colonia y que allí, junto a los hijos de Segest, te pongas al mando de los auxiliares que te digan, que aprendas de

Roma... ¿Qué hay en ello de malo? Vas a saber cómo se organiza su ejército, y eso sólo puede volverte más y más fuerte. Eres un excelente guerrero, pero nunca podrías comandar grandes movimientos de tropas. Así estarás preparado para gobernar junto a los hermanos de Thusnelda en Siga, serás un experimentado hombre de guerra, aprenderás del mundo antes de volver, y Segest no podrá negarte la mano de su hija. Eso te lo aseguro. Lo ha jurado solemnemente. Si regresas victorioso del ejército de Roma serás el esposo de Thusnelda. Tan sencillo como eso. ¿Y qué temes? ¿Qué podrá detenerte al frente de los *auxilia?* Precisamente porque eres hijo de quien eres sé que es imposible que falles, volverás con honores...

Las palabras de Ingomer se deslizaban en sus oídos como un torrente inacabable, y todo cuanto decía tenía sentido... Pero Armin recordaba ahora la lucha de su padre, las heridas, los combates en Mœnus, cuando lo acompañó hasta aquel incendio nocturno en el oeste, y la batalla contra Sentio Saturnio. Sus dos hijos acabarían en el ejército de su enemigo.

—En tal caso nos casaremos antes de marcharme a Colonia —le interrumpió de pronto Armin, sin mirar a su tío a los ojos.

—Eso sólo podrá ocurrir si Segest lo consiente, y no se ha referido a vosotros en esos términos. Armin, no creo que consienta el matrimonio antes de que hayas pasado la prueba.

—¡La prueba! —estalló de pronto el querusco. —¿Qué prueba tenemos que pasar nosotros que nos amamos desde el día en el que nos vimos? ¿Por qué tengo que pasar una prueba? No quiero esa prueba. No la he elegido...

—Los hombres no eligen las pruebas en este mundo en el que vives. Son las pruebas las que los eligen a ellos. No sé cuál es el hilo de tu destino, sólo puedo decirte que te aconsejo honradamente, y que intercedo por tu bien una y otra vez, que quiero que consigas lo que deseas, porque nadie mejor que yo sabe cómo os miráis tú y Thusnelda y que separaros sería un ultraje y una ruina de consecuencias insospechadas, pero...

Armin dio una patada al montón de brasas, que saltaron por los aires, brillando al cortar el viento.

—Reflexiona cuanto te digo y te darás cuenta de que llevo las presas a tu trampa, y ésta es una presa difícil. Las circunstancias están por encima de los hombres, y deben someterse a ellas...

—Hablas como un sabio romano —escupió Armin con desprecio.

—Hablo como lo que soy: un hombre enterado de las dificultades porque ha pasado por ellas.

—Lo pensaré —murmuró Armin, y por primera vez en su vida abandonó a Ingomer sin mirarle a la cara. Aquello era una falta grave según los antiguos códigos, pero le dio igual. En ese momento sólo tenía ganas de despedazar a su tío y de echar los pedazos al Rhenus.

La noche había avanzado. Las horas pasaron lentamente. Las luces se apagaron en las laderas de la colina. Hacía rato que las nubes del norte se habían abierto, y la luna había emergido. Su blanca palidez, envuelta en un cielo azul y profundo, iluminaba de nuevo el mundo. Su resplandor caminaba dejando huellas argénteas por las olas del Rhenus. La silueta del palacete de Segest se recortaba contra el cielo como una silueta negra y picuda. Los vapores tormentosos se desplazaban a lo largo del horizonte del sur, como la marcha fúnebre de algún dios caído en desgracia. Armin recordó los gigantes de los que le hablaba Cerunno. Imaginó docenas de gigantes que se encaminaban ominosamente hacia el fin del mundo, en busca de la guerra total en la que todos los Ases se unirían para vencer o sucumbir de una vez por todas.

Al fin vio la señal en una de las casas bajas que rodeaban el palacete de Segest. Gateando, se arrastró hacia una de las ventanas inferiores que se abrían en el muro de la casa de piedra. Poco después, una puerta gruñía levemente en las tinieblas, y Thusnelda aparecía envuelta en un manto oscuro. Huyeron en las tinieblas

hacia el pie de la colina. La luna se ocultó detrás de unos vapores caliginosos. Al fin encontraron el ansiado remanso bajo unos árboles, a orillas del Río Grande. La luna volvió a refulgir. Armin contempló el hermoso rostro, la pálida frescura en la que ya no podían verse los sonrojados carrillos. Sus cabellos, sueltos, eran como una sedosa tela que la brisa reunía y deshacía a su antojo. No podía imaginar nada más hermoso en el mundo que ella.

De pronto se dio cuenta de que sus pensamientos empezaban a ser demasiado evidentes. Thusnelda leyó la preocupación en el rostro de Armin, y pasó su mano lentamente por la mejilla del amante, con el semblante tan serio como el suyo.

—He hablado con Ingomer, y debo marchar a Colonia.

Thusnelda frunció el ceño.

—Sí. Tu padre desea que mi amistad con los romanos quede fortalecida, pues sólo así puedo ser digno esposo de su hija.

Thusnelda miró al suelo y se sentó. Armin descendió junto a ella. Era consciente del dolor que le causaba la decisión de su padre, y no sabía en qué medida ella se daba cuenta de todo.

Armin siguió:

—No podemos casarnos antes de marcharme.

Los ojos de Thusnelda se alzaron y quedaron clavados en Armin, desafiantemente. Luego parecieron ser vencidos por una resignada melancolía.

—¿Y si nos casásemos? ¿Qué pasaría si lo hiciésemos?

—Todos se me echarían encima, y los que hoy son como hermanos se convertirían en una jauría de lobos que me acosaría sin descanso. Me cuesta creerlo, estoy otra vez sintiendo esa ira... esa ira inmensa que sentí hace años.

—De nada sirve la ira cuando el mundo va en tu contra.

Armin sintió que podría perderla, e instintivamente la rodeó con sus brazos y la apretó como si fuera parte de su propio cuerpo.

Lo mismo hizo ella, que lo besó y hundió sus dedos en los greñosos cabellos.

—¿Qué hacer entonces? Dime qué es lo que debo hacer, y lo haré —dijo Armin.

—No sé nada...

—Sólo tú puedes saberlo, porque la decisión para nosotros debe ser la tuya. Si me pides que huyamos esta misma noche me marcharé contigo a caballo y no nos verán nunca más. Si me pides que parta hacia Colonia y sirva en los ejércitos de Augusto, así lo haré, por más que repudie a esos romanos, sólo pensaré en tu vida y en la mía, y todo me dará igual... Si quieres que nos casemos, nos casaremos antes de que nadie pueda impedirlo.

—¡Nos casaremos antes de que te marches, y volverás muy pronto! —exclamó ella con vehemencia.

—Nos casaremos.

—Pero antes déjame que persuada a mi padre, déjame que hable con él y con mis hermanos. Ellos aceptarán mi causa y me ayudarán —dijo Thusnelda, visiblemente agitada.

—No quiero que sufras por mi culpa.

—Sufro por ambos, Armin, y sufro por todo lo que hemos soñado. No sé por qué no nos pueden dejar ser felices, dejarnos en paz, yo no quiero nada de lo que posee mi padre.

—No debe oírte jamás decir eso. Se encolerizaría.

—¿Y a quién le importa su cólera? —los claros ojos de Thusnelda parecían brillar en la penumbra. Armin sabía que el temperamento la llevaría al enojo y que las lágrimas estarían asomándose a sus ojos, aunque jamás la había visto llorar salvo por causa de algún daño físico. —Si mi enfado no cuenta, entonces el suyo tampoco.

—¿No deseas esto, nada de lo que hay aquí?

—Nada, yo sólo quiero ser tu esposa, vivir feliz contigo en un lugar del mundo en el que nadie pueda impedírnoslo.

—Thusnelda, yo tampoco quiero nada de esto. Me van a obligar a pasar una prueba de fuego para ser digno de unas riquezas que ni tú ni yo queremos...

—Pero, ¿de qué serviría ver cómo mis hermanos te persiguen como lobos? Te considerarían el traidor de mí padre. Sólo me causaría mayor pena. Trataremos de resolverlo sin contrariarlos, pero sin entregarle todo lo que quiere.

Armin dejó caer su mirada apesadumbrada en las aguas del gran río, esperando que se sumergiese en las profundidades.

—Si así lo desea, tendremos que hacer todo lo que él pida. No estamos en posición de discutir con él.

Armin sintió que el torrente de su ira se había convertido en una melancólica pesadez de plomo que se inclinaba por encima de todos los impulsos de su alma. Nunca había experimentado que su corazón se volviese una carga.

Se volvió a Thusnelda y la abrazó. Su rostro buscó los labios del amante y lo besó con ansiedad y con un intenso deseo que jamás había experimentado. Y así, como dos formas que se unían en una, el ojo de la luna creyó que se trataba de una sola persona y descendió hasta el lecho de tormentas en el que se ocultaría. Thusnelda advirtió a Armin que su padre y sus hermanos habían sido dormidos tan profundamente gracias a las gotas de un potente bebedizo que escanciase en sus últimas bebidas, pero que la fuerza del mismo no duraría cuando la luna se ocultase, tal y como le había referido una de las madres del *Thing* de Siga.

Armin la acompañó en las tinieblas hasta la casa paterna. Allí ella desapareció en las sombras de sus aposentos, y él se marchó en busca de un lugar en el que esperar a que el sol regresase. Mientras trascurría la hora más negra, Armin deambulaba por los campos. Escuchaba el ajetreo de las alimañas noctivagas. Los pasos lo llevaron colina arriba. Cuando quiso darse cuenta, se encontraba de nuevo frente a las poderosas rocas de los legendarios teutones. Y recordó que ellos vencieron a Roma.

Se acurrucó al pie de una de las moles, esperando a que el sol, surgiendo del helado horizonte, se asomase y disipase sus temores y dudas. Le pareció que el sueño se cernía sobre él sin que pudiese resistirse cuando dos puntos anaranjados se iluminaron y lo observaron desde la sombra. Eran dos ojos oblicuos y ambarinos. Armin recordó la mirada de Wulfmund, y no supo si se durmió o no pero, sin volver a verlos, el resplandor aureorojizo del sol lo espabiló poco después.

OceanofPDF.com

VII

IV D.C. SIGA

Los días pasaron y el verano llegó y reverdeció las orillas del Río Grande. La hierba crecía, los caballos galopaban, el viento era más cálido. La vida siguió así, como siempre había sido, y Armin trató de disfrutar de aquel tiempo indefinido que le separaba de su casi segura partida. Los ejercicios continuaron en la Colina de los Teutones, y las anchas aguas del Rhenus se volvieron más impetuosas, a medida que el hielo de las lejanas montañas de Rætia goteaba por las escarpadas laderas en las que los helvecios criaban sus bueyes. Los Vanes bendecían las tierras de Segest con abundantes cosechas. Los campos, como largas tiras de oro, ondulaban al pie de las colinas boscosas, y Armin los veía extenderse hacia el horizonte a lo largo de las orillas. Parecía que las mismas ondulaciones que recorrían la superficie del Río Grande se agitaban por encima de la tierra, en el mar dorado de los campos de cereales. Alfmund decía que eran los espíritus del verano, las hijas de los Vanes, que dejaban sus huellas mientras recorrían el mundo en busca de sus misteriosos amantes. Los árboles dejaron de echar flores y de esparcir semillas. Las poderosas ramas de las encinas, los altos troncos de las hayas y los alerces, se cubrieron de hojas verdes y grises, y los pájaros llenaban el cielo con ruidosas bandadas que iban en busca del norte en la única época del año que les resultaba favorable. Armin recorrió las florestas en busca del

pájaro con el que Thusnelda soñaba. Era el Pájaro Hercynia. Las madres del consejo decían que el Pájaro Hercynia sólo podían verlo las mujeres enamoradas. Thusnelda reconocía que soñaba con aquel pequeño y encantador pajarillo, y estaba seguro de que si Armin lo encontraba él lograría entender su canto, y que lo guiaría hasta un círculo de fuego en el que ella misma yacía dormida. Todo era tan extraño como mágico, y Armin hizo uso de algunas horas más allá del mediodía, cuando los ejercicios de guerra no tenían lugar, para recorrer los agrestes parajes de las colinas de alrededor en busca del canto de aquel pájaro mágico. Varias noches pernoctó en las tinieblas esperando escucharlo al amanecer, pues también se decía que el Pájaro Hercynia era el único cuyo plumaje brillaba en la oscuridad.

El ave de los sueños no apareció, pero Armin disfrutó tratando de hallarlo para ella. Sin embargo, y a diferencia de los muchos presentes en oro que le hizo, extraídos de su propio filón en la caverna río arriba y forjados por sus hábiles manos de herrero, aquella ave estaba fuera de sus posibilidades, y al final se conformó con forjar para ella un pesado pajarillo de oro al que le incrustaron delicados ojos de ámbar.

Segest estuvo ocupado con los asuntos del verano. Los romanos hacían gran acopio de provisiones en aquella época, y Armin habría jurado que compraron mucho más de lo habitual. No habría sabido si aquella tendencia había sido un hecho generalizado, o si fue un incremento en las inversiones que se hicieron en los productos de Segest, pero lo cierto es que Roma se volvía cada día más poderosa en la orilla izquierda del Rhenus, y que sus numerosas rutas fortificadas, fruto de las campañas de Drusus, se mantenía en el país de los sugámbrios, abriendo una brecha en el pecho de Germania Interior, que parecía garantizarles la seguridad de las fronteras septentrionales.

Segest trataba a Armin con la naturalidad de siempre, aunque Armin habría jurado que se había distanciado más de lo que era ya

habitual en él. Siempre le pareció que no aprobaba la elección de su hija, pero en los últimos tiempos parecía culparlo a él de todo. Thusnelda se mostraba serena, pero algo en la familia de Segest le llevaba a Armin a pensar que la situación se había modificado, y que esperaban impacientemente una respuesta de él. Y no era precisamente la petición de la mano de su hija. La joya de Segest parecía engarzada en la corona de oro del rico y próspero jefe querusco. Segest no podía evitar haber desarrollado un punto de vista muy al estilo de los romanos de lo que debía ser una mujer, y Armin sospechaba que pretendía granjearse una buena alianza con Roma al modo en que las grandes familias lo hacían en la capital del mundo.

Una tarde, Armin martillaba en la fragua con el recio Alfmund. Su compañero forjaba sin pausa la hoja de una espada sobre una bigornia, pero Armin se detuvo, preparando como estaba un pesado crisol de cobre, e interrogó al amigo.

—¿Crees que Segest quiere casar a su hija con un romano?

Alfmund se detuvo en el acto dejando caer el martillo, y se echó a reír.

El querusco lo miró indignado. No era una broma, sino una pregunta hecha a un amigo. Como viera que Alfmund no cesaba de reír, Armin volvió al crisol y lo depositó entre la llamas con gran esfuerzo. Las venas de su cuello se hinchaban y su espalda se cerraba como un armazón de argollas musculares. Aunque bastante alto y nada encorvado, Armin no era excesivamente ancho ni corpulento, pero disponía de una fibrosa y ágil fortaleza que durante un pesado esfuerzo tendía a hincharse y a volverse más poderosa de lo que cualquiera pudiese sospechar. Imaginaba que aquello era consecuencia de su carácter: era la cólera, que fluía por sus venas, aunque con el paso de los agradables años en Siga se hubiese calmado, la que amenazaba en cualquier momento con arder y convertir a aquel hombre en un explosivo manojo de nervios.

—No me creo que puedas llegar a pensar esas cosas —sentenció al fin Alfmund. —Si fuese así no te dejaría entrar en su propia casa, como es el caso desde hace años.

—Sabe que si me expulsase en este momento —dijo Armin sacudiendo el fuelle con furia— sólo conseguiría dañar a su propia hija, y eso no lo hará. A veces pienso que espera a que me marche para hacer algo que nadie sospecha —de pronto clavó los ojos en Alfmund, y éste hacía mucho tiempo que no veía esa mirada en el rostro de Armin, despiadada y feroz como la de un animal salvaje — y por eso he pensado que sólo mis amigos podrán ayudarme. Tengo un plan.

—Cómo no... Siempre tienes un plan. ¿De qué se trata esta vez? —preguntó Alfmund, mesándose la barba y sentándose en un tocón de fresno.

Armin dio unos pasos hacia el amigo y se detuvo.

—Necesito poder confiar en vosotros, mis amigos, y que me hagáis saber lo que sucede, si acaso sucede algo que vaya en contra de Armin.

—Por mi parte puedes estar seguro de que te avisaré. Segest no sabe hasta dónde puedo llegar, y no quiero que case a Thusnelda con un romano. Pero romano o no romano, te avisaré si Segest planea destruir vuestra alianza.

Armin le tendió el brazo a su amigo, y éste lo aferró con su ennegrecida manaza.

Una mañana, tal y como había sido anunciado, se esperaba la llegada de un importante cargo del ejército romano que adquiriría gran cantidad de las mercancías de Segest para sus unidades en Colonia.

El personaje estaba especialmente interesado en los viñedos de Segest, que éste llevaba adelante con la ayuda de unos romanos que se habían establecido a las afueras de la ciudad. Sólo ellos sabían cómo podar aquellas plantas, en qué momento debía retirarse el

fruto y cómo debía tratarse para poder ser convertido en vino blanco.

Se llamaba Veleius Paterculus.

Armin fue invitado a la solemne ocasión. Segest pidió a sus hijos y sobrinos que se armasen a la manera de los germanos, pues quería demostrar a los romanos cómo era su guardia personal, y de qué eran capaces los que salvaguardaban sus terrenos y su casa, en la que, además, los romanos serían recibidos con la máxima amabilidad de la que él era capaz, y era un hábil conversador.

El puente, no demasiado distante y vigilado a ambos lados por dos campamentos con una nutrida guarnición formada por media cohorte, ofreció paso a dos cohortes enteras de excelentes legionarios. Caminaban erguidos. Recorrieron el camino junto a la orilla, a lo largo de los campos dorados. Su estandarte era un *imago* de Augusto, y el dios—hombre de Roma encabezaba la comitiva. Veleius Paterculus cabalgaba sobre un caballo ocre rodeado de varios oficiales y centuriones de empenachados cascos. Solemnemente treparon la colina. Las cohortes se detuvieron al pie de la misma y allí se quedaron como dos rectángulos de metal.

Cuando Armin vio aquel rostro quedó impresionado por su aspecto marmóreo. Iba afeitado, como los jóvenes queruscos, aunque el romano no era joven. A Armin le pareció que tras la afilada mirada había un hombre poco sanguinario. No era como todos los arrogantes oficiales y centuriones que malvivían en los campamentos de la frontera. Parecía pertenecer a un mundo más tranquilo y en sus ojos apareció, a medida que se aproximaba al jefe germano, un gesto de complacencia y de sencillez. La cabeza de escasos cabellos, el perfil seco, los nervios que se agitaban en su cuello por encima de la coraza de bronce, en la que aparecía repujada la cabeza de un león, la forma como sujetaba sus pulgares hundiéndolos detrás del *cingulum*, del que pendía un faldellín acorazado con tiras de escamas metálicas, todo ello mostraba a un inteligente militar de Roma como Armin no lo había visto nunca.

—Mi amado Segestus —dijo el romano abrazando al *fürst*.

—Veleius Paterculus, puedes creer que eres bien recibido en mi casa. Ve a mis hijos y sobrinos, todos están aquí sólo para protegerte y para admirarte.

Veleius recorrió las filas de germanos y sonrió amablemente.

—Son bravos hombres los tuyos, Segestus. Me alegro de que nuestra relación sea tan buena. No me gustaría tener que enfrentarme a ellos.

—Entra en mi hogar, Veleius Paterculus, y disfruta de cuanto poseo.

Ambos líderes entraron en el gran salón de la morada. El fuego ardía a pesar de ser verano, y en él se tostaban unos pedazos de carne. Segest sabía que los romanos gustaban de la carne de los germanos a la manera como estos la preparaban, siempre y cuando estuviese bien condimentada, y Segest no había escatimado esfuerzos para lograr satisfacer a sus invitados.

Allí, en pie, Segest dejó que Thusnelda apareciese.

Parecía una auténtica diosa. Llevaba los cabellos sueltos, y su rostro era serio y miraba al suelo, evitando los ojos de los extranjeros.

—Deja que te presente a mi hija. Su nombre es Thusnelda.

Veleius pareció visiblemente impresionado, pero las mejillas de Thusnelda no enrojecieron, y permanecieron tan gélidas como las de una escultura. Armin conocía a su amada, y sabía lo que sentía en un momento como aquél. Segest disfrutaba demasiado exhibiéndola en los últimos meses.

—Es la joven más hermosa que he visto en mucho tiempo. Las ubias no son ni de lejos tan hermosas como las bellezas que a veces aparecen en estas orillas. Y tu hija, Segestus, es una joya.

Segest sonrió detrás de su barba amarilla, y pareció acariciarse la pesada cadena de oro de manera instintiva.

Veleius se fijó en ella y le habló:

—¿Sería demasiado pedir que me mirase a los ojos esta mujer, sólo un instante?

Thusnelda miró a su padre un momento, y leyó el deseo de éste en la sonrisa confiada de sus labios.

Entonces lo ojos de Thusnelda se alzaron, y los avellanados cristales de esmeralda que se sumergían en su alma cayeron sobre los ojos de Veleius, iluminándolo.

—No hay piedra alguna en la India que pueda rivalizar con esa mirada.

OceanofPDF.com

VIII

IV D.C. SIGA

El verde de las profundidades se extendía como un pozo sin fondo. Armin se sumergió en las aguas del Rhenus y, dejándose arrastrar por la corriente, trató de alcanzar el lecho del río, que en aquella parte de la orilla era muy hondo debido a que las grandes rocas de una escollera se sumergían a pico en el cauce, causando un gran desnivel. El sol del verano ardía arriba como una antorcha de oro envuelta por bacantes de glaucos destellos. Por fin asió un matojo de plantas y vio, borrosamente, los grandes troncos abandonados en medio de los torrentes, las algas que pendían como estandartes desgarrados, las piedras musgosas, los quebradizos bancos de peces, y mientras el aire se enrarecía en sus pulmones y se aproximaba a la superficie, imaginó que aquella luz verde eran los ojos de Thusnelda, y que cuando nadaba en el Rhenus se hundía en la ignota profundidad de su mirada.

Cuando rompió la superficie del agua y aspiró aire, contempló el cielo azul, unas nubes dispersas, y vio que ella corría por la orilla, persiguiéndolo mientras la corriente lo arrastraba para llevárselo consigo. Armin nadó hacia la orilla y salió trepando por las rocas, sin soltar el matojo de plantas.

—¡Ya pensaba que te habías ahogado!

—Aquí están, Thusnelda —dijo, tendiéndole las plantas acuáticas.

Las otras mujeres esperaban río arriba. Las ancianas pedían a los jóvenes, en verano, que buceasen en el cauce del río en busca de ciertas plantas que requerían para sus bebedizos y remedios curanderos. Algunas algas del fondo eran especialmente apreciadas. Se ponían a secar en un rincón que las madres de la aldea tenían en la sala del *Thing*, y tiempo después se molían hojas y hebras hasta reducirlas a un polvo que servía a sus mágicos fines.

Armin se secaba al sol, y Thusnelda lo observaba risueña. Éste se calzó las botas, la tomó de la mano y la arrastró hasta la orilla. Una vez allí, sin que ella opusiese resistencia alguna, Armin la besó encerrándola entre sus poderosos brazos, y fueron uno en la mañana de Germania, en los tiempos en los que Armin el Querusco fue un hombre libre.

No muy lejos, en las colinas, el viento acariciaba los cabellos de Segest que, montado a la grupa de un caballo blanco, había salido a contemplar sus campos. Miró la pareja con serio semblante. La barba amarilla, ligeramente torcida por el soplo del aire, fue mesada por los dedos, en los que brillaban pesados anillos de oro, y allí se quedó, mirando el beso de su hija, pensativo y ajeno al mundo. Vio cómo la pareja se alejaba hacia el grupo de muchachas; allí estaban presentes dos de sus hijos, y se dio cuenta de que éstos eran conscientes de cuanto su hija sentía por Armin.

—¿Qué hacer con el hijo querido que es el marido indeseado?

Segest se volvió con su caballo, y galopó hacia Siga.

Por la tarde las nubes se acumularon formando una masa oscura y densa, y los campos de Siga se volvieron grises. La lluvia susurraba en la hierba, y Armin caminaba indiferente hacia la fragua de los herreros.

Una vez allí, la luz de llamas de su interior lo iluminó. El ardor de una gran hoguera reverberaba en las vigas ennegrecidas

que partían de las parhileras del tejado. Las chipas ascendían creando un ardiente torbellino que se trocaba en sombras humeantes antes de desaparecer por la ancha abertura del centro, protegida de la lluvia gracias a un sobretecho alrededor del cual el humo podía escapar por las ranuras laterales.

En Armin se había afianzado la idea, en gran medida contra su verdadera voluntad, de que tendría que partir hacia Colonia con los hermanos de Thusnelda. Mientras viviese en los territorios de Segest, la prueba de amistad con Roma parecía ineludible, pues no habría libertad *contra* Roma, sino un buen intercambio *con* ella, y que esa era la mejor forma de estar a buenas con los romanos desde la casta dominante de los jefes germanos. Los romanos sólo parecían querer expandir sus relaciones comerciales. Pero, ¿y los esclavos? ¿Y las violaciones? ¿Y el expolio de las legiones en las aldeas perdidas de Germania Interior? Eso no debía ya importar al fronterizo Segest, que viajaba de cuando en cuando hasta la lejana *oppidum* gala de Lutecia y volvía con carros cargados de nuevos lujos romanos, vinos excelentes, cerámicas traídas desde Apulia, telas de Serica. Todo eso no interesaba a Armin, pero las circunstancias se imponían como la argolla al cuello del reo. Si lograba escapar al ejército romano y conquistar ciertos honores en poco tiempo, podría volver y obtener legítimamente la mano de Thusnelda, o simplemente marcharse con ella al norte, hacia Wulfmunda, donde nadie los perseguiría, y en última instancia podrían partir en busca del refugio del *kuninc* de los sajones. Sabía que Guntram estaba vivo, que era un rey en el lejano norte, y conservaba el anillo de la amistad, con la gran piedra roja engastada, que le abriría las puertas de sus fronteras y le permitiría el paso hacia Scandia si era necesario, en busca de la misteriosa isla de Thule, donde al fin encontraría el lugar en el que establecerse con Thusnelda.

Los fuelles eran sacudidos enérgicamente. El aire ardía alrededor de la fragua. Los martillos resonaban. Las cabezas de hierro golpeaban y las chispas saltaban. Varios hombres pesados cubiertos con parachispas de cuero forjaban largas hojas de espadas

y umbos de metal que reforzarían el centro de los nuevos escudos de combate. Los herreros preparaban algunas de las armas que portarían aquellos que se marchaban a Colonia. Y Armin había venido para forjarse una nueva espada. Hacía tiempo que la suya estaba algo mellada. No era de gran calidad, pero para los ejercicios bastaba. Recordaba el relampagueo de *Zankrist*, la legendaria espada de Wulfmund, fundador del clan de los lobos negros... Qué lejos estaba aquella legendaria gloria de él. Todo parecía envuelto por una neblina mística, y el recuerdo del arma de su padre y de su abuelo le produjo un extraño acceso de melancolía. Ahora él se forjaba una espada nueva y joven, para ir a luchar mano a mano con los enemigos de sus ancestros. Supuso que después de todo ya no era quien fuera, y que la nueva vida continuaba y lo arrastraba hacia la felicidad que había soñado tiempo atrás. Volvió a persuadirse de que el camino que había escogido estaba por encima de la voluntad de sus ancestros y de Cerunno, y que había demostrado que podía *escoger* su camino, reconociendo lo que realmente quería, y él quería a Thusnelda, y estar lejos de los horrores que había vivido en la infancia. Lejos del pudridero que era la vida cuando desaparecía la flor de los pantanos que ella le entregara en el entierro de su padre, y que él siempre llevaba consigo, envuelta en un paño de tosca tela.

Invocó a Wulfmund, escogió el metal y las limaduras de hierro, y Alfmund le ayudó a preparar el crisol. El molde de una hoja extraordinariamente larga para su altura fue dispuesto y cerrado. Alfmund vigiló el ardiente soplo del fuego, mientras los ayudantes sacudían los fuelles. El abrasador líquido fue vertido en el largo molde, y el agua de una herrada se elevó en penachos fantasmales cuando éste fue sumergido en la misma. Acto seguido Armin extrajo la pieza. Allmund le procuró los baños de carbón, buscando el secreto temple que convertiría la hoja en un acero duro y a la vez elástico. El martillo de Armin resonaba con furia. La hoja se volvía lisa y dos aguas caían desde su centro hacia los filos. No supo cuántas horas pasaron, mientras la noche caía. La mayoría abandonó la fragua, dejando algunas piezas repujadas para el día

siguiente, pero los brazos de Armin se tensaban una y otra vez y el martillo resonaba en la oscuridad de la noche. Alfmund le ayudaba mientras preparaba la hoja de un puñal y varias puntas de *gæso*. Las llamas decrecieron, y el gran brasero de la fragua fue la única fuente de luz, iluminando sus cuerpos desde abajo. Al fin la resplandeciente hoja fue afianzada en la empuñadura, donde se engastó la pieza transversal, y los hilos de acero se trenzaron alrededor, y encima de ellos las tiras de piel de ciervo envolvieron la empuñadura en cuyo extremo brillaba un ojo de ámbar. Armin recordó los ojos del hombre—lobo, y pensó que no podía menos que recordar su origen en el arma que protegería su vida.

Al fin, bañado por el sudor, que le caía por la frente y por la espalda con negros arroyuelos, su cuerpo se tensó y alzó el arma, empuñándola a dos manos.

—¡La espada de Roma! —gritó lleno de entusiasmo. La hoja resplandecía al menor movimiento.

Al día siguiente no dejó de llover desde el momento en que se suponía el sol debía emerger del horizonte. Después de unas horas en las que la llovizna se convirtió en un persistente aguacero, los fucilazos blanquecinos iluminaron el paisaje fugazmente, y el paso de los truenos recordó a Armin las historias de gigantes que Cerunno solía contarle en los días lluviosos.

Armin sabía que Segest estaba de viaje, de modo que montó a la grupa de *Sleipner* y cabalgó bajo la lluvia hasta las casas que rodeaban el palacete. Allí el golpe de una piedra en la ventana avisó a Thusnelda, que se despidió de su hermano y de unas amigas, quienes no tardaron en recriminarla por hacer aquella locura. Pero ella, ayudándose del brazo de Armin, montó tras él y ambos se rieron, mientras *Sleipner* los conducía hacia ninguna parte. Al cabo de un rato llegaron a los bosques que crecían al pie de las lomas. Allí Armin siguió un sendero, hasta que se detuvo junto a unas rocas antiguas. Formaban un *dolmen*, y ambos se sentaron debajo. No había pasado mucho tiempo entre risas y absurdas diversiones

de enamorados, cuando la lluvia dejó de repiquetear en la techumbre del bosque. Volvieron a montar sobre *Sleipner* y galoparon hacia la cima de las colinas.

Una vez fuera de los bosques, *Sleipner* avanzó con fuerza hacia delante, y crestearon las cimas que se asomaban sobre el Rhenus hasta alcanzar la más alta de la región, a la derecha de la desembocadura del río Siga. Desde allí podían ver la larga y ancha serpiente del Río Grande, que se retorcía entre espumas y rizos grises en busca del oeste. El sol, brumoso y dorado, se asomó por debajo del techo de nubes. Cuando la luz empezaba a iluminarlos, Armin y Thusnelda jugaron a imaginar que nada de lo que había pasado en las últimas semanas había sido cierto, que su padre nunca volvería, y que aquel atardecer de libertad duraría toda la vida.

—He forjado una nueva espada.

—¿Y cómo se llama?

—Thusnelda.

La joven se rió con ganas y golpeó cariñosamente el hombro de Armin.

—Tonto... ¿y para qué la quieres?

—¿A la espada o a Thusnelda?

—¿No son lo mismo ambas cosas?

—Pues...

—¡Sí!

—Las quiero para sobrevivir a Roma.

Los ojos de Thusnelda se entornaron y miraron el horizonte. Su semblante dejó de sonreír al instante y pareció ausentarse de pronto.

—O voy a Colonia o nos marchamos al norte, lo que tú elijas —sentenció Armin, contrariado.

Thusnelda se volvió enojada.

—¿Y por qué tengo que elegir yo? Siempre me dejas a mí las elecciones más difíciles.

—Eso no es verdad. Si por mí fuese... —Armin se interrumpió.

—Bueno, habla, si por ti fuese, ¿qué?

—Si por mí fuese hace semanas que nos habríamos marchado, habríamos desaparecido en el norte.

—Sabes que no es tan sencillo, mi padre movería cielo y tierra y hasta Wulfmunda hay muchas millas de camino. Sabes que movilizaría a los romanos...

—Entonces no sé para qué me preguntas. Quieres que hagamos lo que tú quieres, pero no quieres darte cuenta de que es lo que tú quieres, porque no quieres cargar con toda la responsabilidad. Temes que me pase algo en el ejército, puede que no vuelva, y entonces preferirás pensar que fue una decisión de los dos. Y lo es, pero la opción de elegir es tuya.

Thusnelda se acurrucó bajo el brazo de Armin. Sabía que eso neutralizaba su enfado, y siempre que éste se alteraba sólo tenía que abrazarse a su cuerpo para hacerle sentir aquello, y entonces todo cambiaba.

—Sólo quiero lo mejor para todos.

—Yo soy más egoísta: sólo quiero lo mejor para *nosotros.*

—Pero no te das cuenta con toda tu buena voluntad de que si buscamos únicamente nuestra felicidad fracasaremos, porque en el camino causaremos daño a mis hermanos y a mi padre, y entonces tendremos problemas, y a fin de cuentas nosotros seremos los infelices.

—Por eso he pensado que lo mejor es que la decisión la tomes tú.

—Yo quiero que nos casemos aquí, en Siga, y que todo salga bien, y que mis hermanos gobiernen lo que mi padre ha obtenido, y

que nos dejen ser felices junto a ellos. Que sepan que no quieres nada de lo que les pertenece...

—En eso te equivocas —la interrumpió Armin. —Quiero algo que les pertenece y que valoran mucho. Su hermana y su hija.

—Y yo quiero que se olviden de mí, quiero que vean a nuestro hijo, y que entonces todos se olviden de Thusnelda. Quiero que Armin viva conmigo en una casa al pie de la colina, y que trabaje en la fragua y vaya de caza, y que los romanos pasen de largo, y que todos se olviden de nosotros.

—Eso sería lo mejor que nos podría pasar. Que todos se olviden de nosotros. Pero últimamente tu padre se acuerda demasiado. Veo cómo te exhibe ante los extranjeros, veo que quiere darte a conocer y de ninguna manera dejar que se olviden de que tiene una hermosa hija. Tengo la sensación de que quiere casarte con un romano. Temo más lo que pueda suceder en mi ausencia, que cuanto las campañas de los romanos puedan depararme en los campos de batalla.

—No creo que mi padre vaya a hacer algo así.

—Empiezo a sentir que no es justo en el trato. Si me promete a su hija a cambio de mi lealtad demostrada con Roma, ¿por qué te exhibe de esa manera?

Armin no continuó hablando, pero sus sospechas pronto se verían confirmadas.

OceanofPDF.com

IX

IV D.C. SIGA

Pocos días después, los adminículos de los guerreros de Siga estuvieron forjados, pulidos y afilados. Armin contemplaba su nueva espada, la espada de Roma. Le gustaba pensar que era el brazo que prestaría al Imperio, el acero que tributaba para lograr una esposa. Absurdo en esencia, pero tan cierto como el sol invencible que rodaba sobre las colinas cada día, hubiese o no nubes y tormentas. Segmund, el hijo mayor de Segest, ya había estado en las legiones. Hablaba de fabulosos combates, de hombres de todas las razas que se unían bajo las águilas de plata, de increíbles formaciones ecuestres, de caballos que Armin jamás había visto, traídos desde un sur distante. Y entonces la imaginación de Armin recorría los nombres de una tierra que ardía bajo el sol y en la que jamás se detenían las nubes. De desiertos, lugares donde el viento ululaba entre piedras desgastadas y montañas de arena y polvo, de una ciudad llamada Alejandría, de Egipto y del río que milagrosamente atravesaba las arenas, de Grecia, el lugar en el que unos seres superiores habían hecho posible el cálculo del agua. Grecia era la tierra de los misterios. Segmund les había hablado de hombres que se dedicaban a *pensar.* Armin trataba de imaginar cómo sería un largo día bajo el sol ardiente del sur, *pensando.* Sólo pensando... él que necesitaba sudar y unir el pulso de su sangre al movimiento del curso solar. Allí unos

hombres lograban calcular lo incalculable, y podían trazar un puente para pasar las aguas de un lugar a otro, desviar los ríos, desecar las ciénagas, extender caminos en línea recta que cubrían enormes distancias. Armin se imaginaba que todo resultaría nuevo, y su espíritu aventurero se regocijó en el ínterin al pensar que todo se serviría ante sus ojos. Segmund contaba además que en los grandes campamentos de Colonia los germanos eran entrenados en las tropas *auxilia*, donde tarde o temprano y según su rango y capacidad, se hacían cargo de los germanos enrolados en las legiones.

Había oportunidad de aprender, y al parecer las fronteras se hallaban en un buen momento, y no parecía haber grandes movimientos por el momento, ni anunciarse grandes guerras. Todo apuntaba a que Armin pasaría un período de entrenamientos en las legiones, recorrería algunos campamentos, y volvería a Siga en menos de un año.

Pocos días más tarde, la visita de Veleius Paterculus se repitió. Esta vez Segest no pidió la presencia de su guardia personal y aparentemente el motivo de la visita giraba en torno a las cantidades y la revisión de los cargamentos que sus cohortes debían llevar consigo. La presencia de Veleius despertó la ira de Armin. La reunión se prolongó hasta entrada la tarde. Durante aquel tiempo, Armin se reunió en el alto de la Colina de los Teutones, y alrededor del monumento ancestral incitó a muchos de los jóvenes a terribles juegos de guerra. Armin empezó a aullar como lo hacían los lobos queruscos antes de propinar terribles mandobles. Y no cejaba de mirar hacia la fortaleza de Segest, a orillas del Río Grande, a cuyo pie centelleaban las cohortes que acompañaban al mandatario romano. Imaginaba cómo Segest exhibía de nuevo a Thusnelda. Veía cómo la obligaba a mirar a los ojos a aquellos romanos, y le pedía que ayudase a servir algunas vituallas. Como los malditos romanos. La furia de Armin iba en aumento. Su acero demostraba ser duro y flexible. Sus peligrosos golpes rompían los escudos, y *Sleipner* temblaba excitado en medio de arremetidas, precipitadas

carreras. El enorme corcel negro, pura sangre y puro nervio, parecía tan iracundo como su amo. Al fin Armin se colgó la espada del tahalí a la espalda, y arremetió en una potente carrera colina abajo. Quienes lo siguieron con la mirada, sorprendidos, vieron cómo el caballo recorría el camino, furioso, trazaba un largo rodeo, y se precipitaba en los campos dorados de cereales. Eso era algo que Segest había prohibido terminantemente. No se podía galopar por esos campos, aunque fuese un gran placer para fogosos caballos. La silueta negra de *Sleipner* pisoteaba las vegas trazando una inmensa elipse.

Armin sentía el viento arrastrando su cabello, los ojos fijos en lo alto de la colina de Segest. Las cohortes centelleaban indolentes al sol de la tarde. *Sleipner* devoraba con sus patas el terreno y sus zancadas eran como el redoble de un tambor. Al fin Armin llegó a galope tendido junto a las cohortes. Los legionarios lo siguieron con la mirada al unísono, y algunos lo llamaron. Era un jinete magistral, y el caballo parecía poseer la fuerza indomable de una de las bestias de Diomedes, el legendario rey de Tracia del que se decía sólo alimentaba a sus caballos con carne humana. Armin coronó la colina y *Sleipner* pasó al trote rotando alrededor del palacete de Segest, relinchando sonoramente y cabeceando. Por fin se detuvieron a cierta distancia del núcleo de casas que rodeaba la gran morada del *herzog* de Siga, y Armin esperó.

Poco tiempo después, Veleius, acompañado de algunos romanos y de Segest, abandonaban la sala y salían al sendero que descendía serpeando por la loma. Veleius vio de pronto a Armin. Estaba erguido sobre el caballo, mirándolo fijamente. El sol de la tarde caía en el oeste y parecía coronar la figura del joven. El viento agitaba sus greñas. Segest descubrió a Armin y lo miró sorprendido. Después volvió a posar una mirada seria en él, la que siempre había empleado. Pero todo fue diferente aquel día. Armin miró fijamente a los ojos a Segest. Su entrecejo se frunció y sus cejas se volvieron aquilinas. Alzó las riendas y Sleipner relinchó, inquieto. Hombre y caballo parecían ser una sola cosa, un nórdico centauro salido de la leyenda. Dio un leve tirón cuando todos lo

romanos lo observaban, apretó las piernas; el caballo conocía la señal. La bestia, digna de Diomedes, relinchó y piafó orgullosamente, alzándose sobre las patas traseras, como si pretendiese saltar sobre ellos y aplastarlos. Amenazador, el imponente corcel obedecía con tal precisión que el rostro de Veleius esbozó una leve sonrisa. Creía comprender la situación. Segest continuaba conteniéndose. Quizá no se lo imaginaba, pero Armin ya había comprendido que ante todo Segest era un cobarde. Thusnelda abandonó la sala y salió al camino. Inmediatamente después, *Sleipner* avanzó unos pasos hacia el grupo. Armin no hizo gesto alguno. No movió una ceja ni pestañeó. Sus ojos ágiles pasaban de una a otra mirada rápidamente y con suprema indiferencia. La cruz de la espada asomaba sobre su hombro izquierdo, la punta sobresalía por detrás de la cintura, envuelta en la vaina de cuero. Cualquiera se daba cuenta de que era extraordinariamente larga incluso para aquel germano. Sólo un experto podía manejarse cómodamente con una cuchilla de esas dimensiones.

Thusnelda avanzó hasta *Sleipner*, acarició el lomo del animal, y Armin le prestó el brazo para que saltase tras él. Como una amazona, se abrazó a Armin. Los ojos de Segest evidenciaban una creciente ira, pero evitó palabra alguna, consciente de que sólo pondría de manifiesto su impotencia ante los romanos. Estaba seguro de que Armin no obedecería bajo ningún concepto. Comprendió, al ver aquella mirada, que el espíritu salvaje de los lobos queruscos dormía en el alma de aquel hombre, y rememoró su error.

Veleius se aproximó al caballo, alzando las manos confiadamente. Su sonrisa no se borró del rostro en ningún momento, a pesar de que Armin escrutaba sus ojos implacablemente.

—Un jinete excepcional, desde luego, o un caballo demasiado inteligente —dijo tranquilamente.

—O ambas cosas —dijo Armin, cortante.

—En tal caso querré verte en mis unidades de Colonia. No estoy dispuesto a que te desperdicien en infantería. El ejército de Roma necesita de los magníficos jinetes de los pueblos bárbaros...

—¡Qué raro que Roma necesite algo cuando parece tenerlo todo! —exclamó Armin en un latín incorrecto, forzando una amplia sonrisa.

—Todo el mundo sabe que un germano a caballo vale más que tres romanos a caballo... —afirmó Veleius pacientemente.

—Yo había oído que eran diez, pero se dicen demasiadas cosas —añadió Armin con suficiencia. Segest parecía helado por la ira que le producía la arrogancia del joven. Pero el acto de su hija le impedía cualquier intervención. —De cualquier modo, no tenga en cuenta las sandeces de un bárbaro, y cuente conmigo a caballo en Colonia. De cualquier modo, mi mujer también me había hablado elogiosamente de su amistad...

Segest parecía crispado, a punto de estallar.

Veleius miró a Segest como si quisiese interrogarlo con la mirada. El hombre volvió en sí y miró quedamente a Armin.

—Nada sabía de que Thusnelda fuera tu esposa —dijo al fin con cierta humildad. Armin recibió las palabras con gélido desprecio. —Pero has de saber que Veleius Paterculus es respetuoso con sus amigos, y que no se entromete en asuntos ajenos. No es su estilo, puedes creerme. Thusnelda, cuidaré de Armin en Colonia, como tributo a mi admiración por ti.

—Le agradecemos su comprensión —dijo Armin.

—¿Cuál es tu nombre, joven? —preguntó Veleius.

—Armin.

—Allí te llamaré *Arminius.* Te he respetado, así que respétame tú a mí.

Armin le dio la señal a *Sleipner*, y el caballo trotó colina abajo.

Segest permanecía como petrificado, observando a la pareja, que descendía y desaparecía de su campo de visión.

Veleius se volvió a Segest con gesto animoso. Era consciente ahora del uso que el germano hacía de su propia hija, en parte buscando mejorar sus negocios al tratar con él, pues sabía que Veleius se habría casado con ella de buen grado. Pero no debía haber emprendido ese camino si ella estaba casada con otro hombre.

—En adelante, no me ocultes nada, Segestus. Eso puede poner en peligro nuestra fructífera relación. No es a tu hija a la que culpo por tener hombre, sino a ti por habérmelo ocultado. —Los ojos del militar aguerrido se volvieron duros y amenazadores. —Ni una sola mentira más, Segestus. Séneca decía que los hombres se ofenden cuando se traiciona sus tesoros, pero cien veces más cuando se traicionan sus sentimientos. Por un tesoro se emprende un pleito, pero por el engaño de un sentimiento se emprende una guerra.

Segest permaneció mudo, inclinó la cabeza, y tomó la mano de Veleius. Se limitó a asentir con ojos de falsa contrición.

Aquella noche la cara blanca volvió a brillar alta sobre los campos. El torque de oro que Armin había forjado para Thusnelda parecía hecho de pálida plata. El resplandor de la luna rielaba sobre las anchas aguas del Rhenus. Thusnelda no regresaría a su hogar esa noche. Segest no había enviado partidas de guerreros en su busca, no se oía el bramido de los cuernos de caza. No había antorchas hormigueando en el llano. Una calma absoluta parecía reinar en Siga. La aldea comenzaba a dormir. Algunas luces, procedentes de fuegos que languidecían en los hogares, parpadeaban moribundas en los pequeños rectángulos de las ventanas. La hoguera de la fiesta, donde el *Thing* había celebrado la marcha de los guerreros hacia Colonia, bendiciendo su viaje, se apagaba, y sólo algunos gritos aislados recordaban que algunos habían bebido más cerveza de lo que debieran. Ebrios, habían iniciado una ruidosa pelea, que finalizó en jolgorio y risas.

Armin recordaba la estricta vigilancia de los cultos sociales en Wulfmunda. No se parecía en nada a Siga. La romanización permitía que todas las creencias ancestrales se aflojasen. Las mujeres del consejo no disponían de la fuerza de decisión. No había ningún sacerdote, como el legendario Cerunno, que vigilase la instrucción de los niños en los rituales de los dioses, que se ocupase de la formación del espíritu del guerrero. Y Segest se había convertido en un maestro en el arte de la falacia romana. Pero Armin se sintió satisfecho. Aquel día había demostrado que las enseñanzas de Cerunno le habían servido de mucho, y pensó que al menos Segest se había visto forzado a aceptar la decisión de Armin y de Thusnelda. Agradeció a todos los dioses que el maduro romano no fuese un caprichoso arrogante, como la mayoría de los oficiales de los alrededores, y pensó que trabar amistad con él era lo mejor que podía hacer al ingresar en las legiones de Colonia.

Durante toda la noche, Thusnelda habló poco. Parecía descontenta con el desenlace de la situación, y sentía lástima por su propio padre. La humillación a la que había sido sometido era algo que no le perdonaría jamás. Pero ya iba siendo hora de que dejase de jugar con ella.

La mañana los encontró abrazados debajo de las pieles de oso que Armin cargaba entre sus pertenencias de viaje. El sol se levantó y una niebla rodeaba la cumbre. El sol ardía como una mancha dorada y difusa a través de una espesa calina. Pero por debajo se arrastraba lentamente un manto de niebla del que brotaban fantasmales penachos de vapor. Emprendieron el viaje de regreso y llegaron al centro de Siga, donde los caballos de los que partirían hacia Colonia se habían reunido. Armin emergió de la niebla como un espectro. Desmontaron, y él fue en busca del resto de sus adminículos. Cuando volvió y todo estuvo cargado, hubo una larga despedida.

Al fin la comitiva desapareció en la bruma que clareaba, camino del puente donde una cohorte aguardaba para partir con

todos los germanos de aquellos valles que se dirigían a formar parte de las legiones de Colonia.

La imagen de Thusnelda se desvaneció detrás junto a muchas otras siluetas que les gritaban y que lloraban en silencio. Por primera vez la había visto llorar. Los ojos verdes de Thusnelda, que apenas había hablado en toda la noche, se vidriaron de dolor y Armin vio las lágrimas y los párpados enrojecidos. Jamás había llorado por ninguna persona, pues Armin la veía triste y seria cuando no reía desenfrenadamente o se burlaba de él. Pero aquella mañana Thusnelda lo despidió con ojos arrasados y llenos de lágrimas. No pudo contenerse y abrazó a Armin.

Ahora todo se había desvanecido. El sol hacía brillar la niebla por encima como si un telón de oro se tratase. Sus haces de rayos alancearon el cielo por doquier. El puente emergió sobre las aguas plateadas, cuya superficie se perdía en el vapor rosado como si se fundiese con ella.

La odisea de Armin había comenzado.

OceanofPDF.com

X

IV D.C. GALIA COMATA

Una calzada bien pavimentada recorría en línea recta, paralela al Rhenus, la frontera de Germania. En dirección al noroeste, la ruta conducía directamente hasta Colonia Agripina.

Había unas pocas docenas de germanos, hasta que la comitiva, encabezada por dos cohortes y sus oficiales, y seguida por jinetes germanos, se acercó al campamento de *Bonna*. Como era uno de los más grandes, representando el bastión que defendía a la gran ciudad de Colonia, los ubios habían levantado una ciudad a sus puertas. Las torres de vigilancia, apoyándose en largos estacones extraídos de los troncos de robustos árboles, se erguían en la niebla como gigantes con coronas de estacas. Allí Armin entendió que les aguardaba una gran comitiva. El número de germanos ascendía a varios cientos, y como muchos de ellos fueran a caballo, los oficiales decidieron fragmentar la partida. Armin entendía que el ejército no dejaba que se acercase ningún contingente de germanos de gran tamaño a la ciudad que en Roma llamaban «la joya del Rhenus». Colonia revestía una importancia estratégica de gran valor, y todas las precauciones parecían escasas cuando se trataba de aceptar la llegada de los soldados auxiliares de origen germano. Los grupos más numerosos tenían un aspecto feroz, y Armin no dudaba que se trataba de mercenarios procedentes de las tierras del este. Ingresaban en las legiones por aburrimiento, por desesperanza

y por dinero. Esa clase de hombres era lo suficientemente despiadada como para permitirse luchar contra su propia tierra sin sentir demasiados remordimientos, y Armin constató con alegría que el número no era demasiado elevado en comparación a la gran cantidad de tribus que poblaba Germania Interior. Otro caso lo representaban los hijos de los jefes cuyas poblaciones se hallaban en las orillas del Rhenus; Armin descubría grandes guerreros de mirada desconfiada, que a fin de cuentas iban a las legiones a obtener los salvoconductos que garantizaban el respeto de las actividades comerciales, y una no beligerancia frente a Roma. En el fondo no le gustó hallarse en aquella situación, a la par que experimentaba gran curiosidad por todo lo que acontecía alrededor.

Supuso que si continuaba observándolo todo de ese modo alguien lo tomaría por idiota, así que decidió disimular. Pero estaba firmemente decidido a no dejar que nada se le escapase. Todos los asuntos de los romanos eran del máximo interés, y su inquieto pensamiento se entretenía deshilvanando las razones por las que disponían las empalizadas y los campamentos en unos sitios y no en otros, cómo habían sido construidas las calzadas, qué extraños artilugios servían para trasladar el agua hasta inmensos establos entre las murallas de Bonna. Los galos también despertaron su atención. Muchos tenían los ojos grises, y ostentaban unos bigotes ridículos, o largas trenzas al modo de las mujeres germanas. Les gustaban una especie de pantalones estrechos y coloridos sobre los que lucían hermosas fíbulas de bronce. Armin reconocía que los germanos vestían con colores más oscuros, y casi todos ostentaban las pieles de los animales que cazaban de uno u otro modo en su atuendo. Sus escudos eran más grandes que los de los galos, aunque éstos también parecían acostumbrados a las espadas de hoja larga.

Se refugió entre los de Siga y mordisqueó unos pedazos de carne seca que traía envueltos en un paño. Los romanos ofrecieron una especie de caldo de legumbres y cereales que debía saber a rayos, y fue la primera razón por la que temió su futura vida en los campamentos de Colonia. Poco tiempo después una gran partida de germanos fue hacia su destino. Y al cabo de un par de horas

ociosas, se les dio permiso para continuar adelante. Como formaban un grupo de treinta, les ordenaron que se dividiesen en dos secciones y que viajasen solos a intervalo de una hora. Armin se incluyó en el primer grupo, y pronto perdió de vista las empalizadas de Bonna.

La tarde se volvió gris de nuevo, y la niebla no terminó de disiparse, cuando la calzada dio paso a un camino bien señalizado, pero sin empedrar. Armin no entendía la razón por la que aquella parte dejaba de estar pavimentada, pero *Sleipner* agradeció el cambio. La tierra húmeda se alargaba formando una cuna a través de un espeso bosque. Las lomas se arrugaban y vertían una selva que los legionarios no habían talado.

Armin admiró unas rocas enormes en un claro. Una de ellas se apoyaba sobre grandes bloques creando un tosco dolmen. El querusco no pudo menos que acordarse de Cerunno. Él era un druida ivernio. La gran odisea de su vida le había impresionado el día que la oyera, en las tinieblas de aquella caverna excavada en las entrañas de la Colina de Irminur. Sentía curiosidad por los dioses que veneraban los galos. Segmund, el hijo de Segest, se había adelantado en busca de un rastro. Unos ciervos parecían haber saltado hacia un claro.

—Nuestra última cacería —dijo azuzando a su caballo.

—¿La última? —inquirió Armin, dándole la señal a *Sleipner.* —Espero que sea una broma...

Algo extraño había pasado en apenas unos segundos. Un jinete se había interpuesto al paso de Segmund. Estaba frente a él montado a la grupa de un pesado caballo, a escasos pies de la inquieta cabalgadura del germano. Armin detuvo a *Sleipner.*

—Germanos —afirmó el personaje con extraño acento. Coronaba su cabeza con un yelmo plateado del que brotaban unas alas de alondra, rematado por un umbo en su centro. El pelo, grasiento, le colgaba en desordenadas greñas a ambos lados de la cabeza. Lucía una barba rala, sus ojos eran intensamente azules y

esbozaba la sonrisa burlona más propia de un demente que de un ladrón. Varios de los miembros de la compañía se habían acercado.

Los ojos del galo se posaron en la mirada franca e inquisitiva de Armin, a cuyo rostro se asomaba una leve y prudente sonrisa.

—¿Con quién se han encontrado los germanos? —inquirió Armin.

—Si los germanos cruzan el Rhenus, lo más fácil es que se encuentren con los galos —dijo con suficiencia el excéntrico personaje.

—Yo pensaba que era con los romanos... —dijo una voz por detrás.

—Es cierto, también hay algunos romanos, pero lo que más abunda son los galos —insistió el curioso interlocutor.

Armin se dio cuenta de que no debían poner de manifiesto que su tierra estaba bajo el dominio romano. Había demasiado orgullo oculto en aquellos ojos como para hostigarlo con burlas que procedían de bocas extranjeras.

—Dinos, amigo, ¿cuál es tu nombre y por qué hablas tan bien nuestra lengua? —preguntó Armin con una amplia sonrisa.

—Vigelicontórix, nieto de Vercingetórix... y cabalgué a menudo en Sugámbria, cuando había en ella más germanos y menos hijos de Drusus.

—Bueno —afirmó Segmund con una sonrisa— Vigelicomotellames, ese Vercingetorátix debía tener muchos nietos, a juzgar por las galas que lo veneraban...

Apenas las risas habían empezado a propagarse, cuando los ojos del galo se encendieron, empuñó un cuchillo, se lanzó con el caballo hacia delante y derribó a Segmund. Se quedó encima de aquél, y apoyó la punta de la hoja de acero en la nuez de su cuello. Un ligero empellón del galo, y el hijo de Segest moriría ensartado como un incauto sapo.

La voz del galo se arrastró como el siseo de una víbora, y sus ojos emitían el destello del odio:

—Nadie se mofa de Vitórix, ni de su abuelo Vercingetórix.

Las hojas de algunas espadas, incluida la de Armin, y las cabezas de las frámeas apuntaban al abdomen y la espalda del galo.

—No me importa morir —afirmó— si tengo una buena causa...

—Escucha, galo —dijo de pronto Armin, inclinándose, en un tono conciliador, y esbozó la sonrisa estúpida de sus mejores bromas—. Hablábamos de matar romanos y de las proezas de Vercingetórix... no te hace falta degollar a mi amigo.

Los ojos del germano se habían nublado sintiendo el acero rasgando su piel. El galo, Vitórix, continuaba clavando en el germano sus ojos enloquecidos con tal avidez, que el miedo a las espadas se disipó y las puntas que lo amenazaban fueron clavándose en sus costados.

—Vamos, galo, Vitórix, en mi patria había un druida, llamado Cerunno, que me contó la gesta de Vercingetórix. ¡Amo a Vercingetórix! ¡Era un héroe grande! —dijo Arminius, volviendo a sonreír, y se sintió tan estúpido como un borracho en un funeral. A su alrededor los rostros furiosos se tensaban. Las puntas estaban a punto de ensartar, degollar y sajar.

—¡Ya basta, idiotas! —exclamó de pronto Armin. —Apartad las espadas, este hombre se siente ofendido y nos lo ha demostrado, pero ya ha dejado claro que no quiere matar a nuestro compañero. No somos los mejores amigos de Roma, por Tutatis...

El galo clavó sus ojos acuosos en Armin con extraño afán al oír el nombre del dios galo de la guerra, y escudriñó el rostro del joven, que volvió a sonreír con astucia y socarronería.

—Vamos, Vitórix, ya basta. Mi amigo no volverá a gastar bromas sobre Vercingetórix, lo sé. Y en cuanto a ti, continuaremos viaje juntos hasta Colonia.

El ansioso galo empezó a reírse sin apartar la hoja del cuello de Segmund. De pronto interrumpió su amenaza y retiró el cuchillo, y actuó como si nada hubiese pasado.

—Aún falta un poco hasta llegar a Colonia.

Armin empujó los brazos de sus compañeros, pidiéndoles que apartasen sus armas.

—¿Cómo cuánto? —inquirió, procurando que la conversación no decayese.

—Al caer la noche estaréis a sus puertas. No encontraréis nada particular. Lobos y bandidos acostumbran asaltar el camino. Pero nos dejarán pasar. ¡Qué casualidad! Yo también voy a Colonia.

El galo azuzó a su caballo y emergió de las sombras. Entró en el camino y dejó que el jamelgo retozase alegremente. Los germanos parecían esperar una señal de Segmund para apresarlo. Los ojos de Armin captaron la intención; el hijo de Segest se sentía demasiado ofendido. En ese momento, Armin avanzó, se colocó a la par del galo y puso su mano sobre su hombro en señal de confianza. Deseaba salvarle la vida, y era una de esas cosas que hacía sin saber demasiado bien por qué.

—Escúchame, Vitórix, deseo saberlo todo sobre los dioses galos, así que empieza a hablar mientras nuestros caballos nos llevan a nuestro destino...

Ambos encabezaron la comitiva. Segmund pareció relajarse, y el resto se apartó confundido. De cualquier manera, Armin se había salido con la suya.

Poco tiempo después, el galo se sumergía en un mundo nuevo del que Armin sólo había oído fragmentos dispersos en los labios de Cerunno.

—El árbol sagrado de los galos no es el fresno, sino la encina. A su sombra los sagrados sacerdotes hacen sus sacrificios.

—Oí hablar de los Bosques de Arduenna —añadió Armin.

—¡Ah, el Arduenna, la selva de Tutatis! No hay extensión más grande de árboles en todas las Galias que la que cubre las colinas impenetrables del Arduenna. Se habla mucho de la escuela de los druidas que a sus sombras dedican las horas a sus ritos. Los romanos no han entrado en esas selvas. Forman una zona inconquistada en el sur de la Galia Bélgica.

—Cerunno, el hechicero de los lobos queruscos, era un druida de Ivernia.

El galo le lanzó una mirada incrédula, y empezó a reírse de manera tan ruidosa, que volvió a atraer la atención de todo el grupo.

Después pronunció una frase frunciendo el ceño y atusándose el bigote de una manera que a Armin ya le resultaba inconfundible:

—¿Los lobos queruscos?

—Sí... —Armin dudó. —Bien, estuve un tiempo en las aldeas de Querusquia, y conocí a los lobos queruscos. Soy un lobo querusco.

El galo miró a Armin con renovada admiración.

—Los queruscos. Feroces guerreros, enemigos de Roma... Pero de noche se transforman en lobos y pueden morder a sus compañeros —dijo como en un susurro arrastrado. —Yo oí hablar mucho en los fuegos nocturnos, alrededor de los cuales se reunían los legionarios y los auxiliares, acerca de un querusco llamado Segimerus Cabeza—de—Lobo.

Armin sintió una extraña emoción en el estómago.

—Yo también, y llegué a conocerlo —le confesó Armin, clavando la mirada en las sombras arbóreas que los envolvían.

—¡Habla a este hijo de Gergovia sobre el vencedor de Sentio Saturnio, por Tutatis y por Belenos! Lo conociste, a Segimer Cabeza—de—Lobo... Se decía que era el doble de grande que tú y yo juntos, que era un gigante descendiente de los teutones. Los rumores juraban que en aquella batalla su espada, tan larga como su cuerpo, había enviado al otro mundo a más de mil romanos... Sus

ojos arrojaban una luz roja, y su cabeza se convertía en una cabeza de lobo salvaje que aullaba. Los relatos de aquella batalla en las fuentes del Amisia causaron el terror de las legiones.

—Bien... —dijo Armin embarazosamente. —Lo cierto es que no era tan grande como dices.

Vitórix arqueó las cejas, ofendido.

—Era bastante grande... pero no tanto como... Vercingetórix —Armin notaba que tenía ciertos problemas para reconciliar el recuerdo realista que guardaba de su padre con aquello que la imaginación de los hombres era capaz de crear. Se daba cuenta de que los guerreros adquirían proporciones descomunales cuando ganaban una batalla, o se volvían insignificantes y caían en el olvido cuando fracasaban. —¡Lo cierto es que era bastante grande, es cierto, ahora que lo recuerdo!

Vitórix respiró aliviado.

—Segimer era un gran jefe, *herzog* del clan de los lobos negros, empuñaba a *Zankrist*, la espada ceremonial de Wulfmund, el arma del fundador de los clanes de los lobos. Jamás he visto un acero como ese, un arma tan flexible como dura. Pero Segimer ante todo conocía las cualidades de todos sus hombres, y era capaz de hacer uso de las grandes unidades para defenderse de Roma. Su Cabeza—de—Lobo pensaba con claridad.

—¡Como Vercingetórix! ¡Por Belenos! —exclamó el galo. —No ha habido grandes jefes que no hayan vencido a Roma sin usar la cabeza. Porque los romanos calculan todo cuanto hacen. En realidad —el galo adquirió el tono confidencial de un susurro —en realidad he venido para *espiar* a los romanos. Quiero aprenderlo todo de ellos antes de promover un gran levantamiento en Gergovia. ¡O en Germania! En realidad los descendientes de Vercingetórix se han acomodado a Roma. Por eso siento desprecio por mis parientes, me aburren, los considero imbéciles, prefiero recorrer el mundo en busca de aventuras.

Armin sonrió. La perspectiva le parecía muy alentadora, recorrer el mundo en busca de aventuras, aprender de los romanos para poder defenderse de ellos, y después marchar con Thusnelda hacia el lejano norte, en compañía de los sajones.

—Quién sabe, Vitórix, a lo mejor te sientes mejor en Germania —añadió Armin.

—Cierto, ¡quién sabe...! —suspiró el galo.

Poco tiempo después el bosque finalizaba. El camino volvía a recorrer una orilla verde al pie de las colinas, que continuaban asomándose por encima de ellos, cubiertas de árboles. El sol ya se había ocultado en el oeste, y la niebla palidecía el paisaje. La calzada se hizo más sólida. De hecho, vieron chozas y campamentos de trabajadores y esclavos que se dedicaban a los trabajos de pavimentación. Armin supuso que no pasaría demasiado tiempo antes de que aquel tramo que habían recorrido estuviese debidamente ensanchado y recubierto con la masa de mortero y grandes losas que caracterizaba las calzadas.

Mientras la niebla crecía, avanzaron hasta internarse en lo que parecía ser un gran llano. Las lomas se apartaban y cedían en busca del sur y del oeste, desvaneciéndose en la repentina bruma. El aire se volvía gris. La hierba era espesa. Veían aldeas dispersas, algunos establos de gran tamaño. Los campesinos tréveros prosperaban en aquellas tierras, que siempre gozaban de la omnipotente protección de los acantonamientos de legiones más grandes y numerosos de la frontera del Rhenus. Algunas antorchas comenzaban a parpadear en la niebla. Vieron que sobre las aguas del río se desplazaban algunas naves de guerra. No eran de gran tamaño, pero sus remeros lograban que se movieran sorprendentemente rápido. Armin tenía la sensación de que entraban en otro mundo, de que el inmenso poder de Roma cobraba forma alrededor y se los tragaría como si fuesen insignificantes hormigas.

La noche llegaba reptando bajo la niebla. Un resplandor áureo persistía misteriosamente en el cielo. Debajo, la espesa bruma se extendía como un manto evanescente, en cuyo interior titilaban

cientos de puntos de luz, a cual más débil. Era Colonia, la gran ciudad de Colonia Agripina.

Cuando llegaron a las puertas de una enorme empalizada, varios soldados les ordenaron detenerse. Pidieron sus salvoconductos. Segmund llevaba el documento de Veleius Paterculus, con su sello. Les anunciaron que hasta la mañana no podrían entrar en la ciudad, y les pidieron que acampasen bajo la empalizada. Armin no podía imaginar un recibimiento más hostil. Llegaban para prestar sus armas y les pedían que durmiesen a la intemperie, lo más cerca posible de sus arqueros. Por ello decidieron alejarse en la niebla hasta una distancia prudente y allí se echaron en círculo alrededor de un fuego en el que tostaron sus vituallas.

Armin se preguntaba qué extrañas virtudes poseían los romanos para lograr hacer todas aquellas cosas, aparte de conseguir que otros hiciesen el trabajo duro por ellos, lo que no le parecía ningún prodigio teniendo esclavos. Los queruscos nunca habían hecho esclavos. Otros germanos sí que lo hacían, pero sus relaciones de pertenencia y sus lazos con la familia eran diferentes a aquellos esclavos del estado romano, propiedad de un emperador al que le importaba muy poco qué edad tenían y cuántos morían al día extenuados por los esfuerzos.

Recordó que Segest había adoptado la costumbre de comprar esclavos en Colonia. Algunos de ellos trabajaban en sus campos y en sus minas. El recuerdo de Segest le trajo inmediatamente a Thusnelda, y pensando en ella cayó en un sueño inquieto.

OceanofPDF.com

XI

IV D.C. COLONIA

A la luz de la mañana, las empalizadas parecieron todavía más altas. No había rastros de nieblas, salvo unos bancos que flotaban alejándose sobre la inmensa superficie del Rhenus y que se quedaban enganchados en las lomas del otro lado, y la luz iluminaba la entrada de la ciudad. Armin veía cientos de rastros de humo que se deshacían en el aire, imaginando el tamaño de la ciudad más importante del Imperio Romano en el norte del continente. Sus casas ocupaban el llano y trepaban tapizando unas colinas. Algunas de ellas tenían un aspecto que nunca había visto, parecían hechas completamente de piedra, ostentaban colores cálidos, rayas y detalles arquitectónicos que semejaban triángulos, losanges y altas pilastras de columnas.

Cuando las puertas se abrieron y una plancha de troncos les permitió sortear el foso inundado al pie del *agger*, los suelos terrosos se extendieron por una larga vía principal flanqueada por altas casas de piedra, tejados picudos de paja, columnas, monumentos, altas victorias. Un tráfago de gente aguardaba junto a ellos en las puertas. Ruidosos mercaderes, campesinos y carros cargados de ánforas, hombres a caballo, mujeres y algunos niños. En el interior había gran actividad. Se cruzaron con varios oficiales que los miraban arrogantemente, mientras unos legionarios los guiaban hacia los campamentos. Para llegar a ellos tuvieron que

atravesar toda la ciudad por lo que parecía ser su vía más importante. Se les pidió que fuesen en fila, para no perturbar el tráfico de carros y de lujosas literas, sobre las cuales unos personajes próceres se dirigían en busca de los edificios administrativos. Al principio Armin se sintió atropellado. No salía de su asombro, mientras unos y otros le pedían que se apartase del camino o le lanzaban miradas de inconfesable desprecio. Los galos ubios tenían fama de haberse romanizado muy rápido. Armin veía que no eran pocos los que ostentaban sus togas latinas y otros llevaban túnicas de lana y prendas al modo romano. Sin duda se trataba de habitantes que se habían enriquecido con la presencia romana. Imaginó a Segest vestido con toga, y esbozó una sonrisa maliciosa.

Armin no sabía qué era la civilización. En ese sentido, era demasiado salvaje. Había crecido en Wulfmunda, la aldea en medio de los pantanos, al noroeste del monte Melibocus... Siempre había suficiente espacio como para que los caballos corriesen a su antojo, y no estorbasen el tránsito de las personas... Pero aquello era increíble. ¿De dónde salía tanta gente? ¿Qué interés tenían en vivir todos apretados, sin espacio para moverse, encarcelados detrás de aquellas empalizadas, protegidos por ejércitos extranjeros? No eran libres, desde luego, aunque posiblemente su propio concepto de la libertad era demasiado salvaje y victorioso.

A pesar de todo, Armin, convencido de que había mucho que aprender durante aquel breve período de tiempo, se tomaba a los romanos con cierto humor. Al menos eran curiosos, y era la forma ideal de aproximarse a ellos sin tener que cortarles la cabeza. Le resultaba, de todos modos, perturbador. Desde que había sido un niño, los romanos habían sido sólo enemigos. Los queruscos ni siquiera entablaron relaciones comerciales con ellos, salvo las relacionadas con el filo de sus espadas, que fue lo único que concedieron a los invasores. Presenció el ajusticiamiento y decapitación de muchos romanos en el claro de Wulfmunda. Tomó parte en un ataque incendiario a orillas del Rhenus, y él mismo

descargó, con escasos doce años, su espada sobre la pierna de un romano que trataba de estrangular a su hermano...

Su hermano. Hacía tiempo que se había olvidado de él. Pérfido y traidor en aquel campo de batalla, pero su hermano a fin de cuentas, Segifer, el hijo mayor de Segimer Cabeza—de—Lobo. Ahora aquel mundo romano le recordaba que probablemente no había muerto, y que debía servir en las legiones. Se preguntó si sería capaz de reconocerlo en el caso de que se lo encontrase. Estaba convencido de que si aquél lo descubría primero, correría peligro. Su hermano le había enseñado una lección terrible y útil: le había enseñado a desconfiar hasta de aquellos cuya buena voluntad parecía estar a toda prueba. Aunque lo más probable es que el caso de Segifer no podría hacerse extensible. Segifer había sido un cobarde celoso desde tiempos anteriores a aquel campo de batalla y a todo lo que allí pasó. Por todo ello era bueno que nadie conociese su verdadera identidad.

Al cabo de un tiempo torcieron y abandonaron la ancha vía central. Poco después llegaron a las inmediaciones de un mercado. Allí había expuestas mercancías que jamás había visto: aceites traídos de Hispania, vinos de Umbría, piezas de cerámica de Campania, pero también se exponían suculentos jabalíes que parecían recién cazados, jaulas llenas de ruidosos patos y gallos, paños cubiertos de setas, pescados, forjas de todo tipo, y un sinfín de productos que parecían haber surgido directamente de los bosques de los alrededores. Cuanto un hombre podía obtener con sus manos, estaba allí tirado, y Armin vio que las monedas romanas tintineaban, que los recaderos negociaban y que los esclavos cargaban con las mercancías que los amos y amas adquirían al mejor precio. Le pareció una despreciable forma de vida, vivir sin ser capaz de adquirir con sus propias manos todo aquello que estaba al alcance de cualquier hombre con manos y pies. Pero lo cierto es que algunos de aquellos flemáticos compradores tenían un aspecto hinchado. Armin estaba seguro de que ninguno de ellos montaba a caballo. Era lógico que se procurasen tantos alimentos

gracias a los sestercios, porque habrían sido incapaces de inclinarse a recoger una seta, a riesgo de caer y no poder volver a levantarse. Esa era la clase de hombres que creaba Roma fuera del ejército, y posiblemente esos eran los que *manejaban* los ejércitos desde el estado.

No muy lejos vio una fuente. El agua brotaba y se acumulaba alrededor de una escultura central que representaba a una hermosa mujer desnuda. De la fuente partía un canal, y el canal mostraba las trenzas de un torrente que fluía presuroso. ¿Cómo habían logrado cambiar el agua de sitio...? Armin no encontró explicación alguna por más que escrutó el artefacto. La gente del mercado podía extraer el agua necesaria. Unas grietas entre las baldosas mostraban los sumideros por los que desaparecía el agua que usaban y que ya corría sucia por el suelo.

Al fin llegaron al pie de las colinas. El sol ya brillaba con fuerza. Los tejados de los campamentos sobresalían como faldillas de teja roja, dispuestas en un orden preciso y simétrico. Las construcciones dedicadas al ejército ocupaban una gran superficie. La ciudad parecía haberse extendido hacia el sureste como un anexo de aquéllas. Varias empalizadas rodeaban un gran terreno más allá de las herraduras de los edificios del alto mando de Colonia.

Los campamentos estables creaban una ciudad independiente. Estaban protegidos por una sólida empalizada, detrás de la cual había altos terraplenes de tierra y un foso perimetral. Toda su longitud se veía vigilada por altas torres y atravesada por cuatro grandes puertas. En el centro se encontraban los *principia*: el cuartel general, las oficinas, los depósitos, las armas y el templo. Los oficiales vivían en verdaderas casas, y los soldados, en habitaciones colectivas. Disponían de salas de ejercicios, de almacenes, de un hospital y de termas.

Cada unidad tenía sus campos, que se extendían detrás de las puertas, en los que se sembraba trigo y se criaban caballos, mulos o bueyes para el transporte, o animales dedicados a la provisión de

carne. Había talleres donde se hacían tejas y ladrillos, se fabricaban y reparaban armas, corazas, adminículos de la indumentaria, y sobre todo zapatos, botas y *caligæ*.

Tras recorrer la vía *prætoria*, con sus interminables calles adyacentes, llegaron a la vía *principalis*, a lo largo de la cual se levantaban las casas de los legados, tribunos y prefectos y sus familias. Detrás se levantaban los edificios de los *auxilia*, que iban a ser el lugar en el que sin lugar a dudas serían acantonados. Llegaron hasta el cuartel general y fueron recibidos por un centurión.

Segmund entregó el documento sellado por Veleius Paterculus.

—*Equites* —gruñó el centurión.

Otro se aproximó:

—Seguidme.

Fueron guiados hasta una de las calles al fondo del campamento, muy cerca de la *porta decumana*, y allí se les ofreció su alojamiento en uno de los edificios. Se trataba de los cuarteles de las *alæ* de caballería. Justo al lado disponían de establos para atender a sus caballos. Armin dejó a *Sleipner* junto a los otros, le ofreció agua y cargó su pesebre. El animal parecía inquieto. Armin se preguntó si había hecho bien en traerlo. Quizá habría sido mejor dejarlo en manos de Alfmund. Allí habría estado mejor... Armin no sabía con certeza qué era lo que les esperaba.

Cada sala del edificio estaba preparada para recibir un contubernio, ocho hombres. El grupo se dividió, y Armin y Vitórix se quedaron en la misma sala. Hasta ese momento no se había parado a pensarlo, pero lo cierto es que aquel galo sin salvoconducto alguno había logrado formar parte del grupo de caballería.

—Hasta hoy estaba en infantería, pero creo que nadie notará la diferencia.

—Eso en el caso de que sepas montar a caballo... —comentó Armin, risueño.

—¿No lo has visto acaso, germano? He saltado todos esos árboles ante tus propios ojos.

—Lo que has saltado ha sido el control de la legión, así que espero que, ya que estás aquí...

—Vitórix estará a las órdenes de Armin, no de los romanos.

Durante la tarde se les pidió que pasasen por las armerías para verificar su panoplia. Algunos germanos optaron por el ofrecimiento de los centuriones, y escogieron faldellines guarnecidos de metal en lugar de sus propias prendas. Otros se hicieron con antiguas corazas. Armin recogió sus greñas con un cordal y cubrió sus prendas con una coraza de cuero. Estaba hecha con tiras robustas tachonadas con puntas romas de hierro, que no le restaba movilidad y le ofrecía cierta seguridad. De cualquier modo, su concepción del combate, tan querusca, era poco partidaria de las defensas, precisamente porque impedían la agilidad en el momento del combate. A menudo el riesgo en el que se incurría se contrarrestaba con la capacidad de maniobra que las largas espadas requerían. Protegerse excesivamente podía convertirse, sobre todo a caballo, en garantía de fracaso. Por lo demás, Armin comprobó que la factura de su espada era inigualable por aquellas quincallas, salvo algunos cuchillos que decían estar hechos con hierro de Noricum, y que eran excelentes. Pero no disponía de *argentum* romano para comprarlos, y decidió reservarse el oro que se había llevado para mayores apuros.

Se les dijo que al día siguiente se integrarían en las *alce* de jinetes auxilia, se ejercitarían y serían puestos a prueba. En ese momento, Veleius Patrculus los recibiría.

Al día siguiente, Armin comenzó a comprender la impresionante maquinaria que regía al ejército romano en general y a su caballería en particular. Cuando llegó la hora de reunirse en unos terrenos dedicados al pasto de los caballos y ciertos entrenamientos, se dio cuenta de que Roma había entendido su inferioridad ecuestre y de que había decidido hacerse con el control

de los mejores jinetes que pudiese reclutar. Esto beneficiaba las condiciones de vida de todos aquellos que vivían bajo el signo del caballo, que se organizaban en *ala quingenaria*, *ala milliaria* y *cohors equitata.*

La caballería auxiliar romana incluía gran variedad de soldados a caballo, tanto pesados como ligeros, así como arqueros montados, que procedían de una lejana provincia llamada Siria o de Britania, los dos lugares, restando a los amsívaros y a los angrívaros germanos de Germania Interior, donde se criaban los mejores arqueros montados del Imperio. La caballería ligera contaba con hombres de piel muy oscura procedentes de una provincia llamada África. La caballería pesada estaba formada por acorazados jinetes germanos y galos en su mayoría, aunque también había astures; tanto ellos como sus caballos cargaban con pesadas protecciones fragmentarias de acero. Los *conttarii* eran caballería pesada y fue creada a partir de contingentes germanos para hacer frente a la caballería de los pueblos sármatas cuando Tiberio y Augusto ya planeaban un ataque masivo contra el gran ejército germano de Marbod, el *kuninc* de los marcómanos. Éstos llevaban una lanza pesada *(contus)* que fue desarrollada por los germanos a partir del *gæso.* Los *sagittarii*, al contrario, eran caballería ligera formada por arqueros reclutados en Creta, Numidia, Siria, Britania y Tracia. Eran secciones con una mayor movilidad que los pesados contingentes de *conttarii*, y además hacían uso de una aljaba con lanzas y jabalinas, y la espada corta o *gladius hispaniensis.*

Los cuarteles de caballería seguían el modelo de los de infantería, con un trazado cuadriculado y dos calles principales —*principalis* y *prætoriana*— que los dividían en cuatro partes, rodeados por una sólida muralla de madera jalonada por altas torres, que además encerraba un gran terreno de formación y entrenamiento, reforzado por terraplenes y fosos perimetrales. En el centro se encontraba el puesto de mando, como era el caso del campamento que habían recorrido el día anterior, mas con una

circunstancia obvia que los hacían diferentes a los campamentos de infantería: los establos. Otro rasgo del fuerte de Colonia era que contaba con un gran patio cubierto, situado justo delante del puesto de mando, para poder realizar instrucción en los días lluviosos.

Más allá del cuartel de caballería se extendían, junto a los campos de trigo, varias millas cuadradas de pastos junto a las orillas del Rhenus, reservadas por desvencijadas vallas para atender las necesidades de las monturas. Muchos miles de caballos vivían en los grandes establos a las afueras del recinto militar de Colonia, que no tenían nada que envidiar a los legendarios establos de Augías, y que contaban con guarniciones de vigilancia permanente. Debido a que las tropas probaban constantemente nuevas monturas para sustituir a los caballos viejos, heridos o enfermos, en un fuerte no había nunca suficiente espacio para alojar a los miles de caballos de las *alce* correspondientes a las tres legiones acantonadas en Colonia, por lo que buena parte de ellos debía quedarse fuera. No fue, por fortuna para Armin, el caso de *Sleipner*, que contó con lugar en los establos interiores. Armin atribuía esa clase de privilegios al salvoconducto de Veleius Paterculus, que les concedía excelentes credenciales y un trato más directo con los mandos. Las influencias y concesiones de Segest se veían recompensadas.

Cuando llegó la hora de empezar con la revisión, Armin, orgullosamente erguido a la grupa del poderoso cuadrúpedo, contempló la clase de ejercicios que hacían, y un ardor interior empezó a invadir sus nervios. Jamás había experimentado algo así, salvo en los años de Wulfmunda. Pero lo que se apoderaba de su espíritu era una tremenda energía de dominio, un deseo de competición, el anhelo de estar por encima de todos aquellos jinetes, de ser un líder y de mostrar a los romanos que jamás serían tan buenos como los germanos. Unos grupos rotaban alrededor de unos postes, alanceando y dando tajos. La mayor parte del entrenamiento se desarrollaba en medio de los grandes campos. Parecía indispensable que los soldados aprendiesen a montar y desmontar con toda su armadura, aunque se dio cuenta de que algunos sólo practicaban con un caballo de madera. Armin sonrió

sin disimulo alguno al ver que aquellos hombres trataban de aprender lo que él había interiorizado cuando sólo era un crío. Su propio padre o Gailswinther, el mejor jinete del mundo, le habían ayudado a levantarse después de cada caída, y los caballos eran, desde luego, mucho más halagüeños después de tratar de montar a los rijosos bueyes nórdicos. Algunos trataban de galopar en formación cerrada, practicando persecución y retirada repentinas, otros se ejercitaban en el salto de fosos y setos, trataban de vadear en unas lenguas de agua excavadas en la orilla del Rhenus, nadando con sus monturas, a galopar arriba y abajo por sobre unos montículos herbosos que habían sido levantados por los regimientos de zapadores, a manejar las armas arrojadizas a caballo, jabalinas, *pillum* y pesadas frámeas germánicas.

Había un gran círculo en el que no crecía la hierba. El suelo era de tierra apisonada que grandes grupos de legionarios, por turno, se encargaban de preparar cada mañana, con objeto de crear un espacio dedicado a las maniobras más difíciles, un terreno en el que los caballos no pudiesen lastimarse. A un lado se alzaba un estrado con gradas de madera cubiertas por un *vellum* de pértigas corredizas, desde donde los mandos podían mirar los entrenamientos y los desfiles, y tomar nuevas decisiones sobre lo que debía o no hacerse en el futuro. Armin comprendía que Roma había extremado con gran celo la formación de sus jinetes.

Su equipamiento se había completado con un casco de hierro, muy sencillo, tachonado con decoraciones de bronce que imitaban el cabello aunque en realidad eran formas de serpientes. Cubría casi toda la cabeza y buena parte de la nuca, por donde emergía el muflón encordado de sus greñas castañas, excepto nariz, boca y ojos, y le resultó la innovación más insoportable de todo el armamento. Se dijo que en cuanto viese llegada la oportunidad se lo retiraría. Las corazas de los *equites* podían ser de escamas, llamadas *lorica squamata*, o de cota de malla, *lorica hamata.* Por lo general solían ser cortas y se abrían por las caderas para permitir montar a caballo y evitar peligrosos enganches en la silla de montar. En lo alto de la espalda tenía dos capas, y en los hombros

un par de placas sujetas con ganchos al pecho. La malla romana se componía de filas alternas de anillas horadadas o soldadas a martillazos, unidas por filas de anillas remachadas. Las escamas de las armaduras, en cambio, se unían con alambres y tiras de cuero antes de ser cosidas a una prenda de tela. Armin, fiel a su formación, se sentía aprisionado con la armadura a cuestas, y a pesar de los ofrecimientos eligió mantener en su panoplia la armadura de placas de cuero endurecido, más ligera y flexible.

Sleipner parecía tan agitado como su amo. Cuando los mandos ocuparon las gradas más bajas, Armin comprendió que era la hora de ser medidos. Había varios *prefectus alai*, *cohortes* y *trubunos cohortis* de las tres legiones pendientes de las nuevas incorporaciones. Entre los altos mandos, veían claramente a Veleius Paterculus, encerrado en una coraza de bronce. Se aproximó al grupo de Siga y saludó calurosamente a Segmund. Intercambiaron algunas palabras que Armin no logró escuchar y volvió al grupo de oficiales. Segmund se volvió al grupo y gritó en la lengua de los germanos:

—¡Demostrad de lo que sois capaces, hijos de Siga!

Un grito, entusiasta y feroz como los que proferían en el alto de la Colina de los Teutones, cuando se ejercitaban al viento ante el inmenso paisaje del valle del Rhenus, resonó en el grupo, y los guerreros formaron a la manera que sabían, individual y enérgicamente.

Un *centurio exercitator* se aproximó indolentemente y como si apenas fuera capaz de verlos arrugó su semblante de pocos amigos y dio un par de voces.

—¡Uno a uno, imitad a este jinete!

El que debía ser uno de los más experimentados galopó hasta situarse al frente de ellos. El jinete galopaba a la grupa de un animal gris, de gran brío. Parecía un hombre del este, tracio probablemente. Inició una carrera moderada y trazó un amplio

recorrido de obstáculos y pruebas que era un compendio de cuanto podía hacerse hábilmente a la grupa de un caballo. Al final del recorrido se enfrentaba a unos legionarios como prueba de carga, daba mandobles y a galope tendido, después de subir y bajar pronunciadas pendientes en los montículos más grandes, arrojaba un último mandoble contra una especie de monigote de madera. Los germanos fueron realizando la prueba. Todos eran magníficos jinetes, y Veleius los observaba con interés. Los altos mandos intercambiaban mensajes, elegían a algunos de ellos a dedo para sus propias unidades. Por fin le llegó el turno a Vitórix. Éste, una vez enjaezado con su armadura, ya no ofrecía pega alguna como jinete, y manejaba hábilmente su caballo. Vitórix, no obstante, era excéntrico, y gustaba lanzar gritos en los momentos de triunfo, cuando saltaba un obstáculo o vencía una pendiente.

Llegó la hora de Armin.

No se lo pensó dos veces, y se quitó el incómodo casco, que entregó a Vitórix. *Sleipner* saltó de pronto hacia delante, nervioso y excitado, relinchando. Inició una veloz carrera, y sus saltos dejaban muy por debajo los obstáculos. Armin hizo acopio de toda su destreza y se permitió algunas acrobacias que no estaban en el programa, como recoger un *pillum* del suelo a galope tendido, lo que causó gritos entre los germanos, y atrajo la atención de los mandos romanos. Después llegó la hora de enfrentarse con los legionarios, y éstos retrocedieron ante el ímpetu del caballo de batalla y los ojos endemoniados que asomaron al rostro de Armin. Llegó la hora del mandoble final, y lo dio con tal fuerza y precisión, que la cabeza del monigote saltó por el aire separada del cuerpo.

Cuando al fin se detuvo y entró en la formación, pidió el casco y se lo colocó sobre la cabeza.

Los mandos decidieron. El *centurio exercitator* miraba de reojo a Armin, posiblemente descontento con la descarada exhibición del germano. Desde el primer momento, Armin sabía que esa clase de centuriones era arrogante y pendenciera, y estaba

dispuesto a demostrarles de lo que era capaz. Varios oficiales se reunieron y entregaron las decisiones.

—¡Arminius! —gritó de pronto una voz cuando al fin llegó su turno. —Después de los ejercicios y de alimentar a tu caballo, preséntate al prefecto Veleius Paterculus.

Paterculus no se había olvidado de él. Nadie más lo había llamado así antes. *Arminius,* en adelante sería su nuevo nombre romanizado.

—Vercingetórix me dice que son tan bastardos que no van a entender mi plan —afirmó de pronto Vitórix. Armin ya estaba acostumbrado a aquel tipo de conversaciones. Si Vitórix no estaba loco, y era un excelente compañero, lo cierto es que tenía ideas muy extrañas. Sobre todo la que se refería a su permanente diálogo con Vercingetórix, el héroe de Gergovia. Teniendo en cuenta que Vercingetórix llevaba muerto más de cincuenta años...

—¿Y cuál es ese plan? —a diferencia del resto, que aislaba a Vitórix, Armin procuraba hablarle en sus mismos términos, dando por hecho que cuanto decía era cierto.

—Vencer a Roma.

OceanofPDF.com

XII

IV D.C. COLONIA

Aquella misma tarde, Armin se presentó en la casa de Veleius Paterculus. Era una de las *domus* aisladas junto a la vía *principalis*, en el centro de los campamentos. Para Armin, el estilo de vida de los romanos civilizados era interesante. Parecía lleno de lujosas incomodidades. Unos esclavos le trataron como si fuese lo más parecido a un puerco salvaje, ni siquiera lo miraron. Armin vio sus propias botas embarradas, la armadura de cuero polvorienta. Una mujer lo condujo hasta el jardín interior. Imaginó que, dada su indumentaria, lo mejor era que el amo de la casa lo recibiese en el lugar más agreste. Estaba todo empedrado con losas de alabastro. Los grandes macizos de plantas crecían junto a algunos árboles frutales que nunca había visto, restando luz a la parte inferior del *impluvium.*

Paterculus llevaba su atuendo militar, aunque había cambiado la coraza de bronce de exagerados pectorales por una más ligera *lorica squamata.* Miró firmemente al querusco y sonrió con franqueza.

—Arminius, del clan de Segestus.

Armin se limitó a devolver la mirada.

—¿Qué te ha parecido el ejército de Roma?

—Muy grande —respondió escuetamente el querusco.

Paterculus sonrió. Parecía observar a Armin con una mezcla de curiosidad y admiración.

—Y muy bien organizado —añadió.

—Ya veo que nada pasa desapercibido a los ojos inquisitivos del *aguilucho.*

Armin miró extrañado a Paterculus. Éste tomó un par de copas que uno de sus esclavos trajo en una bandeja. El esclavo, un ubio, se quedó para ayudarles a traducir cuanto el germano no pudiese expresar en su tosco latín.

—Esto se llama vino, y es costumbre en mi familia que el amo de la casa sirva a su invitado. Toma.

Armin extendió el brazo y tomó la copa. Había un líquido oscuro en su interior.

—Se parece a la sangre.

Paterculo rió de buen grado.

—Feroces germanos han llegado a Colonia. ¡Si Agripa lo supiese! Queruscos en sus campamentos...

Agripa había sido el general que fundó Colonia, de ahí el sobrenombre *Agripina.* Pero lo que hizo que el sabor del vino se volviese más amargo de lo que ya era fueron aquellas reveladoras palabras. ¿Cómo sabía que era un querusco...? Sólo Segest podía haberlo revelado.

—Amigo Arminius, sé lo que estás pensando, pero antes —dijo Paterculus, haciendo un gesto inspirado, como si saborease un momento de triunfo —antes quisiera que me dijeras qué te parece esta bebida que tanto se venera en Roma. Hay locos ricachones que pagan cientos de sestercios por ciertas ánforas de Fundi...

—Es amargo. No me gusta. —Armin estaba a punto de añadir que prefería la cerveza y el *medhu,* pero consideró más sabio reservarse esos comentarios. Aquel romano ya sabía demasiado.

—Segestus me habló de ti —Paterculus clavó sus ojos con gravedad en la mirada de Armin. Trataba de medirlo. Poner a

prueba el coraje de los hombres era parte de su éxito militar. Y a menudo la entereza era algo difícil de medir. Los más ejercitados y valientes podían huir aterrorizados en medio de un alcance enemigo, y dos cohortes en apresurada desbandada podían acarrear el desastre a toda una legión. Pero Armin permanecía frío como si lo hubiesen tallado en mármol. —Me habló de tu origen. —Endureció su mirada, que pareció despiadada. Al fin le dejaba bien claro que estaba a su merced. —Eres el hijo de Segimerus, un querusco especialmente odiado por Cayo Sentio Saturnio, si no me equivoco.

—Las matanzas de Drusus no permitían un buen trato con los romanos. Presencié actos indignos —afirmó Armin.

—También los germanos cometieron actos salvajes con nuestros hombres —añadió Paterculus, impasible.

—No fueron ellos los que invadieron una tierra ajena.

—Todo empezó con la invasión de los queruscos y de los usípetos y de los sugámbrios que robaron el Águila de Plata a la Legión Quinta *Alaudae*. Fueron ellos los que *invadieron* Galia Bélgica y Germania Inferior —argumentó Paterculus, poniendo a prueba los conocimientos de Armin. Si era lo suficientemente ignorante, no podría rebatir sus razones.

—Todo empezó con las invasiones de Julio César —respondió Armin.

—César defendió sus Galias de los germanos, sobre todo de Ariovist.

—Ariovist vino en auxilio de los eduos.

—En tal caso empezaron los teutones cuando invadieron, junto a los helvecios, lo que hoy es Noricum, después atravesaron las Galias a sangre y fuego, hasta que fueron vencidos por Cayo Mario. En fin, pero tienes razón. Tus conocimientos me han sorprendido, no menos que tu agilidad a caballo, hijo de Segimerus. Pero no nos hemos encontrado para discutir quiénes fueron los causantes de tantas guerras. A fin de cuentas, me gusta la historia, y

el que realmente ama la sucesión de los hechos que teje la historia se da cuenta de que al final sólo hay vencedores y vencidos. No vamos a ser nosotros los que extraigan la verdad sobre los enfrentamientos entre romanos y germanos, en un momento en el que se busca la buena convivencia.

—Me alegra saber que somos de la misma opinión —corroboró Armin. —Segest siempre me enseñó que lo mejor para el futuro era una buena confianza, y de no ser así no habría venido a Colonia.

—Es cierto —dijo Paterculus, sonriendo de nuevo. —Segestus me reveló tu origen, y te he invitado para ofrecerte mi hospitalidad. Me di cuenta de que Thusnelda te ama, y recriminé a su padre por cuanto había hecho. No debió engañarme, y me sentí defraudado. Al principio sentí desprecio por todos ellos, pero un instante después me di cuenta de que cometía un absurdo error, y decidí conocer al hombre que Thusnelda amaba desde niña. Es en verdad una de las mujeres más hermosas que he visto en toda mi vida, pero no has de temer perfidia por mi parte.

Armin escuchó aquello con prudencia. Paterculus, a su vez, era consciente de lo desconfiados que eran los germanos.

—Si hubiese querido eliminarte, todo habría sido muy sencillo. Una vez aquí, en Colonia, revelar tu identidad y acusarte de espía habría sido tan fácil... Ya estarías muerto, Arminius. Pero no es el caso. Te he visto cabalgar y he visto el fulgor guerrero en tus ojos. Quiero que recompenses mi confianza con la tuya. Quiero que te adiestres en nuestra legión, a las órdenes de los tribunos Sexto Sempronio Graco y Fulvio Furio Filo, y que me sirvas mientras sea su general. En lugar de ser el hijo de un enemigo rebelde, podemos considerarte un rehén de alto rango, el *fürst* querusco, hijo de uno de sus más legendarios líderes, que demuestra la valía de la nueva forma con la que Roma respeta a Germania.

—Es un buen comienzo —dijo el querusco.

—Amigo Arminius, si demuestras tu valía puedes hacerte muy grande en el ejército de Roma. Basta con que demuestres de lo que eres capaz.

—A eso he venido. Pero no podré olvidar lo que Segest pretendía.

—No le ha valido de nada.

—Quizá en esta ocasión, pero Segest me ha traicionado.

—Con esta revelación he logrado ganar tu confianza, pero no pretendo que la venganza destroce esa familia. No hagas caso a ese viejo zorro... Ha fracasado totalmente. En el momento en el que yo hago esto y el ejército te acepta, cuando te ganes la confianza de Roma, entonces Segestus será un perro que lamerá tus botas. Sólo de esta manera jamás podrá apartar a Thusnelda de tu lado. Yo acepto el trato. Quiero su felicidad, y quiero al hijo de un líder querusco entre mis filas. Eso reforzará algunas unidades de difícil manejo, sobre todo queruscas.

—¿Hay queruscos en vuestras legiones?

—No son muchos, pero los hay. Algunos fueron deportados y sus esposas e hijos viven en Colonia. Es una forma de garantizar la fidelidad de los nuevos queruscos a las Águilas de Roma. Un líder querusco de alta alcurnia les daría mucha más confianza, y eso volvería más poderosas las turmas que están a mi mando. Tú conoces su lengua, su mundo, sus dioses. Cuando entremos en campaña, podrán vivir a su manera en el seno de la legión, acampar juntos, cargar juntos, luchar juntos. Son los mejores jinetes, pero es difícil dominarlos. Sé que no obedecen de buen grado a los tribunos romanos. ¿Podemos hacer un trato?

—Acepto —dijo Armin sin vacilar.

Paterculus echó un trago de vino.

—Está bien, mañana mismo empezarás. La campaña se avecina.

—¿Qué campaña?

—Se me olvidaba que no estás enterado de nada... Claro, Arminius, la campaña de Tiberio. Augusto envía a su hijastro de nuevo al norte. Se hará cargo de las legiones que vigilan la frontera. Se avecina una gran marcha de reconocimiento hacia el interior. Desconocemos los planes de Tiberio. Él conoce muy bien la frontera, pues sirvió junto a su hermano Drusus en los años en los que hubo grandes guerras. Es probable que la marcha se dirija hacia el este de Germania. He oído rumores de que Roma desea desde hace mucho tiempo pagar una visita al rey de los marcómanos. Marbod se ha vuelto insolente con el tiempo. Ha apoyado con sus partidas de jinetes la defensa de los pueblos vecinos.

Armin recordaba la ambigua actitud del *kuninc* más poderoso de Germania. Con el tiempo, Marbod había decidido apoyar a sus vecinos, sólo cuando las garras de Drusus le hicieron consciente del peligro que corría el poder que había conquistado tras la invasión del Boiohæmum, y la expulsión de los tectosagos.

—No dudo que para Roma es importante demostrar a Marbod que no puede hacer lo que quiera.

—Marbod cuenta con un ejército demasiado poderoso, organizado a la manera de las legiones, con miles de caballos y más de setenta mil hombres. Se ha vuelto demasiado fuerte. Tiberio vuelve al poder tras un forzoso retiro en Rodas, y creo que va a tratar de deslumhrar a Roma acabando la obra de su hermano, para granjearse el apoyo de las masas. Aunque ha habido años muy tranquilos, Germania va a volver a ser el escenario de otras guerras, pero se trata de que ello sólo afecte a los pueblos del este y del lejano norte, y de ofrecer una próspera paz a los pueblos que ya conocemos. Todo dependerá de que acepten la situación y de que quieran continuar viviendo en paz. Pero como ninguno de los dos queremos ser amos del mundo ni reyes, ciñámonos a nuestro trato. Yo respeto a Arminius y a su familia, y Arminius será un buen soldado querusco. Eso facilitará las cosas cuando se libren algunos combates, o cuando se trate de negociar la paz con ellos.

Trató de imaginar el rostro de Cerunno si él, Armin, aparecía en Wulfmunda con la pretensión de negociar la *pax romana* en bien de Roma, ataviado con las armas de un romano. La vergüenza produjo en él aquella noche, mientras abandonaba la vía *principalis* en busca de los campamentos de los *equites*, un profundo ensimismamiento. Habría sido más sencillo olvidar quién era si nadie hubiese sido consciente de ello, y menos aún cuando ser quien era se convertía en una moneda de cambio para preservar lo que más deseaba. La traición de Segest, el trato de Paterculus... todo giraba en su mente como un torbellino en cuyo centro ardían los ojos verdes de Thusnelda, y el sol que iluminaba sus cabellos. Estaba dispuesto a todo aquello por ella, y por él. Siempre había querido librarse de los terribles deberes que le auguraba Cerunno, como líder querusco que debía llegar a ser, pero jamás habría creído que debía hacer todo lo contrario. E incluso, haciendo todo lo contrario, en la dirección opuesta, vivir la misma vida infame que le prometía la violencia de los designios queruscos. Ahora Paterculus le pedía que fuese un líder igualmente brillante, pero en el bando romano. Eso era, de hecho, todavía peor. Tarde o temprano tendría que desertar.

Aquella noche, Armin escuchó a Vitórix hablar de Lug, el poderoso dios de la luz y de las tinieblas. Ninguna otra divinidad representaba mejor aquel momento de las bodas entre el bien y el mal. Los celtas lo admiraban, y Armin encontró que era poderoso, y que habitaba en el interior del relámpago.

—Vercingetórix me dice que hemos venido a aprender de los romanos, no a ser sus esclavos —dijo el galo escrutando el serio semblante de Armin.

—Yo no estoy ya tan seguro —musitó Armin.

En ese momento Vitórix lo agitó vehementemente, cogiéndolo por los hombros. En sus ojos ardía el fuego de aquella hoguera que los iluminaba.

—Lug es el camino de la luz, no lo olvides nunca cuando estás en las tinieblas. Siempre llega la luz.

El galo miró con furia los ojos de Armin.

—Nadie puede enfrentarse a los designios de Lug. El camino de los hombres mortales está trazado por su mirada. Y aunque algunos queremos algo para nosotros, Lug dispone un sólo sendero.

—Dime cómo encontrar la luz.

Vitórix alzó la cabeza y pareció agarrar con sus manos abiertas las estrellas de la noche. A Armin le parecía que era un dios revelador.

—Tú no encontrarás la luz de Lug, será la luz quien te encuentre a ti, y te iluminará hacia la gran victoria final, o hacia la muerte.

Después dio media vuelta, pareció reírse y se perdió entre los germanos, que lo miraban entre risas y desconfiadas miradas.

*

La llegada de Tiberio se produjo en medio de una gran expectación. Los habitantes de las provincias fronterizas de la Galia Bélgica y de Germania Inferior dudaban de la capacidad de los últimos representantes del poder absoluto romano. Lucio Domitio Ænobarbo había enmendado sólo a medias los fracasos que se produjeron tras la partida al exilio de Tiberio. Sus campañas, envueltas en un misterioso silencio por parte de los pueblos germanos, no supusieron fuente alguna de gloria. Parecía que los germanos, conscientes de las rutas que seguían las legiones, sencillamente las dejaban pasar de largo hasta que se inquietaban, llegaba la gelidez del invierno y retrocedían de vuelta a los campamentos del Rhenus.

Lucio Domitio había seguido con la costumbre de fortificar las rutas conquistadas, y establecer lazos de buena relación con sus pueblos, en la medida de lo posible, lo que se traducía en una constante entrega de guerreros rehenes. Los hijos de los jefes más

influyentes debían quedar en manos del ejército romano durante un tiempo indefinido, para garantizar la paz de sus pueblos. En el caso de los queruscos, es bien conocido que la gestión del pro—pretor de las Germanias no dio buenos resultados. Lucio, convencido de que la mejor manera de hostigar a los queruscos era lograr sembrar la malquerencia entre sus belicosos líderes, cuyos clanes parecían siempre dispuestos a la batalla. Lucio persiguió la fragmentación del poder tribal de los queruscos, tratando de comprar los favores de algunos clanes, beneficiándolos, y hostigando a otros de manera injustificada. El resultado fue, después de un incierto período incierto de tiempo, que los queruscos recuperaron su acostumbrada cohesión y belicosidad. Una mano negra indefinible movía inteligentemente los hilos entre aquel pueblo aguerrido. Lucio no pudo saber quién era, pero una fuerza profundamente hostil se movilizó en la sombra, arrastrándose por las colinas, y eliminando, en medio de despiadadas matanzas, a los jefes que se habían dejado comprar por Lucio. Alguien recurría en el bando enemigo a una estrategia semejante de extorsión y coacción. El principio de la enemistad no debía ser alterado, y por la misma regla la presión de ese gobierno interno y confederado eliminaba a todos aquellos que se congraciaban con Roma. El resultado de todas esas intrigas fue que los queruscos se levantaron de nuevo, quizá para mostrar su fidelidad a la alianza contra el Imperio, e iniciaron una oleada de asesinatos en las guarniciones de las rutas fortificadas más aisladas. Los cursos del Amisia, sus fuentes en los territorios de los ríos Adrana, Rura y Lupia, fueron asediados por hordas incendiarias. Hubo sacrificios y violencia. El dragón negro de las ciénagas, los hombres—lobo, los portadores de la esvástica y su Sol *Invictas*, volvieron a sembrar el terror entre las cohortes acantonadas en sus fronteras, y sus leyendas se propagaron de nuevo con renovado vigor. Se decía que Segimerus era un gigante nórdico con fauces de lobo, que sus guerreros eran como el can Cerbero, y que combatían furiosamente y semidesnudos, dispuestos a morir en el empeño. Muchos legionarios creían en las leyendas del norte, y pensaban que había algunos monstruos mitológicos dispuestos a luchar en el bando enemigo.

Después de Lucio Domitio, el siguiente pro—pretor designado por Roma fue Marco Vinicio. No disponía de la experiencia militar ni del ímpetu de los conquistadores de la familia, y decidió abandonar las tentativas invasoras, dado que el Senado parecía sumido en discusiones que atañían a otros asuntos más distantes, como las vicisitudes y las conspiraciones de la familia imperial. La inestabilidad interna se fortaleció con una estricta vigilancia de las fronteras. En los años durante los cuales llegó la mayoría de edad de Germánico, el muy esperado y glorificado hijo de Drusus, el exilio de Tiberio, las esperpénticas muertes de Lucio y Cayo, los hijos de Julia la Bella, así como el escándalo y el destierro de ésta, reinó una expectante calma en las fronteras. La mayoría de los germanos se mantenían en sus territorios libres, y la frontera del Rhenus experimentaba una continua revisión. Sin embargo, después de la muerte de Cayo tras ser herido en las guerras de Armenia, Augusto recurrió al que en verdad era un gran general: Tiberio Claudio Nerón, su hijastro. Tiberio ya había demostrado su valía, y su conocimiento táctico del Rhenus era profundo. Había desembarcado en las costas de los frisios y arrastrado dos legiones siguiendo el curso del Amisia tierra adentro y sorprendiendo con ello a muchos pueblos adversos a Roma. Después de la muerte de Drusus, Tiberio se había hecho cargo de la frontera de Germania en un momento de crisis en el que la muerte del máximo ejecutor de la invasión desaparecía, llevándose consigo una presencia irremplazable.

Con todo ello, la llegada de Tiberio suponía un alivio para los habitantes de las provincias, que sólo veían a Germania como una amenaza, y que consideraban el emperador todavía no había cumplido la promesa de someter el norte del continente, hecha veinte años atrás, cuando, en el 16 a.C, la confederación de sugámbrios, téncteros, usípetos y queruscos invadió el valle del Mosella y asestó un golpe mortífero contra la Legión Quinta *Alaudæ*, robándole, para mayor vergüenza, el estandarte del Águila de Plata, lo que significó el verdadero comienzo de la Tercera Guerra de Germania.

Tiberio llegó con gran gloria a Colonia. Las calles se atestaron. Fue recibido como si fuese un emperador, y aunque sus soldados no lo amaban como habían amado a Drusus, que había sido un auténtico conquistador, Tiberio fue aclamado como si hubiese obtenido un *triunfo.* Convertido en el legado imperial de Augusto, a partir de ese momento Tiberio disponía de *imperium* sobre ambas Germanias, y eso significaba que cualquier decisión militar debía pasar por su alto mando. Las primeras indicaciones no tardaron en llegar. La vida de los soldados se endureció y las faltas disciplinarias ya no fueron obviadas. Los centuriones favoritos de Tiberio en aquellas legiones fueron condecorados con numerosas *phaleræ*, y éstos comenzaron a establecer una nueva política de conducta. Los azotes y los castigos no eran raros, y sus centuriones empezaban a gozar de un *status quo* prominente.

Durante los días posteriores a su llegada, Armin presenció un recibimiento que se las prometía tan glorioso como el de Tiberio, si éste no hubiese hecho todo lo posible para disuadir a la ciudad de celebrarlo sonoramente. Aquel joven de aspecto aquilino y fuerte, aquel aristócrata romano que vestía una resplandeciente coraza de plata con la cabeza de Medusa y que parecía sólo un niño demasiado grande, se llamaba Germánico Claudio Nerón. Su abuelo Augusto lo enviaba a Colonia fuertemente escoltado con objeto de que Tiberio le mostrase el poderío de las legiones, y cuanto su padre había logrado con sus victorias. Una vez más, a Tiberio le parecía que Augusto volvía a tratarlo como a un esclavo de lujo al que jamás le reconocía los méritos. Tiberio se consideraba autor de los logros de Germania, y sin embargo su hijo Pólux no ostentaba los honores del hijo de su hermano. Germánico, de cualquier modo, tenía el porte de su padre. Las mismas piernas, el mismo temple, la misma energía juvenil ya brotaba de su mirada, mitad niño, mitad hombre.

Entre los jóvenes galos y germanos se decía que Germánico había venido arropado por Augusto para acabar la obra de su padre: el total dominio del Norte, hasta donde ellos suponían que

habitaban los gigantes teutones, los padres de sus antepasados. Pero se agitaba un mar antes de llegar a sus dominios, y como eran gigantes, habían sido encerrados por Wuotanc en una tierra inhóspita más allá de ese mar. Estaban seguros de que los romanos construirían cientos de barcos e irían hasta el norte para pelear con los hijos de los gigantes, y de que fue una de aquellas mujeres la que maldijo a Drusus, impidiéndole completar su obra.

Armin destacaba en sus ejercicios. Veleius Paterculus lo introdujo en la Legión Primera *Germanica.* Poco tiempo después de demostrar ser un avezado luchador con la espada y con el lanzamiento de frámea, el querusco ya hablaba el latín con suficiente soltura como para entenderse con sus superiores en los términos habituales de caballería. Paterculus le entregó el mando de una turma formada por queruscos. A Armin le pareció que muchos de aquellos hombres no estaban en disposición de confraternizar con Tiberio, pero, al igual que él, un pacto los obligaba a cumplir en la legión.

Los juegos militares de Ja caballería eran los más complejos que había ejercitado, debido a que los jinetes germanos no estaban acostumbrados al orden que imperaba en cada movimiento de la legión. El desplazamiento de cientos de caballos pesados, los giros y las posiciones, todo ello requería muchas horas de instrucción. Pero Armin iba comprendiendo la inquietud de Roma. No había nada más poderoso que una carga de caballería pesada, cuando los campos temblaban y las largas frámeas se enristraban. Además, las turmas eran capaces de girar sobre sí mismas con gran rapidez y en cuestión de unos granos de arena se hallaban en condiciones de enfrentar cuanto se opusiese desde un nuevo ángulo. Un buen uso de grandes unidades de caballería podía ser decisivo en los ejércitos del futuro. La mayoría de sus compañeros de Siga habían sido destinados a la Legión Tercera *Gallica*, donde se ocupaban en su mayoría de turmas de mercenarios galos, a excepción de Vitórix: Armin se había acostumbrado a sus profecías y locuras, y decidió interceder en su nombre ante Paterculus, pidiéndole que, siendo un buen jinete, fuera incluido en la turma que él tenía bajo su mando.

—¡Te lo dije, germano! —exclamó despreocupadamente Vitórix al enterarse. —¡Vercingetórix no se equivoca! ¡Te dije que no lucharía bajo las órdenes de ningún romano!

Junto a los astures, también había otros soldados procedentes de Hispania, como titos, belos y lusitanos. Una noche, uno de ellos, llamado Árgodas, les contó la historia de Viriato. Armin se alegraba de haber encontrado nuevos compañeros, porque le contaban historias que nunca había oído. Vitórix le hablaba de los dioses de los druidas, de las pasiones de Tutatis y de Belelos. Pero la historia de aquel guerrero de carne y hueso, llamado Viriato, conmovió poderosamente a Armin. Árgodas le habló quedamente a la luz de las llamas, alrededor de los cuales, muchos de los miembros de su turma se habían reunido. Varias rondas de vino habían circulado, y ahora el lusitano les contó en su tosco latín lo que consideraba la historia más valiosa de aquellos pueblos.

—Los germanos son un pueblo joven —dijo Árgodas.

—Es viejo como la tierra que pisa —repuso Odgar, un terco querusco. —Como sus dioses.

—Son sus hombres los que determinarán la antigüedad de su pueblo —dijo Árgodas. —Un pueblo sin grandes derrotas es un pueblo joven, un pueblo con grandes derrotas es un pueblo que ha perdido su vigor y su fuerza, y que difícilmente reverdecerá. No hay nada que hunda más a los hombres que sus derrotas. Los germanos son jóvenes porque no han sido vencidos, ¡eso pienso! Mientras que toda Hispania ya son provincias romanas. Y que la historia de Viriato les sirva de ejemplo para saber lo que es la gran derrota.

Dio un largo trago, se reclinó y tomó aliento.

—Un romano llamado Galba, nombrado pretor para la Hispania Ulterior, decidido a atajar el problema que los lusitanos representaba, atrayendo a treinta mil y prometiéndoles tierras donde asentarse. Les pidió entregar las armas en señal de amistad para

después aniquilar a nueve mil y vender al resto como esclavos en la Galia. Sus propios hombres lo denunciaron ante el Senado por ello (tras no repartir equitativamente Galba los beneficios de la transacción), pero su origen aristocrático y los sobornos consiguieron que fuera absuelto en el proceso. Aun así, el tribuno de la plebe, Lucio Nibon, pagó el rescate por los lusitanos vendidos y éstos fueron indemnizados. Sin embargo, la chispa del levantamiento ya había prendido, y su llama será guiada por uno de los hombres que consiguieron escapar a la persecución de Galba.

»Se llamaba Viriato, y lo hacen nacer en *Mons Herminius*, donde fue pastor (¡y seguramente bandido!).

—*¡Irminur!* —exclamó de pronto Armin.

—Viriato era un pastor —continuó el lusitano, aparentemente ofendido por la interrupción del germano. —Un sencillo pastor que vio cómo su familia y sus amigos vivían en paz en algún de la Hispania Ulterior. Reían cuando nacía un carnero y asistían a los nacimientos con la alegría de una gente sencilla. Corrían pos sus montes azotados por los vientos, se contentaban con poco, y eran quienes eran. Cuando las legiones invadieron Hispania, y antes de la caída de Numancia, Viriato contempló la masacre de su pueblo causada por el insaciable Galba.

»Las manos de muchos jóvenes fueron amputadas, las piras de cadáveres se amontonaron y los centuriones orinaron en ellas, donde un montón de cuerpos se secaban al sol. Viriato juró venganza y marchó en busca de quienes buscaban lo mismo. El pastor comenzó a asediar los campamentos de las legiones desde los altos cerros rocosos del interior, empleando la táctica del escorpión, atacando y retirándose, hasta que mucho tiempo después Viriato logró reunir un gran ejército.

»Años después huyó hacia Tribola tras escapar también del cerco impuesto por Cayo Vetilio, el cual morirá en la emboscada que las huestes del lusitano tienden al paso de los romanos. Tras la actividad llevada a cabo en la región, la Hispania Ulterior quedó controlada por Roma. Viriato pasó a la ofensiva en la Citerior. Allí

derrotó al cuestor Cayo Plaucio, tomó Segóbriga, y derrotó al pretor Claudio Unimano.

»El levantamiento comenzaba a adquirir grandes proporciones. Los lusitanos no sólo marcharon triunfantes hasta ese momento, sino que arrastraron con ellos a otros pueblos, tanto a los del sur de sus territorios, como a los celtíberos de la meseta y el interior. Tras ser derrotados por Fabio Máximo Emiliano, Viriato y sus hombres se replegaron hacia el sur para volver a la ofensiva dos años más tarde, y después de cosechar nuevos éxitos por la Bética, Viriato se retiró a Lusitania. Un año después fue el general Serviliano el que caerá derrotado por las tropas del lusitano. Tras esto llegó la hora clave, cuando Viriato tuvo a su disposición dos legiones romanas en los llanos, y los generales le prometieron lo que pidiese, firmando un tratado de paz en nombre de Roma que reconocía todas las exigencias del rebelde a cambio de dejar partir las legiones... apareciendo un edicto que reconoció a Viriato como caudillo lusitano. Poco después, y mientras se desarrollaban las negociaciones, Viriato envió a tres de sus lugartenientes: a Audax, a Ditalcón, y a Minuro, en presencia del cónsul Cepión. Este era consciente de la proporción adquirida por la rebelión. Viriato aumentaba sus levas, reclutaba hombres insaciablemente y los formaba, estaba dispuesto a vencer a Roma de manera definitiva, y podía arrastrar consigo a muchos más pueblos de los que ya lo ha hecho, y fue entonces cuando los celtíberos del noroeste de Hispania provocaron una insurrección tras otra.

»Cepión decidió eliminar el problema de una vez por todas, y sobornó a los enviados lusitanos para que asesinasen a su líder. Viriato murió acuchillado por la espalda. Ése fue el pago a su confianza. Después su pueblo fue sometido. Cuando sus asesinos se presentaron ante el cónsul para recoger la recompensa, lo único que recibieron de éste fueron cinco palabras: "Roma no paga a traidores".

»A su muerte, su cuerpo fue cubierto con sus mejores ropas, y, acompañado de sus armas, ardió en una gigantesca pira. Mientras las altas llamas se levantaban relamiendo la bóveda del cielo, los

olaves y los vates cantaron las hazañas del héroe que de la oscura eternidad ya dormía el dulce sueño.

OceanofPDF.com

XIII

IV D.C. SIGA

Paterculus, consciente de los progresos de Armin y de su inquietud, selló con su anillo un salvoconducto y le permitió que fuese a arreglar todos sus asuntos a Siga. La campaña de Tiberio se iniciaría de manera inminente, y Paterculus deseaba mostrar a Armin que la amistad debía ser demostrada con actos y no sólo con palabras. Armin quería que Segest se diese por vencido antes de partir hacia Germania Interior.

El querusco se marchó antes del amanecer y atravesó los espesos bosques que cercaban Divitio. Comprobó que la calzada ya había avanzado a través de la espesura, y que ésta empezaba a clarear allí donde los esclavos se afanaban por tender las capas de morteros y losas. Antes de la caída de la noche ya había llegado al puente, unas pocas millas al noroeste de Siga y su desembocadura. Los guardianes vieron el salvoconducto, observaron la lorica de Armin, los arreos de su caballo; lo dejaron pasar. Mientras atravesaba el puente, tuvo la sensación de que las aguas lo arrastrarían con todos sus enormes anclajes a contracorriente, que, como los contrafuertes de un muro, se sumergían reverdecidos por las algas en el lado oeste. Más allá le esperaba un camino despejado al pie de las colinas. La luz evanescente iluminaba la bóveda del cielo, prolongando una transición hacia la oscuridad del este en la que centelleaban numerosas estrellas. Apareció la silueta del

palacete solitario, la colina herbosa, los perfiles de las casas, los familiares hilos de humo y unas antorchas titilantes.

Armin recorrió el camino lentamente. Disfrutó del retorno a Germania, como si hubiese estado ausente durante años. Sabía que en pocos días partiría de nuevo hacia ella, mas como enemigo, y esperaba que todo aquello fuese tan inútil e insustancial como las campañas de los últimos generales. Sin embargo, conocía bien el nombre de Tiberio, era un concienzudo y metódico cazador. Como lo fuera su hermano. Temía haber llegado al ejército en el preciso momento en el que todo iba a volver a empeorar para el pueblo al que pertenecía.

La silueta del tejado inclinado y los anchos muros de piedra se alzaron ante Armin. Varios conocidos lo saludaron, aunque el querusco habría jurado que había algo en sus ojos que delataba una inquietud, una sombra. Consciente de que sus propias ideas podían hacerle ver lo que no era, Armin decidió anunciarse e ir en busca de Segest. El jefe accedió a recibirlo.

La gran sala continuaba iluminada por una hoguera que ardía en el centro. El humo y las chispas volaban apresuradamente en busca de la abertura del tejado. Las antorchas, en un extremo, iluminaban un corredor. Accedía a unas escaleras que subían a los pisos superiores, levantado sobre gruesas vigas de madera firmemente asentadas en los espesos muros, y a la torre de mampostería que se erguía como un bastión anexo al espacio principal.

Armin encontró al *herzog* sentado en su gran silla, observándolo con atención, flanqueado por varios de los miembros de su guardia personal. Entre las numerosas pieles de oso, el gusto por los productos exóticos delataba las inclinaciones del padre de Thusnelda. Había varias palmatorias de oro, en el lugar en el que habían brillado, meses atrás, pequeñas antorchas de sebo; algunas telas parecían tejidas con hilos desconocidos y finos, y la mayoría de ellos estaban teñidos de múrice, el color más caro. Quizá Segest se dejaba inspirar por el gusto de los cónsules romanos, pensó

Armin, evitando la sonrisa de desprecio que le ocasionaba todo aquel lujo superficial e indigno de un jefe germano. De cualquier modo, lo cierto es que Segest ofrecía el mismo aspecto, y afortunadamente no había decidido ponerse la toga: continuaba cubierto con una capa de oso encima de las prendas de combate, meros ornamentos y residuos del pasado. La ancha fíbula de Siga, con una cabeza de dragón finamente grabada, cerraba su cinturón, y la cadena de oro de pesados eslabones brillaba por encima de sus pieles de tejón, rodeando el cuello. Armin pensó lo hermosas que podían llegar a ser las cadenas que subyugaban a los hombres, y sólo vio en la pieza dorada el símbolo de la dominación de Roma. Él mismo se sentía igual de despreciable; sólo la cercanía de Thusnelda lo aliviaba.

—Seas bienvenido, Armin hijo de Segimer, hijo de Segismund —dijo el jefe solemnemente.

—Agradezco al padre de Siga su hospitalidad —respondió Armin avanzando unos pasos hasta detenerse frente a Segest.

—La hospitalidad que traicionaste sin mi consentimiento —afirmó Segest lacónicamente. —Los padres deciden sobre sus hijos, Armin.

—No he venido a dirimir las diferencias entre padres e hijos. Sólo gracias a Paterculus estoy aquí con vida. Intentaste matarme. Tu traición ha quedado demostrada.

Los tres guerreros, que conocían a Armin y eran amigos suyos desde hacía años, se miraron, incómodos.

—Trata de olvidar, Segest, trata de aceptar el trato. Todo el mundo sabe cuál es la decisión de Thusnelda y la mía. Será mi mujer. Lo sabes. No hagas algo que podría constarte muy caro aquí, en Siga. Me enviaste a Colonia porque era la forma más cómoda de matarme. Siempre podrías haber echado la culpa a los romanos, o a mi propia conducta. No podías acabar conmigo aquí mismo. Nadie te habría prestado apoyo, me conocen demasiado bien, como te conocen a ti, Segest. Ahora todo te ha salido mal. Paterculus no deseaba a Thusnelda a ese precio al que se la ofrecías, por la fuerza

y cortándome la cabeza. Has fracasado. He vuelto con las armas de Roma. El propio Paterculus ha firmado este salvoconducto, y mis amigos están enterados de todo. Podrías vivir un levantamiento aquí mismo, esta noche, si tratases de hacer lo que deseas, y no estoy muy seguro de que Paterculus se alegrase de la muerte de uno de sus decurios. Además, Segest, Paterculus siente suficiente desprecio por ti como para encontrar la excusa perfecta, venir con tres cohortes y dejar que te cuelguen de tu torre.

Los ojos de Segest volvían a lanzar una mirada llena de rencor. La aparente frialdad con la que había recibido a Armin se veía perturbada por la certeza de sus palabras. De cualquier modo, sólo había deseado importunarlo. Era consciente de su actual posición, y Segest era un hombre que sabía esperar. Se había ejercitado sobreviviendo en medio de las aguas turbulentas, entre germanos y romanos, y confiaba en su astucia. Pero las palabras del querusco eran mordaces, y le obligaban a sentirse fracasado e impotente.

—No es necesario que digas nada más —añadió el querusco, indiferente. —Lo mejor que puedes hacer es olvidar y aceptar tu error. Eso te salvará de errores mayores.

Por fin Segest logró sonreír falsamente, soltó una forzada carcajada, y se levantó gesticulando con aparente soltura.

—¡Veo que nuestro lobato querusco ha aprendido no sólo táctica romana, sino también derecho romano! —exclamó, recorriendo la sala, aparentemente distraído.

—Aprender evita mayores males, Segest. Vale para todos —afirmó Armin.

Segest continuaba hablando, acariciándose la cadena y dando pasos distraídos como si dirigiese su discurso a los hombres que, mudos de asombro, asistían a la escena.

—Nada como tener algo de suerte para darle la vuelta a los acontecimientos. En eso los de tu familia siempre habéis sido muy buenos. Todavía recuerdo cómo tu padre se libró de la muerte en aquellos días en los que, loco de ira tras el fallecimiento de tu

madre, se precipitó en busca del fin. Armin, siempre has sido un portador de infortunio. Trajiste la muerte de tu madre, y ahora has envenenado mi familia, indisponiendo a mi hija frente a los sabios consejos de su propio padre. Me desagrada tu presencia, y estoy seguro de que no traerá nada bueno. Eres como el cuervo que anuncia la presencia del cadáver —decía sonriendo. Y mientras hablaba, se detuvo frente a una mesa, tenso e indeciso, disimulando, hasta que deslizó la mano entre las pieles, como si volviese a acariciar su pesada cadena de oro, esta vez más cerca de Armin. Cuando se volvió, ya empuñaba un cuchillo oculto entre los pliegues. En ese momento se dio cuenta, al volverse, de que Armin había desenvainado la larga espada. Los guardianes de Segest hicieron lo mismo, indecisos. Segest pareció crispado de ira, pero no se abalanzó contra el querusco para apuñalarlo, como pretendía. Armin esperó, hasta que al fin la voz de Segest cambió de registro, y pareció abatido. Retiró la mano del puñal y se sentó en su trono, derrotado.

—No sé qué es lo que me pasa —dijo. —Siento lo ocurrido... Ha sido un momento de ira. Me considero culpable en gran medida de todo... ¡Vosotros! Retirad vuestras armas. Y tú, Armin, si consideras que merezco la muerte, es el momento de dármela.

—No he venido a dar muerte. Vengo a visitar a la que será mi mujer, nada más.

—En tal caso, aguárdala fuera. ¡Avisad a Thusnelda! Armin ha regresado.

Segest contemplaba las llamas cuando Armin salía en busca del aire fresco de la noche.

Poco tiempo después los luceros de la Vía Lactea centelleaban sembrando el firmamento. Armin se distanció de los rincones oscuros y de los ángulos desprotegidos de las casas que rodearan el palacete de Segest, por si el jefe cambiaba de opinión. Su actitud sólo había sido una astucia para volver al punto de partida, y Armin

no creía ni una sola de aquellas palabras. Sabía que no podía matarlo cuando Thusnelda se encontraba bajo el mismo techo.

—¡Armin! —exclamó una voz, y ella corrió a su encuentro.

Al fin veía aquellos ojos de nuevo, en los que pensaba todos los días mientras el sol o las nubes se alzaban sobre la tierra.

Unieron sus manos, y abandonaron la colina.

Fueron en busca del consejo de Siga, y Armin pidió a las madres que los uniera. Los herreros asistieron al enlace. A la luz de las antorchas, Thusnelda se tocó con una tiara de lilas. Armin ofreció su espada a Thusnelda. Ella le dio la mano. Después arrojaron hierbas al fuego, que humearon espesamente. Las madres sonrieron y cantaron a los dioses. Armin puso un anillo en el dedo de Thusnelda, y ella hizo lo mismo en la mano de Armin. Ambos anillos habían sido forjados por Alfmund, y parecían hechos con sol y con fuego.

OceanofPDF.com

XIV

IV D.C. COLONIA

Al día siguiente, Armin y Thusnelda decidieron que ésta se quedaría a vivir en una pequeña morada anexa al *Thing*, a la que ella tenía derecho como hija de Segest. Ya no volvería a vivir con su padre. Armin pidió a los herreros, y especialmente a Alfmund, que cuidasen de ella como lo que era, su mujer legítima, y que fuesen conscientes de que las ancianas madres de Siga velaban por los sagrados lazos del matrimonio, y que nadie, ni siquiera Segest, tendría ya derecho a desposarla con otro hombre, a no ser que quebrantase el inviolable pacto aceptado por Armin y Thusnelda, y presenciado por el ancestral poder que entre los germanos ostentaban las madres.

La guardia de Segest no mostró hostilidad alguna, y por la mañana un mensajero al que Armin conocía muy bien envió a los recién desposados un regalo de Segest. Se trataba de una barra de oro envuelta en un paño, varios sacos de trigo, y una de las esclavas que desde hacía tiempo había asistido a Thusnelda. Con ello, el padre reconocía la validez del matrimonio, y entregaba al consejo de las ancianas su propia espada, en señal de fidelidad al pacto. Armin se marchó poco tiempo después, mas durante la tarde y en su nombre Segest celebró un banquete en nombre de su hija, e hizo lo imposible para reconciliarse con su corazón, que era, a pesar de firme, menos duro que el de Armin. El querusco desconfiaba de un

hombre que, después de traicionarlo y tratar de matarlo, se reconciliaba con tanta facilidad.

Tras el regreso al campamento de Colonia, un acontecimiento casual atrajo su atención, y gran parte de la alegría y del entusiasmo que le dominaban quedaron eclipsados por el descubrimiento. Una noche, de ronda entre los fuegos de campamento, Armin descubrió la figura de un centurión que destacaba entre muchas otras. Había algo en la posición de sus hombros desiguales, en el perfil de su rostro, que le trajo vagos recuerdos. Era como si lo hubiese visto antes, mucho tiempo atrás. Le recordaba a aquel ominoso ser, pero no estaba del todo seguro. Podía parecerse. Carente de casco y ligeramente encorvado, era un veterano. Armin se cercioró del número de la cohorte. Pertenecía a la legión *Galica*. Era nuevo. Debía ser uno de cierto número de veteranos que Tiberio había importado de otras legiones acantonadas a lo largo de la frontera, con objeto de sentirse rodeado de algunos de sus más fieles servidores. Era bien conocido que los generales apreciaban mucho a sus centuriones, y que revestían gran importancia en el funcionamiento de cada unidad. Ningún general se inquietaba ante la muerte de sus tribunos, pero perder muchos centuriones podía ser desastroso. Los centuriones habían hecho el trabajo duro del ejército desde tiempos inmemoriales, y las reformas del ejército a cargo de Cayo Mario no modificaron ese aspecto.

Pero había algo en él extrañamente familiar, y Armin prefirió no recordar aquella experiencia que marcó su niñez.

Dos días después, Armin volvió a encontrarlo. Había un grupo de legionarios de infantería realizando ejercicios de montaje. Excavaban sin pausa y acumulaban piedras cerca del Rhenus. Armin se aproximó. Algunos de ellos parecían extenuados. Todos eran sin lugar a dudas alguna clase de campesinos poco acostumbrados a aquellas tareas, pero estaba seguro de que padecían algo más. Una larga marcha de muchas millas los había agotado. El centurión retozaba con un ramillete de sarmientos de

vid en la mano. Armin se hizo el distraído, y desmontó fingiendo que aseguraba las correas que fijaban la silla de montar al lomo de *Sleipner.*

Otros legionarios de aspecto aguerrido llegaron hasta el centurión e intercambiaron algunas palabras. El pesado veterano se reía de cuando en cuando, y patrullaba vigilando el trabajo de los miembros de la cohorte.

—¡Vamos, mujercitas, moved el *culusl* ¡No me gustaría tener que emplear mis mejores maneras! —Su voz sonaba monótona, cansina e indiferente.

Un chasquido atrajo la atención de Armin. Sin motivo aparente, uno de aquellos aprendices había sido golpeado por el látigo. No eran ciudadanos romanos. Tiberio volvía a poner de manifiesto su inclinación por un ejército duro en el que las jerarquías eran capaces de cobrarse venganzas personales y placeres que estaban prohibidos con otros grandes generales.

Los compañeros del centurión, que se comportaba como una especie de líder, reían con cada humillación. No sabía por qué, pero Armin estaba seguro de que aquello sólo era un principio, de que aquel hombre era capaz de mucho más, y de que mataba el tiempo por aburrimiento, a la espera de placeres mucho mayores. Habría jurado que era él, pero, aunque no le hubiese importado cortarle la cabeza en ese mismo momento, si con ello no incurriese en demasiadas molestias en su contra, lo cierto es que no estaba totalmente seguro. Sólo había una forma de saberlo, observar cómo maltrataba a los demás.

El hombre que había violado en su hermana estaba vivo en su mente. Le parecía que lo había recordado cada día de su vida, a pesar de que un sol había nacido algún tiempo después de la muerte de su padre. Su rostro se había desfigurado, y después de las intensas pesadillas que durante mucho tiempo le habían asaltado, ya sólo recordaba vagamente aquella manera de hacer daño, que se había convertido en un ascua ardiente enterrada bajo las cenizas de su alma. Siempre estaba allí, latiendo, era un fuego que no se

apagaba... temía que el deseo de encontrarlo le traicionase, y bajo ningún concepto debía perder el control de las circunstancias y hacer una estupidez que le costase cara y que pusiese en juego su verdadero objetivo. Se había casado con Thusnelda, se amaban, tendrían hijos, vivirían lejos en el norte, donde los romanos no llegarían jamás, en la tierra verde de los cimbrios y de los sajones. Si algún día los romanos se acercasen, embarcaría con su mujer rumbo a Scandia, y desaparecería entre las escarpadas elevaciones nórdicas del oeste. Pero recordó a sus hermanas. No quisieron partir hacia el sur. El temor a los romanos las mantuvo unidas y permanecieron en Wulfmunda. Le asaltó una profunda melancolía. ¿Dónde estarían ahora? ¿Acaso eran madres con hijos? ¿Habían necesitado de su ayuda, carentes ambas de padre y de hermanos que las protegiesen...? La última palabra era siempre Cerunno. Sólo él podría haber preservado los restos de su familia. Sólo él podría haberlas protegido.

En ese momento se dio cuenta de que varios de los legionarios lo observaban. El centurión le lanzó una voz. Armin montó rápidamente. *Sleipner* cabeceó con salvaje brío. Una sola mirada del querusco bastó para que el centurión no olvidase aquel rostro desafiante, a la sombra de cuyas cejas halcónidas se ocultaba la eterna perfidia que siempre descubría en los enemigos vencidos por Roma. Al fin alguien con quien medirse. Al fin alguien con el suficiente coraje como para encarar la mirada del que fuera *aquilifer* de la Legión Quinta *Alaudæ*, el *primus pillus*, una de las uñas afiladas en la garra más fuerte del Águila del Imperio.

*

El verano había llegado a los valles. Las lluvias habían interrumpido su incesante ritmo, y el sol brillaba a menudo sobre los campos verdes. Los últimos preparativos mantenían a las legiones en marcha. Tiberio había fijado el momento de su partida.

Se sospechaba que sería un momento glorioso, a la manera de Drusus, por los puentes de Colonia en busca de Germania Interior.

La preparación estaba siendo meticulosa, y junto a todos los detalles que atañían a las tropas de tierra, Tiberio había dispuesto un plan mixto haciendo uso de la flota del Rhenus, que contaba con más de doscientas naves y cabida para diez mil legionarios y gran cantidad de provisiones. La flota partiría pocos días después hacia el *Oceanus Germanicus* del oeste, y una vez allí costearía en busca de la desembocadura del Albis, a principios de año, para navegar río arriba en busca de las posiciones alcanzadas por las legiones. Armin pensaba que eso era bueno en cierto modo para los germanos, si continuaban dejando desierta la ruta acostumbrada de Tiberio, pues una operación de esa envergadura requeriría cierta precisión, y el legado no podría permitirse el lujo de improvisar grandes despliegues por el territorio germano, dado que ello podría dejar a descubierto a alguno de los dos contingentes. De cualquier modo, Armin suponía acertadamente que Tiberio no hablaba en voz alta de sus verdaderos planes, y que tantas molestias tendrían algún significado estratégico. Normalmente, las campañas empezaban mucho antes. Tiberio esperaba sorprender a sus enemigos. Todo llevaba a creer que su plan era diferente a cuanto se había hecho con anterioridad.

Durante los días previos a la partida, Armin conoció una de las aficiones más amadas por los romanos, y una clase de espectáculo que exportaban con éxito a todos los rincones de su Imperio: los juegos. El anfiteatro de Colonia era lo bastante grande como para albergar a muchos miles de personas, y Armin asistió al juego favorito de Tiberio. Los osos se habían convertido en una gran atracción. A pesar de lo difícil que resultaba capturarlos vivos, las grandes trampas daban sus frutos, y en Colonia Tiberio disponía de media docena de osos de gran tamaño. Uno de ellos, al que llamaban Heracles, había despedazado a más de quince gladiadores desde la llegada de Tiberio. Se decía que pagaba cantidades exorbitantes por aquellos animales, y que algunos de ellos serían

revendidos en Roma. Tiberio dejaba que los gladiadores se enfrentaran prácticamente desarmados a los osos, a los que sus criadores hostigaban debidamente para que, llegada la hora de entrar en la arena, fueran feroces y estuviesen enceguecidos. En realidad, era una forma de justificar las ejecuciones militares. Allí morían muchos de los legionarios de bajo rango que, debido a las nuevas leyes del ejército respaldadas por Augusto, no podían ser ni torturados ni ejecutados a la antigua usanza. La mayoría de aquellos desgraciados eran inútiles infelices que habían caído en desgracia. Cuando uno de los centuriones se fijaba en un mediocre soldado y lo acosaba, podía tener dos destinos: que aceptase el trato recibido hasta que el centurión se olvidase de él, o que se debilitase y fuese acusado de inútil o de rebelde. En los dos últimos supuestos, los castigos se multiplicaban, y una insurrección en un momento de desesperación podía acarrear que fuese convertido en gladiador.

Armin asistió a la condena a muerte, *ad bestias*, de varios de esos hombres. Conocía a los osos. Algunos de ellos podían ser fieros en cualquier momento, pero en principio los osos optaban por la retirada, salvo que andasen desorientados, hambrientos, o en compañía de oseznos, y en tal caso las osas eran las peores. Tal era el caso de una de las piezas favoritas de Tiberio: una osa que había caído en una profunda trampa junto a su retoño. Bastaba con situar al retoño en una jaula en el centro de la arena, y dejar que la osa lo viese y lo oliese, para que, una vez suelta, su combatividad y su ferocidad se multiplicase y causase el espectáculo deseado, que a menudo los machos no llegaban a ofrecer. Algunas voces pedían desde las gradas un combate de osos, pero Tiberio adoraba a sus criaturas, y las consideraba uno de sus primeros botines. Algunos ladrones galos fueron ejecutados en el último combate que presenció Armin.

También allí pudo observar al odioso centurión. Disfrutaba con los juegos, hacía apuestas, gritaba, pero no movía los dos brazos con la misma agilidad. Uno de sus hombros parecía parcialmente inmovilizado.

—Todo el mundo habla de la caída de Germania, ¿y qué piensa Armin? —inquirió Vitórix.

—¿Y qué piensa Vercingetórix? —repuso Armin, esquivando la pregunta.

—Vercingetórix ha preguntado primero.

—Él está más cerca de los dioses, y sólo los dioses tienen respuestas para esas preguntas. Pero sé que Germania no será vencida. Conozco a sus pueblos, y Tiberio no logrará doblegarlos con cuatro legiones.

—¡Eso mismo dice Vercingetórix! —exclamó Vitórix con entusiasmo. —Pero todavía tenemos que aprenderlo todo de ellos... ¿Cuándo nos marcharemos?

Armin no entendió la pregunta.

—¿A dónde? La partida de nuestras legiones...

—No me refiero a esa partida. ¿Cuándo *abandonaremos* el ejército?

—No sé que quieres decir, Vitórix. Yo no me voy a marchar.

Una sombra de decepción veló los ojos azules del galo. Su sonrisa infantil se quedó colgando de su cara, mientras su mirada no ocultaba un repentino abatimiento.

—Sabes que debo salvaguardar mi familia, y que no me puedo marchar. Si lo hiciese ahora perdería a mi esposa. Estoy en las mismas circunstancias que muchos hombres mortales... los dioses no vendrán a resolver mis problemas.

—Pero tú me hablaste de Cerunno, y de la hora en la que los hombres dejarían de ser hombres mortales para ser dioses, de que llegaría nuestra hora...

—Esos eran los cuentos de un druida. No son la verdad.

Vitórix miró a Armin gravemente. —Vercingetórix me dice que no mientes, pero que te equivocas.

Armin no supo que responder.

Si Vercingetórix hablaba con su nieto Vitórix, entonces siempre le decía lo que éste quería oír. Por un momento deseó ser un loco, un feliz loco como su amigo, creyente de todas las cosas, conversar con los dioses y con los pájaros, no temer a la muerte.

Qué inmensamente rico era Vitórix, que no disponía de nada más por lo que preocuparse, salvo de sus propios sueños.

Pocos días después, las intenciones de Tiberio fueron reveladas a los altos mandos y las inmensas columnas de las legiones se movilizaron y partieron hacia Germania Interior.

OceanofPDF.com

LAS ÁGUILAS DE TIBERIO

OceanofPDF.com

I

V D.C. ROMA

(XIX)

Construí el Senado, y, adyacente a él, el Calcidico,

Y el Templo de Apolo con sus pórticos sobre el Palatinado,

Y el templo de Divo Julio, el Lupercal, el pórtico en el Circo Flaminio,

El cual permitiófuese llamado Octavio,

En honor a quien en el mismo lugar había edificado uno precedente,

Y la logia imperial del Circo Máximo;

El Templo de Júpiter Feretre y el de Júpiter Tonantis en el Capitolio;

El Templo de Quirino;

Los Templos de Minerva, de Juno Regina y el de Júpiter Liberator en el Aventino;

El Templo de los Lares al final de la Vía Sacra; el Templo de los Penates en la Velia;

El Templo de la Juventud y el Templo de la Magna Mater en el Palatino.

Res Gestæ Divi Augusti

OceanofPDF.com

II

V D.C. COLINAS DEL VISURGIS

El invierno a orillas del Visurgis fue todo lo duro que cabía esperar. Tiberio mandó talar los bosques en el entorno de la pradera que se había convertido en el emplazamiento escogido. Cerró el campamento con altas empalizadas, dispuso sus *tormenta* y esperó. Los legionarios aguardaron día tras día. A muchos les parecía que Tiberio había elegido la peor de las pruebas que podrían haber imaginado. Nadie, jamás, se había atrevido a pasar el invierno en el corazón de Germania. Durante aquellos meses se respiró un ambiente de molesta intranquilidad. El arranque de la campaña había sido espectacular y grandioso, y de pronto las cuatro legiones se quedaban inmóviles en medio del territorio enemigo.

El lugar escogido se hallaba al sur del monte Melibocus. Armin distinguía la cima del Monte del Oso, asomando por encima de las nubes. El campamento, sobre las praderas de unas lomas que se elevaban en la orilla izquierda del Visurgis, disponía de buena visibilidad. Armin sabía que detrás se extendían quebradas solitarias y un terreno escabroso que descendía en busca del siguiente gran río, el Albis, la frontera que, hasta entonces, los dioses habían impuesto a los sueños de Roma.

Los legionarios jugaban a dados, daban rondas por los fuegos que, noche tras noche, se encendían en la vía *prætoria*. La prueba consistía en ser capaces de resistir el crudo invierno de Germania,

conscientes de que en cualquier momento podría producirse un ataque masivo. Tiberio había elegido ese emplazamiento porque su objetivo era resistir, y no combatir, en la época de las nieves y del hielo. Había evitado la cercanía del monte Melibocus, con sus aserradas dentaduras boscosas y sus cúspides roqueras, para no despertar la belicosidad de los queruscos, cuyos clanes se asentaban ya en aquellas faldas y se extendían en el oeste, en los territorios cenagosos en el que tantos cursos de agua languidecían perezosamente hacia la patria de los amsívaros y los angrívaros, los hombres—caballo. Tiberio quería pasar desapercibido en el oeste, y se dirigía hacia su objetivo fundamental. A diferencia de Drusus, su ímpetu no era pasional, y el carácter de su conquista no revestía el furor de las campañas de Drusus. Su hermano había caído enfermo de ambición, y Tiberio siempre creyó que aquella aparición a orillas del Albis no había sido otra cosa que la maldición de su propia mente febril y la negación de los dioses a su caprichosa y demasiado a menudo afortunada tendencia a vencer. Mientras los días pasaban, veían cómo se encendían fuegos en los altos de colinas no demasiado distantes. Los signos de la vigilancia de los queruscos se multiplicaban. Los legionarios se inquietaban. Tiberio, como todos, era consciente de que con ello los queruscos demostraban que se reunían en gran número no muy lejos, a no ser que encendiesen más fuegos de los que ocupaban. De ser así, los queruscos estarían preparándose para un eventual ataque con la llegada de la primavera. Y aun en ese caso, nunca estaban totalmente seguros de que no se arrojarían contra ellos en pleno invierno.

La ruta fortificada recorría la orilla derecha del Rhenus frente a Colonia Agripina, se introducía como una garra en los valles sugámbrios, dominados por numerosas guarniciones romanas, y recorría algunas millas hasta desembocar en el valle del río Adrana, sobre cuyas colinas, ya cerca del Visurgis, se hallaba el campamento de Mattium.

Mattium estaba siendo durante aquel invierno un fuerte clave en la ejecución del plan de Tiberio. Sus murallas de piedra y sus

recintos ofrecían un poderoso bastión. Aquella plaza había sido fundada por Drusus, y representaba el dominio de Roma sobre Sugambria. La ruta que procedía del campamento de las legiones comandadas por Tiberio, que pasaba por Mattium y descendía hacia el Rhenus, era patrullada constantemente por unidades de tres a cinco cohortes. El abastecimiento del campamento pionero era continuo, y los ataques apenas se repetían. Los germanos conocían la ruta fortificada desde hacía años, porque Lucio Domitio había recurrido a ella para dirigirse hacia el Albis, y dejaban pasar de largo a las legiones.

Por fin el invierno remitió. Los largos días bajo cielos permanentemente nublados empezaron a dejar paso a breves intervalos de luz. El sol se asomaba en medio del rugido del viento, y la nieve comenzó a fundirse. Poco después llegaron las lluvias torrenciales, y las tormentas atronadoras. Tras un lapso de tiempo en el que el clima pareció suavizarse, y llegados los idus de marzo, Tiberio mandó levantar el campamento y poner en marcha a sus legiones.

Armin sintió un gran alivio al conocer el siguiente paso de Tiberio. Marcharían hacia el norte, hasta el Albis. Eso significaba que no atacaría a los queruscos, al menos de momento. Por la noche veían los fuegos encendidos en el oeste, mientras que en el este reinaba una fantasmal oscuridad. Las cuatro legiones formaron en marcha hacia el norte, y se encontraron a orillas del gran río del norte sin haber enfrentado resistencias considerables. Armin sabía que aquellas partidas de germanos no eran ejércitos sino sólo batidas de cazadores que trataban de hostigar a los romanos. A menudo escuchaban repentinos aullidos en los bosques, no sólo de lobos. El zumbido del *barditus* resonaba en la oscuridad, mas los oponentes no se enfrentaron abiertamente a Tiberio.

Atravesando praderas que parecían ascender hacia el cielo y descendiendo terrenos cada vez más verdes, evitando los grandes bosques, Tiberio y sus legiones llegaron a orillas del Albis.

Levantaron el campamento de nuevo. Una inmensa pradera yerma los rodeaba. Los árboles eran escasos en aquella región, y las sierras del monte Melibocus herían el pecho de las nubes en el suroeste. Lo que Roma había conseguido era abrirse un camino abandonado hacia el Albis, porque las praderas del Onestrudis no eran sino una ancha frontera poco definida entre los territorios de los clanes queruscos y las tribus que habitaban en el medio este: suevos, hermúnduros y semnónios. Sin embargo, el primer golpe de efecto llegó cuando Tiberio hizo saber que se dirigiría contra los longobardos, que habitaban más allá del Albis, en el oeste.

Pocos días después, Armin vio cómo las naves que Tiberio había mandado preparar y navegar hacia las desembocaduras del Rhenus aparecían en el río. Una repentina euforia invadió a los legionarios, que se habían mostrado inquietos desde que abandonasen sus posiciones del Visurgis. A partir de ese momento, su comunicación con las fortificaciones vigiladas y al alcance de las reservas de la frontera se había cortado. Contaban con un número limitado de provisiones, y si Tiberio deseaba hacer campaña iba a necesitar grandes cantidades de trigo, carne y toda clase de reservas.

Las naves fueron descargadas, y su mercancía más valiosa fue el coraje y la confianza que provocaron en los soldados.

OceanofPDF.com

III

VI D.C. ORILLAS DEL ALBIS

Una gruesa coraza de cuero, a la que le habían cosido placas de hierro, había renovado las defensas pectorales de Armin. Muñequeras con incrustaciones y un yelmo del que surgía la mata greñosa de sus cabellos castaños protegían al bárbaro decurión que combatía en las legiones. Vitórix, que ya era el *duplicarius* de la turma que comandaba, se erguía entusiasmado muy cerca.

Las turmas de la Legión Primera *Germanica* se habían desplazado hasta el flanco norte de unas colinas. La niebla continuaba flotando como un manto pesado que se replegaba hacia el oeste, por encima del cual la hoguera del ocaso había prendido y rojeaba. Las crestas difuminadas de los montes Melibocus emergían en el sur. Un aire húmedo, nórdico, a pesar de ser verano, caía con la llegada de la noche. Las hordas longobardas mugían. El *barditus* resonaba en sus escudos, y sus trompas de cuerno emitían una algarabía disonante y fantasmal. Largos y tétricos sonidos brotaban de la bruma como aullidos interminables que se extinguían con una cadencia repentina.

El ejército germano esperaba detrás de una estrecha llanura. Los vozarrones de los centuriones comenzaron a movilizar las acorazadas cohortes. Las unidades se pusieron en marcha con riguroso orden.

Tiberio había asediado a los longobardos día y noche. Consciente de que la sorpresa valía más que cualquier otro recurso, las máquinas de asedio habían barrido buena parte del territorio, obligando a los longobardos a emplear todas sus fuerzas en poner a salvo a sus familias en el monte Melibocus. Los queruscos habían empezado a acudir en ayuda de los longobardos, pero el avance destructor de Tiberio, que prendía fuego a cualquier rastro de aquéllos, puso a los longobardos en la difícil situación de enfrentarse a una batalla para la que no estaban preparados.

Las cuatro legiones lograron encarar a unos cuarenta mil enemigos. Pero Tiberio se hallaba en un terreno que le convenía, y amenazaba con empujar a los longobardos hacia el oeste, acto que sólo habría traído la destrucción de todas sus aldeas. Finalmente se había llegado a aquella situación y fueron los longobardos los que, después de convencer a Tiberio de que ese lugar sería el campo de batalla, esperaron a la caída de la noche. La luz jugaría a su favor, esperando deslumbrar a su enemigo. Apenas el sol empezaba a volverse rojo, cuando una gélida niebla se levantó y arrastró hacia las praderas más alejadas, donde se levantaban frondosos bosques, y ese fue el momento escogido.

Armin asistía a su segunda gran batalla, y su comienzo fue demasiado rápido en comparación a aquella en la que su padre se había enfrentado a Cayo Sentio Saturnio. Cuando las unidades de infantería empezaban a formar un casillero metálico que se alejaba por el campo agrisado hacia los muros de niebla que reptaban sobre los primeros conjuntos de árboles, un clamor se elevó y creció y una marea de caballos emergió a galope tendido desde el suroeste. Los *præfectus alæ* dieron la orden. Cientos de jinetes auxiliares y romanos cambiaron de posición e iniciaron un trote. Los *eques speculator* habían reconocido el terreno del campo de batalla, y se había declarado apto para un asalto de caballería. Al poco las primeras filas de *clibanarii* se abrieron y el clamor de los romanos ensordeció los oídos de Armin.

La orden de carga resonó.

Una barrera estrechamente cerrada galopaba ya de frente contra la caballería longobarda, que amenazaba con irrumpir aplastando las cohortes. Las frámeas apuntaron. Los escudos se alzaron. Vieron los ojos coléricos de los germanos en el último momento. Y un grano de arena después, el desastre estallaba como un rugido ensordecedor, y el sol era devorado por los gélidos penachos de niebla.

Astilladas, las pesadas frámeas quebrantaban y transverberaban.

Las cabalgaduras mugían y relinchaban furiosas.

Un impenetrable caos de tajos, gritos, sangre y muerte se batía alrededor como una tormenta. Armin sintió cómo una de aquellas puntas de acero pasaba rozándole la sien, a punto de reventarle el cráneo, para verse aplastado contra los brazos del longobardo que la empuñaba. No había logrado levantar la mirada, cuando *Sleipner* sucumbía y se derrumbaba, de pronto extrañamente exánime, inerte. No pudo saber por qué. La luz decrecía, eclipsada por cuerpos de caballos que pisoteaban caballos muertos y hombres heridos que empezaban a ser aplastados. Armin rotó sobre su cadera. La cabeza de una de aquellas bestias lo sacudió. La larga espada, empuñada a (los manos, caía junto a él. Las anchas patas, las lanzadas, el azote de las voces, todo giraba en el confuso campo de visión.

Por un momento se rindió.

Imaginó que pasaba desapercibido allí abajo.

Mas algo brotó del fondo de su pecho. Sus ojos se inyectaron en sangre, todos sus nervios relampaguearon y se alzó con un grito. Allí venía un longobardo a caballo haciendo molinetes con un hacha. Apuntó hacia Armin y su cabalgadura saltó hacia delante. Armin se contrajo, invocó a Wuotanc, gritó con furia, alzó la espada, ladeó su cuerpo y lanzó el mandoble.

La pata del animal cayó separada y el salpicón de sangre le nublo la vista por un instante. La cabalgadura rodó arrojando al ¡hiele. Gritando como un verdadero *berserker*, Armin fue hasta su enemigo con el arma en alto y la dejó caer sobre su cabeza. Apenas esto había sucedido, cuando nuevos jinetes amenazaron al último querusco. Tomó una frámea del suelo y la hundió en el pecho de un caballo. Éste se encabritó, desestabilizando al que lo montaba; Armin dio un mandoble en el costado. Amputó la pierna del jinete e hirió la montura, que relinchó fuera de sí, saltó enloquecida y derribó a tres cabalgaduras más.

Al poco descubrió que algunos miembros de su turma todavía se sostenían sobre sus cabalgaduras. Los queruscos de las legiones se defendían de la muerte.

*

A diferencia de Drusus, Tiberio no combatía en el campo de batalla. Se limitaba a presenciar el espectáculo, y a dar órdenes a sus generales, a los que recriminaba sonoramente si no veía suficientemente implicados. La batalla había acabado. Los longobardos huían.

Cuando los legionarios se replegaban hacia el alto mando, Armin creyó ver a Tiberio rodeado de generales y tribunos romanos. Nunca había experimentado una sensación semejante a aquélla.

Sleipner, desnucado, muerto, para que Tiberio, el enemigo de su padre, el enemigo de Germania, se anotase un nuevo triunfo con el que aproximarse a la gloria. Su caballo no era nada en medio de la inmensa pira de mortandades que debía reunir el legado imperial para que le concediesen el triunfo. *Sleipner* había sido sacrificado para que los dioses romanos fuesen inmortalizados, para que los vástagos de la familia imperial se engrandeciesen a costa de su sangre, y las tardes soleadas de Siga, los primeros pasos del potro,

los saltos y las carreras, y el aire que respiraron juntos... lodo ello no valía nada.

Armin se reunió los cabellos, desesperado, nervioso, se inclinó y arañó la tierra húmeda, a la que el paso de los ejércitos había arrancado la piel verde, y hundió los dedos en el barro. Alzó la mirada al cielo y encaró los rostros impenetrables de los dioses de Germania, cobrando forma en las nubes tormentosas, que lo observaban.

Reprimió un grito de ira que sólo habría logrado hacerle sentir demasiado humano e impotente ante el mundo.

OceanofPDF.com

IV

VI D.C. CARNUNTUM

Tiberio se dirigió hacia el noroeste. Recorrió metódicamente los territorios de los longobardos vencidos. Planeó una persecución minuciosa y destruyó todos los castros que aparecieron en su radio de acción. Las cuatro legiones trazaron un amplio semicírculo hasta las orillas del Albis y recorrieron de vuelta el camino hacia el este. Una vez allí, Tiberio recorrió la cuna del Onestrudis, desplegó las cuatro legiones y batió hacia el este en busca de los pueblos que los separaban de los marcómanos. El plan de Tiberio consistía en debilitar el oeste, asestar un golpe mortífero a los longobardos, que se creían intocables, y que quizá por ello habían tomado parte en muchas de las revueltas de los queruscos, con quienes mantenían una alianza, atemorizar a los vecinos de los marcómanos y al fin lanzar un ataque conjunto desde el Rhenus y desde el Danuvius contra el *rex Marcomanii.*

Los combates se multiplicaron. La campaña se recrudeció. Mientras retornaba hacia el Rhenus por el este, Tiberio se sentía más seguro. Sabía que la movilidad de las cuatro legiones era difícil de enfrentar siempre y cuando los germanos no reuniesen una de sus pérfidas alianzas, y el norte había sido desmoralizado.

Los hermúnduros fueron castigados por el destino y sufrieron a manos de Tiberio lo que los sugámbrios del implacable Drusus. Tiberio no estaba dispuesto a dejar que su ambiciosa campaña no se

saldase con las bajas requeridas. Los hermúnduros eran un pueblo germano que no había conocido a Roma. Casi no se habían enfrentado a Drusus, y sencillamente les había bastado con retirarse ante el avance de Lucio Domitio hacia el Albis. Habitaban en las faldas de los escarpados montes Sudeta, la frontera occidental de Boiohæmum, el territorio de los marcómanos, y sufrieron el avance de Tiberio. Incapaces de organizarse debidamente, apenas lograron presentar resistencia contra las legiones. Tiberio tomó confianza y separó las dos legiones para capturar la mayor cantidad posible de esclavos. Los germanos desconocían a su enemigo. Sentían pánico.

Las muertes civiles se contaron por miles, hasta que al fin, cuando llegó por el sur del río Sala la Legión Primera *Germanica* un gran número había logrado huir al norte.

Tiberio percibió el peligro de la insistencia y dio por concluido en pleno verano el curso de la campaña. Las cuatro legiones eligieron la ruta del Mœnus para descender hacia el Rhenus.

*

Había llegado la hora de la verdad. Tiberio recibió el consentimiento de Augusto y el beneplácito del Senado de manos de sus cónsules Marco Emilio Lépido y Lucio Arruntio: después de la victoriosa campaña, era el momento de asestar el golpe definitivo. Era necesario humillar a Marbod. Había desobedecido las órdenes de Roma, despreciado los honores entregados por Augusto e invadido un amplio territorio que se había convertido en una fortaleza natural.

Tiberio recordaba las últimas palabras de Drusus en el lecho de muerte. Drusus conocía a fondo el problema germano. La clave estibaba en debilitar el oeste antes de lanzar un ataque masivo contra Marbod, que se había erigido *kuninc* de un poderoso ejército con más de setenta mil hombres y cuatro mil caballos pesados.

El insaciable legado imperial veía al fin recompensados sus oscuros años de exilio, y la vuelta al poder empezaba a granjearle la promesa de un triunfo que le convertiría en el favorito de Roma.

Tiberio se desplazó junto a dos legiones por la ruta de Regina, Castra Batava y Lauriacum, siguiendo el curso del Rhenus hasta la cuna del Danuvius. Una vez en Carnuntum, reunió tres legiones más que aguardaban acantonadas en los campamentos de la provincia de Noricum. Con un contingente de cinco legiones bajo su poder, Tiberio se disponía a culminar la gran obra del norte. Cayo Sentio Saturnio ya se había puesto en marcha desde el Rhenus al mando de tres legiones con sus auxilia por el oeste. Marbod y los marcómanos se enfrentarían a ocho legiones, unos sesenta mil legionarios, con ocho mil caballos pesados.

Tiberio estaba seguro de su victoria.

Cuando las legiones de Tiberio se movilizaban en territorio marcómano, cruzando el valle del Danuvius, cuya cuna eran las verdaderas puertas orientales del reino de Marbod, y Sentio Saturnio iba a acceder desde el oeste, las noticias llegaron como un rayo que demolía de un golpe todos sus planes: Panonia se había levantado en armas. La magnitud de la catástrofe era tal, que Augusto pensaba que en menos de diez días los insurrectos, que se contaban por cientos de miles, echarían abajo las puertas de Roma, como centurias atrás había logrado un galo llamado Breno.

El pánico cundió en la capital del Imperio.

Tiberio fue designado legado imperial por Augusto, y el Senado revocó las órdenes contra Germania.

Una vez más, la suerte rescataba a Germania de ser conquistada de manera definitiva.

OceanofPDF.com

V

VI D.C. PANONIA

El gran levantamiento en armas de Panonia había adquirido proporciones gigantescas en unas pocas semanas. Augusto padecía pesadillas e *insomnium*: miraba hacia el este desde el Palatinado, y creía descubrir altas llamaradas que relamían la bóveda del cielo.

Los líderes del pueblo, con un panonio llamado Bato a la cabeza, desencadenaron allí una sangrienta marcha. Todo fue tan rápido que no hubo tiempo para maniobrar en medio del desastre. Las primeras oleadas de violencia se saldaron con el asesinato de todos los romanos que vivían en Panonia, Iliria y Dalmacia. El balance de la mortandad no era tan solo numérico: habían resultado muertos miles de romanos de importante alcurnia, algunos de ellos procedentes de familias patricias e influyentes en Roma, parientes de Senadores que, congraciados con los hilos del poder, habían logrado la oportunidad de mantener un cargo administrativo que prometía entregar pingües beneficios. Familias enteras habían sido pasadas a cuchillo. Los núcleos de población romanos del interior se habían quedado aislados y desprovistos de la protección armada de sus guarniciones. El éxodo hacia el Mar Adriático se produjo repentinamente. Pero muy pocos lograron hacerse a la mar, comprando los servicios de algunos pescadores sin escrúpulos que prometían llevarlos, costeando por entre la infinidad de islas desiertas, hacia el sur, hasta las islas griegas.

De cualquier modo, la rebelión se propagó. El descontento que había provocado la administración romana, el extenuante ritmo de pagos, las altas tasas de impuestos y la aplicación del sistema judicial romano, que no era sino una trampa para justificar todas las causas legales que pudieran beneficiar los pleitos de Roma o de los romanos, provocaron nuevas oleadas a lo largo del Agathyrsi. La costa adriática de Iliria titiló en medio de la noche con los fuegos de los incendios. Las *domus* romanas alimentaban el fuego de la venganza, que en aquella ocasión parecía insaciable.

Ajenos a toda negociación, perturbados y fuera de control, los líderes insurrectos de Bato surgieron de debajo de las piedras. La legendaria Macedonia, que estaba bajo dominio romano desde hacía tiempo, sintió que la sangre de los descendientes de Alejandro todavía era capaz de agitarse y tensar sus nervios: allí la insurrección creció y alcanzó el noroeste de Grecia, hasta invadir la ciudad de Apollonia, tan querida por muchos romanos que admiraban el pasado legendario del Peloponeso.

Tiberio deliberó con Augusto. Los mensajes del emperador eran muy alarmantes. El Senado pedía una intervención inmediata. No podría haber sucedido nada más desagradable para los planes de Tiberio, precisamente en el momento en el que estaba a punto de completar el sueño de Drusus. ¡Qué gloria se había escapado de sus manos, escurriéndose entre sus dedos como el agua o el aire...! La victoria sobre Germania había sido el sueño más codiciado de Augusto. Era la gran victoria de un gran romano. Por eso se la había concedido en un principio a su favorito, Drusus Claudio Nerón. En ella estaba contenida la leyenda de Julio César. Conquistar Germania era como continuar la tarea de Roma allí donde se detuvo el más grande de los romanos, el fundador de la familia imperial y el que clavó los cimientos del Imperio Romano. Vencer en el norte del continente significaba no sólo poner Roma a salvo de la amenaza permanente de los obcecados pueblos germanos, sino además finalizar el designio de los Césares.

Sin embargo, una vez más todo se torcía.

En medio de los apresurados mensajes que visitaban a Tiberio procedentes de Roma, y mientras dictaba despachos para las grandes unidades acantonadas en Mœsia, Tiberio aún tenía tiempo para sentirse fracasado. Si hubiese conquistado Germania habría entrado en Roma coronado por el triunfo, y sabía que Marbod no habría podido enfrentarse a su estrategia. La *toga picta* habría ondeado en nombre de la más grande de las conquistas, los laureles de Júpiter lo habrían coronado ante el propio Augusto.

Tiberio recapacitó y se aseguró del plan para aplastar la incendiaria insurrección de los panonios. Además de haber perjudicado seriamente los intereses de Roma, habían estropeado los planes de Tiberio, y eso significaba que su respuesta sería la más sanguinaria y terrible que pudieran imaginarse. Tiberio reunió a sus centuriones, tribunos y prefectos. Despachó nuevas órdenes para la incursión en Panonia, que tuvo lugar a los pocos días de llegar las ordenes selladas de Augusto y del Senado.

El legado imperial ofreció a Marbod una paz incondicional. y tuvo que renunciar a hacer exigencia alguna. En aquellos momentos, si Marbod hubiese decidido penetrar con su ejército en la frontera del Rhenus y en Panonia habría ocasionado un gran desastre. Tiberio sabía que en unas horas, el enemigo que había estado amenazando a punto de entrar en guerra se convertía en un claro peligro. Bastaba con que Marbod decidiera cambiar de opinión en los próximos meses para que los ejércitos de Roma en Panonia se viesen enfrentados desde las cuatro esquinas del mundo, y eso sin contar un eventual levantamiento en Noricum, la provincia montañosa al oeste de Panonia.

Aulus Cæcina Severo, gobernador pro—pretor de Mœsia, penetró en Panonia con sus legiones para respaldar la estrategia ideada por el legado imperial. Cæcina era un militar con pocos escrúpulos. De alguna manera, era consciente de las causas del levantamiento. Él mismo había señalado a dedo a multitud de los terratenientes que se habían quedado con la administración de las

provincias que rodeaban el este del Adriático. Los fértiles valles que se tendían como largas pistas boscosas desde las faldas de los Alpes Cárnicos, donde los ríos Murus, Dravus y Savus recolectaban cientos de afluentes para acabar vertiendo sus caudales en el Danuvius, eran una fuente de riqueza aparentemente inagotable para sus administradores. Para Cæcina era una cuestión personal llegar a pacificar la zona, pues se corría el riesgo de que las altas alcurnias de Roma descubriesen los fraudes en los que se incurría, a pesar de que las reformas en materia de impuestos llevadas a cabo por Augusto habían mejorado para bien de las arcas del erario público.

Cæcina solicitó inmediatamente y a instancias de Tiberio el vigor de los aliados de Roma. Las buenas relaciones con la aristocracia de Tracia dieron sus frutos, a cambio de una renovación de sus privilegios y de un cuantioso botín a costa de los propios macedonios e ilíricos. Cæcina prometió a los tracios que podrían realizar ingentes tomas de esclavos si vencían con Roma. Los príncipes tracios Rhœmetalkes y Rheskuporis penetraron por el noreste en el norte del Epyrum. Cruzaron los ríos Tyras y Pyretus con más de treinta mil hombres, rodearon la poderosa fortaleza natural de los montes Agathyrsi, y siguieron el caudaloso curso del Danuvius, que en aquella zona de su desembocadura era llamado por los tribalitos tracios el Ister.

Los tracios atravesaron los montes Hæmus y fueron instados por Cæcina a sofocar la rebelión de Macedonia y de Iliria, para evitar que a partir de ese momento los inmensos contingentes rebeldes pudieran reunirse creando una sola fuerza. Tiberio y Cæcina debían proceder pragmáticamente: primero neutralizar al enemigo, impedirle que se desplazase, después dividirlo, y, finalmente, aniquilarlo. Tiberio, además, estaba dispuesto a someter aquella tierra y su pueblo con un castigo ejemplar que no pudiesen olvidar jamás.

Augusto, consciente del peligro que corrían las fronteras de los Alpes, tomó medidas de seguridad semejantes a las que tuvieron lugar tras el desastre de Canse, ocasionado por Aníbal, cientos de

años atrás. Un edicto del Senado ordenaba la expulsión inmediata de numerosos esclavos y libertos de origen dálmata, panonio e ilírico.

Augusto declaró ante el Senado que los rebeldes podían estar a las puertas de Roma antes de diez días.

OceanofPDF.com

VI

VI D.C. GERMANIA

Mientras el levantamiento de Panonia se desarrollaba en sus primeras fases, Publius Quinctilius Varus fue nombrado nuevo pro—pretor de las Germanias, decisión de Augusto no poco influida por los lazos que unían a Varus con la familia imperial. Casado con Claudia Pulcra, hija de Marcela la Menor y nieta de Octavia, hermana del emperador, Varus había contado en todo momento con el beneplácito de la familia reinante para prosperar en los cargos del estado. Augusto, en parte contento con los resultados obtenidos por Varus en Siria, donde había logrado poner orden en un mapa reseco lleno de complejas vicisitudes raciales muy ajenas a la mentalidad de Roma, tomó la decisión en un momento en el que toda su atención estaba absorbida por el terrible conflicto de Panonia y su entorno.

Augusto se sintió seguro de las fronteras del Rhenus, en un momento en el que Marbod se había visto seriamente amenazado y a poco de perderlo todo, y cuando Germania Interior había sentido que las garras de Roma ya eran capaces de viajar hasta el lejano norte del Albis y subyugar a los pueblos de su entorno, como había sido el caso de los longobardos. De cualquier manera, los longobardos habían sufrido la sorpresa y la superioridad de las grandes unidades romanas, pero no habían sido domesticados, como era el caso, peor todavía si cabe, de los queruscos y de los

sajones, y de muchas otras tribus nórdicas del entorno del Vístula que ni siquiera conocían a los romanos, salvo de oídas, gracias a los cuentos de los viajeros. Todo ello le llevó a creer, de cualquier modo, que Varus podría ser la pieza idónea para el entorno del Rhenus y que, si bien no conquistaría el norte, al menos podía garantizar un paso más en la romanización: acostumbrar a los germanos a contar con Roma para dirimir todos sus asuntos, desde sus riquezas y su comercio, hasta sus asambleas de poder, sus conflictos territoriales y el pago de sus impuestos.

*

Lo primero que hizo Varus fue tomar una importante decisión que debía mostrar a los germanos que Roma había avanzado: a saber, la de establecer el nuevo campamento central de las Germanias en Mattium, con el pretexto de que la presencia del pro—pretor debería ser capaz de arredrar los ímpetus tribales. Varus entró en Germania con una mentalidad muy diferente a la de sus antecesores directos. No compartía ni las maneras ni la política de Lucio Domitio y de Marco Vinicio. Estaba convencido de que los pueblos bárbaros debían ser instruidos, y ocupó su nuevo cargo henchido del orgullo con el que había salido de Siria. Allí había acuñado una frase que pasaría a la historia: «Llegué pobre a una rica tierra, y me marché rico de una tierra pobre». Varus pertenecía a la alta aristocracia de Roma, y sus vínculos con la familia imperial le habían granjeado puestos de gran responsabilidad que le habían permitido, ante todo, amasar una inmensa fortuna personal.

Varus tomó por ello una decisión sorpresiva: decidió dar un paso adelante. Estaba seguro de que las victorias de Tiberio habían debilitado hasta tal punto a los germanos del oeste, que ya era posible y recomendable el empleo del derecho romano, como había hecho en Siria. Con ello pretendía persuadir al Senado de que su presencia representaría un avance en proceso de romanización de

las provincias de Germania occidental y continuar enriqueciéndose al mismo ritmo al que lo había hecho en Siria.

El sexto año tras la muerte de Cristo fue el peor año de Germania occidental. Si bien las campañas se habían interrumpido, Varus mantenía acantonadas seis legiones en el Rhenus, de las cuales tres se hallaban en Mattium, dedicando el uso de varias cohortes al empleo de las decisiones del nuevo prefecto provincial. Varus trató de convencer a los germanos de que la siguiente guerra no podía ser librada con armas, porque los contingentes romanos ya eran demasiado elevados, las rutas fortificadas estaban aseguradas, y el reciente golpe de Tiberio en el norte había infundido miedo a la gran alianza del oeste.

Por todo ello, los impuestos crecieron, y las legiones se encargaron de cobrarlos. El dominio de Mattium creció en círculos concéntricos sobre los cuales las cohortes iban dando sucesivas vueltas. Varus recurrió a la extorsión, e hizo uso de jefes influyentes, como Segest, para inmiscuirse en los asuntos familiares, que a partir de ese momento debían resolverse según las reglas del derecho romano. Abolió las decisiones de las asambleas de guerreros tribales, y procuró que las decisiones de los jefes que mostraban una relación proclive a los intereses de Roma fuesen corroboradas por la máxima autoridad, que era, por supuesto, él mismo.

Esperando los sobornos, aumentando las tasas, estimulando el cambio de mentalidad en los germanos, y tratando de cerciorarlos de que era mucho más rentable llevarse bien con el pro—pretor que recurrir a la traición, Varus empezaba a tener la sensación de que Drusus se había equivocado. Le pareció que las constantes disputas internas de aquellos ignorantes germanos eran idóneas para la aplicación del derecho romano, tratando de demostrarles que gracias a la *lex* romana evitarían muchos conflictos y robos internos. Los clanes ya no tendrían derecho a imponerse unos a otros, los que vivían en ciertas tierras no se verían obligados a abandonarlas cuando un jefe vecino se propusiese aumentar sus dominios, y Roma, la hasta entonces odiada Roma, sería un juez

digno de los intereses de todos aquellos hombres y mujeres, a cambio de un cierto grado de colaboración que se traducía en impuestos. En una palabra, el estado.

El sistema de derecho romano se revelaba como la excusa perfecta para convencer a los nativos de que eran unos ignorantes, y para persuadirlos de que jamás tenían razón y de que, lo que era aún peor, jamás podrían prevalecer sobre la razón romana, respaldada por las legiones. Varus lograba que muchos de los jefes germanos aceptasen su trato a cambio favores, y de este modo empezaba a inmiscuirse en los asuntos de los pueblos bárbaros. Supo de las naciones del oeste, de las antiguas alianzas, de la belicosidad de los queruscos, que sus druidas alimentaban con toda clase de advertencias, y se dio cuenta de que uno de los puntos más importantes de la romanización era eliminar a los guías religiosos mediante la implantación de los dioses romanos. Varus trató de convencerlos de que Augusto era un dios viviente, y de que su poder era más grande que el de Tor o el de Wuotanc, por eso Roma siempre vencía. El pro—pretor estaba decidido a implantar el culto al emperador, y sabía que ello ayudaría mucho más que las inútiles guerras, pues sólo conseguían cohesionarlos y convencerlos de la necesidad de unirse para luchar. Varus deseaba dominar la mentalidad de aquellos pueblos belicosos, para controlar de este modo sus armas, y aunque el trabajo parecía arduo, estaba seguro de que en pocos años obtendría lo que se había propuesto.

OceanofPDF.com

VII

VII D.C. ROMA

Con o sin razones, lo cierto es que una noche Póstumo, el tercer hijo de Julia, fue sorprendido tratando de violar a Livila. Había deseado a su prima desde hacía tiempo, y Germánico había sido consciente de que su hermana había jugado con el impetuoso Póstumo, divirtiéndose, como era natural en el carácter de ella, a costa de los sufrimientos de aquél.

Germánico recibió la visita de Póstumo antes de ser apresado por la guardia, y le juró por sus hermanos que había sido la propia Livila la que le había pedido que fuese aquella noche a escondidas hasta su alcoba. Sólo cuando estuvo allí, a punto de yacer sobre ella, su hermana gritó como una demente y la guardia, que parecía apostada en el pasillo a la espera de la señal, irrumpió en la alcoba de la joven. Póstumo reconoció haber herido a varios de los soldados antes de huir, pero dijo a Germánico que se entregaría para poder rendir las justas explicaciones ante Augusto.

Aquello sucedió una noche, y al día siguiente Augusto, después de escuchar a Póstumo, recriminó la brutalidad de éste y lo condenó al destierro indefinido en la isla de Planasia, una pequeña extensión rocosa en la que sólo perduraban unas ruinas prehistóricas. Augusto llevaba demasiados años escuchando provocadoras palabras acerca de Póstumo y recelando de entregar las armas a éste, y ese golpe de efecto cayó sobre la cabeza del

último hijo de Julia que podría haber presentado problemas a la sucesión imperial. En aquella ocasión, la artimaña de Livia, pues no era otra persona la que podía estar detrás de la trampa, había sido útil incluso para el emperador, que siempre detestó tanto a Póstumo, por su excesiva violencia, como a Claudio, por todo lo contrario. Mas Claudio no daba problemas y parecía sumido en su insignificancia, y eso le salvó la vida, mientras que Germánico acaparaba la atención.

Germánico, no obstante, callaba pero no olvidaba.

Después de que Julila, la hija de Julia, fuera falsamente acusada de adúltera por su propio marido, cuando las pruebas no parecían demasiado consistentes, el escándalo salpicó a varios senadores de inclinaciones republicanas. Como en el caso de Julia, varios de ellos fueron desterrados, y otros se suicidaron para dejar que su inocencia pesase sobre las espaldas de Augusto, a quien los ajusticiamientos del Senado jamás le resultaron penosos. En no pocas ocasiones había recurrido a las leyes para limpiar el Senado de miembros que lo convertían en una herramienta poco manipulable, y los escándalos, cuando menos, se revelaron muy útiles en medio de la estricta normativa moral de la *præfectura morum.*

La rivalidad entre Germánico y su tío Tiberio aumentaba. En las pocas visitas que Tiberio realizaba desde los frentes, Germánico se mostraba hostil y reclamaba cada vez con más insistencia las armas. Augusto reconocía las capacidades de su nieto, pero el hijo mayor de Drusus debía esperar algunos años; el emperador no estaba dispuesto a que, joven y sin experiencia, perdiese la preciosa vida como lo hiciera Cayo Julio en Armenia.

Tiberio se preparaba para sofocar el levantamiento de Panonia, pero la hora de Germánico se acercaba.

*

Sibilas agoreras vaticinaban toda clase de catástrofes a lo largo del Imperio, y se decía que una serpiente gigante había aparecido en medio de Alejandría, emitiendo un silbido infernal, mas Augusto no pudo resistirse a la insistencia de Germánico, que fue enviado al extrarradio de los combates de Panonia, para que adquiriese sus primeras experiencias militares.

Augusto se sirvió de algunos de los mejores y más veteranos centuriones, y envió una guardia personal de bátavos que debía velar por Germánico día y noche. Quería que se adiestrase en el cálculo de las grandes unidades, y ante todo que estudiase el ejército, pero que no se implicase en los combates, y prohibió a su nieto, obligándolo a proferir los más increíbles juramentos, que en ningún momento se aventuraría en busca de los frentes. Germánico practicó con sus guardias, estudió lo que le pidieron y vistió la coraza de plata repujada que perteneciera a su padre, y antes al mismísimo Julio César, y en la que parecía la cabeza de la hermana mayor de las gorgonas, Medusa, con sus ojos vacuos, cavidades lucífugas, recubiertas de esmalte negro, que trataban de convertir en piedra al que miraba en sus abismos. Era una metáfora adecuada para el ambicioso guerrero que la vestía, pues el horror de Medusa debía paralizar a los rivales que a su portador se enfrentasen. Otra vez el yelmo con las hazañas de Perseo brilló coronando al hijo de Drusus, y muchos lo miraban como si fuese el retorno a la vida de su padre, tal era el parecido que lo caracterizaba.

Antonia había pedido a Germánico que no vistiese las mismas armas que Drusus, temerosa de cuanto le había acontecido a aquél. Pero Germánico le respondió con firmeza:

—Madre, ha llegado el tiempo en el que las decisiones de Germánico serán sólo de Germánico. Y ha decidido vestir las armas de su padre. No creas en maldiciones ni en presagios bárbaros: si mi padre hubiese muerto de cualquier otro modo, no las llevaría puestas. Pero mi padre murió con ellas. Porque su obra quedó inacabada. Por eso Germánico las vestirá ahora y no se las retirará hasta que haya logrado el triunfo que su padre dejó en manos de otros más indignos. Y sólo cuando haya completado ese designio

abandonaré la cabeza de la Gorgona como símbolo en el campo de batalla, para vestir el sol de la victoria en una coraza de bronce.

—Hijo, yo te ceñiré esa coraza solar el día en que te vea convertido en un emperador —le respondió su madre llena de orgullo. Claudio le entregó a su hermano los informes que, devotamente, había preparado sobre el frente; y el sueño de los hijos de Drusus empezaba a hacerse realidad.

Germánico parecía al fin determinado a ganarse la confianza de su abuelo y la del pueblo de Roma, y renunció, muy a su pesar, a huir en busca de los frentes en los que demostrar su valía y el furor de su brazo. Se dio cuenta de que ante Augusto la paciencia y el saber esperar eran cualidades casi tan importantes como el ímpetu bélico, y aguardó con la perseverancia de un halcón que permanece inmóvil en las corrientes de aire que le son propicias, mientras las legiones avanzaban por todo Panonia, Macedonia e Iliria, devastando los ejércitos insurgentes, cercando sitios y asedios, castigando al pueblo rebelde.

OceanofPDF.com

VIII

VII D.C. ROMA

(XXIX)

Vencido completamente el enemigo, Recuperéde la Hispania, la Galia y los Dálmatas, Muchas insignias militares perdidas por otros jefes.

Obliguéa los partos a restituir las Águilas de tres ejércitos romanos Y a solicitar la amistad del Pueblo Romano.

Repuse esas insignias en el interior del Templo de Marte Ultoris.

Res Gestæ Divi Augusti.

OceanofPDF.com

LA ODISEA

OceanofPDF.com

I

VI D.C.

A orillas del Nova Arminius había partido contra Marbod con la Primera Legión *Germanica* desde la frontera del Rhenus, después de haber descendido por la ruta fortificada del Mœnus y de haber participado en los combates aislados que Tiberio había desarrollado contra los hermúnduros. Tras unos meses acampados en Moguntiacum, y mientras Tiberio organizaba en Carnuntum la gran campaña contra los marcómanos, llegó la noticia de que Panonia entera ardía. El levantamiento obligó a Tiberio a cambiar de planes cuando Arminius, recientemente nombrado tribuno de caballería gracias a la intercesión de Veleius Paterculus, quien celebraba sus brillantes intervenciones en la batalla contra los longobardos, se dirigía hacia los montes que los separaban del Boiohæmum. Atravesaron los territorios boscosos de los turgones, helvecios y varistios hasta las puertas del Reino de los Marcómanos, una abertura entre los extremos de los montes Gabreta y Sudeti por cuya cuna fluía el río Nova en busca del Danuvius.

Fue en ese momento cuando el destino cambió.

Armin era comandante de un ala *quingenaria*, formada por quinientos doce jinetes, todos ellos germanos de origen querusco,

tubantio, brúctero y sugámbrio. La unidad auxiliar de caballería pesada era una imponente arma en sí misma. Pero Armin, además, participaba en las reuniones externas del alto mando como tribuno del general Veleius Paterculus, y allí veía a menudo a Cayo Sentio Saturnio.

Aquel había sido vencido por su padre, y odiaba el nombre de Segimerus Cabeza—de—Lobo. A juzgar por las leyendas que circundaban el ejército, nadie sabía a ciencia cierta si Segimerus había muerto o no, pero a Sentio Saturnio le agradaba hacer comentarios despectivos acerca de los queruscos. El romano guardaba un evidente rencor contra aquel pueblo que ya en demasiadas ocasiones había contradicho los designios de las campañas militares. En una ocasión habían puesto en apuros las legiones capitaneadas por Drusus, que los venció con astucia y una temeraria valentía Posteriormente habían enfrentado a Tiberio en el Amisia, habían importunado a Lucio Domitio y despreciado a Marco Vinicio. Por todo ello se alegraba de contar con jinetes queruscos en las legiones, pero desconfiaba de ellos. Al margen de eso, fue el momento en el que la fidelidad de Paterculus quedó manifiesta. Si hubiese revelado la verdadera identidad de Arminius, sus días con vida habrían podido contarse con los dedos de una mano. Saturnio no habría consentido que el hijo de su enemigo estuviese al mando de un contingente de tropas auxiliares tan numeroso, y ya sin ser consciente de ello tenía sus reservas ante la decisión de Paterculus, pero la dio por buena en nombre de la intachable reputación militar de aquel aficionado a la historia. Durante su estancia en el campamento de Moguntiacum, Armin oyó hablar de otro importante jefe de tropas auxiliares de la Doceava Legión *Fulminata*, de brillante reputación, llamado Flavus. También era un querusco. Tenía fama de ser un formidable jinete y domador de caballos salvajes, y debía ser un guerrero implacable, que complacía los deseos de Roma. *Flavus, Leonado, Rubio.* Armin no logró averiguar mucho, y por más que interrogó a algunos romanos, no obtuvo respuestas satisfactorias.

Poco tiempo después, cuando Armin creía que el estallido de la rebelión le libraría de la guerra contra los territorios marcómanos y podría volver al Rhenus para continuar con su vida en Siga, y decidir si desertaba con Thusnelda en busca del lejano norte de los sajones en el Quersoneso Címbrico, Tiberio pedía dos legiones de refuerzo para el oeste de Panonia a Cayo Sentio Saturnio. Y una de ellas era la Primera *Germanica.*

Cuando todo parecía que iba a finalizar, se producía el verdadero comienzo de la odisea de Arminius.

OceanofPDF.com

II

VII D.C. NORICUM

Las dos legiones abandonaron el mando de Cayo Sentio Saturnio en Moguntiacum, donde permanecería este general para vigilar cualquier movimiento sospechoso por parte de las fuerzas de Marbod y poder ocasionar un ataque por alcance si se desplazaban hacia Noricum y Panonia, traicionando la espalda de Tiberio.

Armin vio gigantescas montañas en el sur. Eran las fuentes del Rhenus. Una inmensidad rocosa se alzó ante sus ojos. Le habría gustado ser libre para cabalgar hacia aquellas cúspides y perderse en sus valles nublados. El paso cadencioso de las legiones recorría la ruta que llevaba a las grandes unidades por el norte de Rætia y de Noricum y la frontera de Germania oriental.

La calzada los condujo desde Novomagus, a orillas del Rhenus, hasta Murra. Desde allí, las legiones avanzaron por terreno salvaje, pero conocido, en las laderas de los helvecios, por las que fluían numerosos ríos de difícil paso, hasta que alcanzaron las orillas del Danuvius, en los campamentos de Regina. La calzada seguía en línea recta hacia el este por la orilla sur, pasando por Castra Batava, Lentia y Lauriacum, una importante ciudad, aunque ninguna de ellas poseía el encanto de Colonia. La siguiente etapa los llevó por Trisagum y Vindobona hasta los grandes campamentos de Carnuntum. Toda aquella frontera estaba fuertemente vigilada. Muchos de los ríos que venían al encuentro

del Danuvius procedían de una espesura llamada Luna Silva. Las nubes parecían demorarse eternamente en el reino de los marcómanos, incitadas por las grandes cordilleras del sur y por el círculo de piedra que creaban los montes Sudeti, Gabreta y Asciburgius.

Una vez en Carnuntum, las legiones permanecieron poco tiempo acampadas. Tiberio ya había entrado en Panonia. Armin escuchaba noticias de los encarnizados combates. Las dos legiones recientemente llegadas descenderían por las faldas hacia el sureste y hacia Panonia Superior, disuadiendo a los tauriscos de Noricum, dando seguridad a Vinurum y Noreia, que vigilaban la calzada que atravesaba las grandes montañas, y actuando como refuerzo del avance de Tiberio por la fértil cuna de Panonia Inferior, por donde descendía recorriendo el cauce del Danuvius. De esta manera, en cualquier momento podrían atacar las posiciones que pusiesen en peligro el avance del *legatus imperialis* o arremeter contra un eventual levantamiento de los tauriscos.

El contingente de las dos legiones se repartió para barrer el entorno del lago Flexum. Desde Carnuntum, la Legión *Galica* tomó la calzada del suroeste hasta Arabona, desde donde descendieron por Mursela hasta Savaria, la capital de Panonia. La *Germanica*, a la que pertenecía Armin, fue la que avanzó directamente hacia el sur en busca de Savaria. El objetivo de Tiberio era asestar un segundo golpe contra la capital de Panonia Superior.

Los enfrentamientos fueron aislados. Las inmediaciones de la calzada, en torno a la cual se habían levantado aldeas, eran una miserable sucesión de restos y despojos. Los legionarios iniciaron su avance destructor. Los jinetes de reconocimiento, llamados *eques speculator*, avanzaban desplegados a ambos flancos, mientras el grueso de las cohortes desempeñaba sus tareas. Tiberio había ordenado que no dejasen nada en pie a su paso.

Las columnas de humo ardían tras ellos. Incendiaban campos, pues no había nada que saquear, dado que los habitantes se habían

refugiado en las faldas de las montañas, como animales salvajes, hasta que todo pasase. Armin asistía al espectáculo sobrecogedor, a la espera de las verdaderas batallas. El acto destructor parecía un placer impagable para muchos de aquellos soldados. A pesar de ser disciplinados, los legionarios disfrutaban con las órdenes. La legión se convertía en una marea aniquiladora.

No encontraron resistencia alguna hasta que llegaron a Savaria. La Legión *Galica* se reunió a escasas millas de la ciudad. El arrastre de las máquinas de asedio por las calzadas había resultado sencillo, empujadas y protegidas en el seno de las cohortes. Parecía evidente que un gran contingente rebelde había vuelto a reunirse tras el ataque de Tiberio. La guerra de Panonia era un trabajo arduo, dado que la provincia entera parecía haberse levantado en armas; cuando un fuego parecía haber sido sofocado, ardía otro a unas pocas millas.

En Savaria se había concentrado una gran fuerza. Una vieja muralla raída por el tiempo encerraba la ciudad con un anillo protector. Las hiladas de mampostería hablaban de un tipo de construcciones que Armin no había visto nunca. Desde que comenzara su viaje en Moguntiacum, había presenciado una transformación notable del paisaje, pero ciertamente la metamorfosis de las personas y su forma de emprender la ejecución de las grandes obras era lo más destacado. Los hombres de Germania vivían en el *interior* de la naturaleza, apenas hacían uso de la piedra para los muros básicos de sus mansiones y palacetes más ostentosos, pero la madera, las pieles, la paja, eran los protagonistas de su arquitectura. Y ello sin contar las poblaciones lacustres de los germanos, donde sólo se empleaban los materiales ligeros.

Las construcciones de los romanos eran mucho más sólidas, pero después de abandonar la frontera del Danuvius y de ver aquellos montes de tierra oscura al otro lado, protegiendo a Marbod y su reino, Armin tuvo la sensación de que entraba en otro mundo. La piedra era térrea y cobraba mucho protagonismo. En Panonia había construcciones robustas, ajenas a la naturaleza, con techos de

piedra y arcos de rara factura. Cuanto se había figurado que era exótico y distante, cobraba forma a su alrededor entre los despojos de una provincia desolada. La muralla de Savaria tenía más de un siglo de antigüedad, y había sido reconstruida en numerosas ocasiones. Disponía de altos contrafuertes sobre los que se tendían voladizos protegidos por escuadras de madera, desde las cuales los arqueros eran capaces de abatir cualquier intruso.

Las puertas de la ciudad se cerraron antes de que llegasen, y aquella misma noche escucharon toda clase de gritos e insultos que procedían de su interior. El asalto habría sido un suicidio, y Armin escuchó el relato de Numancia, que Veleius Paterculus le refirió con gusto. Numancia, una plaza fuerte de los pueblos nativos de Hispania, resistió a numerosos asaltos tras la muerte de Viriato, hasta que decidieron cercarla. A Armin la historia no le resultó tan novedosa. Todavía recordaba vivamente el relato que le refiriera Cerunno sobre el sitio de Alesia, el alto castro en el que los héroes de Gergovia, con Vergingetórix al mando, tuvo que capitular ante Julio César, para convertirse después en una víctima del insaciable orgullo del general romano. Sin embargo, y a pesar de los relatos de Paterculus, Armin se dio cuenta de que no iba a presenciar nada tan deshonroso, porque Tiberio deseaba obtener una victoria rápida, y nadie dudaba de la capacidad de las máquinas de asedio.

Éstas llegaron al fin, chirriando, arrastrándose por las calzadas. Eran torres de asalto cargadas con toda clase de parapetos reforzados con parches de cuero endurecido y placas de hierro.

Algunas tenían cuatro pisos y eran tan altas como la misma muralla que se proponían superar. Otras gruñían, desplazándose sobre ejes de ruedas dentadas, especialmente recortadas para poder avanzar con seguridad por pendientes y terrenos embarrados. Armin se vio tirando de ellas, junto a Vitórix y otros muchos miembros del ala de caballería. Cuando cientos de legionarios lograron emplazarlas, ya habían pasado dos días, y los generales no querían perder el tiempo.

Para abrir brechas en los cinturones defensivos enemigos los romanos dispusieron varios arietes, en sus distintas modalidades y formas. Consistían en unas vigas de madera, largas y duras, cuyos extremos estaban revestidos con un mitón metálico, de hierro o bronce, con forma de cabeza de carnero. Los arietes iban a ser empujados hasta la base de las puertas de varios modos, algunos de ellos cargados al hombro por los *milites*, que luego procederían a golpear las puertas. Cuando el ariete era suspendido a un armazón de madera recibía el nombre de *aries pensilis*; se ataba la parte posterior de la viga con sogas, se tiraba de él, y se soltaba produciéndose el golpe contra el objetivo. Si era provisto de ruedas o troncos para facilitar el desplazamiento del mismo se le denominaba *aries subrolatus.* Pero el sistema más complejo y seguro para los soldados que estaban al servicio del asedio era, a los ojos de Armin, el testudo *arietata*, donde los *milites* operaban protegidos por una cubierta móvil revestida con materiales ignífugos; en esta clase de artilugio, la percusión de la cabeza metálica era provocada con dos fajas de sogas que tiraban del ariete adelante y atrás. De cualquier modo, Armin estaba seguro de que aquellas unidades recibirían muchas bajas. Veía entre los soldados que participaban en tales maniobras a los más miserables en todo sentido; no sólo eran personas implacables que disfrutaban matando: eran miserables porque no les importaba morir como esclavos de Roma. Imaginó lo que significaba para un niño, una mujer o un hombre ajeno al ejército cruzarse en mala hora en el camino de uno de aquellos legionarios. Y sus centuriones eran como ellos, multiplicados por cien.

Pero para el asalto de las murallas enemigas la clave eran las torres móviles. Construidas de madera, con una altura superior a la de las murallas a las que se querían acceder, Paterculus le explicó que estaban revestidas de material refractario y placas de metal. Las escaleras accedían de un piso a otro por su interior, y disponían de numerosas troneras por las que hostigarían al enemigo. Montadas sobre ruedas pesadas, las torres eran empujadas por soldados con el auxilio de animales de cuyos arreos partían largas cuerdas con

poleas y manivelas. Una de las torres, de grandes dimensiones, disponía de un ariete en la base, y Armin estuvo seguro, por su posición, que esa sería la encargada de arremeter contra las puertas de la ciudad.

Por último contaban también con cientos de escalas de madera, cuerda o cuero, y con una estructura de gran altura llamada *scala speculatoria*, que era una especie de carretilla con un entablado enclavado en la cumbre, sobre la que un soldado era puesto con funciones de observación para asesorar desde aquella posición acerca de los movimientos del enemigo detrás de la muralla.

Además, y para acercarse a las líneas de alcance de los arqueros apostados en las murallas con el menor peligro posible, se habían desplazado hasta allí una serie de mamparas de madera, recubiertas de pieles, llamadas *vinea* si eran fijas, y *porticus*, si eran móviles.

OceanofPDF.com

III

VII D.C. ASEDIO DE SAVARIA

Cinco *alæ* de caballería rodearon el perímetro de la ciudad para cortar el paso a los que tratasen de huir. En aquella clase de asaltos a plazas protegidas, la caballería tenía poco que hacer, salvo que los generales requiriesen sus servicios como soldados de infantería, y no fue el caso.

Desde su posición, Armin presenció el espectáculo con privilegiado punto de vista. Se alegraba de no tener que participar en aquella clase de asalto, que no tenía absolutamente nada que ver con sus recursos militares. Se había percatado de que el ejército contaba con una serie de profesionales muy bien pagados y que se desplazaban de una a otra legión cuando sus servicios específicos eran requeridos. La mayoría de aquellos *sesquiplicarii* y *principales* eran ingenieros.

Al romper el alba, el trompeteo romano tocó y se inició el desplazamiento de las máquinas.

Primero avanzaron varias cohortes formando grupos *en tortuga* de veinticuatro soldados, o arrastrando los *porticus* hacia las murallas. Los panonios no tardaron en responder y en medio del bramido metálico de sus trompas las lluvias de flechas comenzaron a silbar. Un creciente ruido anunciaba que la ciudad ya estaba despierta y que se preparaba para enfrentar el asalto. No parecía

que hubiese demasiadas bajas entre los romanos, que se habían apostado a escasa distancia de las murallas, cuando las grandes torres iniciaron su ruta. Muchos de los legionarios que formaban en las tortugas hacían lo imposible para preparar el terreno que las ruedas de los arietes y de las torres iban a recorrer. Algunos caían alcanzados. Otros compañeros los recogían. Las máquinas avanzaban. Al cabo de poco tiempo, Armin contempló la salida del sol. El este se prolongaba llano como una alfombra parda que se desvanecía en el infinito, cuando el disco de fuego rojeó prendiendo en las tinieblas. Un resplandor de bronce se propagó a lo largo del horizonte y las estrellas matutinas palidecieron en el Oriente; Helios, el *Sol invictus*, irrumpía en el cielo y todas las joyas de la noche debían desaparecer, ser borradas y olvidadas, ante el intenso resplandor de la divinidad suprema. Armin sentía que el sol brillaba de otro modo en aquel nuevo paisaje, que surgía con una energía renovada desde los dominios nocturnos, y pensó que otros dioses se apoderaban del mundo.

El clamor creció como el resplandor del ojo solar. Se asomaba parpadeando para contemplar los sacrificios que, en su nombre, cometerían generosamente los hombres mortales para mayor gloria de dioses omnipotentes e imperecederos.

Las balistas de las cohortes comenzaron a gruñir, tensarse y zumbar. Los proyectiles de fuego surcaban el hermoso cielo como si fuesen los venablos que arrojaba Júpiter desde el horizonte, y los romanos rugieron y se encolerizaron. El fuego de los proyectiles empezaba a saltar en llamaradas después de alcanzar los tejados o de penetrar en las casas, donde causaban enormes destrozos. Las torres se acercaron con suficiencia. Diez cohortes enteras bramaron en busca de sus bases. El zumbido de los arcos, la caída de las lanzas, las piedras, todo crecía como si un nuevo mar tormentoso se agitase en medio de la llanura. La torre más grande se había apostado frente a las puertas de Savaria, y el ariete comenzó a golpear la madera, atrancada en su cara posterior. Una de las torres, no obstante, resultó enganchada gracias a un garfio del que tiraba una maroma y varios cientos de manos panonias. La torre se

tambaleó. Los legionarios entraron en su base todo lo rápido que pudieron, hostigados por un centurión llamado Cazarratas. Éste sabía que si el peso de los legionarios inundaba a tiempo la torre, los enemigos no lograrían tirar de ella con bastante fuerza como para hundirla. Pero las órdenes de Cazarratas llegaron tarde. La torre se levantó de un flanco. Los legionarios corrían escaleras arriba. La maroma fue más fuerte, y la torre crujió como un coloso herido. Torció. Varios soldados se precipitaron al vacío. Comenzó a caer ganando fuerza. Abajo muchos de los soldados, que se cubrían con los escudos para protegerse de la lluvia de flechas, no entendieron el estrépito general. Gritaron algunos al levantar la mirada. Cazarratas comprendió que era su última hora. Recordó las heridas infligidas, las matanzas, los ajusticiamientos, y el momento más horrible de su vida, la pérdida del estandarte de la Quinta Legión, el Águila de Plata. Todo centelló en su mente y gritó con furia desorbitando los ojos. La torre se vino abajo, pero en su camino golpeó a otra de las torres, se quedó enganchada, llovieron pedazos de su fuselaje antifuego. Las enormes vigas que componían el armazón de la estructura crujieron cediendo. Cazarratas corrió excitado y se apartó, e invocó a Júpiter, agradecido por haberlo librado de la muerte, una vez más.

La siguiente torre estaba herida. Gracias al derrumbamiento de la otra, parte de su fuselaje protector había saltado por los aires. Las flechas y las lanzas penetraron en ella, arrojadas con saña por los panonios contra los legionarios que se amontonaban en su interior esperando para poder lanzarse al asalto desde arriba. Había gritos de muerte. Las puntas de acero se abrían paso ensartando a los romanos. Dos legionarios fueron alcanzados por la misma flecha, que había atravesado la pantorrilla de uno y se había hundido en la de otro que estaba justo detrás. Otros comenzaron a dejarse caer escaleras abajo para evitar ser alcanzados por la lluvia mortífera, a la que se unió el fuego griego a base de resina.

Las demás torres no habían sido alcanzadas por el infortunio, y docenas de legionarios ya habían logrado invadir los altos de la muralla, e impedían el trabajo de los arqueros, enfrentándose

cuerpo a cuerpo. Las cohortes cobraron coraje en algunas zonas del muro y empezaron a apoyar sus escalas y a trepar por ellas. Armin contemplaba cómo los legionarios, después de soportar la cruda embestida inicial, se habían hecho con el control del asedio. Las balistas no cejaban en su empeño. Sus disparos eran cada vez más ligeros, para no dañar a sus propias tropas, y procurar que los lanzamientos impactasen en el corazón de la ciudad, donde ya se habían alzado varios incendios.

La puerta cedió al fin.

Miles de romanos y galos empujaron por allí hacia el interior.

El clamor alcanzó su máximo apogeo.

La lucha se libraba ahora en las calles principales de la ciudad, a través de las cuales avanzaba una marea mortal. Fue entonces cuando Paterculus ordenó a las alas de caballería que rodeasen el perímetro de piedra en busca de la otra puerta, para reforzar su presencia. Cuando Armin y Vitórix llegaron allí, las puertas ya se habían abierto, y un gran contingente de caballos avanzaba abriéndose paso por entre las guarniciones de caballería que, todavía escasas para contenerlos, vigilaban las puertas. Armin no se sorprendió de cuanto veía. Los panonios parecían así de vulgares a sus coléricos ojos: abandonaban la ciudad, dejando atrás a todos sus ancianos, mujeres, niños... y trataban de huir a otra plaza fuerte. Gracias a que ellos habían resistido en la ciudad, toda esa pobre gente sería a hora la verdadera víctima inocente de las legiones.

Podían haberse evitado todas las violaciones y los asesinatos, todas las humillaciones sin medida. Aquellos hombres eran hombres despreciables al entendimiento de Armin. ¿Para qué se servían de una ciudad amurallada? ¿Para abandonarla en cuanto las cosas se ponían difíciles? Eran caudillos mediocres, héroes populares que no sabían nada de armas ni de razones humanas, o, como decía Alfmund, el maestro herrero y amigo, la escoria que hay que retirar para obtener el verdadero metal y el secreto del acero, y él comenzaba a entender sobremanera las razones y

principios de las grandes unidades, la inutilidad de ciertas defensas y reacciones, la conveniencia de otras.

Armin apuntó con la larga espada y comenzó a trotar, dando el grito de asalto a sus turmas. La ira primigenia asomó a los ojos halcónidos del querusco. Un temblor ascendió de la tierra.

Aquellos insensatos no merecían vivir.

Un libertador no podía permitirse el lujo de fallar...

OceanofPDF.com

IV

VIII D.C. SAVARIA

«Bienvenidos al fin del mundo, decía Cerunno al final de la batalla... Bienvenidos a la hecatombe con la que los hombres—dioses celebran la vida y la muerte. Bienvenidos a la venganza de los poderosos. Malditos sean los que penden coronas en la frente helada de los inocentes...».

Armin recorría las calles de Savaria. Sus ojos avanzaban por un horror inefable. La indiferencia con la que era capaz de verlo sólo respondía a una ardua formación que el mundo se había encargado de darle desde muy pequeño. Conocía el filo y la muerte, sabía lo estrecha que era la frontera que separaba la eufórica alegría de su último aliento para quienes respiraban.

A su alrededor, tendidos, había mil cuerpos mutilados, diez mil miembros esparcidos, charcos de hedionda muerte a los que vendrían a abrevar las criaturas más inmundas. El fuego, que decrecía en algunas partes, había calcinado los cuerpos de los que fueron colgados. Algunas ancianas esparcían un llanto incontrolado y atroz. Los ecos resonaban asimétricamente, recorriendo el laberinto de ruina y destrucción en el que una maléfica Ariadna había encerrado a todos sus Teseos malditos. El caballo avanzó hasta donde las puertas habían sido abiertas. Algunos legionarios se entretenían arrancando lo que podía considerarse de algún valor. Se oían gritos y risas. Algunos pasaban junto a Armin como si aquello

fuese el espectáculo más normal del mundo, y de hecho el más conveniente para quienes visitan demasiado a menudo los ardientes, encarnizados campos de batalla de Roma... ¿Qué mejor que encontrarse en el lado de los vencedores cuando sucedían matanzas con las que los hombres daban forma al destino, absurdo y caótico, de su mundo? Se cruzaban con la mirada fatalista y turbia de Armin, en cuyos brazos y rostro aparecían los rastros sanguinolentos del que ha participado en la brutal tarea. Pero él había ajusticiado a los despreciables jefes. No sabía decir por qué, pero junto al profundo asco que sentía por sí mismo, había odiado a los panonios, y su furor en el combate había alcanzado extremos que desconocía. En cada momento tenía en cuenta la cobardía de aquella huida, la inutilidad de aquel levantamiento, la fatalidad del mundo entero, que se le enrollaba en torno al cuello y amenazaba con estrangularlo. Qué náusea se apoderaba de las profundidades de su espíritu con cada grito...

No le encontraba sentido al mundo.

¿Por qué estaba allí, ensangrentado, en brazos de sus enemigos...? Servía a Tiberio Claudio Nerón, un privilegiado aristócrata, y él, Armin, un querusco, estaba allí matando para él. ¿Valía la pena Thusnelda y el respaldo de la familia de Segest? ¿Justificaban esos intereses personales la asquerosa decadencia a la que se entregaba, hundiéndose en el fango...?

Las ciénagas de Wulfmunda se abrieron ante él, y, en medio del lodo, apareció el rostro de Cerunno, reflejado en las aguas pútridas. Los ojos del santón lo atravesaban. No hay mayor desprecio para hombre alguno... ¿hacía lo correcto? Ni la vida de un hombre, sólo importaban sus propios intereses, ¿o había algo más? Los años de Wulfmunda se abrían en el fondo de su alma como las espesas arenas movedizas en las que se hundía lentamente.

Por primera vez sintió que no estaba en el lugar que le correspondía, que debía haber huido con Thusnelda hacia Gundabrup, la fortaleza de los sajones, lejos, muy lejos de Roma y

de su propio pasado. Haber ignorado las exigencias de Segest y de Cerunno, y haber escapado al dilema que lo partía por la mitad. Thusnelda era en cierto modo culpable de aquello, indirectamente responsable de lo que sentía, y el odio se agitaba como un dragón en sus entrañas.

Insensata Thusnelda.

La culpa era suya, por haber confiado únicamente en su juicio, por haber tratado de complacerla hasta tal punto que sólo ella podía tomar una decisión que para él valiese la pena. Había presentido todo aquello, pero lo había ignorado. *Se había ignorado a símismo...*

Un grito agudo lo arrancó del ensimismamiento; unas ancianas aparecieron no muy lejos y corrieron asustadas. Un par de soldados les arrojaban piedras. Las ancianas gritaban enfurecidas. Los legionarios buscaban algo en el interior de la casa. Los vozarrones latinos fueron respaldados por otros; las mujeres trataron de huir, una de ellas cayó, débil como era. Cuando se volvió desde el suelo, esperando encontrar a su hermana para que la ayudase, la anciana se encontró con unos avellanados ojos marrones y claros. El rostro mostraba marcas de sangre coagulada. Las alas de la nariz parecían muy abiertas, airadas. Los cabellos, enredados y ligeros, le caían a ambos lados por sobre unos hombros acorazados, un par de trenzas no muy largas recorrían los parietales y bajaban por detrás de las orejas, enganchadas en estas.

La anciana conocía esa mirada. Había un sagrado respeto en ella. El joven la ayudó a levantarse y ella se apartó y huyó con su hermana.

Los ojos del joven cayeron sobre los legionarios.

El querusco miró al cielo mientras los legionarios reparaban en su presencia, conscientes de que había ayudado a la mujer. Armin alzó los ojos y respiró profundamente como si quisiese tragarse todo el aire del mundo. Los dos legionarios se miraron y

sonrieron. Uno de ellos hizo un comentario obsceno en latín. El querusco empuñó la larga espada y avanzó. Su rostro se deformó. Sus ojos se abrieron desmesuradamente. El demonio de las ciénagas asomó a la superficie de su espíritu. No había mirado el cielo, se había cerciorado de que nadie los veía desde lo alto o alrededor.

Alzó la espada y corrió. La hoja descendió y reventó la bóveda craneal de uno de ellos. El otro no conseguía articular palabra y emitir el grito de auxilio, anonadado por lo sucedido. Cuando estaba a punto de conseguirlo, una patada del germano lo arrojó al suelo. El golpe del halcón descendió con tal fuerza sobre él, que apenas sintió algo más aparte de que se le nublaba la vista cuando su cabeza era despedazada. Armin miró la matanza a sus pies. No había suficientes hombres a los que pudiese aniquilar para calmar su ansiedad y su ira.

Dio media vuelta, montó el caballo y desapareció. Abandonó la ciudad, y pensó, satisfecho, que había preparado un buen festín para los buitres con aquellos dos degenerados. Y la audacia reanimó la sangre en los cubículos de su cuerpo, al fin convencido de que no todos los rincones de su alma habían sido comprados por Roma.

El sol —un baño de sangre— desbordó múrice y mirra en el oeste, donde montañas inexpugnables desgarraban los cielos de Noricum.

Las siluetas del campamento ya se habían alzado alrededor.

Ázimas torres de humo trepaban en el aire acre.

Vozarrones dispersos rompían la calma. Las dos legiones habían trabajado duro. Sólo los más ociosos legionarios, con el consentimiento de sus centuriones, hurgaban en los despojos de la ciudad, y dos de aquellos gusanos se quedarían allí, hasta que sus parientes volviesen para medrar en sus entrañas y recoger la

herencia que justamente les correspondía. «Derecho romano» pensó Armin.

OceanofPDF.com

V

VIII D.C. SAVARIA

Las muertes de algunos rastreadores no habían quedado del todo esclarecidas. Los poderosos centuriones de la Doceava *Galica* iniciaron una infructuosa investigación acerca del posible destino de dos de aquellos valientes legionarios que habían sido enviados en busca de lo que sus oficiales les habían pedido. Alejados en un rincón de la ciudad, parecían haber sido asesinados vilmente, y ninguno de los veteranos se creía que el autor hubiese sido panonio alguno. No quedaba ni un sólo hombre vivo y armado en la ciudad. Quizá era un cobarde y había estado escondido. Pero... ¿qué cobarde empuña una hoja de ese tamaño y parte la cabeza de dos legionarios sin mayores consecuencias? Cazarratas estaba seguro de que había sido un asunto de botín, y de que sus hombres habían sido eliminados por algún ingrato que descubrió algo de valor en manos de aquellos. Varias mujeres fueron interrogadas. Algunas eran muy viejas. Las antorchas llamearon por las calles, y Cazarratas no se dio por vencido; una de las mujeres decía *dæmon* en su lengua. Cazarratas se desesperaba. Abofeteó a la anciana, que se salvó de una muerte segura por parecer una simple demente, y Cazarratas no disfrutaba exterminando o torturando a locos que no se enteraban de lo que les pasaba realmente. Algunas voces le relataron que vieron un gran caballo negro avanzar por las calles. Pero todo eran alusiones muy vagas. Las descripciones no

coincidían. La ciudad en ruinas estaba medio abandonada, y los pocos que husmeaban en busca de botín no se preocupaban de esos visitantes. Además, ¿quién podría pasearse a caballo por el tortuoso dédalo de ruinas como un fantasma...? Para Cazarratas la respuesta siempre era la misma: un germano. Cualquier germano. Los odiaba profundamente, y no soportaba que anduviesen en el ejército. Escupía cuando pasaba cerca de ellos. Les soltaba sus peores epítetos. Un germano cualquiera, sí, pero de entre todos ellos odiaba particularmente a uno, y, sólo por esa razón, pensó en él mientras volvía al campamento seguido por su partida de feroces secuaces. Aquel querusco. El alto. El único germano que tenía los ojos marrones, y sin embargo aquel rostro gélido detrás de cuya tersa máscara se ocultaba un odio inconfesable. Era el único que soportaba su mirada y que la mantenía impertérrito. Hasta que al centurión le parecía que observaba una estatua, y Cazarratas miraba hacia otro sitio, no sin lanzarle fugaces miradas de asco. Le habría gustado poder inculparlo ante los mandos... pero era un tribuno, nada más y nada menos que un tribuno de caballería. Sólo un bárbaro bastardo podía entenderse con todas aquellas turmas de bárbaros bastardos que no sabían vestir sus honores romanos...

Una idea cobró forma en su estrecha mente, y sus pasos, un tanto renqueantes, en los que uno de los hombros decaía algo inmóvil, cobraron fuerza, y avanzó esbozando una amarga sonrisa en el rostro.

El fuego crepitaba. Muchos jinetes de Armin yacían heridos. Algunos ostentaban largas costuras en brazos y piernas, que una cierta borrachera trataba de mitigar. Otros padecían contusiones en la cabeza. Hombros dislocados, caderas aporreadas, dedos aplastados, amputaciones cegadas al hierro rusiente, todo ello era habitual y se repetía en la mayoría de las unidades. Lo peor era ver a los moribundos. Algunos deseaban quedarse dormidos al lado del fuego, rodeados de sus compañeros. Varios germanos habían recibido tajos mortales, algunos habían sido ensartados por las reas lanzadas de los panonios, o aplastados por muchos caballos después

de una desafortunada caída. El viejo sugámbrio, Thalmund, se encargaba de buena parte de las vituallas de los germanos entre las tropas que comandaba aquel que todos llamaban Arminius. Pero aquella tarde se había encargado de los heridos. Sus hierbas habían remediado muchos dolores, y algunos dijeron que había ayudado a los que sufrían su desgracia a morir más rápidamente, acortando sus sufrimientos. Sus agujas de bronce habían cosido los pliegues abiertos, y sus paños húmedos habían limpiado heridas embarradas y ardiente piel abrasada por el fuego griego y el polvo de Euforbio.

Thalmund hablaba poco, pero decía mucho. Por las noches le había pedido Armin que le relatase su mejor tesoro, y Thalmund se resistía a revelarle los misterios que ocultaba, y de los que el querusco sólo había escuchado fragmentos aislados. Echaba de menos la palabra de Cerunno, y sabía que Thalmund ocultaba poderosas palabras.

Al fin el anciano accedió a las peticiones de Vitórix, mientras cosía un corte que recorría el antebrazo del galo. La noche envejeció, el resplandor de la hoguera había decrecido y muchos de los hombres estaban dormidos. Armin arrojó un tronco sobre las brasas, las chispas subieron en un torbellino. Thalmund parecía profundamente ensimismado, sus ojos permanecían clavados en las llamas rojizas que ahora jugaban a rizarse unas con otras en la base del leño.

—Los arabonios han sido dominados por Roma... No pasará mucho tiempo antes de que Tiberio logre conquistar la provincia.

—¿No será esta la última guerra de Roma? —preguntó Vitórix.

—Roma aún librará muchas guerras en el futuro —respondió el viejo sin apartar la mirada del fuego.

—Librará muchas guerras, pero no las ganará todas —añadió Armin, que limpiaba su panoplia, cubierto con un espeso sago de lana.

—La guerra de Germania aún no ha acabado —dijo Thalmund. —Roma cree que ya ha vencido, pero no es así. Muchos pueblos germanos librarán sangrientas batallas antes de darse por vencidos, pero yo sólo me pregunto si ganarán... Creo que no. Los germanos hemos vacilado, ahora es el momento, y si Marbod no traiciona a Roma e invade el oeste, entonces puede que la oportunidad de Germania haya finalizado.

—Háblanos del pasado, sabio Thalmund. Tus ojos parecen absortos en el futuro, pero conozco tus artes, y sé que tus ojos pueden mirar en el pasado para desentramar en el futuro. Cuéntanos algo que no sepamos —dijo Armin.

El viejo se rió lacónicamente, con un tono de condescendiente burla.

—Algo que no sepáis... Pues eso es fácil, dado que no sabéis nada —dijo sonriendo.

Vitórix miró a Armin contrariado, y éste sonrió, divertido.

De pronto la voz del viejo Thalmund se alzó, cavernosa y vibrante, mientras él se ponía en pie y caminaba alrededor del fuego; algunos hombres entreabrieron los ojos, otros creyeron que la aparición de un ancestral olave los visitaba en sueños.

—¿Qué es un hombre en la oscuridad del tiempo...? ¿Qué sabe un hombre mortal...? Nada, hijos de Tuisto, nada sabe y nada vale... Los hombres nacen y mueren, cientos y miles de ellos, pero no son nada... ¡Escuchad, ignorantes!

»En los tiempos anteriores al hundimiento de Atlantis, cuando Heracles no había nacido y los dioses de los griegos yacían dormidos, cuando la cáscara del mundo era más larga y más ancha y un solo océano lleno de serpientes la amenazaba desde las cuatro esquinas... *todo era fuego*, y de ese calor brotaron los dioses. Y allí, en el Desierto de Adoria, de donde vinieron los hijos de Æryum hacia el oeste, se levantaban anillos montañosos, soplaban vientos abrasadores, y los mismos dioses se mezclaban con los hombres y mujeres mortales, engendrando a los semidioses. Otra luz

iluminaba la mañana del mundo, un sol ardiente, y las nubes de hierro se arrastraban furibundas por un cielo resplandeciente como el azul de los aceros.

»Pero de más allá vino un extranjero, un bárbaro, en busca del gran secreto. Fue el verdadero abuelo de Tuisto, y el padre de todos los bárbaros, en los tiempos de la luz incierta y del calor de occidente. Ayrmer, el del yelmo cornígero, atravesó los montes rocosos y desafió a los hechiceros, en busca del único secreto que los pueblos mortales codiciaban. Lo que convertía el hierro en acero, eso fue ansiado por Ayrmer e interrogó a todas las criaturas de la tierra, hasta que su espada se volvió inmarcesible, y la conquista del oeste se convirtió en una gran aventura.

»¿Qué semidiós era aquel que unió a los abuelos de los germanos en un solo pueblo? Ayrmer comandaba a un pueblo de gigantes, llamados *teutones*, levantaba monumentos de piedra tallados en las cordilleras, hizo los primeros círculos en medio de los desiertos por los que fluían anchos ríos azules, cuando las cumbres de las montañas ardían enjoyadas con el hielo sempiterno de Antaladria. Ayrmer creció y creció hasta que los dioses se sintieron descontentos, y un día el bárbaro gigante fue derribado en una guerra que duró un año entero, hasta que el mismo ardor del sol relampagueó y destruyó al enemigo de los dioses tenebrosos: con su cerebro crearon los Vanes las nubes blancas, su memoria se convirtió en la lluvia, que alimenta la tierra, y con sus huesos crearon nuevas montañas en el oeste. Con sus cabellos plantaron infinitas selvas, y así nació Hercynia. Del tuétano de sus huesos se hizo el barro y el lodo de las ciénagas del oeste. Los restos de Ayrmer sirvieron para fundar un nuevo mundo en el oeste del oeste, y las fuerzas antiguas se agitaron en las capas subterráneas, y Atlantis sucumbió en las profundidades, tragada por inmensas olas.

»Pero de la carne del gigante brotaron unos gusanos que se arrastraban y que se transformaron en los primeros hombres y mujeres; entre ellos estaba Tuisto. Aquellos eran los nuevos moradores, y fueron llamados germanos... Vinieron del norte y crearon Germania.

Armin escuchó la historia del anciano, maravillado por su atrevimiento a pensar en distancias de tiempo tan grandes. Le pareció que su imaginación vagaba por unos rincones ajenos al tiempo del mundo en el que vivían. Sus relatos se remontaban a la prehistoria de los Ases, y versaban sobre la soberbia de Ayrmer, el gigante primigenio, que primero fue un hombre, y después fue utilizado por Wuotanc para crear Germania. Si ese había sido realmente el principio de Germania Magna, entonces era un noble comienzo. Mas Armin anheló los tiempos de libertad y sobreabundante fuerza en los que Yrmer recorría los desiertos resplandecientes de Adoria, en busca del gran secreto.

Pensó que tal misterio no dejaba de ser una metáfora de la Busca de la que hablaban los druidas, como el grandevo Cerunno. Era como si todos los hombres que se habían hecho conscientes del acto de existir luchasen a partir de ese momento contra el tiempo para lograr desvelar un misterio incomprensible y único que había sido enterrado en algún lugar de la tierra el día en que nacieron, y que era sólo para ellos. Desde que esa inaguantable desazón y duda le carcomía, Armin estaba seguro de que se alejaba cada vez más de su Busca.

Cada hoja que se movía, cada árbol que veía, cada día que pasaba... le decían que se alejaba de sí mismo.

OceanofPDF.com

VI

VIII D.C. PANONIA SUPERIOR

Pocos días después, el campamento se levantó y las legiones se dirigieron hacia el sur, en busca de Pœtovio. La victoria sobre los arabonios parecía disuadir a los habitantes de Noricum ante un posible levantamiento. Las montañas se levantaban en el oeste, y a Armin, acostumbrado a las tierras bajas de Germania occidental, le parecía que sus inmensas cúspides acortaban los días, precipitando la llegada de la oscuridad nocturna. Las grandes laderas que ascendían lentamente a su derecha descendían a su izquierda en busca de la fértil cuna que creaba Panonia Inferior en torno al Danuvius, hasta llegar a las faldas del macizo montañoso llamado Agathyrsi.

Las noticias hablaban de un Tiberio victorioso. Sus legiones arrasaban cuanto se oponía al avance. Partieron de Acuincum en el norte y descendieron el cauce del Danuvius. En su camino hacia el sur vencieron a los rebeldes en Matrica, Herculia, Anamatria, Lussonium y Lugium. Tiberio se había detenido en los límites de Panonia Inferior. La ciudad de Sopianæ era un castro antiguo de origen dálmata y no romano, y como tal no había sido construido en la línea de la calzada que se dirigía hacia al sur por las orillas del Danuvius, sino que dominaba el paisaje desde unos montes no demasiado altos, pero escarpados, que separaban las llanuras del norte del fértil y verde valle del río Dravus, a lo largo del cual se

levantaba una docena de ciudades. Tiberio había empujado a los rebeldes hacia el sur y se había encontrado las ciudades prácticamente deshabitadas. Sus enemigos las abandonaban después de presentar una resistencia sólo formal, y se replegaban hacia el sur. Una gran fuerza se concentraba en los montes que separaban la llanura de Panonia Inferior del valle del Dravus. Tiberio preparaba un avance masivo de sus legiones y un ataque que se convertiría en una batalla que requeriría mucho aliento y fuerza de voluntad. Pero antes de acometer la fase final, aguardó a las novedades de los príncipes tracios, Rheskuporis y Rhœmetalkes.

Sus ejércitos habían penetrado en Macedonia, donde los combates se multiplicaban. Los dálmatas huían hacia la costa de Iliria y de Ligurnia, aunque los propios tracios comenzaban a sufrir grandes bajas. La devastación a la que se estaba viendo sometida la población de Panonia, Iliria y Dalmacia no conocía límites. Los tracios renovaron su antiguo odio contra sus vecinos y aprovecharon la oportunidad para caer sobre ellos. Armin se dio cuenta de que la incursión de Roma en Germania podía significar, llegado un ataque masivo, la entrada de las caballerías sármatas, y con ello la ruina de Germania oriental, o de una buena parte de ella. Los tracios hacían esclavos por docenas de miles entre mujeres y niños, y lo que aquellos pueblos orientales eran capaces de perpetrar con sus enemigos vencidos superaba cuanto Armin había visto. Los tracios eran sencillamente brutales, no conocían los límites y no deseaban esclavos masculinos cuya rebeldía estaba tan manifiesta. Consideraban que trasladar ingentes masas humanas de un pueblo contestatario sólo podía acarrearles una nueva rebelión, algo que incluso en la historia de Roma no era una novedad, sólo había que recordar la rebelión capitaneada por Spartacus, el esclavo que puso en apuros a la República.

Pero después de vencer en Macedonia, los tracios libraban una guerra de guerrillas frente a las montañas que arrugaban la tierra antes de llegar a las orillas del Adriático. Los dédalos de hondonadas, desfiladeros, bosques resecos, se convertían en trampas mortales. Las últimas novedades hablaban de encarnizados

combates, y no parecía que la rebelión pudiese ser sofocada antes de fin de año.

OceanofPDF.com

VII

VIII D.C. PANONIA INFERIOR

Las legiones que procedían de Mœsia bajo el mando del general Cæcina Severo habían descendido por la orilla oriental del Danuvius, en Panonia Inferior oriental, obligando a los rebeldes a refugiarse en las inhóspitas montañas del Agathyrsi, o a huir hacia el sur, si no querían enfrentarse directamente con las cuatro legiones de Cæcina, un formidable ejército de casi cuarenta mil hombres contando a sus tropas auxiliares del este, levantadas en Galacia, Capadocia y Siria. Cæcina exigía la devastación de todos los centros poblacionales, haciendo valer la máxima de Augusto aplicada a Germania cuando llegó la hora de la invasión de Drusus, según la cual era mejor eliminar los árboles torcidos y plantar de nuevo, que tratar de enderezar los que ya habían crecido curvos. Cæcina era conocido entre sus tropas con el sobrenombre de *Carnicero.*

Procedente de la *gens* Licinia, de Etruria, Cæcina había demostrado ser uno de los generales más obedientes y fieles de Augusto, siempre teniendo en cuenta su deseo de dejar la administración de ciertas prefecturas provinciales en manos de sus familiares. Las muertes del levantamiento de Panonia se habían cobrado muchas víctimas que Cæcina consideraba un oprobio gravísimo. Además, Augusto ponía en duda sus decisiones, y lo responsabilizaba del desastre. Cuando las aguas volviesen a su

cauce, Cæcina debería responder a las embarazosas preguntas de Augusto, porque el emperador sospechaba que la explotación de Panonia había sido muy superior a lo que las cuentas del erario público y de la caja imperial habían registrado. Si un expolio soterrado llegaba a conocerse, Augusto tendría en sus manos a toda la *gens* de Etruria, y Cæcina se vería en serios apuros. De ahí su ímpetu destructor. Además de arruinar la tierra que encontraba a su paso, de quemar, derruir y hacer pedazos las aldeas de su radio de acción, Cæcina planeaba apoyar a Tiberio y aniquilar cuanto antes a todos los líderes, para que no pudiesen llegar vivos a Roma para ser expuestos en el *triunfo* de Tiberio y, con ello, interrogados por los cuestores de Augusto.

Las respuestas pondrían en evidencia el partidismo de Cæcina y de su familia. Cæcina estaba seguro de que eso mismo había sucedido desde hacía siglos en todas las provincias, pero no todos los que lo habían hecho habían sido descubiertos o sonrojados por un levantamiento que ponía en peligro sus relaciones en Roma.

Especialmente amigo suyo era Varus. Conocía la forma de aplicar el derecho que éste había establecido en Siria. Su éxito administrativo, el control de sus tribus y de sus líderes y de las salidas al mar habían convertido a Varus en un hombre veinte veces más rico de lo que ya era. Augusto lo sabía, pero esa era su forma de dejarse adorar. Mientras no surgiesen problemas, todo permanecía en tolerante secreto, mas si las cosas salían mal, el emperador se lavaba las manos, inculpaba sonoramente a los responsables, y confiscaba todas sus propiedades hasta que amortizaba las pérdidas ocasionadas por el desastre.

Mientras Cæcina avanzaba y destruía, pendiente de lo que los avistadores y espías le proporcionaban, se detenía a pensar en la extraordinaria suerte de Varus. Pero él estaba casado con Claudia Pulcra, descendiente de Octavia, y eso le garantizaba los mejores puestos por parte de Augusto. Haber recibido la administración de Germania precisamente cuando Tiberio había asestado un gran golpe en el norte del continente era desde luego una buena opción,

y más aún teniendo en cuenta que había dejado los pozos de Siria más secos de lo que ya era habitual en los desiertos de oriente.

OceanofPDF.com

VIII

VIII D.C. PŒTOVIO

La calzada llegaba directamente hasta las puertas de la ciudad de Pœtovio, la puerta del valle del Dravus, cuyas aguas descendían desde Noricum. El Dravus fluía desde Panonia Superior hacia Panonia Inferior, para desembocar en el ancho Danuvius. Numerosos afluentes recorrían la llanura en ese sentido, de norte a sur, y desembocaban en el Dravus. Los rebeldes habían escogido adecuadamente el escenario de su última defensa. El sur de Panonia era una inmensa fortaleza. El Dravus fluía como un foso natural al pie de una cadena de escarpados montes, una muralla rocosa de escasa altura, pero escarpada y suficientemente alta como para guarecer a sus ejércitos populares. La barrera de montes protegía la retirada y la salida al Mar Adriático. Por si esto fuera poco, la muralla natural estaba defendida por una hilera de ciudades fortificadas en las laderas, por encima del nivel del río: Jovia, Lentulæ, Bolentium, Nervis, Mursa se sucedían de oeste a este a lo largo de una calzada bien pavimentada, hasta las orillas del Danuvius. Detrás, la muralla ocultaba el valle del río Colapis, en cuyo centro se levantaba la ciudad más importante de Panonia: Segestica. Desde allí partían varias calzadas directamente hacia los puertos del Adriático, que suponían la última oportunidad de salvación para los que optaban por huir.

Las legiones *Galica* y *Germanica* que habían barrido Panonia Superior y en las que participaba Armin se encargarían del flanco norte del frente, entrando por Pœtovio. Tiberio, por su parte, enviaría dos legiones por la misma calzada del Dravus para hostigar el frente en su segmento medio, y él rodearía con tres legiones el flanco sur de los montes con objeto de tomar por sorpresa el valle del Colapis y devastar Segestica antes de que los rebeldes creyesen oportuna la hora de abandonarla y huir hacia el mar. De cualquier modo, nadie creía que los rebeldes planeasen huir. No podían ir hacia ninguna parte. Se avecinaba un caos sangriento, el final de la campaña se cobraría vidas en un grado que ni Roma ni los panonios podían imaginarse.

Cæcina descendía por la orilla oriental del Danuvius, cortando la salida de los ejércitos dálmatas hacia el este, y los tracios continuaban combatiendo en Iliria, donde todo parecía empezar a estar bajo control, siempre y cuando no lograsen escapar al cerco y reunirse con las grandes fuerzas amotinadas y concentradas en el sur de Panonia. Tiberio quería ser contundente y rápido. No debía dejar que una resistencia demasiado obcecada desanimase a los legionarios, consciente de que la fuerza que los aguardaba era fiera y se hallaba en su última defensa. Hasta entonces todo había sido relativamente sencillo, únicamente porque sus enemigos planeaban replegarse y reunirse en su mejor fortaleza antes de presentar batalla.

Tiberio no envió emisarios de la *pax romana* ni negociadores para pactarla. No quería parecer débil a los ojos de Roma ni tampoco a los ojos de los insurgentes. Quería que unos supiesen que tenía el temple de un emperador, y que otros lo considerasen suficientemente implacable como para no osar rebelarse nunca más.

Y el plan se puso en marcha.

*

Cuando llegaron a las inmediaciones de Pœtovio, Armin fue llamado por Paterculus. El general lo esperaba sentado en una tienda recién montada para el alto mando. Los centuriones de Tiberio entraban y salían, mas al fin Paterculus se encontró a solas con Armin, tal y como pretendía.

Se aproximó y ofreció vino al germano. Éste rechazó el ofrecimiento.

—Agraciado Arminius, te he hecho venir por dos importantes razones. La primera de todas es para honrar tu excelente carga en Savaria. Gran parte del éxito de aquel asedio fue la eliminación del mayor número de enemigos.

—Así pensé yo mismo, pero los legionarios dieron por finalizada la tarea cuando estuvieron en el interior de la ciudad.

Los ojos de Paterculus lo miraron de una extraña manera, pero la sonrisa no se borró en el semblante del romano.

—Ellos son como los cazadores —dijo—: una vez hacen salir a la bestia de la madriguera, no dan ningún mérito al que debe darle muerte. Consideran, y con cierta razón, que el trabajo duro lo hacen ellos, y tener que comprender que el trabajo duro no es el más importante es realmente incómodo, estimado amigo, si tenemos en cuenta la cantidad de vidas que se cobran esa clase de osadías. He concedido varios premios por todo ello.

—Los legionarios consideraron más oportuno saquear la ciudad que eliminar al enemigo, y yo pienso al contrario. Siempre hay tiempo para el saqueo, cuando el enemigo ha sido debidamente doblegado.

—Soy del mismo signo en estos asuntos, pero así es el ejército en nuestros días, Arminius, no merece la pena reparar en los odios y rencillas que siempre ha habido entre las unidades montadas y las unidades de infantería. La buena noticia, como te decía, es que he concedido varios premios con la aprobación de Tiberio, que me dio libertad para ello. Junto a varias coronas *muralis*, para algunos de esos temerarios que se atrevieron a ser los pioneros en la conquista

de la ciudad, he tomado la decisión de concederte la ciudadanía romana.

Armin pareció contrariado.

—Es el mayor honor que se le puede conceder a un auxiliar. Ninguno la recibirá antes de veinte años, y eso si sobreviven tanto tiempo en un ejército que sufre bajas todos los años durante las campañas.

—¿Y por qué he de recibirla tan rápido?

—Se hacen ciertas excepciones, Roma siempre las hace, ¿no es cierto? Los familiares de la familia imperial gozan de beneficios. Los amigos de los prefectos provinciales tienen privilegios. Los mejores hombres del ejército también deben tenerlos y además eres de mi confianza. Reservo para ti grandes honores en Germania, y tu poder como tribuno podría crecer. Además, considero indispensable que poseas la ciudadanía para que te sientas protegido. Por otro lado —Paterculus lanzó una mirada hacia el exterior por la rendija de la tienda, donde se adivinaba la presencia de dos soldados apostados a ambos lados de la entrada—, es algo que quiero hacer por Thusnelda.

Armin dio unos pasos, inquieto, y cruzó los brazos.

—Quiero no sólo demostrar que no deseo interponerme a vuestros planes y ganarme tu confianza como soldado, sino además contribuir a vuestra felicidad. Cuando Segest vea la placa de bronce con tu nombre inscrito y los sellos del SPQR, y regreses hecho un tribuno de las legiones, ya no sólo no podrá volver a atreverse a contrariarte, sino que además se verá obligado a compartir sus decisiones contigo. Quiero que Siga se convierta, además de en un centro de producción para el comercio, en una base romana dedicada a las flotas navales del Rhenus, y que tú, Arminius, un germano de mi confianza, estés al mando. Con ello Roma te recompensará y dispondrás de un gran sueldo. En ese campamento serán acantonadas nuevas unidades de reserva auxiliares, que tú te encargaras de entrenar y supervisar. Necesitamos muchos jinetes como tú, cientos, miles de jinetes.

Paterculus abrió un cofre, cogió algo y se lo extendió a Armin. Era una austera placa de bronce. Su propio nombre, romanizado, aparecía inciso, junto a las marcas acostumbradas. No eran las runas antiguas, sino las letras latinas de Roma. Por un momento Armin recordó las palabras de Cerunno. Él era pequeño y había regresado de una cacería. Cerunno maleaba entre sus sarmentosos dedos unas piezas de plata. Pronunciaba palabras que sonaban como de otro mundo al leer sus *inscriptio.* Eran monedas romanas con el rostro de Augusto. Con desprecio, el druida las ponía en manos de un herrero y le pedía que forjase con ellas un caldero de plata en honor a Irminur.

—¿Qué sucede?

El rostro de Paterculus estaba mucho más cerca. Escrutaba a Arminius, tratando de averiguar lo que pensaba.

—Acepto la ciudadanía de Roma de manos de Veleius Paterculus —dijo el querusco con firmeza.

El recio soldado sonrió francamente.

—Está bien, Arminius, prepárate para el asalto, ¡en los próximos días tendrá que finalizar el infierno de Panonia! Y esa aceptación te libra de unos cuantos azotes.

Armin no entendía a qué jugaba su mentor romano.

—Sí, hay un centurión de la *Galica* que siente verdadera aversión por ti —le reveló el romano. —Presentó testimonios diciendo que te habían visto en Savaria después de los asaltos, y que habías sido tú el que mató a dos de sus rastreadores. Por supuesto, estaba seguro de que eso era absurdo. Todos tus hombres dijeron que no te separaste de ellos ni un momento, aunque lo que dijeran tus hombres habría valido muy poco. Es bueno que aprendas que en el ejército romano es mejor ser ciudadano romano. La palabra de los auxiliares no habría valido de mucho para protegerte de las acusaciones de ese... Cazarratas, no recuerdo su nombre, siempre lo han llamado así... Me consta que los centuriones de Tiberio son especialmente sanguinarios y que no

juegan limpio ni con sus propios *milites.* Finalmente un mensajero pidió que, si había otras pruebas, se estimaba un castigo de acuerdo a tu rango y posición. Cazarratas pidió torturarte personalmente, pero antes de que el asunto prosperase me reí ante los generales y les comenté que en verdad estuviste conmigo en aquel momento. ¡Tendrías que haber visto la cara de los centuriones de la *Galica!* No hay suficiente oro en Roma para pagar esta clase de espectáculos. He acusado a Cazarratas de falsear el testimonio, y se enfrenta a un juicio en la *Galica* que ganará sin mayores dificultades. Nadie se atreverá a castigar a ese veterano, y Tiberio hace caso omiso de los pequeños asuntos. Si puede favorecer a sus hombres, lo hace de buena gana, aunque con ello tenga que ser injusto con algún infeliz, pero eso es todo.

Armin parecía entusiasmado y sonrió.

—Paterculus, verdaderamente eres un amigo —dijo.

—Mi esfuerzo me cuesta —repuso el romano. —Ahora escucha bien lo que te digo: evita esos centuriones, y especialmente a Cazarratas, hará lo imposible para provocarte. Te odia, con eso te lo digo todo, y es la clase de hombre que se comería cruda a su madre con tal de hacer valer las leyes militares.

—No hay razón para pensar que nos encontraremos.

Armin puso su mano en el hombro de Paterculus, a la manera de los germanos, y éste hizo lo mismo.

—*Audax fortuna juvat!*

—¡A por la gloria! —exclamó Armin.

OceanofPDF.com

IX

VIII D.C. BATALLA DE PŒTOVIO

La fortuna favorece a los audaces.

La frase pronunciada por Paterculus resonaba en su mente. Armin desmontó y oteó el paisaje desde la loma. Sus jinetes lo rodeaban, los rostros fieros prestos al combate. La línea del Dravus serpeaba en medio de la llanura. Más adelante y en el sur, subía una cadena de acantilados dentados. La luz de la tarde los iluminaba al sesgo. El paisaje, de un verde oscuro, cubierto por la hierba densa y elástica, se interrumpía ante el anillo de las fortificaciones de Pœtovio, que no parecía ni tan alto ni tan fuerte como el de Savaria. Quizá precisamente por eso los latovicios, los hercuniatos, los arabonios y los dravios habían decidido enfrentarse en campo abierto. Apenas llegaban las legiones, cuando treinta mil enemigos los esperaban aullando y vociferando. Armin comprendió que los panonios deseaban cobrarse más vidas, y en esta ocasión escogían el combate en campo abierto, conscientes de su superioridad numérica, que doblaba a los contingentes romanos. Aún así, la maquinaria del ejército era temible. Los centuriones no habían tardado en organizar sus unidades. Los timbaleros empezaron al fin a percutir las tensas pieles, y el ambiente previo a la batalla comenzó a llenar el aire de la tarde.

Las alas de caballería se dispusieron a ambos flancos, dejando el centro para el casillero metálico de las veinte cohortes. Cuando todas las máquinas estuvieron listas, la orden de un centurión se propagó por varias gargantas. El avance cadencioso de las cohortes, rigurosamente ordenado, se desplegó en docenas de tortugas metálicas a veintiocho que avanzaban cansinamente.

Armin se acomodó en la silla, y dejó que el caballo avanzase unos pasos. El terreno descendía ligeramente hacia Pœtovio, pues por detrás fluía el Dravus no muy lejos de la línea de acantilados. Delante de la ciudad había una multitud de catervas vociferantes. Eran miles y miles formando una espesa alfombra. Iban armados con toda clase de artilugios, algunos de los cuales eran a todas vistas herramientas de oficio. Los hombres de armas debían ser un número bastante reducido de la multitud. Alborotaban desordenadamente, aullaban. Contaban con algunas lanzaderas que ya empezaban a jalonar el campo de batalla con piedras blancas. Cientos de antorchas punteaban con luz la masa de los enemigos. Armin se dio cuenta de que aquel ejército, a pesar de ser numeroso, no podía despertar el temor en los mandos romanos. Era un levantamiento popular. Se concentraba el pueblo con sus herramientas más dispares. No había suficientes espadas, y mucho menos hombres capaces de blandirlas. Aquello era un combate desigual únicamente contrarrestado por la ingente superioridad numérica, que realmente valdría bien poco, contando las legiones con las *alce* de caballería, cuya fuerza destructora se contaba de uno a siete, o incluso de uno a diez. De cualquier modo, el germano estimó que sería una batalla muy dura. Todo dependía de la estrategia a seguir por los rebeldes. Le parecía que en esta ocasión no abandonarían la ciudad tan pronto. Estaban llegando al sur de Panonia, la región en la que se amontonaba el pueblo rebelde, y eso traería cambios.

Pensó entonces en los germanos, se dio cuenta de que era un pueblo hecho para la guerra desde los albores del tiempo. Las hordas de las tribus germánicas veneraban a dioses guerreros. Wuotanc concedía el beneficio de la cólera a sus elegidos. La larga

espada era adorada por las manos de los germanos, que la empuñaban con destreza y cuyo manejo iniciaban a pronta edad. Los germanos eran belicosos, y ahora, al ver aquella multitud, aquel pueblo tan distinto, tan lejano, comprendió la diferencia y las razones que habían librado a Germania, hasta la fecha, de la romanización. Los que veía ahora envalentonados con sus aperos y sus hojas de siega eran los hijos de un pueblo explotado por Roma. Por primera vez Armin comprendió que la verdadera matanza de Roma en Panonia se acercaba, y que Tiberio había trazado un plan perverso para causar el mayor exterminio posible.

Detrás de Pœtovio, los ojos inquisidores de Armin descubrían un reguero o una línea que se alejaba, y estaba seguro de que aquel rastro continuaba por los cerros rocosos. Se trataba de la marcha de los últimos restos de mujeres, niños, heridos, ancianos que huía hacia el sur permanentemente. Si Tiberio lograba empujar desde el este por el valle del Savus y aplastaba Segestica, esa cadena de montes se convertiría en una trampa mortal para los panonios, acorralados en ella como los astures en sus cordilleras, cuando el propio Augusto en persona fue hasta el norte de Hispania para eliminarlos a cualquier precio.

Las cohortes avanzaron casi con parsimonia. Los legionarios no parecían tener demasiada prisa en iniciar el ataque, y cuando eran esperados por un enemigo que había escogido la posición defensiva este método se acuciaba. Los timbales marcaban el paso chirriante. Las guarniciones de metal de los escudos cuadrangulares centelleaban. Los operarios de las balistas terminaron de asegurar sus posiciones y los grandes lances comenzaron a zumbar con aquel sonido sordo, penetrante, tétrico. Algunos de ellos estaban impregnados en resina y ardían, y su rastro surcaba los campos de hierba. Los legionarios miraban hacia arriba por entre las rendijas de su improvisado armazón de escudos, y veían las líneas rojas y sus repentinos rastros de humo, que zumbaban al volar sobre sus cabezas.

Los proyectiles comenzaron golpear. Estaban los enemigos de Roma tan apretados y tan a tiro, que todos y cada uno de los lances

alcanzaba a más de un panonio. El desastroso impacto levantaba la tierra después de atravesar en un momento los cuerpos desprevenidos. No había forma de cubrirse ante semejante amenaza. Cuando caía una lluvia de flechas los escudos aún servían de algo, pero ante el golpe seco de los proyectiles nada podía hacerse. Los gritos de muerte surgían aleatoriamente de la multitud, los sacos de arena aterrizaban aturdiendo a muchos hombres, otros caían desnucados tras el impacto súbito. Enfurecidos y hostigados, los jefes decidieron dejar de esperar y eliminar la distancia de tiro de las balistas. La masa se puso en marcha hacia delante. Iniciaron una carrera, empuñaron sus armas. Varios grupos de caballos avanzaban, sus jinetes sosteniendo largas pértigas. Era un caos variopinto que se lanzaba a toda carrera.

Los legionarios se detuvieron. Las voces de los centuriones ordenaron la parada, y las barreras de escudos se asentaron en la hierba. El casillero de tortugas dejó de avanzar y todas sus piezas parecieron apretarse. Los escudos se cerraron. No hubo rendijas por las que pudiesen espiar al enemigo. La táctica era conocida, pero requería nervios de acero por parte de los soldados. Se acercaba lo peor.

El choque frontal resonó, metálico y desordenado. El rugido de los panonios ensordecía la tarde. La multitud se abalanzó contra las barreras de escudos. Todas parecían resistir, cuando la marea humana las rodeaba, saltaba por encima, pisoteaba sus emblemas y fluía por en medio como un líquido pardusco desbordado, una fangosa inundación que rebasaba el cauce del Dravus. Las espadas y las lanzas hostigaban a los romanos. Los grupos de rebeldes continuaban avanzando, dejándose llevar por el ímpetu y la euforia. Las puntas de acero comenzaron a hurgar por entre las juntas que separaban a unos escudos de otros. Los legionarios se apretaban unos a otros, firmemente asentados.

Las primeras tortugas ya no podían resistir la situación, y la orden de los mandos no llegaba. Algunas lanzas lograban penetrar la coraza de escudos y escucharon gritos ahogados en su interior: algún miembro había resultado ensartado. Pero cada vez eran más

los panonios que saltaban por encima y caminaban sobre los escudos, los legionarios no podían soportar el peso.

La orden no llegaba.

Una de las tortugas no resistió el peso, los escudos cedieron, varios legionarios lanzaron puñadas, pero fueron heridos por las hachas.

La voz de Cazarratas se impuso al deseo y supervisión de los dos generales, apostados detrás de la línea de balistas y catapultas. Su orden era esperada con ansiedad, y el campo de batalla se transformó.

OceanofPDF.com

X

VIII D.C. BATALLA DE PCETOVIO

Las lanzas de los *hastatii* surgieron por los cinco costados de las unidades acorazadas. Fue como si de pronto el enemigo, debidamente repartido gracias a su propia insensatez entre los cientos de tortugas blindadas, resultase ensartado por centenares de erizos cuyas púas surgían de golpe. Varios miles de panonios cayeron muertos gracias a la táctica y la sangre fría de los legionarios. Haber esperado tenía su recompensa. Acto seguido, el bramido de los soldados de Augusto enturbió los gritos de sus enemigos, formando una algarabía descomunal y caótica. Miles de *pilla* volaron contra las segundas líneas que no habían resultado alcanzadas por las lanzadas. Los heridos se contaban por miles, cuando los gladios fueron empuñados y alzados, y los legionarios iniciaron el asalto cuerpo a cuerpo. Las unidades se abrían como núcleos exterminadores. La gran masa enemiga, notablemente reducida gracias a aquella astuta estrategia, se sintió rodeada por todas partes, perdió su potencia operativa. Armin comprendía la táctica escogida por los generales. Haberse enfrentado frontalmente contra semejante multitud habría sido como roer un gran hueso; en cambio, dejarlos acercarse y dividirse en medio de sus unidades era como trinchar la carne de un ciervo recién capturado. Los generales

habían evitado la única cualidad que podía ponerlos en apuros: la superioridad numérica.

Las balistas habían dejado de arrojar proyectiles, las catapultas guardaban silencio, y sólo el caos del combate gobernaba el aire de la tarde. El sol había descendido hacia las montañas de Noricum. Armin ya sabía distinguir en sus aserrados perfiles el rostro de ciertas cúspides, que recibían nombres como la *Prometida* —un pico níveo que por la tarde brillaba con el tono del bronce— o el Cuerno del Águila Tenebrosa *(Finsteraarhorn).*

Un ardor áureo se apoderó del escenario occidental, a medida que la potente lumbre se hundía en el ocaso.

Armin recibió la orden de asalto. Sus cientos de jinetes formaron, y el querusco avanzó. Allí empuñó la espada, la alzó y dejó que su caballo trotase con fuerza. Mientras avanzaba miraba a sus costados, y veía las hileras de caballos que devoraban el terreno con sus patas, haciendo temblar la tierra, y el aire zumbaba en sus oídos. Escuchaba los gritos de guerra de los germanos, la voz enajenada de Vitórix. Lanzó una mirada a su amigo a través del rugido del aire. Este parecía entender lo que quería decirle. Siempre se despedían cuando iban hacia la carga. Nadie sabía si resultaría o no muerto en el acto al primer embiste. Pero esta vez Vitórix no sabía lo que Armin trataba de explicarle realmente, y él tampoco quería que los supiese.

La fuerza de mil caballos se precipitó en diagonal contra todos aquellos enemigos que se desplegaban huyendo por el flanco occidental. Los muros de Pœtovio estaban más cerca. Los caballos barrieron la llanura. Las espadas descendieron. Muchos caían entre las patas salvajes, abatidos por el golpe de las bestias o alcanzados por los mandobles de sus jinetes. La mayoría logró superar aquel primer golpe y continuó adelante. Veían las multitudes de panonios, que los amenazaban y retrocedían. El sol se cubría con la sangre del crepúsculo, la luz dorada enrojecía; quizá el ojo de Júpiter, enardecido por el espectáculo, mostraba así su satisfacción por el sacrificio.

Fue entonces cuando Armin dirigió una mirada hacia su flanco derecho y los vio caer. Apenas se dio cuenta de lo que pasaba, cuando su propio caballo hundía las patas delanteras en una trinchera excavada a tales usos. Las extremidades del cuadrúpedo crujieron, partiéndose. El salvaje relincho martilló los oídos del querusco, que rodó muchos pies abatido. La cabalgadura jadeaba y se sacudía. Armin se sintió impotente. Aturdido, se alzó y buscó la espada. Apenas la había empuñado cuando asestó un golpe de gracia a la cabeza del caballo librándolo de la ignominiosa muerte. Un muchacho que no debía ser más que un niño de catorce años se arrojó contra él empuñando un hacha de leñador. Armin abrió desmesuradamente los ojos. El agresor no se dejó amilanar. Armin hizo como que iba a lanzar un mandoble. Interpuso su espada al hacha y rápidamente descargó un puñetazo en el estómago del joven. Éste se retorció inmediatamente, y cayó arrodillado. Allí Armin le propinó otro fuerte golpe con el puño, que lo dejó inconsciente. Si tenía algo de suerte, despertaría al final de la batalla y nadie repararía en él, pero eso ya escapaba a su propia justicia; desde luego, no sería él quien diese muerte a un niño armado con una endeble hacha de leñador...

No muy lejos continuaban acudiendo hordas de muchachos. No sabían ni cómo empuñar sus mal improvisadas armas. Armin veía cómo los legionarios mataban a diestra y siniestra. A su alrededor, los caballos habían penetrado en un campo de fosos cubiertos. Esa clase de defensas había sido creada por los propios romanos para evitar los asaltos de caballería. ¿Cómo no estaban al tanto de cuales habían sido sus propias medidas de seguridad en Pœtovio?

No tenía tiempo para lamentarlo y continuó adelante.

Un nutrido grupo de unidades de infantería había logrado crear una vía de acceso a través del pecho enemigo. Los legionarios comenzaron a replegarse formando una lengua metálica y rojiza que avanzaba en busca de las puertas de Pœtovio.

Allí se libraba un furibundo combate.

Las torres de asedio y los grandes arietes se movilizaron por la calzada, que los legionarios protegían alrededor formando espesas líneas de combate. Los operarios empujaban las máquinas bajo una lluvia de piedras, proyectiles de plomo y jabalinas.

Desde las puertas, las unidades romanas se desplazaron por el perímetro. Los vigilantes de las murallas no podían lanzar un ataque consistente, porque allí abajo combatían por igual tanto los panonios como los romanos. Una lluvia de piedras y flechas habría resultado exterminadora a partes iguales. Las defensas de la ciudad se quedaban bloqueadas, y los generales lograban arrastrar sus pesadas máquinas de asedio hasta las mismas puertas.

Todo estaba resultando un desastre para los rebeldes. La estrategia y determinación romanas estaban logrando desmantelar los planes de un numeroso ejército que casi los triplicaba. La estupidez de los caudillos populares iba a costar cara al pueblo. Los frentes se arremolinaban en torno a la ciudad. Las puertas frontales reventaban. Muchos contingentes panonios iniciaban un repliegue hacia el Dravus. Las puertas traseras se habían abierto, y la ciudad estaba siendo abandonada masivamente. Los panonios lograron replegarse y formaron muros humanos de contención frente a la marea romana. Los arietes ya atravesaban las puertas frontales. No parecía haber resistencia alguna. Las murallas habían sido abandonadas. Las escalas se alzaron. Los más ambiciosos subieron en busca del honor de la conquista y de las coronas *muralis* que después se concederían, pero pronto comprendieron que sin resistencia alguna, tampoco habría premios.

Un humo comenzó a trepar en el aire, y largas lenguas de fuego chasquearon detrás del anillo de las murallas. La ciudad entera estaba siendo incendiada por los mismos panonios, y dada la velocidad a la que avanzaban los incendios, lo tenían bien planeado. Mientras el sol se sumergía y un telón rojo de largas nubes se tendía desde el oeste, el resplandor de la inmensa hoguera en que se convertía Pœtovio crecía iluminando la noche.

OceanofPDF.com

XI

VIII D.C. BATALLA DE PŒTOVIO

El manto tenebroso de la noche, que a menudo aparecía tachonado de estrellas, los enlutó con su impenetrable negrura, acaso celosa, deslumbrada por las fieras llamaradas de Pœtovio.

Armin había recorrido el perímetro de la muralla y, después de algunos combates aislados, logró abrirse paso hacia el sur. La antorcha en que se convertía la ciudad arrojaba un extraño resplandor. Los muros de piedra que encerraban sus brasas estaban calientes. No quedaría nada de aquel lugar, salvo un amasijo de metales fundidos, madera carbonizada y escoria. Los panonios habían fallado en su ataque, pero al menos esta vez tenían claro que Roma no conquistaría más que sus despojos. Y que si alguien tenía que destruir sus posesiones, esos eran ellos.

Los combates se sucedían por alcance. Armin caminaba por un campo de muertos y malheridos. Los rebeldes habían logrado atravesar el Dravus y protegían sus puentes. Numerosas unidades de legionarios empujaban para salvaguardar los pasos por encima del agua. El combate se había encarnizado y las bajas en el ejército romano no eran pequeñas, aunque entre los panonios fuesen diez veces mayores. Armin tenía la sensación de que había muchos más rebeldes apostados en los territorios del sur, y que el verdadero caos

acababa de estallar. Los centuriones soportaban el combate del puente, animando a sus legionarios. Posiblemente estaban enfurecidos porque los panonios los habían privado de la posibilidad de un nuevo saqueo. Ese era el gran aliciente para muchos de los soldados de Tiberio, y éste había prometido que en Panonia no habría honor alguno, y que podían devastarla como quisieran.

Armin descubrió varias cabalgaduras que deambulaban asustadas y aturdidas. Sus jinetes habían resultado sin lugar a dudas abatidos. Corrió hacia uno de los caballos, lo montó y cabalgó hacia los puentes. Una vez allí se encontró con un buen número de jinetes que remolineaban desconcertados. No conocía a aquellos hombres. Eran galos.

—Hay muchos legionarios aislados al otro lado —declaró la voz de un centurión. —Han seguido el rastro de los que huían. Pero un buen número de panonios recorrió la orilla desde el sur y nos han cerrado el paso. Bloquean el Puente.

—¡No pueden echarlo abajo! —gritaba otro, en cuyo rostro aparecían parias heridas de poca importancia.

—Si lo echan abajo los generales nos mandarán azotar hasta que se nos caiga la piel a tiras... ¡¿Dónde están esos bastardos de Ligunius?! ¡Les mandé que regresaran! ¡Aquí! ¡Aquí!

Armin miró la oscuridad del río. Las aguas fluían ruidosamente entre los postes del puente. Demasiado profundo y demasiado caudaloso como para vadearlo. Recordó la hazaña de Gailswinther en la batalla contra Sentio Saturnio. Los caballos podían saltar sobre su enemigo.

Armin arreció hacia delante y ordenó a los galos que lo siguiesen, pero sólo unos pocos decidieron hacerlo. Una vez allí los legionarios lo entendieron y se echaron a un lado. Armin gritó furioso y el caballo se encabritó, redobló en el suelo de madera, y saltó hacia delante. Mientras cogía velocidad, varios de los legionarios tenían que subirse a las verandas para evitar ser aplastados por el caballo. Al fin el animal obedeció y se arrojó de

lleno contra el enemigo. El querusco rodó por encima de sus cabezas abrazado a su espada envainada. Una vez en el suelo, otro caballo irrumpió detrás, aplastando a varios de los que se oponían cerrando el paso. Las antorchas llamearon fugazmente sobre él. Giró sobre sí mismo, evitando una punta acerina que trataba de ensartarlo. Nuevos caballos demolían el muro de panonios. La espada de Armin centelleó y el mandoble derribó a uno de sus oponentes. Otro golpe y un rostro al que ni siquiera vio claramente era partido. Un caballo relinchaba dando coces. Su jinete había caído, y Armin no lo dudó y montó la gran cabalgadura. La azuzó y ésta se sintió segura cuando alguien al fin le dijo lo que tenía que hacer, y toda su fuerza se concentró en un avance despiadado. Armin había atravesado el tapón del puente. Trotó furiosamente. Uno de aquéllos se aproximó al caballo, pero la larga espada del querusco lo alcanzó amputándole un brazo. Otros se apartaron, lo increparon en una lengua que desconocía y volvieron sobre sus pasos. La mayoría corría a taponar la hemorragia del puente.

Armin se precipitó en la oscuridad y desapareció como un espectro.

Algún tiempo después se dio cuenta de que el terreno ascendía y vio el hormigueo de numerosas luces que parpadeaban. Allí estaban los romanos. Se libraban combates en las faldas de los montes.

Parecía que era una aldea lo que se había convertido en un campo de batalla. Los legionarios habrían dado con la hilera de fugitivos que había abandonado Pœtovio a última hora. Detrás, la antorcha de la ciudad envuelta en llamas continuaba elevándose como una aparición. Numerosos fuegos ardían alrededor. Se veían detrás los parpadeos uniformes y simétricos de las unidades de mando de los tribunos y generales, que ya rodeaban la plaza conquistada.

Armin galopó hacia delante, en busca de la avanzadilla romana que combatía al pie de los montes que separaban el valle del Dravus del valle del Savus, y al cabo de poco tiempo emergió

de las tinieblas empuñando el arma. Lo que presenció no se parecía a nada que hubiese visto en toda su vida. Nada había sido tan horrible y desgraciado, tan fantasmal como aquello.

Docenas de chozas dispersas ardían en mayor o menor grado. Las antorchas punteaban el paisaje de una sombra. Veía cadáveres por doquier que mirase. Los legionarios daban voces, iban y venían, y a medida que avanzaba quedaba manifiesto que los romanos habían alcanzado la columna de fugitivos, y que un buen número de aquellos había quedado desprotegido por los líderes. Lo que Armin veía era una matanza, un exterminio popular... Había oído hablar de algo así, pero jamás lo había presenciado. Drusus lo había practicado en Sugámbria, años atrás. Varios romanos lo vieron y se miraron confundidos. Algo en la actitud de Armin les hacía pensar que era un enemigo, aunque después de mirar con detenimiento parecía vestir una *lorica* de caballería. Los legionarios no le hicieron mayor caso y continuaron entrando y saliendo de las cabañas. Armin galopó hacia delante.

Vislumbró unas sombras que se destacaban contra un fuego. Un gran establo desvencijado se alzaba por detrás, las vigas relamidas por ambiciosas llamas. Escuchó gritos horrísonos. Su mente se inundó de una fuerza perversa. Un intenso dolor le brotaba de las profundidades y le inundaba las sienes, un dolor que llevaba muchos años enterrado.

De pronto estaba otra vez en Wulfmunda...

Armin se quedó solo. Cuando volvió en sí se dio cuenta de que su hermana ya no estaba allí. Se puso en marcha entre las malezas que separaban varias de las casonas, y dejó atrás el corazón de la aldea. Al fin escuchó unas voces que discutían. Las siguió y espió en una de las casas. Se asomó a la sala, y allí vio que el romano apresaba a Ilfraud por una muñeca y con la otra mano le mostraba algo que sostenía entre los dedos.

—Argentum.

Había oído aquella palabra en otras ocasiones. Pero no sabía qué podía ser. El grosero romano se había librado del yelmo y arrinconaba a su hermana, mostrándole una brillante moneda. Ella dejó caer el cuévano y no apartó los ojos del soldado. Su rostro enrojeció y trató de gritar cuando la manaza se posó sobre su boca. Comenzóa debatirse violentamente. El brazo del soldado la redujo. En ese momento un gran romano entró en la sala. Mostraba una gran cicatriz en el rostro, y sus hombros eran desiguales. Uno de sus brazos se movía con dificultad. Se aproximó a la rabiosa Ilfraud y trató de dominarla.

—¿Qué tal si tranquilizo a esta puerca, Cazarratas?

—¡No la golpeéis! —ordenó el centurión—. Que disfrute lo que se le viene encima...

Mientras el primero cerraba la boca de la joven y sujetaba sus brazos, otros dos legionarios aferraron sus piernas y las abrieron, dejando al descubierto sus labios vírgenes. Cazarratas se disponía a disfrutar cuando oyó que alguien se aproximaba por detrás.

—¡Mira lo que he encontrado! ¡Mira esto! Estaba mirando desde la ventana —dijo un legionario de cara macilenta mostrando a Armin. Lo había apresado y lo llevó hasta dentro. Armin insultaba en una lengua que no entendían y movía unos brazos que no podían causar ningún mal. Su cuchillo se había desprendido de su cinto al ser atrapado.

—Así que te gusta/i>, ¿verdad? No lo dudo, pequeño —dijo Cazarratas, y pasóla mano por el rostro de Armin. El muchacho se sintió por primera y última vez en su vida paralizado por el asco y el miedo. De pronto se le nublaron los ojos, sintió aquella furia. Escupió en la mano del hombre y se agitó como una fiera.

—¡Salvaje bárbaro! —exclamó Cazarratas. De pronto le propino una poderosa bofetada, y después otra, bien calculada, dejando que los nudillos le abriesen el pómulo. Ilfraud enrojeció desesperada.

—Pues mira esto —dijo el centurión. A su alrededor el hedor de aquellos hombres le embriagó de asco. Cazarratas se levantóla falda de cuero y mostró su gran verga erecta. Las risas estallaban sobre ellos. El captor de Armin lo alzó e inclinó su cabeza entre las piernas de su hermana. Armin estaba tan furioso e impotente que escupía espuma y rabiaba un dolor que le reventaba en las entrañas. De pronto el centurión se impacientó con Ilfraud y le dio un puñetazo en el pecho, alzólas piernas con violencia, apresando sus esbeltas pantorrillas, y la abofeteó con saña una y otra vez. Armin sintió la sangre de su hermana salpicándole el rostro. Los brazos que lo aferraban volvieron a alzarlo. Cazarratas mostró su enorme e hinchado falo, lo agarró y lo situó apuntando como un ariete entre las piernas de la adolescente, que volvía a resistirse inútilmente.

—Ven, muchacho, hoy te vas a hacer un hombre —dijo el centurión torciendo su rostro con un espasmo de ira y placer, al tiempo que apresaba con la otra mano la cabellera del niño. Empujó hacia abajo la cabeza de Armin hasta que pudo oler el sexo de su hermana. Las risas estallaron alrededor. Voces nerviosas. Frenéticas.

—¡Mira este cunnus!

El enorme pene se introdujo a la fuerza en el interior de su hermana. Armin recordó las heridas abiertas de los animales... Cerrólos ojos, pero el fragor con el que ella se debatía le impedía evadirse y caer desmayado, que es lo único que quería. El romano violó implacablemente a Ilfraud. Ya no necesitaron sujetarle la boca, pues era tal el dolor que la muchacha sentía que no podía más que gemir y respirar entrecortadamente. Cazarratas se sacudió sin pausa como un toro, mientras apretaba sus pantorrillas con dedos codiciosos, hasta que vertió toda su ira en las entrañas de la niña. Después escupió sobre ella.

—Esto sí que ha sido excelente... Vaya sorpresa. Una buena bárbara... Dejadla —dijo respirando profundamente—. Ya no creo que se os resista, porque veo que le ha gustado, pero...

Entonces la golpeó con el puño. Ilfraud cayó de espaldas como un muñeco. De su nariz manaba profusa sangre. De pronto, uno de los legionarios, nervioso, saltó entre sus piernas y la violó mientras recorría su rostro ensangrentado con la lengua. Después fue el otro soldado el que profanó aquel cuerpo. Por último, el que apresaba a Armin se deshizo del niño y alzó a la muchacha.

—¡Pon una mentula romana en ese culus germano, Fabio! ¡Vaya princesita bárbara!

La inclinósobre una mesa y la penetró por detrás con fuerza mientras los otros se divertían a su costa. Armin, en el último momento, vio cómo uno de los romanos lo miraba torcidamente y acariciaba la empuñadura de su gladio. El muchacho corrió de pronto hacia la ventana, saltó y huyó al bosque a esconderse, mientras el último gemido del violador resonaba a sus espaldas.

Así había sucedido, dieciocho años atrás, en Wulfmunda, el lugar que su padre, Seginmer, protegía, allí mismo había sucedido, en el lugar más seguro de Germania, gracias a la traición de Ucróner...

OceanofPDF.com

XII

VIII D.C. BATALLA DE PŒTOVIO

Unos granos de arena después, otro grito sacudía los oídos de Armin, y volvía en sí. Las llamas continuaban elevándose alrededor. Unos legionarios reían. Las carcajadas rodeaban en coro a una mujer que apretaba contra sí a varios niños. Un hombre de mediana edad yacía muerto no muy lejos de ella. Parecía histérica, enrojecida. No podía saber lo que decía. Pero gesticulaba mostrándoles el pecho y lloraba y rabiaba. Ofrecía un trato a los romanos.

Todo sucedió muy rápido.

Uno de ellos arrancó a la niña de los brazos de su madre.

La joven parecía presente sin estarlo, en un estado de aturdimiento diferente al del niño, que lloraba y temía, consciente de lo que pasaba. Los hombres estaban poseídos por una energía perversa e irreconocible. Era la hora del expolio humano, del dominio de los necios. Había que ser un esclavo de Augusto para disfrutar de las migajas del poder absoluto, ser por unas horas dioses como sus adorados patricios de Roma, como sus grandes, sublimes, soberbios generales... Era la hora en la que los vulgares legionarios, tratados por su propio Imperio como carne para usar y

tirar, podían tomarse la revancha sobre el mundo. Detrás de aquella perversión sólo emergía la verdadera impotencia del soldado.

El legionario relamió a la niña. Se inclinó sobre ella. Rugió de placer. Se levantó el faldellín. Su cabeza cayó junto a sus cáligas. El rostro de la joven quedó cruzado por una salpicadura repentina y roja.

Después, el cuerpo, todavía erecto, se derrumbó como un muñeco abandonado.

Había sido decapitado.

A través de la veladura roja que empañaba su iris, la niña vio la imagen de un gigante que gritaba fuera de sí. No olvidaría jamás los cabellos greñosos, los ojos fieros de un águila, y el mandoble de su acero que golpeaba un gladio apresuradamente empuñado. Una patada y Armin tuvo a su merced a otro enemigo, al que alcanzó por las costillas. Mientras éste jadeaba, otro había tratado de enfrentarse al germano, pero la habilidad con la hoja larga en el combate a muerte terminó separándole la cabeza del cuerpo. El cuarto trató de huir, pero fue alcanzado por la espalda, pues era un cobarde y resultó ensartado. Apenas esto sucedía cuando media docena de legionarios presenciaban el suceso y corrían hacia allí.

Uno de ellos era Cazarratas. Era él. El mismo.

Armin hinchó sus pulmones de aire, empuñó con furia la espada y saltó hacia ellos arrojando su *barditus.* El odio irrumpía de nuevo desde ignotas profundidades en las que los hombres no se conocen a sí mismos. La enfermedad de los dioses volvía a nublar su mente y a dominar cada nervio de su cuerpo.

—*Wulf!*

Dos golpes cruzados y tres de aquellos asaltantes resultaron heridos, pero Cazarratas se puso a cubierto. Sintió que Armin lo buscaba a cualquier precio, y sonrió para enfurecerlo. El querusco logró herir a dos más y se aproximó a Cazarratas, quien aprovechó el momento para dar una lanzada. Armin combatía enjaulado por los legionarios, mientras el centurión trataba de ensartarlo vilmente.

—¡No lo matéis! ¡No lo matéis os ordeno! —gritaba Cazarratas en un tono a la vez suplicante y amenazador. Bajo ningún concepto podía aceptar que acabasen con su vida. Quería torturarlo durante el mayor tiempo posible, desangrarlo gota a gota, arrancarle las uñas, despedazarlo... No soportaría que muriese sin más en un combate como aquel. Necesitaba humillarlo mil veces antes de verlo morir.

En ese momento Armin hizo algo extraordinario e impensable. Alzó la espada como si fuese a dar un poderoso golpe de halcón, y la arrojó. Giró el arma una vez antes de hundirse en el hombro de Cazarratas y transververarlo. Hacía casi veinte años que no sentía un dolor así. El mismo hombro que los perros germanos le habían dislocado con una maza momentos antes de arrebatarle el Águila de Plata de la Quinta Legión. Las entrañas le ardieron. La fatalidad quiso que el acero reventase el cartílago que unía de mala manera sus huesos. Dejó caer la lanza. Gritó horrorizado y le saltaron las lágrimas. Su cólera e impotencia le inyectaron los ojos en sangre.

El bárbaro rugió de satisfacción al tiempo que aprovechaba la confusión producida por el grito de horror del líder entre sus secuaces, y lograba arrebatar un gladio. Forcejeó, retrocedió y el filo negro resbaló por el cuello de otro insensato. Mientras la sangre brotaba, viva y alegre como del cuello de aquel jabalí al que diese caza tantos años atrás, su primera presa, los ojos del germano se desorbitaron, poseídos por una furia aniquiladora, y gruñó como un lobo rabioso. Saltó sobre un caballo. Los legionarios se cerraron alrededor de Cazarratas, protegiéndolo. Armin retrocedió, dueño de sí mismo y jovial, y ordenó al caballo que cargase.

Los soldados se apartaron.

Cazarratas alzó la mirada enfurecida y se encontró con aquellos ojos otra vez. Un grano de arena después las patas del caballo lo pisotearon. Creyó que una de sus rodillas había estallado hecha añicos debajo de la piel. Gritó, gritó fuera de sí, incapaz de suplicar clemencia. El caballo volvió a pasar por encima. Esta vez la pata cayó sobre su rostro, hundió su cabeza y le reventó la

mandíbula contra el suelo. La sangre brotó profusa de su boca. Los gritos del germano lo atormentaban.

Armin se dio cuenta de que nuevos grupos de legionarios voceaban y se aproximaban, conscientes de que un disturbio asolaba el lugar. Alzó a la mujer maltratada sobre el caballo, junto a sus dos hijos, y trotó hacia las tinieblas.

Ella conocía un sendero entre las rocas. No había forma alguna de escapar por las escarpadas paredes en cuyas cimas permanecían asentados los restos del ejército de Pœtovio y otros muchos miles de rebeldes. Esa sería su última resistencia frente a Roma. La mujer apenas hablaba el latín, pero supo decirle por dónde debían ir. Unas luces parecían seguirlos no muy lejos. Una guarnición venía en su busca.

Alcanzaron un desfiladero y dejaron que el caballo ascendiese por su cañón.

Se elevaban por encima del nivel de las llanuras del valle del Dravus. Los fuegos centelleaban poniendo acentos siniestros en la inmensa oscuridad nublada. Las antorchas de quienes venían en su busca se acercaban. Por fin una voz gritó y su eco se alejó por las invisibles paredes de roca que los rodeaban. La mujer comenzó a gritar. Parecía explicar lo que sucedía. Ella le pidió que avanzase. El caballo relinchó y continuó hasta que parecieron doblar una esquina y llegar a las cimas. Dio un largo rodeo, y Armin descubrió docenas de hogueras que ardían a lo largo de muchas millas, faros perdidos en un mar de sombras. Unos rostros fieros se aproximaron bajo un hachón. El viento soplaba con fuerza allá arriba, y las hogueras dejaban rastros de chispas al ser arrastradas por el soplo helado.

La mujer continuó hablando y gesticulando. Mientras tanto, Armin descubrió los ojos claros y grandes de la niña, que lo observaba, anonadada. La mujer mostró a los hombres armados la sangre que ensuciaba el rostro de su hija. Trató de limpiarlo con la manga de su sago.

Armin se retiró la *lorica* romana y la dejó caer al suelo. Después los panonios no quisieron cruzar palabra alguna con él. Unas voces anunciaban la llegada de la partida que los perseguía. Los captores se detuvieron en el acantilado. Las luces no avanzaron, hasta que la quietud y algún rastro dejaron que el odio que los animaba contra el germano traidor los empujase a avanzar. En el momento justo, los arcos zumbaron y una lluvia de flechas vino a recibirlos en las tinieblas. Se escucharon gritos ahogados y golpes secos y esponjosos. Las antorchas se quedaron quietas en suelo del desfiladero. Sólo una de ellas se alejaba por el mismo camino por el que había llegado.

Armin montó su caballo y le ordenó avanzar. Lo último que vio fueron los ojos de aquella niña, que continuaban fijos, clavados en los suyos, sencillos e impenetrables como la mirada de los animales.

OceanofPDF.com

XIII

VIII D.C. CAMPAMENTO DE PETOVIO

—¡Arminius es un ciudadano romano! ¡No estoy dispuesto a aceptar esta mentira! Todo eso es falso, ya hubo falsos testimonios con anterioridad, y precisamente por parte de las mismas personas... —gritaba Paterculus.

—No podemos dejar de tener en cuenta el testimonio de todos esos soldados —repuso uno de los tribunos.

—¡Por Augusto y por Julio César, conozco a ese hombre, no ha hecho otra cosa que combatir como un héroe por Roma! Es una osadía de ese repugnante centurión —continuó resueltamente Paterculus. La reunión del alto mando debatía el caso en la tienda principal. Los generales habían recibido las novedades de Tiberio, y el gran mapa de Panonia aparecía desplegado sobre una mesa. Pero aquel cajón de madera continuaba acaparando toda la atención de los congregados. Dentro aparecían las cabezas de tres romanos, amoratadas, hinchadas y con los ojos desorbitados. Eran las pruebas que se esgrimían contra el desaparecido Arminius. Según Cazarratas y varios de sus hombres, asesinó a varios legionarios por la espalda y después lo atacó a él.

—Hemos encontrado a varios centuriones que han hablado de su hazaña en el puente. Gracias a él que los panonios no

consiguieron destruirlo, y gracias él que después las unidades lograron establecer contacto con las cohortes avanzadas, que de otro modo habrían sido exterminadas... ¿A qué viene esto? Estoy seguro —dijo de pronto Paterculus y en su voz ardió una ira difícilmente contenida— de que en todo este asunto hay algo oscuro, Marcus. No me creo que primero arriesgue su vida en el puente y después se dedique a cortar cabezas sin otra razón más coherente. No lo conoces, pero yo sí. Arminius no habla demasiado, pero es terriblemente inteligente, no es un loco ni un sádico, como ese Cazarratas, que no dudaría en despellejarme con sus propias manos si tuviese la oportunidad, porque disfruta con ese tipo de castigos incluso entre los propios miembros del ejército.

—Podría haber pretendido traspasar el puente para desertar —dijo otra voz.

Paterculus sacudió la cabeza, incrédulo ante lo que oía.

—¡¿Un tribuno con la ciudadanía romana?! —estalló.

—No conocemos sus motivaciones, y esos queruscos...

—¡Esos queruscos! Muchos de ellos han muerto en nuestras unidades de caballería, precisamente para que la campaña de Tiberio progrese. Esos queruscos venden cara su piel y mueren ya por Roma. ¿Con qué se supone que debemos recompensarlos? Con nuestra desconfianza, supongo. Por este camino no me extraña que los amagos se repitiesen, y que las mismas legiones un día se amotinen...

—¡Paterculus! —gritó el general ante la insolencia de su lugarteniente.

—Veleius Paterculus es mi nombre, y sé lo que digo. El ejército no puede continuar aplastando a sus unidades auxiliares. Todo esto no es ni más ni menos que el peor ejemplo de lo que sucede en nuestras legiones. Estamos acusando a un hombre del que sólo hay referencias temerarias a favor de Roma. Si los auxiliares continúan siendo hostigados, tarde o temprano el sistema fallará.

—¡Ya basta! —exclamó el general. —Que busquen a ese hombre, que encuentren su cadáver.

—Eso va a ser muy difícil, porque es evidente que ha desertado —añadió Marcus.

—O bien ha sido capturado por el enemigo —terció Paterculus.

—Si lo encontramos, terminaremos de aclararlo todo con un juicio en regla. Eso es todo.

OceanofPDF.com

XIV

VIII D.C. VALLE DEL SAVUS

Armin había cabalgado en la oscuridad, abandonando los campamentos de los insurgentes panonios. Recorría de este a oeste las sierras a las que se habían aproximado en los últimos días, y cuyo aspecto frontal era el de una sucesión de inexpugnables acantilados a través de los cuales los desfiladeros y las gargantas rocosas, pobladas de sufridos árboles, vertían caudales espumosos en el valle del Dravus. A su derecha se extendía el Valle de Celeia. Sabía que al menos una legión estaba en marcha en la misma dirección que él. No encontró a nadie durante aquel día, y por la noche, mientras avanzaba trabajosamente a pie, guiando al caballo por las riendas, admiró el terrible escenario de guerra en el que se convertía el sur de Panonia.

El Valle del Savus titilaba. Numerosos fuegos ardían en la distancia, líneas puntuadas y brechas y latigazos fulgurantes. El cielo, negro y espeso a causa de las nubes, centelleaba, y Armin tenía la sensación de que el mundo entero iba a la deriva y de que, como Cerunno le dijo, se acercaba una batalla apocalíptica entre los dioses y los hombres. Sin lugar a dudas, el plan de Tiberio tatuaba con runas de fuego la piel del paisaje nocturno. Tiberio deseaba una devastadora incursión desde las inmediaciones del Danuvius en el Valle del Savus; iba en busca de Segestica, que ahora, además de ser una de las ciudades más grandes de la provincia, albergaba el

núcleo de la resistencia popular de Panonia. Cæcina y los príncipes tracios debían estar haciendo un buen trabajo en el este y en el sur, Iliria y Macedonia. Continuó avanzando. Había consultado los mapas y su plan sólo disponía de dos opciones. Pero el avance de tropas en su misma dirección, por el valle que desembocaba, a su derecha, en el Dravus, anulaba una de las posibilidades. A pesar de las ventajas que presentaba el plan, atravesar las montañas de Noricum y de Rætia y descender hacia el territorio de los helvecios para adentrarse directamente en Germania, cruzar el Mœnus y perderse en las selvas de Hercynia ya no parecía factible. La situación se volvía desesperada, y en ese caso sólo podía permitirse la segunda opción prevista.

Las tropas que rodeaban esas sierras desde el oeste después de haber vencido en Pœtovio buscaban un punto estratégico del mapa, la Boca del Savus, un accidente geográfico parecido al que accedía al Boiohæum de los marcómanos desde la ruta del Rhenus. Los ejércitos panonios se concentrarían en aquella zona. Debía llegar cuanto antes para evitar a unos y a otros.

Al día siguiente el viento de Panonia sopló furente desde el norte. Armin logró perderse en unas espesuras por la ladera interior y descendió evitando las aldeas, cuando lograba verlas, buscando el fondo del valle. Los bosques crecían como manchas dispersas. Evitó ser descubierto por unos contingentes de latovicios que descendían desde el sur, y al caer la tarde vadeó a duras penas el Savus. Sus aguas caudalosas no eran tan profundas en su curso medio. Mientras se alejaba hacia el sur se daba cuenta, contemplando las molduras montañosas que conformaban la Boca del Savus, que la legión se aproximaba a una trampa mortal: los panonios se concentraban masivamente, a juzgar por las luces que hormigueaban por los montes, y allí podrían cobrarse una contundente victoria a cambio de muchas bajas.

El valle de los latovicios ascendía y era abrupto. No pudo Armin encaramarse a las laderas que, sin ser demasiado elevadas, estaban tan escarpadas como una pared de roca despedazada a martillazos. A menudo debía acercarse demasiado a los caminos,

cuando era imposible continuar avanzando por escabrosos campos de piedras. Era como una inmensa garganta rocosa en cuyo fondo crecían espesos encinares en los que zumbaba el furioso viento del este, algo que fue de gran utilidad para el fugitivo. Por fin el valle trepó entre accidentados terraplenes y lo condujo a un altiplano. La cumbre era larga y llana. Pernoctó por primera vez en varios días oculto entre grandes piedras, y esperó a que la luz del día volviese a despertarlo. Mientras caía en un profundo sueño reparador, miraba hacia el profundo valle. Una gran luz ardía en el centro, y los fuegos continuaban jalonando diversos puntos a su alrededor, sobre todo en el sur. No quería imaginar los cientos de miles de horrores que causaba la soberbia de Roma y el inconformismo de los insurgentes. Tiberio estaba cumpliendo su palabra: era evidente que se proponía devastarlo todo, y al fin había conquistado su corazón. Pero no le cupo ninguna duda de que los que habían incendiado Segestica y todos sus templos y villas romanas fueron los panonios. Tiberio conquistaría una tierra estéril y arrasada.

El viento continuaba soplando, y creyó que la intensa luz del amanecer lo había despertado. Pero a su alrededor todo era oscuridad, y de pronto un temblor rugiente sacudió la tierra y se alejó repitiendo su canción por las paredes del valle. Desvelado por el rayo, Armin escuchó los relinchos del caballo, y decidió ponerse en marcha, fuera la hora que fuese. Continuaron avanzando mientras el viento arreciaba a lo largo del altiplano. Las rachas de lluvia empezaron a golpearlos de costado. Los golpes de trueno asustaban a su cabalgadura. Armin trataba de tranquilizarlo y se arrebujaba en sus ropas. La luz fue abriéndose paso y al principio creyó que aquella larga cumbre le conduciría hasta lo que tanto esperaba encontrar, la larga y abrupta pendiente que descendía hacia el sur. Pero de pronto se abrió una brecha inesperada en el camino.

A sus pies, altísimos acantilados descendían en pico en un valle angosto, y detrás ascendían con la misma naturalidad, oponiendo a su avance un obstáculo insuperable. Escuchaba el canto de unas aves rapaces que trazaban grandes círculos en el aire,

en medio del valle. En el fondo veía la línea de un río despeñado. Decidió seguir avanzando hacia la única ruta que le quedaba y que le convenía: la cumbre hacia el sureste. Al caer la tarde descubrió que el río nacía en una inmensidad pedregosa en la cual la cumbre descendía arduamente. Supo que ésa era la dirección a seguir y decidió continuar hasta que entrase la noche. Se dio cuenta de que era una región inhóspita y salvaje. A lo lejos vio un desierto azulado, pero la gravedad de la última dificultad no le permitió pensar en nada más.

Al caer la noche vio luces dispersas en la distancia, casi todas alineadas en torno a una gran sombra a partir de la cual no había nada más que la oscuridad infinita. Volvió a detenerse para descansar, y esperó la llegada del día, temiendo que el caballo se hiriese con un mal traspié.

Cuando la luz apenas clareaba y el viento rugía con renovado ímpetu, las nubes se arrastraron a baja altura, dejando que las colinas que se arrugaban ante sus ojos las desgarrasen. Había una calzada que recorría la región desde Segestica, pasando por Rómula y Arupium hasta desembocar en el puerto de Senia. Lo recordaba con claridad, por eso se pasó el día entero atravesando las colinas y evitando aquella ruta, que en su opinión estaría bajo control romano, al menos hasta las puertas de Rómula, si los panonios continuaban controlando la salida al mar y si no se había producido un desembarco romano en la costa. Pero a pesar de ello Armin escogió el peor camino y no atravesó las colinas ni descendió del otro lado hasta entrada la tarde.

Allí, no muy lejos, estaba la pequeña ciudad de Tarsálica, junto a las aguas del Adriático. A pesar de la urgencia de la situación, la impresión que le causó el mar le libró momentáneamente de sus dudas. Era una grávida agitación, un extraño monstruo; parecía encolerizado y hambriento, y sus grandes olas lo impresionaron, rompiendo y batiendo al pie de las rocas.

Apenas caía la noche, cuando la tempestad volvía sobre sus pasos y estallaba sobre su cabeza.

OceanofPDF.com

XV

VIII D.C. PANONIA

En Roma, Marco Furio Camilo y Sexto Nonio Quinctiliano eran reemplazados por los cónsules *suffectus* Lucio Apronio y Aulo Vibio Habito, quienes admitieron las censuras establecidas por Augusto en materia de historia. Roma no podía concederse el lujo de dejar que las opiniones de los historiadores diesen *otro* punto de vista, diferente al que realmente interesaba a los resortes del poder. La primera obra condenada a su desaparición fue la del orador Tito Labieno; a ésta le siguieron también todas las de Casio Severo, que fueron destruidas públicamente para mayor escarmiento de quienes creían que podían opinar por encima o al margen de los dictámenes del poder absoluto.

Augusto se desplazó hasta Ariminum, cerca de la frontera occidental de Panonia, para estar más cerca del escenario de la guerra. Desde allí comenzó a dirigir los pasos de las tres fuerzas capitaneadas por Tiberio, Cæcina y los príncipes tracios. A Tiberio no le agradó en absoluto ese afán de protagonismo. Quizá Augusto sabía que en Roma la reputación de su hijastro crecía y cobraba un vigor superior al que hasta ahora había disfrutado en el mejor de sus momentos. Presentándose en el escenario reclamaba la autoría de los hechos y volvería como un dios victorioso ante Roma.

Durante el año 8 d.C. los tres grandes ejércitos habían cercado los puntos más conflictivos bajo el dominio de los insurrectos. Todo

había seguido su curso hasta que los panonios lograron concentrar todas sus fuerzas en torno a Segestica. Cuando al fin Tiberio había logrado someter la ciudad, los panonios incendiaron los edificios y huyeron a los montes. Después llegaron las peores revueltas lideradas por un arabonio llamado Bato, y todos se temían un desastre para Roma en el caso de que los pueblos panonios lanzasen una ofensiva masiva, cuando las divergencias estallaron entre los diversos jefes. Los panonios se habían caracterizado, como los germanos, por su tendencia a no ponerse de acuerdo unos con otros. Esa era una de las razones por las que Augusto los había subestimado, y por la que no se tuvo en cuenta el peligro que suponían para el futuro cuando lograron aplacar la primera insurrección, quince años atrás.

Pero aún así, las malas condiciones y la ira acumulada habían logrado que la llama del odio se propagase mientras las victorias se acumulaban. Sin embargo, cuando Roma puso en marcha su plan de contención y los tres ejércitos empezaron a controlar a los rebeldes, hubo muchas más desavenencias entre sus jefes. Augusto y Tiberio aprovecharon esto en su beneficio, y lograron con ello fragmentar la fuerza enemiga. Los sitios dieron lugar al hambre despiadada y a las enfermedades. Los romanos dejaron que su enemigo fuese debilitándose y las últimas batallas permitieron al Senado dar por sentado que la guerra había acabado con una victoria para Roma. A cambio, Panonia entera había sido devastada, y cuando Tiberio ya se había puesto en marcha hacia Roma, Cæcina continuaba infligiendo un implacable castigo a la población.

Fue la segunda y última rebelión de Panonia.

OceanofPDF.com

XVI

VIII D.C. TARSÁLICA

Las luces de la ciudad se disolvían en la lluvia. Un camino pedregoso y encharcado lo condujo hasta las afueras. Había un puerto. El mar hervía. Las olas rompían contra unos muros de roca natural que se sumergían en las sombras, asesinados por los abismos submarinos. Un vaivén permanente amenazaba las naves estacionadas en el interior de la rada. Armin descubrió luces que iban y venían de la ciudad y que se sumergían en el vapor y la incertidumbre de la lluvia. No lo pensó dos veces, y fue en busca de los barcos.

Después de avanzar a duras penas hasta la entrada del muelle, vio cáscaras que flotaban en las inquietas aguas. Los barcos de los romanos eran naves extrañas, al menos los únicos que conocía y que había visto navegar por el Rhenus. Eran naves de guerra, acorazadas, provistas de lanzaderas y con docenas de remos. Lo que allí se balanceaba en el agua era una multitud de endebles cascaras de huevo. El germano había imaginado otra clase de barcos. Una de ellas era mucho más grande, y una silueta parecía cruzar por un puente a su interior. Había alguna clase de luz encendida en la cubierta. Fue hacia allí y descubrió que era más grande de lo que había imaginado, una nave panzuda con un ojo pintado en la proa El agua azotaba su cubierta. Un viejo daba órdenes a unos críos que debían ser sus ayudantes.

Armin recurrió al latín.

—¿A dónde vais?

Por toda respuesta el viejo se echó a reír, mostrando sus hileras de dientes podridos.

—¡A las Islas Afortunadas! —gritó un muchacho.

Armin no recordaba aquellas islas, pero lo cierto es que él no sabía nada de ese mundo hacia el que huía. Poco importaba dónde estuviesen, si le daban la oportunidad de salvarse.

—¿Hay romanos en las islas afortunadas?

—Hay romanos en todas partes —respondió el viejo. —Pero en esas islas hay menos romanos.

—Quiero ir —dijo Armin. —Quiero ir con vosotros.

—Puedo venderte mi barco —dijo el viejo. —Estos son los marineros. Que ellos te lleven.

Armin miró a los dos muchachos. No sabía nada de aguas ni de mares, pero le parecía que le estaban engañando.

—¿Estás hablando en serio, extranjero? —le preguntó uno.

—Nadie saldrá hoy a navegar a no ser que esté loco —repuso el otro, tirando de un cesto lleno de peces que todavía coleaban.

—No me importa —repuso Armin, después de lanzar una hosca mirada al rugiente mar.

—¡Si que te importa! Además, no has dicho si puedes pagar tu viaje hasta las islas.

Armin extrajo una bolsa que llevaba atada a la cintura y de ella sacó una piedra. Se la alcanzó al viejo. Éste se la metió en la boca y la mordió haciendo una horrible mueca. Después escrutó la muesca labrada por sus muelas. Pareció satisfecho.

—Está bien, pero no partiremos hasta el amanecer.

—Espero que el precio incluya algo de comida —aseveró Armin, saltando a cubierta. —Tú, joven, ¿cómo te llamas?

—Atelción.

—Eres griego —dijo Armin.

—Por eso sé navegar y tú no —repuso el muchacho.

—Pues ahora irás a tierra por muy marinero que seas y guarecerás este caballo en lugar seguro. Si lo quieres es tuyo —le ordenó Armin.

Atelción sonrió complacido.

—¡Y no olvides traer algo de comida, si es que aquí no hay nada! Por las barbas de Tor que estoy más hambriento que un lobo...

—Que viajes en este barco no significa que seas el primer marino— le aseguró el viejo.

—Estoy hambriento, *græculus*, y necesito guarecerme de un largo viaje.

—Pues abre esa compuerta y métete en la bodega, encontrarás lo necesario para dormir todo lo bien que se puede dormir en un barco como este. Y cuando se te pasen las ganas de dar órdenes, vuelves a cubierta.

Armin se introdujo en la bodega y se echó sobre un montón revuelto de sagos de lana. Al poco Atelción apareció y preparó unas vituallas sobre una bandeja de madera. Los otros dos descendieron y cenaron con Armin. Después y sin más conversación que algunas miradas de asombro por parte de los jóvenes, que no quitaban ojo a su espada, Armin se quitó la ropa mojada y se envolvió en uno de los sagos. A pesar de que el continuo vaivén le importunaba, poco tiempo después el enorme cansancio obró el prodigio de sumirlo en un profundo sueño mientras la lluvia y las olas chapaleaban alrededor sin pausa.

*

Se despertó con un malestar tan intenso percutiendo su cabeza, que no supo si vivía la más extraña de sus pesadillas. No lograba posar sus manos en superficie alguna sin que ésta no se desplazase de un lugar a otro. A tientas, se arrastró hasta la escalerilla y apartó de su vista la trampa de madera. La luz gris que inundó sus ojos y el aire fresco parecieron reanimarlo. Se arrastró hasta la cubierta y, sin atender a las risas de los jóvenes marineros, Armin se asomó al mar y vomitó. Creía que no le había pasado algo así en toda su vida. Se apartó el amargo sabor de la boca cuando el viejo le tendió una bolsa de piel llena de vino. Se enjuagó y escupió por la borda. El viejo le quitó la bota de las manos inmediatamente, e imprecó algo en un idioma sonoro y extraño que Armin nunca había oído, hasta que los zagales le respondieron entre risas.

Armin se echó al suelo, indiferente a lo que pudieran decir. Las nubes subían y bajaban, el mar parecía fuerte y espumoso alrededor. A veces la proa se inclinaba tanto que parecían estar ascendiendo una montaña coronada por una cola de espuma, detrás de la cual se inclinaban vertiginosamente y descendían un abrupto valle. El mar era una sucesión de montañas que cambiaban de sitio. Las hirvientes aguas arrojaban su espuma a la cubierta. Armin creía que iba a morir de la manera más extraña, cobarde e indigna que pudiera imaginarse un germano.

Pasaron las horas, y la cubierta gris de las nubes se desgarró de pronto en el horizonte. De las masas caliginosas surgieron lanzadas de rayos, columnas heliocéntricas que se arrojaban en las procelosas profundidades, sosteniendo a un sol opulento y oriental sobre su trono de oro, y el mar, oscuro y hambriento, recortó sus montañas contra un imperio de luz hacia el que la nave de los griegos se dirigía, más allá del mundo.

Armin pensó que las Islas Afortunadas crecían allí delante, como riscos solitarios en medio del océano infinito y rugiente, y dejó que la luz penetrase en su mente y lo librase del insufrible mareo.

OceanofPDF.com

XVII

VIII D.C. EN EL MAR JONIO

La tarde era un telón dorado.

Las aguas llameaban, y el verde y el azul y el violeta ardían ornados con láminas de oro.

La antorcha solar descendía, acunada por burlonas divinidades del viento.

Armin imaginaba allá abajo ignotas profundidades, abismos, praderas y bosques de plantas marinas custodiados por neptúneos monstruos.

Los acantilados de una roca inexpugnable, estrangulados por el abismo, se sumergían en las olas. El batel rodeó las paredes y una costa roquera e inhóspita se deslizó a su derecha, iluminada por el sol.

Allí, de pronto, frente a ellos y relamida por las olas, una extrañísima barcaza ennegrecida flotaba en medio de las undísonas corrientes. De su cubierta acorazada brotaban púas de madera y espolones de acero. De sus costados salían docenas de remos que, inertes, descansaban en el agua. Un agudo espolón frontal, rematado con una cabeza de bronce, apuntaba hacia la costa, como una flecha. Encima de la cubierta, en la que sólo se erguía un astil macizo del que no pendía lino alguno, varias figuras sobrehumanas permanecían enhiestas, observándolos.

Cuando los griegos se acercaron, amedrentados y renunciando a una estéril huida de la que no podían escapar, Armin las distinguió. En lo alto había una especie de gigante (un híbrido entre centurión y buey) cuyos brazos, gruesos como mazas de herrero, se recortaban contra la luz dorada que recorría el cuerpo volátil de las nubes; sobre su cabeza había un pesado bucráneo cuyos cuernos, de los que colgaban unas guirnaldas, apuntaban al frente. A su lado, una enana gorda como un tonel les enseñaba el pecho abundante, vestida con algunos andrajos de estilo oriental. Dos muchachos tocados con tiaras de flores marchitas, marineros mal avenidos y ociosos, de aspecto delicado y ojos ceñudos, escrutaban a los recién llegados.

Armin supuso que si allí adentro había más gente debían de ser todos unos locos. Acostumbrado a la disciplina de los ejércitos de Roma, a la vida de Germania... ¿a dónde lo habían conducido las olas? ¿Qué significaba todo aquello? ¿De qué extraños prodigios era capaz el mar? Los hombres eran como sus cangrejos o la carne de sus conchas: raros y variados.

El Bucráneo habló con voz cavernosa. Su latín era tosco pero inteligible; arrastraba las vocales y sumergía muchas consonantes en el fondo de una garganta ancha y pesada.

—Viajeros perdidos en el mar, ¡subid!

Armin tomó su espada. Atelción y su hermano se miraron asustados. El viejo rehusó. El querusco subió a la escala que trepaba hasta la cubierta. El sol era fuerte y sus rayos herían el rostro y la mirada. Las figuras se alzaban ante él. Algunas retrocedieron ante el extraño aspecto del germano, dejando a Bucráneo solo. Brucráneo tomó una maza y la lanzó sobre Armin. Éste se apartó sin mayores dificultades. Aquello parecía más un ritual que un verdadero ataque. Escuchó una risa atronadora en el interior de la cabeza de buey disecada. Las guirnaldas colgantes giraban aparatosamente.

Armin aprovechó el momento para agarrar la cabeza por un cuerno y tirar de ella. El bucráneo saltó y cayó entre las maderas

untadas de pez de la cubierta, debajo de las cuales intuía que se abría un gran espacio. La cabeza del gigante era tan tosca como su voz. Sus labios mostraban una ostentosa y torcida curvatura, sus ojos parecían bizquear. Un monstruo sonriente, quizá el descendiente de los cangrejos, pensó Armin.

El querusco se resistía a tener que matarlo. Había algo en todo aquello que escapaba a su entendimiento. Le costaba matar a alguien por quien no sentía odio alguno, cuando no una misteriosa curiosidad. Llevaba un faldellín de pieles exóticas, con rayas negras, y un cinturón del que pendían docenas de cabezas de buitre disecadas... De su cuello colgaban alhajas empedradas, más propias de mujeres vanidosas que de hombres nórdicos.

—Bienvenido a la nave Quefalónida —dijo el gigante.

Los efebos continuaban mirándolo con punzante curiosidad.

—Gracias —dijo Armin, esbozando una sonrisa de absoluta incomprensión. Desde que conociera a Vitórix, era el primer personaje que le causaba verdadera simpatía, a pesar de que había tratado de partirle la cabeza de un mazazo. —Vosotros... ¿habláis?

—Hablamos —respondió uno con vehemencia. Tenía un aspecto sonrojado y pueril, y un brillo perverso en los ojos.

—¿A dónde vais? —preguntó Armin sonriendo. El gigante le devolvía la sonrisa. Dejó caer los brazos y se enderezó. El querusco estaba seguro de que aquel personaje estaba completamente loco.

—No sabemos a dónde vamos, sólo de dónde venimos —dijo uno de los muchachos.

—¿Quién sabe a dónde va realmente? —inquirió el otro.

La enana gorda empezó a reírse con tal descaro y gana, enseñando sus dientes podridos, que sus pechos iniciaron un auténtico baile.

—Eh... —Armin trataba de responder, pero la enana lo miraba con el rostro desencajado y se reía sin cesar. Bien visto, la respuesta

de los muchachos era adecuada y sabia, pero a él no le servía. —¿De dónde venís?

—Del mar.

«Perfecto. No sólo hay un loco, sino que todos están locos».

—Pero, ¿de dónde en el mar? —insistió Armin.

—De Quefalonia, en el Mar de los Jonios.

Eso era lo mismo que decir que venían de la luna, si acaso los barcos griegos lograban navegar entre las estrellas de la *Via Lactea*, como Armin había oído.

El gigante apartó con el pie la maza e invitó a Armin a entrar en el extraño recinto inferior. Armin empuñó la espada, sonrió exageradamente y lanzó una mirada a los griegos de Atelción, que se encogieron de hombros y ataron un cabo a la gran nave de los locos.

La somera oscuridad del habitáculo estaba impregnada de un olor a mirra disuelta y a mandrágora quemada. Lujosas telas se amontonaban formando un nido enorme. Muchos rostros de jóvenes y viejos lo observaban indulgentemente. Varias mujeres yacían tendidas al fondo. Otras, de hermoso talle, caminaban entre los cuerpos como panteras. Había ánforas de vino y copas y cráteras colmadas por doquier. La luz de unas lámparas de aceite iluminaba el humo de la licenciosa gruta flotante.

Desconocía que el Mar de los Jonios era un mar de esclavos libres. Si bien pertenecía a Roma como todo el Mare Nostrum, y como todas las provincias griegas, las islas dispersas y solitarias continuaban albergando numerosos misterios humanos, como en los tiempos antiguos, y la Antigüedad misma seguía degenerando a la sombra de los años, mientras la disciplina de Roma gobernaba implacablemente el mundo conocido. Allí había muchos hombres y mujeres ebrios de sus propios pensamientos. Quefalonia, Ítaca, Zaquintos, los numerosos islotes de Quitira, al sur del Peloponeso, eran las repúblicas de los locos.

El gigante se echó en una de las lujosas y mugrientas telas, y ofreció comida a Armin. Era una variedad de pescado ahumado. Estaba muy salado, y a Armin no le desagradó. Era conocido que los locos de Grecia eran los mejores vividores y comedores del mundo.

Pasaron varios días en aquella nave. Después, Quefalonio, como llamaban al Bucráneo, por ser, según ellos, el príncipe y dueño de una isla jonia llamada Quefalonia, los obligó a remar y se detuvieron frente a la costa en la que había un pequeño muelle y varias casas en el fondo de una bahía de aguas cristalinas. El temporal desapareció y el sol ardió con tal intensidad, que Armin no había vivido jamás algo así.

Una mañana, tumbado sobre la nave, lo vio ascender hasta el centro del cielo, que se volvió, gracias a una suave calina, de un azul tan pálido que rozaba el blanco. Allí arriba se detuvo como una energía inconmensurable. Escuchó hablar a los pescadores de la isla acerca de Pitágoras, un sabio como Cerunno, pero que había nacido centurias atrás, y que nunca orinaba cara al sol, ni comía habas, ni censuraba en presencia de la potente luz.

Pocos días después, Armin había comprado el batel de Atelción y su abuelo, que se quedaron en las Islas Afortunadas, gracias a otra de sus piezas de oro, la más grande de todas, y partió en compañía de dos jóvenes aventureros pertenecientes a la tripulación de Quefalonio y los enseres necesarios para cruzar el mar en busca de la costa itálica.

OceanofPDF.com

XVIII

VIII D.C.

En medio de ninguna parte, los días pasaron lentamente. El batel se había alejado una mañana luminosa, hasta que las Islas Afortunadas se convirtieron en puntos distantes en medio del azul, y después en nada. Un imponente e inabarcable horizonte de agua los envolvió. Armin ya había superado los mareos, pero se sentía angustiado a falta de tierra. Los dos compañeros de viaje, que al parecer formaban pareja y deseaban visitar a un rico y excéntrico terrateniente de Apulia, que les había prometido contratarlos como maestros de retórica, parecían sentirse en el mar como en su elemento. Los griegos eran mitad peces, pensaba el germano. Raro era el día que uno de ellos no se zambullía en el mar desde la proa y nadaba o se dejaba arrastrar por un cabo atado a la nave entre las cambiantes ondas que sin pausa la agitaban. Dejaban en el agua unas cestas en las que, milagrosamente, los peces se introducían y de las que ya no podían salir. Después improvisaban un fuego sobre una piedra e invitaban a Armin a comer.

Él se sentía inútil. Había varias ideas que dominaban su mente y que lo atormentaban. Una de ellas era que sus provisiones no durarían demasiado tiempo. No había tanta leña para ahumar pescado, e incluso contando con las abundantes reservas acumuladas en la pequeña bodega, que servía de refugio nocturno, no lograrían aguantar tanto tiempo. Los marineros le aseguraban

que el *Mare Adriaticum* no era tan ancho en aquel rincón del mundo, y Armin les respondía que si aquello era un rincón del mar, no quería imaginar lo que significaba perderse en medio del océano.

—No quieras que eso nos suceda, germano, porque en tal caso estaríamos en manos de la clemencia de Neptuno. Y las tormentas aquí son traicioneras y van de un lado a otro con premura. Son como el temperamento de sus moradores, sereno y a la vez impredecible, a veces mortífero. El mar es muy ancho en el sur, y si un pequeño barco sin remeros se pierde en sus anchas olas, no se sabe dónde puede acabar.

Aquellos augurios no hacían más que empeorar las previsiones de Armin. La tierra no aparecía por ninguna parte, y los cálculos de los griegos le resultaban tan ajenos como su sonoro lenguaje. A menudo trataban de guiarse según la puesta de sol, pero las corrientes los empujaban hacia el suroeste en los últimos días. El sol salía en la mañana fresca, y después se alzaba con enérgico ímpetu e incendiaba la bóveda del cielo. Por la tarde soplaba el viento y el ocaso teñía de fuego el horizonte infinito. Y el espectáculo se repitió un día y otro, y otro, y otro, hasta que Armin perdió la cuenta y comenzó a divagar.

Aun en el caso de que lograse alcanzar la costa itálica sin ser visto, lo que no parecía imposible, una vez allí tendría que recorrer las calzadas en busca del norte. Sin embargo, estaba seguro de que era la mejor solución. Su condición de ciudadano romano podría ayudarlo en los momentos difíciles que, esperaba, no llegasen a presentarse. Un par de piezas de oro y obtendría los caballos y el sustento necesarios para viajar discretamente buscando los territorios salvajes de Rætia hasta la frontera de Germania. Era imposible que la búsqueda de los mandos de la legión *Galica* llegase a tales extremos. Le bastaba con no acercarse demasiado a los fortines del Rhenus y con escapar como una alimaña en la oscuridad de los bosques. Después tendría que buscar a Thusnelda y marchar con ella hacia el norte...

Thusnelda. Esa palabra le traía tantos recuerdos, y parecía que eran largos años los que le separaban de ella. Su inquietud crecía al pensar en ella. Estaba seguro de que Segest estaba al corriente de su presunta deserción y de los crímenes de los que se le acusaba, y él habría escogido la versión de los centuriones de la *Galica*. Eso significaba que podría anular su matrimonio y hacerse con las riendas del asunto. Podría hablar todo lo mal que quisiese acerca de su yerno, pues todo su prestigio alcanzado en las legiones se había esfumado. ¿Cuál habría sido la posición de Paterculus al respecto? Si quería casarse con Thusnelda, era el momento adecuado. Podía darlo por muerto o por desertor, que lo mismo daba, y en ambos casos tenía derecho a prevalecer como marido, asunto en el que contaría con el beneplácito de Segest.

¿Cómo habían podido torcerse los acontecimientos de ese modo? Pero aquel centurión, aquel bastardo... todo ese mal vivir en las legiones. No podía dejar a Cazarratas impune. No podía presenciar la repetición de los mismos crímenes, y permitirlos. El recuerdo de aquel día, cuando su hermana fue violentada, fue más fuerte que todos los intereses a cuyo servicio se prestaba para mayor seguridad del futuro con Thusnelda en Siga. Finalmente Cerunno tenía razón una y otra vez. Su mensaje duro, su senda espinosa, era la verdadera respuesta a cada pregunta que se planteaba en la existencia. Él era consciente de los destinos de los hombres al nacer, y de las inescrutables fuerzas que conducen a los hombres por los entresijos de sus actos, los cuales, en apariencia, se precipitan desordenadamente, pero que, transcurridas las estaciones y los años, desentrañan el hilo oculto de lo pasado, como o si todo fuera una sucesión inevitable y prescrita. Había errado ante Cerunno y ante sí mismo. Tratando de seguir el sendero equivocado, no hacía más que incurrir en nuevos desatinos. Pero la respuesta no emergía de las tinieblas de su mente. Necesitaba ardientemente encontrar a Cerunno. Y esa idea comenzó a cobrar fuerza cada día.

Veía el sol y recordaba al poderoso adivino.

El agua iba escaseando y los navegantes reconocieron que no acababan de sentirse seguros al avanzar. La vela se desgarró a causa de un golpe de aire, y durante los dos días que los muchachos necesitaron para coser de nuevo la tela, la embarcación fue a la deriva en el ocaso del mundo. Armin ya había comprobado que muchos griegos y habitantes del sur del Imperio gustaban de la amistad masculina hasta un grado que le resultaba incomprensible, mas no intolerable. Ya en las Islas Afortunadas había visto que aquellos hombres parecían disfrutar más unos con otros que juntándose con mujeres, y la causa no era, desde luego, que en las Islas Afortunadas muchas fueran tan gordas como toneles. Al parecer los griegos llevaban el grado de amistad hasta la independencia del hombre. Había comprendido que de esa manera los hombres lograban mantener su privilegiada superioridad por encima de la mujer, no dependiendo de ella. No todos opinaban así, pero una gran mayoría sí que lo hacía. Era un concepto de la mujer que le sorprendía, un mundo nuevo que no lograba asimilar. En Germania las mujeres eran más valiosas. Tenían derecho a elegir marido y a separarse de él. Las mujeres eran las sacerdotisas más fuertes y gobernaban los santuarios más antiguos. Era peligroso imponerse a la voz del consejo de mujeres, e incluso la asamblea de los guerreros debía respetar su palabra. Los griegos ya eran demasiado sabios y su mundo soleado, enérgico, tan antiguo, lleno de semidioses que experimentaban con lo nuevo y lo viejo, era superior en muchos aspectos a la cultura de los germanos, más arcaica pero por ello también más natural y menos artificial.

Una mañana, Armin contempló con los ojos entrecerrados el sol ardiente. Su lumbre parecía irradiar un poder inexorable. Había aprendido a cubrirse de su mirada, pero también a admirarlo. Escuchaba las conversaciones de los griegos, y supo muchas cosas acerca de un sabio que adoraba al sol, y todos sus seguidores lo veneraban. El *Sol Invictus*, las enseñanzas de Pitágoras. Armin supo de las misteriosas facultades del cálculo, de las formas de los triángulos y sus lados, de los beneficios de la previsión frente al caos... Eso era lo que disuadía a la desesperanza en las mentes de

aquellos navegantes. Creyó que los ejércitos se servían de todos esos fundamentos para vencer a los bárbaros en todos los rincones del mundo... ¿y qué sucedería si los bárbaros lograsen usar las mismas armas?

OceanofPDF.com

XIX

VIII D.C.

Pero la gran arma de las civilizaciones era su pensamiento.

Aquello centelleó en su mente, abrumada por los pesares y las dudas y las ansias. Fue como una intervención del sol. El pensamiento parecía ser el arma demoledora que convertía a unos hombres en dioses y a otros en vulgares animales, indignos hasta del más mellado de los filos. Cerunno era el más grande guerrero que había conocido. Siempre creyó que ése era su padre, Segimer, pero su padre sólo había sido un hombre. Era Cerunno el verdadero héroe, era gracias a cuánto Cerunno le había dicho que él en ese momento tenía las dudas que tenía y vivía los acontecimientos como los vivía. Los grandes guerreros de Wulfmunda, la tenaz Alianza de los Ases, las rebeliones de los queruscos, todo ello se debía a los guías espirituales, a los pensadores, y de entre todos ellos, a Cerunno. Él se había encargado de que aquel pensamiento pasase de una generación a otra, y su pensamiento *era la guerra*, mantenía vivo el deseo de libertad, ponía las consecuencias claras ante los ojos de los obcecados jefes. Les mostraba que el comercio con Roma era una falacia, y que sólo conducía a la esclavitud. Que sus alianzas sólo eran un pretexto para hacer rehenes y que sus fronteras nunca serían definitivas.

En tal caso, esa era la grandeza de su civilización, con todos los atrasos en las diferentes fuerzas del cálculo. Los germanos

habían dispuesto de un pensamiento que los había llevado desde la sombra de los siglos hasta aquel punto, y una vez allí nadie podía negar que su guerra debía resolverse de manera definitiva.

Un placentero bienestar lo inundó a medida que el sol descendía y sus rayos eran menos severos, y así, mirando el sol, volvió a la Colina de Irminur, años atrás. Cerunno se hallaba de nuevo frente a él, siendo un niño, y el santón miraba al cielo, ensimismado, recorriendo con sus manos sarmentosas los bajorrelieves rúnicos que recorrían una de las sagradas rocas que, formando un círculo, entronaban el monolito de Irminur.

*

—¿Dónde está el Sol, joven Erminer, hijo de Segimer, a quien llaman Armin? —La voz de Cerunno lo envolvió como brotando del zumbido del viento.

—Está oculto.

—¿Dónde, niño Armin?

—Detrás de la tormenta.

—¿Y qué hacen las nubes, ocultándolo?

—Traen al rayo y a la lluvia.

—El Sol seca la tierra, y la Tormenta la moja. El Sol ilumina la tierra, y la Tormenta la oscurece. Si las nubes no recogiesen el agua de los mares, no cabría allí tanta agua como llevan el Río Grande y los otros cauces. Siempre pugna el mar proceloso y amenazador por desbordarse con sus olas gigantes, pero ahí están las nubes robándole agua, para evitar que su fuerza crezca y se trague la tierra, donde viven los hombres y los animales y los árboles, que son las criaturas predilectas de los Ases y de los Vanes.

»Hay dos círculos que gobiernan el ancho mundo a tu alrededor. Uno es de fuego y de oro, y es el Sol quien lo mueve, el Fuego del Herrero, y el otro es de agua y de niebla, son la Tormenta, y es el Caldero del Adivino. Cerunno los llama a los dos, y tiene un caldero para atraer las tormentas, y un círculo de fuego en el que encierra a sus llamas. Las nubes traen el agua que aísla nuestras aldeas, ellas crean las ciénagas profundas en la tierra, los fosos que nos protegen.

»La visión misteriosa para el guerrero: el Sol y su levantamiento, el Sol y su aparición, son formas de su propio destino, o más bien de su propio deseo. Pon el Sol en tu cabeza si algún día un régulo tienes que ser, porque ilumina alrededor y te otorga la posibilidad de descubrir la manera de vencer. La runa del Sol es la runa de la fuerza y del poder. Quienes nacen bajo sus líneas, en el centro del verano, cuando la sombra de los monumentos a los antepasados se proyecta hacia las marcas de los hombres—rayo, están tocados por el signo que gobierna la voluntad de los hombres. Muchos de ellos han nacido para gobernar. Son los líderes.

—¿Y qué es mejor, el Sol o el Agua?

—A veces conviene una cosa, a veces conviene la otra.

—¿Y qué vale más, la fuerza o el poder?

—La fuerza engendra el poder, y no hay poder sin fuerza.

El augur dio unos golpes en el pesado caldero de plata. Armin se puso en pie. Un bajorrelieve de curiosas formas recorría todo su contorno, y brillaba mientras el agua giraba en su interior. El dios Mannu estaba allí esculpido, entronado, y sus tres hijos lo rodeaban.

—Mira allí. —Cerunno señalóun ángulo del cielo en el suroeste. Unas pesadas columnas de humo se levantaban

en aquella dirección, y se arrastraban por el cielo—. No son las nubes de los dioses, son el fuego de nuestros enemigos. Roma incendia las aldeas de los márseros rebeldes.

Los golpes continuaron resonando en el caldero.

—Invocaremos la tormenta del norte, a los espíritus de la guerra, a Skuld y a Nodgnir, las valkirias que habitan en las cimas del Monte del Caballo, para que cabalguen sobre el fuego y frenen el voraz avance de los aliados de Loki y de Surtur.

La nube negra entoldó colinas y valles, y Cerunno entornó los ojos ante su llegada. El cielo continuó oscureciéndose y las masas tormentosas fueron agolpándose y avanzando hacia el sur. La luz se borró en los pocos horizontes en los que, como un telón difuso y dorado, ardían unos rayos perdidos. La cumbre de la colina arañó el vientre de las nubes.

—Apresurémonos ahora, Tor se acerca.

El relámpago cayó en el valle con todas sus vetas y láminas de fuego.

El chasquido y una explosión ensordecedora echaron a Armin al suelo, y un golpe de aire huracanado comenzó a barrer la cima de los vientos.

El cielo se ennegreció por encima, abriendo paso el fuego lívido de los rayos; en el sur, la luz quedó cercada por una armada de espesos, amenazadores, turbulentos nimbos.

De pronto, la lluvia se abatió sobre ellos con persistente furia, sacudida por un enjambre de truenos.

Cerunno alzó el caldero y lo sostuvo en lo alto mientras el cielo lo colmaba de agua.

*

Trigitón, uno de los navegantes griegos, alzaba las manos frente e él como un sacerdote que invocaba el diluvio. Las rachas de lluvia espabilaron a Armin. Hacía sólo un momento que el sol arrebolaba sus mejillas, y ahora la lluvia se las refrescaba. Los griegos bailaban abrazados bajo la lluvia. Habían colocado todos sus cuencos y barriles por la cubierta. No estaban dispuestos a desperdiciar ni una sola gota del precioso regalo.

Armin se preguntó si Cerunno había estado detrás de aquel prodigio. Rió largamente. Había aprendido a reír como los locos.

OceanofPDF.com

XX

VIII D.C. COSTAS DE CALABRIA

A pesar de que una semana atrás el agua de la repentina tormenta les había dado nuevas esperanzas, los dioses continuaban jugando con el batel de Armin; indiferentes a su destino, indecisos ante la posibilidad de hundirlos en las profundidades. La sed se apoderó de ellos, y el sol volvió a arder con implacable fuerza. El mar se rizó y cambió y se volvió de un azul impenetrable. El viento comenzó a rugir. Las ondas se partieron, y comenzaron a balancearlos de nuevo. Al cabo de unas semanas, el viento ululaba con tal fuerza, que los navegantes decidieron retirar la vela, por temor a que fuese desgarrada de peor manera. Las olas eran amplias, el batel parecía subir y bajar por los valles azules. Cuando se precipitaban en ellos, Armin contemplaba las profundidades rizadas con velos de espuma; cuando surgían le parecía que serían arrojados contra el sol, hasta que un penacho espumoso rompía allí arriba y recorría la embarcación de parte a parte.

Algunos días después los jóvenes navegantes griegos estaban extenuados de la lucha contra el mar, y Armin resistía en el timón, cumpliendo las indicaciones de Trigitón y atado al mástil por un cabo de cuerda, seguridad que los griegos le dijeron podía salvarle la vida si un golpe de mar lo arrastraba por la borda.

El oleaje amainó y el sol los castigó con mil latigazos. Ya no quedaba apenas agua. Pero los griegos lograron racionarla, hasta que sólo bebían un sorbo cada dos días. Cuando llegó esa hora, todos estaban demasiado débiles como para mantenerse en pie. El tiempo se prolongaba como si la clépsidra marina albergase la inmensidad del pasado y del futuro. Armin deliraba con todas aquellas ideas, y le parecía que la muerte se acercaba precisamente cuando sabía cuáles habían sido los errores fatales de su existencia. Ése parecía ser el enigma del sur; allí la claridad del sol permitía escrutar las profundidades del ser, pero la fatalidad del Tiempo le impedía realizarse a sí mismo. Comprendió, mientras languidecía con los labios resecos, que llegar a saber lo que los dioses ocultan es un privilegio que aquéllos sólo otorgan a cambio de la muerte.

*

Unas voces lo sacaron de su aturdimiento. Se preguntaba si era Cerunno, que venía a visitarlo, mas los malestares que había sufrido persistían en su cuerpo. Mientras que los jóvenes griegos se habían refugiado en la bodega, Armin había tratado de resistir, cubierto por unas mantas ante los rayos del sol, sosteniendo el timón con su cuerpo, con la última esperanza de que el rumbo al fin los llevase hasta la costa escogida.

Un gruñido de madera y un chapaleo alrededor volvieron a persuadirle. Había tenido tantas alucinaciones, que ya desconfiaba de lo que los sentidos parecían sugerirle. No pocas veces había visto en el horizonte una misteriosa isla verde, que Trigitón le describió con el nombre de Atlantis. Pero Atlantis era inalcanzable, flotaba sobre las aguas y desaparecía. Era el espíritu de un continente que había muerto tragado por las olas, y que engañaba a los navegantes extraviados.

No conseguía moverse. Pero sintió pasos pesados en la cubierta. De pronto el velo se apartó. La luz ardió y en ella,

borrosamente, descubrió el rostro de un hombre cubierto con un casco cuya forma le resultaba familiar.

Los dedos de aquél hurgaron en sus ojos y en su boca. Recorrió su cuello barbado. Colgada de una cadenilla, descubrió la chapa que tan orgullosamente le entregó Paterculus.

—*Arminius*... —oyó decir a una voz latina y potente. —¡Cargadlos! —ordenó. —¡No os dejéis a esos *græculus!*

Unas voces rudas rieron a coro.

—Buena pesca, Marcio —decía una. —Hoy querías marrajos y te has encontrado unos *græculus* y un desertor.

—¿Un desertor? —preguntó otro, incrédulo.

—¿Un panonio?

—De las legiones del norte... No parece panonio, aunque está más seco que un pulpo de montaña y quién sabe de dónde viene.

—Ese de ahí —dijo la voz altiva. —Lleva la chapa colgada. No han sido pocos lo que se hicieron a la mar en las costas de Iliria. La mayoría andarán holgazaneando por el Peloponeso, pero los dioses han traído a este hasta las costas de Calabria. ¡Subidlos y dadles de beber! No quiero que se mueran. Darán buen negocio en Brundisium.

Todo lo que Armin recordaba era que lo levantaban entre varios legionarios. Estaba tan débil que no podía articular un dedo. Cargaron con él y lo metieron en un cesto, gracias al cual lo izaron hasta la cubierta de un gran trirreme de guerra. Varios rostros ceñudos lo rodeaban. Todos iban armados. Las corazas de bronce relucían a su alrededor, y un centurión joven y corpulento, cubierto de *phaleræ*, lo arrastró hasta una escotilla por la que bajaban unos peldaños de madera. Abajo lo encerraron en un compartimiento lleno de ánforas que yacían semienterradas en grandes depósitos de serrín, para evitar que se rompiesen con los vaivenes del mar y vertiesen su carga, que sin lugar a dudas sería valiosa. Armin fue encerrado por unos grilletes, y escuchó el tintineo de las cadenas que lo apresaban.

El repentino frescor de la sombra le causó tal alivio, que no le importó estar o no encadenado, pues a un paso de la muerte los hombres son menos exigentes y se conforman con lo más indispensable, lo que les produce un placer que cualquier otro hombre considera exagerado o incomprensible.

Al cabo de un tiempo indefinido, el mismo centurión colocó ante el fugitivo un cuenco de agua. Armin parecía incapaz de comprender aquello, y el soldado decidió ayudarle, y le dio de beber. Armin tragaba con ansiedad, hasta que el hombre, consciente de los males del mar, decidió dejar que respirase. Volvió a darle de beber sucesivamente. Después vació un cubo de agua encima, y Armin se lo agradeció con una delirante sonrisa. Al cabo de un rato el germano lograba asir el cuenco de habas y pescado en aceite que le habían tendido, y empezaba a comer con el ímpetu de un león herido.

No supo cuántos días trascurrieron así. Oía voces, y su estado mejoraba. No vio la luz del sol. El mismo soldado volvía, le miraba a los ojos y le ofrecía raciones de comida cada vez mayores. Escuchaba el golpeteo de los timbales, los gruñidos de las maderas, los cantos de los esclavos que movían aquellos remos.

OceanofPDF.com

XXI

VIII D.C. BRUNDISIUM

Los montes *rocosos* de la *costa* mostraron una enorme abertura: la bahía de Brundisium era un puerto natural protegido por la propia orografía de la costa oriental de Calabria. La nave se aproximó lentamente, apenas una cáscara en medio del azul rizado que los halcones pescadores contemplaban desde las alturas que condenaron a Ícaro.

La nave se adentró en las tranquilas aguas de la bahía que, como un pequeño mar interior, albergaba en las orillas del fondo, detrás de los muros de roca y de las playas amarillas, la bulliciosa ciudad de Brundisium, el puerto más importante del extremo sur de la península itálica en su costa oriental. Se detuvo y su carga comenzó a ser porteada por numerosos esclavos. Unas pocas horas después, cuando un crepúsculo evanescente desaparecía detrás de las montañas, Armin descendía de la nave por su propio pie, mejorado gracias a la comida y al agua de los últimos días. Su barba había crecido y, a diferencia de los queruscos de su edad, mostraba el aspecto desastrado de un mendigo. Sus manos se habían vuelto más huesudas, su mentón se había marcado y había cicatrices de sol por todo su rostro. La transacción ya parecía haber sido realizada. No vio a los griegos, lo que le perturbó, aunque estaba seguro de que no los habían matado. Aquel viaje, desaparecidos sus extraños compañeros, de los que tanto había

aprendido, se había convertido en un sueño lejano e imposible. Las estrellas comenzaban a brillar cuando, en compañía de otros hombres aherrojados de tez oscura, Armin fue arrojado dentro de un carro que se puso en marcha y que no dejó de avanzar en toda la noche. Siguieron penosamente una calzada que atravesaba la tierra hacia el oeste. Por la tarde Armin veía cómo el sol volvía a descender justo allí delante, donde ellos se dirigían. El sol volvía sobre sus pasos cada día como una voluntad inexorable, y él no podía hacer nada para impedirlo. El trato rudo de sus captores, para los que eran tan indiferentes como los animales, le hacía pensar que su juicio o su ejecución estaban cercanos, y trataba de hallar una forma de escapar. Pero todo parecía tan claro, que algo en su interior se hundía como una piedra, y no era capaz de empujar ese peso y sacarlo de sí mismo, y escapar.

Uno de los desagradables romanos sonrió a Armin maliciosamente, mostrando repugnantes dientes, y le enseñó, maleándola entre los dedos, la chapa metálica que habían encontrado los legionarios. ¿Por qué no la había arrojado al mar...? Tantos días rodeado de aquella masa inconmensurable de agua, y sólo en tierra firme comprendía la estupidez de su error. Aunque él había contado con llegar a tierra sin ser descubierto, y haber hecho uso de la *inscriptio* de bronce en otras circunstancias.

OceanofPDF.com

XXII

VIII D.C. TARENTUM

Pasaron por Uria y por Mesodorum, donde pernoctaron, y al día siguiente, a media mañana, la calzada descendió una larga pendiente del terreno y el mar emergió al fondo. Una inmensa bahía guardaba en su interior gran tráfico de naves. Armin habría dicho que allí echaban el ancla cientos de ellas. En un promontorio, dominando la bahía y el reseco paisaje de tierra y polvo, y extendiéndose por sus faldas hasta los brazos enrocados de un puerto, se erguía una gran ciudad llamada Tarentum.

Armin contempló de lejos las orgullosas academias y un templo del que brotaban unos hilos de humo. Había edificios administrativos y multitud de *domus* jalonando las laderas y extendiéndose hacia la costa. En el interior había varios recintos, y una gran cantidad de carros entraba y salía de la ciudad. No disponía casi de defensas, de modo que el querusco supuso que se encontraban en el centro de Italia o muy cerca de Roma, en una región donde sus habitantes se sentían muy seguros. En realidad, Tarentum era la ciudad más importante de Calabria, en el extremo sureste de Italia.

Armin fue conducido junto a muchas otras mercancías humanas hasta un edificio especialmente habilitado para esas ocasiones. Grandes rejas de hierro forjado cerraban un recinto en el que hombres de la más diferente complexión física y armados de

extraña manera insinuaban movimientos con sus gladios y tridentes, gritaban y reían, lanzaban la red. El anexo del anfiteatro de Tarentum daba cabida, entre otras muchas diversiones, a los juegos gladiatorios. Armin fue conducido hasta el interior de una cavernosa y fresca penumbra. Una vez allí, fue encerrado junto a muchos otros en una especie de jaula. Resonaban alrededor rugidos de fieras felinas y vozarrones encolerizados. Risas atroces. Despiadadas.

Armin recordó una vez más los ojos de Thusnelda.

Allí estaban de nuevo, siempre intactos en su mente, capturados por la memoria y grabados en el fondo de su pensamiento. Armin se preguntaba ahora si no fue todo un error, si se apartó de sí mismo el día que decidió seguirla a ella y renunciar al destino mostrado por Cerunno. Pero aún así, aún había tenido el beneficio de la duda, y la oportunidad de dar un vuelco a los acontecimientos, pero decidió seguir el consejo de ella. Por más que lo quisiese, se había equivocado. Las mujeres amaban demasiado a sus propios padres, incluso cuando eran de la misma índole que Segest. Las mujeres respetaban demasiado a sus padres, y no eran capaces de realizar su propio destino. Tenían que verse solas para afrontarlo de veras... Thusnelda había tenido en todo momento en cuenta a su padre, y por eso no estaba en paz con ella, ni con nada de lo que había acontecido. La noche vino a visitarle con todos los fantasmas, y las mil dudas remolinearon en torno a aquel pensamiento todopoderoso y solar que había emergido de las aguas infinitas en el reino de nadie, cuando el sol los visitaba y era el único viajero que compartía sus días monótonos.

A la mañana siguiente todo sucedió tan rápido, que Armin no tuvo tiempo para volver a sumergirse en la ciénaga de sus oscuros pensamientos. No había pasado mucho tiempo, cuando las multitudes empezaron a congregarse y el escándalo que ocasionaban no podía pasar desapercibido. Después los esclavos comenzaron a desplazar las jaulas. Armin vio animales fabulosos,

gatos gigantes de color amarillo y rojo, de cuyos cuellos brotaba un pelo espeso, con fauces y garras tan anchas como los de un oso.

Unas antorchas se abrieron paso en la penumbra y varios mercaderes acompañaron la figura oronda de un extraño personaje que, desde el primer momento, se fijó en sus ojos.

—Estrafalarias mentiras las que cuentas, Erthagus —aseguró el gordo. Su toga era impecablemente blanca, y todos los pliegues recorrían su figura como trazados por un escultor.

—Por favor, Sixto Aulio, son los mejores hombres que hemos tenido... —aseguró el mercader.

—Si no fuese porque te conozco desde hace tantos años, Erthagus, viejo fenicio, mandaría que te azotasen —repuso el gordo, pidiendo con una señal que un esclavo pasase un paño fresco por sus gruesos carrillos, que sufrían los efectos del tórrido calor y de una evidente inactividad perpetua salvo para comer. —¡Los mejores hombres...! Estos numidios no valen ni un puñado de ases. ¿Y ése?

Sixto Aulio había reparado en la presencia del germano.

—¡Espera! No me lo digas —dijo el gordo, entusiasmado. —Es un germano, un germano muy raro... pero un germano.

El comerciante asintió sin más, pues no tenía ni idea de lo que hablaba.

—¡Eh tú! ¿Hablas mi idioma? —preguntó Sixto Aulio.

—Se llama Arminius. ¡Ved su placa! Es un desertor.

—Interesante espectáculo —murmuró el gordo con suficiencia, insinuando una sonrisa. —Bien, un desertor... germano... ¡Déjame ver esa *inscriptio!* —Sixto echó un vistazo. —No hace mucho tiempo que abandonó sus quehaceres —añadió, excitado por la novedad. —¡Por fin algo interesante! Con éste podrías reparar tus abundantes pérdidas, estúpido mercader. ¿Hablas o no hablas —preguntó y pronunció su nombre con un

extraño deje al entornar los ojos, tocados ligeramente con una fina raya de *stibium*— Arminius?

—Hablo tu idioma —dijo al fin el germano. —¿Quieres saber poiqué me marché?

El grueso Sixto Aulio se aferró a los barrotes, como si presenciase un estupendo espectáculo. —¡Dínoslo!

—Porque corté la cabeza a tres legionarios y porque no logré amputar el brazo de un centurión.

Sixto Aulio estalló en una estúpida risa. El comerciante, que no encontraba aquello nada gracioso, empezó a reírse nerviosamente, todo era importante para agradar a sus mejores clientes.

—¡Perfecto! ¡Maravilloso! Es realmente lo mejor que he oído desde hace años, sí, años y años... Por fin uno de esos. Le está bien empleado a ese viejo Augusto. Con más como tú podríamos instaurar de nuevo la República y enviar al cuerno a la familia imperial.

—Sixto, por favor... —le apremió el comerciante.

—¡Qué sucede?

—Preferiría que no nos escuchasen los centinelas... Este hombre es contrabando, se lo compré a un decurión en Brundisium. Fue hallado en medio del mar en compañía de dos *græculus* pitagóricos...

—Formidable. Excelente. ¡Magnífico! —repetía Sixto con ferviente admiración. Por momentos el germano se convertía en su verdadero ídolo.

—Pero no fue entregado a las *autoritas* del ejército, sino vendido como esclavo peligroso, ya sabes... gladiador. El decurión quiso sacar algo de beneficio.

—¿Qué deseas, Arminius? —preguntó el gordo. —Sixto Aulio, o sea, yo mismo, es un hombre generoso y un admirador de las rarezas valiosas. Tú eres una de ellas. Te concederé un deseo

que podrás realizar si logras vencer en el combate que prepararemos. Cumpliré mi palabra.

Armin aferró los barrotes ansiosamente ,y las cadenas tintinearon.

—Quiero que me lleves de regreso a Germania, quiero volver a tener mi libertad.

—Te enviaré a Germania. Pero antes... ya conoces las reglas, vencer o morir. Como *editor*, presidiré este combate. A partir de este momento eres de mi propiedad. Sixto Aulio es un cínico, no un pitagórico, pero respeta a los pitagóricos mucho más que a los partidarios de César... ¡Demuéstranos de lo que eres capaz!

OceanofPDF.com

XXIII

VIII D.C.

(XXII)

Di tres veces juegos gladiatorios a mi nombre y cinco veces los di al nombre de mis hijos y nietos.

En estos juegos combatieron cerca de diez mil hombres.

Dos veces ofrecía mi nombre y tres veces a nombre de mis sobrinos, juegos de atletas, a quienes hice venir de todas partes.

Ofrecícuatro veces juegos en mi nombre y veintitrés veces en lugar de otros magistrados.

Por el colegio de los quindicem viri, en calidad de presidente, bajo el consulado de Cayo Aurrio y de Cayo Silano, celebrélos juegos seculares.

En el decimotercero consulado celebréyo, por primera vez, los juegos marciales, que luego de esta ocasión, celebraron los cónsules cada año por decreto del Senado. Veintiséis veces, en mi nombre y en el de mis

hijos y sobrinos, ofrecíal pueblo caza de bestias africanas en el circo, el foro o el anfiteatro, en estas fueron muertas cerca de tres mil quinientas fieras.

Res Gestæ Divi Augusti

OceanofPDF.com

XXIV

VIII D.C. TARENTUM

El atardecer ardía en sus frentes, cuando las multitudes se agitaron y mugieron como un monstruo de mil cabezas en el perímetro del anfiteatro. Armin había devorado la carne que Sixto le había hecho llegar a través de sus esclavos. Una cuadrilla de enormes hombres lo guió hasta la salida a la arena. No le prestaron otra ropa que unos harapos que dejaban su cuerpo medio desnudo, con los que se suponía que parecía un salvaje del norte. No le dieron arma alguna, pero le libraron de las cadenas de pies y manos. Por otra puerta habían salido varios gladiadores ataviados con multitud de armas. Junto a él llegó rodando una enorme jaula, y lo que había dentro le resultaba familiar. Un enorme oso, sin duda alguna adquirido entre las posesiones de Tiberio, husmeaba y gruñía en su interior. Varios hombres lo hostigaban con teas ardientes. Las introducían y pasaban las llamas muy cerca de su cabeza, lo que producía repentinos ataques de ira en la bestia.

Del cuello del oso, cerrado por una gran argolla de metal, salía una cadena. Al otro extremo de la cadena unieron otra argolla más que pequeña, que cerraron alrededor de su cuello. La cadena era lo suficientemente larga como para sobrevivir a los zarpazos del oso, pero en cuanto éste empezase a moverse, lo arrastraría.

Una trompetilla sonó y el clamor se apagó.

—Éste va a ser un día memorable —decía Sixto a su selecta compañía. El palco más lujoso, cubierto por un *vellum*, estaba ocupado por los próceres de Tarentum. El *editor* hizo una señal, y con la otra mano recogió un puñado de *moretum.* Los esclavos se alejaron mostrando sus bandejas de *gustaticium.*

La voz de un actor maquillado al uso retumbó en las paredes del anfiteatro, y el silencio comenzó a ocupar las gradas abarrotadas.

—Pueblo de Tarentum, nuestro magnífico *editor* celebra su cumpleaños en la ciudad que lo vio nacer, y hoy vuelve a ofrecernos juegos fastuosos.

Estruendoso aplauso.

—Pero la generosidad del hijo de Tarentum ha ido más lejos, y nos contará la historia de Roma y de Germania. ¡Hoy veremos a Germania combatir en la arena!

Entre gritos y aplausos, las rejas se abrieron y los tres gladiadores, apostados bajo el palco principal, retrocedieron instintivamente cuando un enorme oso avanzó por la arena arrastrando a un hombre de una cadena. Armin se vio arrojado a la luz y al principio estuvo cegado. El ímpetu con el que el oso había abandonado su jaula hizo trastabillar a Armin. Por fin logró ponerse de rodillas. Tosía ruidosamente a causa del tirón del oso, y la multitud lo abucheaba, defraudada.

Los gladiadores se desplegaron alrededor del animal, que parecía muy interesado en ellos. Un reciario se aproximó velozmente blandiendo el tridente para ensartar a Armin. El público se excitó y hubo gritos de *iugula, mortis, capite.* Armin se levantó y pensó en defenderse. El tridente cargó hacia delante. Armin se desplazó a un lado y rodeó la férrea y angulosa cabeza del arma con la cadena. Una vez apresada, el reciario tiró con fuerza hacia sí, pero Armin saltó sobre él rugiendo como un animal furioso y le dio tal patada entre las piernas, que el gladiador, aunque debidamente

protegido, dejó de aferrarse al tridente, que quedó en manos del germano.

Un extraño estruendo lo rodeaba como el rugido del trueno. No podía imaginar que pudiesen glorificarlo tan rápido. Hacía un momento exigían su muerte, y ahora lo aclamaban. Armin abrió desmesuradamente sus ojos, y pensó que aún tendrían mucho más espectáculo. Se inclinó, recordó a Cerunno, y lanzó un *barditus.* Como si recordase la danza del lobo, y eufórico ante la obtención del arma, Armin extendió los brazos.

—*¡Wulf!* —gritaba.

Varios romanos ya coreaban el nombre del germano:

—*¡Wulf! ¡Wulf! ¡Wulf!*

Entonces fue el oso quien se sintió excitado, y en un arrebato inesperado fue en busca de Armin. Este empezó a correr en la misma dirección y cargó contra un gladiador con la panoplia del mirmillón. El gladiador pareció indeciso, pues detrás del asalto de Armin venía el oso. Decidió embestir a Armin antes de huir, pero éste, astutamente, se echó a un lado y corrió, esperando que el oso, cegado por la carrera, no reparase en el cambio y continuase de frente. Y así fue. El oso se abalanzó sobre el gladiador, al que no le sirvió de mucho lanzar un tajo contra las garras de la bestia. La gente parecía entusiasmada con el ronco estruendo de las fauces de la bestia. El gladiador trató de defenderse, y aquello enfureció todavía más a su captor. La zarpa sacudió el yelmo, que salió despedido contra el muro de la arena, y las largas uñas abrieron surcos sangrientos en su rostro. En un intento desesperado, el mirmillón logró escapar y levantarse, pero el oso se alzó sobre sus patas traseras y esta vez el zarpazo fue tan fuerte que hundió las uñas en el cráneo. El luchador cayó muerto, guiñapo de huesos, vertiendo su sangre en la arena.

Las apuestas cobraban vigor. El jolgorio estaba garantizado. No había nada más aburrido que unos juegos en los que las bestias no salían a la arena suficientemente estimuladas, ni nada más atractivo si se sentían coléricas y hambrientas.

Armin aprovechó el momento de confusión para intimidar al hoplómaco. Intercambiaron palabras de desprecio, y al fin el gladiador se aproximó, pesado como era, dando certeros tajos que Armin esquivaba, hasta que el tridente amenazó a su oponente. Armin proyectó su cuerpo hacia delante en el momento en el que la punta de la espada pasaba muy cerca. Erró y el filo le abrió suavemente el costado. Gritó por primera vez de dolor. La risa del gladiador resonaba en el interior de aquel aparatoso casco con visera. Armin se inclinó y puso su mano sobre la herida. No parecía profundo, pero el corte dejaba brotar profusa sangre, que recorría su pierna izquierda, encharcándole la desgastada bota.

Dejó, no obstante, que su oponente le creyese más herido de lo que estaba. El gladiador, animado por el público, arremetió aprovechando que el oso se empeñaba con su compañero. Armin, animal herido, aprovechó la situación y volvió a intentarlo. Esta vez la espada se clavó en el aire. Había calculado bien. El tridente se alzó en el momento oportuno y las puntas de hierro atravesaron el cuello del hoplómaco. Este soltó la espada y aferró el astil del tridente, pero cayó de rodillas, mientras Armin empuñaba poderosamente el arma y la sangre manaba de su costado. Sintió el ardor del sol, la ira, y una ráfaga de violencia deformó su rostro. Se inclinó y tomó el gladio que su antagonista había dejado caer. Mantuvo el tridente enhiesto. Vio el brillo del sol en los ojos del hombre, en cuyo rostro la redecilla proyectaba una malla negra. Armin rotó sobre su cadera y el salvaje mandoble separó la cabeza del cuerpo.

El público gritaba emocionado, se levantaba de sus asientos, aclamaba a *Wulf*.

Armin sintió un repentino mareo, pero recurrió a todas sus fuerzas, consciente de que esa era su última lucha, y al menos allí Germania debía vencer.

Los locos coreaban su nombre. Sixto se había puesto en pie y aplaudía. Estaba a punto de romper el trato y liberar al germano. Era uno de los mejores combates que había presenciado. Pero

estaba seguro de que aquel hombre estaba designado por los dioses. —¡Un desertor en medio del mar, con dos *grœculus* pitagóricos...! Eso es algo más que casualidad.

Armin giró, y el oso trató una vez más de arremeter contra el tercer gladiador, el reciario al que le había arrebatado el tridente y que ahora empuñaba una de las espadas caídas. El gladiador sopesó la situación y decidió con determinación. Buen lanzador que era, arrojó la gran red sobre el oso. El animal se sintió perturbado y se debatió con ella como si se tratase del peor enemigo. Entonces el gladiador, consciente de la gravedad de las heridas del germano, decidió asestar un golpe. Evitó el tridente con maestría, saltó ágilmente y alcanzó a dar un mandoble en el hombro. Armin gritó. La sangre manó. Los tendones y músculos, sajados, le impidieron manejar el tridente, que cayó a la arena. En ese momento el reciario volvió sobre sus pasos y cuando iba a descargar el golpe de gracia sobre la cabeza de Armin, fue el oso el que se unió al mortal combate. Armin rodó hacia su derecha, las grandes patas levantaron el polvo. Casi encima de él, la sombra del oso se apoderaba del último oponente. Armin retrocedió arrastrándose; poco después el gladiador caía medio muerto.

El combate alcanzaba su máximo apogeo. Armin había perdido mucha sangre. Su rostro, pálido bajo la barba hirsuta, evidenciaba un profundo cansancio. El oso volvió sobre sus pasos hacia Armin. Un último convite, un postre delicioso al final de una excelente sucesión de combates. Algo bestial para acabar.

Ya sólo quedaban ellos.

El sol azotaba su frente.

La multitud gritaba agradecida. Perdía el conocimiento, cuando los gruñidos guturales y profundos se arrastraron husmeándolo. La sombra del oso cubrió el cielo, y la enorme cabeza apareció ante sus ojos. El animal alzó la testa y rugió varias veces. Armin sabía que se sentía vencedor. Conocía a los osos lo suficiente. El germano no movió un músculo. Tuvo los redaños de permanecer impasible en los estrechos márgenes de conciencia que

retenía a pesar de las heridas, y respiró lentamente, como si estuviese muerto. El oso volvió a rugir y se alejó unos pasos arrastrando las pezuñas.

Sixto Aulio aplaudía alborozado. —Realmente prodigioso.

Cuando Armin recuperó el sentido, sólo vio unos hachones encendidos en la piedra. Le dieron de beber vino endulzado con mirra. El propio Sixto Aulio le tendía la copa. Armin, reclinado en un lecho contra unos almohadones, bebió, sintiéndose sediento.

—Has resistido el peor de tus combates, germano. Sixto Aulio ha hecho muchas cosas oscuras en un mundo oscuro, pero siempre fue un osado que recriminó a los poderosos, como Diógenes, si su sombra debía impedir al resto de los hombres recibir la luz. Hoy has conquistado tu libertad, germano, seas de donde seas, y desde que fuiste osado y me contaste que partiste la cabeza a dos romanos, desde ese momento supe que eras mi favorito. Ahora sufres, pero sanarás. Mis *græculus* te han cosido el costado y el hombro. Viajarás muy molesto y medio dormido, pero es lo mejor. Partes esta noche.

Sixto se volvió para abandonar la sala, cuando dijo:

—Ah, se me olvidaba. No olvides dar una lección a esos centuriones de Augusto. Quién sabe, Roma dejaría de ser tan aburrida si al fin los germanos invadiesen las Galias...

El togado desapareció y Armin se volvió. El cuerpo le ardía, y las heridas parecían tan profundas como los mares que había atravesado. Quiso dormir, dormir para siempre el dulce sueño de la eternidad del que le hablaba Cerunno.

Pero aún así, arrastrado a las tinieblas, Armin musitó algo inteligible para sus adentros.

—*Wulfmund...*

OceanofPDF.com

XXV

VIII D.C. UMBRÍA

Entre los jirones de su mente y mientras los pasos de sus porteadores le conducían a través de Italia, ni un solo rayo de luz rompió las sombras. Muchas veces aquella palabra, cobarde, resonó en su interior.

Cobarde, cobarde, repetía una y otra vez, mientras se sumergía en las insondables profundidades del sufrimiento.

Aparecieron los nimbos tormentosos del Tiempo, huyendo a la deriva por un cielo devastador.

Coronado por el yelmo con cuernos de ciervo, Cerunno emergió alzando los brazos, y todas las bestias de los montes parecían correr tras él como un enjambre de ociosos creyentes en torno a su semidiós liberado.

Los ojos de los animales lo miraban, y leía en ellos mensajes de incomprensión e inocencia.

Una gran manada de lobos corrió alrededor de Cerunno.

El santón alzó las manos y cerró los puños, como si lograse atrapar con ellos el Tiempo, y detenerlo.

La voz del sabio, cavernosa y profunda, brotó de las entrañas de la Tierra y del interior de los árboles, del agua que manaba por

los lechos de piedras, de todas las plantas que Armin había visto, y de las flores bellísimas y luminosas de las ciénagas...

Todo parecía entonar las palabras del Único.

El aire de la mañana estaba limpio otra vez. Ante los ojos de bronce del niño Armin los rastros de bruma eran barridos por una brisa gélida. Por encima, las nubes se arrastraban a gran velocidad, hacia el oeste, dispersas, agujereadas como quesos, superponiéndose en capas densas a través de las cuales se escapaba el parpadeo del sol recién nacido, como un ojo que se despierta. Un haz de rayos se abrió paso allí entre las nubes, y cayó como un telón de fuego. Detrás sucedió lo mismo, y muy cerca, ante él. La mirada del sol atravesaba los piélagos tormentosos con lanzas que descendían, se clavaban, y se movían inundando la tierra de color. Mientras transcurría el momento mágico, la mano del hechicero se posó sobre su hombro. El viejo se puso en cuclillas, los ojos fijamente clavados en el horizonte, la barba erizada por el viento.

—Allí, ¿lo ves?, los ojos de Wuotanc miran las montañas solitarias de Teutoburgo, el Bosque de los Teutones, y lo iluminan después de la tormenta. Noche y niebla han pasado. Los padres de los queruscos, de los cáucos, de los téncteros... fueron los teutones. Sus espíritus están allí, descansan en los bosques profundos y sagrados, en los que muy pocos cazadores deben entrar.

—Parece muy grande, maestro. ¿Podría yo cazar un jabato allí?

El adivino rompió en una larga y plácida risa, y fue la primera vez en su vida que Armin lo vio reír.

OceanofPDF.com

XXVI

VIII D.C. ALPES COTIAE

Visiones delirantes de tierras vastas y desconocidas le asaltaban en el delirio. Un viento huracanado lo ensordecía, rugiendo permanentemente.

El sol parpadeaba entre raudas sucesiones de nimbos. Hileras de montañas apuntaban en el horizonte. Cúspides devastadoras. Sintió la presencia de Wuotanc, y un viento gélido mordió su piel desnuda.

Había muertos en el fondo de la ciénaga, a la que lo arrojaron dentro de un saco, oía ecos de voces latinas.

Era el fin.

La muerte.

El silencio.

Caía el sol de la tarde sobre praderas interminables.

Todos los árboles que habían recubierto tupidamente la tierra habían sido talados para construir una empalizada infinita.

El estaba al principio del camino, un camino sin fin.

Había hileras de estacas junto a su senda, que se perdía en el infinito, el *limes*, y sobre todas aquellas estacas, las cabezas de

miles de seres humanos, ensartadas, lo miraban con ojos vacíos, hinchados, vidriados de silente dolor...

OceanofPDF.com

XXVII

VIII D.C. GALIA LUGDUNENSIS

Unos versos del *Epicarno*, un poema de Ennio que le leyera Paterculus y al que apenas prestó atención, emergieron de su memoria nítidos como rayos: hablaban del alma humana, que era como una partícula ígnea del Sol; una parte de él, llena sólo de fuego, que se disipaba en el Todo.

Escuchó, como si Trigitón se los leyese de nuevo, los *Versos dorados*, de Pitágoras, escritos cuatro centurias atrás, que hablaban del curso solar del alma humana.

«Los dioses me preservan para algo mucho más grande, después no podré escapar a mí mismo...».

El mito solar ardió en las sombras del pensamiento.

Siglos de batallas se arremolinaron en su mente, y el *Sol Invictus* rodó imprimiendo su huella de fuego en la faz de la tierra.

El cielo, por encima de impenetrables tinieblas, se volvió rojo rusiente de hierro recién martillado, y la bóveda del mundo llameó con clamor de truenos ante la aparición en combate de los sagrados Ases.

Presenció hileras de gigantes encolerizados, grandes como colinas, que amenazaban con sus puños al cielo. Vio

bolas de metal fundido que surcaban el aire arrojadas por sus manos ciclópeas y nudosas, una tormenta de hierros que se abatía a su alrededor. Pero de las tinieblas imprecisas de aquel mundo brotó una cúpula de rayos, un altar titánico de nimbos tormentosos que se precipitaban en revuelta y atronadora caída. Había a su cabeza un carro tirado por enormes machos cabríos, cuyas riendas tensaba un as de barba roja que blandía el pesado martillo. El rayo y el trueno brotaban del chirrido de sus ruedas. Un ejército de nubes traía retumbando el galope de mujeres armadas de largos cabellos cuyas hermosas frentes coronaban yelmos alados, y más allá, por encima de la procelosa marea que se abatía sobre los rudos gigantes, descubrió el galope de un caballo de ocho patas más raudo que todos los vientos, a cuya grupa iba montado un anciano de porte orgulloso y meditabundo. El Padre de la Guerra, tocado con el yelmo penígero, lucía las alas del águila, un parche cubría la cavidad opuesta de su rostro y una hirsuta barba la mitad de su pecho; empuñaba la larga lanza de las runas, contemplaba el cielo y la tierra con su único ojo.

Armin se sabía insignificante en la profundidad de su sueño, y no obstante, cuando aquel viejo, a la vez decrépito y omnipotente, se volvióen su busca desde las nubes, al sentir que la mirada del ojo divino, perturbado, caía sobre él, lo entendiótodo: cuanto le había parecido distante, temible y frío le resultó de pronto ardiente, funesto y colérico. La mirada del ojo único se encendió como un torbellino de fuego y sacrificios, cuyo rayo lo envolvía y lo apresaba, haciendo hervir los torrentes de su sangre igual que lo hace una mortífera ráfaga de ira.

OceanofPDF.com

XXVIII

VIII D.C. GALIA COMATA

Despertó con el sonido del viento. El hombre negro que había visto en escasos momentos de lucidez ya no estaba allí. Escuchó, en cambio, a unos galos. Las heridas causadas por el oso estaban más cerradas, no así la del tajo del gladiador, que era visitada por las moscas. Uno de los galos llevaba atada a la muñeca una bolsa de piel, llena de la grasa con la que el hombre negro untaba las heridas. Lo echaba de menos, había cuidado de él durante todo el camino, y pensaba que poseía un gran espíritu. Casi por instinto intentó incorporarse, pero la cabeza le dolía como si la hubiesen golpeado con un martillo. Se daba cuenta de que debía untarse la herida de nuevo. Un torbellino de moscas se levantó, zumbando.

Los comerciantes sirios que viajaban hacia el norte lo habían entregado a los galos. Lo llevan tumbado entre tinajas y ánforas. Escuchó que el hombre oscuro, un africano, ya se había marchado, y les había pagado de parte de un rico romano a cambio de que lo llevasen hacia el norte.

Armin comió carne de nuevo, bebió y volvió a dormir profundamente.

Su rostro pálido, de anchos carrillos, de niño bien alimentado, enmarcado por una enredadera de greñosos y

castaños cabellos húmedos, se acercó al ojo de un joven ciervo. Allí, en la película cristalina, se vio a sí mismo, reflejado. Su propio rostro, deformado por la esfera del ojo muerto, le resultó monstruoso, y se asustó. Junto a él descendió otro rostro, lentamente. Un rostro terrible, alargado. Una aparición. Una mirada hosca que lo escrutaba penetrantemente. Los ojos se agrandaron como bultos, y de la cabeza, de la que colgaba una barba enmarañada de hojas y raíces, vio cómo surgía una cornamenta de ciervo. Era el espíritu del ciervo, era un monstruo que lo miraba fijamente y se acercaba a él, el dios de los bosques que volvía para vengar a sus criaturas. En ese momento se volvióy tropezó con las piernas pesadas de su padre.

Junto al niño se inclinaba, agachado, el adivino. Otra vez era Cerunno. Su rostro, todavía muy cerca del suyo, ya no estaba deformado por la esfera del ojo muerto del ciervo, y se volviómás duro y terrible. Continuó observando al niño con paciente insistencia. Sus barbas se movieron y de su boca desdentada y vieja comenzaron a salir palabras.

—¿Qué mirabas?

—El ojo —dijo el niño, con la mirada fija en la oscura esfera, albergando así la esperanza de desembarazarse de la terrible mirada del adivino.

—El ojo no debes mirar. Eso sólo lo mira Cerunno. El ojo de los muertos mira hacia atrás y hacia delante. Nunca aquí y ahora. Lo que ha pasado y lo que pasará. El ojo de los muertos sólo debe ser consultado por el hechicero, por el adivino, por Cerunno el Sabio.

Mojó su pulgar en un tarro espeso, y musitando unas palabras extrañas en la lengua antigua, pintó la ojera derecha del niño con aquel líquido maloliente. Después se volvió a los carros cargados de animales y comenzó a cantar y a moverse de un lado a otro, balanceando su cornamenta

como un venado, mientras asperjaba gotas de aquel líquido sobre los animales.

OceanofPDF.com

XXIX

VIII D.C. A ORILLAS DEL RHENUS

El Rhenus, el Río Grande, fluía al fin ante sus ojos. Los galos se apartaron y mostraron a Armin el destino final. Tenían órdenes de cargar con todas aquellas mercancías hasta Colonia Agripina, pero el herido debía ser abandonado en un cierto lugar según las instrucciones de Sixto Aulio. Había sido un viaje de miles de millas, durante el cual los porteadores y los responsables de la caravana se habían relevado, hasta que al fin los que llegaban a Germania no sabían ni de dónde procedía el herido. Sixto Aulio poseía magníficas relaciones con el norte, y eso le había garantizado la certeza de su envío. Desde las afueras de Lugdunum, donde continuaba reinando su sucesor, apenas habían hecho altos en las ciudades; Sixto era consciente de que en Germania su nombre podría ser demasiado conocido. El romano había consumado así una vez más su contradictoria filosofía del poder, y por alguna razón, Sixto estaba allí, a pesar de toda su decadencia, con ese atisbo de lucidez y ese grado de excentricidad tan marcadamente *diogenésica*, para aportar al viaje un detalle que podría acarrear fatales consecuencias. Mas Sixto era filósofo, diletante y pervertido, pero filósofo, y era consciente de que una mañana el vuelo de un insecto podía acarrear el alzamiento de una

marea cuyas olas serían capaces de sepultar islas enteras, como fuera el caso de Atlantis.

Armin había pasado inconsciente la mayor parte del viaje, poseído por alucinaciones, pesadillas y visiones. Parecía que su pensamiento continuaba pugnando por desentramar el hilo depositado por Ariadna en el laberinto del que salía. Los porteadores tenían orden de cuidar sus heridas y de darle de beber una *solutio* de agua y mandrágora que debía mantenerlo en aquel estado, pues era el más adecuado para su recuperación, con breves intervalos dedicados a comer una carne fresca que le daban, casi cruda, a medio tostar por fuera.

Las aguas fluían allí delante, detrás de una larga pradera salvaje sobre la que soplaba el viento. Más allá, los montes del Taunus se erguían orgullosamente como lomos escarpados y verdes. A media altura, jirones de niebla y vapor se arrastraban entre las copas de los altos abetos, y por encima los nimbos espesos y tormentosos amenazaban con rayos y truenos. Germania. Al fin estaba allí, sin saber cómo y ajeno a su propio plan, había logrado alcanzar su propio objetivo, pero quiso Armin entender que aquel viaje extraordinario, auspiciado por el Sol, había sido una prueba más de que los misterios del alma amenazaban con irrumpir y desatar una gran tormenta.

Pasaron dos días acampados entre los árboles. Armin recuperaba su consciencia, y los dolores de las heridas empezaban a fustigarlo. Los viajeros lo miraban de reojo. No querían hablar con el protegido del romano. Querían librarse del asunto cuanto antes, convencidos de que el secretismo ocultaba algo que podría acarrearles problemas. Armin se despidió un día y se dirigió a las orillas del Rhenus. Una vez allí se lanzó a las aguas y se dejó arrastrar. Los galos los siguieron con la mirada, hasta que desapareció de su vista. Las aguas no fluían con demasiada fuerza. Poco a poco Armin fue alcanzando el centro del Rhenus, después tuvo que luchar para huir de los caudalosos torbellinos, pero no era

la primera vez que cruzaba a nado el Río Grande, y pugnó entre las ondas. Al cabo de un tiempo de intensa lucha, sus heridas del hombro comenzaron a dolerle sobremanera; si había monstruosos peces de fauces lobunas y ojos bulbosos en las profundidades del Río Grande, como aseguraba Cerunno, ése era el momento para saborear la sangre que empezaba a manar y para lanzarse en su busca.

No ocurrió así, y poco después se acercaba a la orilla. Afortunadamente las escarpadas escolleras habían quedado atrás, y una lengua de tierra verde se hundía en las aguas. Armin logró vencer el cansancio y alcanzó la orilla.

Se arrastró como un animal exhausto, tosiendo y esputando agua. Salió a la orilla y giró sobre sí mismo. Hacía frío, y el aire se le clavó en las heridas abiertas del hombro, por el que resbalaba un rastro rojizo. Los puntos que habían cosido el profundo corte mostraban una nueva comisura eviscerada, los cuajarones purpúreos habían saltado, y la esencia de la vida manaba de los cubículos en el que debe quedar encerrada. Sus ojos no vieron el sol, sino perfiles grises, oscuros, caliginosos, que se superponían y se arrastraban devorándose unos a otros. Otra vez estaban allí, como había soñado, la nubosa cacería de los dioses sagrados, estallando con sus truenos por el cielo altitonante.

El aire arreció y del gris surgió un entramado de flechas de agua, cuyas salvas lo acosaban. Armin se alzó a duras penas y, recurriendo a todas sus fuerzas, comenzó a vagar hacia los montes. Tardó algún tiempo en cruzar una pradera de alta hierba, llena de saltamontes e insectos que saltaban a cada paso. La herida del costado parecía bien cosida, pero el esfuerzo al cruzar el río a nado le había costado caro a su recuperación general. Sentía como si el acero que la había abierto aún permaneciese en sus entrañas, hurgando y retorciéndose.

El viento y la lluvia arreciaron. Los mechones de niebla se arrastraron ante la sombría barrera de un denso bosque, enganchándose en las ramas. Armin corría hacia los árboles,

cuando se encontró de pronto con una hilera de rostros. Había una línea de lanzas clavadas en la tierra. En cada una de ellas había ensartada una cabeza. No encontró rastro alguno de los cuerpos a los que aquellas cabezas pertenecían; podrían haber sido quemados en una pira, o sencillamente arrojados al río. Eran cabezas germanas. Junto a las sombras del bosque, los despojos, desvencijados y derruidos, de unas granjas confirmaron sus sospechas.

Roma había ajusticiado algunos rebeldes; mas él no sabía nada de lo que sucedía en Germania. Había pasado demasiado tiempo fuera.

Miró los rostros, los ojos vacíos, las sucias greñas. Los cuervos habían empezado a desollar el festín que se les ofrecía. Armin se refugió en las sombras de la selva. La lluvia goteaba lentamente desde la cubierta vegetal. El frío penetraba en sus huesos. Todo parecía hostil a la naturaleza del hombre, y sin embargo una extraña religión amaneció para el germano al verse sepultado por la penumbra. Corrió lo más rápido que pudo, jadeando, hacia las profundidades, evitando ramas bajas, piedras musgosas, y los abetos negros se alzaron formando una trama tan tupida, que ni un fragmento de cielo pudo vislumbrar mientras buscaba desesperadamente el calor de la carrera, temiendo el momento en el que al fin tendría que detenerse, exhausto, pues sólo entonces la mordedura lobuna del frío hundiría sus hileras de colmillos dentro de su cuerpo, y estaría a merced del peligro.

Si lograse resistir aquel último embate, si tan sólo fuese capaz de alcanzar la ruta que conducía al oeste...

OceanofPDF.com

XXX

VIII D.C. SELVAS DE HERCYNIA

Caía la noche y los bosques, repentinamente privados de la luz, se sumergían en una oscuridad absoluta. Manadas de lobos saludaban la llegada de las tinieblas. Armin escuchaba penetrantes y largos aullidos que se alejaban perdiéndose en la lejanía. Tenía el aspecto de un animal salvaje. Resistía a duras penas, recurriendo a cuanto podía darle algún sustento, y la caza no le dio buenos resultados. Un puñal que los galos le habían entregado, y que había atado a su pierna con unos tendones de gamo, era todo lo que tenía. Halló setas comestibles, y las mezcló con los restos de una espantosa ardilla a la que logró dar caza por casualidad. Pero después no volvió a tener suerte, y el hambre, en medio de un bosque repleto de exquisitos animales como ciervos y jabalíes, comenzó a atormentarlo y a roerle el estómago.

Deambulaba por el bosque más profundo y extenso de Germania, por la selva más inextricable del mundo conocido, la de Hercynia. Los troncos se sucedían formando columnatas desordenadas e impredecibles en un laberinto arrugado por la presencia de raíces atormentadas que, pugnando por aferrarse a la tierra, deformaban el terreno. Los arroyos corrían rápidos desde

colinas ocultas por el manto de los bosques. La luz apenas daba en las copas de los árboles y el musgo cubría los troncos de las hayas. Armin era capaz de saber en qué parte del cielo brillarían ciertas estrellas con sólo ver la humedad manchando, de distinta manera en cada rincón, los troncos vetustos. Sabía que al pie de ciertas rocas asomaban las mejores astas que se hubiesen visto, pero su estado y su puñal le privaban de la necesaria carne, que huía despavorida en cuanto se aproximaba, como si fuesen capaces de percibir sus pasos heridos.

Los confines de los bosques se prolongaban hasta límites inciertos en el norte y en el oeste. A veces Armin se detenía en las orillas de unos ríos solitarios, que goteaban con grandes charcas entre los márgenes húmedos, en los cuales las copas de los abetos se reflejaban, dándoles un aspecto todavía más sombrío. El calor del día se desvanecía y los rayos del sol, que sólo a veces interrumpían las sombras dejando caer haces y lanzadas, como si de un extraviado cazador se tratase, daban paso a una melancólica evanescencia, mientras los vapores frescos de los manantiales y las fuentes se elevaban fantasmagóricamente, empañando sus cursos. Un silencio profundo empezaba a reinar a esa hora incierta, interrumpido por el graznido inoportuno de algún córvido, por el golpeteo de algún pájaro picatroncos, o el sordo, distante rugido de alguna cascada.

Armin se quedó allí, en el fondo, mirando su propio rostro reflejado en las aguas de una charca, en cuyo interior pululaban algunos insectos. Ya no era el mismo. Había olvidado que no había vuelto a ver su propio rostro desde hacía años. Escrutó las sombras de sus ojos. Se sintió perturbado por el descubrimiento, y se pasó las manos por encima de la barba rala, sucia, castaña. Sus cabellos se acumulaban en greñas largas y retorcidas como una cresta encrespada que le colgaba sobre los hombros. Sus ojos de loco, extraños y amenazadores, lo atravesaban. Miró a su alrededor y empuñó el cuchillo. El viaje continuaba y debía encontrar un lugar en el que guarecerse y dormir, un hueco, una grieta, o una gruta poco profunda que los osos no hubiesen elegido como morada.

Cojeando, se abrió paso entre las ramas y desapareció del claro, por encima del cual empezaba a espesarse el vapor exhalado por la tierra.

Apenas acababa de desaparecer, cuando la barrera de espesos arbustos al otro lado de la charca fue apartada cautelosamente por una mano experta recubierta de verde, como si aquellas plantas dispusieran de sus propias extremidades a la manera de los humanos. Detrás de las manos pintadas, apareció un rostro rojo tan salvajemente feroz como el brillo de alegría que asomó a sus ojos, siguiendo ávidamente la silueta del intruso, cuyos brazos y cuyo renqueante paso se deslizaban entre las revueltas de una senda de ciervos, ascendiendo una pendiente jalonada por anchas piedras.

Armin se tendió en una grieta cubierta de hojas relativamente secas, que le prestaron cierta comodidad. Estaba tan cansado, que los aullidos de las fieras noctivagas apenas lograron distraerle de aquel sueño que se cernía como él como un ave de presa de cuyas garras no podría escapar. Tras un largo bostezo los ojos enrojecidos se le encharcaron de cansancio, y cayó en un profundo sueño.

Le parecía que huía de enormes fieras en la penumbra de la selva. El terror sólo podía ser causado por monstruosos animales. Se abrió paso entre las ramas, saltó y corrió pero ningún esfuerzo bastaba para ponerse a salvo de las bestias. Le visitaron ciegas miradas que lo atravesaban. Profundas gargantas. Hileras de colmillos sanguinolentos...

Por fin abrió los ojos, sobresaltado. Un rostro cubierto de pelo y un hocico erizado gruñían a unas pocas pulgadas de su cara. Sintió el cálido aliento de la bestia, contempló los oblicuos ojos ambarinos del lobo, estriados por cristales en cuyo centro yacían entronizados unos círculos de hierro y fuego. El animal se alzó furibundo cuando Armin trató de defenderse, se abalanzó de nuevo y mordió la pierna de Armin, hundiendo sus caninos en la carne del germano; después dio un salto y desapareció.

Armin se enderezó rápidamente, gruñendo como un animal, y al mirar a su alrededor, le pareció que una sombra humana huía no muy lejos y se esfumaba en las tinieblas. De ser cierto, el lobo le había despertado para avisarle de algún peligro. La sangre le manaba por la sucia piel, creando regueros que bajaban por la pantorrilla. Empuñando el cuchillo y girando al acecho sobre sus talones, firmemente apoyados en la piedra, Armin sonrió, pronunciando la palabra que resonaba en su mente:

—*Wulfmund.*

La herida no era profunda, pero las marcas de los colmillos sangraban.

Emprendió la marcha. Descendió aquel monte y la niebla inundó el estrecho espacio entre los árboles. Acuciado por el hambre, el querusco sabía que desde hacía algún tiempo había dejado de ser el cazador para convertirse en la presa. Por más cautela que tuviese, apenas podía ver nada. El espeso vapor de las brumas se arrastraba alrededor. Las manadas de lobos aullaban. Al introducirse en un terreno húmedo escuchó un zumbido y acto seguido una punzada mordía la cara anterior de su muslo derecho. Un ardor comenzaba a inundarle el cuerpo, y no lograba mantenerse en pie. Cayó vencido por una fuerza que adormecía su pierna, con las manos aferradas al asta que se había hundido en su carne; haciendo un supremo esfuerzo, se la arrancó: del agujero manó profusa sangre. La pierna le colgaba como un lastre inútil.

Miró alrededor, y descubrió rostros feroces, salvajes, pintados de rojo, como si se hubiesen embadurnado de una sangre clara y brillante. Iban desnudos y en sus pechos ostentaban pinturas blancas y negras y rojas, dibujos extraños, cruces gamadas, discos solares, astas y fauces. Aquellos pares de ojos brillaban con un ardor febril. Sobre sus cabezas, afeitadas y redondas, crecían empenachadas crestas de pelo rojo.

Varios de ellos se aproximaron a Armin. Expertos cazadores se rieron de los intentos del querusco, quien furioso arrojaba mandobles, arañaba el barro y se retorcía, pugnando por

defenderse. Le retiraron el arma y lo ataron firmemente a unas parihuelas, y cargaron con él por senderos misteriosos.

OceanofPDF.com

XXXI

VIII D.C. HERCYNIA. SANTUARIO DE NERTHUS

Después de abandonar aquel valle, los torbellinos de niebla se apartaron, empujados por un viento extraviado, y Armin se dio cuenta de que caminaban por una estrecha senda junto a las aguas de un poderoso caudal que los árboles y la niebla ocultaban al ojo de los pájaros. Escuchaba leves golpes de timbales, y pronto un rugido distante fue aproximándose y creciendo, hasta convertirse en un espumoso estruendo, en un trueno que batía eternamente.

El río que habían seguido se ensanchaba en trenzas de agua y se arrojaba por un acantilado con cien colas espumosas. La niebla parecía alimentarse de aquel vapor que surgía de las profundidades. El agua se precipitaba en una honda garganta. Las grietas del bosque se hundían a pico en aquel desnivel, en torno al cual continuaban prolongándose como paredes cavernosas recubiertas de árboles trepadores. Las nubes se inclinaban para observarlos, ocultando las cimas de los montes.

Los captores iniciaron un descenso por la escabrosa ladera. La senda descendía hasta una repisa que se asomaba sobre el abismo, en cuya hondura estallaban las columnas de agua, formando un turbulento lago del color del acero del que surgía un río caudaloso. Desde allí sólo las cuerdas podían llevarlos hasta el fondo. Algunos

se dejaron caer, deslizándose por las lianas; otros amarraron a Armin, que se vio colgando a gran altura, mientras su vida dependía de unas manos que aguantaban la cuerda. Una vez abajo, lo izaron y avanzaron por una espesura de fresnos y sauces. Aquel paisaje parecía ser una hendidura recortada a cuchillo por un dios tenebroso en el corazón del bosque, carne arrancada a la Madre Tierra para ocultar sus mayores secretos en el fondo de su vientre. Había otros saltos de agua que descendían desde las neblinosas alturas. Al fondo, el espacio se ensanchaba y el río fluía hacia el interior de la tierra por unas aberturas en la pared rocosa.

Escalinatas de madera sin barandas, escalones y cuerdas, eran lo único que les ayudaba a sortear los abruptos desniveles que obstaculizaban el avance hacia las profundidades. Undísonas aguas se arrastraban junto a ellos, turbulentas y profundas, emitiendo un sonido grave que retumbaba levemente en las angostas cavidades subterráneas. Las antorchas ardían iluminando el camino. De vez en cuando se cruzaban con grupos de guerreros rojos y niños que venían en dirección contraria, armados con arcos y puñales. Pasado algún tiempo, el angosto pasadizo se ensanchó y una inmensa caverna, de descomunales proporciones, se abrió en el vientre de la tierra. Allí, rodeada por un círculo de antorchas, se erguía una gran escultura recubierta de una grasa que parecía tener la facultad de brillar levemente en la oscuridad. Era la imagen de una gruesa mujer con las piernas abiertas. Una cabeza de oso pugnaba por salir de sus entrañas, igualmente esculpida y uncida con la tintura azulina. Varias mujeres pelirrojas de largos cabellos rodeaban el templo primigenio, y de entre todas ellas una, que presidía el cónclave, parecía ser la verdadera sacerdotisa. Alrededor de ellas, como ominosas, brutales formas, varios hombres de gran talla, con el rostro embadurnado de negro cieno, se erguían con las cabezas cubiertas por fauces de oso.

Armin había oído que los márseros tenían varios templos en las profundidades de Hercynia. Pero no sabía que los *berserker* de los hombres—oso conviviesen con ellos. Supuso que, tras las invasiones de Drusus, los téncteros, obligados a refugiarse en las

selvas, entraron en contacto con los márseros y llegaron a alguna forma de alianza. Los téncteros también adoraban a la madre del hombre—oso, y creían poder metamorfosearse en oso cuando llegaba la hora de combatir. Los medio—osos creían que hacía mucho tiempo el padre de los hombres—oso había brotado del vientre de Nerthus, después de que ésta, Madre de la Tierra, hubiese yacido con el gran espíritu de los bosques del oeste. Los mitos obstetricios que suponían el nacimiento de los híbridos guerreros estaban aún más arraigados en los pueblos de las selvas que en los queruscos de las ciénagas, porque en las grandes florestas la convivencia con la naturaleza era mucho más intensa.

Una de las mujeres se aproximó y puso las manos en la frente de Armin, sin pronunciar palabra alguna. La sacerdotisa era una mujer recia de intensos ojos azules y abundante pecho. Por fin dijo algo en una lengua familiar pero que Armin no lograba entender, acaso un lenguaje germano, pero cavernario, prehistórico. Poco tiempo después, Armin abandonaba la gran sala y era introducido en una gruta lateral. Allí, una de las mujeres le ofreció carne y un cuenco lleno de sangre caliente, procedente sin lugar a dudas de un sacrificio recientemente ofrendado a la Madre Tierra. El querusco comió y bebió, consciente de que no debía rechazar nada de lo que le ofrecieran, si no quería que lo considerasen una afrenta. Después cayó dormido, como fulminado por un rayo invisible, y fue cubierto con gruesas pieles de oso.

Deliraba, y la rabia del lobo, inoculada por aquel mordisco, había empezado a agitarse en su sangre. El tiempo se detuvo en las entrañas de la tierra, y Armin, poseído por la cólera, pasó muchas horas agitándose y temblando en las sombras.

Cuando despertó se dio cuenta de que estaba atado a un fresno muerto. El tronco reseco clavaba los andrajos de corteza en la espalda del querusco. Toda la piel de Armin había sido cubierta de inscripciones, y así, runificado como los cadáveres que Cerunno enviaba al Más Allá con el último soplo de fuego, abría los ojos y

veía la mirada extraviada, demente, de aquella sacerdotisa de Nerthus. Armin tenía los brazos extendidos, tensos por la acción de unas cuerdas que pendían de las altas ramas retorcidas del fresno.

—Ningún árbol vive en las tinieblas —dijo ella en la lengua de los germanos. —Pero este fresno es Ygg, y murió hace mucho tiempo. Ygg es el juez de los culpables. Permanecerás atado hasta que los dioses hayan decidido lo que quieren hacer contigo. Pues ellos visitan a Ygg con sus espíritus, y quienes estén con él serán arrastrados o escupidos.

Armin trató de hablar, pero no consiguió articular palabra alguna.

—Un lobo habla por tu garganta, mira por tus ojos, ruge en tu vientre. Lo he visto. Espera a que llegue la hora. Con el otoño vendrá tu odio, y descubrirás lo que hiere tus entrañas. Con el invierno vendrá tu luz, y verás cuando todos se sientan ciegos. Con la primavera volverá tu fuerza, y el soplo de los dioses arderá en tu sangre. Con el verano ya todo estará decidido, y en el otoño llegará la fatal hora del destino. Será la hora de hacerlo.

—De hacer... ¿qué...?

—Un año es un guerrero, un sol es un guerrero, una vida es un sol, que nace, se levanta y muere en su propio ocaso. Todo te visitará y los espíritus de los cuervos de Ygg desollarán tus entrañas. Deja que se coman lo que odias, deja que lo devoren con sus picos, y si sus padres deciden que deben atravesarte, ¡muere!

Armin quiso defenderse y al fin gritó, iracundo. Su desgarrado clamor se alejó repetido mil veces por las paredes de las cavernas. Inclinó la cabeza y el tiempo pasó.

Amanecieron monstruosas pesadillas.

Vinieron a su encuentro noctámbulas apariciones.

Horrendas cavidades sin ojos, picos que despedazaban su cerebro.

Lucífugas aves que pugnaban por devorar sus recuerdos más aciagos.

En medio del enjambre de espíritus que se cernía sobre él, una mujer desnuda de anchas caderas emergió entre las llamaradas azules. Lampos de un horizonte infernal iluminaban sus pasos desnudos. Sus cabellos rojos parecían hinchados e ensortijados. Sus ojos ardían, y sus labios eran muy rojos en el rostro pálido. Cortó las cuerdas que mantenían preso al querusco, y lo poseyó una y otra vez hasta dejarlo exhausto, mientras todas aquellas fieras de ultratumba lo acosaban por fuera y por dentro.

OceanofPDF.com

XXXII

VIII D.C. WULFMUNDA

El pesado caballo galopó raudo por la pradera, y Armin se precipitó más allá de los árboles como una exhalación.

En Hercynia, los técteros le libraron de sus sufrimientos. Sus heridas habían sanado, y, algún tiempo después, Armin salió a cazar con los márseros rojos. Tras el ritual y los últimos sacrificios, la sacerdotisa le entregó una espada. Desde allí, Armin fue en busca del valle de Siga. Pensaba en Thusnelda, mas no tenía intención alguna de dejarse ver. Para Germania estaba muerto, y eso era una ventaja siempre y cuando su plan cobrase forma y él estuviese dispuesto a ejecutarlo. Lo primero era hacerse con ciertos recursos indispensables. Parecía revitalizado, en su nuevo estado de salvaje ferocidad, por una energía indómita. La nueva fuerza de sus brazos y piernas, la destreza adquirida, las cicatrices cerradas, el temple de los nervios, y la sensación de sentirse libre en su tierra le procuraban un manantial de inagotable poder, del que bebía cada día y cada hora, y le anunciaban la proximidad de terribles combates y la necesidad de una venganza que siempre sería insaciable.

Pocos días después de abandonar Hercynia, entró en la oscuridad de la noche en Siga. Se dio cuenta de que la casa en la que Thusnelda debería vivir, entregada a su padre cuando contrajo matrimonio con ella, parecía deshabitada. Eso le hizo pensar:

Segest lo daba por muerto, y había recurrido a los romanos para prevalecer sobre el deseo de Thusnelda.

Armin fue hacia los establos donde se criaban los mejores caballos del valle. Allí había nacido *Sleipner*, su fiel caballo, y volvió en busca de uno de los hermanos del cuadrúpedo. Había sido considerado un salvaje, y pocos lograban montarlo. Armin se dio cuenta de que no había cambiado demasiado. El querusco abrió el vallado en las tinieblas y arreó el caballo con una de las monturas. Después asustó a la manada, y un fuerte pateo anunciaba la estampida de animales, que huía hacia los campos. Esto ayudó al furente cuadrúpedo que montaba a sentirse más seguro, y obedeció las órdenes de su jinete, abandonando Siga en la oscuridad.

Rumbo al noroeste, Armin atravesó las colinas en busca de la patria de los queruscos. Había dos palabras en su mente que lo poseían día y noche: Cerunno y *Zankrist.* El santón de Wulfmunda debía estar en algún lugar, estaba seguro de que no había muerto, y había preguntas que sólo él podía responder. Y la espada de su padre, el arma ceremonial de los clanes de Wulfmund, sólo podía ser empuñada por su hijo. Sabía que en ese caso muchos guerreros de las tribus locales se unirían bajo el estandarte de la Cabeza del Lobo.

Los campesinos sugámbrios le ofrecían refugio en sus graneros, y a la luz de las llamas, el desconocido se enteraba de las novedades acontecidas en Germania. Su nuevo pro—pretor era un romano llamado Varus. Y la gran novedad era la aplicación del derecho romano, impuesto por tres legiones que estaban acantonadas desde hacía dos años en Mattium, en pleno corazón de Germania. El emplazamiento había crecido, y al parecer no eran pocos los jefes germanos que recurrían a la administración de Varus para proteger sus propios intereses. El hecho no parecía generalizado, pero las tres legiones acantonadas tierra adentro eran capaces de hacer valer la palabra del nuevo administrador. Sin embargo, los impuestos habían aumentado en Sugambria y en los

valles adyacentes. Y casi todas las novedades informaban que eran pocos los jefes queruscos que se habían dejado seducir por las ventajas prometidas por Varus. El extenso territorio de los queruscos continuaba siendo un entorno libre, si bien su libertad había cambiado. Había más guarniciones romanas en el perímetro de monte Melibocus, y también en el oeste, ante los territorios cenagosos, y se decía que muchos guerreros y sus familias se habían mudado al norte. El golpe de Tiberio asestado a los longobardos había tenido un efecto devastador en la moral de los germanos. No fueron pocos los que, viéndose sorprendidos por esa audacia y por la derrota infligida, decidieron trasladarse hacia el lejano norte, en la orilla septentrional del Albis, a la espera de poder presentar batalla a los romanos si se dirigían hacia el norte, pero también con la esperanza de poder huir en busca de Scandia.

Armin pensaba que Marbod, el *kuninc* de los marcómanos, había sido un absoluto y despreciable cobarde. No entendía que no hubiese aprovechado la rebelión de Panonia para lanzar una contraofensiva sobre la retaguardia de Tiberio, provocando así el levantamiento de Noricum. Eso habría atraído a las legiones del Rhenus hacia el Danuvius, y habría llegado la hora de que los queruscos, viendo libre el terreno asestasen un golpe mortal contra la frontera, eliminando y saqueando Colonia, la ciudad—símbolo del norte, que Armin había llegado a odiar, como todo lo relacionado con el dominio romano.

Armin se encontraba ante la difícil tarea de coordinar un ataque en el momento menos propicio. Varus estaba logrando asentar firmemente la idea de que Roma ofrecía ventajas a los pueblos bárbaros, y acaso su único error estaba siendo mostrar excesiva codicia en demasiado poco tiempo. De cualquier modo, Armin no lograba hallar las claves de todo el sistema, y sabía que debía encontrar una respuesta, y que esa respuesta existía, aunque él no la conociese. Recordaba las conversaciones acerca de Pitágoras con aquellos viajeros. Debía ser capaz de calcular el golpe.

Pero se le antojaba inevitable realizar un reconocimiento profundo de la situación, y ganarse la confianza de los que podían secundarle. En ese sentido, descubría que la juventud se mostraba ultrajada y ardorosa, y los insultos más duros resonaban en las moradas de piedra cuando se hablaba de los romanos. La juventud germana continuaba siendo vigorosa y violenta, y Armin sabía que eso sería fundamental a la hora de liderar un levantamiento general.

Pocos días después divisó el campamento de Mattium, convertido ya en una pequeña ciudad. Albergaba dos legiones, mientras que una tercera realizaba movimientos junto al Rhenus, quizá protegiendo grandes cargamentos de impuestos adquiridos en los últimos meses. Los germanos se aficionaban más al comercio, a juzgar por las largas filas de campesinos que se dirigían hacia las puertas de Mattium.

Armin abandonó la ruta del Adrana y cresteó por las colinas en busca del Visurgis, cuyas aguas vadeó por un lugar conocido, y así, hacia el noroeste, fue adentrándose en las fronteras de los queruscos. Recorrió los anchos valles entre las lomas, cruzó las aguas del Lagina y se adentró en los pantanos. No muy lejos, en el suroeste, las sierras de Teutoburgo se recortaban contra el horizonte como una tiniebla verdosa, impenetrable. Después los bosques crecieron y después de unas lomas empezó a encontrar las estelas de los hombres—lobo, que marcaban la ruta del oeste. Allí abandonó el camino y siguió por sendas abandonabas que sólo los lugareños podían distinguir. Respiró el aire de aquel mundo, y le pareció que volvía a los años de su infancia. Nada parecía haber cambiado. Las sendas se adentraban por un dédalo de charcas y tierra negra, rodeando islas de árboles. A menudo debía retroceder para hallar el camino, pero la mayoría de los pasos permanecían en el mismo lugar, a pesar de que se desplazaban con el paso de los años.

Los prados de Wulfmunda aparecieron entre los árboles, las anchas líneas verdes de la colina de los vivos que flotaba en el gran

pudridero de los pantanos. Armin continuó avanzando por la senda para evitar ser descubierto y se dirigió al oeste. A medida que caía la tarde y se aproximaba, percibía algunos gritos distantes. Había evitado a los vigías por aquella ruta, y podía distinguir, con cierto orgullo, las figuras de los centinelas de Wulfmunda, lobos queruscos con sus cuernos de caza y sus largas espadas. ¿Podría ser verdad que nada hubiese pasado en aquel lugar, que Roma hubiese permanecido ajena y lejos del clan de los lobos negros...?

Armin recorrió con la vista el alto de la loma, en el noroeste, y divisó la Columna de Irminur, la roca de los teutones, tan venerada por Cerunno y por todo el pueblo. La cueva del adivino debía estar allí, al otro lado, en la falda norte. La casa del *herzog* de Wulfmunda, la morada de sus antepasados, se erguía en el mismo lugar, encerrada por desvencijadas vallas musgosas. El graznido de los pájaros resonaba en el lugar, rompiendo la calma absoluta que lo envolvía. Unos niños jugaban en los prados, mas sus voces apenas se oían.

Después siguió avanzando en busca de la gruta de los herreros. Una impenetrable maleza rodeaba el oculto santuario de los metales. Tras un largo periplo, escuchó el agradable y familiar tintineo de un martillo que remachaba. Luego pesados golpes que se reunían y forjaban caóticamente en los yunques. Armin estaba seguro de que Gristmund, el ciego, continuaba frente al fuego, ciego, maleando con sus manos las piezas de los aprendices y cotejando sus fallos. Pero ya no encontraría a Segimer, su padre, y por primera vez en largos años se acordó de él. Le parecía que su recuerdo se había esfumado con el humo de la pira funeraria, y que al partir en busca del lejano sur, hacia Thusnelda, su padre había quedado encerrado en Wulfmunda. Pero en ese momento le parecía que podía regresar en cualquier momento, con un gran jabalí sobre los hombros y la vigorosa sonrisa iluminando su rostro. Se había apartado de su verdadero designio, y a partir de ese momento nada ni nadie volvería a apartarlo de su férrea determinación. Había pagado caro el error cometido, haberse marchado contrariando las verdades que sólo Cerunno, tan sabio como previsor, era capaz de

prever por encima del paso del tiempo. Era hora de llegar hasta el final. Toda su vida se dirigía hacia aquel punto, y ahora nada podría detenerlo.

Retrocedió en las tinieblas y, reflejado en un charco sombrío, vio su rostro barbado. Extrajo el cuchillo, lo humedeció, y empezó a afeitarse. Cuando hubo acabado, un hombre nuevo apareció reflejado en la luz de la tarde que se filtraba entre las ramas. Se reconoció a sí mismo, otra vez joven y poderoso, contempló las venas que recorrían sus brazos, sus hombros y su cuello, las ágiles piernas plegadas, las manos anchas del herrero. Y ante todo vio en sus ojos el brillo de una nueva e insaciable audacia.

Todo había cobrado forma en su mente durante aquel tiempo, y si los dioses lo habían traído de vuelta, entonces él debía demostrar que estaba dispuesto a llevar a cabo el ardiente deseo que animaba a aquellos pueblos libres desde la sombra de los siglos.

—Voy a vencer a Roma.

OceanofPDF.com

EL RETORNO DE WULFMUND

OceanofPDF.com

I

VIII D.C. PANONIA

En Panonia, y después de casi tres largos años, Tiberio obtenía al fin la victoria definitiva. La revolución había sido aplastada, y el legado de Augusto se proclamaba vencedor al frente de los intereses de Roma.

La fase más difícil había llegado al final, cuando los diferentes núcleos de resistencia, atrincherados en ciertas montañas, debieron ser sitiados. Fue un proceso largo que costó caro a las fuerzas del Imperio, pero el mensaje de Augusto había quedado claro: Roma debía imponerse sin negociación alguna, mostrando un castigo ejemplar para el resto de las provincias, y dejando claro cuáles eran las consecuencias de una decisión tan fatal como esa. Por todo ello, los escenarios montañosos se vieron ocupados por continuos combates en los que los panonios, dálmatas e ilíricos resistieron hasta las últimas consecuencias. Los tracios fueron los primeros en llegar a la costa del Adriático, después de aislar a los dálmatas, que fueron rindiéndose a medida que pasaban los meses y el hambre hacía mella en sus cuerpos. Cæcina fue el autor de varios asedios en el entorno de Macedonia y el Danuvius, donde se llevaron a cabo gigantescos exterminios. Las piras de mutilados crecieron, las hogueras eliminaron la prueba de la masacre, y una tierra entera quedó librada de su propia sangre y de su propio espíritu. Cæcina parecía satisfecho con la venganza, y sus legionarios obtuvieron

botín a lo largo de una campaña en la que al fin habían vuelto a ser como dioses, libres para hacer y deshacer en el transcurso del avance.

Tiberio se desplazó hacia el sur para celebrar una reunión con uno de los líderes dálmatas más importantes y que sólo a las puertas del desastre se había rendido, con objeto de librar a la población de un final ignominioso. Tiberio, recordando el caso de Vercingetórix, decidió encontrarse con Bato, pues así se llamaba el rebelde. El legado estaba interesado en conocer las razones que habían movido al pueblo a levantarse en armas de una manera tan imprevista y sanguinaria contra el pueblo romano. Cæcina, todavía lejos, se enteró demasiado tarde de la voluntad de Tiberio, que ya estaba cerca de su objetivo. Por su parte, Bato fue enviado hacia el lugar en el que las fastuosas tiendas del *legatus imperialis* habían sido plantadas. Una vez allí, entró en la sala sacudida por el viento y se inclinó ante el romano vencedor. A la luz de las palmatorias, Bato parecía un perro gastado y viejo, mientras que Tiberio empezaba a recobrar su aspecto desagradable, vigoroso y apático. El jefe fue interrogado y respondió. Al parecer los pueblos se habían levantado en armas, con palabras de Bato, «porque los romanos no habían enviado perros y pastores para cuidar de los rebaños de nuestro pueblo, sino lobos hambrientos».

Tiberio conoció por medio de Bato los muchos y extenuantes crímenes que los administradores de la región, en nombre de Augusto y del Senado, habían perpetrado. Supo de las tasas de impuestos, quintuplicadas en algunos lugares, para poder satisfacer a todos aquellos que participaban directa o indirectamente de un usufructo que sólo podía ser extraído por Roma y en las cantidades establecidas por sus leyes. Tiberio se dio cuenta de que Cascina estaba implicado en el asunto y se reunió, después, con el devastador general. Cæcina reconoció sus faltas, pero Tiberio le ofreció una salida más honrosa a cambio de encubrir las verdades por las que el Senado y Augusto, sintiéndose estafados, castigarían su codicia. Tiberio jugaba ya a ser el nuevo emperador. La muerte de Augusto no debía estar demasiado lejos, y para ese día el

heredero necesitaba contar con más fuerzas aparte de las que le prestase la insidiosa Livia, su ambigua madre. Cæcina comprendió las intenciones de Tiberio: llegada la hora, necesitaría el apoyo de los generales más fuertes, pues podría ser un momento delicado para Roma. Desde que fuera sellada esa secreta alianza, Tiberio haría lo posible por hacer que Cæcina dispusiese de grandes contingentes armados, para que aquél pudiese socorrerle con el ejército y permitirle hacerse con el poder. Tiberio ya estaba seguro de que Augusto prefería a Germánico, y le parecía que Livia también lo deseaba como sucesor: era joven y manipulable, una hoja en blanco en la que podían escribir lo que quisiesen. Tiberio, en cambio, ya era un hombre maduro, había vivido mucho, sabía demasiado, era peligroso.

Poco tiempo después y con la recomendación de Tiberio, Augusto decidió convertir a Panonia en una provincia independiente, separándola administrativamente de Iliria. Antes de fin de año, Tiberio entraba en Roma por la Porta Triunphalis vestido de múrice con la *toga picta*, tocado con el laurel de Júpiter, al frente de una cuadriga que lo exhibía como un dios. Era el triunfo que lo entronizaba, y Roma entera gritó enardecida el nombre de Tiberio.

OceanofPDF.com

II

VIII D.C. ROMA

(XXX)

Sometía los pueblos de Panonia, Hasta los cuales nunca había llegado un ejército romano antes de mi principado, Por medio de Tiberio Nerón, mi hijastro y legado, Y extendílos confines ilíricos hasta las orillas del río Danubio.

Habiendo un ejército de los dacios pasado de esta parte del Danubio, Fue éste, bajo mis auspicios, derrotado y diseminado.

Luego mi ejército, yendo más allládel Danubio, Obligóa la población de los dálmatas a someterse a las órdenes del Pueblo Romano.

Res Gestæ Divi Augusti

OceanofPDF.com

III

VIII D.C. WULFMUNDA

Apenas había llegado la oscuridad, cuando Armin rodeaba la colina de Irminur. Abandonó las ciénagas, sus fresnos y sauces milenarios, y recorrió la senda junto a una selva impenetrable. Tras algunas vueltas, Armin sabía que la cueva del adivino y sus establos se hallaban muy cerca, al fondo de una cañada. Cerunno vivía algo alejado de la aldea, y nunca hubo vigilantes apostados a su alrededor. Nadie ha querido jamás matar a un santón germano o a un druida (y Cerunno era ambas cosas), no sólo por lo inútil de la acción, sino también por los temores, profundamente arraigados en la mentalidad popular, ante la maldición que ello conllevaba durante siete generaciones.

Armin amarró las bridas del caballo, al que había llamado *Draupner*, y se alejó. Poco después le parecía que retrocedía en el tiempo. Recordaba la primera vez que entró en la cueva, cuando descubrió a los albinos y Cerunno le contó las hazañas de Vercingetórix y de Ariovist. La boca de la cueva era estrecha; después se ensanchaba y retrocedía hacia el corazón de la colina. El angosto corredor bajaba unos peldaños y torcía en busca de la cámara principal; un resplandor temblaba al fondo contra la roca. Armin avanzó. Se oía el crepitar del fuego, pero ninguna voz interrumpía la monótona cadencia de las llamas. La luz iluminaba pinturas antiguas que tatuaban las paredes de roca; otra vez

aparecieron ante sus ojos los extraños signos, las madres orondas, los dioses fecundadores, hileras de runas y animales con largos cuernos...

De pronto un firme y mortal abrazo lo atenazó por el cuello, al tiempo que sentía un acero apuntándole por la espalda. Se quedó inmóvil y oyó la respiración del captor.

—Soy Erminer hijo de Segimer, al que todos llamaban Armin.

La fuerza que lo amenazaba vacilaba y cedía, sin soltarlo. Una voz joven y enérgica le respondió.

—Entonces, si eres quien dices, di el nombre del que fue alcanzado por el relámpago de Irminur en Gundabrup.

Armin no tuvo que escarbar demasiado en su memoria. Tenía presente la extraordinaria noche, el viaje en las tinieblas, la piel del lobo...

—Ortwin se llamaba aquel al que el poderoso rayo no logró partir, y fue desde entonces uno de los hombres—rayo de Wulfmunda, antes de que Armin partiese hacia el sur con su tío Ingomer.

Los brazos lo soltaron, y el captor se alejó unos pasos. Armin descubrió un rostro ceñudo en las tinieblas, de poblada barba, joven, y una fuerte luz titilaba en sus ojos.

—Armin... —dijo, como si recordase de pronto cientos de sucesos que pasaban por su mente con el fulgor de un rayo.

—Soy el mismo, Ortwin —afirmó Armin, extendiendo el brazo con la palma abierta.

Ortwin miró con desprecio su mano.

—Veo que las costumbres de los romanos no te son ajenas, lobato.

Armin se miró la mano y volvió a clavar los ojos en Ortwin.

—Tampoco sus castigos, y no pocas cabezas romanas han rodado gracias al mandoble de mi acero.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre—rayo.

—Quiero a *Zankrist*, eso debería responder a todas tus preguntas. Debo hablar con Cerunno.

Ortwin avanzó hacia la cámara y allí se sentó en un tocón frente a las llamas. Sus barbas, aunque no muy largas, eran hirsutas y amarillas, como su pelo abundante. Iba cubierto con un sago verdoso. De su cuello pendían varias torques con plumas de cuervo, y al remangarse los brazos Armin observó sus ajorcas de oro con forma de serpiente, que se enroscaban hasta los hombros.

—Ambas cosas están fuera de tu alcance, Armin —dijo al fin, y echó unas hojas al fuego. —*Zankrist* estaba hecha pedazos tras la muerte de tu padre. Nadie se atrevió a forjarla de nuevo, y los herreros de Gristmund rehusaron hacerlo, diciendo que era un arma divina, y que no debían tocarla. Cerunno desapareció unos años después. Dijo que para encontrarnos a nosotros debíamos perderlo a él, y que sólo cuando todos hubiesen renegado de él decidiría volver, y hablaba enigmáticamente del Gran Mediodía y del Sol, y que el camino hacia el atardecer era bueno, porque era el camino hacia un nuevo mañana.

»Me enseñó todo aquello que debía servirme a la hora de apoyar a Wulfmunda y a los clanes en sus difíciles tareas, desde los sacrificios hasta las cacerías, los matrimonios y las luchas, y la amenaza de Roma. Pero él decidió marcharse, y se llevó consigo los pedazos de *Zankrist.* Algunos años después vino a visitarme un cuervo en varias ocasiones. Era grande y pesado, y se atrevía a penetrar en la cueva, lo que no hace pájaro alguno que habite sobre la tierra. Descubrí, envuelto en torno a una de sus patas, una tira de pergamino en la que Cerunno me enviaba un mensaje. Ocurrió varias veces, pero él jamás volvió.

—Pero el pájaro sin duda volaría hasta Cerunno...

—¿Y qué pretendes con ello? ¿Sabes volar como los pájaros, o acaso sabes hablar su lengua? Yo aprendí muchos secretos, pero nunca la lengua de los pájaros... El cuervo vino y se marchó y volaba alto. ¿Qué es lo que te ha traído de vuelta?

Armin no supo cómo responder a esa pregunta sin parecer un loco.

—Voy a vencer a Roma —dijo quedamente.

Durante muchas horas, Ortwin interrogó a Armin, y a medida que el querusco hablaba y le refería sus aventuras, con numerosos saltos hacia delante e inevitables retrocesos, Ortwin lo miraba con creciente admiración. Se enteró de cuanto había sucedido, del amor hacia Thusnelda, de la intolerancia de Segest, de su estancia en el ejército de Roma. Supo de las muertes que había causado su espada, y de su deserción en Panonia, de su largo viaje hacia las islas de los griegos, de Quefalonio y del inmenso mar en el que el Sol le hablaba de invencibles secretos y de una fuerza sobrehumana que guiaba a los hombres hacia la victoria. Tras narrarle su regreso, Armin, ya entusiasmado al ver que Ortwin creía en sus palabras, le habló directamente del asunto que ocupaba su mente día y noche.

—He concebido un gigantesco plan, que vislumbré cuando las heridas ardían en mi cuerpo. Mi venganza será la venganza de toda Germania.

—¿Qué te hace pensar que triunfarás donde todos han fracasado?

—Ninguno conocía mejor que yo a Roma. He trabajado en sus legiones, los he visto proceder, sé cómo hacerlo. Mi padre fue un buen líder porque supo manejar las grandes unidades, y convertir las hordas en un ejército capaz de ser movilizado con astucia y no meramente por acción de la ira. No conozco los detalles, pero sé que es posible, sé que conozco a muchos de los auxiliares que trabajan en esas legiones...

—Hablas de una conspiración.

—Hablo de una conspiración, de una rebelión y de un plan perfectamente definido desde el principio. De un golpe contra Roma al estilo de Roma, de una alianza y de un mandoble

implacable. Para ello los queruscos son la fuerza fundamental. Sus clanes están amedrentados, inseguros, pero permanecen libres...

—La campaña de Tiberio contra los longobardos causó confusión entre las tribus queruscas. Nadie imaginaba que los longobardos pudieran ser alcanzados por las garras de Roma.

—Indecisión lleva a indecisión, ruina lleva a ruina —afirmó Armin cerrando los puños. —Es evidente que si los queruscos hubiesen atacado el campamento de Tiberio, cuando pasó el invierno a orillas del Visurgis, no se habría llegado a ese resultado. Tiberio logró acobardarlos y se sirvió del miedo. Pero, ¿por qué crees que no atacó primero a los queruscos?

—Porque nos teme, Armin —dijo solemnemente Ortwin.

—Pero el temor no sirve frente a Roma. Ellos se sienten superiores a todo, y creen en sus cálculos, en sus ingenieros, y esperan el momento de lanzar el golpe fatal contra los germanos del oeste. La desidia de Marbod ha sido la peor estupidez de los últimos tiempos.

—¡Marbod! —escupió Ortwin. —Sólo piensa en sus propios intereses, a él toda Germania le importa bien poco.

—Así es, amigo, él se conformó con la *pax romana* cuando Tiberio, a punto de invadir sus territorios al frente de cinco legiones, tuvo que retroceder para sofocar el incendio de Panonia y Dalmatia.

—Ese soberbio cobarde... —rugió Ortwin.— No pocas veces Cerunno lo maldijo; cuando hace dos años Marbod rehusó atacar la retaguardia de Tiberio supe que no haría nada de provecho.

—Y su hora llegará. Es tan necio que cree en la paz pactada. Tiberio volverá al norte para dar el último golpe contra Germania, y si no lo hace él, lo hará Germánico.

—¿Quién es Germánico?

Armin arrugó una torva sonrisa.

—Germánico es el hijo de Drusus.

Ortwin crispó su rostro, como si sólo al oír ese nombre todo su corazón latiese el veneno de mil víboras.

—No me digas que ese engendro tenía un hijo...

—No, tuvo tres, con Antonia. Uno de ellos tiene fama de ser imbécil, o así se comenta. La otra es una bella dama. Y el mayor es la viva réplica de Drusus según los que lo conocieron. Y puedo asegurarte que será una de las águilas de Roma, si los lobos queruscos no le arrancan las alas... Por todo ello debemos tomar la iniciativa en el oeste. Los *Istcevonios* deben ponerse en marcha y cortar la cabeza del dragón romano.

—Las legiones están más cerca que antes —afirmó Ortwin, pensativo, los ojos clavados en las llamas. —Varus ha trasladado la frontera del Rhenus hasta el Visurgis y el Lupia. Las líneas están fortificadas, y los sugámbrios, los téncteros, los tubantios, los cattos y los brúcteros, viven en relativa paz con ellos. No ha logrado dominarlos completamente, pero Varus es astuto y ha encontrado un filón en la aplicación del derecho romano, pues es consciente de las constantes disputas internas entre los jefes germanos, y quiere erigirse como juez, beneficiando a todos y así, poco a poco, dejando que en ese ambiente de calma las legiones fortifiquen las rutas de los ríos y tracen nuevas calzadas. Sé lo que pretende: las calzadas serán la clave. Cuando las calzadas estén bien construidas, y el terreno germano ya no sea un paisaje salvaje, y las legiones puedan desplazarse valles y valles en un día, a partir de ese momento todo será inevitable. Garantizada la accesibilidad de Germania, no tendrán ningún problema a la hora de imponer el dominio final.

—¡Eso es lo que hay que impedir! —exclamó Armin. —En realidad es la última hora, aunque tratan de hacernos sentir cómodos. Si pasa este momento ya no lograremos recuperar el terreno perdido. Mi plan es gigantesco. Hablo de recurrir a la Alianza de los Ases, de reunir a los clanes queruscos, de visitar a los longobardos y de pedir apoyo al Rey del Norte, a Guntram y a sus hijos. Germania podría levantarse en armas como lo ha hecho

Panonia, en medio de un terremoto humano. Pero hay que ir todavía más lejos, y planificar el primer mandoble, que resultará decisivo. Si infligimos la derrota que imagino, se nos recordará como a héroes invencibles.

—Has de saber que Varus, además de astuto, es codicioso, y que últimamente está despertando mucho odio entre los brúcteros, a los que castiga para compensar a sus vecinos. En realidad quiere provocar guerras internas, dejar que los germanos se maten unos a otros y se debiliten, preparando el terreno. Debemos convertir su propio plan en ventajas para el nuestro. El odio de los brúcteros podría ser la primera llama del incendio...

—...sólo si los queruscos están fuertes y unidos y se sienten seguros de sí mismos. Por eso necesitamos a *Zankrist*, la espada de Wulfmund. Si el hijo de Segimer vuelve de las tinieblas empuñando el arma ceremonial y vistiendo la piel de lobo, los clanes le seguirán... ¿Quién es el nuevo régulo de Wulfmunda? ¿Gailswinther, el del yelmo con cuernos de uro? ¡No hubo jamás un jinete como él!

—No, Armin, Gailswinther fue régulo durante unos años, pero después rehusó al torque con cabeza de lobo, y se marchó hacia Sajonia. Buscaba a una valquiria... La había visto en la mesa de los cuervos*, en la batalla contra Cayo Sentio Saturnio. Se había enamorado de ella, y la veía en sueños. Cerunno le persuadió de que no podía ir en busca de una valquiria, pues él era mortal. Pero Gailswinther estaba seguro de que ella lo amaba también a él, y al fin decidió abandonar Wulfmunda y se marchó en busca del lejano norte. Hoy el régulo de Wulfmunda y del clan del lobo negro es Segmir, uno de los primos más alejados de tu padre. Es un buen lobo, quizá algo grueso y demasiado lerdo, pero detesta a los romanos, aunque carezca del poder necesario para liderar un asalto.

—Segmir... —repitió Armin, tratando de recordar. —Apenas recuerdo a ese hombre.

—Durante mucho tiempo padeció fuertes heridas, y no fue a las batallas de nuestra infancia. Segmir resultó herido en una lucha

interna, contra otro clan al norte de los Melibocus. Pero se rehízo y vino con su familia hacia Wulfmunda. Nadie se opuso a su mando tras la marcha de Gailswinther, hecho que fue condenado por muchos de los jóvenes.

—Mejor así. No nos beneficiaría un régulo obcecado y cobarde en Wulfmunda, aunque no dudo que encontraremos dificultades en el camino. Tenemos todo el invierno para prepararlo. En el verano debería llegar la venganza de Germania.

—No es demasiado tiempo —aseguró Ortwin—, teniendo en cuenta la magnitud de la tarea.

Los ojos feroces de Armin buscaron la mirada profunda y centelleante del hombre—rayo.

—Nos han manipulado y utilizado para conseguir sus propios fines. Se sirven de los jefes para manejar y engrosar sus tropas auxiliares. Nos dan oro sólo para robárnoslo después. Se creen superiores, Ortwin. Cuando hayan conseguido lo que desean, convertirán a Germania entera en un inmenso criadero de esclavos. Conozco su lengua y sé lo que hacen con los esclavos en sus espectáculos. Ya te he contado lo que pasé yo mismo. Debemos encontrar a Cerunno, hay preguntas que sólo él puede responder, no puede haberse marchado tan lejos...

Expresión de los germanos para referirse al campo de batalla, que después se convierte en un festín para las aves carroñeras, espíritus metamorfoseados en pájaros de ambiguo significado para las almas de quienes caían en combate.

—A Ivernia —dijo Ortwin. —O incluso a Thule... Decía que volvería a su tierra natal, que permanecía libre, o que buscaría la isla de Thule.

—Thule... —repitió Armin, desmoralizado. —Thule. ¿Podemos ir allí en barco?

Ortwin se rió por primera vez en toda la noche.

—No dudo que te has convertido en el único navegante querusco que ha existido, pero Thule está en el norte y en el oeste,

perdida en el océano, cercada por oleajes gigantes cuya espuma estalla en medio de las nubes, lejos, Armin, muy lejos. No podemos ir allí. Llegaría el verano y todavía no habríamos regresado...

—De un modo u otro, encontraremos a Cerunno. Tiene que haber una señal, una clave, una forma de que él se dé cuenta. Me habló tantas veces de su sueño... Todo esto es obra suya, y él soñó el día de la victoria: lo llamaba el día en el que los hombres serían convertidos en dioses. No puede haberse marchado, porque él jamás renunciaría a sí mismo. Como yo. No pude renunciar a mí mismo, por eso sé que él tampoco. Está en algún lugar. Puedo sentir su presencia.

—A veces el deseo hace creer falsas esperanzas en los hombres mortales, hermano—lobo.

—Él espera la hora, como la espero yo.

OceanofPDF.com

IV

VIII D.C. GERMANIA

Pocos días después, Ortwin ya había conversado con Segmir. Un hombre—rayo tenía gran poder sobre los miembros de su clan; Ortwin era conocido desde niño, y se había convertido en el heredero de Cerunno. La asamblea de los guerreros, el *Thing* del valle, se mostró inquieta ante el regreso de Wulfmund. Ortwin encendió el fuego, los ojos de ámbar de las bestias disecadas brillaron en los muros de piedra, las ventanas se cerraron, y la noche extendió un manto negro sobre la tierra. Llegaron, uno a uno, todos los jefes de los clanes del lobo negro, y fueron invitados los lobos grises y los ciervos del Melibocus, que siempre estuvieron en buena relación con los lobos queruscos. Por fin tomaron una decisión unánime, escucharon la palabra del hombre—rayo, atendieron a sus planes.

La asamblea abandonó la Sala del *Thing* y los jefes caminaron en silencio, siguiendo la silueta de Ortwin, que avanzaba en las tinieblas. Un cortejo de jóvenes guerreros seguía con antorchas a los jefes. Los altos yelmos emplumados, los rostros pétreos, las largas capas de oso, las botas de tendón y las pieles de lobo y de ciervo avanzaron en la oscuridad. Todas las gentes de Wulfmunda se asomaban al viejo camino que atravesaba la colina y que ascendía más allá de los prados en los que pastaban grandes rebaños de bueyes, hasta que, internándose en un anillo de robles y

hayas, coronaba el calvero de la Colina de Irminur. Allí las antorchas parpadearon a través de la impenetrable espesura, y los jefes rodearon el monolito de los antepasados. El viento soplaba sobre la alta hierba de la cima, que se alejaba galopando por los lomos de la colina. Las tenebrosas copas de los árboles ululaban inquietas y se sacudían unas contra otras.

Al fin Ortwin alzó su báculo tachonado de runas.

El viento sacudió el sago blanco de los nacimientos, con el que se había cubierto. Las nubes negras se habían desplazado, y una luna errante rodaba por un hueco caliginoso, evaporando con su mirada pálida y clara las nieblas del valle de los lobos. Los aullidos de una manada, lastimeros y distantes, rompieron y se arrastraron sobre las colinas. A una señal del hombre—rayo, los guerreros extinguieron sus llamas, y fue como si el mismo viento las hubiese borrado de un soplo.

La gelidez del otoño descendía, y el claro de luna iluminó el paisaje de Germania. Las lomas boscosas se elevaban entre jirones de bruma, precipitándose hacia el sudoeste. Los laberintos de agua centellearon cuando la luna se miró en ellos.

En ese momento el chasquido de una rama se partía en el bosque cercano. Poco después emergía una silueta más negra que las tinieblas de la floresta. Montaba una gran cabalgadura y ambos, hombre y caballo, proyectaban una gran sombra sobre el ondulante mar de hierba que se sacudía entre las patas del animal. Allí arriba, alto, erguido, imponente, el hombre parecía tener una cabeza de lobo.

Armin descendió del caballo. Vestía la piel del lobo que había encontrado siendo un niño el día que el relámpago tocó por primera vez la frente de Ortwin. El querusco dio unos pasos, desenvainó la espada y la clavó en la hierba. Segmir avanzó con el estandarte del clan, en cuya basta tela aparecía retratada la cabeza de lobo negra y la cruz gamada de ocho brazos quebrados. Lo alzó y lo puso en manos de Armin. Éste entregó la espada a Segmir. Tomó el estandarte, lo levantó con ambas manos, y gritó furiosamente. Los

jefes desenvainaron sus armas, y las sacudieron contra los escudos, y un clangor se alejó resonando con el viento. Las voces de los jefes entonaron la ancestral fórmula:

—*¡Wulfmund! Wulfmund! Wulfmund!*

Armin giró sobre sí mismo, aspirando aquel aire gélido, limpio, embriagador, y miró hacia la aldea de Wulfmunda: cientos de antorchas se aproximaban por los campos, titilando en medio del rugido del viento. Imaginó ejércitos inmensos, y una unión invencible. Imaginó una venganza. Una victoria que escindiría los milenios, y su grito de guerra, furioso y feroz, se alejó por el valle.

Los cuernos de caza comenzaron a resonar con cadencias amenazadoras, y un clamor que hacía años no se oía se alejó contestado de aldea en aldea, de valle en valle, hasta las faldas del sombrío Melibocus.

Durante muchos días se aseguró que Wulfmund había regresado a Wulfmunda, y que muchos clanes queruscos parecían más activos que nunca. La Boca del Lobo, el *Thing* de Wulfmunda, había vuelto a hablar, y daba órdenes.

Armin se reunió con una de sus hermanas, que se había casado, y supo que el destino había sido desigual con las otras mujeres de su familia. La menor, Zilda, se había casado con uno de los hijos de Guntram, el Rey del Norte, mientras que Ilfraud, la mayor, vivía sola con su tía Hartlind en Wulfmunda. La tercera hermana, Krimilda, después de marchar con unos parientes hacia Bructeria, había sido casada contra su voluntad con un romano en Aliso, y un rayo iluminó la mente de Armin al escuchar aquello. Supo en seguida que aquel lugar, tarde o temprano, sería aniquilado.

Armin decidió que no se diese a conocer su nombre, para que los espías no informasen a los romanos de su retorno. Por otro lado, que se asegurase que había retornado el mismísimo Wulfmund era mucho más terrible, y despertaba el miedo en muchos *herzogs*

queruscos que, habitantes de las zonas fronterizas con las rutas fortificadas enemigas, se mostraban en los últimos tiempos demasiado tolerantes con los romanos. El Hombre—Lobo, el servidor de Wuotanc, volvía para empuñar la espada de los clanes. Los rumores de guerra crecían, y por las noches un hombre cubierto con una piel de lobo, con las fauces y el hocico rugoso por encima de su rostro, visitaba las asambleas de guerreros de otros clanes. Memorable fue el encuentro con Wulfila el Terrible, que había declarado que sólo un impostor podía hacerse pasar por Wulfmund. De temperamento incontenible y violento, Wulfila había desafiado a Wulfmund a enfrentarse en sus praderas en plena noche. Ortwin, gran amigo de los animales, condujo a escondidas a uno de sus lobos y lo soltó desde los bosques cuando el pueblo se hubo reunido alrededor. La luna salió, el lobo trotó y huyó, y Armin apareció sobre el alto caballo negro, vestido con la piel de lobo. Wulfila empuñó el hacha de combate, y sus hijos Wulfrund y Wulfbrandt lo protegieron.

Armin descendió del caballo y dijo ser el hijo de Segimer. Los viejos amigos lo reconocieron, y veneraron el recuerdo de su padre, y Wulfila abrazó brutalmente a Armin y desde ese día todos los clanes que votaban en su asamblea se unieron al querusco, a quien Wulfila reconoció como *kuninc*.

Otras voces se elevaron en contra de los rumores, y Armin decidió prescindir de ellos para evitar que filtrasen las noticias entre los mandos romanos y que llegasen a oídos de Varus. Armin pretendía ganarse la confianza de su pueblo, de los aliados, y de los vecinos enemistados con Roma, sin que Varus se diese cuenta de lo que se preparaba a su alrededor. La tarea era más complicada de lo que podría parecer, teniendo en cuenta el carácter de los germanos. De cualquier modo, desde los montes Osnengui hasta las faldas septentrionales de los montes Melibocus, todos los queruscos se enteraron del rumor. Armin envió embajadas a los durgurnios, a los casuaros, a los angrívaros y a los amsívaros, los hombres—caballo, viscerales enemigos de Roma, aunque pueblos salvajes de las llanuras, y la sombra de una amenaza se prolongó sobre las tierras

del oeste junto al rumor legendario, descreído por unos, glorificado por otros, de que Wulfmund había retornado al clan de Segimer Cabeza—de—Lobo. Ortwin desarrollaba el plan con magistral certeza. Celebró varias reuniones con los hombres—rayo y los hombres—cuervo de numerosos clanes, grandes y pequeños, y todos ellos ejercieron una poderosa influencia en el pueblo y en los jefes, infundiéndoles miedo ante la presencia del Hombre—Lobo de Wuotanc.

Armin se daba cuenta de que pronto debía realizar una primera acción, contundente y terrible, que sirviese para preparar el movimiento de las legiones, y que amedrentase las voces pro—romanas que discutían la validez de un levantamiento popular.

La política de Varus le ayudaba. La implantación del derecho romano se cobró nuevas vidas inocentes en el otoño, a medida que los vientos soplaban con más fuerza. Los legionarios ejercían la justicia con pragmática convicción. Varus se inmiscuía en asuntos de herencias, en rencillas locales de Sugámbria, donde toda una serie de jefes corruptos empezaba a cooperar con los romanos, y tuvieron lugar varios ajusticiamientos mortales en los territorios de los brúcteros, donde había sido creado un nuevo campamento permanente, llamado Aliso, en el curso alto del Lupia.

Armin, acompañado por los hijos de Wulfila, los enormes Wulfsung, Wulfbrandt y Wulfrund, obtuvo el apoyo de Hadubrandt, *herzog* de los ciervos queruscos, de Witolt y de su hijo Wilant, jefes de los clanes de los osos queruscos, de Arnult de los caítos, de Wuldamund, un importante *herzog* brúctero, de Helmbrecht, el gigante tubantio, de Gernot, el Zorro Rojo, y de todos los téncteros que se agrupaban bajo el estandarte del uro corneador. La lista crecía, y los corazones se agitaban, mas Armin insistía en que debían esperar en silencio, pues nada podrían hacer frente a Roma en sus circunstancias. Varus contaba con un total de seis legiones, un formidable ejército. Dos de sus legiones acampaban permanentemente en Mattium, otra realizaba misiones de desplazamiento y transporte, y tres más estaban acantonadas en los campamentos del Rhenus, en Colonia Agripina, Moguntiacum y en

el oeste, en los territorios de los *belgæ* menapios y bátavos, fieles aliados de Roma.

—La batalla debería convertirse en una trampa para animales —dijo de pronto Armin a Ortwin, tomando un gran pedazo de carne del espetón en el que se asaban los costados de un jabalí recién capturado. —Pienso mucho en ello, y deberíamos ser capaces de inventarnos algo. No vamos a enfrentarnos a esas legiones cara a cara.

—No suena muy heroico... —se quejó Ortwin, que veía las manifestaciones de ira y de valor de los guerreros todos los días.

—Se trata de vencer, Ortwin, no de hacer alharacas como un gallo vanidoso que se pavonea en el corral... antes de ser degollado por su campesino y echado a la olla —añadió Armin. —Tú conoces a los animales, Ortwin, sabes más que nadie —dijo, y se quedó en suspenso un momento, mirando al hombre—rayo. —Los germanos gustamos de la gran caza, del valor y de la ira. ¿Recuerdas cuando cacé aquel jabalí, siendo un crío...? Bien, coraje nos sobra; pero ahora debemos utilizar la cabeza, como los griegos. ¡Wulfsung! ¿Cuál es el animal más orgulloso del mundo?

—El águila —respondió el grueso guerrero, atragantándose.

—¿Y el más inteligente? —inquirió Armin, divertido.

—La serpiente —respondió Ortwin. —El águila se deja ver, la serpiente espera. El águila ataca de frente, la serpiente aguarda a su presa, aunque sea más grande que ella.

—¡Eso es lo que haremos! —exclamó Armin jovialmente. —Usar la cabeza.

Ortwin echó un largo trago de *medhu* de su cuerno, hasta que la bebida le goteó por las barbas, se restregó en la manga y volvió a mordisquear la carne.

—Utilizar la cabeza... ¿quieres dar cabezazos a las legiones? —intervino de pronto el maduro Wulfila, cosechando, como de

costumbre, la risa de los que le rodeaban.

—¡No...! —respondió Armin, conteniendo su impaciencia. —Ortwin me entiende, ¿verdad?

—Para cazar un animal hay que dejar que se confíe. Si se asusta, huye.

El rostro de Armin se iluminó al ver que por fin alguien se dignaba a tomar su palabra más en serio que las bromas de Wulfila.

—¡Eso! Que se confíen... —dijo Wulfrund. —¿Y luego qué?

—Las trampas para animales consiguen atraerlos si están confiados —dijo lacónicamente el santón.

—No se puede cazar una serpiente que yace enroscada en su guarida —elucubró Wulfila, pensativo.

Segmir se restregó la grasa que goteaba por su barba amarilla y añadió:

—Ni tampoco a una osa que se esconde con sus oseznos.

Ingotar y Brumber, amigos de Armin desde la infancia, alegraban los días de Armin como si hubiese retrocedido en el tiempo, y escuchaban mientras roían devotamente sus huesos envueltos de carne asada, como quien asiste a un importante concilio.

—¡Águilas, osos, serpientes y ranas! ¡ya basta! —exclamó de pronto Wulfila, visiblemente fatigado y encolerizado. —¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Eso significa que no podemos lanzar un ataque contra Mattium —explicó Armin alegremente. Todos lo miraban ahora, contrariados, y las mandíbulas dejaron de masticar como conjuradas por un poderoso hechizo.

—Había imaginado una gran batalla frente al campamento... —gruñó Wulfila. —Los estandartes, las hordas... los miles de caballos... ¡sería grandioso!

—Y absurdo, Wulfila —aseveró Armin. —El entorno de Mattium estará lleno de trampas para impedir el asalto de caballerías. Las legiones de refuerzo llegarían allí demasiado rápido, y no lograríamos lo que realmente necesitamos.

—Se trata de darles una paliza, ¿no? —preguntó Wulfila con vehemencia. Todos, en realidad, habían aprendido a admirar lo mucho que sabía Armin sobre los romanos y su forma de luchar y de defenderse, pero aquello superaba sus expectativas.

—No —dijo Armin con descaro, y mordió la carne, dejándolos en la estacada. Los demás le miraban con las bocas abiertas, o masticaban lentamente, intrigados. Aquello, por un momento, había dejado en suspenso su apetito.

—Entonces, ¿de qué se trata? —inquirió Wulfila, impaciente, pronunciando la pregunta que todos querían formular. —Será mejor que hables antes de que pierda la paciencia y te parta la cabeza, entonces dejarás de utilizarla y de fastidiarme las cenas con tus ocurrencias...

—De eliminarlos a todos.

Se miraron unos a otros.

—De no dejar ni un romano vivo.

Wulfrund, que bebía de su cuerno en ese momento, sufrió una especie de ataque y escupió el contenido sobre la hoguera. Los demás empezaron a reírse tanto de lo que habían oído, que les parecía una broma, como de lo que había hecho Wulfrund. Brumber, desternillándose, pero empapado por culpa del resoplido de Wulfrund, le dio un codazo a éste y el pedazo de carne fue a parar a la hierba. Wulfila se burló escandalosamente de su hijo, y Armin se retiró unos pasos, antes de que empezase la inevitable y amistosa pelea, sin la cual absolutamente ninguna cena tenía sentido.

La mente de Armin trabajaba rápido, aplicando todo cuanto había aprendido, y convertía el tiempo que le separaba del

momento escogido en un puente que sorteaba las aguas turbulentas del destino. Organizaba los pasos que debían darse, calculaba las posibilidades, tenía en cuenta las reacciones de Varus, y conversaban con quienes lo conocían, para hacerse una idea lo más clara posible de cuáles serían los puntos débiles. Por lo que oía, el pro—pretor era arrogante y desconfiado, pero se sentía militarmente superior. Eso era importante; los años en los que Germania era demasiado temida resultaba difícil tomar desprevenido al enemigo. Mientras Varus se sintiese superior, tenían posibilidades de lograr lo que él se había propuesto. No quería una batalla, pérdidas y un repliegue. Roma volvería, y estaba cansado de ese juego desde que era un niño. Armin se había propuesto un plan grandioso y extraño, que nada tenía que ver con la idiosincrasia de los germanos, efusivos y violentos, desorganizados y entregados a su lucha. No; lo que el querusco pretendía podría escandalizar la historia de Roma, podría escindir la historia de Germania, y durante las noches, cuando los demás dormían o guardaban vigilancia, él no lograba conciliar el sueño debajo de sus párpados, sumido en un estado de alerta permanente, convencido hasta los huesos de que esos meses eran cruciales y de que había concebido una idea extraordinaria.

Una mañana, después de algunos viajes en los que la coalición secreta creció, Ortwin apareció entre los arbustos. Armin se dirigía hacia él después de lavarse la cara en las gélidas aguas de un arroyo, cuando se dio cuenta de que una gran ave se había posado muy cerca. Era un águila. Ortwin continuó avanzando por la pradera, y el águila saltó, aleteó y planeó alto alrededor de ellos, para terminar posándose en la copa de un alerce.

Armin, entusiasmado, dirigió una mirada sorprendida a Ortwin.

—Me dijiste que no hablas la lengua de los pájaros... ¡Quizá ella sepa dónde se encuentra Cerunno!

Ortwin se rió plácidamente. Cuando el santón hacía eso, Armin siempre se sentía ignorante y estúpido ante sus extraños

conocimientos.

—No te mentí; yo no conozco su lengua, pero algunas conocen la mía y la entienden. Este águila por ejemplo. He logrado que cace para mí.

Ortwin le mostró un espeso guante de piel de ciervo que le recubría todo el brazo. Al alzarlo, el águila levantó el vuelo. Armin jamás había visto algo tan excelso y magnífico; el aire que se deslizaba entre las plumas del ave. Era un pájaro enorme, y cuando se detuvo pesadamente en el brazo de Ortwin, pareció que lo apresaría con sus garras y se lo llevaría a algún nido inaccesible en una montaña solitaria. Armin se acercó poseído por la devoción de quien observa una divinidad. El águila, nerviosa, cabeceó y desplegó las alas. Armin se detuvo. Comprendió que el ave no quería que se acercase ni un paso más.

—No serías el primero al que ataca, Armin —le aseguró Ortwin. —No conoce a nadie más, y no tolera la presencia de otros hombres.

—Es una hembra —aseguró el querusco, observando sus plumas.

—Y los machos siempre andan cortejándola. En verdad es peligrosa... Los druidas galos saben adiestrar a los halcones, y siempre desaconsejan las águilas. Son demasiado independientes, nunca llegan a obedecer, pero eso es precisamente lo que me gusta de ellas.

—Por eso es un águila, y si no fuese así dejaría de serlo —añadió Armin, con gran convicción.

Miró los ojos del ave, que jamás había visto tan próximos. Una extraña magia brillaba en ellos, y el sol entraba en sus pupilas, que ardían bajo las cejas ceñudas, impasibles. Sus garras rodeaban el brazo enguantado del hombre—rayo. Una ligera brisa empenachaba las plumas del cuello y la cabeza, y le daban por momentos la apariencia de una reina coronada.

Ortwin bajó el brazo y lo alzó con fuerza. El ave desplegó las alas y las batió. Alzó el vuelo *con* un gran círculo y se quedó suspendida en el viento. No muy lejos, Armin escuchó unos chillidos, y le pareció distinguir las siluetas de otras águilas que planeaban alrededor de unos riscos.

Armin miró de pronto a su amigo con los ojos muy abiertos, preso de una extraña agitación, y lo cogió por los hombros.

—¡Santos dioses! —exclamó. —¡Por las barbas de Tor!

—¿Qué sucede?

—¿Podrías hacer que tu águila vuele cuando tú se lo pidas?

—Podría hacerlo.

—¿Y te seguiría?

—Así lo hace siempre.

—¿Y la imitarían otras águilas?

—Al sobrevolar un territorio, las águilas que habitan en él la persiguen tratando de ahuyentarla.

—¡Habrá águilas en el cielo...! —exhaló Armin, alzando los brazos, fascinado, sin dejar de mirar las aves que planeaban allá en lo alto.

—¿Qué quieres con eso? —preguntó Ortwin, importunado por el religioso silencio de Armin.

—Ya lo verás —y diciendo esto, el líder fue hacia el círculo de amigos, que despertaba y se desperezaba ruidosamente.

—¡Poneos en marcha, crías de erizo! —les gritó. —Nos vamos de viaje. La Alianza crece a la sombra de los árboles.

OceanofPDF.com

V

VIII D.C. SIGA

La gelidez del invierno cayó sobre Germania. Después de las torrenciales lluvias, cuando las ciénagas se desbordaron y ríos que jamás habían existido hasta entonces se abrieron paso y reptaron hacia las llanuras del oeste, enturbiando los torrentes del Albis, del Visurgis y del Amisia, una mañana todo emergió congelado en un denso manto de niebla que cubría la vastedad del paisaje.

Armin animó a *Draupner*, el alto caballo, y las pezuñas hollaron el manto de nieve. La guardia personal del lobo querusco, formada por casi cuarenta hombres, naturales de Wulfmunda y sus alrededores, se movilizó de nuevo hacia el suroeste. Armin contemplaba las llanuras, tan imponentes como fantasmales, que se tendían más allá de las laderas del Monte del Oso. Una capa de nubes indistinta y oscura reinaba en el cielo desde hacía casi un mes. Pero aquella mañana, la niebla era tan densa que le parecía poder cabalgar por encima de ella hasta el fin del mundo. El aire estaba quieto, y los caballos sentían la mordedura del frío, que trepaba por sus patas. Se pusieron en marcha y al cabo de un tiempo desaparecieron envueltos en la bruma.

Parecía que un prodigio se había obrado. La niebla iba acompañada de un frío letal que cuarteaba la maleza y troquelaba las ramas de los árboles. La visita a los longobardos no había sido tan valiosa como imaginaron. Después de haber tenido que

desprenderse de sus armas, los jefes más importantes los habían recibido hostilmente. No olvidaban la campaña de Tiberio, y todavía se sentían traicionados por los queruscos, cuya ayuda no llegó a tiempo. Armin consideraba que los longobardos no eran fundamentales en su guerra, aunque cualquier ayuda sería de gran valía. De cualquier modo, estaba convencido de que, una vez los queruscos tomasen la iniciativa y las noticias de los primeros ataques de provocación llegasen a sus oídos, los longobardos se unirían a ellos para vengarse de Roma.

La tierra estaba llena de odios, pensaba Armin, mientras el caballo avanzaba cansinamente, sólo tenían que ser capaces de servirse de ellos. El camino era arduo, pero no imposible, y en su plan la llegada del invierno conllevaba los primeros pasos, que debían ser llevados a cabo sin demora alguna.

Se dedicaron, mientras las nevadas empolvaban el paisaje y los vientos del norte les cortaban el rostro, a visitar a cada jefe que se había unido a la confederación, y Armin se reunió con sus sacerdotes y con sus herreros. Era la hora de que los martillos tonasen la canción del hierro. De que las piedras se cubriesen de chispazos. De que los crisoles ardiesen en las fraguas. De que los yunques resonasen día y noche. La forja de armas era uno de los pasos previos, y Armin sabía que los germanos, llegada la primavera, se entregaban con demasiado placer a la caza y al cortejo, a las bodas y a sus correspondientes banquetes. La sangre de los seres mortales se animaba en esos momentos, y no era ya propicia para perpetrar el arduo deber del hierro. El invierno, por el contrario, con su blanco aislamiento y su gélida presencia, era la época idónea para que cientos de hombres se reuniesen en las fraguas y ayudasen en la ingente tarea que aguardaba a los herreros. No era necesario que todos supiesen forjar las hojas de las espadas y de las hachas, las puntas de las frámeas o las barras acerinas de las azagayas, los proyectiles de plomo o las puntas de flecha, esa habilidad estaba reservada a los maestros. Pero hacían falta muchas manos para preparar el combustible, las piedras de turba, los

secaderos de leña, para sacudir los fuelles y para repararlos cuando se agrietaban del uso, para levar los pesados crisoles, para crear los moldes, cientos de manos para afilar miles de armas. Armin dispuso en cada aldea y pidió que forjasen armas de toda clase, y escudos, porque sabía que, llegada la hora, se unirían a ellos muchos campesinos que no dispondrían de mejor defensa que un apero o un hacha de leña. Además, el querusco pidió que se confeccionasen algunas extrañas estructuras, que parecían ser esqueletos de barreras que después debían recubrir con los peores, más viejos y más duros pedazos de piel. Armin sostenía que después se recubrirían de matorrales y quedarían ocultos, y que los protegerían para aproximarse a las cohortes y no resultar alcanzados por sus lluvias *de pilla.*

La figura del joven comenzó a verse rodeada de un cierto misterio. Hablaba la lengua de los romanos, entendía sus escrituras, conocía sus métodos de guerra. Parecía estar al tanto de todo cuanto podía pasar por la cabeza venenosa de un romano, y eso lo convertía, a los ojos de muchos, en otra cabeza venenosa. Armin sentía la desconfianza en algunos rostros redondos de opacos ojos azules. Eran rostros callados, que asentían, pero que no participaban efusivamente de sus ideas. Pero el formidable guerrero que había en su interior, semejante al instinto primigenio de un ave de presa o de un lobo cazador, ya estaba prevenido y contaba con ello. Sabía que, tarde o temprano, debía asestar un primer golpe: lo suficientemente débil como para no despertar la sospecha de Varus, mas convenientemente fuerte como para ganarse la confianza de los que ya pensaban que su retorno y su permanencia en las legiones era un motivo de profunda desconfianza.

Por todo ello supervisó exhaustivamente las fraguas, y se encaminó hacia el sur de nuevo. Esta vez alcanzaron las elevaciones que dominaban el valle del Siga, y fueron por las cumbres en silencio, al cabo de los días, hasta divisar las aguas del Rhenus, que fluían como una pesada serpiente de plomo, cuyas escamas delataban la presencia de los torrentes.

Allí estaba, al pie de la Colina de los Teutones, la aldea de Siga, un puñado circular de casas grandes y pequeñas, perfiles oscuros cubiertos de nieve, e hilos humeantes que escapaban de sus chimeneas. Detrás, a orillas del Rhenus, sobre su loma, el palacete de Segest. Años enteros relampaguearon en su mente. No muy lejos, junto al puente, una calzada avanzada ya en construcción hasta las orillas del Siga y subía, sin lugar a dudas, recorriendo las fortificaciones del valle, que eran mucho mayores desde que Varus se estableciera en Mattium. Una nueva uña hundida en el pecho de Germania. Y así, uña tras uña, siempre en busca del corazón. Segest había cumplido los planes de Paterculus. Veía un nuevo campamento romano junto al puente del Rhenus, y más de veinte birremes amarradas en un muelle de gruesos postes enclavados en el fondo del río.

Las entrañas de Armin ardieron, y se dio cuenta de que para perpetrar una venganza hacía falta algo más que sangre fría, porque a pesar de ser consciente de su plan sabía que la ira era superior a la paciencia en todas sus manifestaciones. Se contuvo, y esperó la llegada de la noche. No pudieron encender fuego alguno, de modo que se enrollaron en las capas de oso, e incluso así sintieron frío. Armin permanecía en pie, tenso, animado por una violenta energía interior. Hablaba poco y comía con creciente cólera. Al fin habló:

—Voy a entrar en Siga. Si al amanecer no he vuelto, regresad sin mí. He atravesado el mar y las montañas y sobrevivido a un circo romano, así que lograré llegar de una u otra forma.

Dio media vuelta y descendió hacia Siga. Dejó el caballo amarrado junto a un establo que le era bien conocido. Por fin se abrió paso hasta la fragua. Llamó a la puerta. La aldea parecía abandonada en medio de las tinieblas. En una zona pacificada, los romanos no patrullaban y se limitaban a sus guardias rutinarias de campamento.

Un aprendiz abrió la puerta, soñoliento y amedrentado, y luego Alfmund apareció empuñando un martillo, cubriendo el cuerpo desnudo y la cabellera revuelta con unas pieles.

—No necesitas romperle la cabeza a un viejo amigo —dijo Armin entrando y cerrando la puerta.

A la luz de las llamas, Alfmund lo reconoció. Era tal la emoción que sentía el herrero, que dejó caer el martillo y abrazó fuertemente a Armin. El querusco sintió en aquel abrazo largos años de amistad que volvían a la vida.

—¡Armin! ¡Eres tú!

Después de servirle un cuerno rebosante de *medhu* y de brindar y beber tres veces, Alfmund recuperó la presencia de ánimo e interrogó a Armin con la mirada.

—No podré responder a todas tus preguntas hasta que yo no sepa lo que tengo que saber —sentenció Armin.

Alfmund miró gravemente a Armin.

—Sabía que Segest mentía. Dijeron que desertaste, que caíste muerto, que huiste, todo menos que estabas vivo.

—Por eso no los culpo, aunque sí por el hecho de que Segest lo utilizase para beneficiar sus propios planes, de eso estoy seguro. Nadie puede imaginar que haya sobrevivido. Atravesé el frente de Panonia, deserté, me hice a la mar, Alfmund, y atravesé las olas hasta que llegué a las islas de los locos... Allí los griegos me enseñaron y partí en busca de las costas de Italia. El Sol, Alfmund, el mismo Sol *Invictas* me habló y me abrasó el rostro cuando me miraba... Y he regresado para vencer a Roma. Mi venganza será la venganza de toda Germania. Voy a hacer lo que Marbod no se atrevió siquiera a pensar. Les enseñaré algo, amigo, algo que nunca habían visto...

Alfmund contemplaba a Armin con admiración, como si se tratase de un ser sobrenatural que caminaba por el filo de la vida y de la muerte, ajeno al peligro.

—Thusnelda, Alfmund, habla.

Las duras palabras habían brotado de la boca de Armin como mandobles. La temeridad de aquel hombre le sobreponía a cualquier miedo.

—Segest hizo todo lo posible por convencerla de que habías muerto. Ella nunca cedió, y dijo ser tu esposa. Segest esperó. Su hija se enfrentó a él cuando éste trató de persuadirla. Segest perdió la paciencia y habló con Varus personalmente, y entre otros asuntos, Segest logró que vuestro matrimonio fuese anulado por las leyes de Roma, que ahora imperan sobre nosotros y allí donde están sus guarniciones...

Un gruñido y un golpe seco de Armin interrumpieron el torrente de sus palabras. Alfmund sabía que resultarían dolorosas. Armin se alzó y las venas se hincharon en su frente y en su cuello, y con los puños crispados, los nudillos blanquecinos, trató de sobreponerse y miró fijamente a Alfmund. Éste vaciló, creyendo que Armin lo mataría si continuaba hablando.

—Habla, Alfmund, no temas —dijo el querusco.

—Armin, debes saberlo si quieres actuar. Debes saberlo que pasó...

—¡Sigue! —gritó violentamente Armin.

—Varus anuló el matrimonio de Armin, y ella estaba obligada a seguir las órdenes de su padre, puesto que no podía ser tu viuda de honor... dado que fuiste declarado convenientemente *desertor.* Y eso te convertía en un proscrito, en un criminal, y Paterculus trató de ayudar a Thusnelda. Creo que ese romano te ha sido fiel, Armin, jamás reconoció que estuvieses vivo o que hubieses desertado... Pero Varus respetó los deseos de Segest. Ella no era la viuda de un ciudadano romano, sino la hija de un jefe germano bajo la ley romana y la viuda de un despreciable desertor, y eso la obligaba a seguir las órdenes del padre. Cuando su hermano vino a llevársela de su... de vuestra casa... ella agredió a Segmund, lo golpeó y lo arañó, y sólo salió de allí hecha una furia. Segmund al fin la abofeteó, se la echó a hombros y la azotó con la palma de la mano...

Los ojos de Armin parecían migrar de un instante a otro de las lágrimas a la más despiadada de las iras. Se cubrió el rostro con las manos, trató de serenarse, consciente de la inconveniencia de sus ataques de cólera desde que era un niño. La fidelidad de Thusnelda lo conmovía hasta lo más hondo, pero al oír que había sido ultrajada de esa manera... Segmund... Segest... Armin veía sus cabezas rodando por el suelo mirase donde mirase...

—Se defendió, pero fue llevada a presencia de su padre. Segest se la ofreció a Paterculus, pero este le dijo que cometía un grave error. Paterculus habló con Thusnelda. Ella aceptó casarse con él, pero no dijeron cuándo. Fue este verano. Posiblemente se casarán en primavera... Paterculus, de todos modos, lo hizo para evitar que ella fuese ofrecida a otros hombres romanos que sólo la codiciaban por su belleza y por ser la hija de Segest. Creo que ella lo hizo para ganar tiempo. Es una mujer fuerte. Trató de escaparse hace unas semanas, pero Segest la encontró y la retuvo.

—Paterculus...

—Armin, yo no diría que ese romano te ha traicionado. Es más, se ha portado como un amigo, te ha sido tan fiel como ella...

—Sé que no me ha traicionado. Aceptó la unión para protegerla, no para robarla, y todo ello a sabiendas de la ambición de Segest.

—Paterculus entregó valiosos regalos a Segest para que éste se sintiese satisfecho. Pero le advirtió que si lo traicionaba le cortaría la cabeza.

—Espero que Paterculus no me robe ese placer... La cabeza de Segest me pertenece —musitó Armin, conteniéndose y respirando profundamente.

—¿Qué vas a hacer?

—Nos quedaremos otro día más. Mañana por la noche esperaré a Thusnelda a las afueras de Siga, donde comienza el sendero de la Colina. Hazle llegar mi mensaje, confío en ti. Aguardaré solo, para evitar llamar la atención.

Armin se reunió con su partida y les pidió que esperasen un día más. No habló en todo el día, y fue el día más frío y largo de toda su vida. La integridad de su plan pendía de un hilo. Que pretendiese vengarse de Roma no asumía perder a Thusnelda. Su detallado esquema la incluía. De cualquier modo, no había cometido error alguno. El frío ofrecía el momento idóneo para llevársela.

Al fin las gélidas tinieblas se desbordaron en el este, y una noche negra sepultó los pequeños puntos de luz que titilaban en la aldea.

Se pusieron en marcha y descendieron hasta el bosque de la Colina. Pasaron junto al monumento de los antiguos teutones, y Armin se inclinó y besó uno de los megalitos.

—¡Por Tor! ¡Victoria o muerte! —susurró.

OceanofPDF.com

VI

VIII D.C. SIGA

Armin esperó en el lugar indicado. Ocultó el caballo, y dejó que pasase el tiempo. Mientras le asaltaban las dudas, recordaba las palabras de Cerunno, y se preguntaba dónde podía estar el adivino. Su presencia era más necesaria que nunca; aunque no estuviese presente él estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Por fin el momento se acercaba. Una silueta se aproximó y surgió de los árboles. Armin clavó la espada en la nieve y resistió el deseo de lanzarse en su busca. Había pasado por demasiadas situaciones adversas como para no tener en cuenta el código básico de la prudencia. Pero su corazón latía desbocado. El caballo se detuvo no muy lejos. Y si bien su corazón seguía latiendo, su pensamiento ya empezaba a marchar en sentido contrario.

Al fin escuchó la voz del jinete.

—Armin hijo de Segimer —dijo una voz masculina que el querusco reconoció al instante.

Armin envolvió con sus dedos ateridos la empuñadura de la espada. De las sombras surgieron, junto al jinete, diez siluetas más, todas ellas armadas.

—No hay romanos entre mis hombres —afirmó el portavoz. Avanzó y se retiró la capucha. El rostro pétreo y barbado apareció ante Armin.

—Segmund... —susurró el querusco.

—Segmund hijo de Segest, y he venido a advertirte. Te traigo un mensaje de Thusnelda. Para ella estás muerto. Hace mucho tiempo que desapareciste, y el nuevo Armin no es conocido en estas tierras. Thusnelda será la esposa de Paterculus, a quien tú traicionaste cuando luchábamos en las legiones. Su padre ha hecho lo más conveniente para ella. ¿Qué puedes ofrecerle tú? Sólo problemas. Debes olvidar, Arminius...

—¡No me llames *Arminius!* —gritó fuera de sí, arrancando la espada de la nieve y volviendo a clavarla. La ira empezaba a cegarlo, y trataba de pensar y ordenar las consecuencias. —Maldito sea Segest y maldito seas tú, Segmund, repugnante serpiente...

Las siluetas armadas avanzaron hacia Armin. En ese momento y todo alrededor se escucharon pasos y el crujido de la nieve: la partida de Armin surgió rodeándolos, y el claro de luna centelleó en las hojas de acero. El caballo de Segmund pateó, nervioso.

—Maldito bastardo —continuó Armin. —Cobarde... y traidor.

—Eres un proscrito de Roma, y tu pueblo ya no es el que era. Roma va a dominar hasta el norte.

—Te pido a Thusnelda por última vez.

—No. Aquí gobierna la palabra de Segest y sus hijos deben hacerla cumplir.

—He venido a vivir en paz en el norte, crear una familia, tener hijos —dijo Armin. —Dejad que nos marchemos en paz, Segmund.

—Ella no irá.

—¡Ella no quiere a ningún otro y tú lo sabes! Tú me la mostraste hace mucho tiempo... cuando todavía no eras tan amigo de los germanos.

—¿Y tú? Viniste aquí como un lobato abandonado, y también quisiste crecer entre los romanos... Mas... aquí te tenemos. Del fuerte guerrero sólo veo un trapo vencido. Que no consiguieses crecer en Roma no significa que ahora debas impedírselo a los

demás. Déjanos en paz a los otros, vete lejos, donde nadie te conozca, y allí dedícate a cazar jabalíes. Y búscate otra mujer.

—Quizá decida crecer aquí ahora.

—¿Cómo? ¿Con esa pandilla de malolientes que son los queruscos? Nadie te hará caso, capitaneaste la caballería auxiliar de Roma contra los longobardos en el norte, te manchaste con la sangre de los germanos, trabajaste para Roma...

Armin había logrado contenerse y esperar. Había llegado a la conclusión de que lo mejor era marcharse y trazar otro plan para ayudar a escapar a Thusnelda, pero, no supo cómo ocurrió tan rápido, arrancó la espada y corrió hacia Segmund. Las sombras se movilizaron rápidamente, y a los rugidos de cólera le acompañaron relampagueos y chasquidos y gemidos. Uno de los defensores se interpuso al paso de Armin, pero el mandoble fue demasiado fuerte, cayó de costado y Armin continuó hacia su objetivo. El caballo relinchó y se encabritó. Pero el brutal tajo contra el costado debió herir al animal, que retrocedió y derribó a su jinete. Segmund apenas tuvo tiempo para contener los golpes del querusco, pero era un hombre corpulento y resistió los golpes. Otro enemigo trató de alcanzar a Armin; la larga hoja fue más hábil, zumbó cortando el aire, un puñetazo bloqueó al antagonista, y esta vez el golpe alcanzó su hombro. Armin se protegió de un traicionero mandoble de halcón de Segmund, y así, al chocar los aceros, vio sus ojos, y le propinó una patada entre las piernas. Inmovilizado, Segmund recibió un golpe en la cabeza con el pomo de la empuñadura, y cayó gimiendo. Continuó un combate que finalizó con la victoria de los lobos queruscos, pero los cuernos empezaron a sonar, y en poco tiempo estarían rodeados.

Armin sopesó la situación. Las tropas romanas respondían a la llamada. Se enfrentarían a varios cientos, cohortes enteras. No podían vencer. Pero tenía al hijo de Segest.

Wulfsung iba a degollar a uno de los vencidos, cuando Armin se interpuso.

—¡No! Espera. Va a enviar un mensaje a Segest.

Agarró la cabeza y tiró de los cabellos ensangrentados, y clavó sus ojos en el aterrorizado muñeco.

—¡Escucha! Dile a Segest que Wulfmund ha regresado. Dile que si emprende una cacería contra nosotros encontrará a su hijo despedazado. Dile que mienta y que se detenga. Y dile que en la Colina de los Teutones, junto a las grandes piedras, Thusnelda deberá aparecer sola, a caballo, al amanecer, con las pertenencias que decida llevar. Sólo en tal caso recuperará Segest a su hijo, que le enviaré cuando haya abandonado las colinas de Siga, lejos de aquí, para evitar traidoras persecuciones. Si Thusnelda quiere quedarse, entonces que suba igualmente sola, que me lo diga, y se hará lo que ella quiera. ¡Lo que ella quiera, y no lo que su maldito padre quiera! Ahora márchate antes de que me arrepienta y te corte la cabeza.

El mensajero se alejó trastabillando en la nieve como quien huye del mayor de los horrores. Tal era la luz que se reflejaba en los feroces, salvajes ojos de Armin, cuando la ira desbordaba por los cuencos de su mente y fluía por todo su ser como un fuego en los rastrojos.

Retrocedieron con Segmund maniatado y treparon de nuevo las colinas. El clamor de las trompas se detuvo. La agitación no encontró mayores consecuencias. Sus colaboradores estaban inquietos, montaron guardia toda la noche, mas Armin conocía a Segest. Era el mejor y más sabio de los cobardes, y además un repugnante e interesado bastardo: en el momento en que peligrase la vida de su hijo, Thusnelda ya no valía nada. Aceptaría las condiciones sin discutir una palabra.

La mañana emergió del este. Bajo unos velos niveos tendidos hasta el horizonte, el ojo del sol parpadeó como una gota de fuego que amenazaba con fundir el blanco del paisaje. Armin envió a Wulfsung y a Brumber a la cima de la Colina de los Teutones, que se hallaba por debajo del nivel de las grandes colinas, arrugadas en la orilla derecha del Rhenus.

Armin vio cómo subía una hilera de cuatro caballos. Aparecían y desaparecían entre los árboles. Su corazón se agitaba, y le costaba contener sus nervios. Retrocedió y volvió después para ver que Brumber y Wulfsung, dos manchas pardas contra el blanco, recibían la hilera y la escoltaban ascendiendo. Miró con ansiedad el entorno. No había rastro de movimientos. Sus rastreadores oteaban las faldas de los montes, los campos. No había novedades en el pequeño campamento romano, a lo lejos, junto al Rhenus. Armin sonrió y expulsó una bocanada de vaho. Miró a Segmund severamente, y éste clavó sus ojos en la nieve.

Al fin escucharon el vozarrón de Wulfsung. Armin corrió hacia la ladera. De pronto surgió la imagen encapuchada de Thusnelda, y junto a ella el Sol Invictus, que se elevaba pesadamente, y su luz enrojecía las mejillas pálidas, el rostro grave, los ojos mágicos de la valquiria de Armin. Ella descendió y Armin la contempló largamente. Apareció una sonrisa en el rostro de la joven, y Armin lo comprendió todo. Por un momento sintió que el sol todopoderoso le había traído a su mujer de vuelta, que todas las promesas hechas en el mar se cumplirían si él era fiel a sí mismo. Y allí estaban las pruebas. Se abrazaron durante mucho tiempo.

Cuando hubieron repartido los caballos que portaban las pertenencias de Thusnelda, y todos estuvieron listos para la partida, Armin dio la orden de avance. No se sentirían seguros hasta que no abandonasen el radio de acción de las rutas fortificadas de Siga. Si Segest decidía traicionar su palabra, sólo tenían que hacer llegar mensajeros por la calzada del Siga hasta las guarniciones. Pero aun en ese caso cada vez era más difícil. Los romanos no aceptarían perderse en los parajes nevados, en busca de una horda de queruscos de número indefinido.

El tiempo pasó y hablaron mucho, pero era evidente que Thusnelda no se sentiría a gusto mientras su hermano estuviese allí atrás, maniatado como un animal. Quería que regresase y que todo finalizase de una vez.

—¿Quién me traicionó anoche? ¿Alfmund?

—¡No! —replicó ella vehementemente. —Alfmund sólo me lo dijo a mí, siempre ha sido un buen amigo. Fui yo quien te traicionó.

Armin no la comprendía.

—Quería marcharme y recoger algunas cosas, y confié... en él. —Thusnelda señaló al hermano cabizbajo.

Armin sintió una mezcla de asco y desprecio por el viejo amigo.

—Le dije lo que haría, y dijo aceptar. Después aparecieron varios de sus hombres y me retuvieron sin que pudiese salir. Él se fue en tu busca. Pensé que te iban a matar, porque Alfmund me dijo que irías solo...

—Lo hice por si alguien me traicionaba. No estaba dispuesto a presentarme sin mi guardia...

—Después mi padre se enfureció al enterarse de que retenías a su hijo, dijo cosas horribles acerca de ti y de tu padre y de tu madre, se maldijo a sí mismo y me maldijo a mí muchas veces, pero yo reuní mis cosas. La gente lloraba en silencio por mi partida, y al fin me ayudaron con los caballos y me marché. Mi padre hizo todo lo posible para convencerme de que fuese y te dijese que deseaba quedarme... Paterculus es un buen hombre, Armin, pero yo no lo quería, y él lo sabía. Mi padre dijo que me casaría con un romano de Colonia si no aceptaba a Paterculus, y al final...

—Lo entiendo —dijo Armin.

—Ahora Paterculus se sentirá confundido y traicionado por ti.

—Lo sé —dijo Armin con determinación. —Pero eso es algo que de debe importarnos muy poco. Los germanos deben luchar pos su libertad. Los romanos son los que han venido y se han inmiscuido en nuestra tierra y en nuestra vida. Si alguien ha de sufrir las consecuencias de todo este dolor, pues que sean ellos y quienes se unen a ellos. Va siendo hora de que todo cambie de lugar.

Thusnelda miró a Armin sorprendida, y le sonrió. Armin ya no era un joven, y hablaba como un hombre. Tomó su mano y se la apretó, y después se desbordó en silencio y pasó su mano por la mejilla del querusco. Luego le dio un leve puñetazo en el hombro, como en los viejos tiempos, y Armin fingió que iba a caerse del caballo, y se rieron como cuando eran niños.

Pasaron las horas de marcha y atravesaron los territorios de los sugámbrios por rutas agrestes y sendas de cazadores que en invierno resultaban casi intransitables. Por la noche atravesaron el cauce helado del Rura y treparon entre los abetales de las lomas. Durmieron inquietos envueltos en los mantos de oso, y por la mañana se encaminaron hacia el Visurgis. Sólo entonces se sintieron seguros y vieron llegada la hora de abandonar a Segmund.

El aire zumbaba en las copas de los árboles, derribando montones de nieve. Thusnelda clavó una mirada fría y verdosa en su hermano, que le respondió con despecho.

—Eres hermano mío, mas hoy dejamos de serlo. Aquí y ahora renuncio a cualquier vínculo con mis parientes de Siga, y os olvido. Si pudiese sacarme la sangre que comparto con vosotros y reemplazarla por la de mi esposo, así lo haría. Haz saber a mi padre que me marcho con Armin por voluntad propia, y que no debió nunca tratar de torcer mi voluntad ni la de mi esposo. Dile a Paterculus que le estoy agradecida, pero que no lo amo. Y olvidaos de que existo. No soy propiedad de ningún hombre salvo de aquel al que yo escoja, y en tal caso él también será mío, según las reglas de los germanos, y no de los romanos. Márchate ahora y no vuelvas a ensuciar mi nombre pronunciándolo.

Thusnelda espoleó el caballo y dio media vuelta. La partida se alejó y todos desaparecieron. Armin se quedaría para permitir que tomasen ventaja antes de liberar al traidor. Su mirada se quedó clavada en el hijo de Segest. Las palabras de Thusnelda reposaban en su alma como un bálsamo que mitigaba heridas abiertas durante años.

El tiempo pasó.

Armin empuñó la espada e inclinó rudamente a Segmund, como si fuese a decapitarlo. Rasgó las cuerdas, y éste separó las manos y se las restregó. Las sentía heladas. Movía los dedos tratando de recuperar la movilidad.

Armin esperó un tiempo, y entonces extrajo otra espada y la clavó en la nieve, ante Segmund. Éste creyó entender.

—Puedes montar tu caballo y retroceder, o bien luchar. Aunque no creo que te atrevas a eso. He disfrutado con las últimas palabras de tu hermana. Eres un traidor y un cobarde.

Armin miraba altivamente a Segmund, y dejaba que las palabras actuasen en él como un veneno.

—Y además no olvides llevar las palabras a tu padre, ese viejo desdentado y podrido que nació con una *mentula* romana metida en el *culus*...

Sonrió con descaro y abrió desmesuradamente los ojos.

Segmund sintió que la sangre fluía por sus manos de nuevo y empuñó su espada. Lanzó una mirada de odio a Armin, y gritó furiosamente lanzándose hacia delante. Justamente lo que el querusco esperaba: se apartó y enfrentó el acero, giró con maestría los hombros y golpeó a puño cerrado la mandíbula de Segmund, que rugía como un perro rabioso. Otra vez logró Armin apartarse y enfrentar el golpe, mas esta vez Segmund resbaló y cayó de bruces.

Rápidamente, en un momento para la eternidad, la espada del querusco descendió con un golpe mortífero sobre el hijo de su odiado enemigo.

El filo pasó por delante de su cabeza y Armin se inclinó para acompañar el golpe.

Se escuchó un chasquido.

La hoja se hundió en la nieve.

El rostro de Segmund se contrajo como un trapo arrugado, y el grito ahogado, convertido en un jadeo, mientras le lloraban los ojos,

se perdió en el frígido rugido del viento. Se recogió el brazo sangrante y lo envolvió en su capa de piel. Veía la viva rojez manchando la nieve, la espada caída... y su propia mano, cortada, que todavía se aferraba a la empuñadura.

Armin sintió una extraña lástima en las profundidades de su alma. Segmund lloraba como un niño, se consumía de dolor, humillado. El hijo de un jefe que no podría empuñar la espada... No había mayor vergüenza en el mundo. Sembraba un odio imperecedero en aquel hombre. Le haría un favor cortándole la cabeza, pues dejándolo vivo sólo lo condenaba a sufrir día tras día...

Entonces emergieron los años pasados, cuando fueron amigos, cuando confiaron el uno en el otro. Y Armin recordó todo lo que Segmund había hecho, secundando las ideas de su padre. Posiblemente sólo había sido un instrumento de aquél, pero había accedido a serlo voluntariamente. Temían el matrimonio de Thusnelda con Armin por miedo a que éste les reclamase herencias. Miserables. Entonces toda compasión se borró de su mente, y deseó que sufriese como él había sufrido a causa de las insidias de su familia.

Escogió sus últimas palabras, que pronunció con fuerza y orgullo:

—Dado que eres romano, eres juzgado según la ley romana. Al ladrón y al traidor se le corta una mano, Segmund, y ese es tu castigo.

Después montó su caballo y se alejó, sin mirar atrás. Lo último que escuchó fue un desgarrador grito de furia que el zumbido del viento en las ramas se encargó de mitigar y arrastrar muy lejos.

Cuando llegaron a Wulfmunda, Segmir ofreció a Armin la morada de sus antepasados, que él habitaba desde que desaparecieran, y allí se establecieron, como en los tiempos en los que Armin era un niño.

Las ciénagas estaban heladas y sus árboles eran fantasmagóricas tramas desnudas. Las praderas y los tejados se sucedían asimétricamente cubiertos por un espeso manto blanco. Pero las cuernas de caza resonaban de nuevo en las paredes del valle, los lobos aullaban, y la hoguera ardía con fuerza en el hogar. Thusnelda y Armin se abrazaban junto al fuego, y el querusco pensaba en voz alta, mientras los ojos de ella veían sus sueños, seguían cada intención, cada idea, y así ella estuvo enterada de la venganza que planeaba contra Roma.

Poco tiempo después, el consejo de las ancianas, con la vetusta Thusna a su cabeza, decidió incluir a Thusnelda en la comunidad de Wulfmunda, para lo cual se inició un ritual en la sala del *Thing*.

Ortwin preparó el fuego y especió la carne, participaron los herreros, y Thusnelda apareció al fin vestida para la ocasión. Su cabello de oro colgaba liso como la seda, con dos estrechas y largas trenzas a los lados. Lucía dos pendientes de oro, con complicadas filigranas, que Gristmund había forjado para la ocasión, y un torque con incrustaciones de ámbar, que trazaba un círculo resplandeciente por encima de su pecho. El traje tejido por las madres había sido teñido con la sangre azul de las bayas, para recubrirlo con el color de Nerthus, la Madre Tierra, y mostraba los brazos desnudos, en los que se enroscaban hermosas ajorcas, pulseras y anillas de oro rojo.

No sólo a Armin le parecía que había pocas mujeres tan hermosas como ella sobre la Tierra.

Tras la ceremonia, Thusna la consideró su hija, y las Iuras tocaron. Después llegó la hora de inaugurar el banquete. Thusnelda se acercó con una bandeja colmada, y recorrió la sala hasta donde se hallaban los hombres, que la miraron orgullosamente. Los ojos de Thusnelda sólo se fijaban en los de Armin, y sonreían, alegres y poderosos. Entonces se acercó con la bandeja hasta él, y le entregó su comida, y escanció *medhu* en su cuerno hasta que éste desbordó y goteó sobre el hombre, como era la costumbre. Estallaron las risas y las palmas, y hubo alegría, carne y bebida hasta saciarse.

Armin se embriagaba con sólo verla entre las mujeres, tan esbelta y enérgica, tan hermosa, mientras él bebía y hablaba, sin escuchar nada de lo que le decían, y de vez en cuando descubría que ella lo miraba del mismo modo y que le sonreía con ojos viperinos de mujer que nunca antes había visto.

OceanofPDF.com

VII

IX D.C. ALISO

La nieve había cedido y se retiraba formando manchas aisladas en el paisaje. Varios cientos de queruscos seguían a Armin a través de las colinas de Teutoburgo. El querusco admiraba las gargantas profundas, los hayedos abandonados, milenarios, los lechos pedregosos, las ciénagas, todavía heladas, que jalonaban su dédalo de rocas, florestas y desfiladeros.

Armin había esperado el momento oportuno para ir en busca de su hermana, casada con un romano en Aliso. Cuando Krimilda se marchó con unos parientes, algunos años atrás, nadie sabía que ella correría semejante suerte a la suya en compañía de los invasores. Finalmente fue casada con un romano, era todo lo que Armin sabía, a instancias y mediación de un germano del que ya había oído hablar en las legiones, llamado Flavus. Las sospechas de Armin terminarían por confirmarse, pero hasta entonces había decidido esperar al final del invierno. Todas las piezas empezaban a encajar, a pesar de que Cerunno no aparecía para responder a sus preguntas. Con la llegada del deshielo venía el momento de ganarse la confianza de todos aquellos que guardaban dudas y recelos acerca de su persona. Aunque conocía a los germanos. Muchos de los que desconfiaban de él no confiarían más por el hecho de que diese un escarmiento a unas guarniciones romanas. La profunda desconfianza de cierto tipo de germanos era difícil de cambiar, del

mismo modo que la plena confianza de otros era tan ciega como la fidelidad de un caballo. Armin trataba de operar con ambas sinergias, y de conducir los acontecimientos hasta el lugar y el momento escogidos. Sólo después podría saber cuál era el siguiente paso.

Rescatar a Krimilda y asestar un golpe a las guarniciones de Bructeria eran un mismo asunto. Una vez más, empezaba a lograr, mediante aquel cálculo de las circunstancias, a unir lo personal y lo político con maestría. Finalmente había decidido que los constantes levantamientos de los brúcteros, que se asentaban entre las orillas del Amisia y del Lupia, un territorio conflictivo y de difícil acceso desde el este, por hallarse las serranías de Teutoburgo por medio, eran la excusa idónea para echar leña al fuego. Los queruscos empezarían por apoyar a los brúcteros y propiciar una operación de castigo por parte de Varus. Sus informadores más fieles, algunos germanos que comerciaban con Mattium vendiendo pieles de animales, miel, cerdos, ámbar, oro, ya habían sido puestos bajo el cuchillo de algunos jefes, que les pedían informes detallados acerca de los comentarios y afirmaciones de Varus. Por medio de ellos, Armin sabía que Varus despreciaba los levantamientos aislados de los brúcteros, y que había pensado realizar una operación de castigo en el oeste, a la manera de Julio César. Pero el soberbio romano era demasiado flemático, algo que beneficiaba al efervescente e hiperactivo carácter de su antagonista en la sombra, Armin. Varus se había pensado demasiado realizar esa misión, y la había postergado. Para Armin todo estuvo claro. Un ataque contundente, no fuerte y numeroso, pero sí extremadamente sanguinario, un ataque con el que sus mandos se sintiesen ofendidos y sus legionarios con ganas de venganza, aceleraría los acontecimientos. Y eso era precisamente lo que Armin perseguía en primavera: no dejar que Varus olvidase la necesidad de una misión de castigo aplastante en el oeste, haciéndole creer que los queruscos estaban callados en sus tierras, y que sólo se enfrentarían a unas tribus aisladas y poco numerosas. Le prestaba la ocasión idónea para

demostrar ante toda Germania occidental cuál era la *lex romana* y cómo él, Varus, era capaz de aplicarla con rigor si era necesario.

Llegada la noche, las elevaciones de Teutoburgo habían quedado atrás y después de atravesar unas ciénagas llegaron a las inmediaciones de Aliso. La fortaleza de estacas se recortaba contra los restos purpúreos de un crepúsculo herido de muerte en el poniente. Varios jefes brúcteros rodearon a Armin.

—Hemos reunido casi quinientos hombres armados —reconoció Wilunt, uno de los *herzogs.*

—Yo vengo con trescientos queruscos —afirmó Armin, a quien los brúcteros sólo conocían como Wulfmund.

Wilunt miró los ojos centelleantes del querusco bajo las fauces de la piel de lobo.

—Wulfmund, has de saber que si los queruscos no nos apoyan en el futuro, los brúcteros pagarán las consecuencias de lo que vamos a hacer hoy. Cuando vengan las legiones, si no contamos con vuestra ayuda masiva, seremos masacrados... Y los pocos que sobrevivan serán conscientes de vuestra traición, y entonces todos buscaremos tu cabeza, Wulfmund, y no pararemos hasta que la separemos del cuerpo, aunque la haya unido el mismísimo Wuotanc.

—¡Mi cabeza está empeñada con los brúcteros, y en verdad con toda Germania! Yo os entregaré, a cambio de ella, la cabeza de Varus —dijo Armin solemnemente. —Y así estaremos en paz.

Wilunt accedió sin mediar más palabras.

Decidieron esperar. Cuando se acercaba la hora más negra de la noche, los aullidos y el fuego estallaron en medio de las tinieblas, y cientos de azagayas prendidas se clavaron en las empalizadas. Armin recurrió a los parapetos recubiertos de pieles para aproximarse hasta las estacas, y allí golpearon con un ariete. Sabía que los asedios eran especialmente duros, así que decidió realizar un ataque masivo, y los brúcteros se unieron al asalto portando

escaleras. Los que no caían abatidos por la lluvia de *pilla*, lograban hacerse con la empalizada. Los combates resonaron adentro, cerca de la puerta, que no tardó en ser abierta por los invasores. Los romanos acantonados no eran más de setenta, y los más de ochocientos germanos suponían una fuerza descomunal e incontenible. Al frente de las hordas, una sombra vestida con la piel de lobo aullaba y galopaba por las calles. La gente que vivía en el interior de la empalizada, campesinos y artesanos, huía despavorida. La mayoría de los romanos se había casado con mujeres germanas, y algunas habían tenido hijos de ellos. Armin ordenó que no tocasen a los germanos, aunque hubiesen convivido con los romanos. Wilunt se opuso, pues odiaba a los que se habían congraciado con el enemigo, y Armin le dijo que la iniciativa era suya y que él era el *kuninc*. Wilunt temió a Wulfmund, el hombre—lobo, y accedió.

Armin encontró a una joven a la puerta de una gran casa. Reconoció a la hermana, descendió del caballo, y la saludó. Esta ahogó un grito y pareció aterrada. Abrazaba un niño de corta edad. Armin le pidió que no dijese una palabra. Wulfsung la cargó sobre su caballo y se la llevó fuera de la ciudad. Armin tomó una antorcha y convirtió la casa en la que su hermana había vivido en una inmensa y crepitante hoguera.

Poco después los brúcteros ya habían acabado con la matanza. Aliso ardía mientras el sol despuntaba en el este y las estrellas titilaban eclipsadas por la creciente claridad. Unos cajones de madera escondían veinte cabezas romanas con sus respectivos cascos, y cuarenta manos cercenadas. Varios germanos de los que vivían en Aliso fueron escogidos para conducir el carro hasta Mattium y entregar las cajas de cabezas de parte de Wilunt, *kuninc* de los brúcteros, a Varus, a cambio de su propia cabeza.

OceanofPDF.com

VIII

IX D.C. MATTIUM

La noticia de que un demonio lobuno había galopado en el oeste se extendió por Germania occidental como un fuego en la maleza reseca. Sus antorchas habían incendiado Aliso, cerca de Teutoburgo. Las leyendas remolinearon en la mentalidad del pueblo. Y el nombre de *Wulfmund*, el hombre—lobo fundador de los clanes queruscos, fue pronunciado con respeto, veneración y miedo entre los germanos. Si el mismo Wulfmund había regresado de los pantanos sólo podía significar que las batallas se avecinaban. La provocación había llegado a salpicar las inmaculadas mesas de Mattium, a las que se sentaban a comer tantos germanos advenedizos, invitados por el opulento e insidioso Varus. Éste oyó hablar de un feroz demonio que hablaba latín, que medía diez pies de altura, que echaba fuego por los ojos, y que empuñaba una espada larguísima con la que decapitaba a sus enemigos por docenas.

Varus contempló las cabezas de los legionarios. El patio de armas de Mattium parecía dominado por un motín. Los legionarios proferían todo tipo de maldiciones e insultos e invocaban a Augusto.

No sin cierto asco, Varus pidió que los restos fueran dignamente incinerados. Se abrió la discusión de dar los merecidos funerales y venganza a los que habían muerto en Aliso a manos de

las bestiales hordas. Varus, acostumbrado a la imponente soberbia que aplicó pragmáticamente en Siria, pidió silencio y reunió al alto mando para deliberar, diciendo a los legionarios más exaltados que sólo era una cuestión de tiempo que aquella barbarie quedase sin un castigo cien veces mayor.

—Si han muerto cien romanos, entonces yo acabaré con diez mil brúcteros —dijo antes de marcharse. —Pero hay que escoger el momento más oportuno.

Los centuriones se aposentaron y no hubo ningún auxiliar germano presente en la reunión. Durante algún tiempo se debatió sobre la ¡dea de combatir inmediatamente la insurrección, mas Varus estaba convencido de que eso sólo alentaría a los germanos, creyéndose capaces de acaparar su atención de manera instantánea.

—No podemos parecer tan previsibles —protestó el pro— pretor ante las airadas manifestaciones de algunos centuriones. —Eso es una debilidad como otra cualquiera. Roma ha sufrido pérdidas, es cierto, y debe castigarlos en nombre de mi *imperium.* Pero quiero un castigo ejemplar.

—Varus, con mis mayores respetos, pero no podemos dejar que el desánimo corroa los huesos de los legionarios, y que los auxiliares nos consideren débiles... —protestó un aguerrido centurión.

—Cazarratas, ¿quién mejor que tú para conocer el odio que sentimos por esos repugnantes germanos? —le recriminó Varus conciliadoramente. —Pero escucha bien lo que te digo: después de las misiones de Julio César y de Drusus, sólo Tiberio llegó a dar grandes escarmientos, y fue demasiado al norte. Estamos ante dos posibilidades. La primera, ir inmediatamente en busca de esos bastardos, perjudica nuestros intereses, porque nos obliga a modificar el calendario de recaudaciones. Hay mucho que extraer en Germania hasta la llegada del otoño, cuando celebran sus festines y sus cosechas... Lo más oportuno es mostrarse indiferente, clemente y utilizar el miedo a la reacción para elevar

extremadamente los impuestos. Cuando llegue el otoño, y se acerque el invierno, se nos presentará la ocasión. A final del verano, no realizaremos una incursión precipitada, sino que emprenderemos una enorme campaña de castigo contra los sugámbrios, los tubantios y sobre todo los brúcteros, y estableceremos nuevos campamentos a lo largo del Amisia y del Visurgis. Se nos presenta la excusa perfecta para devastar esos repugnantes pueblos salvajes. Con la llegada del invierno se sentirán demasiado en desventaja como para poder responder. Cuento con cuatro legiones para emprender la marcha. ¡Cuatro legiones! ¿Sabes lo que eso significa?

Varus sonrió anodinamente y se acarició las yemas de los dedos. Sus ojos rasgados sonreían astucia, y los oficiales no protestaron.

—Está bien. A partir de este momento empezaremos a trabajar en el diseño de esa campaña, mientras los cuestores se encargan de las cuentas de impuestos. Movilizaremos dos legiones desde Colonia para reforzar los desplazamientos, y Mattium contará con tres legiones permanentes, que serán la garra principal con la que entraremos en el oeste. ¿Alguien se atreverá a venir a Mattium, donde entrenan tres legiones perfectamente abastecidas? Sólo Marbod podría plantear problemas, y para eso debería traspasar antes la línea fortificada del Mœnus, donde le esperan un buen número de cohortes. Antes de que hubiese puesto un pie en Hercynia, ya nos habríamos enterado y le esperaríamos con seis legiones y otras de refuerzo en marcha desde Lugdunum... En fin, no hay razones para alarmarse.

La reunión continuó tratando los temas de la campaña, que a partir de ese momento se convirtieron en un trabajo diario. Pocos días después, Mattium crecía, y nuevas empalizadas completaban la ampliación del campamento, en el que se acantonarían en adelante tres legiones con sus respectivas Águilas de Plata: la XVII, la XVIII y la XIX. Había en las tres gran cantidad de legionarios reclutados en el norte de Italia y en la Hispania Bética, así como contingentes de caballería auxiliar galos y germanos.

Algún tiempo después llegó a Mattium el que acusaban de ser un hombre—lobo. Los romanos habían ofrecido cuantiosas recompensas para capturar al instigador de la matanza de Aliso. Se trataba de un joven brúctero de aspecto fornido, muy alto y fuerte, de espesa barba, aunque evidentemente algo retrasado. Las nuevas cohortes enviadas a Aliso, y encargadas de retomar la posición y reforzarla, dieron con él gracias a un jefe brúctero, *herzog* de la aldea de Wimma, que deseaba congraciarse con ellos, y lo enviaron hacia Mattium como trofeo.

Su ajusticiamiento en Mattium, después de haber sido declarado colaborador de los rebeldes por Varus, fue uno de los peores espectáculos que Varus había ofrecido hasta entonces.

Evitó que los germanos lo presenciasen, que quedó en manos de las legiones, y un centurión cuyo nombre había sido olvidado hacía años, pero al que todos llamaban Cazarratas, se encargó de la carnicería.

Cuando los latigazos provistos de tachuelas de acero, las mutilaciones y el encarnizamiento alcanzaron su máximo apogeo, el propio Varus decidió mirar hacia otra parte. Los legionarios gritaban y hacían apuestas. Se había convertido en una prueba de fuerza para el centurión, que descargaba una ira ancestral y ponía toda su maestría en no acabar con la vida del gigante al que arrancaba la piel a tiras.

Cazarratas se retiró después de descargar una serie de doce golpes, que fue aplaudida por sus muchachos. Estaba exhausto. Pero el enorme germano, grande como pocos que habían visto, sufría indeciblemente en su limitación perceptiva intelectual, que nada tenía que ver con el sufrimiento que experimentada. Durante un momento sucedió algo extraordinario, y pareció que la intensidad del dolor puso una mirada de conciencia en los ojos del hombre, como si hubiese llegado a la realidad de la que había vivido apartado toda su vida, inocente y a la vez invulnerable.

Cazarratas arrugó el rostro con desprecio, y recordó una vez más, como hacía cada día que pasaba, a aquel germano que dejó inútil su brazo en Panonia, a aquel traidor que pasó a caballo por encima de su cabeza, partiéndole la mandíbula. Arremetió de nuevo con ciega ira. Las voces estallaban alrededor. La castrense orgía alcanzaba el punto álgido. La sangre goteaba. El látigo ya resbalaba entre cuajarones y engrudos rojizos, ya restallaba implacable, ya dejaba largas líneas en el suelo. Las sandalias chapaleaban en la viviente rojez. Ráfagas purpúreas saltaban de la espalda, salpicaban los cascos y las *loricas*, recorrían el suelo.

El sacrificado se retorcía y gruñía como un oso ensartado.

Cazarratas siguió haciendo lo que mejor sabía hacer; y siguió, y siguió...

OceanofPDF.com

IX

IX D.C. WIMMA

El hombre—lobo surgió de las tinieblas neblinosas. Varios caballos relincharon alrededor y se desplegaron sin hacer demasiado ruido junto a las vallas que encerraban los prados de Wimma.

En la hora más negra de la noche, el hombre—lobo trotó a través de las densas sombras de los prados. Los vigilantes de la aldea miraron a los intrusos y, sin hacer bramar sus cuernos de caza, y sin dar señal alguna de alarma, les abrieron paso. Todo estaba pactado con los hijos de la noche.

Las fauces del lobo, el rugoso hocico, se abrieron paso entre los jirones de bruma. Las casas se corporeizaron a medida que avanzaba. Desmontó frente a una de ellas, la más grande, en cuya entrada había un par de cuernos de uro engastados. El *herzog* que allí vivía se engalanaba con honores inmerecidos. El hombre—lobo tomó una pesada roca, montó de nuevo y avanzó hasta la entrada de la casa, mientras sus compañeros, negras siluetas en medio de la brumosa atmósfera, rodeaban el palacete.

La puerta se abrió, como si el viento de un huracán irrumpiese de pronto y pugnase por arrancar la casa y arrastrarla. Una bestia negra piafó en la gran sala. El *herzog* apenas había logrado

despertar, cuando su mujer lanzaba un grito de horror. El enorme caballo negro puso sus patas encima del lecho del jefe, que no encontraba la forma de desprenderse del pánico y de asir un arma, empuñarla, defenderse... mientras por encima de él contemplaba aquella inconcebible figura.

Vio el hocico rugoso y los colmillos de una piel de lobo por encima de un rostro demoníaco, completamente negro, mas sin barba, una larga melena y greñas desatadas que colgaban sobre los hombros embadurnados de una grasa negra, pero brillante. Vio el poderoso brazo alzado, los dedos tensos, la gran roca.

El caballo saltó y el verdugo aplastó la mano del traidor, que ya había asido la empuñadura de una espada.

El jefe vio unos ojos de acero...

Lo peor de todo era la mirada, los ojos desmesuradamente abiertos, las alas de la nariz, hinchadas como si se tragasen todo el aire de la sala, asfixiando a su víctima, y el ceño fruncido, como si fueran las cejas de un águila, o la arruga causada por el impacto de un hacha.

Escuchó el grito de furia de su verdugo.

Trató de cubrirse mientras los ojos se le desorbitaban, al ver lo que descendía a toda fuerza contra su cabeza.

La piedra se desplomó.

El traidor de Wimma no despertaría aquella mañana. La luz visitó el charco espeso en su lecho, los restos despedazados de su mala cabeza. Había muerto en medio de la peor de sus pesadillas. Desde la pequeña aldea se propagó un nuevo y sombrío rumor: quien traicionaba al hombre—lobo Wulfmund traicionaba a Wuotanc, y los sacerdotes y druidas advirtieron a sus jefes de que una nueva alianza se forjaba en el norte, y quienes facilitasen información a Varus sufrirían semejante destino al de aquel traidor, a quien ni toda su guardia personal pudo salvar de la venganza del sobrenatural hombre—lobo.

OceanofPDF.com

X

IX D.C. SANTUARIO DE IRMINUR. EXTERNSTEIN

El amanecer surgía y su claridad gris se extendía como un velo detrás de la trama negra de los árboles. Armin se llenó las manos de agua, inclinado junto al arroyo, y se restregó la cara. El cieno negro se había secado, y la máscara ritual se cuarteaba. El agua la diluyó, y el rostro de Armin emergió y se reflejó de nuevo en las aguas. Tomó un cuchillo y se afeitó la escasa barba. Sin mayores cuidados, echó un trago y volvió junto a sus compañeros. Un mensajero de Wulfmunda les había traído noticias de Ortwin. El hombre—rayo los conminaba urgentemente a reunirse con él en un sagrado lugar de las fuentes del Lupia. Algunos lo conocían, pues habían acompañado a Ortwin hasta allí en otras ocasiones, y fueron los guías.

La salvaje floresta despertaba. Columnatas de troncos sostenían el vasto salón de las nieblas matutinas. Los pájaros comenzaban a gorjear, y al cabo de un tiempo, cuando el sol se levantaba, una senda se introdujo en la impenetrable maleza y tras muchas idas y vueltas los llevó a las profundidades.

Parecía un bosque santo, y por alguna razón Armin recordó el viaje que, siendo niño y en compañía de muchos otros príncipes menores, realizara junto a Cerunno. Una ladera se sumergió en la

penumbra, sepultada por copas espesas e interminables madejas de ramas densamente cargadas y frondosas. El manto de hojas secas ocultaba los desniveles, y debieron continuar andando y guiando las inquietas cabalgaduras. *Draupner*, el formidable hermano de *Sleipner*, el indómito caballo, cabeceaba y relinchaba ruidosamente, al tiempo que Armin le pedía, sin forzar la soga, que continuase adelante. Como si se aproximasen a un antro de dragones, los caballos cada vez oponían más resistencia a continuar, por lo que supo que Ortwin los había citado en un mágico enclave y que los caballos lo sentían. Los fresnos convivían con las hayas creando un corazón espacioso sobre el que pesaban, asfixiantes, mil bóvedas de crucería modeladas por la paciencia de milenios y la inagotable lozanía de la naturaleza. Armin aspiró un aire denso y fragante, y escuchó el paso de unos pájaros carpinteros que los espiaban por los intersticios claros, desde los que, inoportunos y disonantes, descendían diurnas lanzadas al santuario de las tinieblas. Las potentes piedras emergieron de pronto, un anillo de moles en medio de la selva. Armin se acercó, mas el resto de guerreros se detuvo. Los caballos se resistieron y retrocedieron.

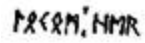
—Hemos llegado —dijo el guía.

Armin acarició uno de los megalitos. Ostentaba incisas cientos de escarificaciones rúnicas en arco, rodeando símbolos enormes y extraños. Todos ellos formaban un círculo tosco, poderoso, mágico. Armin traspasó la puerta y las piedras parecieron erguirse alrededor en su inmovilidad, como vigilantes colosos. En el centro, rodeado por dos dólmenes, había una gran roca sacrificial. Vio los canales, los agujeros pentagonales por los que agua de lluvia y sangre de sacrificios, según el caso, manaban hacia el subsuelo. Cerunno le habló de druidas en la oscuridad remota de los años, de pueblos en la sombra del tiempo, que dejaron aquellas huellas sobre la tierra, y se preguntó por qué los germanos ya no eran capaces de hacer algo tan grande como lo que veía, por qué ya no eran capaces de esas proezas...

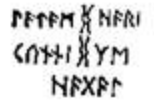
Recorrió los símbolos con la mirada. Se dio cuenta de que el círculo entero se basaba en el pentágono, señalado por el enclave de

cinco moles más altas que las restantes, y que en las caras interiores de las piedras había formas de pentáculos, de círculos, de árboles. Podía ver la *runa* de las propiedades, y la de las aguas, la del fuego, pero la más poderosa de todas era la del Sol: el Rayo.

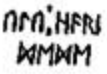
Armin leyó las tres inscripciones rúnicas que centraban una serie de simbologías geométricas:



—*Lokom her.* «Mira aquí»



—*Latam ing hari kunni ing we hagal!* —leyó el querusco. «¡Déjanos, Inghari, de la raza de Ingwe, libres de la ruina!”



—*Wulu hari dede.*

«Esta es la obra de Wulfhari».

Quizá el santuario indicaba una dirección hacia la que apuntaba. Años atrás, durante aquel viaje a Teutoburgo, Cerunno los había dejado a sus puertas, donde se habían reunido, en secreto concilio lunar, los druidas y sacerdotes. Pero Armin estaba seguro, ahora que se hallaba en su interior, de que aquel lugar era una puerta hacia alguna parte, de que el concilio *lunar* debía conducir hacia el santuario *solar.* Madre y padre, mujer y hombre, tierra y

fuego, luna y sol. Recordó las palabras de los ivernios, y el sentido del círculo y de la rueda solar del año: *nemeton*, *belnemeton*, *drumeton.* El Más Allá.

Una voz le sacó de su ensimismamiento.

—No podríais haber llegado a mejor hora —dijo, caminando entre las piedras.

—¡Ortwin! ¿Por qué nos has traído a este lugar?

—Armin, la mejor de las nuevas que podrías oír te traigo. Los dioses nos sonríen —dijo Ortwin, sonriendo.

—Pues dila de una vez —aseveró Armin, impaciente.

—Cuando el hombre—lobo regresó, la noticia recorrió la tierra. Esa era la señal que esperaba. El retorno de Wulfmund, Armin, era la clave. Cerunno ha regresado.

Los ojos de Armin mostraron una viva esperanza y a la vez se inclinaron avergonzados. Al fin podría enmendar sus errores. No todo estaba perdido. Había recuperado su libertad, su fuerza, a Thusnelda... y ahora a Cerunno. Por un momento creyó que podría traer a sus padres de la muerte.

—¿Dónde está?

—En el mismo lugar en el que esperaba, oculto, más allá de este mundo.

La mirada de Armin se enturbió. Los adivinos tenían la costumbre de hablar de un modo poco concreto y eso le impacientaba.

—Pero, ¿está... aquí?

—Cerunno se encontrará con nosotros —afirmó Ortwin. —Debemos ir al lugar en el que nos espera.

Ortwin les pidió que comiesen ahora que amanecía, pues ya no podrían comer hasta finalizar el encuentro con Cerunno. Tras asar unos pedazos de carne, la partida se puso en marcha. Armin

recordaba el viaje de su niñez, y ahora partían en dirección contraria, hacia las tinieblas más densas de aquel bosque milenario. Avanzaron por el vasto salón crepuscular. Unos abetos negros y gigantes anulaban el efecto de la luz solar; los jirones de niebla se demoraban colgados de las ramas. El día trascurrió lenta y silenciosamente. Armin habría querido avanzar más rápido, pero Ortwin seguía monótonamente, y a veces el terreno se hundía en una húmeda cañada y los árboles crecían echando raíces por las pendientes pedregosas, constriñendo el suelo como posesivas serpientes que se aferraban al mundo, como si se tratase de una propiedad sagrada.

Caía la tarde cuando el bosque, abruptamente, descendió una larga ladera y de pronto, tras cruzar una frontera invisible, finalizó. Salieron a un extenso claro. Mas lo que atrajo la atención de los viajeros fue un grupo de gigantes. Wulfsung se echó al suelo, otros se agacharon suplicantes y retrocedieron con los caballos al bosque, en aparatosa desbandada. Armin se quedó inmóvil, y miró a Ortwin, esperando una respuesta.

Allí delante, no muy lejos, donde unas cortinas de niebla oreaban el bosque y la tarde era una incertidumbre caliginosa, veía las siluetas de cinco deformes gigantes, a cual más grande, más giboso, más rudo. Si era una familia, entonces estaban quietos, contemplando algo en silencio, un fuego encendido al otro lado quizá.

—¿Son... gigantes? —preguntó Armin.

—Sí —respondió sencillamente Orwin. La humedad creaba gotas en su rostro, gotas que bajaban resbalando por las barbas amarillas.

—Pero... —dijo Armin, sin apartar la mirada de las ominosas moles.

—¿Acaso sientes miedo? —inquirió Ortwin.

—Hay algo que se llama *prudencia* —susurró el querusco, ofendido. —¿Qué se supone que hacemos nosotros contra esos...

gigantes?

—¿Vendréis o no vendréis? —preguntó Ortwin con voz serena.

—Yo iré —respondió Armin, desconfiado.

Los demás emergieron de las sombras y miraron gravemente a Ortwin. Los germanos temían inmiscuirse en asuntos de druidas y de magos. Wulfsung parecía muy contrariado. Su padre, Wulfila, ya le había advertido: «Si has de elegir, pelea con un oso antes que con un druida de Irminur. Porque podrá maldecirte siete veces». Y todos habían oído el nombre de Cerunno. Ya en sí era como una palabra mágica, como el inconfesable significado de una runa.

Ortwin no esperó respuesta alguna y se puso en marcha. Armin miró a sus compañeros comprensivamente y después caminó detrás del hombre—rayo. Los demás los siguieron, a cierta distancia.

A medida que recorrían la ancha pradera, las siluetas de los gigantes clareaban. Parecían grises y sus hombros estaban deformes, como los perfiles de sus brutales cabezas. Luego vieron la orilla de un estanque que recorría la orilla del bosque y bañaba el pie de uno de ellos. Al fin Armin se dio cuenta de que su inmovilidad era sospechosa, y después de hallarse muy cerca comprendió que se trataba de rocas, o más bien, de gigantes petrificados en la mañana del mundo. Aún así, todos experimentaron un escalofrío al aproximarse a la base de sus pedestales. Ortwin continuó avanzando, y el camino pasó entre dos de las enormes masas rocosas. Detrás Ortwin giró y se detuvo. Cuando todos se reunieron, Ortwin les dijo que debían entrar. Nadie quiso hacerlo, a excepción de Armin.

Los demás aguardarían allí, en la entrada, guarecidos del frío y la humedad, hasta que ellos saliesen.

Una abertura en la pared de roca se introducía y los peldaños bajaban hasta una cámara. Una vez allí, Ortwin encendió un fuego

y les dijo que podían esperar en aquel lugar, pues la noche sería fría. Prendió dos grandes antorchas de sebo y desapareció con Armin en un corredor. Al final del mismo parecían haber llegado a una última recámara. El joven hombre—rayo buscó los signos y descendió al suelo, y pidió la ayuda de Armin; una losa de piedra, perfectamente encajada, cedía y se retiraba con facilidad al impulso de ambas manos. Descendieron en las tinieblas.

La tosca galería los conducía hasta un nivel inferior. No era un lugar excavado por seres humanos. El pasadizo quizá sí, pero aquella gruta era tan antigua como las mismas piedras. La luz se perdía en una vasta oscuridad. Ortwin avanzó como si conociese el camino hasta una inmensa abertura que descendía en espiral hacia el fondo de la tierra. Los peldaños parecían naturales y se confundían con las arrugas de las paredes, por las que migraba el resplandor rojizo de las antorchas, acorralado por voraces sombras aladas. Armin no supo durante cuánto tiempo descendieron, pero le pareció una eternidad.

Desembocó en una gruta de grandes proporciones. Las gotas de humedad tintineaban en las sombras. Una luz roja parpadeaba al fondo, y a Armin le pareció que un mar tenebroso separaba unas luces de otras. A medida que caminaban se daba cuenta de que recorrían un vasto salón en las entrañas de la tierra. Y en aquel lugar profundo, el fuego de una fragua ardía con altas llamas.

Llegaron hasta él, y una silueta avanzó por detrás. Armin se detuvo, inquieto. Demonios de Mímir junto a las Fuentes de la Prudencia, elfos negros que custodiaban las puertas del infierno, era todo lo que podía imaginar. La sombra que el resplandor del fuego proyectaba contra las deformes protuberancias rocosas adquiría proporciones y gestos espantosos. La silueta avanzó y se situó junto al fuego. El ardiente furor iluminaba un rostro anciano, unos ojos acechantes, un yelmo forrado de piel del que surgían las altas cornamentas de un ciervo.

Cerunno avanzó con lentos y decididos pasos; la fuerte mano derecha enroscada en torno al muñón de su báculo, la raíz de haya,

el sago blanco de los nacimientos, el oro que rutilaba en sus anillos, las ajorcas de sus nervudos brazos, las barbas grises, ralas, largas... nada en él parecía haber sido modificado por el cobarde paso del Tiempo.

Armin se inclinó, se arrodilló sobre una pierna, desenfundó la espada y se la ofreció al adivino, que se detuvo ante él. Le pareció que sus ojos irradiaban una profunda tristeza, a la par que ardían en el fondo de ellos unas ascuas incombustibles, una voluntad más fuerte que los años trascurridos.

Los dedos sarmentosos del adivino se extendieron, alzó la mano y la posó en la frente de Armin, como la garra de un águila. Descendió ligeramente, sin apartar la mirada fija de los ojos del querusco, y cerró los párpados de éste.

Armin creyó que una inmensa sombra se cernía sobre él, y que la serenidad invadía su alma como nunca lo había hecho. Escuchó entonces la voz de Cerunno, que se alzó grave, extraordinariamente potente, cavernosa, retumbando en las invisibles paredes de la galería subterránea como el inextinguible eco de un trueno.

—Bienvenido seas, Erminmer hijo de Segimer hijo de Segismund hijo de Segibrandt. Veo que al aguilucho le han crecido las alas. Que Wulfmund ha regresado. Que el sol te ha traído de vuelta. Y lo que el sol trae de vuelta sólo un rayo puede ser. Que has pasado la prueba.

La mano lo abandonó, y cuando Armin abrió los ojos vio que Cerunno retrocedía y se sentaba junto a las llamas, donde el resplandor iluminaba la mitad del rostro como si fuese el día, y en su ojo ardía el fuego. Armin y Ortwin se aproximaron y se sentaron en unos tocones de madera.

—Cuéntame ahora todo lo que ha sucedido, Erminmer.

Respondiendo a la petición del santón, Armin comenzó a hablar y al cabo de unas pocas frases le pareció que hablaba consigo mismo y que no dejaba ni un solo rincón de su alma oculto

a los ojos de Cerunno. Mientras hablaba, las palabras se amontonaban y las emociones afloraban con cada frase, y Cerunno asistía a los años que para él eran desconocidos, y el mito interior de Armin cobraba forma en la mente del sabio, comprendiendo las reacciones y los miedos, las erupciones y las revelaciones finales que habían conducido al guerrero en busca de su propio destino. Armin relató con creciente impulso los últimos años, y allí aparecieron Segest y su hijo, Thusnelda y los sueños de ambos, los mandobles de Armin en las legiones, su deserción, su extraordinario viaje hasta las islas de los griegos, su aprendizaje del sol. Por fin comenzó a desplegar el plan que había puesto en marcha y que todos ejecutaban y al fin Armin miró con ojos ansiosos a Cerunno, como si su narración le hubiese situado, de pronto, frente a un abismo infranqueable y no supiese cómo seguir.

Cerunno comenzó a reírse de pronto, largamente.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó Armin, confundido.

Cerunno continuaba riéndose.

—Mala recompensa para el maestro es que el discípulo permanezca siempre discípulo... Has sido fiel a la tierra. No te he hecho falta, joven Erminmer —respondió el adivino. —Durísimo es el camino verdadero, porque el que busca recorre el camino de su propia tribulación y es fácil perderse a sí mismo.

»Eres un hombre legítimo, has obrado por voluntad propia, y tu voluntad se ha convertido en tu ley y en tu verdugo; cuando te ha faltado mi palabra la has sustituido por la tuya. Cuanto he oído me maravilla, es como el nacimiento del sol que ha muerto debajo de la tierra y que renace en las plantas. Antes del *Mabonad*, la fiesta del equinoccio de otoño, todo deberá haber concluido. La cosecha de este año será la cosecha de los sembradores antiguos. El enemigo sembró el odio y ahora recibirá su fruto. Cuando el sol vaya a ser devorado por los monstruos de Utgard, cuando los ancianos reflexionen sobre las obras alcanzadas, cuando Tor sea festejado en las colinas, ya debe haber acabado la Gran Obra y el sol estará en la plenitud del Gran Mediodía.

—Entonces...

—¡A ello os conjuro! A vuestra *última* voluntad, pues como tal debe ser ansiada, como el último aliento del moribundo, como la última visión del que ha sido cegado... Pero recuerda que el silencio es la palabra más amada por los cobardes —le interrumpió el santón.

—Por eso callan... los que podrían traicionarme —aseveró Armin.

—Así es. Deja que tu corazón hierva, ancho y pleno como un río a cuyas orillas sea peligroso acercarse; deja que tu voluntad dé órdenes a todas las cosas; desprecia lo fácil; y ejerce *una sola* voluntad... ese es el camino de la virtud, y yo la llamo *poder.* Es un pensamiento dominador, ardiente y solar, envuelto por un dragón frío y artero, un alma inteligente que se sirve de toda la fuerza interior. Sol y dragón conjuran victoria.

»No basta con la idea, pues hay otros que pueden ponerla en peligro. Has de cuidar cada momento, y todos los que te sigan deben estar atentos a la traición. La venganza está tan bien trazada como el curso del sol entre las estrellas, pero puede ser trastocada con facilidad. Es necesario que Varus se sienta seguro de sí mismo, y fuerte, muy fuerte. No debes dar grandes muestras de poderío, y toda la alianza debe permanecer oculta. Hay algo más que debemos considerar: son los espías en Mattium. No deben faltar los informes acerca de los planes de Varus. Cualquier detalle ha de estar en conocimiento del *kuninc.* ¿Cazan nubes viento? Así es el proceder: empujar cada fuerza hacia el lugar oportuno debes, sin ser visto, como un viento que las nubes arrulla con bellas palabras y bellas maneras, antes de hacerlas estallar en mil tormentas.

Cerunno extrajo unas piedras ambarinas y las reunió en un caldero que, depositado entre las llamas, ardía al rojo. Las piedras amarillas contenían almas encerradas en otra era que al calentarse surgían y ardían. El adivino leía y escrutaba los hilos de humo, al tiempo que el ámbar resinoso prendía.

—Caza con tus manos a Teutebert, el enorme Jabalí de Teutoburgo que habita en las laderas del Teutberg, y has de hacerlo en vísperas del *Beltaine*, la fiesta del fuego. Después despedázalo y, tras ascender hasta las serranías bajo la luna llena y ofrecérselo a los padres de los lobos, deja que las manadas salvajes coman de tus manos. ¡Mas sólo de tus manos! No dejes que se lleven la carne por sí mismos. Que los jefes de los lobos sepan reconocer tu soberanía. Sólo así lograrás entender la fuerza del *kuninc*, y pondrás a prueba el poder que ha de regir la inmensa batalla. Los líderes de los clanes no podrán desobedecerte, bajo juramento de sangre, y entregando el jabalí a los lobos aprenderás a mirar a los ojos a los grandes jefes, cuya fuerza es pujante y que sólo a cambio de la pieza cazada aceptarán tu rango. No temas a los lobos que vendrán en busca de Teutebert.

Después Cerunno se introdujo en una cámara y emergió de ella con una vieja caja de madera, y la puso en manos del querusco.

—Ábrela.

Armin abrió la tapa, y allí aparecieron lo que parecían ser los pedazos de una vieja espada.

—*Zankrist...*

—La misma, la que fue rota por las pesadas rocas que las catapultas de Sentio Saturnio arrojaban sobre la cabeza de tu padre, muerto a causa de un lance de balista. Gristmund, el viejo herrero de Wulfmunda, rehusó forjarla, diciendo que sólo su siguiente portador debería hacerlo, que era un arma sagrada que había permanecido íntegra cientos de años, empuñada por los *herzogs* del clan, y que así permanecería hasta que llegase el elegido. Gailswinther también se negó, renunciando al mando de Wulfmunda, y así me llevé los restos. Es hora de que reúnas sus pedazos de nuevo, Armin, el arma espera.

Sin mayores tardanzas, el herrero recurrió a sus artes y a sus fuerzas, y se puso en marcha. Cuanto Cerunno poseía en su cueva

bastaba para lograr el ansiado fin. Un fuelle, sacudido por Ortwin, y un poderoso fuego, alimentado por Cerunno, aguardaron los restos de *Zankrist*, que Armin reducía a un puñado de limaduras con enérgico esfuerzo. No pasó mucho tiempo y las llamas emitieron un gran resplandor, y sus sombras se proyectaron y danzaron contra las paredes como fantasmas de gigantes que festejaban su retorno a la vida. Armin eliminó el cable y la piel de la empuñadura, y redujo a viruta metálica los trozos del magnífico acero. Los depositó en el crisol y lo ocultó entre brasas ardientes y rojas, de las que brotaba un viento llameante. Al cabo de poco tiempo el acero se había hecho líquido; Armin lo extrajo con las enormes tenazas, y vació su contenido en el molde. Un canal del que manaba el agua gélida de las entrañas de la tierra recibió el ardiente molde, del que brotó una siseante neblina. Aproximó el yunque, abrió el molde de la larga hoja, y tomó el martillo.

Los resonantes golpes caían sobre el enfurecido acero, que respondía a cada martillazo escupiendo chispas y fuego. El tiempo pasó y Armin se olvidó del resto del mundo. Las llamas se apaciguaron en la fragua, y la luz decreció. Mas Armin golpeaba y golpeaba con el martillo, forjando el arma que empuñaron sus ancestros, creando de nuevo lo que había sido roto, anulando la obra de sus enemigos.

Su torso chorreaba empapado en sudor. La frente le goteaba. Sus músculos ardían tensos. La huella del mango del martillo se había quedado impresa en la mano. Entonces apresó la hoja y la sumergió en el agua. La retiró en medio del vapor, la recalentó y volvió a forjarla. Remachó el cable de acero, redondeó el pomo, remató las aguas del filo, y contempló la poderosa espada, que resplandecía como un arma divina.

—Déjala ahora en mis manos —dijo Cerunno entonces. —No has de empuñarla hasta llegado el día. Le has dado forma al contenido del acero, y encierra toda tu persona, pero serán los sabios herreros de Gristmund los que le otorguen el resplandor y la flexibilidad finales, y los que inscribirán las runas que yo les dicte a lo largo de la hoja, y los que afilarán ambas líneas. *Zankrist* ha

cobrado forma; te será entregada el día de la Gran Guerra, en la celebración del Misterio, antes del Mediodía.

Armin retrocedió, admirando la legendaria espada, su extraordinaria longitud, la ligereza de sus proporciones...

—Ortwin —conminó Cerunno. —Continuad lo que habéis empezado. Que Armin cuente con tu ayuda.

—¿No vendrás con nosotros a Wulfmunda, como en aquellos años? —preguntó Armin, volviendo en sí.

—Mi lugar ya no está en Wulfmunda, pues si padre de druidas quiero ser, a mis hijos respetar su hogar debo. Y Wulfmunda es ahora el hogar de Ortwin. Otras reuniones a mí me aguardan.

»Combatiré contigo desde este santuario, en la sombra de los dioses. A las rocas se encaminarán todos los sacerdotes de tus guerreros, y ellos escucharán lo que Cerunno debe explicarles, y la ceniza de tu padre, que en otros tiempos me llevé a la soledad, volverá contigo como un incendio a los valles.

»Para el Beltaine grandes sacrificios y encuentros tendrán lugar en la Tierra y por la Tierra: este año, el más poderoso de todos, la hora definitiva, el curso del Sol debe ser festejado, pues se acerca el Gran Mediodía.

OceanofPDF.com

XI

IX D.C. WULFMUNDA

Llovió durante días. Las nubes se espesaron y dejaron caer una cortina de agua que empañaba el mundo. Fueron largas semanas, durante las cuales el deshielo de las últimas nieves y el continuo diluvio hicieron intransitables la totalidad de las sendas que partían de los territorios queruscos occidentales.

Wulfmunda parecía haber quedado casi aislada en sus agrestes colinas, mientras los pantanos crecían y las ciénagas enlodadas fluían perezosamente, arrastrando los restos de los bosques. Durante aquel tiempo las fraguas continuaron preparando cientos de adminículos guerreros, desde espadas a cabezas de lanza, hasta que los suministros de acero se acabaron, y tuvieron que esperar el final del temporal, cuando las aguas fueran drenadas en busca de las praderas del oeste, la inundada patria de los hombres—caballo.

La morada de Armin aparecía velada por las rachas de lluvia, y el querusco se empeñó en devolver al tejado las antiguas propiedades, que parecían haber mermado con el paso del tiempo, evitando las filtraciones de agua. Por las tardes se ocupaba del establo, salía de caza o se desplazaba bajo la persistente lluvia hasta la asamblea del *Thing* y escuchaba, junto al crujido de las llamas, las nuevas que llegaban por boca de aguerridos mensajeros que se atrevían a cruzar los pantanos por misteriosos senderos. Todo continuaba marchando como había planeado, y eso le reconfortaba.

Por fin una noche dejó de llover, y por la mañana Thusnelda lo despertó y le pidió que se asomase a ver lo que sucedía.

Las nubes habían escampado, y donde todo había sido gris ahora ardían los rayos del sol, escapando entre dédalos de nimbos como dedos que descendían a bendecir el Despertar de la Tierra. La hierba volvía a ser verde, y las colinas se llenaban de color y energía. Un sol incendiario se alzó y al poco tiempo trepó arrogantemente en busca de un mediodía en el que permaneció entronizado, soberbio, mientras la luz los rodeaba, anunciando el principio de la vida.

La primavera nació con tal ardor, que Armin creyó que jamás había contemplado un espectáculo semejante, apartado de aquellos parajes desde hacía tantos años. Tan variados y luminosos eran los colores de las flores que tapizaban las praderas, tan denso el verde de las hojas y tan robusto el tallo de cada brote.

Llegó el tiempo de *Ostara*, el equinoccio que los germanos celebraban con la llegada del sol y el inicio de su ciclo. También conocida como Fiesta de los Pájaros, sus animales simbólicos eran las liebres, las golondrinas y los escarabajos de reluciente caparazón azulado que todos los años zumbaban por las praderas; se cortaban ramas de abedul reverdecidas, y se tejían guirnaldas de hierba que colgaban de las puertas de las casas. La veneración de la diosa Œstræ (de donde procede el nombre de la celebración Ostara), que los sajones llamaban Ausa y los pueblos germanos de Scandia conocían como Iðunn, esposa de Irminur, ocupaba los festejos en sus más diversas manifestaciones en toda Germania. A partir de ese momento los días empezaban a ser tan largos como las noches, y ello indicaba que la luz comenzaba a vencer, e iniciaba su ciclo hasta dominar el cielo, brotando del sueño mortuorio del invierno.

Ortwin describía al Sol como un dios cornígero, mas todavía como un joven inexperto, que iba haciéndose consciente de su fuerza, sin saber hacer uso de ella. Se transformaba día a día en un guerrero que empezaba a conocer sus armas, tratando de separarse

de la oscuridad invernal para alcanzar a cualquier precio la plena autonomía. Armin sabía que un retorno repentino del invierno habría sido el peor de los presagios que habrían podido presenciar, pero no sucedió.

Como la diosa, Thusnelda y otras muchas mujeres vestían el blanco de los nacimientos y al igual que la Madre Tierra, antes de reunirse con el sol, guardaban el voto de castidad hasta la llegada del Beltaine, la Fiesta del Fuego, el momento de las bodas, en la noche en que la diosa vendría desde el mar cubierta con un manto tejido de oro, extendiendo sobre la tierra un torbellino fecundador de flores, animales y misteriosas fuerzas ocultas en las raíces de las plantas. Los germanos pintaban los primeros huevos que aparecían en los árboles con la tintura roja que extraían del quermés, convirtiéndolos en símbolos de la fertilidad femenina de la diosa, o con la sangre de aquellas jóvenes que tenían el primer período menstrual de su vida en Ostara, especialmente veneradas pues su sangre era sagrada. En aquel tiempo se consideraba que Nerthus había dado a luz a su hijo con Njörd, llamado Freyr, uno de los Vanes luminosos. Ortwin, el hombre—rayo, se encargó de recorrer los campos practicando numerosos rituales nocturnos para reforzar mágicamente su fertilidad, durante los cuales encendía piedras de resina que dejaba encendidas en medio de las colinas, rodeadas por círculos de piedra.

Una noche celebraron el *Sigrblot*, en el que sólo los hombres podían tomar parte. Armin presidió la ceremonia con la que los hombres—lobo acompañarían al sol en su lucha contra las fuerzas invernales. El *Thing* se llamaba en esa época *Várthing.* Era entregada a Wuotanc, el Padre de la Guerra, con el sacrificio y renacimiento de su ofrenda, el Hijo de la Tierra, Tor, y los hombres iban armados con sus largas espadas y sus *gæsos.* La ceremonia incluía el *medhu* sacrificial, el hidromiel elaborado por las ancianas con algunas gotas de la primera menstruación de las vírgenes, y en el transcurso de la ceremonia entraban a formar parte, después de diversas pruebas de caza, los hombres jóvenes que a partir de aquel día dejaban de ser considerados niños.

Armin se preguntaba por qué su mundo debía dejar de ser como era a cambio de la cultura invasora de los romanos. Se daba cuenta de que en aquella guerra combatían algo más que hombres y mujeres: eran milenios de tradición lo que se enfrentaba contra los dioses romanos, y los dioses germanos debían hacer conscientes al pueblo de la importancia vital del levantamiento en armas. Sería como una declaración de toda su cultura primigenia, como si las tribus de Germania desarrollasen el Mito del Sol aquel año, llevado a sus más intensas consecuencias, convirtiéndose en un único guerrero capaz de enfrentarse al enemigo odiado.

Cuando el querusco imaginaba las naciones de los pueblos germanos, la sombría confederación que los unía, sentía un alivio, y la idea de huir al norte en busca de una felicidad familiar no le contentaba. El designio que compartía con aquellas tierras era el designio de todo un pueblo que se jugaba su futuro en la hora más delicada de su historia. Los romanos le parecían cada día más aborrecibles sólo por ser quienes eran. No necesitaba imaginar los castigos o las campañas de Drusus para sentir odio hacia ellos: era el odio contra el invasor, sencillamente. Detestaba aquella discursiva falacia con la que los oradores del Senado trataban de convencer a los pueblos bárbaros de la necesidad de ser dominados por Roma, para ser rescatados de su barbarie. La barbarie debía dar una lección a la pretenciosa civilización. La barbarie debía ser capaz de unificarse a tiempo y de vencer a su enemigo.

Y así, como el padre que protege a su hija o el marido que vela por la esposa, en la mente de Armin la tensión crecía y vigilaba celosamente cada aspecto, escrutando cada noticia acerca de Varus. Ya no le cabía duda alguna de que la verdadera gloria estaba allí delante, esperándolos, detrás del punto álgido del sol del verano. Y recordando las matanzas de Julio César y de Drusus, las de Galba en Hispania y los errores de héroes como Aníbal o Viriato, Armin deseaba la completa aniquilación de los contingentes romanos. No sería una batalla. Ni un estruendo con muchas bajas. Ni una gloria pasajera, brillante en su momento, mas intrascendente e inútil.

No.

Armin buscaba el absoluto exterminio de las legiones de Augusto que estuviesen a su alcance.

Recordó la palabra de los griegos, aleccionada por Cerunno a corta edad, cuando escuchó el cuento del asedio de Alesia por parte de aquella cabeza de víbora ambiciosa y carente de escrúpulos que había sido Julio César: *hecatombe*...

«Roma debe ser correspondida con la misma moneda».

Ya no le bastaba con imaginar un levantamiento oportuno.

Soñaba con aniquilar a su enemigo.

OceanofPDF.com

XII

IX D.C. WULFMUNDA

Pocos días después de la irrupción de la primavera, los guardianes del valle informaron a Armin de que un viajero preguntaba por Wulfmund. Se trataba de Ingomer, su tío. Armin habló con Thusnelda, y ella dijo que no quería volver a ver a aquel hombre, pues era demasiado amigo de su padre y no había hecho nada por evitar lo que aquél tramó después de la desaparición de su marido en Panonia. Armin estaba de acuerdo con ella, y permitió que Ingomer se reuniese con él aquella noche, en la asamblea de los guerreros. Ingomer debió entrar desarmado, a lo que no opuso resistencia.

Armin, presidiendo dos filas de guerreros sentados, lo vio entrar. Todavía era el orgulloso querusco de barba castaña, alto y ancho, con la misma caja torácica de su padre Segimer. Ingomer avanzó serenamente y miró a Armin.

—Saludo a Wulfmund, *herzog* del clan de los lobos queruscos —dijo con voz firme.

—Wulfmund te recibe en nombre de sus gentes —añadió Armin. —¿Qué te trae por estos lugares, Ingomer? Tus territorios siempre estuvieron más al sur, junto a los sugámbrios, siempre tan amigo de Segest.

—Ingomer viene en busca de Armin.

—Armin no está —respondió éste endureciendo su voz y elevando el tono. —Hablarás con Wulfmund, o te marcharás por el mismo lugar por el que has venido.

Ingomer no parecía responder a la actitud desafiante de su sobrino, y esbozó una indiferente sonrisa.

—Siempre quise volver a ver a mi sobrino, que creí que había muerto en Panonia...

—Donde lo enviaste para mayor conveniencia de Segest —respondió Armin fulminantemente. —Sólo gracias a la buena voluntad de Paterculus me salvé de la trampa en la que Segest, Segmund y tú me hicisteis entrar. Quisisteis mi muerte. Queríais que en Colonia, al dar a conocer de quién era hijo, los romanos me sacrificasen como a un buey. Cobardes despreciables. Sólo la curiosidad evita que no te corte esa cabeza de puerco inmediatamente.

Varios guerreros rieron. Todos ellos lanzaban miradas de odio a Ingomer.

—Yo no estaba enterado de esa argucia, no lo sabía, no habría venido hasta aquí de otra manera... ¿Para qué? Si eso fuese cierto no habría venido en tu busca.

—Para espiarme, para robarme a mi esposa y llevársela a Segest... puedo imaginar mil razones.

—He oído rumores, y soy consciente de lo que sucede —afirmó Segest.

—Trabajas para Roma —afirmó Armin.

—En tal caso estaría junto a la mesa de Varus, y no frente a ti, rodeado de lanzas y espadas dispuestas a traspasarme cien veces, que aún no se verían saciadas...

—Es cierto —gruñó Armin—: jamás me saciaría la venganza contra un traidor, pero alguna vez hay que poner fin.

—Es Segest quien trata de averiguar lo que sucede detrás del levantamiento de Aliso, y otros jefes germanos amigos de Roma,

que temen el motín de sus vecinos, pues sin duda acabaría con ellos —dijo Ingomer.

—¿Conoces la espada de un griego llamado Damocles? —preguntó Armin con suficiencia.

Ingomer negó con la cabeza, humilde y terco a la vez.

—Aprendí ese cuento de los navegantes griegos, como muchos otros, mientras estábamos a punto de morir de sed en medio del mar, bajo la atenta mirada del sol. Damocles envidiaba a su señor, pues era un esclavo, y un día le pidió saber cómo se sentía presidiendo los banquetes de Tesalia, a lo que su amo le respondió que por una noche él sería el señor. Damocles se sentó en el trono, y entonces su amo ató una pesada espada a un fino hilo de Sérica, y dejó que un gigante la suspendiese sobre la nuca del convidado a rey. Damocles vio el filo apuntando sobre su cabeza, y cómo la pesada espada giraba a merced del hilo. Eso, Ingomer, es lo que pesa sobre tu nuca hoy, la espada de Damocles.

—Veo que también tú aprendiste mucho entre los romanos —apuntó Ingomer.

—Eran griegos quienes me lo enseñaron, terca mula sin orejas, y yo aprendo para luchar contra los romanos, y no para enriquecerme junto a ellos a costa de mi propia gente —respondió furiosamente Armin, con la convicción de los que actúan para el bien de una comunidad.

—¿Qué puedo hacer para ganarme la confianza de mi sobrino?

—Nada. Tu sobrino es desconfiado —respondió Armin. —Pero ya que estás aquí responderás a sus preguntas. ¡Dile a mis guerreros cómo fue castigado el hijo de Segest y cómo es su vida ahora!

—Segmund, el hijo de Segest, es ahora un miserable lleno de odio y de vergüenza. Armin el Querusco le cortó la mano diestra, y es incapaz de empuñar la espada... —las risotadas de Wulfsung y otros impidieron que siguiese con su respuesta. —Odia a Armin en su impotencia y ha jurado toda clase de venganzas...

—¿A los dioses romanos o a los dioses germanos? —preguntó Armin con una sonrisa. —Dado que fue castigado al estilo romano, ¡no sabemos cuáles son sus preferencias!

—A Varus ha jurado venganza, y en parte por eso estoy aquí.

Se hizo un silencio, y Armin no fingió el interés que sentía por aquella afirmación.

—Sigue, Ingomer —ordenó el *herzog*.

—Segest trata de convencer a Varus de que realice una gran campaña de ajusticiamiento contra los queruscos, pero por fortuna el romano no le hace caso. Desde que robaron a su hija considera que el germano está algo trastornado, y no está dispuesto a movilizar las legiones sólo para satisfacer la cabeza de un germano al que en el fondo desprecia como a cualquier otro.

—¡Deberíamos volver y cortar la cabeza de ese Segest! —exclamó Wulfrund, y su hermano corroboró la iniciativa.

—¡De ningún modo! —protestó Armin. —El loco es más loco si no se le hace caso. Una acción así llamaría la atención de Varus sobre las advertencias de Segest, y eso sí que sería negativo para nuestros planes.

—Así es —dijo Ingomer. —Varus lo considera el enfado de un padre, pero no una cuestión de estado... Nada quiero saber de lo que ha de hacerse, pero dejo mi espada al servicio de Armin y de Wulfmund, pues si Germania se levanta, Ingomer estará en el lado de los germanos.

Armin se incorporó.

—No eres de confianza, Ingomer —sentenció. —Y no queremos tu espada ni el brazo que la mueve. Pero si quieres recuperar el respeto que has perdido, responde a las preguntas que te hagan en mi nombre mis mensajeros, y no pidas respuestas a cambio.

—Responderé a cuanto me pidas.

—En tal caso, visita Mattium más a menudo, congráciate con Segest, que te crea tan enemigo mío como en verdad eres, y deja que los romanos te cuenten sus intenciones, o que lo haga ese bastardo.

Y en tal caso no digas nada de Armin ni de Thusnelda, que se marcharon a vivir a Scandia, y que han desaparecido para siempre de Germania.

—Así lo haré —afirmó Ingomer con firmeza.

—Y ahora márchate por el lugar por el que has venido, y que nadie sepa dónde has estado.

Ingomer lanzó una mirada melancólica a Armin, asintió, y abandonó la sala. Wulfrund parecía contrariado con el resultado de la visita, pero Armin consideraba útil cualquier fuente de información cercana a los romanos. Bastaba con que Ingomer no supiese nada para no necesitar preocuparse por él.

Semanas después, Armin inició el ritual que le ordenara Cerunno. En vísperas del Beltaine, la Fiesta del Fuego, el querusco viajó a solas hacia los montes Osnengi, y allí, en Teutoburgo, buscó al gran jabalí al que Cerunno llamó Teutbert en la colina del mismo nombre. Pasó algún tiempo hasta que creyó dar con él. Se trataba de un enorme *eber* de largos colmillos al que persiguió por trochas barrosas y gargantas estrechas, hasta que una noche lo acorraló en el abetal de una ladera pedregosa. Cuando al fin llegó la hora de dar caza a la fiera, ésta se defendió y embistió con furia al cazador. Mas Armin logró reducirla tras el lanzamiento de la frámea, que atravesó su lomo y la obligó a caer rendida. El filo resbaló por el cuello de la noble bestia, y todo acabó. Los parches azules del claro de luna le indicaron, entre las densas sombras nocturnas, que no muy lejos había un calvero entre los árboles. Los lobos aullaban alrededor, y se acercaban, conscientes de que el hombre libraba una cacería en cuyo botín estaban ansiosos por participar.

Armin despedazó el jabalí, y las sombras lobunas se movieron inquietas por el perímetro sombrío, mientras los aullidos rompían todo alrededor. Pero los jefes gruñían y se encolerizaban. Armin se untó con la grasa que Cerunno le había dado, y un nuevo cambio se obró en la conducta de los animales. Incapaces de oler su aliento humano, y atraído por los olores y esencias animales que el druida había acumulado en la grasa, los más osados comenzaron a abandonar el cerco de las sombras y a cruzar por delante de Armin con el lomo y el hocico erizados. Armin se aferró a un palo y abrió sus piernas sobre los restos del jabalí, en señal de dominio. Como un jefe de las manadas, debía demostrar que compartiría su presa cuando él quisiese, pero que nadie se la arrebataría. Uno de los lobos, gris, de ancha cabeza, parecía decidido a ir en busca de la carne. Ahora Armin olía como un lobo, y los lobos consideraban que podían robarle el botín. El ejemplar más grande se abalanzó y trató de aferrar la pierna de la presa, pero cuando sus dientes lograban cerrarse sobre el hueso, Armin giró y le sacudió un fuerte golpe con la rama. El animal, lejos de amilanarse, trató de descargar la dentadura sobre el hombre—lobo, pero recibió un fuerte golpe en el estómago y sólo consiguió cerrar la dentadura en torno a la muñequera cubierta de espuelas con la que Armin protegía sus brazos. Retrocedió con un gañido, y trazó un gran círculo alrededor. No se daba por vencido. Entonces Armin extendió la mano y le tendió la misma parte de la pierna que había tratado de arrebatarle. El lobo se aproximó sin apartar los ojos ambarinos de la sombra humana, y con un rápido arrebato apresó el hueso y retrocedió. Varios lobos se aproximaron a él, pero él jefe gruñó y se perdió en la espesura, tratando de disuadirlos.

Poco a poco, muchos otros apresaron las piezas que Armin les ofrecía, hasta que no quedó ni un solo hueso de Teutbert. Y con ello el ritual había acabado. Armin no recordaba haber estado jamás tan cerca de una manada de lobos hambrienta. Afortunadamente, el clamor de la cacería y el olor de la sangre los había distraído, y *Draupner* continuaba sano y salvo en el lugar en el que lo había escondido.

OceanofPDF.com

XIII

IX D.C. MELIBOCUS

Llegó la Fiesta del Fuego, y un aire tibio inundó el mundo, que ya estaba cubierto de flores. Los animales, especialmente ruidosos en los bosques, parecían más activos y celebraban el frescor de la tierra y el temprano ardor del sol.

Aquella noche se celebraron muchos rituales en Wulfmunda. Ortwin hizo que el ganado pasase en el alto de la colina entre dos antorchas encendidas, para protegerlo de las malas enfermedades del invierno. Después incendiaron un viejo carro lleno de hierba y lo dejaron rodar colina abajo. Los hombres corrieron detrás de Ortwin y prendieron fuego, en un lugar rodeado de piedras, una gran hoguera cuyo calor debía despertar a los Dragones de la Tierra que, según los sacerdotes, habitaban en las entrañas de las ciénagas, para que agitasen su elemento, volviendo más fértiles los campos de cultivo.

Con la llegada de la luna llena, el hombre—rayo prendió un gran fuego en el prado de reuniones. Hubo música y un círculo de gente que bailaba y cantaba alrededor del fuego. Los jóvenes clavaron una estaca y giraron a su alrededor tirando de unas cuerdas, hasta que cayeron mareados y otros los remplazaron. Muchas bodas se celebrarían aquella noche, cuando Tor y Freia se unían, y fue entonces cuando un séquito de antorchas se abrió paso entre las profundas sombras de los bosques, en las ciénagas, y las

trompas de los vigías emitieron un clamor que atrajo la atención de todos los presentes.

Las antorchas avanzaron, y al frente de ellas vino, aproximándose hasta la gran hoguera, Cerunno montado sobre una yegua blanca de la que colgaban multitud de floridas trenzas de hiedra. El druida iba coronado por una guirnalda de flores, y alzaba las manos, con impertérrito semblante.

—Saludo al fuego de los fuegos —dijo con gran solemnidad. Después descendió de la yegua y avanzó ayudándose del báculo. Su silueta se detuvo frente a las llamas como un ascua de oro y fuego.

—Rociad la tierra con la muerte del invierno, pues hoy se celebrarán las bodas de los hombres y mujeres de Wulfmunda.

Hubo aplausos y enfáticos vítores, y Cerunno se dirigió, en compañía de Ortwin, hacia el lugar en el que había sido ubicado el altar de las bodas. Una vez allí, las trompas tocaron y los queruscos se reunieron a su alrededor, a la par que las parejas de jóvenes se detenían frente al adivino, y éste colocaba una nueva guirnalda sobre la frente de ellas y entregaba una rama de abedul a ellos. Armin y Thusnelda habían decidido casarse de nuevo en Wulfmunda, pues los germanos, si así lo deseaban, podían renovar su vínculo matrimonial cada año celebrando una nueva boda. Se rieron cuando las manos de Cerunno, al que ella nunca había visto, pero de quien tanto había oído hablar a Armin, colocaron la guirnalda sobre Thusnelda, pues parecía una auténtica reina. Después se unieron a los locos corros, y giraron alrededor de los postes ardientes y bailaron hasta caer extenuados. Cuando las brasas todavía llameaban, saltaron por encima de ellas, mientras el poblado entero ululaba, hacía palmas y aullaba. Frig, la diosa de la magia y de la vida, a quien los sajones llamaban, también, Walburga, fue festejada hasta entrada la madrugada. Los fuegos de los druidas se levantaban en los altos de las colinas, y el valle entero de Wulfmunda estaba punteado por llamaradas ardientes, mientras Cerunno prendía fuegos y avanzaba hacia el sur junto a su comitiva sagrada.

Cuando muchos caían rendidos o borrachos, las parejas desaparecieron en el bosque cercano, y pasaron allí la noche hasta la llegada del sol, momento en que las recién desposadas recorrían con sus manos la hierba para lavarse el rostro con el rocío de la primera mañana del Beltaine, pues era considerado sagrado y mágico.

Armin organizó inmensas cacerías en las faldas del Melibocus. Con el despertar de la primavera, y cuando los bosques, acariciados por los vientos tibios, comenzaban a florecer en cada rincón, hombres y animales iniciaron el ritual de la caza. Gran parte de las piezas obtenidas era puesta a secar en las salas del *Thing.* Armin preveía la guerra, y estaba seguro de que necesitaban contar con grandes reservas. Lo que había dispuesto iba a ser mucho más que una batalla, y los hombres se enfrentarían a una prueba que no conocían. Por todo ello, debían contar con grandes excedentes ocultos en el paisaje que finalmente escogiesen, y así, una vez llegada la hora, poder estar seguros de que los víveres no escasearían.

El líder querusco se sirvió de las cacerías para realizar ejercicios de caballería cada vez más complejos. Era realmente complicado explicarles a aquellos germanos que debían guardar posiciones dentro de un mismo escuadrón, y que esto les serviría para cubrirse unos a otros. Los germanos corrían a la desbandada, aullaban y daban mandobles sin orden ni concierto, y eso era favorable una vez llagada la situación de combate, pero hasta que ese momento tenía lugar, Armin era consciente de que antes tendrían que superar una fase en la que el orden y la disciplina espartana de los romanos jugaría en contra de sus hombres. Aún así, Armin logró que todos aquellos que formaban parte de su círculo de confianza empezasen a comprender las necesidades de mantener bajo control a las temibles hordas, pues cuando se desplegaban los estandartes y se sacudían los escudos los germanos se volvían furiosos y febriles, y el odio largamente acumulado contra Roma irrumpiría en sus ojos como una locura incontrolable.

Los días pasaban, y él cabalgaba por las colinas en busca de una de las piezas fundamentales de su plan. A pesar de lo maravillosa que estaba siendo la primavera, Armin no olvidaba en ningún momento que el sol había nacido para morir después del verano, y que la guerra debía estallar con toda su fuerza, y a pesar de las consecuencias. De cualquier modo, contaba con una excelente retirada: si asestaban el golpe a principios de otoño, los romanos no podrían rehacerse hasta el año siguiente. Desmoralizados, no se atreverían a invadir Germania en la época de las grandes lluvias, cuando hasta el último arroyo risueño de la primavera se convertía en un torrente rodeado de inciertas ciénagas, los caminos se embarraban y el frío se anunciaba, preparando las primeras nevadas... Si todo salía bien, Roma no sería capaz de reaccionar a tiempo ante el devastador golpe. Mas para ello debía ser verdaderamente devastador, implacable, y Armin, ya convencido de que la guerra estaba en marcha, se preguntaba si realmente lograría llevar los acontecimientos hasta el punto exacto. Y reflexionó una vez más sobre el mito del guerrero. No bastaba con la fuerza, había dicho Cerunno, era necesario que el viento, como un pastor que arrulla a sus reses, condujese las nubes hasta el lugar escogido, y que, una vez allí, las hiciese estallar en una tormenta. Pero, ¿cómo lograr que los germanos de la confederación no vacilasen? Recurriendo a la vieja y ancestral Alianza de los Ases, en virtud de la cual todos sus miembros aliados eran esclavos de los otros, a cambio de ser libres frente a Roma... Con ella podría acusar a cualquier jefe contrario de traición a la confederación, y ejercer la ley de los germanos, si se producían situaciones que pusiesen en riesgo el plan general.

Se avecinaba un gran pacto de sangre, y la conspiración de las tropas auxiliares y de los guías de Varus.

OceanofPDF.com

XIV

IX D.C. EXTERNSTEIN

Atravesaron las colinas envueltos en sus capas de viaje, contemplando las nubes de hierro, que cruzaban lentamente el cielo como terribles presagios.

Finalmente el sol rojeó, degollado por ominosos gigantes nubosos, se ahogó en su propia sangre y un estertor violeta puso destellos estrellados de sueños inconclusos en la bóveda nocturna. Las antorchas se encendieron, y unas estacas de puntas ardientes fueron clavadas en círculo a orillas de un estanque. Los murciélagos de grandes alas descendían y aleteaban, para desaparecer sin dejar rastro de su vuelo, como si estuviesen hechos con la misma materia que las sombras. Lucífugas criaturas entraban y salían del círculo de fuego.

Las grandes rocas del Santuario de Irminur se recortaban contra la bóveda estrellada, un perfil impenetrable e irregular. Los zumbidos y crujidos de la selva, que los rodeaba más allá del prado, mantenían a los vigilantes en vela. La naturaleza palpitaba salvajemente alrededor, ajena a los asuntos de los hombres mortales.

Por fin las luces parpadearon en la distancia. Se apagaron. Después volvieron a reaparecer, y con ellas muchas otras.

Avanzaron por la pradera y se aproximaron hasta encontrarse frente al círculo de estacas llameantes. Armin se alzó y escrutó los rostros.

—¡Aquí han llegado Egbert y los suyos! —exclamó el querusco jovialmente, tratando de restar misterio y desconfianza a la situación. Wulfrund y Wulfsung, los hijos de Wulfila, el otro gran jefe de los clanes devotos del lobo fauciriente, y que habían llegado a convertirse en la guardia personal de Armin, lanzaron miradas hostiles a los recién llegados.

Egbert, como los otros, eran amigos de Armin desde la juventud. Con la salvedad de que ellos habían permanecido en el ejército. Cuando Armin les hizo llegar sus saludos en secreto a través de uno de los espías de Mattium, y al darse cuenta de que no lo delataron, decidió invitarlos a una reunión que para él era de suma importancia. Había información que no podía obtener de ninguna otra manera.

—Armin... estás vivo —dijo Egbert, mostrando de pronto una franca y tranquilizadora sonrisa bajo las barbas. —Me resistí a creerlo, porque me parecía imposible.

—Estamos aquí para hacer realidad lo que parece imposible, Egbert. —Algo en la mirada de Armin al pronunciar aquellas palabras hicieron que su interlocutor tuviese un sombrío presagio.

Se sentaron junto al fuego, después de haber dejado todas sus armas fuera del círculo de estacas llameantes. Era un círculo mágico, un círculo de confianza, un *Thing* improvisado en medio de las tinieblas de los bosques, pero en su interior regían todas las leyes que los germanos aceptaban comúnmente; y una de ellas era entrar desarmado en el círculo para conversar sin otras preocupaciones. Nadie había quedado fuera del mismo, lo que era un buen signo. Se repartieron pedazos de pato salvaje y cuartos de gamo asados, y los cuernos de los viajeros se llenaron de hidromiel.

—He oído rumores acerca de Wulfmund —empezó Egbert. —Y Wulfmund ha enojado a los romanos...

Armin soltó una carcajada.

—Eso es exactamente lo que Wulfmund pretende. Todos los hijos de Germania son hermanos, Egbert, son hijos de una misma madre, Nerthus, y todos deberían ser conscientes de lo que se ha propuesto Roma —dijo el querusco enfáticamente.

—Lo sé, pero tú también trabajaste en las legiones —dijo Egbert. —¿Qué es lo que se supone que debemos hacer? Nuestro destino está allí... ¿Sabes cuántos prisioneros tiene ahora Mattium? Muchos miles. Sólo acepta auxiliares germanos en el caso de que sus familias vivan en la ciudad adyacente que está creciendo por meses... Muchos de mis hombres detestan a Roma, pero han encontrado una forma de ganarse la vida y de no verse ajusticiados. ¡Armin! Nosotros somos jefes de escuadrones enteros, pero ponte en la piel de todos esos hombres... Muchos eran campesinos, herreros, tejedores, cazadores... no son hijos de príncipes queruscos, y toda su vida ya no gira en torno a una tierra libre en la que pueden vivir como antaño. Sus familias están ahora bajo la protección de las legiones, y ellos son parte de las legiones. Para evitar levantamientos, Varus jamás envía a los germanos a las misiones de recaudación o de castigo... Nosotros estamos allí, viajando de un campamento a otro, defendiéndolos de bandidos, o esperando a qué se yo qué planes...

—¡Yo sí que sé qué planes! Tanto Varus como Tiberio aguardan la hora para asestar el golpe sobre Germania y acabar de escindirla. Sólo tienen que dejar que las grietas de las líneas fortificadas avancen como un terremoto, separando nuestras naciones unas de otras, creando nuevas fronteras, encerrando a sus enemigos en territorios cada vez más pequeños para controlarlos y acabar con ellos...

—¡Y qué se supone que debemos hacer *nosotros!* ¿Por qué es nuestra responsabilidad evitarlo? —exclamó Egbert, arrojando un hueso roído al fuego.

—No te estoy acusando de la obra de los romanos, simplemente te digo que hay una solución.

—¡¿Cuál?! —estalló Egbert, y trató de tranquilizarse. —A no ser que los dioses conversen contigo... yo no veo solución alguna, mas que estar de parte del vencedor.

Armin reprimió el repentino ataque de ira que aquellas palabras despertaban en su estómago, y cuyo calor se posaba en sus sienes. Se dio cuenta de que había hecho llegar a aquel hombre para convencerlo, no para pelear con él, y de que en verdad al luchar contra aquella mentalidad ya estaba luchando contra Roma, porque eso era lo que ella pretendía: dividirlos, y privarlos de sus pensamientos.

—Escúchame, Egbert, los dioses me hablaron, cuando deserté en Panonia...

—¿Mataste a esos romanos, como decían? —le interrumpió un joven que, como tantos otros, seguía atento a la conversación.

—Maté a todos esos, y maté a ese repugnante centurión de la *Gallica*...

—¿Cazarratas?

—¡Ese bastardo!

—Te equivocas, Armin. Cazarratas no murió. Le dejaste inútil un brazo, y no sé durante cuánto tiempo le obligaste a comer esas habichuelas trituradas, como una vieja desdentada... porque le partiste la mandíbula por muchos sitios. Pero Cazarratas sobrevivió a sus heridas, y es un veterano castigador. Es más, su odio era tal que pidió a Tiberio ser trasladado a los contingentes de la Legión XIX, una de las acantonadas en Bonna, que realiza operaciones de castigo para Varus. En ella hay bastantes galos y germanos. Cazarratas tiene fama de haber eliminado a muchos jóvenes tras implacables ajusticiamientos. Es una especie de monumento viviente al centurión romano, se considera el mejor, y no porta el estandarte de plata de la XIX porque el brazo se lo impide, pero continúa teniendo mucho poder y es uno de los hombres de confianza de Varus.

Los ojos de Armin habían quedado en suspenso, abiertos y fijos como los de un ave de presa que descubre entre la maleza a su víctima. Trató de rehacerse y de superar la ráfaga de odio que amenazaba con desequilibrarlo. Recordó el Sol Invictus y las palabras de Cerunno, y supo que debía contenerse y esperar el momento. Pero Cazarratas vivo... el violador, el asqueroso monstruo de su infancia. Él no podía estar vivo mientras aquel ser caminase por el mismo mundo y respirase el mismo aire... Eliminarlo a cualquier precio, eso y nada más. Trató de consolarse recordando las heridas infligidas, el brazo inútil, el sufrimiento causado... pero se dio cuenta de que esa clase de hombres, como bien los conocía, carecían de escrúpulos. Esos soldados de Roma eran los mejores porque jamás tenían nada que perder. Que Segmund caminase sin su mano derecha era la mejor venganza que podía ejercerse contra aquel germano, porque sufría a causa de ello. Pero Cazarratas era menos que un hombre y menos que un monstruo. Era una máquina de causar sufrimiento que jamás sufría, indiferente. Su fuerza radicaba en su inferioridad humana, por eso era invulnerable, y por eso no había venganza suficientemente deshonrosa. Lo único que podía hacerse con un ser así era, sencillamente, matarlo. Como las malditas legiones: no se podía luchar contra ellas, por eso Armin quería llegar hasta el final, hasta donde muy pocos enemigos de Roma habían logrado ir.

—Hay algo que podemos hacer —dijo el querusco enigmáticamente, y clavó los ojos en Egbert. —Podemos exterminar las legiones.

Egbert dejó de masticar. Por primera vez en su vida oía algo capaz de bloquear sus funciones primarias.

—¿Cómo? —dijo al fin, con ansiedad.

—Eso es cosa mía —respondió Armin. —Pero necesitaría que me ayudases. En primer lugar, quiero que me informes en secreto de todo lo que suceda en Mattium y sus legiones. Varus planea un ataque masivo, una gran operación de castigo, y tenemos que estar

bien informados. En segundo lugar, necesito que los guías de las legiones las conduzcan en la dirección que nosotros les pidamos...

—Eso va a ser muy difícil, Armin... —respondió Egbert sacudiendo la cabeza.

—No hay nada imposible, y dependerá de la época del año... Y además quiero que, si llega la hora y se produce el ataque masivo, vosotros os pongáis de nuestra parte.

Egbert se quedó durante largo rato mirando las llamas.

—Es lo mejor que podríamos hacer... Pero para poder llegar a ese extremo, nosotros deberíamos encabezar el ataque contra Mattium y rescatar a nuestras familias de las guarniciones... —arguyó Egbert.

—Si todo sale como yo lo preveo, esas guarniciones huirán despavoridas, y las rutas fortificadas quedarán desiertas en pocos días. El miedo llegará como el viento de los druidas hasta las murallas de Roma, y hasta Augusto temblará en su trono. No habrá ni un romano que ose pisar la orilla derecha del Rhenus. ¿No sabes de lo que te hablo? Te digo que sería una victoria terrible, una victoria cuya gloria ni siquiera somos capaces de imaginar, algo tan grande que el Imperio de Roma quedará ensombrecido, y todos sus cimientos temblarán. Son palabras anunciadas por los adivinos y druidas desde hace largos años, desde que los sugámbrios y los usípetos, pueblos castigados por Julio César, se impusieron a la Legión Quinta, y le robaron el Águila de Plata. Nosotros no sólo robaremos las Águilas, aniquilaremos todas las legiones que se pongan en marcha y no dejaremos ni un solo romano en pie con la cabeza puesta sobre sus hombros.

La emoción que suscitaban esas palabras se propagó y todos sonreían, como si les acariciasen unas manos voluptuosas e incitantes.

—Me cuesta creerte —dijo Egbert. —Pero has de saberlo, y conozco a los otros jefes germanos de las *auxilia*: si tu ataque es tan inmenso, si todo es como dices y obras ese prodigio, no dudes que

las caballerías germanas se unirán a vosotros. No sé lo que sucederá con los galos, pero es muy probable que respalden a los romanos. Son galos de las tribus del sur de la Lugdunensis, y no les conviene traicionar a Roma, que controla todas sus posesiones... pero nosotros os seguiremos.

El rostro de Armin se iluminó. Extendió el brazo y aferró la ancha mano de Egbert. Después se abrazaron efusivamente.

—Ahora háblame de esos guías de Varus, quiénes son, cómo se llaman, cuáles son sus preferencias... quiero saberlo todo.

OceanofPDF.com

XV

IX D.C. ROMA

Los sueños de Augusto empeoraban, y el emperador, que había envejecido con las muertes de sus nietos, se mostraba especialmente sensible a las manifestaciones oníricas. El sueño con el fantasma de Alejandro Magno, aquel en el que el caudillo macedónico se le aparecía y le exigía la devolución de sus adminículos, infaustamente saqueados por Roma en las tumbas de Alejandría, a donde habían ido a parar, le había atormentado hasta extremos indecibles.

Augusto había lucido el sello imperial de Alejandro, la esmeralda que el valiente había obtenido tras su largo viaje hasta las selvas de la locura y de la fiebre, en la India, a orillas del Sinus Gangeticus. En la preciosa joya aparecía tallada la cabeza del macedónico, atrapada en un robusto pedazo de oro tachonado de filigranas griegas... pero Alejandro Magno se había aparecido en sueños a Augusto y allí, alzado ante un sol que lo coronaba, le cortaba el dedo al emperador de Roma para arrebatarle el anillo. Augusto lamentaba el acontecimiento, pues él aparecía viejo y desdichado, impotente, arrugado, ante un Alejandro Magno invencible, vigoroso, irrigado por la sangre de la juventud eterna.

El nuevo sello de Augusto apresaba con garras áureas un gran carbúnculo de la India, ardiente como las ascuas de Vulcano o los ojos del Toro de Creta. El emperador presidía el Senado aquel día,

y al ver el nuevo sello en su dedo no había podido evitar el amargo recuerdo del sueño de Alejandro. Pero allí estaban ante él cientos de senadores en las gradas de la basílica. Marco Papio Mutilo y Quinto Poppæo Segundo habían sustituido a Cayo Poppæo Sabino y a Quinto Sulpicio Camerino en la magistratura del consulado, y sus discursos, aburridos, le permitían evadirse como en tantas otras ocasiones en las que un mediocre orador se hacía valer en el cargo a cambio de cuantiosas aportaciones al erario público o un evidente soborno de los comicios.

Poco después fue un senador de curiosa raigambre, llamado Sixto Aulio Rutilio, el que se hizo con la *vox* discursiva. Era un personaje grueso y curioso, superlativo en todo sentido, amigo de los placeres pero gran adulador. Augusto jamás había encontrado en él razón alguna para considerarlo conspirador, aunque ciertamente veneraba la cultura griega y los lujos asiáticos. Por lo demás, era famoso por sus banquetes, que habían logrado desbancar a Lúculo como anfitrión de los grandes lujos gastronómicos.

Mas al margen de su insistente retórica y de las sofisticadas excentricidades que lo caracterizaban, Augusto reparó en la insistencia de su discurso, que volvía a avivar las ascuas de la cuestión germana.

—No son pocos los esclavos que ha dado esa tierra, pero el Pueblo Romano no podrá despreciar la valía de sus luchas, y dejar impune el crimen perpetrado contra el orgullo de Roma que, a diferencia de otros caudillos y reyes próceres, no se atrevieron a insultarnos sino cuando el Imperio florecía en manos del sagrado, divino y omnipotente Augusto —al pronunciar esas palabras hizo un ademán y dirigió una cortés reverencia al emperador. —Todos los padres conscriptos deberían recordar la afrenta que Germania supuso para nuestro ejército cuando Marcus Lollius —miró entonces a Lollius, que se sentaba en la quinta grada— fuera execrablemente derrotado por las hordas salvajes, malolientes de esos degenerados germanos. ¿No debería Roma ser capaz de responder de manera definitiva a este problema? ¿Y por qué hoy

Sixto Aulio Rutilio entona las amargas palabras en la basílica del Senado de Roma? Porque Roma no debe olvidar sus fracasos...

En ese momento, los rumores que tan insistentemente habían empezado a interrumpir las enfáticas palabras del senador se desataron y varios de los presentes se alzaron en sus gradas. Y el problema era muy distinto al que el propio Sixto Aulio, aparentemente, planteaba. El Senado protegía a Augusto.

—¿Quién se atreve a reprochar los fracasos del Imperio? —preguntó Quinto Messala a grito en voz.

—Sixto Aulio Rutilio, de Tarento —respondió con aplomo el grueso senador sin volver la mirada hacia Augusto. —Él es el que se atreve a reprochar los errores del Imperio, porque él quiere a Roma.

La voz de Sixto Aulio resonó, rotunda y prepotente.

—¿Desde cuándo no se puede pensar libremente y anotar el pensamiento? Desde que hemos prohibido, en este mismo Senado y a instancias de Livia...

Las voces llegaron a convertirse en un vendaval, y mientras que muchos senadores se mostraban discretamente receptivos, otros, tratando de hacer valer los favores que Augusto les proporcionaba a cambio de su ruidosa parcialidad, gritaban y se encolerizaban.

—¡A instancias de Livia se ha exigido la destrucción de la obra de Severo, y sólo porque ya nadie debe atreverse a penar u opinar al margen de las versiones oficiales de la familia imperial...!

El escándalo era superlativo. Sixto Aulio deseaba ser condenado *ad bestias*... Mas Augusto continuaba sin interrumpir el discurso y sin dar orden alguna a la guardia. Bien sabía que ello podía acarrear peores consecuencias públicas de las que el propio discurso traería.

Augusto avanzó firmemente, agitando los brazos.

—Exijo silencio en esta sala. El senador puede y debe acabar de decir lo que tenga que decir.

—No me han comprendido quienes pretendan oír desacato en mis palabras, tampoco quienes busquen la deslealtad. Sólo quiero decir algo que reviste gran importancia: y es que en la autocrítica está la renovación, y que sin esa renovación exponemos nuestros más desprotegidos flancos a nuestros peores enemigos. Si hoy desatendemos la frontera de Germania, porque no debemos recordar aquello que podría resultar deshonroso a los que, sabiamente y de manera legítima, ostentan el poder del Imperio, es probable que mañana tengamos que lamentarlo. En Panonia ha tenido lugar un levantamiento de grandes proporciones. Las causas, que son muchas, podrían aducirse a la buena familia del general Cæcina, que igual que los lobos han estado robando a sus anchas en esas provincias... eso ha sido un error, pues he aquí las consecuencias, no ha mucho que el propio Augusto nos previno de que los insurgentes podrían aparecer ante las puertas de Roma en tan solo unos días. Germania es mucho más peligrosa que Panonia. El dragón yace dormido, y mientras tanto nos confiamos de su sueño, y nos dedicamos a prohibir a los pensadores que ejerzan su crítica sobre la historia, hecho que no puede ser abolido por los que ejercen el poder.

Sixto finalizó mirando amablemente a Augusto. Éste no parecía especialmente contrariado.

—¿De qué nos escandalizamos, hermanos? —preguntó el emperador solemnemente, caminando hacia el centro de la sala. —¿No es a caso verdad lo que ha confesado Sixto Aulio? Sólo en parte, pues tanto Tiberio como Varus han puesto en marcha el plan definitivo para la toma de Germania, y así veré llegada la hora más brillante de mi reinado. La expulsión de Ovidio, las prohibiciones de Severo o Polibio, no fueron hechas a estancias de mujer alguna, sino de la voluntad de Augusto y de muchos otros espíritus triunfantes, que vieron en tales palabras la insidia que fomentaba la destrucción de los lazos familiares y el envenenamiento del pueblo. Ningún padre consentirá que sus hijos sean alimentados con

alimentos podridos, que sólo despertarán en sus conciencias sueños embriagadores.

»Veré la conquista de Germania, Sixto Aulio, no por sus riquezas, en general escasas, sino por la abolición del peligro que representa para los intereses y propiedades de Roma. Contemplaré un mediodía cegador, y será el momento de mirar a los ojos a los detractores de la divina luz que lo impulsó hasta el cénit.

Después del rotundo aplauso con el que el Senado premió la intervención del emperador, Augusto susurró a Sixto las siguientes palabras:

—La cumbre es un lugar estrecho. Normalmente sólo cabe uno. Y ese es Augusto.

A lo que el senador repuso con firmeza:

—Basta con apartarse un poco, emperador, para que la luz vuelva a iluminarnos.

Sixto Aulio ya no gozó de sus enormes pertenencias, que pocos días después fueron confiscadas y retenidas hasta nueva orden por Augusto, quien esperaba que el senador aclarase públicamente su punto de vista y el modo de sus acusaciones.

La luz se desvanecía en las habitaciones y Livia volvía a las cocinas de la *domus* imperial. La última cena de Augusto era preparada con esmero por sus mejores esclavos, pero a menudo era Livia quien se la servía personalmente. Desde las muertes de sus nietos, Augusto ya no había sido el mismo, y la campaña de Panonia había logrado debilitarle casi tanto como a sus legiones. Diríase que, privado de sus herederos elegidos, parecía que los dioses también querían privarle del Imperio entero, y arrebatarle el trabajo de toda una vida. No había soportado la tensión del peligro inicial, cuando las llamaradas de panonia parecían ir a desplegarse por Noricum, dejando que una horda de bárbaros, una marea humana, descendiese por todo Italia hasta llegar a las puertas de Roma. Vivir una hora igual o peor que la causada por Brenno, el

galo despiadado, eso habría destruido sus sueños... Pero si bien el Imperio había logrado sobrevivir a la infausta hora, sus propios sueños se habían resentido de ello, y desde hacía tiempo padecía horribles pesadillas y era presa de los peores augurios. Cada mañana se levantaba acosado por los fantasmas del pasado. Aún recordaba la franca risa de Marco Antonio cuando saquearon un templo, cuando él era Octavio... otro hombre. Octavio, el joven e indómito Octavio, paciente y ambicioso, que había dejado de ser Octavio para convertirse en el *pater patriæ*, en Augusto, el primer emperador de Roma. Recordaba la muerte de Marco Antonio, las derrotas infligidas al que fue su mejor mentor, y el suicidio de Cleopatra. Recordaba la muerte de Tiberio Claudio, primer esposo de Livia, y el asesinato de Cesarión, el hijo de Julio César y de Cleopatra, ordenado por aquel implacable Octaviano.

Livia se detuvo a solas y vertió cierta esencia de eléboro en la cena de Augusto. Después reanudó sus pasos y recorrió los pasillos. Pasó por encima del mosaico de Neptuno y llegó hasta la sala en la que Augusto aguardaba. Le sirvió la cena, a la par que una esclava disponía lo necesario para ella. Como siempre y sin mayores conversaciones, Augusto cenó frugalmente absorto en el pasado.

OceanofPDF.com

XVI

IX D.C. WULFMUNDA

Armin había enviado a varios de sus mejores hombres en busca del Rey del Norte. La fortaleza de los sajones, Gundabrup, se levantaba más allá del río Agidora, y no era un camino fácil el que conducía hasta su herboso umbral. Las respuestas no llegaban. Quizá Guntram, el *kuninc*, no recordaba su nombre. Aunque eso era improbable, pues nadie había olvidado a Segimer, el belicoso hijo de Segismund. De cualquier modo, la intervención de los sajones era fundamental en su plan general. Cuando los sajones descendían y se unían a los queruscos, muchos otros pueblos se ponían en marcha en busca del campo de batalla. En realidad, Armin, durante las numerosas reuniones que mantenía con los *Things* de otras tribus, no cesaba de confiar en los sajones, y de prometer que sus caballerías nórdicas descenderían para tomar parte en la gran ofensiva. Eso alentaba a sus aliados, aunque muchos de ellos vacilaban. No eran pocas las leyendas que circulaban y que hablaban de los pueblos del lejano norte. Además de considerarlos verdaderos gigantes, las naciones del entorno del Visurgis y del Albis los tenían como centinelas de las puertas de un mundo mágico, custodios de aquellas espumosas radas de las que zarpaban las naves de madera de alto mástil y cabeza de dragón, hacia la legendaria Isla de Thule. Allí era donde se levantaban las nubladas elevaciones, allí el cielo era de acero y el viento afilado cortaba el

rostro de los aventureros, los rayos orlaban una tierra de hielo y fuego en la que los ríos descendían envueltos en llamas, cargados con la materia montañosa ardiente con la que se forjaban los cimientos de la tierra. Sus montañas conducían secretamente hasta un desfiladero del que brotaba el arco iris hasta una fortaleza de proporciones descomunales, el Asgard, la Montaña de Oro, el Palacio de los Escudos, la Morada de las Valquirias, la Sala de la Guerra. Los dioses iban y venían por un cielo azul oscuro, profundo, eternamente tormentoso, hacia el Reino de los Gigantes. Tor recorría los caminos de Thule al frente de su carro tirado por dos machos cabríos, que podía asar a su antojo y comérselos rociados con cerveza e hidromiel para volver a resucitarlos después.

Los sajones eran los guardianes de los reinos septentrionales de los germanos. Al norte, en Scandia, sus parientes los herulios, los anglos y los eudosios poseían una isla llamada Burgundarholm, un misterioso centro de culto en medio de lo que los romanos llamaban el Mare Suebicum. Más allá se aseguraba que en Scandia crecían selvas ignotas en la que sólo los héroes de los héroes, los hombres de hombres, se aventuraban en busca de dragones a los que dar muerte con espadas forjadas por enanos prodigiosos que habitaban en las grietas de la tierra. Armin había oído aquellos cuentos de niño, pero se había dado cuenta de que los cuentos se ramificaban y se volvían más complejos a medida que se hacía más mayor. Las extrañas criaturas que habitaban en los bosques de Hercynia parecían volverse todavía más misteriosas y monstruosas en las selvas de Scandia. Los prodigios se multiplicaban, y las llaves de aquel reino de maravillas las tenían siempre los sajones.

Mas Armin volvía su mirada hacia la cruda realidad. Y todo aquel mundo, con su vasta concepción de las festividades anuales, con la riqueza de sus historias, con la variedad de sus gentes, estaba en peligro en una línea de combate llamada el Rhenus. Los pensamientos de Armin, como ríos y torrentes procedentes de un deshielo, siempre iban a morir en las aguas del Rhenus. No dejaba de considerar la importancia del momento, lo crucial de las circunstancias, el perentorio oportunismo de una eventual victoria.

La tensión crecía con la llegada del calor y el levantamiento del sol. Mientras que las cosechas se aproximaban, indicios de traición comenzaron a proyectar sus sombras entre los numerosos jefes que se unían a la confederación de las naciones, a la república más antigua de la Tierra. Y fue Wulfila, el legendario jefe, la mano derecha de su padre Segimer, el primero en advertir la falsedad de uno de sus aliados, al que dio muerte en el trascurso de una cacería.

Explicó a Armin que había facilitado información a ciertos mercaderes demasiado cercanos a Mattium y a los campamentos de las rutas fortificadas del Rura, del Siga y del Mœnus. Armin se preguntó durante cuánto tiempo lograrían evitar que todo aquello se supiese, y si realmente era buena idea eliminar a los jefes traidores. Eso sólo podía acarrear la venganza de sus hijos, y mayor desunión...

Imitando la estrategia de los romanos, pidió a todos sus colaboradores que en el futuro secuestrasen a los traidores, para garantizarse la colaboración de sus parientes y no causar sucesiones de venganzas que desestabilizasen la confederación.

OceanofPDF.com

XVII

IX D.C. GUNDABRUP

Armin miró hacia arriba, cansado de la cabalgata, y dejó caer el peso de su cabeza sobre la fibrosa columna del cuello. La lluvia caía levemente, y las nubes de tormenta parecían atorbellinarse hoscamente en torno al elevado aquilón del tejado. El muro de piedra descendía verticalmente hasta las grandes puertas de roble que accedían al interior de la formidable fortaleza. Había oído muchos relatos acerca del lugar, pero cuando salieron de los bosques que rodeaban la poblada colina, y vieron los campos vallados, los cientos de casonas, y arriba, en lo alto, el palacete de Gundabrup, la legendaria fortaleza de los reyes sajones, el *Thing*, el símbolo de la unión sajona resplandeció ante el querusco como una nueva esperanza, iluminada por la luz evanescente del atardecer.

Trató de imaginar la inmensa armadura de cabríos, tirantes y jabalcones que sostenían reciamente, ensartados por clavos largos como antebrazos, las parhileras de las que descendían las pesadas vigas del tejado. Gundabrup, el gran palacete del *kuninc*, dejaba que las dos aguas de su tejado bajasen desde lo alto hasta clavarse en el suelo de la colina, y la hierba trepaba por los costados, y el viento la hacía galopar por sus lomos, como si fuesen dos prolongaciones del terreno. Los sajones atribuían a esa artimaña el hecho de que Tor no se atreviese a herir jamás la fortaleza con sus rayos, pues al estar tapizada de hierba era incapaz de distinguirla

desde el cielo. Un espeso manto de pieles superpuestas por debajo del mantillo del que crecía la hierba impedía que el agua penetrase en el interior de la sala.

Docenas de jefes germanos habían viajado en secreto con Armin hacia el *Thing* de los sajones para celebrar la última reunión, el pacto de sangre, y la petición de guerra a la alianza ancestral de los sajones. Los hijos de Guntram, quien todavía era Rey del Norte, los aguardaban esa noche en una multitudinaria reunión en la que participarían la mayor parte de los miembros de la asamblea de Sajonia. Le había costado gran esfuerzo convencer a tantos jefes de que debían reunirse al fin en Gundabrup de manera definitiva, de que debía celebrarse un cónclave secreto al norte de Germania. Todavía había partidas de viajeros que estaban por llegar, y otros habían aguardado durante algunos días acampados a las puertas de la ciudadela, hasta que Guntram decidiese que podían entrar, lo que no sucedería, por razones mágicas establecidas por sus santones, hasta la tarde de la gran reunión.

Armin traspasó el umbral. La inmensa sala estaba cruzada de parte a parte por largas crucerías de madera que se apoyaban en macizos pilares de roble, como si un bosque entero, puesto al servicio de los geómetras nórdicos, hubiera levantado una robusta bóveda piramidal. De los astiles colgaban grandes antorchas de sebo, y un enorme hogar ardía en el centro de la sala, alrededor del cual parecía haber lugar para muchos otros fuegos en una suerte de conchas metálicas, donde los sajones arrojaban cenizas ardientes sobre las que asar su carne en los banquetes.

La noche había caído y los hijos de Guntram ordenaron que el fuego ardiese con fuerza. Los troncos aserrados rodaron incinerándose y las lenguas llameantes treparon, escupiendo chispas que huían hacia la abertura del techo. Cuando las tinieblas cayeron, a Armin le pareció que se sentaba en el fondo de una ahumada caverna de la que huían centenares de noctivagas alimañas, como murciélagos e insectos veraniegos. El círculo de

fuego encerraba a los jefes de la confederación germana, y se discutiría el futuro de la Alianza de los Ases.

Las voces de los convocados murmuraban y aguardaban solemnemente la hora, mientras que tres santones arrojaban ramas secas de muérdago y ramas florecidas de abedul a las llamas, pronunciando largas ristras de ancestrales fórmulas mágicas que en sus labios, como brotando de la oscuridad prehistórica, volvían a resonar con todo su poder, convirtiendo las mudas runas de los sabios en vividos sonidos.

Guntram entró rodeado por sus hijos, Gerowech, Gundewech, Geiserich y Gunther. Armin lo recordaba vagamente, pero no le cupo la menor duda: Guntram continuaba siendo más alto que sus hijos, caminaba como un robusto árbol, los ojos llenos de fatalidad e indiferencia, las hebras de oro de su barba trenzadas hasta la altura del corazón, los largos cabellos sobre los hombros. Presidió la reunión, ocupó el trono, y pidió que todos se sentasen de nuevo en los bancos que rodeaban el fuego. Detrás vinieron los *herzogs* de los clanes sajones: de los herulios, de los anglos, de los eudosios, ocuparon la ancestral sede los jefes carudosios, vidusios y reudigios. Llevaban yelmos cónicos de metal con incrustaciones de ámbar y prolongaciones sobre la nariz que desvirtuaban su apariencia humana, hasta que se los retiraron. A Armin le parecía que los queruscos, en comparación a los sajones, tenían un aspecto mucho más salvaje, y probablemente el uso que los sajones hacían de la madera y de la piedra era más refinado, como lo demostraban las soberbias estructuras de sus enormes moradas, las murallas y los establos de Gundabrup, los barcos con cabeza de dragón sobre los que navegaban hasta las misteriosas playas de Scandia, a donde viajaban en busca de esposa.

Guntram alzó la potente voz, y prestaron atención a las palabras del Rey del Norte.

—Veo sentados en el círculo del *Wálthing* de Gundabrup a muchos nobles jefes de las naciones de occidente, o a los príncipes, hijos de esos jefes a los que conocí y que ya han muerto en el

transcurso de los años. A todos ellos los saluda Guntram y en su nombre sus hijos, y en su nombre todos los jefes del *Wálthing.* Los sajones os dan la bienvenida. Y he aquí que veo las garras de los osos queruscos, las fauces de los lobos queruscos, las cornamentas de los ciervos queruscos del Biunderrup, a los zorros rojos sugámbrios, a los uros téncteros... Cuento cuarenta grandes jefes, y sé que faltan muchos otros que han depositado su confianza en estos emisarios, y de entre todos ellos saludo a Eminmer, el hijo de Segimer, quien debe mostrarnos algo a los sajones y quien se dice hermanado del *kuninc.*

Armin alzó con decisión el puño, cuando todas las miradas se clavaban en él. Se retiró un anillo del dedo y uno de los jóvenes que iba y venía por la sala escanciando el hidromiel y la cerveza en los cuernos de los invitados vino a cogerlo y se lo entregó con una reverencia a Guntram.

El rey miró el pesado anillo de oro, las preciosas filigranas, trazadas por hábiles manos nórdicas, la piedra roja apresada por las garras de oro, y reconoció la joya. Recordó nítidamente el día en que se la había regalado al hijo de un amigo. Aquel muchacho se había atrevido a hablar en medio del consejo, y él había recompensado la osadía con una alianza. Miró al joven que tenía delante, quien escrutaba sus propios ojos con determinación, y dijo:

—Reconozco este anillo, y su portador es un aliado del *kuninc.* Que hable ahora el lobo querusco, pues ha sido el que con sus aullidos ha reunido a tantos jefes de las familias de Germania. ¿Qué quiere Erminmer?

—Erminmer quiere exterminar las legiones de Augusto, y arrancar el corazón de Varus para que su druida, Cerunno, lo entregue a los cuervos de Wuotanc.

Guntram sonreía complacido.

—Quiere luchar contra los enemigos de Germania...

—Erminmer quiere algo más que una lucha, y reúne a los jefes para pedir su participación en una gran batalla después del verano,

aunque estamos en ese sentido a disposición de los movimientos de Varus.

—¿Y cuáles son esos movimientos? —inquirió el sajón.

—Varus ya planea una operación de castigo contra los téncteros. Ignorante de nuestros planes, las tribus de alrededor nos mostramos respetuosas en sus mesas de Mattium, y guardamos silencio, con lo que Varus se siente tranquilo. Entre tanto, los técteros provocan sin pausa a los romanos con actos salvajes; hace unos pocos días las cabelleras de ocho romanos se secaban al sol antes de ser enviadas como presente a Varus y a sus generales... Por todo ello lograremos que las legiones se movilicen hacia el este, sin saber que allí le esperarán docenas de miles de germanos, cuando los bosques estén atestados de nuestras hordas. Mas el momento exacto lo desconocemos. Es necesario que todos estemos listos y preparados: en cuanto las legiones se pongan en marcha, nuestros aliados deben ponerse a andar hacia el lugar del encuentro: el Santuario de Irminur, en Teutoburgo, si es verdad que Varus va hacia el oeste, como todos creemos, y como nuestros mejores espías nos dicen.

—Una ratonera —dijo Guntram. —Eso no es una batalla de hombres, es una trampa para animales indignos, pues los más nobles son cazados con las armas, y sólo los romanos gustan de esa clase de inventos para atrapar a los osos o a los uros...

Armin no vaciló y se impuso a los rumores que circulaban por la sala.

—Si tuviese que enfrentarme con los sajones, elegiría una batalla a pleno día en campo abierto, pues son mis hermanos, pero a los romanos no los trataré mejor que a las ratas. No merecen el combate abierto, pues son pérfidos, tampoco merecen la cacería, pues son innobles. No lucharemos contra Roma en igualdad de condiciones. Debemos ser conscientes de nuestros defectos y emplear las armas que nos conduzcan a la victoria.

—Veo que Erminmer ha pasado mucho tiempo en compañía de los romanos... —aseveró Guntram. Muchos jefes sajones se

miraron sorprendidos y lanzaron hoscas miradas a Armin. —Parece que incluso le gustan sus tácticas...

Armin no supo qué responder, y trató de controlar su ira. No imaginó que el sajón fuese a descalificarlo de ese modo.

—Erminmer se sirve de lo aprendido para vencer a Roma. Sabe lo que hará si vuelve a vencer en el norte. Otra victoria más como la de Tiberio sobre los longobardos, y los germanos estarán perdidos para siempre. Su mundo se acabará.

—¿Y por qué deberían volver a vencer a los longobardos? —preguntó un herulio.

Armin respondió airado:

—¿Quizá porque los sajones estaban demasiado ocupados en sus cacerías como para ir en auxilio de los longobardos? ¿O porque los queruscos decidieron esperar indecisamente hasta que atacasen sus fronteras? Y gracias a todo eso, Tiberio asestó un golpe a los longobardos...

Las voces se habían levantado enfurecidas.

Uno de los herulios se alzó, ofendido por el descaro con el que Armin había dicho la verdad.

—No eres más hombre por hacer más ruido —le espetó Armin con una sonrisa en la cara y los ojos muy abiertos, desafiantes.

El herulio, un fornido rubio de espesa barba, miró fuera de sí a Guntram.

—¡Basta! —rugió el *kuninc*. —Ya estamos convirtiendo esta solemne ocasión en una reunión de buitres y cuervos...

Como el escándalo crecía y los jefes se alzaban, algunos se envalentonaban y otros los retenían, no sin increpar al querusco, Guntram avanzó hasta el centro del círculo y dio un mandoble a los troncos de la hoguera, que lazaron un torbellino de chispas. De pronto sus ojos se inundaron de fuego y fue hacia Armin, colocándole la punta de la espada en el cuello.

El silencio se hizo en la sala. Todos atendían al fin la palabra del colérico rey.

—Con este mismo acero amenacé el cuello de tu padre, hace tantos años, y hoy, capricho de los dioses, amenazo el tuyo. Parece que los lobos queruscos tienen la mala costumbre de aullar en casa ajena sin pedir permiso a sus anfitriones. —Retiró lentamente la espada sin apartar los ojos de la mirada imperturbable de Armin, que parecía estar seguro de lo oportuno y a la vez inofensivo de la amenaza. —Eres fuerte, *Arminius*... —dijo el Rey, y se apartó con una torva sonrisa. —Pero no más que yo, pues he llegado a viejo atado a una espada, algo que casi ninguno de vosotros logrará. La vejez es un incómodo privilegio.

Armin se preguntó durante cuánto tiempo debía escuchar aquellos reproches. No había nada más molesto para él que escuchar su nombre en latín...

—Todo depende del brazo que la empuñe, cualquier espada es inocente si se deja enterrada en el fango. Yo tuve que servir en las legiones, y gracias a ello aprendí lo que aquí, en esta sala, nadie sabe. ¿Y qué? ¿No lo pongo al servicio de mis hermanos? ¿No hago todo lo posible para vencer a un enemigo común?

—Precisamente por eso tu plan es bueno, Erminmer —dijo gravemente Guntram. —Bueno y terrible, y debemos decidir si nos unimos a él o si nos mantenemos al margen. Como todos lo han oído, pueden pedir la palabra y opinar. Pero Guntram enviará a sus hijos y a los guerreros de Gundabrup a recoger esa cosecha cuando los mensajeros los llamen. ¡Que preparen el caldero y el cuchillo! Verteremos gotas de nuestra propia sangre en el sagrado bebedizo de la Alianza, beberemos de él, juraremos venganza, lucharemos contra Roma.

Cuando los sacerdotes hubieron preparado el bebedizo, Guntram fue el primero en abrirse un corte en el brazo derecho y verter su sangre en el recipiente. Cuando sus aliados vieron esto, y cómo sus hijos hacían lo mismo, la mayor parte de los jefes sajones

decidió entrar a formar parte de la Alianza de los Ases, y aquella noche quedó sellado el sagrado pacto de guerra, renovada la ancestral unión de las naciones de Irminur, la Alianza de los Ases. Pronunciaron los juramentos, los sacerdotes arrojaron sus conjuros, vertieron grasa de oso y sangre de lobo, calentaron el cáliz sanguinolento y los participantes bebieron el amargo sorbo.

Después de la ceremonia, los jefes eudosios y helurios que no participaban de la Alianza se marcharon, y dio comienzo un gran banquete. Los rostros se alborozaron, y Armin descubrió a su hermana menor, Zilda, que se había convertido en la esposa de Gundewech, uno de los hijos de Guntram. Era una mujer espléndida, y Armin dejó que le contase durante la noche cómo habían sido sus afortunados años en el norte, cómo habían nacido sus tres hijos y supo gracias a ella muchas noticias del norte que de otro modo no habría oído, pues los sajones eran muy reservados, y la cerveza y el hidromiel los volvía alegres y sonrojados, pero jamás hablaban de sus propios asuntos. De toda su familia, Zilda era la única que había disfrutado de un destino afortunado, y Armin se alegraba por ello, y volvió con todos sus presentes a Wulfmunda, para entregárselos a sus hermanas y a su esposa.

Zilda estaba convencida de que todos se encontrarían muy pronto, y de que una gran gloria iluminaría a su hermano.

OceanofPDF.com

XVIII

IX D.C. MATTIUM

Cazarratas observaba los ejercicios, sin apenas prestar atención a los gritos de sus colegas. El sol volvía a brillar sobre los verdes valles de Germania, como lo hiciera años atrás, un mediodía inusual en aquellas regiones septentrionales. Volvía a visitarlos un verano incierto, y el astro todopoderoso los animaba. Junto a la siguiente legión, Cazarratas había movido cielo y tierra entre sus mandos para poder participar en el castigo que Varus planeaba en Germania. Estaba más que harto de la buena convivencia con los galos, en Colonia, y con aquellos advenedizos germanos que eran los ubios. Una misión de castigo en verano revitalizaría sus peores deseos, por fin volvería encontrar la satisfacción que desde que acabara la campaña de Panonia lo había abandonado con tan malos recuerdos. Recordaba a aquel germano todos los días, y cada latigazo que restallaba azuzado por su único brazo útil, cada grito de dolor, no le bastaba, por duro que fuese, para compensar el odio que sentía hacia los germanos. Y lo peor eran aquellas mujeres, y la costumbre de los germanos de respetar a sus esposas. Eso, por encima de todo, era la mayor fuente de placer para Cazarratas. ¿Cuánto tiempo hacía que no ultrajaba una de aquellas soberbias princesitas rubias...? Demasiado había pasado sin escuchar sus gemidos y el jadeo de su rabia, con los que arrojaba peso a la balanza de sus decepciones y odios. Pero Varus era un hombre

sensato, mucho más sensato que todos aquellos Domitios y Vinicios, detestables pro—pretores sin redaños. Por fin un nuevo alto mando que era de su gusto. Y allí estaba él, un vengador, a las puertas de Mattium, dejando pasar las horas y los días, reuniendo a su mejor cuadrilla y a sus instintos más salvajes.

La Legión Decimonovena, cuyo símbolo era el rayo, como muchas de las que acantonaban en el Rhenus, levantaba un nuevo campamento a las afueras de Mattium. La ciudad había crecido, y las instalaciones, los establos, los cuarteles no daban más de sí con la llegada de un tercer contingente. Varus había logrado acantonar las tres legiones, y sus mandos de Colonia aguardaban instrucciones junto a otras tres legiones estacionadas en la propia Colonia, en Bonna y en Moguntiacum, los tres puntos fuertes de la frontera occidental. Varus había convencido a Augusto de que se hacía necesaria una gran operación de castigo. El emperador escuchaba noticias alentadoras no solo de parte del pro—pretor, sino también de otros muchos generales en la frontera. Las gestiones de Varus daban sus frutos, parecía que su astuto familiar, pues estaba casado con Claudia Pulcra, era un hombre capaz, y que su aplicación del derecho a la manera de Roma, así como el ejercicio de las leyes, estaba logrando desestabilizar la política confederada de los germanos. Augusto estaba seguro de que todo era cuestión de esperar y decapitar las cabezas de la Hidra germana. Y a todas vistas parecía evidente que, después de las grandes recaudaciones, y bajo el aspecto de un desplazamiento rutinario, Varus podía encargarse de inocular el veneno de las serpientes de acero en el oeste, en los territorios de aquellos insurgentes que peores comportamientos habían mostrado. Se alegraban de que el resto de los germanos pareciese quedarse al margen; eso les recordaba que la misma actitud había conducido a los últimos éxitos de Tiberio en el norte contra los longobardos, cuando sus vecinos no entraron en combate.

Las órdenes llegaron y Varus, hombre poco dado a las grandes acciones militares, flemático y cómodo, experimentó una gran satisfacción: la Fortuna estaba poniendo en sus manos la gran gloria

de Germania, gracias a la infortunada caída de Drusus y a la oportuna retirada de Tiberio hacia Panonia, que eran quienes realmente habían hecho todo el trabajo. Pondría el final a la Tercera Guerra de Germania en tan sólo dos años. Era como un regalo de los dioses inmortales, caído del cielo. Recordaba las palabras de Sixto Aulio, gran compañero de orgías, y el mejor organizador de banquetes, el excéntrico que en los últimos meses había caído en desgracia ante Augusto después de un desafortunado discurso ante el Senado: «Deja que ellos se quemen los dedos tratando de asir el sol, que nosotros nos quedaremos con el vil oro. No es tan brillante, pero su gloria no es abrasadora». Tenía razón, el mundo era de los oportunistas. Y, ¿quién sino él, Varus, tenía la oportunidad de hacerse con el gran negocio de Germania?

Con un despliegue de seis legiones, el dragón de Roma no tardaría en devorar Germania occidental. Varus contaba con tres en Mattium, y las otras vigilarían la frontera y entrarían como refuerzo a lo largo de las líneas fortificadas de los ríos, que se adentraban en Germania como las garras de un águila que estrangula a su presa.

Pocos días después, los ejercicios empezaron a ocupar las grandes praderas del entorno de Mattium, y el campamento provisional ya había anexado un nuevo perímetro de empalizadas. Varus dejaba que los germanos que venían a visitarlo quedasen deslumbrados por la nueva parafernalia belicista, y había hecho que el camino, permanentemente vigilado, que llegaba hasta el pretorio del alto mando, donde los recibía, quedase en medio del nuevo campamento. Así, los visitantes caminaban durante un buen trecho entre largas hileras de tiendas, junto a las antorchas, siempre llameantes, en los improvisados altares a Marte Vengador y a Júpiter Tonante, hasta que se internaban en Mattium, a la sombra de las puertas dentadas con astas de abedules sagrados aserrados sin más contemplaciones por los romanos, y ascendían por los peldaños del nuevo palacio del pretorio, que Varus había ordenado levantar en piedra. Los regimientos de zapadores ubios excavaban nuevos fosos y los ingenieros levantaban puentes de madera en las

cañadas de los alrededores, hasta que iniciaron las obras de un puente sobre el cauce del Adrana, cuyo curso cruzaba bosques y praderas en busca del Visurgis. La peor noticia hacía relación a los cimientos del Imperio: las calzadas. Los espías de Armin le enviaban nuevas noticias acerca del trazado que Varus planeaba: desde Mattium partirían tres calzadas hacia el norte, el sur y el oeste y eso sí que era peligroso. Las calzadas permitían el desplazamiento de las máquinas de asedio y de las legiones a través del paisaje, permitiéndoles recorrer, una vez finalizadas, hasta veinte millas al día. Eso podía significar el fin.

Todo ello había llegado a los oídos de Armin y de todos sus aliados. El querusco suplicaba a los dioses que los romanos se dejasen llevar por la soberbia y *lo* hiciesen. A veces se sentía ridículo, rogando para que los romanos emprendiesen lo que a todas vistas era lo más probable. Pero cabía la posibilidad de que Varus fuera demasiado prudente, y de que acantonase más y más legiones, vigilando las rutas y fortificándose cada vez con más celo, y ante todo esperando a que las calzadas avanzasen, en cuyo caso sería necesario iniciar ataques contra sus constructores. Pero en ese supuesto, el destino de sus deseos y el desenlace de su plan resultarían mucho más inciertos. Una batalla contra Mattium o contra legiones prevenidas no obtendría el resultado que él deseaba, y que sabía era el único que podía liberar a Germania.

OceanofPDF.com

XIX

IX D.C. EXTERNSTEINE. SOLSTITIUUM

—*Solstitium* lo llaman los astrólogos del sur; es el día del comienzo del verano. El sol ya ha nacido y se eleva hacia su máximo poder. Es la hora de la cosecha de los espíritus libres. Todo está dicho y la fuerza viaja hasta su cénit. Cuando el sol nazca hoy, pasará exactamente entre esas rocas, y verás cómo su rayo señala nuestras runas.

Una claridad inundaba el cielo de oriente. Armin, convocado por Cerunno y en ayunas, había pasado la noche en la Roca del Sol. Nunca había entendido por qué Cerunno llamaba así a la mole más alta de cuantas se elevaban formando el conjunto giganteo del Externstein. Cerunno la llamaba *belnemeton*, y Verdadero Santuario de Irminur. Habían ascendido entre las escabrosas cornisas al caer la noche. Después, una recámara a media altura accedía a una sala estrecha que subía como una espiral labrada en la piedra por hombres ancestrales de talla más que humana, a juzgar por el tamaño de los peldaños. Si los germanos eran hijos de gigantes, allí tenían una prueba más: sólo los gigantes podrían haberse servido de aquella manera de las rocas del Externstein, que a su vez eran, según Cerunno, primigenios rebeldes convertidos en piedra por el Padre de la Guerra. La escalera espiral accedía a un espacio

estrecho, una cornisa semejante a un nido de águilas en lo más alto de la Roca del Sol. Había un muro natural, formado por grandes bloques, mirando al este. Cuando llegaron, Armin no lo percibió debido a la oscuridad, pero ahora la claridad le mostraba un agujero perfectamente redondo tallado en la roca de un muro bajo.

El paisaje se abría alrededor, claro y despejado, y Armin podía mirar la distancia por encima de los frondosos bosques, que ondulaban alrededor en busca de las crestas de Teutoburgo. Las neblinas se disipaban y a través de ellas surgía una claridad creciente, hasta que de pronto el sol comenzó a despuntar.

Sagrado oro se desbordó en un horizonte inexistente como el tiempo, y el rojo ardió a su alrededor incendiando el aire.

Armin reconoció entonces las largas ristras rúnicas incisas en las toscas paredes de roca. Mensajes indescifrables para los hombres mortales se iluminaban en la ambiciosa claridad.

Cerunno avanzó reciamente junto al abismo de la cornisa, indiferente al peligro. Se quedó quieto junto al muro en el que aparecía el agujero, y mientras el sol ascendía su silueta, recortada contra el resplandor, prolongaba una larga sombra sobre Armin.

La voz del hechicero vino a su encuentro, profunda y cavernosa, pero más serena:

—Es el tiempo del haya, y es el *principio* del mundo. La festividad que mis maestros druidas llaman *Litha*, y que mis antepasados ivernios llamaron Alban Heruin. Los germanos lo conocéis como la Fiesta del Haya. El sol se levanta desde las estrellas del cangrejo hacia el Signo de Fuego, hacia el Mediodía del Año. Es la hora de la sombra más corta y de la luz más potente. El círculo del guerrero se cierra. El sol ya es independiente y fuerte y se enseñorea de la Tierra, a la que ha fecundado y alimenta con su luz. Se adornan los estanques y las fuentes, para festejar a los dioses, y las sacerdotisas de Nerthus preparan sus sacrificios.

La luz apareció de pronto, amaneciendo por segunda vez, ahora de los contornos inferiores del agujero en la roca. Al poco

tiempo el sol miraba a través del mismo, y Armin vio su ojo, cuyo resplandor todavía no podía herir su mirada.

El Ojo de Irminur.

El Padre de la Guerra lo observaba.

El rayo recorrió como un disco de fuego la pared y fue alumbrando las runas escarificadas en la piel de piedra, hasta que su luz se introdujo por un segundo agujero y accedió al santuario interior, en el que iluminaba, en la cara norte, una ancestral talla de piedra que era el propio rostro del dios Baldur, el mítico as de la luz que renacía en aquel momento del año según el ciclo de los mitos.

Pasó el milagro, y Cerunno parecía sumido en profundos pensamientos.

El sol fue levantándose y al poco la inmensa fuerza de la que hablaba hizo acto de presencia, cuando la rutilante luz se volvió dorada e intensa, las nieblas se disiparon y la humedad cayó entre la hierba y se evaporó. Una esfera omnipotente se alzaba y ya su ojo era irreconocible en medio de la lumbre abrasadora con la que prendía fuego al cosmos. Era el sacro misterio antes del gran mediodía del año; el día *más* largo y la sombra más corta.

—La hora de los enemigos se acerca, culturas superiores que pretendieron erigirse en maestros de la resignación, *imagos* de

falsos ídolos que pronto demoleréis con el santo martillo de Thor; y como un precursor he sido yo en medio de este pueblo, aunque muchos sean los que han hablado de mí y pocos los que han *pensado* en lo que he dicho: como una de tus lenguas de fuego, oh señor de la bóveda sin límites, como una ígnea víbora que se propagaba entre rastrojos resecos, por tortuosos senderos, avancé despreciando a los que pedían agua cuando el calor de la lucha apretaba, y ayudé a los que, abrasados por la ira, aún estaban sedientos de *fuego.* A ellos y sólo a ellos me debo, a ellos me entrego como tú empuñas tu luz fecundando la Tierra; pues sólo ellos vencerán a Roma. Yo he sido rayo durante años para la negra ciénaga, hasta que en ella, pudridero de simientes y recuerdos, florecieron mis sueños: los hombres de los hombres.

»Oh cielo por encima del mundo, ¡tú purísimo! ¡Cúspide empequeñecedora! Sonríes sin nubes, abismo de toda luz... ¿No sabemos acaso demasiadas cosas que juntos hemos aprendido? Tantos años de lucha... Destructores somos ahora de la coacción, de la finalidad, de la duda y de todos sus vapores, que empañaron como una niebla el camino de mis sueños florecidos: de los hombres de hombres...

»Tú bautizas todas las criaturas en el manantial de la eternidad, mas sólo bienaventurados serán los que aprendan a ascender la escalinata de tus días y de tus horas, siempre en busca del centro del mundo más allá y en sí mismos...

»¡Oh misterio del mediodía! Bendita sea la Hora del Rayo. Presérvanos para el Gran Mediodía, pues como tu implacable voluntad solar, ¡también nosotros estamos dispuestos a aniquilar en la victoria!

Armin se había quedado absorto en sus propios pensamientos al escuchar las palabras del druida, recordando lo que los griegos hablaban acerca de Pitágoras y de sus *Versos Dorados,* y el sol estaba alto, altísimo en el cielo, como si no quisiese volver a descender jamás. Un hiriente fulgor centelló repetidas veces en su mirada y lo separó de sus pensamientos inciertos, sin saber si había

estado durmiendo, o si había viajado, preso de una extraña vigilia. El calor se había posado en su rostro, arrebolando las curtidas mejillas, cuando el dañino fulgor volvió a relampaguear.

—¡De su mirada no te cubras! —conminó la poderosa voz de Cerunno, rejuvenecida. Armin sintió que la mirada del sol, en todo su poder, le caía sobre los ojos, cegándolo. —Ahora Irminur te mira. —Cerunno parecía un guerrero surgido del resplandor solar, una silueta tortuosa como la ᛋ, la runa del sol, un taumaturgo que empuñaba un rayo viviente.

—¿Es tu espada el rayo, Cerunno? ¿Tanto poder hay en tus manos? —preguntó Armin.

—Yo blando el rayo del sol frente a las tinieblas de la ignorancia —respondió el mago. —Y ahora te entrego ese rayo en el día de Litha, cuando la luz de Irminur lo ha santificado en el santo misterio del día más largo.

La mítica silueta de Cerunno avanzó, sin dejar de cegar con el resplandor del rayo que empuñaba los ojos de Armin. Por fin se detuvo ante él, cual misma sombra del mediodía.

Una leve brisa desplazaba sus barbas ralas y largas.

—El mediodía de la vida pondrá coronas de rosas en el hielo de tus derrotas, mas jamás olvides el designio, la luz que ha de guiarte hasta tu última hora. Sólo ésa será la verdadera victoria, y a ella se rendirán las demás. Será la más silenciosa, pero la más cara de todas. No debe el hombre mortal dejarse cegar por el falso fulgor reflejo, y ser siempre consciente debe de la fuente de la que procede toda fuerza y toda verdad.

El rayo desapareció, dejando sombras borrosas en las quemaduras de su visión. Armin abrió los ojos, medio cegados. Cerunno empuñaba en verdad una larga espada con la que lo había cegado. El nervudo brazo del adivino la sostenía con firmeza.

—Aquí está el rayo que te ciega. Es *Zankrist.* El retorno de Wulfmund ha de ser acompañado de su arma.

Armin alzó las manos, frunció el entrecejo, protegiéndose de la intensa claridad que los envolvía. La espada sencilla, flexible, parecía extraordinariamente larga, tanto en su hoja como en su empuñadura, cerrada por piel y cable de acero rematando el pomo. Mas las idas y venidas del fulgor solar por su hoja le mostraron el excelente trabajo de los herreros, las perfectas cuatro aguas de sus dos filos, las anchas alas trasversales que protegían el puño, y sobretodo las misteriosas runas de la victoria que habían sido magistralmente grabadas en su acero renacido, formando el círculo del sol negro de la guerra, bajo las órdenes de Cerunno.

OceanofPDF.com

XX

IX D.C. MATTIUM

Mientras los preparativos de la campaña se ultimaban, Varus recibió la visita de uno de los jefes germanos de mejor reputación entre los romanos, pues requería su audiencia con gran urgencia. Se hacía llamar Segest, y lo conocía desde hacía tiempo.

Varus dejó que algunos de sus libertos de confianza les sirviesen, pues eran hombres bien armados, prevenidos para el caso de las traiciones, y además la guardia vigilaba la entrada.

Segest no se dejó intimidar por el lujo que envolvía el interior de la sala principal del pretorio de Mattium, un lujo sofisticado, asiático, lleno de objetos traídos del oriente en el que Varus tan gran fortuna había hecho. La luz de las palmatorias le daban un aspecto dorado en el que los aguamaniles de oro, las copas, las academias traídas de Tesalia mostraban su perfil más afortunado. Junto a una gran mesa en la que había extendido un mapa de Germania, Varus recibió al germano con su indolente sonrisa y su rostro hinchado. Segest habría jurado que aquel hombre, de haber sido algo más trabajador habría obtenido una figura mucho más poderosa, a juzgar por la anchura de sus rodillas que, como recias columnas, sostenían la tripa de un insaciable. De cualquier modo, el uniforme militar y la coraza de bronce le daban un aspecto respetable y firme.

—Bienvenido a Mattium, amigo Segest —dijo Varus, echando un vistazo a la pesada cadena de oro que pesaba sobre las pieles del germano. Estrechó su mano y sintió el tacto frío de sus anillos, y vio las muñequeras, la gran fíbula, la espléndida capa del *herzog*, en cuyos ojos, no obstante, leía cierta desesperación.

—*Ave Varus!* —respondió éste con una solemne reverencia. Varus se sintió impresionado. Le agradaba que los germanos cambiasen el *Cæsar* por *Varus* en el saludo.

—Ven y siéntate a conversar, has de probar este vino recién llegado de Umbría —le invitó Varus. —Se dice que los mejores vinos recorren ahora sus campos, y nadie sabe por qué en Trifolio y en Fundi las últimas cosechas han sido tan malas. ¡Los dioses son caprichosos! Hoy dan, mañana quitan. Mas tus vinos blancos, plantados por esos augures de Drusus, siguen siendo excelentes.

—Me alegra que complazcan al pro—pretor... —dijo Segest.

—Has de llamarme Varus, igual que yo te llamo a ti Segestus.

—Así lo haré.

—¿Qué es lo que te trae tan urgentemente a Mattium? Creo haber pagado puntualmente cuanto te compré...

Segest pareció complacientemente disgustado con el comentario.

—Nada de esa índole, Varus, recibí el pago más puntualmente que en ninguna otra ocasión. Varus paga antes y mejor que todos los anteriores prefectos de Germania...

Varus, que había hecho el comentario esperando ser adulado, echó un largo trago de vino, saboreó después otro paladeándolo y abrió la boca con satisfacción como si fuera a decir algo. Al fin abandonó la abstracción que le reportaba el sabor del vino puro, y volvió de mala gana a la realidad, con ganas de resolver cuanto antes la reunión.

—El motivo de mi visita es personal, Varus, vengo a informarte de una noticia de la que nadie se atrevería a decirte nada,

aunque lo supiesen.

Varus se sintió estimulado.

—Di, amigo, ¿de qué se trata?

—Muchos son los traidores que se sientan a comer a tu mesa, oh Varus —Segest abrió los ojos desesperados al pronunciar aquella frase.

—¿Traidores? ¿A mi mesa? —Varus se sonreía, algo indignado. Conocía la ambición de Segest, era un gran comerciante, y no le extrañaría, conociendo el carácter envidioso de los germanos, que tramase una intriga para apartar a otros de su favor, desestabilizando los verdaderos planes de Varus en toda Germania. Pero el rostro rubicundo del pro—pretor, encendido por el alcohol, no abandonó la sonrisa, y éste se recostó en su *lectus*, apoyándose soberanamente en el codo derecho, en una calculada actitud de paciente y paternal superioridad.

Segest se inclinó, sentado como estaba, en actitud lisonjera.

—¡Varus, Germania va a traicionarte! Despierta, escucha mis palabras: los queruscos planean una gran ofensiva contra tus legiones. Una conjura te amenaza, una conspiración afila las dagas para clavarlas en tu pecho cien veces, y no quiero despertarme bañado en la sangre de mis amigos. Los ríos bajarán rojos si no me escuchas, Varus, no hay mayor furia que esta que se avecina...

—Alto, germano —dijo Varus, dejando de sonreír, mas sin alertarse. —Explícate mejor y dime lo que sabes.

—Se que los queruscos se han reunido con muchos otros jefes y que planean levantarse en armas contra las legiones.

—¿Cómo se llama ese jefe? ¿Quién es?

—*Arminius* —Segest pronunció el nombre con tal carga de odio, que el propio Varus se sintió amenazado.

Varus se reclinó, tratando de mostrarse paciente.

—Si no recuerdo mal, ese... Arminius era un tribuno de Paterculus...

—¡Un desertor de las legiones de Augusto! —exclamó Segest, conteniendo su ira.

—Y además el esposo de tu hija. *Si no recuerdo mal* —repitió el romano con suficiencia—, anulé su matrimonio con ella según las leyes romanas para que pudieses disponer a tu antojo del destino de tu hija, como es de buena costumbre en los padres. En eso como en algunas cosas, no estoy de acuerdo con los germanos... ¡Germania no es una patria, sino una *matria!* Las mujeres no deben disponer de tantas libertades y poderes. Lo veo en las mujeres germanas, ¡son demasiado tercas! A veces pierdo el apetito por sus turgentes senos, por sus activas nalgas o por la belleza de unos ojos verdes en una rubia muchacha... pues su hosco carácter me agria el banquete. Las romanas no lo son menos, pero al menos allí los hombres han tenido la sabia inteligencia de impedirles hacer *legítimas* sus locuras. Los germanos veneran la madre tierra y se entregan a rituales bárbaros que van en contra de las buenas costumbres del matrimonio...

—Pero Arminius volvió —le interrumpió Segest.

El romano esbozó un gesto de sorpresa.

—No me dijiste nada de eso.

—Quise ocultarlo por la vergüenza que me causó y por la humillación que trajo consigo para toda mi gente. Volvió, raptó a mi hija contra su voluntad, que quería casarse con Paterculus, y cuando mi hijo mayor trató de impedirlo, pues lo logró con gran alevosía y a traición... le cortó la mano derecha.

Varus escuchaba atentamente y trató, con éxito, de ocultar la risa que le provocaba aquel episodio. «Por Júpiter que se lo merecía por lo tonto que es». ¡Le parecía que los germanos resolvían sus asuntos familiares de una manera tan poco civilizada...! «Al parecer no conocen las ventajas de los venenos» pensó fugazmente.

—Después se marchó al norte, a los pantanos del Melibocus, a las fuentes del Lagina, lejos, a esa pestilente pocilga de vociferantes cerdos andrajosos que se visten con pieles de lobo... Con ello me

quedé sin mi hija y con la vergüenza. Pero no te importuné con mis desdichas personales... Ahora, sin embargo, lo sé: Arminius planea un ataque contra las legiones con la misma alevosía con la que me robó a mi hija, y sé que muchos príncipes están unidos a él... Es un oportunista, un astuto, un cobarde, un traidor.

Varus estaba convencido de que el padre planeaba una venganza a costa de sus legiones. Pero le siguió el juego.

—¿Qué jefes son esos que van a traicionarme?

—Muchos, pero no sé cuáles son... Debes apresarlos a todos, y amenazarlos para que confiesen el plan, y con ello eliminar la posibilidad de que llegue a ser perpetrado...

Varus al fin prorrumpió en una plácida risa, y después echó otro largo trago.

—Segestus, amigo, si hiciese lo que me pides sería *yo* el que provocaría una guerra, tratando como a animales a los jefes cuya confianza tanto me ha costado ganar. Sólo los brúcteros y los casuarios de Osnengi, la gente del Amisia, están dando problemas, y seis legiones están listas para ofrecerles un tremendo castigo que no olvidarán jamás, en el caso de que sobrevivan, lo que no es probable. Las otras tribus lo saben y por eso guardan silencio, porque conocen la fuerza de Roma... No, Segestus, te equivocas, y creo que el odio de padre te está cegando...

Segest se sintió impotente y ridículo. Se daba cuenta de que el muro era infranqueable. Miró el suelo y escrutó sus pensamientos, medroso ante al futuro. Sabía que la venganza de Armin caería sobre su cuello como las fasces de los lictores si vencía a Varus, y por imposible que ello pudiera ser, el tenaz querusco ya le parecía capaz de cualquier milagro.

—Debes escucharme, Varus, te lo ruego en nombre de todos tus dioses...

—¡Deja fuera a los dioses, Segestus! Los germanos tenéis la costumbre de mezclar a los santos dioses en todos los asuntos de la vida política. Los dioses están en los altares, y Varus con las

legiones. Pero te hago una promesa: a cambio de tu lealtad y confianza, y para no perder la que me profesarás en el futuro, procuraré entregarte la cabeza de tu querido *Arminius* metida en un saco.

—Que los dioses te concedan ese deseo, oh Varus... —imploró el germano, apesadumbrado, y al fin echó un largo trago de vino, tratando de ahogar en él la resignación y fatalidad que le provocaba lo que presentía con toda su alma.

OceanofPDF.com

XXI

IX D.C. TEUTOBURGO

Los tambores de la voluntad resonaban en su interior, imprimiendo un ritmo frenético a cada instante del día. Armin parecía animado por una energía inexorable.

Ingotar, Grumber, Wulfrund y Wulfsung recorrían en compañía de nutridas partidas las trochas de Teutoburgo, sus densas selvas, sus gargantas rocosas. La preparación de la batalla no debía dejar ningún detalle incierto, pues desconocían la ruta exacta que las legiones podrían seguir, independientemente de la traición de sus guías, que parecía casi garantizada. Aún así, sus mandos podían hacer lo que quisiesen, y eso dificultaba la situación. Armin sabía que cuando los contingentes germanos se concentrasen en Externstein, sus órdenes debían ser precisas. Ya no habría tiempo para pensar o sopesar decisiones. Todo debía estar claro, porque serían muchos miles de jinetes y sobre todo cientos de hordas procedentes de docenas y docenas de clanes. Conocía el furor de los germanos, y sabía que cuando se encendían los rituales de la guerra ya no podría detener el oleaje de su belígera vehemencia.

Un día encontraron un claro en las colinas. Las lomas de la selva descendían y dejaban despejada una ruta entre desfiladeros rocosos, que desembocaba en una tierra pantanosa. No conocía el

nombre que los brúcteros le daban, pero se le antojó una región magnífica, un rincón entregado por los dioses al más ambicioso de sus sueños. Si conseguían atraer a las legiones por esa ruta, las colinas estarían atestadas de germanos. La hierba era alta y las flores luminosas, pero, reconociendo sus arroyos, Armin se daba cuenta de que las aguas se encharcaban, y había ciénagas engañosas de las que un ningún caballo sería capaz de salir con vida. Formaban un laberinto en el que, recordando a Teseo, Armin trataba de encontrar el hilo que conducía hasta la victoria. Marcaron las rutas y despejaron nuevos senderos para los caballos pesados, marcados con grandes rocas, para que los jefes se abriesen paso hasta los emplazamientos escogidos. Armin ubicó las líneas de concentración en las cimas de los montes, dejando que una, la más alta, fuese talada y despejada para poder divisar los valles de Teutoburgo hacia el este de las sierras de Osnengi, por donde las legiones debían aproximarse. De cualquier modo, si el plan no funcionaba y las legiones avanzaban por el sur, la fortificación de la salvaje floresta de Teutoburgo continuaba siendo de importancia vital para el desplazamiento de la gran armada confederada, así como para la retirada y las emboscadas.

Mandó talar miles de troncos de abedul en los alrededores, y ordenó la fabricación masiva de largas y ligeras estacas, pues planeaba que muchos de los combates se librasen a la sombra de los bosques. Dijo cuántas debía haber y dónde debían esconderse. A medida que avanzaba el verano, el campamento de los brúcteros y de los queruscos iba creciendo junto al Externstein, pues cada vez eran más manos las requeridas en la preparación de la batalla: habilitaban trampas para osos, cavaban fosos en los puntos por los que podrían huir a reunirse los enemigos, una vez sorprendidos por el asalto. Armin empezaba reconstruir el ataque mirando el paisaje desde todos los puntos de vista conocidos, a diseñar cada movimiento de los diversos grupos con los que sabía que contaría. Supervisaba la fabricación de toda clase de armas, y dejaba que se acumulasen en las cavernas del Extemstein, a la espera de entregarlas a las hordas. Más y más hombres se unían al impulso

del querusco, que descansaba unas pocas horas al día antes de volver, con ferviente insistencia, a una actividad insaciable.

Espadas, hachas, martillos, flechas eran forjadas sin pausa. Adiestraba a la caballería querusca para obtener mayor control de las grandes unidades montadas, y entrenaba a los arqueros durante las gigantescas batidas de caza, gracias a las cuales trataba de evitar que los romanos se encontrasen con un terreno fértil alrededor: no debía quedar ni una sola presa viva, si no había sido ahuyentada, para que los enemigos no contasen con garantía alguna de poder alimentarse con facilidad en el caso de que perdiesen su retaguardia y los carros de impedimenta, lo que suponía uno de los objetivos fundamentales de las primeras fases del ataque. Así, ahuyentando a los animales salvajes y convirtiendo el Bosque de los Teutones en una trampa mortal, las jornadas pasaban rápidamente, el sol seguía su curso imperturbable, y el día más importante de la historia de Germania se avecinaba incierta pero inexorablemente.

OceanofPDF.com

XXII

IX D.C. TEUTOBURGO

Había pasado el tiempo lunar de la cosecha, que los druidas llamaban *Lughnasad*; se acercaba la hora en la que el sol se hundiría en su propio ocaso.

Apenas llovía, y un aire tibio y un cielo despejado les había invitado al trabajo durante las últimas semanas, cuando una tarde varios de los rastreadores brúcteros informaron a Armin y al círculo de jefes que algunos espías extranjeros habían sido apresados.

—¡Que no los maten! Traedlos, es necesario cerciorarse de lo que saben y desde hace cuánto tiempo lo saben. ¿Romanos?

—Galos... —respondió el mensajero con aversión. —No hablan nuestra lengua.

—Yo hablaré con ellos. Los galos ya hablan mejor el latín que sus propias palabras —sentenció el querusco.

Al caer la noche, la comitiva llegó a las praderas que circundaban el Externstein. Atravesaron el campo, en el que ardían varias fogatas, y se detuvieron ante un amplio círculo de guerreros. Los prisioneros venían encapuchados y maniatados sobre sus propios caballos. De no haber sido por las órdenes de Armin, los habrían traído arrastrados.

—¡Retiradles las capuchas! —ordenó Armin levantándose ágilmente y arrojando el hueso a uno de los perros, que lo atrapó en el aire y se escapó en busca de un rincón en el que triturarlo sin ser perturbado por sus congéneres.

Apartaron las capuchas. Uno de ellos se bamboleaba con los ojos cerrados y mantenía la cabeza inclinada hacia atrás, como si aspirase todo el aire del cielo. Armin lo reconoció con un vuelco en el corazón, esbozó una gran sonrisa y le preguntó:

—¿Qué dice Vercingetórix acerca de todo esto? A mí me parece que lo tienes difícil...

El galo abrió los ojos como si lo hubiese alcanzado un rayo, lanzó una vehemente mirada a Armin, y comenzó a gritar y a reírse como lo hacen los locos.

Wulfrund y Wulfsung se miraron con el ceño fruncido. No eran pocos los que volvían sus cabezas y miraban la escena. Armin tomó a su viejo amigo y lo desmontó, tomó un cuchillo y rompió las cuerdas que lo ataban. Lo primero que hizo el galo al verse libre, fue dejar de reírse y lanzar, de pronto, una mirada asesina a sus captores brúcteros.

Armin se dio cuenta de que eran necesarias algunas explicaciones.

—¡Éste es Vitórix!

Los brúcteros lo miraron hostilmente.

—¿Un romano?

—¡No! Por Tutatis... o por Tor, no, es un arverno de Gergovia, un enemigo de los romanos y un amigo mío.

—Te salva la amistad con mi amigo Armin de una muerte segura —amenazó el galo a sus captores en latín.

Armin tradujo:

—Dice que os agradece vuestro trato y que está contento de unirse a nosotros para luchar contra Roma...

Los brúcteros sonrieron por fin. Y el galo se sintió satisfecho con aquella muestra de humildad ante sus amenazas, así que dio el asunto por concluido.

Armin y Vitórix se abrazaron y continuaron hablando en latín.

—¿Qué te ha traído...? ¿Cómo...?

—Hacía tiempo que abandoné las legiones, tras la campaña de Panonia... Cuando Armin desapareció, decidí que mi formación había acabado y cuando acabó la campaña me marché. Y estuve viviendo de la caza en la orilla libre del Rhenus. Los sugámbrios nos dejaban cazar tranquilos. Hasta que hace no mucho unos cazadores, que ya nos conocían desde hacía tiempo, nos revelaron que un ejército germano se reunía en el norte para luchar contra Varus. Era un sagrado secreto, pero el sugámbrio me dijo que recordase el nombre de Wulfmund... Y estos brutos brúcteros nos apresaron como animales en una trampa para osos al sur, de camino a Teutoburgo, y aquí estamos.

Después de dar algunas explicaciones, los jefes escucharon las historias de Vitórix, y éste les dijo que Vercingetórix hablaba todos los días con él, y que los ayudaría a vencer. Cerunno se interesó especialmente en sus diálogos con el espíritu del legendario galo, y parecía ser el único que se los tomaba en serio. Fue aceptado en la cuadrilla a instancias de Armin, y a partir de entonces se convirtió en uno de sus mejores ayudantes para los entrenamientos de caballería. Los otros galos que lo acompañaban formaron aparte y se unieron a las hordas montadas bajo las órdenes de Wulfrund.

Pocos días después, Armin escuchó de los espías que las legiones estaban a punto de partir, y envió la noticia a los clanes queruscos. Los viejos bastones rúnicos fueron de aldea en aldea, los hombres se reunieron, los caballos relincharon y fueron cargados, y muchos miles de queruscos se pusieron en marcha hacia Teutoburgo. La orden viajó hacia los tubantios, hacia los dulghurnios y hacia todos los jefes de la alianza. Cerunno le dijo que la hora estaba cercana y que las fuerzas debían acantonarse.

Teutoburgo, el Bosque de los Teutones.

Era una zona salvaje y abandonada incluso por los germanos. Su bosque sagrado se extendía por encima y por debajo de una parte de las colinas de Osnengi, y en él moraban los espíritus de los antepasados, los padres de los lobos, de los osos, y todos los pájaros. La selva densa, profunda, fangosa, prehistórica, de Teutoburgo se había convertido en el escenario escogido para la reunión de las fuerzas germánicas.

El Santuario de Irmimur se elevaba ahora sobre praderas atestadas de guerreros. Las hileras de caballos iban llegando, los contingentes queruscos cantaban burdamente y hacían sonar una algarabía de cuernos de caza. Llegó Wulfila y su tercer hijo, Wulfbrandt, con las greñas canosas al frente de los lobos queruscos, vino Asgra de los jabatos queruscos, y Witolt de los osos queruscos, y Wilant; Gernot, al frente de las hordas de zorros rojos sugámbrios; Helmnir, el hijo de Helmbrecht, *herzog* de los tubantios, también Chludunmir, el hijo de Clodmir, jefe de los uros téncteros, con su yelmo cornígero; llegaron miles de arqueros márseros bajo el mando de Cradarich el Rojo, sucesor de Melonua, atraídos por Cerunno y sus mensajeros druidas, con sus rostros tintados de rojo gracias a la esencia del quermés, con sus crestas salvajes en las cabezas afeitadas, con sus dientes afilados como colmillos de lobos, los hombres feroces de los bosques... Y cientos de caballos amsívaros y angrívaros, con sus jinetes y sus amazonas arqueras, familias enteras de hombres y mujeres de las llanuras de los hombres—caballo, que acudieron a la llamada de la venganza, y jefes caucos, catuarsos y quemavos al frente de sus hordas vociferantes.

A falta de mayores ceremonias llegado el día del ataque, que el *kuninc* de la batalla, Armin el Querusco, pretendía llevar a cabo en medio del más absoluto silencio para causar mayor quebranto a los romanos, Cerunno reunió a las docenas de sacerdotes de todas aquellas tribus y comenzó a ordenar los sacrificios. Los astiles fueron clavados en las praderas, y alrededor de ellos los germanos de cada tribu y de cada horda se reunían y encontraban la forma de

orientarse en medio del mar de caballos y hombres que atestaba el paisaje.

Armin subió junto a Cerunno a la Roca del Sol, y contempló desde allí su sueño, que comenzaba a hacerse realidad. Había decenas de miles de germanos reunidos alrededor, cornos si el Santuario de Irminur fuera un hormiguero humano. Armin miraba por encima de aquella variada muchedumbre. Los estandartes, que pendían de las crucetas de largos astiles, se agitaban luciendo la forma negra y verde del gran dragón de las sagas, cuyas fauces apresaban, toscamente representado, al infame invasor; desplegaban algunos el emblema del cuervo desollador y el del ciervo corneador, el del uro cornilargo y del oso rampante, el del caballo encabritado, el del buitre y el del halcón de alas extendidas; ondeaban, además, los discos rojos y las grandes esvásticas del Sol Invictus. Veía el tapiz de cabezas, las barbas, los yelmos penígeros, metálicos, cornígeros o forrados de piel de miles de germanos, de miles y miles de compatriotas, sus variadas vestimentas, sus armaduras, sus rostros pintados, sus diversos escudos, grandes y pequeños, con las más diversas filigranas y dibujos, sus lanzas encrespadas como las púas en la piel de un gigantesco erizo extendida sobre la tierra... Finalmente, el sueño de Armin se iba a hacer realidad. Por segunda vez tendría su soñada batalla; mas esta vez estaba seguro de *qué*deseaba, y de *que* lo deseaba.

Cerunno alzó los brazos como un profeta, dando la señal a todos los sacerdotes y druidas.

Un viento soplaba hacia el este. Los hombres—cuervo, los adivinos y santones de los brúcteros, agitaron los brazos y emitieron gritos cavernosos. Horribles viejos decrépitos en los que se depositaba la sabiduría de la vida y de la muerte, cubiertos con sagos negros, dispusieron el fuego ponzoñoso de la guerra; sus uñas eran largas y llevaban torques y pulseras con plumas y garras de cuervo. Se desgarraban las gargantas gimiendo rúnicas plegarias. Comenzaron a encender las hogueras sagradas del gran ritual. Le parecía que estaba otra vez allí, junto a su padre, ante la gran batalla contra Cayo Sentio Saturnio...

Las voces de los ancianos entonaban unos cantos extraños que Armin nunca había oído. Sonoras ristras de runas. Trozos de mitos arcaicos. Guturales.

Brotaban de sus bocas como murmullos contenidos, o como la larga letanía de una fórmula mágica. Una fétida pestilencia se esparció por el aire, y las fumatas, negruzcas embajadoras de la muerte, se alejaron sobre el campo de batalla, visitando con su hediondez a las legiones. Eran los sacrificios para Helia, la diosa que custodiaba el portal de la muerte, y para sus elfos negros, los guardianes de las profundidades. Sus cuervos y buitres vendrían después a devorar muchos de sus muertos, para apartarlos de los dioses romanos.

El barditus estalló en las tribus germánicas como un bramido semejante al de los osos, o el zumbido que levanta una tormenta al azotar las ramas de las encinas. Docenas de trompas de caza resonaban formando una algarabía desconcertante de melodías desacompasadas y variadas que subían y bajaban con los armónicos básicos de aquellos instrumentos. Su sonido, profundo y juguetón, dotaba a la escena de un cierto aire de fiesta, y las muchedumbres comenzaron a gritar enardecidas los nombres de sus jefes; mas entre muchos otros resonaba un atronador Wulfila, como entonado por diez mil trolls, aquellos monstruos enormes que Armin había oído respirar, ocultos en el fondo de las cavernas. Wulfila se había convertido en el caudillo favorito de la infantería. Pero al fin más de diez mil voces repitieron al unísono aquella palabra, cuyo eco se arrastraba entre las colinas como las pisadas del dios del trueno, de camino a la contienda: Wulf, Wulf, Wulf.

Raptado por el recuerdo, Armin había *alzado los* brazos en la cima de la Roca del Sol, empuñando a *Zankrist*, y había gritado su ira. Le pareció que el cielo se lo tragaba al contemplar la luz evanescente del oeste, y cuando miró alrededor descubrió el rugido de las hordas, que lo saludaban. Un oleaje de mares humanos,

profundos, un grito que surgía del pecho del abismo rompía a su alrededor contra las rocas del Santuario.

Cerunno empuñó una gran antorcha.

A su señal, un gran círculo de leña fue izado y apoyado contra la base de las rocas del Externstein. Miles de voces raucas rugían, creando una sola voz: la voz de Germania.

Wulf, Wulf, Wulf.

Cerunno agitó la antorcha; la señal estaba dada.

El sol de leña comenzó a arder cuando los sacerdotes germanos propagaron el fuego de sus antorchas a la base. El consejo de los druidas se apartó y contempló el círculo en llamas en el Altar de Teutoburgo, la conjuración del sol y su sacrificio en las tinieblas nocturnas de los negros cuervos de Helia.

Los sacerdotes ordenaron silencio, los guerreros callaron, impresionados por la aparición del la Rueda de Fuego, con las runas solares ardientes y las altas llamaradas. Y entonces la voz de Cerunno rompió contra las rocas, y fue en busca de sus espíritus. Y así resonaron las palabras del taumaturgo en la lengua antigua:

Do lettum se asckim scritan,
Scarpen scurim, dat in dem sciltim stont.
Do stoptum to samane staim bort chludun,
Heuwun harmlicco huitte scilti,
Unti im ir o lintun luttilo wurtun,
Giwigan miti wabnum...

Giwigan miti wabnum... —repetían los druidas.

A ellos se unieron miles de voces, mientras Cerunno contemplaba las hordas enervadas, como extasiado, con la devoción que despierta un milagro.

—*Wabnum! Wabnum! Wabnum!*

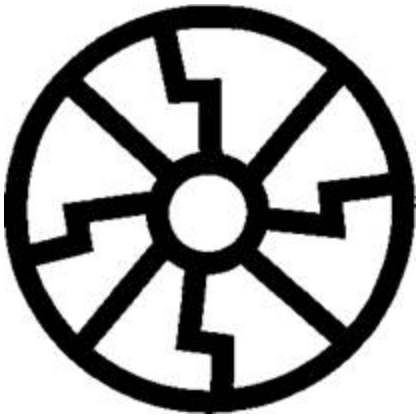
Cerunno mostró las rocas, agitando la antorcha sobre ella, clavó sus ojos en Armin, y su voz, amplificada por el eco de las piedras del Externstein, resonó por encima del rugido de las furentes hordas.

—Aquí arrancaré el corazón a Varus; serviré la mesa divina de la que comerán los divinos cuervos de Geri mis divinos presentes.

Sus últimas palabras estallaron como un trueno:

—¡Pues yo amo la sangre!

Las cuatro runas ardieron a lo largo de la noche, propagando desde el centro un gran círculo de fuego, el *Sol Invictus* de los germanos:



Cuando las llamas comenzaban a decrecer y la leña se descomponía en brasas bermejas que caían rodando entre las piedras como el magma de los volcanes de Thule, una claridad se extendió detrás de las moles rocosas del Santuario de Irminur, y los primeros haces de rayos apuntaron entre los árboles.

El sol, ardiente y fuerte, surgía de las oscuras montañas.

OceanofPDF.com

XXIII

IX D.C. MATTIUM

Tres legiones, la Decimoséptima, la Decimoctava y la Decimonovena, formaban ante Varus en las praderas de Mattium. Desde el Rhenus, cinco cohortes habían ascendido la ruta fortificada hasta Mattium para hacerse cargo del próspero campamento durante la ausencia de sus contingentes. Las otras dos legiones, Primera *Germanica* y la *Gallica*, estaban acantonadas en Colonia Agripina. Las seis creaban un inmenso cinturón de fuerza con el que el pro—pretor se disponía a constreñir Germania occidental.

Para mayor justificación, las últimas noticias hablaban de un nuevo levantamiento entre los brúcteros, que se había saldado con la muerte de varias docenas de romanos, aunque esta vez no lograron hacerse con la restablecida fortaleza de Aliso. Sin embargo, el terco empecinamiento de los brúcteros provocaba a los mandos romanos, que conservaban intacto el deseo de revancha desde que los germanos atacaron Aliso, meses atrás.

Varus estaba plenamente convencido de la idoneidad de su plan, y en las últimas semanas se había preparado para ejecutarlo pragmáticamente. Deseaba que en Roma se supiese que él también era capaz de castigar violentamente a los germanos si la ocasión lo requería, y eso cubriría de mayor gloria su brillante tarea en el norte. El triunfo estaba al alcance de la mano, y un círculo de seis

legiones era una seguridad más que grande, dadas las actuales circunstancias de Germania.

Las cohortes formaban a la espera, y Varus dio la orden.

—Casio Querea, haz que mis legiones se muevan.

El aguerrido tribuno dio la señal y los tambores resonaron, así como los belísonos bronces de las trompetas.

Las cáligas se pusieron en marcha, y una serpiente de acero de veinte millas se movilizó hacia el oeste. Sus estandartes jalonaban el orden de marcha. Los legionarios, aparatosamente pertrechados, estaban frescos para la campaña después del verano. Treinta y cinco mil hombres, de los cuales dieciocho mil eran legionarios itálicos y el resto tropas auxiliares de origen galo, hispano, germano y macedónico, extendieron una serpiente acorazada de veinte millas que se adentraba en los territorios del oeste. Varus dio pocas opciones a los guías, y les dijo que se desplazasen hacia el curso septentrional del Visurgis, pues quería tomar a los brúcteros desde sus poblaciones más alejadas, y devastar sus tierras sin dejar rastro alguno de sus castros, y desde allí descender al encuentro del Rhenus, situación que, debidamente informada, podía coincidir con la penetración de las dos legiones acantonadas en Colonia, lo que reforzaría la campaña, cerrando el círculo destructor sobre sus enemigos, que se verían asaltados por ambos frentes. Varus sonreía al imaginar el rostro de los jefes rebeldes, viéndose de pronto sobrepasados y aplastados por la inmensa fuerza de Roma, y consideró una vez más lo acertado del plan.

El atelaje cargado era numeroso, y los carros viajaban en el centro de la compacta comitiva. La numerosa caballería se desplegaba a ambos lados y los rastreadores se desplazaban alrededor creando un perímetro de seguridad. Las Águilas de Plata de las legiones viajaban soberbiamente hacia el oeste, empuñadas por sus *aquilifer.* Varus contemplaba el paisaje desde la lujosa litera, que porteaban una docena de esclavos. Las colinas verdes, salvajes, ondulaban alrededor. Veía arroyos y rebaños de ciervos que huían al amparo de las selvas. Por delante, el metal de los

cascos y de las armaduras formaba líneas acorazadas, y los escuadrones de caballería se desplegaban. Las insignias del Imperio Romano, y los cincelados SPQR centelleaban al sol.

Fue entonces cuando uno de sus augures vislumbró el vuelo de unas aves en el oeste. Alzó el *lituus* y gritó con la teatrocrática devoción de un falso profeta:

—¡Ved las águilas sobre Germania! ¡Marte está con Varus!

OceanofPDF.com

XIX

IX D.C. TEUTOBURGO

Mientras Ortwin hacía volar su águila ante las legiones, tal y como le había pedido Armin, convocando el vuelo de sus congéneres, y Varus y sus augures no dudaban que la Fortuna les sonreía, bendiciendo cada paso que daban en aquella dirección occidental, el querusco ultimaba los preparativos y rogaba a los dioses que los guías lograsen conducir a su enemigo hacia el lugar indicado.

Las numerosas hordas fueron armadas y revisadas, y Armin pidió que abandonasen el Santuario y que se sumergiesen en las selvas de Teutoburgo, en busca de cada lugar tal y como lo había planeado. Setenta mil germanos desaparecieron en las tinieblas impenetrables de las florestas de Osnengi, a la espera de las órdenes del *kuninc*. La movilidad de sus unidades y su superioridad numérica le garantizaban a Armin eventuales desplazamientos en busca de las posiciones más ventajosas según la ubicación final de la marcha de las legiones.

El día finalizó y las nubes se congregaron, negros presagios otoñales de lo que acontecería. Armin volvió a las rocas del Santuario, y ascendió hasta una de sus cumbres para contemplar el paso de la tormenta, que se anunciaba con fugitivos lampos a lo largo del horizonte nórdico. La lluvia comenzó a caer, y recordó a Thusnelda, a la vez su valquiria y su madre tierra, por primera vez

en muchos días. La terrible actividad le había impedido pensar en ella de ese modo; la recordaba siempre, pero no de esa manera tan concreta, acariciándola con cada uno de sus pensamientos. Su largo cabello, su rostro, sus ojos verdes...

Oscureció bajo la lluvia, y la silueta del querusco se fundió con la negrura del cielo.

En la pradera, las manadas de lobos acudían a recoger las ofrendas de Cerunno. Escuchaba los aullidos y ladridos, sus rencillas, sus furtivas idas y venidas.

Allí permaneció largo rato, en la alta cumbre de Externstein. Seguía imperturbable, contemplando el paso de los cielos. Vislumbraba sombras de altas serranías y cumbres, pero era una impresión efímera y se perdían en la distancia, como si el cielo las arrastrase consigo, o como si las rocas del santuario navegasen por un mar de nubes y las dejasen atrás, inmovilizadas en un momento irrepetible y a la vez eterno. Un manto de niebla se arrastraba sobre la Tierra, la incertidumbre que asolaba los caminos de los hombres mortales volvía a visitarlos en su última hora. Y así llegó la noche.

No importaba la lluvia ni el rayo, el trueno o la sangre que resbalaría por las hojas de acero. No valían nada. El barro, o el sudor, o el quebranto cruelmente asesino, la brutal escisión que separaría la vida de la muerte. Las pérdidas, los amigos, la propia vida, donde, así se lo parecía, no hay en realidad nada que perder, pues todo en ella es prestado. Todo eso carecía de valor.

Sólo la victoria dignificaría el esfuerzo.

El rugido de la gloria empujando por los torrentes de la sangre, desbordando sus cubículos ignotos, transmitiendo su fuerza a los nervios.

Hacer algo que jamás nadie se había atrevido siquiera a soñar.

Por encima de la condición humana. Por encima de todo cansancio.

Una victoria mundial. Una victoria histórica. Una herida en el pecho de Augusto, que no volviese a cerrarse jamás, y que sangrase hasta el día de su muerte.

Él.

Arminius.

Que Roma no olvidase su nombre.

Que la Historia recordase el precio de su ira.

Preparado para su obra maestra: demoler los pilares del Imperio. Destrozar al enemigo odiado y conquistar una grandeza sin precio más allá del hombre. Como Alejandro, como Aníbal, como Vercingetórix... Él, la implacable determinación de un sólo hombre...

Alzó el puño, crispado.

La figura imponente del vengador, con el yelmo alado, impasible ante la vastedad del paisaje y las rachas de lluvia que lo azotaban, se irguió frente al abismo, en la cumbre más alta del Externstein, en la Roca del Sol.

Una silueta imperturbable, impuesta contra el fugaz arañazo de los rayos.

Una voluntad más fuerte que los sueños de este mundo y que el cobarde paso del Tiempo.

Un hombre de carne y hueso que eclipsaba el fulgor de unos dioses inmortales y tenebrosos, a los que él había obligado a jurar venganza contra Roma.

Una venganza por los oprimidos y sufrientes frente a la soberbia imperialista.

Una gloria y una luz imperecederas en la oscuridad de la historia.

Una sombra que se prolongaría hasta el fin del mundo.

Una voluntad que escindiría los milenios.

Un querusco, un hijo de Germania.

Un bárbaro, un creador.

Un superhombre.

Un libertador.

Un as.

OceanofPDF.com

EL PRESAGIO DE AUGUSTO

OceanofPDF.com

IX D.C. ROMA

Livia se había reunido con Germánico en varias ocasiones, interesada una y otra vez en las palabras del oráculo de Cumaæ, que Germánico portó a su madre Antonia y repitió por vez primera ante los augures.

Germánico recitó de nuevo los misteriosos versos de la demente sibila, y la profecía volvió a ser escuchada en el palacio de Augusto:

Gira así la rueda para los hijos de Drusus:
El último tiene lo que el primero merece,
El segundo prepara un baño al primero,
El primero se pudre donde el último florece.

Tres águilas en el cielo se ahogarán,
Y el cachorro de la loba que hoy acosan
Mañana sus alas a dentelladas arrancará.

Podridos caerán los frutos del Árbol Claudio,
Cuando la Diosa de Roma pode sus ramas.
Un cachorro sangriento y plumas imperiales,
Un idiota consagrado por el sacrificio

La que gobernaráel secreto de Vesta,
Sin quererlo, salvarácomo imperial novicio...

Veneno del Rómulo hecho Quirino enfurecido,
Rociaráen los sueños del segundo César,
Y la misma loba que a Rómulo amamantó
Cría hoy al cabelludo vástago de Sísifo.

Livia pareció absorta unos momentos; después inquirió a Germánico con fingida amabilidad.

—Tu abuelo padece muchas pesadillas desde hace meses, y quería oír de nuevo el mensaje de Cumas, sin voces intermediarias. Dicen que los primeros en oír tales augurios son los únicos que deberían repetirlos.

—¿Son graves sus padecimientos? —preguntó Germánico.

—No lo suficientemente como para causarle mal alguno, pero quisiera ayudarle a vencer esos males. Las águilas lo atormentan en sueños.

—A veces la conciencia es capaz de esos prodigios. Augusto mejorará —dijo Germánico con determinación.

Livia, que entendía que su nieto deseaba marcharse, le habló mirándole a los ojos.

—Te marchas a Germania, y se acerca la hora de que finalices la obra de tu padre. Llevas muchos años deseándolo. No olvides que tu abuela te ha ayudado mucho para que al fin realices tu sueño, y que Tiberio pondrá en tus manos grandes ejércitos. Pero entonces no olvides quiénes te quisieron.

Los ojos de Germánico se iluminaron con un brillo extraño. Livia volvió a ver el noble fulgor de Drusus.

—Roma nunca olvida; Roma siempre vuelve.

Y diciendo esto, Germánico se volvió marcialmente y abandonó la sala.

*

Aquella noche, Augusto volvió a ser asediado por sus pesadillas. Al principio eran confusas y sólo sentía angustia y náuseas. Mas por fin una imagen se posó sobre él y pudo distinguir su interior y su simbólica lucha. Un lobo se enfrentaba a las águilas en las tinieblas de su alma.

El lobo había logrado apresar a una de ellas y le despedazaba el ala, sacudiendo a diestro y siniestro la noble ave. Ver la majestuosa águila convertida en una presa de tan infame criatura... Augusto se revolvía en sus sueños, tratando de escapar de ellos. Desesperado, iba en busca de un puñal, una daga, un gladio... Habría dado su Imperio entero a cambio de la hoja cortante de una espada con la que degollar el cuello al siniestro animal.

Mientras el águila se revolvía y lanzaba picotadas, la cabeza del lobo se tiñó de sangre, pero no cejó en el empeño. Aquellos ojos ambarinos se posaron en la mirada interior de Augusto, quien, silenciado por el espanto, asistía al execrable crimen de ver el ave más soberbia del cielo vencida por un rabioso lobo. Por fin terminó de arrancar el ala y en un último embate saltó sobre el cuello de la rapaz, lo frunció ente sus dientes, y lo partió.

Peor que el can Cerbero, peor que los caballos de Diomedes, que se alimentaban de carne humana... peor que el más abismal de los horrores de Minos, allí se erguía otra vez el monstruo de sus sueños, dispuesto a devorar sus águilas, las águilas de Roma...

—¡Mis águilas...! ¡Devuélveme mis águilas...! ¡Perro sarnoso del Averno! ¡Engendro de las sibilas! ¡Horror depravado de Hékate!

¡Vuelve aquí que te atraviese con mi cuchillo...! ¡Me bañaré en tu sangre si es necesario...! ¡Devuélveme mis águilas...!

Los desesperados gritos de Augusto, fuera de sí, pusieron en guardia a todo el palacio imperial. Livia se cruzó con los centinelas bátavos, ataviada con una túnica, sosteniendo la lámpara de oro. Mientras tanto, los gritos del Emperador resonaban en el ominoso pasillo.

—¡Perro sarnoso del Averno! ¡Devuélveme mis águilas...!

OceanofPDF.com

GLOSARIO

Accensi. Unidad del ejército romano.

Ad bestias. *A las fieras.* Condenación a morir devorado o descuartizado por fieras durante la celebración de unos juegos. Los cristianos fueron condenados a menudo de esta manera en Roma.

Ad Urbe condita. Expresión latina que significa *desde la fundación de la ciudad.* Tomaba el punto de referencia histórico en el año 753 a.C, momento en el que se supone que Rómulo trazó con su arado el círculo que rodea la colina del Palatinado. Se atribuye a Terencio Varrón la imposición de tal modelo temporal entre los romanos.

Adsidui. En la antigua Roma, ciudadanos con suficiente capacidad económica y con el privilegio de ser elegidos para servir en el ejército romano.

Aduatucos. Aquellas tribus que habitaban los valles donde las aguas del Sabis desembocaban en las del Mosa, en la Galia Cabelluda; pertenecían al conjunto de los *belgæ*, pues reclamaban su origen más germano que celta, al considerarse parientes de los teutones.

***Ænus*, río**. Actual río Inn que atraviesa Baviera.

África. En lugar de referirse a todo el continente, tal y como hoy lo entendemos, los romanos de la República y del Imperio aplicaban normalmente el vocablo *África* a la parte de la costa norte, en torno a Cartago, en la actual Tunicia.

Agger. Concretamente, se denominaban así las dobles murallas que defendían y fortificaban a Roma por su lado más débil, el *campus esquilinus*, formando parte de la muralla Serviana. Por extensión, se denominó así al terraplén levantado con la arena que los zapadores y legionarios extraían al excavar el foso y sobre el que eran clavadas las empalizadas de estacas que protegían los campamentos.

Agricultura. Literalmente, *ciencia de los cultivos.*

Alæ. La caballería auxiliar romana estaba organizada en tres tipos diferentes de unidades. El *ala quingenaria*, formada por quinientos doce jinetes, el *ala militaría* engrosada por setecientos sesenta y ocho hombres y la *cohors equitata*, un tipo de unidad mixta de infantería ligera y caballería (en proporción de tres a uno), la cual a su vez podía ser *quingenaria* o *milliaria.* Una cohorte *equitata quingenaria* constaba en total de cuatrocientos ochenta soldados de infantería y ciento veintinueve de caballería; y una cohorte *equitata milliaria* contaba con ochocientos soldados de infantería y doscientos cincuenta y seis de caballería.

A su vez, un *ala quingenaria* estaba dividida en dieciséis turmas. Cada turma constaba de treinta jinetes con un decurión al mando, un lugarteniente y un *sesquiplicarius.* Además, cada turma tenía su propio portaestandarte *(signifer).* El *ala* tenía su propio portaestandarte *(vexillarius)*, el cual portaba la banderola con el nombre del *ala. A* su mando iba un *praefectus equitum* procedente de la orden ecuestre, un comandante que a menudo era un extranjero del pueblo al que perteneciera el ala. Esto sorprendió a Armin. Había germanos entre los mandos de las unidades más grandes de caballería. Marcómanos, hijos de príncipes téncteros y brúcteros; la siguiente generación de germanos de los pueblos masacrados por Drusus Claudio Nerón estaba allí representada, conquistada, era parte de los mecanismos que empujaban a Roma hacia la victoria.

También existían las *equites legionis*, que eran las unidades de caballería presentes en cada legión, formada por unos ciento veinte

hombres y comandada por un centurión o un *optio. A* su vez existían los *equites singulares*, cuerpos de caballería que hacían las funciones de escolta de los legados imperiales, los más altos cargos designados por el mismísimo amo del mundo, por el divino Augusto, y de los gobernadores provinciales de Germania, como lo habían sido Drusus y Tiberio, los hijastros de Augusto, o Marcus Lollius, Lucio Domitio o el más reciente Marco Vinicio; los que protegían al emperador se denominaban *equites singulares Augusti*, y eran el equivalente a la guardia pretoriana. Cuando Augusto había visitado Colonia tras la muerte de Drusus, ellos eran los que lo habían acompañado junto a las cohortes pretorianas. Formaban una exclusiva, selecta y privilegiada unidad, muy bien pagada por la cercanía a los más altos mandos regionales.

Albis. El actual río Elba.

Alejandro Magno. Rey en el norte de la antigua Grecia, concretamente de Macedonia. Fue el tercero que heredó tal nombre. Nacido en el 334 a.C., fue sucesor de su padre Filipo V a la edad de veinte años. Gran detractor de los persas, asumió el deber de eliminar para siempre la amenaza de que pudieran invadir Europa. Cruzó con su ejército el Hesoponto y desencadenó una increíble odisea de victorias que le llevó a convertirse en uno de los referentes conquistadores más grandes de todos los tiempos, llegando hasta el río Indus del actual Pakistán. Cuando murió, el imperio no le sobrevivió, y el inmenso territorio conquistado, que comprendía Asia Menor, Egipto, Siria, Media y Persia, se dividió entre sus generales, que fueron conocidos como reyes helénicos.

Alesia. Importante ciudad en la baja Arvernia, lugar en el que fueron sitiados y vencidos por Julio César los ejércitos del héroe galo Vercingetórix.

Alianza de los Ases. Término con el que se alude a la confederación de pueblos germánicos que trajo consigo el inicio de la tercera guerra de Germania; los antiguos lazos de unión entre los *herminonios*, los *istævonios* y los *ingævonios.* Se desconoce, aunque parece probable, si realmente ésta fue la misma

confederación que, en un estado más primitivo, motivó la multitudinaria migración de los teutones y de los cimbrios hacia el sur, dando lugar a la Primera Guerra entre germanos y romanos.

Allec. Restos sólidos de la elaboración del *garum*, según Catón en *De agri cultura.*

Almadía. Conjunto de tablones o troncos unidos unos con otros mediante cuerdas para poderse servir de ellos en el cruce de un río o lago a modo de balsas.

Alóbroges. Tribus celtas que habitaban los montes al sur del lago Lemanna, al pie de los Alpes occidentales y el Ródano hasta el río Isara, en el sur. Fueron enemigos fieros de los romanos, y combatieron su ocupación.

Alquilifer, pl. alquiliferi. Portaestandarte que portaba el *aquila.*

Ambarres. Una de las ramas de aquel conjunto de tribus celtas que fueron denominadas eduos, habitantes de la zona central de la Galia Cabelluda, cerca del Arar (hoy río Sena).

Ambrones. Una de las tribus de los pueblos germánicos conocidos en conjunto bajo el nombre de *teutones*; todos ellos fueron exterminados en Aqua Sextiae en el 102 a.C. Véase también *Teutones.*

Ambrosía. Comida fabulosa que en la mitología clásica se considera sustento de los dioses, la cual les otorga juventud eterna. En el panteón nórdico, la ambrosía era el *medhu*, el sagrado hidromiel escanciado por las valkirias, así como los frutos dorados que Freia cultivaba en los jardines de Asgard.

Amisia. El actual río Ems. Nace en Alemania, en los altos de Teutoburger Wald, y atraviesa Holanda.

Amsívaros. Pueblo germánico que habitaba los territorios comprendidos en torno al curso bajo del Rin, en su margen derecha, al oeste del lago Flevo.

Ánfora, anforæ. Recipiente de cerámica, alargado, con estrecho cuello, dos asas y terminado en punta. Era utilizado para el transporte de vino, trigo, aceite, y era gracias a su punta, que le permitía estibarse fácilmente en el serrín de las grandes arcas en las que solían acumularse, que no podía romperse, viajando segura de un lugar a otro por mar o tierra, impidiendo que los continuos vaivenes del oleaje o los baches del camino sacudiesen las vasijas unas contra otras y las rompiesen. Por otro lado, en tareas de carga y descarga masivas, se podía girar fácilmente por el suelo sin necesidad de cargar a peso con ellas, lo que agilizaba su movimiento. Su capacidad aproximada solía ser de unos veinticinco litros.

Anglos. Pueblo germano que habitó al norte del río Elba, en el Quersoneso Címbrico, estrechamente emparentado con los queruscos y con los cáttos.

Angrívaros. Pueblo germánico que habitaba los territorios comprendidos al norte del lago Flevo, más allá de las desembocaduras del Ems y hasta las del Weser.

Aníbal. Príncipe púnico, el más glorioso de cuantos dirigió ejércitos contra Roma. Nacido en el 247 a.C, invadió la península itálica merced a un ataque relámpago, en el que, magistralmente, atravesó los Alpes sobre elefantes por el Montgénévre, sorprendiendo a Roma. Se pasó dieciséis años campando a sus anchas por la Galia Transalpina e Italia. Derrotó en sucesivas ocasiones a los ejércitos de Roma, en Trebia, Trasimeno y en Cannas, donde protagonizó la más terrible victoria que había sido infligida a los ejércitos romanos, aniquilando ochenta mil hombres, un total de diez legiones, contando él tan solo con cincuenta mil. Quinto Fabio Máximo Verrucosis Cunctator fue el ideólogo militar y estratega que consiguió vencerlo, dedicándose a desgastar con continuos ataques el ejército cartaginés, pero sin entablar batalla. Con Fabio Máximo siempre tan cerca, no se atrevió a caer sobre Roma, fue traicionado por sus aliados itálicos y debió dirigirse hacia el sur, abandonando Campania. Perdió Aníbal Tarento y su hermano Asdrúbal, en Umbría, sufría la derrota en el río Metaurus.

Se vio acorralado en el apéndice de la península italiana llamado Bruttium, desde donde evacuó a su ejército ileso hacia Cartago en el 203 a.C. Fue derrotado en Zama por Escipión el Africano, y después trabó alianza con Antíoco el Grande, de Siria, siempre obsesionado con vencer a Roma. Tras la derrota de Cartago, buscó asilo en la corte Siria, pero, implacable, Roma lo persiguió y logró someter este estado. Aníbal volvió a huir, ésta vez a la corte del rey Prusias en Bitinia. Roma exigió la entrega de Aníbal en el 182 a.C, y éste, finalmente, se suicidó. Roma siempre lo consideró un gran enemigo, y, a pesar de su pragmática persecución, lo admiró hasta el último momento.

Anonna. Entrega gratuita de cereal que en Roma se hacía a la plebe, para contentarla, con fines propagandísticos y políticos en virtud de los cuales los gobernantes se garantizaban la simpatía de las masas.

Appia, vía. Construida en el año 312 a.C. Era una de las más antiguas y recorría la península itálica hacia el norte.

Aqua Sextiæ. La actual Aix—en—Provence. Ciudad famosa por sus balnearios, en la provincia de la Galia Transalpina. En ella Cayo Mario venció a los teutones en 102 a.C.

Aquila. Principal estandarte de una legión y coronado con una águila dorada o de plata.

Aquileia. En sus comienzos fue una colonia de derecho, ubicada en el confín de la Galia Cisalpina, un bastión que debía proteger las rutas comerciales que se dirigían hacia los Alpes Cárnicos desde Noricum e Illyricum. Fundada en 181 a.C, se convirtió en punto neurálgico de varias calzadas que la unieron a Ravenna, Verona, Patavium y Placentia, transformándose en la ciudad más influyente del norte del Adriático.

Aquilifer. Creado por Cayo Mario durante sus reformas del ejército, cuando concedió a las legiones las Águilas de Plata, era, junto al *primus pillus*, el mejor soldado de la legión y el portador del sacro símbolo central del ejército. Iba revestido con una piel de lobo, de león o de leopardo. Puesto de gran estima y alto honor, fue,

a su vez, peligroso, pues los ejércitos enemigos codiciaban las águilas de Roma. No hubo afrenta mayor para un general o legado que perder el águila de su legión. Augusto recuperó varias águilas perdidas en el transcurso de las campañas contra los cántabros, y Drusus recuperó el estandarte de la legión V *Alaudæ* durante sus invasiones de Germania. Arminius, sin embargo, será el enemigo que más águilas arrebató a las legiones de Roma en un solo enfrentamiento, durante la Batalla de Teutoburgo.

Aquitania. Extensión ocupada por la confederación de tribus celtas llamada de los aquitanios. Su *oppidum* más importante fue la de Burdigala, a la izquierda de la desembocadura del río Garona, y se extendió al sudoeste de la Galia Cabelluda, junto al río Carantonus, al norte de los Pirineos.

Ara Pacis Augustæ. *Altar de la Paz Augusta.* Símbolo del Principado de Augusto; es un monumento de planta cuadrada, a cielo abierto, con un altar en el centro, levantado en el Campo de Marte en el año 12 a.C. y fundado en el año 9 a.C, cerca del propio mausoleo del *princeps*, para conmemorar el final de sus guerras contra cántabros y astures, y las campañas contra los galos.

Arausio. Actual Orange. Situada en la orilla oriental del Ródano, en la Galia Transalpina.

Arduenna. Actual bosque de las Ardenas, en el norte de Francia. En los tiempos de Augusto sus extensiones cubrían desde el Mosa hasta el Mosela y era un bosque profundo e intransitable, centro de cultos druídicos.

Arelate. Actual Arles, emplazamiento fundado muy probablemente por los griegos, adquirió importancia cuando Cayo Mario decidió la construcción del canal del delta del Ródano.

Argentorate. La ciudad de Estrasburgo.

Argentum. Entre los romanos, plata, y, a su vez y en un sentido más general, dinero.

Aries pensilis. Ariete suspendido de una plataforma de madera.

Aries subrolatus. Ariete provisto de ruedas, o, en su defecto, ariete que se hace rodar sobre un conjunto de troncos.

Armin (Erminer, Erminmer, Irminer, Hermino...). Como otros nombres actuales como Arnold (Arnauld, Arnaldo), por cercanía con el germano *aar*, estaría vinculado con *águila*, *aarmin* vendría a significar algo así como *aguilucho, pollo de águila*, denominación que no parece descabellada, tratándose de un hijo varón que no es el mayor de la prole, y que por tanto no puede heredar, en el momento del nacimiento, el derecho a la raíz dominante de la línea genealógica, que a través de su abuelo Segismund y de su padre Segimer recae por ello en su hermano mayor Segifer, todas ellas formas nominales derivadas de la composición de la raíz germánica *sigu*, victoria. Arnulf y Argilulf son nombres longobardos del siglo V y VI d.C. y también conservan intacta, aunque abreviada, la raíz *aar.* Pero lo más probable es que el origen germano de este nombre quede sobradamente justificado por su relación con las palabras *Hermino, Irmine, Erminer*, todas ellas variantes más o menos dialectales de *Irminur*, uno de los nombres con los que se referían a la deidad primordial de la guerra en la edad de hierro prerromana. Véase *Arminius.*

Arminius. Desde mi punto de vista, versión latina del nombre germano *Armin.* Algunos historiadores han sugerido que el famoso caudillo germano hubiese sido adoptado por miembros de la familia romana patricia del clan *Arminia*, tras su ingreso en el ejército romano como importante jefe de caballería. A mi parecer, esta teoría es muy poco probable y demasiado especulativa. Véase *Armin.*

As. Ases. Traducción del germánico *ase, asen, æsir.* Familia de los dioses que ya eran personificaciones mayores de las fuerzas de la Naturaleza. Su nacimiento es posterior al de los Vanes, las fuerzas en sí mismas carentes de humanización o representación, como la fertilidad o los cambios de las estaciones del año. Muy al contrario, los Ases fueron encarnaciones concretas en el ideario colectivo, cuyas siglas de identidad se repiten entre los celtas, los

griegos o los romanos. El dios de la guerra guarda parentesco entre el Tor nórdico, el Tutatis celta—galo y el Marte romano. Arqueólogos de gran prestigio como Ernest F. Jung o Hachmann sostienen que los Vanes tuvieron su origen en el pensamiento arcaico—mágico de la Edad de Piedra, mientras que los Ases nacieron con la revolución espiritual y el concepto individual de la Edad de los Metales, dominada por un pensamiento mítico—mágico.

As*. Moneda romana, la unidad básica en su escala. En época de Augusto, pesaba once gramos y era de cobre; dieciséis ases equivalían a un denario.

Asciburgius. Nombre latino dado a los montes que hoy se conocen en alemán como Riesengerbirge (Montañas de los Gigantes).

Atrium. Recibidor de las mansiones romanas. Se componía de una gran abertura rectangular en el techo y de un estanque, el cual era usado en un principio para disponer de agua de uso doméstico, aunque después degeneró en elemento ornamental, al que solían añadirse peces.

Audax Iapeti genus. *La audaz raza de Japeto.* Horacio *(Odas*, I, 3, 27) designa con este nombre a Prometeo; por extensión, se aplica a la condición de la lucha humana por la supervivencia frente a la fatalidad del Destino.

Augur. Sacerdote romano. Su función era la adivinación. Cada augur era miembro del Colegio de Augures, repartido en Roma a partes iguales entre patricios y plebeyos. Después de la *Lex Domitia de Sacerdotiis* en el 104 a.C, promulgada por Cneo Ænobarbo, los augures fueron elegidos públicamente y ya no por los propios miembros del Colegio. Por lo que sabemos, el augur no procedía a su antojo, sino que examinaba ciertos objetos o signos acontecidos en su entorno, de los cuales extraía pseudo—conclusiones, a menudo más arbitrarias que reales. Estos signos podían representar o no la aprobación de los dioses ante el inicio de una empresa, fuese de índole política, personal o militar. Existía un

elaborado manual de interpretaciones, por lo que los poderes psíquicos no eran necesarios en el elegido a tales efectos. Curiosamente, da una idea bastante clara al respecto el hecho de que el estado romano no gustaba de aquellos que ostentaban poderes sobrenaturales, prefiriendo atenerse al texto, entendido como una especie de ley arbitraria y más precisa, muestra de que hasta la muy extendida superstición debía atenerse a las leyes propias del espíritu de Roma. Los augures vestían la *toga trabea* y portaban el *lituus* (véanse en este mismo glosario ambas voces).

Augusta Treverorum. Actual ciudad de Tréveris.

Augusta Vindelicorum. Actual ciudad de Augsburgo.

Auxilia. Auxiliares. Tropas pagadas por Roma a través de sus ejércitos, con las que engrosaban los contingentes de ciudadanos de las legiones; no eran, por supuesto, ciudadanos de pleno derecho.

Ave Cæsar, morituri te salutant. *Salve César, los que van a morir te saludan.* Palabras que, según Suetonio (*Claudio*, 21), pronunciaban los gladiadores romanos al desfilar por delante de la logia imperial.

Aventino. Una de las siete colinas sobre las se asentaba la ciudad de Roma.

Ballista. Máquina de guerra que lanzaba piedras.

Barditus. Grito de guerra que, según Julio César (*De bello Gallico)* y Tácito (*Germania),* emitían los bárbaros del norte de Europa para intimidar a sus enemigos; lo describen como una especie de zumbido producido al soplar con los labios contra la parte posterior de los escudos.

Basílica, basílicæ *(basílica).* Importante edificio destinado a uso público, propiedad del estado. Podía contener tribunales, despachos, salas de reuniones o comercios. Eran erigidas por nobles ciudadanos de reconocido prestigio público, habitual mente consular, y estaban iluminadas por una lucerna cenital. La primera de las basílicas fue erigida por Catón el Censor, en el Clivus

Argentarius. Después llegaron muchas otras como la Æmilia, Sempronia y Opimia, albergadas en el Foro.

Bátavos. Pueblo de origen germánico que habitaba en las desembocaduras del Mosa, al sur del Rin. Fueron aliados de Julio César y de Augusto. Sin embargo, protagonizaron junto a las tribus marcómanas una importante invasión del *limes* durante el mandato de Marco Aurelio, quien, desplazado a la zona, contrajo una peligrosa enfermedad que causó su muerte. En torno a este hecho se ha especulado si su salvaje y por lo demás antagónico hijo Cómodo fue el verdadero causante de la muerte, suficientemente lejos de Roma y ansioso de poder absoluto, a la vez que consciente de la desaprobación con que su padre, fiel al estoicismo, veía los excesos del primogénito.

Belgæ. Unión de tribus, de temible renombre, que dominaban los territorios al noroeste de la Galia Cabelluda en las proximidades del Rin. Su origen racial era mixto, y fueron probablemente mucho más germánicos que celtas. Entre ellos se contaban las tribus de los tréveros, los aduatucos, los condrusos, los belovacos, los menapios, los arrebates y los bátavos. Todos ellos fueron dominados por Julio César durante la Segunda Guerra de Germania.

Belovacos. Pueblo celta—germánico perteneciente a la confederación de los *belgæ.*

Berserker. Palabra islandesa de profunda raigambre germánica. Podría traducirse como *transfigurado, cambiado, trocado, metamorfoseado en animal*. Su origen reside en las primeras prácticas chamánicas y en la creencia popular según la cual, entre los germanos, se daban transformaciones en los animales a los que veneraban. Posiblemente, su existencia demuestra que las prácticas chamánicas fueron comunes entre los primeros pueblos germánicos de la Edad de Piedra y de la de Hierro, merced al uso de drogas naturales. A su vez, la mitología recuerda numerosos casos de *berserker* entre las aventuras de los ases, como Loki, a quien se consideraba padre de Fenrir, el gran lobo, y de otros monstruos infernales. También induce uno de los

conceptos guerreros más ancestrales, el de la transformación en el espíritu del animal que domina o da nombre a un clan, con objeto de despertar la furia en aquel sujeto que, al invocarlo, se enfrenta a un combate o participa en una batalla.

Bibracte. Importante centro galo. Localizado en la actual Borgoña, se cree que el emplazamiento original de su fortaleza se hallaba en los altos del monte Beuvray.

Biga. Carro de guerra tirado por una pareja de caballos.

Birreme. Entre los romanos, nave con dos órdenes de remos.

Bohuslän. Provincia del sur de Suecia, famosa por sus hallazgos arqueológicos tanto germánicos como vikingos.

Boiohamum. La actual Bohemia, en Checoslovaquia. Región habitaba por las tribus germánicas eduas, marcómanas y suevas.

Bonna. Actual ciudad de Bonn. Entonces sólo se trataba de uno de muchos campamentos próximos a Colonia Agrippina.

Bononia. Actual religión de Bolonia.

Borysthenes, río. El actual Dniéper, en Ucrania.

Breno. Rey celta. En el año 390 a.C. saqueó Roma. Casi llegó a apoderarse del Capitolio durante su asedio, de no haber sido por los gansos sagrados de Juno, que graznaron hasta despertar al consular Marco Manlio. Tras descubrir el punto de las murallas por el que los galos escalaban, consiguió rechazarlos con sus tropas. Viendo su ciudad reducida a humo y escombros y sin provisiones, los defensores del último bastión decidieron comprar sus vidas, lo que fue pactado a cambio de mil libras de oro. Breno aceptó y llevó unas pesas trucadas al Foro. Allí los romanos se quejaron y Breno pronunció la famosa frase, *Væ victis!* (véase). No teniendo tiempo para matar a los romanos por su audacia, un ejército romano irrumpió en Roma, dirigido por el nombrado dictador Marco Furio Camilo, quien venció a Breno y los asaltantes en un primer combate en las calles de Roma. El segundo combate tuvo lugar a ocho millas de la ciudad, en la Vía Tiburtina, donde finalmente la leyenda trasmitida por Livio dice que los invasores fueron

aniquilados. Camilo consiguió, además, gracias a un discurso, que los plebeyos no abandonaran la ciudad para asentarse en Veii, y por todo ello fue considerado segundo fundador de Roma. No sabemos qué fue del rey Breno, aunque es probable que consiguiese huir hacia el norte con buena parte del botín.

Britania. Nombre que dieron los romanos a lo que hoy es Inglaterra.

Brúcteros. Pueblo germánico que habitaba al este del curso bajo del Rin. Sufrieron las invasiones de Julio César y demostraron desde el comienzo una abierta indisposición y rebeldía contra Roma. Por ser de aquellos pueblos que habitaron en las cercanías del *limes*, sufrieron por partida doble la crudeza de los ejércitos de Roma.

Brundisium. La actual ciudad llamada Biindisi. Uno de los puertos más importantes del sur de la península itálica. Fue convertido en el 244 a.C. en colonia de pleno derecho. Burdigala. La actual ciudad de Burdeos. Fue la gran *oppidum* de los galos aquitanos. Burgundios. Pueblo germánico que Tácito, en su *Germania*, ubica más allá del cauce del Visurgis, en las llanuras norteñas que descienden al encuentro del Mar del Norte.

Calceus. Distintivo en forma de media luna, tallado en marfil, que acostumbraban lucir en sus calzados los senadores romanos.

Caledonia. Nombre que dieron los romanos a la actual Escocia. Fue una región montañosa habitada por pueblos indómitos, y Roma renunció a su dominio desde el comienzo. Resulta interesante la idiosincrasia de sus moradores primitivos, cuyo origen está todavía poco esclarecido, aunque en el ideario colectivo nos han quedado los apócrifos relatos gaélicos sobre Ossian y su padre, el mítico Fingal, así como las hazañas de su abuelo, el temible Tremnor.

Cáliga. Calzado que usaban como norma general los legionarios. Especie de sandalia bien ceñida y atada con correas a la

pantorrilla. Durante la Edad Media el término pasó a designar el calzado de los obispos.

Calzada. Camino empedrado con grandes losas planas sobre una serie de estratos de morteros primitivos a base de gravillas y piedras de diversos tamaños (llamados, desde el más profundo al más superficial, *statumen*, *rudus* y *nucleus)*, que los romanos usaban para facilitar el transporte de mercancías y el movimiento de ejércitos. Las calzadas fueron al Imperio Romano en la antigüedad lo que a la civilización occidental y al Imperio Británico en África, Asia, Norteamérica y Sudamérica el empleo de las líneas de ferrocarril.

Campo de Marte. Estaba ubicado al norte de la Muralla Serviana, limitado al sur por el Capitolio y al este por la colina Pinciana, en su parte restante encerrado por la curva del río Tíber. Era el lugar en el que acampaban los ejércitos cuando iba a ser entregado un triunfo, también se realizaban en él prácticas militares y se celebraban los Comicios de los Centuriones. Era cruzado por la Vía Flaminia, que partía de Roma hacia el norte.

Canícula. Nombre dado a la estrella Sirio en el Can Mayor. Por extensión, se llama así también al tiempo en el que Sirio nace y se pone con el sol. Suelen ser los meses más calientes del año.

Capite censii. Censo por cabezas. Ciudadanos romanos tan pobres que no pertenecían a ninguna de las cinco clases, razón por la que carecían de voto en las asambleas. En su mayor parte pertenecían a las tribus urbanas, concretamente cuatro de las treinta y cinco que existían. Por ello carecían de peso en las reuniones de la plebe, de las tribus o del pueblo romano.

Capitolio. La colina que en su mayor parte estaba reservada a edificios públicos y religiosos. En su altura no hubo nunca residencia privada alguna; sin embargo, en sus laderas se alzaron algunas de las más fastuosas villas de la ciudad de Roma.

Carinæ. Fue una de las áreas residenciales más lujosas de Roma. Se hallaba en la cumbre norte la colina Opiana, extendiéndose entre el Velia, el Foro Romano y el Clivus Pullius.

Calle principal que descendía la colina Opiana por el lado norte hasta el pie de la colina Cispiana, donde desembocaba en el Clivus Suburanus.

Carnutos, ***Bosque de los Carnutos***. Bosque legendario de la tradición druídica, cuya ubicación exacta no ha sido aclarada hasta el momento por los hallazgos arqueológicos. Se sabe por diversas fuentes latinas que allí los druidas del mundo celta continental acostumbraban celebrar extraordinarias reuniones y multitudinarias peregrinaciones, hasta que el emperador Claudio persiguió y abolió los ritos del druidazgo así como sus prácticas, considerándolos un bárbaro anacronismo de las Galias.

Carnutos. También, nombre de la confederación más amplia entre las tribus celtas de las Galias. Se extendía a lo largo del río Liger, entre la desembocadura en el mismo del río Caris y la ciudad de Lutecia. En su bosque sagrado se hallaban las escuelas druídicas y los nemeton de culto más importantes del mundo celta continental.

Caronte. Dios infernal del panteón latino. Su función consistía en regir los infiernos junto a Minos.

Castellum. Fortín romano rodeado de diversas defensas que se construía normalmente en la cercanía de una frontera. A diferencia del campamento, en el *castellum* había guarniciones permanentes de control y vigilancia.

Castellum Mattiacorum. Campamento anexo a la actual Maguncia, entonces Moguntiacum.

Castra Batava. La actual ciudad de Passau.

Castra Regina. La actual Regensburg.

Cataphractii. Unidad de caballería pesada. También llamado *Clibanarii.*

Cáttos. Conjunto de tribus germánicas consideradas de gran poderío por Tácito en su texto *Germania.* Habitaron el corazón de los montes Taunus y Hercynia, y Tácito refiere muchas anécdotas sobre su estricto código de guerra.

Cætra. Escudo redondo de origen celta, mucho más pequeño que el usado por las legiones de Roma, habitualmente provisto de un umbo de metal en su centro. Normalmente son descritos como muy coloridos. Era un arma adecuada a la lucha ágil y de gran movilidad a la que estaban acostumbradas las hordas celtas.

Cáucos. Pueblo germánico que habitó los altos del río Wesser.

Caveant consules! Debellare superbos... *¡Cuidado, cónsules! Derribar a los soberbios...* Expresión compuesta por dos conocidas frases latinas. La primera, *caveant consules ne quid detrimenti republica capiat* (cuidado cónsules, que la república no sufra menoscabo), era una fórmula con la que el Senado romano invitaba a los cónsules a que designasen un dictador, en un momento de crisis, o ante una gran amenaza. Unida a *debellare superbos* (derribar a los soberbios), palabras de Virgilio *(Eneida*, VI, 5, 853), argumentan una contradicción intencionada por parte del personaje que la formula, a fin de cuentas un senador a favor de la república y en contra de la forma imperial de Augusto, demasiado cercana a la odiada monarquía de la huyó el modelo posterior a los primeros y sangrientos siglos de Roma. Se entiende el mordaz cinismo del senador al trazar una parábola de causalidad entre una idea puramente republicana y un verso de la *Eneida* de Virgilio, que a fin de cuentas estaba dedicada a la familia de Augusto, y que trataba de legitimar, con un origen divino, su forma de poder, por tanto atacando a la *monarquía* con un verso *monárquico.*

Celtas. Denominación actual para una raza de bárbaros que emergió en la Europa central durante los primeros siglos del primer milenio a.C. Racialmente distintos de los germanos, empleaban lenguas semejantes al latín en sus formas. Lograron asentarse hacia el año 500 a.C. en España, Galia, Galacia, Macedonia, Tesalia, Illyricum, Mœsia y Anatolia Central; no ocurrió así en Italia ni en Grecia.

Centuria. Unidad compuesta por 80 soldados y al mando de un centurión.

Centurio. Centurión, suboficial romano al mando de una centuria.

Centurión. *Centurio.* Oficial al mando de ciudadanos romanos o tropas auxiliares. No se debe equiparar al suboficial moderno, dado que los centuriones del ejército romano eran verdaderos profesionales. Un general romano no se preocupaba por la pérdida de tribunos, pero se rasgaba las vestiduras si el número de centuriones muertos en una refriega era demasiado elevado. La jerarquía en el interior de la legión situaba a los más veteranos centuriones en altos puestos de intendencia, hasta llegar al *primus pillus*, el soldado más importante, que ordenaba y recibía órdenes directamente del general o del cónsul al mando.

Cimbria. Quersoneso Címbrico. Actual península de Jutlandia. Patria de los cimbrios, junto a los archipiélagos del sur de Scandia. Se sospechaba que al sur de los territorios de Cimbria habitaban los restos del antiquísimo pueblo de los teutones, al que la mayoría de las tribus germánicas ubicadas al sur consideraba como los padres de todos clanes. Véase *Tuisto.* Veáse *cimbrios.*

Cimbrios. Pueblo germánico de gran fama entre los romanos. Vasta confederación de tribus que en un principio habitaron del norte del Quersoneso Címbrico. En el 120 a.C. iniciaron, junto a la gran confederación germánica de los teutones, una migración épica hacia el sur. Se desconocen las causas de este éxodo. Este traslado ocasionó la cruenta primera guerra de Roma contra Germania. Fueron finalmente masacrados por Cayo Mario en dos decisivas batallas.

Cingulum militare. Cinturón romano del que pendía un faldellín de cuero con apliques metálicos.

Cínico. Seguidor de las enseñanzas propias de la escuela filosófica fundada y propugnada por Diógenes de Sinope. En un principio, los cínicos creían en la sencillez y la libertad como la base de un modo de vida que negaba los grandes ideales, intangibles para el placer del ser humano, desconfiando de los deseos y de las ambiciones mundanas.

Classis. Marina.

Clibanarii. Véase *cataphractii.*

Cloaca máxima. Sistema de alcantarillado que recorría la Subura, el Capitolio, el Foro Romano, el Velabrum y el Esquilino Superior, para desembocar en el Tíber, entre los puentes Sublicio (de Madera) y Emilio. El Spinon era el río que fluía por el primer alcantarillado.

Cohorte. Unidad táctica del ejército romano. Cada cohorte estaba formada por seis centurias. Cada legión constaba de diez cohortes. La potencia de un ejército romano a menudo se refería por el número de cohortes que lo componían, en lugar del número de legiones.

Cohortes Prætorii. Cohortes pretorianas, encargadas de la protección del emperador y de la provincia de Italia, durante la República cumplía solamente funciones de escolta del comandante del ejército.

Cohortes urbanæ. Tropas policiales de la ciudad de Roma.

Cohortes vigilum. Bomberos y vigilantes nocturnos de la ciudad de Roma.

Colonia Agrippina. La actual ciudad de Colonia. Fue fundada por Marcus Vipsanius Agrippa tras la deportación y posterior reubicación de los germanos rendidos a Roma llamados úbios, expulsados de sus asentamientos en los márgenes derechos del Rin por los suevos y los marcómanos.

Comitia. Reuniones del pueblo romano que eran convocadas para tratar asuntos de gobierno, de legislación y sobre todo relativos a elecciones.

Cónsul. La más alta magistratura romana dotada de *imperium*, el escalón más elevado del *cursus honorum.* Cada año se elegían dos cónsules, cuyo mando se turnaba de acuerdo a un sistema de poderes vigilado por el Senado. El *imperium* del cónsul no tenía límites, anulando, si hubiese *contradictio*, el *imperium* de cualquier

gobernador proconsular. Su poder se extendía sobre cualquier ejército.

Cónsul suffectus. Cónsul nombrado por el Senado para sustituir a otro enfermo, muerto o sustituido por razones temporales. En los tiempos de Augusto los *consules suffectus* eran elegidos cada año siguiendo el deseo del emperador de no dejar el poder en manos de ningún cónsul durante demasiado tiempo.

Conttarii. Unidad de caballería que llevaban el *contus.*

Contubernio. Unidad mínima del ejército romano compuesta por ocho hombres y que era alojado en una tienda.

Contus. Lanza pesada llevada por los *conttarii.*

Coraza. Planchas que protegían tórax y abdomen y la espalda desde los hombros hasta los lumbares. Se sujetaban con correas sobre los hombros y de las axilas para abajo; los altos rangos llevaban corazas de relieve cuidadosamente cinceladas, de hierro con baño de plata o incluso de bronce con baño de oro.

Coronas honoríficas de Roma. *Cívica*, estaba entrelazada con hojas de encina, se entregaba al soldado que había salvado la vida de un compañero sin abandono del campo de batalla. *Gramínea,* también llamada Corona de Hierba, era un altísimo honor para aquel que hubiera salvado de la derrota a una legión o a un ejército. *Vallaris*, corona de oro que el primer valiente que asaltara las defensas de un campamento enemigo. *Áurea*, corona de oro, entregada por haber matado a un enemigo en combate singular, o presenciado por gran parte del ejército. *Muralis*, corona dentada de oro que era otorgada al primero que hubiera escalado los muros de una ciudad durante un asalto. *Navalis*, corona de oro entregada por hazañas durante una batalla naval.

Cuatorviro. Cada miembro de un conjunto de cuatro al que se le había encomendado el gobierno de una ciudad, especialmente la administración general y la ejecución de obras públicas.

Culibonia. Práctica del sexo anal por parte de una prostituta.

Culus. Culo.

Cumæ. Cumas. Primera colonia griega en Italia, desde principios del siglo VIII a.C. Estaba en cabo de Misenum.

Cunnun lingere. Lamer el órgano sexual femenino.

Cunnus. Vocablo obsceno; epíteto aplicado al órgano sexual femenino.

Curia Hostilia. Sede del Senado. Construida por el rey Tulo Hostilio, tercero desde la fundación de Roma.

Cursus honorum. *Curso de honor.* Etapas que debía cubrir el aspirante a cónsul. Primero ingresaba en el Senado, luego servía como cuestor, después debía ser elegido pretor, y finalmente podía presentarse a la elección consular.

Curul. En la cultura romana, silla creada sobre piezas de marfil. Por extensión, tribuna de algún alto cargo del estado.

Cusios armorum. Legionario que estaba a cargo del equipamiento y las armas de la centuria.

Danastris, río. Actual Dniéster. En la antigüedad también conocido como Tyras.

Danuvius. Nombre romano del actual río Danubio, Donau o Dunarea.

Decurión, 1. decurio. Oficial de la caballería romana.

Delenda est Germania. *Destruida sea Germania.*

Delfos. Gran santuario de Apolo en las faldas del monte Parnaso, en Grecia. Desde tiempos inmemoriales fue un centro de culto, y a partir del siglo VI a.C. lo fue en nombre de Apolo. Contenía el *omphalos*, lo que podemos imaginar que se trataba de un meteorito, custodiado por un oráculo.

Denario. Unidad del sistema monetario romano. Era de plata pura. Contenía 3,8 gramos de dicho metal. Cada denario equivalía a dieciséis ases. Su tamaño era igual a la actual moneda de diez centavos americanos, o bien al de los tres peniques ingleses, o los

diez céntimos de euro. El talento, por ejemplo, se componía de 6.250 denarios.

Dia nefas. *Día nefasto.* El más temido era el 17 de julio. Conmemoración del día en el que Breno (véase voz) invadió Roma. Estaba prohibido emprender viajes o empresas peligrosas en tal fecha, y los augures realizaban diversas prácticas religiosas como plegaria por Roma hacia los dioses.

Dies Sanguinis. *Día de la Sangre.* Se trataba de la jornada dedicada a Bellona, la esposa de Marte, diosa de la sangre. Tenía lugar el 24 de marzo.

Divitio. Otro de los campamentos romanos ubicados en las cercanías de Colonia Agrippina y del Rin.

Do lettum... Son versos pertenecientes al *Hadubrandtslied.* Siendo germano del siglo VI d.C. puede considerarse una versión literaria e incluso «moderna» del germano que hablaban Armin y los queruscos en el siglo I.

Do lettum se asckim scritan,

Scarpen scurim, dat in dem sciltim stont.

Do stoptum to samane staim bort chludun,

Heuwun harmlicco huitte scilti,

Unti im iro lintun luttilo wurtun,

Giwigan miti wabnum...

La traducción aproximada: *Se enfrentarán primero con las frámeas de fresno/De certeras lanzadas protegerán los escudos. /Entonces rabiarán los fuertes en abierto combate,/Estallarán los sufrientes y claros escudos,/Hasta que los enemigos sean destrozados,/ Desmembrados por las armas...* (Para los neófitos es importante recordar que la *w* germánica se pronuncia sin

excepciones como la *b* del alfabeto latino, siendo considerado casi el mismo fonema: /'v/y/b/).

Domus. Vivienda aislada urbana que pertenecía a una sola familia o a una sola persona.

Draco. Estandarte con forma de cabeza de dragón.

Draconarius, **pl. draconarii**. Portaestandarte que portaba el *draco.*

Druidazgo. Cultura religiosa de los druidas, forma de los cultos celtas. Su creencia se extendía por las Galias, Britania e Ivernia. En las Galias, sus principales centros de culto estaban en la Galia Cabelluda, en los territorios de la confederación de los carnutos. Culto naturalista y místico, nunca fue visto con buenos ojos por los romanos, que lo consideraron bárbaro y salvaje. Duplicarii. Suboficial con doble salario que un soldado raso.

Eber. En alemán, nombre dado al jabalí macho adulto, especialmente al de gran tamaño. Se ha recurrido a su incursión en el relato, junto a la voz *keiler*, para añadir cierta variedad descriptiva en la presencia de un animal de gran importancia en la cultura germana.

Eburones. Pertenecientes a las tribus galo—célticas de los *belgæ*, se sospecha también que fueron tribus semi—germánicas. Fueron vencidas por Julio César.

Editor. Aquél que encargaba la celebración de unos juegos, financiándolos a su nombre, con dinero propio, del erario público o de otros financieros romanos en posesión de grandes fortunas.

Eduos. Tribus germánicas vecinas a los boios y marcómanos, y bajo su dominio. Habitaron territorios de los Montes Sudeta, en la actual Checoslovaquia, así como territorios de la Galia Cabelluda. Fueron romanizándose en la medida en que los ejércitos consulares destruyeron a sus enemigos tradicionales, los arvernos, con Vercingetórix a la cabeza.

Égloga. Entre los antiguos, composición poética de género pastoral. Virgilio escribió muchas imitando el estilo de Teócrito.

Elisazo. Actual ciudad de Elsass.

Encytum. Variedad gastronómica romana, recogida por Catón en su obra *De agri cultura* de la siguiente manera: *Mezclar queso y harina de farro a partes iguales. Tomar un embudo ancho y distribuir la masa sobre manteca hirviente. Dar al resultado forma de espirales, cubrir con miel y dejar enfriar. Servir con miel o con mulsum.*

Ennio. Poeta romano considerado bárbaro en época de Virgilio, por su potente uso de las rimas y su ritmo poco labrado y demasiado abrupto.

Epytirum. Variedad gastronómica romana. Al parecer se trataba de una especie de paté de aceitunas trituradas descrito por Virgilio en su obra *Appendix Vergiliana.*

Equites. Ordo equester. Soldados de caballería. Orden romano de la alta sociedad, para pertenecer a esta selecta capa era requisito imprescindible que el aspirante poseyese una renta anual de 400.000 sestercios. Originalmente fueron la caballería romana, pero paulatinamente devino en una sociedad de alto nivel económico sin obligaciones militares específicas, dado que las caballerías de las legiones fueron en su mayor parte engrosadas por mercenarios, especialmente germánicos, sármatas y galos.

Equites singulares Augusti. Tropas de caballería encargadas de la protección del emperador.

Ergástulo. Recinto en el que durante la noche los esclavos domésticos eran encerrados. Por otro lado, a veces sucedía que el grado de confianza entre el amo y sus esclavos era tal, que muchos de ellos disponían de sus propias habitaciones en la casa.

Escorpión. Máquina de guerra basada en la técnica de torsión de las catapultas; era una lanzadera de largos lances a modo de las grandes balistas. Se cuenta que fueron de terrible precisión, y que

sus lances podían transverberar una veintena de hombres antes de detener su vuelo mortal.

Estadio. Medida romana de longitud. Equivale a unos 175 metros.

Estiria. Región alpina que hoy compone uno de los estados de Austria. Su capital es Graz.

Falcata. Arma de los celtíberos. La hoja de la espada era ligeramente curva, apta para el mandoble y para el golpe en punta.

Fasciæ. Especie de espinillera metálica que componía una parte de la panoplia de ciertos gladiadores.

Felatrix. Prostituta que practica la felación. Masc., *felator.*

Fenrir. Monstruo gigantesco de la mitología germánica, especie de can o lobo nacido del incesto entre Loki y una de las gigantas infernales. Era invocado en la guerra. Se creía que Wotan había conseguido encadenarlo a una montaña en el este con ayuda de su hijo Tor, manteniendo al mundo a salvo de su ruina. Las profecías del Ocaso de los Dioses anunciaban que Fenrir se liberaría de sus cadenas y que, en compañía de todas las criaturas contrarias a los Ases, acudiría a la batalla final, donde daría muerte a varios de los dioses.

Flamen dialis. Sacerdote de Júpiter. Fue el más antiguo de entre los quince *flamines* que componían, junto a las dieciocho vírgenes vestales, los dieciséis pontífices y el *Rex Sacrorum* (Rey de los Sacrificios), el Colegio de los Pontífices de Roma.

Flevo, Lago. Gran superficie lacustre que se extendía al norte de las desembocaduras del Rin, junto a las praderas fluviales de los frisios y de los amsívaros. Fue desecado por los habitantes de los Países Bajos y convertido en territorio habitable con el transcurso de los siglos. Se han hallado en sus cercanías numerosos yacimientos arqueológicos de origen germánico.

Framea. Del germ. *Pfreim.* Lanza pesada, *contus*, azagaya. *Véase gæso.*

Francos. Más tarde se recurrió en historia a este término para denominar la fusión o conglomerado de diversos pueblos germánicos y galos ubicados en aquella zona geográfica de la Galia Bélgica. Se duda de que en los tiempos de este relato existiese pueblo alguno que ostentase tal nombre.

Frigg. Divinidad femenina del panteón germánico. Esposa de Tor, se le atribuía gran belleza, cierta frivolidad y turgentes senos.

Frisios. Pueblo germánico que habitó en la costa sur del lago Flevo, al norte de la desembocadura del Rin.

Furor teutonicus. Expresión atribuida a Julio César, anotada por sus escribanos durante el dictado de su famosa obra dedicada a las conquistas galas, *De bello Gallico.* Expresión con la que definía la actitud denostada y de loco heroísmo con el que, al principio, se enfrentaron las tribus germanas contra los ejércitos de Roma. Como los galos, César anota que los germanos combatían a pecho descubierto por razones rituales, se pintaban el rostro con diversas tinturas naturales, y lanzaban horrísonos gritos para amedrentar y desorientar al enemigo.

Fürst. En alemán moderno, *príncipe.* Pero no debe confundirse con el *princeps* latino, pues en su origen definía al caudillo que gobernaba las tropas germánicas por sus propios méritos en el campo de batalla, razón por la cual las hordas le mostraban su respeto y le juraban la *devotio* de fidelidad. Su uso era variado, entre el atributo de la nobleza y el honor otorgado por la comunidad debido a sus cualidades como líder. Véase *herzog.*

Gades. Actual ciudad de Cádiz.

Galacia. Provincia romana oriental, al norte de Siria. Fue fundada por las tribus celtas de los tolistobogios, los trocmi y parte de los volcos tectosagos, cuando, muerto su caudillo, cruzaron el Helesponto y se establecieron en Asia Menor, en una extensión

llamada, pues, Galacia. Su pacificación y anexión al Imperio se debe a Marcus Lollius.

Galea. Casco.

Galia Cabelluda. Véase Galia Comata.

Galia Comata. También conocida como Galia Cabelluda. Se aplicó el pseudónimo latino, *cabelluda*, debido a que sus moradores eran los galos de largos cabellos. Incluía los territorios de las actuales Francia y Bélgica, y fue para los romanos una vasta extensión de ricas tierras con enormes recursos agrícolas sin explotar e irrigada por numerosos ríos de gran caudal. Durante la administración de Augusto, estaba dividida en cuatro Galias: Lugdunensis, Aquitania, Bélgica y Narbonensis. Sus moradores eran los galos (con un total de cincuenta y siete tribus), mezclados en la franja norte próxima al Rin con otras tribus germánicas que habían dado lugar a los híbridos de la confederación de los *belg*æ. Los galos nunca buscaron el contacto con los romanos, salvo cuando no tuvieron más remedio que aceptarlo, en las zonas fronterizas, y vivían, al estilo rural, de la agricultura y de la ganadería en pequeñas aldeas o alquerías fortificadas que preservaban la libertad de sus clanes, el tesoro de sus jefes y el trigo de la comunidad. Cuando no se hallaban demasiado mezclados con los germanos, los galos vivían bajo la influencia de sus druidas. Es importante reconocer que los galos de largos cabellos no eran amantes de la guerra y que, a diferencia de los germanos, no la veneraban como *modus vivendi*, pero llegada la ocasión de combatir se convertían en fieros guerreros. Bebían más cerveza que vino, sobre todo hacia el norte, comían más carne que pan, preferían beber leche y usaban la mantequilla para cocinar en lugar del aceite de oliva. Físicamente nos han sido descritos por los historiadores romanos como altos y fornidos, generalmente rubios o castaños, de ojos azules o grises.

Galia Itálica. Nombre simplificado elegido para la provincia de la Galia Cisalpina, de *este* lado de los Alpes. Incluía los territorios de los ríos Amus y Rubico en el lado italiano de las

montañas alpinas que separaban a Italia y la Galia Itálica del resto de Europa. De este a oeste se hallaba biseccionada por el río Padus (el actual Po).

Galias Transalpinas. Las provincias romanas al otro lado de los Alpes según la administración de Augusto. Véase Galia Comata.

Garum. Salsa de pescado a la que se atribuye una terrible pestilencia, muy codiciada por los romanos. De cualquier modo, los estudiosos modernos de la gastronomía romana han deducido, a partir de las recetas recogidas por Apicio y de otras investigaciones, que el *garum* no debía ser tan insoportable al gusto moderno como se ha creído hasta la fecha, pues se considera que metían los peces sin eviscerar en sal durante 65 días, aderezados con 16 especias diferentes, en un proceso de maceración.

Gæsatos. Del céltico *gaison*, del germánico *gaizaz*, ambos se traducen por *lanza*. Los gæsatos, los *lanceros, armados con lanza*. No se han hallado más referencias a este pueblo aparte de la mención en los anales de Roma, que data de una batalla que tuvo lugar en la Galia Transalpina en el año 222 a.C.

Gæso. Pesada barra de hierro, provista de una punta afiladísima, que los germanos blandían en defensa a corta distancia, o que arrojaban a caballo contra las huestes armadas. También conocido como framea, del germano *pfreim*, según Tácito (*Germania).*

Gens. Clan. Familia en un sentido amplio, comprendiendo los grados de parentesco más amplios.

Gépidos. Tribu galo—germana perteneciente a la confederación de los *belgæ.*

Gladius. Gladio hispano. Espada corta de uso común entre los legionarios. A diferencia de la falcata, carecía de protección en torno a la empuñadura y su hoja era perfectamente recta.

Glaesum. Versión latina, según Tácito *{Germania),* del término germano *glæs* con el que las tribus del norte se referían al

ámbar. Los romanos también empleaban los términos *electrum* y *sucinum.*

Godos. Pueblo germánico de gran renombre en la historia. Habitaron en los territorios de la actual Polonia. Vivieron en paz con la frontera de los sármatas debido al miedo que se tenían mutuamente ambos pueblos, y en los tiempos de este relato no se vieron amenazados por Roma, por estar sus dominios demasiado al norte. Más tarde desempeñarán un papel decisivo en la caída de Roma, cuando Alarich, rey de los ostrogodos, capitanee la invasión definitiva que echará abajo las fronteras en el año 411 d.C.

Goteborg. Ciudad sueca. Se hallan emplazamientos germánicos desde la Edad de Piedra en sus alrededores.

Græculus. Nombre despectivo con el que los romanos se referían a los esclavos y libertos de origen griego. A menudo se dedicaban a tareas relacionadas con la cultura y la educación, como la gramática, la oratoria, la filosofía o las artes del cálculo o la ingeniería, así como la música o las artes escénicas.

Grammaticus. A diferencia de lo que se piensa, no se trataba de un maestro de gramática, sino del arte de la retórica. Muchos de ellos eran de procedencia griega.

Grecóstasis. Edificio ubicado en Roma, dedicado a la recepción de embajadas extranjeras.

Gustaticium. Degustación de varios platos; menú.

Hastatii. El cuerpo de los legionarios más pesados de una legión. Equipados con armadura completa, escudo rectangular, *pilum* y espada. Habitualmente componían las cohortes más resistentes, y se utilizaban en el movimiento de la legión con objeto de resistir las embestidas del enemigo. Los *hastatii* estaban entrenados para proceder como unidades ágiles que se abrían y cerraban, lo que lograba fragmentar las hordas enemigas y reducirlas a grupos cada vez menos numerosos. Las mayores matanzas de los *hastatii* sucedían por alcance, no por ataque.

Hastile. Vara de mando llevada por el decurión de unos dos m de longitud terminada en una bola decorativa.

Hékate. Diosa de la muerte, venerada por los griegos. Junto a Minos, el legislador de los infiernos, velaba por los designios de ultratumba.

Helia. Diosa infernal en la mitología germánica. Su culto estaba extendido entre algunas de las tribus del norte.

Hemdall. Dios germano perteneciente a la familia de los Ases. Se le consideraba el guardián de la morada de los dioses, las montañas de Asgard, y esperaba al pie del arco iris, el puente por el que se accedía al Walhall, el salón de las tormentas.

Herminonios. Pueblos germanos que adoraban a Herminon, hijo de Mannu, dios de la guerra. Eran mayoritariamente las tribus del interior: cáttos, hermúnduros, queruscos, anglos, brúcteros, vindélicos, hermúnduros, marcómanos, usípetos, téncteros, márseros.

Hermúnduros. Pueblo germánico que habitaba en el curso medio del Elba.

Herzog. La palabra *herzog*, que traducimos hoy del alemán como *duque*, contiene las raíces de *herr*, señor, y *zog*, una de las formas del verbo irregular *ziehen, tirar, arrastrar*, y por ello está unido a una idea primigenia de *movimiento*, en el sentido que implica *actividad, dominio.* Es una palabra que encierra y propone el significado de *líder*, si tenemos en cuenta que los historiadores romanos mejor documentados, como es el caso de Tácito en su texto *Germania*, nos describe, a la cabeza de las hordas germánicas, a hombres en posesión de estos títulos, junio a la palabra *príncipe.* Tácito dejará escrito que Arminius era *un príncipe querusco*, es decir, un líder querusco, de la casta guerrera, hijo de un duque querusco. A diferencia del concepto medieval de la palabra alemana para príncipe, *fiirst*, su origen mantiene intacto y con claridad lo que designaba en su lase primitiva. Dentro de la estructura de las castas guerreras de los germanos, *fürst* está emparentada en su raíz con la anglosajona *first, primero, único,* y

describe tanto los derechos como las obligaciones de ese título: articular la defensa del pueblo, y a su vez ser el *primero*, el *líder*, el que dispone de la orden de asalto y de la capacidad de decisión. Hasta tal punto el concepto de lucha está presente entre los germanos, que sus dioses reflejan esa concepción de la guerra como padre de todas las cosas, recordando a un presocrático Heráclito. Wotan, también conocido como Odín, proviene de *wuoden*, antecesora de *wüten, rabiar, encolerizarse*, unido al modo de pelear. La lucha, una necesidad para sobrevivir y mantener el dominio de los recursos naturales, una obligación ineludible para cualquier tribu desde el origen del hombre, continuaba siendo entre los germanos un rasgo muy marcado, más que en otros pueblos de su entorno, como los galos celtas o los nómadas de las estepas orientales. El *Walhall*, otro símbolo de su mitología, será para ellos el paraíso, la sala *(Halle)* de la guerra *(wal*, ant. Germ.) donde Wotan*, Ziu* o Herminon—Irminur*, el Supremo, recibe a los héroes caídos en las guerras, y el *Ragnarök**, el ocaso del mundo, será la caída de los dioses en una apocalíptica batalla final. Extenuados por las luchas tribales e intestinas, sólo cuando un enemigo común amenace la libertad de los germanos se verá provocada en ellos la necesidad de unirse unos a otros, de salir de la concepción tribal, más estrecha, en busca de una conciencia más amplia del propio *pueblo*, ya en el sentido de *estado.*

Imaginifer, pl. imaginiferi. Portaestandarte que portaba el *imago.*

Imago. Estandarte con un pequeño busto del emperador.

Imperator, c. Emperador. Concentraba en sus manos los poderes supremos originariamente republicanos: ejecutivo, militar, legislativo, fiscal, judicial y religioso, ya que era, también, *pontifex maximus* de la religión oficial romana.

Imperium. Poder absoluto otorgado a un emperador durante el imperio o a un cónsul o pretor en la república.

Impluvium. Apertura en el techo de las casas romanas, por las que accedía la luz con la que se iluminaba el *atrium*, dotando de privacidad a las ventanas interiores, y por donde se acumulaba el agua de las lluvias, que revertía en los aljibes y en el estanque.

Ingævonios. Las tribus de la costa, que se atribuían al dios Ingævon. La oscura diferenciación que realiza Tácito en su Germania habla de dos grandes conjuntos de tribus germánicas. Por así decir los del interior y los de las costas.

Inmunis. Soldado con oficio.

Insulæ. Casa urbana romana de varios pisos. Llegaron a una altura de seis u ocho plantas, y fueron objeto de terrible especulación inmobiliaria. Eran construidas con malísima calidad, y era habitual que los edificios se viniesen abajo o ardiesen debido a la mala disposición de los fuegos en su interior, donde los subarrendatarios dejaban que fuesen docenas las personas que ocupaban una sola cámara. Cuando las leyes se endurecieron, exigiendo muros más anchos que soportasen el peso de aquellos edificios, se ha descubierto que muchos de ellos eran levantados con muros falsos, cuyo interior era rellenado con cascotes de la propia obra. El resultado era una estructura insegura que no tardaba en derrumbarse. Las leyes de Augusto prohibieron que se alzasen edificios de más de seis alturas, aunque los senadores, verdaderos especuladores de la ciudad de Roma, no parecieron hacer demasiado caso, pues el negocio de poseer *insulæ* en Roma era uno de los más lucrativos del momento. La situación vivió una de sus peores crisis en el año 33 d.C, cuando Tiberio ya era emperador. El «crac del 33» fue ocasionado por una sucesión alarmante de derrumbamientos e incendios, así como por un auge exhaustivo de los intereses exigidos por los prestamistas. La gente ya no podía pagar sus casas y llegó una fiebre vendedora. Como no había liquidez, la demanda era mucho inferior, con lo que los precios cayeron en picado. La situación de caos fue resuelta por el propio Tiberio, quien tuvo que intervenir en la economía con su propia fortuna, recurriendo a un método poco ortodoxo: confiscó las minas de oro de Sierra Morena, en Hispania, bajo una falsa acusación

contra su administrador, un tal Mario (multimillonario de la época al que se le debe el nombre de *Sierra Morena)* y acuñó gran cantidad de moneda con la que rescató a Roma de la preocupante situación, pagando muchas de las deudas y frenando la espiral de la depreciación.

Irminur. Herminur. Herminon. Uno de los más primitivos nombres del dios supremo de la guerra entre los germanos, junto a Tuisto y Ziu. Hijo de Mannu y nieto de Tuisto. Le veneraban los germanos del interior, identificados todos ellos bajo el nombre general de *herminonios.* Su forma de veneración consistía en una suerte de bloques megalíticos en forma de columnas, en torno a las cuales alzaban círculos de piedras. Estos altares recibieron el nombre de *Iminsül,* Columnas de Irminur, pues suponían que sostenían el cielo y que ponían a los hombres mortales en contacto con la divinidad. La última de ellas, convertida en un gran centro de culto, fue destruida en Ehresberg por Carlomagno a finales del siglo VIII durante las guerras contra los sajones. Esta creencia en el significado totémico de la presencia de los megalitos se remonta a la Edad de Piedra, cuando estaba prohibido tocar los monumentos, por considerarse puertas que se abrían al más allá. Un aprovechamiento brillante de esta visión tan primitiva como estimulante lo encontramos, paradójicamente, en una película futurista, en el guión de Arthur C. Clarke para *2001: Odisea en el espacio*; cuando el cosmonauta toca el misterioso monolito desenterrado en la Luna, sufre un estado de shock, acompañado de alucinaciones, y, en la segunda ocasión, al aproximarse a él en medio del vacío cósmico, experimenta un *salto al infinito.*

Irrumatrix. Literalmente, *succionadora*. Masc. *irrumator.* Calificativo muy peyorativo para hombres, efebos, prostitutas o mujeres lascivas, ninfómanas o adúlteras. Se consideraba de peor condición moral que la *felatrix.*

Istævonios. Según la oscura división de los pueblos germánicos legada por Tácito en su obra *Germania*, con esta palabra se refería a los semnónios, suabos, túngrios, turingios, ubrios, eduos, eburones, vangiones, sugámbrios, amsívaros,

longobardos, bátavos, sajones, rúgios, vándalos, gépidos, burgundios, godos y ostrogodos.

Iugula. *Degüéllalo.*

Ivernia. La actual Irlanda.

Keiler. En alemán, palabra de origen germánico que describe a un jabalí especialmente violento, provisto de afilados colmillos. También hace alusión a un cierto gusto o tendencia por las peleas, como lo demuestra la extendida palabra *keilerei*, *refriega*, *escándalo violento.* A diferencia del *Eber*, no tiene por qué ser un macho viejo de gran tamaño.

Kuninc. Vocablo germánico que significa algo así como *rey, líder supremo,* el más alto cargo de un pueblo germánico cuyos clanes y tribus están unidos bajo una casia guerrera organizada. Era, por así decir, el jete de jefes, a menudo elegido entre las familias de jefes, o porque se trataba del líder que contaba con un mayor número de guerreros. A diferencia del *kónig*, palabra moderna alemana que se traduciría a su vez por *rey*, el *kuninc* podía ser elegido por el consejo de las tribus, teniendo o no carácter hereditario. Disponía de una guardia personal que le seguía a todas partes y que estaba obligada a luchar hasta morir por salvarlo durante una batalla; a menudo se desplazaba en carro en las ocasiones solemnes, sobre su propio escudo, en pié, mientras dos o más yeguas necesariamente de pelo blanco tiraban del conjunto.

Laserpicium. Condimento muy apreciado por los romanos que se extraía de una especie de hinojo gigante silvestre que crecía en el norte de África.

Lauriacum. Actual ciudad de Lorch.

Legario. Monolito que se usaba en las calzadas galas. Aparecía tras la longitud equivalente a una legua gala, es decir cada 2.222 metros.

Legatus August pro praetore, pl. **Legati Augusti pro praetore.** Gobernador de una provincia imperial y comandante en jefe (general) de las legiones estacionadas en la misma.

Legatus imperialis. Legado imperial. Cargo que no existió hasta la época de Augusto. Era el portador del *imperium* militar en el desarrollo de una misión concreta para la que era escogido «a dedo» por el Emperador en persona.

Legatus legiones. Legado, oficial al mando de una legión.

Legio, c. legión. Unidad básica del ejército romano, compuesta por unos 5.120 hombres.

Lenos. Proxeneta. Véase *palæ.*

Lex provincias. Estatuto promulgado al fundarse la provincia, en el que se determinaban las constituciones, la condición jurídica, los privilegios, las leyes y los territorios de las ciudades que formaban parte de la misma.

Libum. Especialidad culinaria romana, especie de hogaza citada por Catón en su obra de gastronomía *De agri cultura.*

Lictor. Funcionario tradicional al servicio del Senado. Pertenecían a un colegio de lictores. Proveían de escolta a todos aquellos que poseían o gozaban de *imperium* tanto en Roma como fuera de ella. Ciudadanos romano de pleno derecho, no pertenecían, a diferencia de los del colegio de sacerdotes, a las clases altas, porque se sabe que su sueldo no era demasiado alto y que dependían de la grandeza y generosidad de aquellos a los que debían escoltar. Dentro de Roma vestían una sencilla toga blanca, pero fuera vestían otra carmesí cerrada por un cinturón oscuro guarnecido con piezas de latón. Sólo en los funerales, vestían la toga negra.

Limes. Frontera; nombre que los romanos dieron a la línea que recorría los límites de sus dominios.

Lituus. Bastón de los sacerdotes romanos, de la altura de un hombre, o incluso más, y curvado en la parte superior.

Loki. El más controvertido e interesante de los dioses del panteón germánico. As del fuego y de la mentira, Loki también es el mejor orador del conjunto, atribuyendo al significado de la palabra el de sofístico engaño. Son numerosas las sagas o cuentos en las que interviene el dios Loki, causando múltiples y variados quebrantos al resto de los Ases, poniéndolos en serios apuros, o dejándolos en absoluto ridículo. Las leyendas le atribuían una alianza primigenia con Wotan—Odin, el dios supremo entre los ases, aunque su sentido no está clarificado; quizá una alusión velada en el interior del *corpus* mitológico que daba al poder supremo una inevitable vinculación con la mentira o la demagogia.

Longobardos. Pueblo germano que habitaba en los territorios septentrionales, más allá del curso del Elba y del Visurgis. Tácito refiere varias de sus costumbres de culto matriarcal en su texto *Germania.*

Losso de Cuma. Maestro de la escuela de los estoicos. Se desconocen sus obras.

Lorica. Armadura.

Lorica hamata. Cota de malla o armadura formada por anillas enlazadas.

Lorica scamata. Armadura formada por escamas metálicas.

Lorica segmentaria. Armadura de placas metálicas.

Lubricus. Lat. Crepúsculo matutino, alba. En castellano se ha recurrido a su traducción en el lenguaje poético con la forma *lubricán*; como la palabra ha caído en desuso, optamos por la forma latina.

Ludigladiatorii. *Juegos de gladiadores.*

Lugdunum. La actual Lyon.

Lúgios. Pueblo germánico, vecinos de los godos, Luna, *Bosques de Luna.* Enormes extensiones selváticas que crecían en la orilla derecha del Rin, en lo que hoy son los territorios del Odenwald.

Lupia. El actual río Lippe.

Lura. Trompa ceremonial de los germanos. Se trataba de un instrumento forjado en bronce, cuya longitud oscila entre 1,22 y 2,00 metros, según los diferentes hallazgos arqueológicos. Su sonido era grave y metálico, bien diferenciado del que producían las populares trompas de caza o de guerra, hechas a partir de cuernos de animales como bueyes o uros, y su uso debía ser sagrado o sacerdotal, reservado a las ocasiones especiales de cada consejo.

Lutecia. La actual París, ya entonces un próspero centro de intercambio económico y mercantil, una de las capitales de la confederación celta de los carnutos.

Mandata. Código o instrucciones entregadas por el emperador al *legatus* para el gobierno de la provincia asignada bajo su control.

Manipulo. Unidad formada por dos centurias.

Mannu. Dios germánico. Hijo de Tuisto.

Marcómanos. Importante pueblo de Europa central. La discrepancia sobre su raigambre germánica o celta continúa siendo discutida, pero lo cierto es que siempre fueron aliados de los boios bohemios. Habitaban en el curso alto del Elba, donde hoy se halla Checoslovaquia. Participaron en la primera guerra tras unirse a los cimbrios y a los teutones en el séptimo año de la gran migración, hacia el 113 a.C. Pueblo independiente y en posesión de una de las armadas más numerosas, fue durante cientos de años uno de los peligros latentes de Germania, y aunque siempre adoptó una posición de conveniente sumisión hacia los emperadores romanos, acabó por protagonizar una de las peores revueltas en los tiempos de Marco Aurelio.

Márseros. Tribus germánicas que habitaron en los bosques del sur de Teutoburgo, así como las selvas de Hercynia. El arqueólogo Ernst F. Jung se refiere a ellos como los *lobos rojos.*

Medhu. Vocablo germánico del que procede la palabra alemana *Met, hidromiel*, una especie de cerveza dulce fermentada que fue la bebida favorita de los germanos. En este relato he optado por usar, además de la más usual, la forma germánica más antigua.

Melibocus. Monte situado en el actual Zwingenberg.

Menapios. Tribus germano—galas pertenecientes al conjunto de los *belgæ*.

Mentulæ. Plural de pene, en su vocablo latino más obsceno.

Miliario. Poste o hito que se colocaba junto a las calzadas cada milla.

Miles, pl. milites. Soldado.

Milla. La milla romana medía un kilómetro y medio.

Modio. Medida antigua de grano equivalente a seis quilos.

Moguntiacum. Actual ciudad de Mainz.

Monteferino, macedónico. Uno de los tipos de casco romano usados en la época de Augusto y tras la incorporación del escudo cuadrangular en lugar del oval.

Moretum. Según catón en su obra culinaria *De re coquinaria*, una especie de pastel de queso con carne.

Mosa. Actual río Mause en Francia (en Alemania, Maas).

Mosella. El actual río Moselle.

Mulsum. Combinación de vino blanco y miel con la que los romanos, según Apicio, gustaban de cocer ciertas carnes previamente doradas al fuego o a medio asar.

Nemeton. Importante término del druidazgo céltico, que la tradición celta ha trasmitido hasta nuestros días con el significado de *centro del mundo*, punto de unión entre lo divino y lo humano. También conocido como *belnemeton*, nemeton en honor a Belenos.

Nerthus. Diosa de la Tierra entre los misterios primitivos germánicos y madre de todos los vanes, las fuerzas primigenias del mundo y sus primeras manifestaciones divinas tras la Edad de Piedra. Su culto estaba muy extendido y poseía numerosos santuarios en los grandes bosques. Se cree que gozaba de tributos sacerdotales matriarcales semejantes a los druidas, así como de sacrificios blancos.

Nervios. Tribus galo—germánicas pertenecientes al conjunto de los *belgæ*.

Nidhogg. Uno de los monstruos de la mitología germánica engendrados por Loki. Era una especie de serpiente gigantesca que habitaba en las profundidades de los mares, y que en la cosmovisión original roía eternamente las raíces del Árbol de la Vida, la columna viviente de Irminur que sostenía la bóveda del cielo y que impedía que éste se cayese sobre los moradores del mundo. La mitología le reserva un papel decisivo y funesto en el fin del mundo.

Nitimur in vetitum. *Nos lanzamos en lo prohibido.* Verso de Ovidio, escogido por Sixto Aulio como santo y seña para acceder a sus orgías.

Nodgnir. Nombre de valquiria, recogido en los *Eddas* por el islandés Snorri Sturlusson.

Nómitos. Tribus galo—germánicas de los *belgæ*. Habitaban la zona interior de Germania Superior.

Noricum. Provincia alpina romana, fronteriza al norte con Germania Magna y al suroeste con las Galias Transalpinas. Se extendía sobre el Tirol oriental y los Alpes yugoslavos. Su población central era Noreia y sus habitantes eran los tauri celtas.

Norna. Divinidad germánica a la que se atribuía poderes sobre el tiempo. Eran tres, Urd, Werdandi y Skuld, pasado, presente y futuro respectivamente. Se creía que tejían los hilos del destino y eran representadas como ancestrales mujeres sin rostro.

Comparaban la vida de cada ser a un hilo, que, al ser cortado, traía el fin y la muerte.

Octeto. Desde los tiempos de Julio César, los campamentos romanos adoptaron las tiendas de campaña que albergaban ocho soldados, razón por la que fueron conocidas con ese nombre.

Onagro. lat. *onager*, máquina de guerra que lanzaba piedras con una honda.

Oppidum magna. *Gran fortaleza.* Superlativo de un típico asentamiento galo.

Optimates. Facción de senadores romanos procedentes de familias que mostraron mayor oposición a la familia Julia desde el comienzo de su ascenso al poder.

Optio. Suboficial de una centuria, 2º al mando de una centuria por debajo del centurión. Se colocaba en la parte posterior de la centuria cuando la unidad avanzaba. Llevaba una vara de mando llamada *hastile* de unos dos m de longitud con una bola decorativa en el extremo superior.

Oráculo. Del latín *orare*, hablar (con Dios) de algo elevado que los hombres no pueden entender. Si no se está consciente se necesita un intercesor o médium.

Oratio. Cada fase del discurso retórico en que se apoyaba una exposición oral.

Ordo equester. Orden patricio. Véase *Equites.*

Ostrogodos. Pueblo germánico, parte de los godos que habitaban hacia el este, en las fronteras con Sarmatia.

Ovatio. Literalmente, *ovación.* Estrechamente vinculada con la entrega de un *triunfo.*

Ovitavia. Campamentos romanos al norte de Noricum, hoy Austria.

Palæ. Prostituta romana que no podía elegir entre sus clientes. Trabajaba habitualmente para un *lenos*, o proxeneta.

Palatinado. Una de las colinas de Roma, zona muy cara en la que habitaron los personajes más ilustres. Contiene parte del legendario muro que levantara Rómulo, así como su choza redonda.

Paludamentum. Manto púrpura que portaron primero los cónsules de la República, después los legados imperiales de Augusto y los pro—pretores de las provincias.

Panecio de Rodas. Maestro de la doctrina filosófica estoica.

Panonia. Provincia romana ubicada al este de los Alpes, en los territorios de Yugoslavia.

Pænula. Capa o poncho cuadrado o rectangular con un agujero central para la cabeza y con o sin capucha.

Pater patriæ. Título honorífico entregado por el Senado por vez primera a Augusto. Significa *padre de la patria.* Curiosamente, los germanos llamaron a Wotan padre de la guerra y padre de los pueblos.

Pax Augusta. Pacificación política y militar de las provincias del Imperio.

Phaleræ. Insignias honoríficas en bronce, plata u oro, con rostros y personificaciones, que portaban los centuriones veteranos sobre las corazas pectorales.

Peregrinus, pl. peregrini. Peregrino, persona sin la ciudadanía romana.

Pero, pl. perones. Suave zapato cerrado que llegaba hasta el tobillo utilizado habitualmente por los oficiales romanos.

Picta. Véase *toga picta.*

Pie. Medida de longitud romana equivalente a 1,50 metros.

Pilum, pl. pila. Jabalina de dos m de longitud.

Pillum. Especie de ligera jabalina que arrojaban los legionarios sobre sus oponentes en combate.

Plaustrum. Gran carro de cuatro ruedas que se usaba en Roma para las procesiones, sobre el que se mostraban trofeos de guerra o se portaban a las vírgenes vestales.

Podex. Obscena expresión latina referida al orificio del ano; por extensión, cualquier imbécil o idiota.

Pollice verso. Puño cerrado con el pulgar apuntando hacia abajo. Indicaba la muerte de aquel que se encontraba a merced de la elección.

Pontifex maximus. Cargo otorgado al emperador como máximo pontífice de la religión oficial romana.

Porticus. Estructuras móviles que se utilizaban para la protección de los soldados en un asedio.

Præfectura morum. Magistratura desde la que se vigilaba el modo de vida romano, así como la calidad moral de las costumbres.

Præfectus. Prefecto, comandante de una legión o unidad de infantería o caballería.

Præfectus castrorum. Prefecto del campamento romano.

Præfectus classis. Prefecto de la marina romana.

Præfectus fabrum. Jefe de los artesanos especializados *(fabri)*, encargado de dirigir a los ingenieros, topógrafos y obreros del ejército.

Præfectus navis. Prefecto de un navío militar romano.

Præfectus prætorio. Prefecto de las cohortes pretorianas, actuaba también como primer ministro.

Præfectus urbi. Prefecto de la ciudad de Roma, comandante de las cohortes urbanas o policía de la ciudad.

Præfectus vigilum. Comandante de las cohortes *vigilum*, también ejercía de juez en las faltas leves.

Prætor. Pretor, en ausencia de los cónsules en la ciudad, el *prætor* ejercía de jefe de los magistrados de Roma, es responsable de la administración legal, y tiene el poder de dirigir un ejército.

Prætor urbanus. Pretor con jurisdicción en la ciudad de Roma.

Prætor peregrinus. Pretor que ejercía en las causas de los extranjeros.

Primi ordines. Centuriones de la primera cohorte.

Primus pillus. El mejor soldado de una legión, habitualmente un centurión veterano. Portaba la lanza honorífica cuya asta era de plata. Junto al *aquilifer*, ostentaba el mayor rango de honor castrense entre las tropas.

Princeps senatus. Primer senador, cargo otorgado al emperador.

Príncipes. En el antiguo ejército romano equipado con armadura completa, escudo rectangular, pilum y espada. Eran hombres con más experiencia que los *hastatii.*

Pro consul. Pro cónsul, magistrado que operaba fuera de la magistratura anual de cónsul y fuera de Roma.

Pro prætor. Pro—pretor, magistrado que opera fuera de la magistratura anual de pretor y fuera de Roma.

Proletarii. Clase baja de la sociedad romana, pobres, que entregaban a Roma sus hijos, su prole, de ahí la palabra. Las masas, diríamos hoy, que no tenían derecho al voto y cuya única opción era ingresar en las legiones. Sin embargo, los políticos se preocuparon de mantenerlos contentos y distraídos, gracias a los juegos y las anonnas de grano. Roma siempre reconoció el peligro de la revolución; sin embargo, descuidó el peligro de la revolución religiosa, que sí triunfó con el Cristianismo.

Pteruges. Chaleco de lino prensado que lleva acopladas en los hombros y en la cintura unas tiras del mismo material y terminadas en flecos, utilizado por oficiales de alto rango.

Puerta prætoria. Puerta principal de un campamento romano o de *un castellum.*

Pugio. Daga.

Pytheas de Massilia. Geógrafo y navegante griego, alcanzó el mar del norte.

Queruscos. Pueblo germánico que alcanzó gran relevancia durante la tercera guerra de Germania, que se relata en esta obra, debido, fundamentalmente, a la fama del caudillo conocido entre los historiadores romanos como Arminius. De las tribus queruscas nació el libertador de Germania y uno de los peores enemigos de Roma. Antes, los queruscos se unieron a la confederación de los teutones junto a los helvecios ligurinos y los marcómanos, para luchar contra Roma en el año 102 a.C. e invadir el norte de Italia por la zona este del frente que va desde Noricum hasta Aquileia, pero habiéndose reunido en los Alpes se enteraron de los exterminios ocasionados por los ejércitos romanos de Cayo Mario, y retrocedieron a sus emplazamientos originales. Paradójicamente, tras la muerte de Arminius los clanes queruscos encuentran un oscuro final. Tácito refiere que, a falta de enemigos, los queruscos sucumbieron ante sus vecinos germanos con la desaparición del linaje de Segimer, continuado por su nieto Italicus, hijo de Flavus, nombre latino de Segifer en este relato, el hermano mayor de Arminius.

Querúsquia. Patria de los queruscos, cuyos límites inciertos recorrían las ciénagas norteñas entre los cursos medios del Wesser y del Elba.

Ragnarök. Expresión islandesa que define el fin del mundo según la mitología germánica y la tradición vikinga.

Re coquinaria. Literalmente, asunto o cosa culinaria; hoy diríamos *gastronomía.*

Res Gestæ Divi Augusti. *De las obras del divino Augusto.* Testamento literario de Augusto cincelado en docenas de columnas que fueron repartidas por Tiberio en todas las provincias a la muerte del emperador. Aunque se le dedicará un breve apéndice al

final de esta tetralogía, cabe señalar que, para Levi, en el *Res Gestæ* se advierten tres grandes temas: las empresas de Augusto, los honores por él recibidos y los gastos realizados a favor del estado por el emperador. Por todo ello se han incluido numerosas citas a lo largo del texto, que dan al espectador un contrapunto entre lo que realmente ocurría, como nos lo han demostrado los historiadores posteriores, y lo que Augusto quiso que se supiese y lo que su estado promocionó. No es casual que el desastre de Teutoburgo no encuentre referencia alguna en este *memorandum* publicitario. La política de Augusto, como toda política imperialista actual o pasada, tenía como finalidad ocultar cualquier elemento que pudiera desprestigiar su gobierno. Respecto a la estructura del texto, el lector no ha de extrañarse de que aparezcan a lo largo de esta obra en aparente desorden: pues en el *Res Gestæ* original no se trata de que estos temas aparezcan claramente diferenciados, por el contrario, están mezclados y sin seguir un orden cronológico, cuestión, esta última, que se advierte claramente, mientras que esta obra sigue una estricta sucesión cronológica y geográfica. Para Levi esto se debe a que en el documento: «existe un ritmo que a nosotros aparece como secreto, pero de cuya existencia nos damos cuenta ya que constatamos que la exposición está ordenada según una regla interior. El ritmo está regulado por la finalidad del documento, y la composición está determinada de la misma manera, y esto es fruto de la necesidad de hacer resaltar el carácter excepcional de la persona de Augusto y el progresivo intercambio de obras y reconocimientos. Parece necesario señalar que los tres temas no ocupan la misma importancia en la composición de la obra. Como nervio central aparecen las empresas mismas de Augusto, vale decir, las obras de su gobierno. Los otros aspectos se desprenden de aquí. En efecto, los honores son mencionados para demostrar el reconocimiento social que han obtenido sus empresas, así como para señalar que el emperador contó siempre con un amplio respaldo.

Rex Sacrorum. Véase *Flamen dialis.*

Rhenus. El actual río Rin. Se consideraba tan ancho, veloz y hondo, que fue imposible construir puentes hasta que Julio César lo consiguió a mediados de la primera centuria anterior a Cristo. Los puentes fueron construidos con la técnica del contrapeso, apostando vigas de refuerzo contra la corriente para permitir que la estructura clavada en el lecho de río resistiera su empuje.

Rorarii. Unidad del antiguo ejército romano.

Rúgios. Pueblo germánico referido por Tácito *(Germania).* Habitaba las orillas del Vístula. Runas. Signos de escritura utilizados por los antiguos germanos. El cuadro fonético expuesto a continuación es el más completo y aproximado que se ha desarrollado a partir del Futhark, el cuadro de runas más antiguo. Por ser el más habitual en el oeste de Europa septentrional, cabe suponer que los queruscos recurrían a una forma aproximada para realizar sus registros sagrados en monumentos megalíticos como los de Externstein.

Los signos de interrogación del cuadro se refieren al significado de algunas runas que nunca han quedado del todo esclarecidas para los arqueólogos.

Cuadro fonético:

Nombre (reconstruido)	Sonido	Nombre (reconstruido)	Sonido	Nombre (reconstruido)	Sonido
Fehu („Ganado“)	f	haglaz („Granizo“)	h	teiwaz, tīwaz („Dios del Cielo, Tyr“)	t
ūruz („Uro“)	u	naudiz („Penuria“)	n	berkanan, berk(a)nō („Rama de abedul“), berkō (“Abedul”)	b
Þurisaz („Gigante“)	þ (th inglesa)	eisa-, īsan (“Hielo”)	(ei), i	ehwaz („Caballo“)	e
ansuz („As “)	a	jēran („(buen) Año“)	j	mann- („Hombre“)	m
raidō („Cabalgata, Carro“)	r	ī(h)waz („Tejo“)	i	laguz („Agua, Lago“) o laukaz (“Puerro”)	l
kaunan (?) („Herida“)(?)	k	perþō? perþrō? pezdō?	p? (sonido no esclarecido)	ingwaz („Dios Ing“)	ng
gibō („Don“)	g	algiz (?) („Alce“)	-z, -R (consonante final)	dagaz („Día“)	d
wunjō („Maravilla, Milagro“ ?)	w	sōwulō („Sol“)	s	ōþalan („Herencia, Tierra“)	o

Cuadro gráfico:

Sagittarii. Arqueros.

Sagum. Capa.

Sajones. Antiguo pueblo germánico. Habitaban originalmente al norte del Elba. Son conocidos desde la antigüedad por su terquedad, su fiereza y su carácter indómito.

Sala. Actual río Saale.

Saltus Teutoburguensis. Literalmente, *Sierras de Teutoburgo.* Nombre dado por los geógrafos romanos a las elevaciones existentes entre los ríos Ems y Wesser, así como donde tiene su nacimiento el Lippe, afluente del Rin; territorio sureste de los montes Osning (lat. *Osnengi).* Territorios escabrosos y de austera orografía. En la actualidad conserva el mismo nombre en alemán: *Teutoburger Wald.* Muchos nombres de lugares en sus inmediaciones hacen pensar que la mención adjudicada por el obispo Ferdinand von Paderborn en 1710 a lo que anteriormente se denominaba *Lippischer Wald* es acertada, dado que algunos lugares del entorno reciben nombres como *Winnefeld*, Campo de la Victoria, o *Knochenbahn*, Camino de huesos, o *Mordkessel*, Desfiladero de la Muerte, que indudablemente demuestran cómo la geografía de Osning quedó impregnada por las secuelas de la decisiva e histórica batalla protagonizada por Arminius al frente de la armada germánica en septiembre del año 9 d.C.

Scalæ speculatoriæ. Especie de carretilla con un entablado enclavado en la cumbre, sobre la que un soldado era puesto con funciones de observación.

Scandia. Nombre dado por los romanos a Escandinavia.

Scorpio. Máquina de guerra que lanzaba flechas.

Scutum. Escudo.

Secutor. Tipo de gladiador al uso entre los espectáculos romanos.

Sesquiplicarius, pl. sesquiplicarii. Suboficial con salario una vez y media mayor que un soldado raso.

Sestercio. Valor del sistema monetario romano. En época de Augusto, era de latón, pesaba entre 25 y 30 gramos y equivalía a cuatro ases.

Signifer. Cada portador de un estandarte de señalización en las legiones romanas.

Signum. Estandarte de la centuria.

Skuld. De las tres nornas mitológicas, la que mira el futuro.

Sleipner. En la mitología germánica, nombre del caballo de Wotan. Tenía ocho patas, era furioso y galopaba rodeado de temibles tormentas.

Socii. En la antigua Roma, aliados itálicos.

Spatha. Espada larga utilizada por la caballería romana.

SPQR. *Senatus Populusque Romanus.* Iniciales del Senado y del Pueblo Romano.

Spintrias. Se desconoce si estos sirvientes cortesanos en la alta sociedad romana nacieron con anterioridad al mandato de Calígula, pero es seguro que a partir de este emperador comenzamos a tener notas históricas concretas. Al parecer, tenían la misión de organizar espectáculos para las orgías de sus señores, inventando todo tipo de cópulas monstruosas y de actividades lascivas, llegando a extremos horribles que involucraban el uso de niños y niñas en los baños.

Stibium. Cosmético negro usado por los romanos a base de polvo de antimonio. Era usado para las cejas y para las pestañas, tanto por hombres como por mujeres. Era algo así como el rímel de la época romana.

Suevos. Pueblo germánico emparentado en el este con los marcómanos. Su caudillo más famoso fue Ariovist, vencido por Julio César.

Subligaculum. Especie de calzón ajustado al cuerpo con forma de faja utilizado como ropa interior que envolvía la cintura y el bajo vientre, lo más probable es que fuera de lana.

Subligar. Taparrabos de la indumentaria romana.

Sudeta, Monte. Los actuales montes Sedetes en Checoslovaquia.

Sugámbria. Nombre creado para los territorios habitados por los *sugámbrios*, en las fuentes del Lippe y del Rura.

Sugámbrios. Pueblo germánico. Todas las notas históricas que sobreviven a cerca de ellos hablan de grandes matanzas y opresiones sobre sus gentes desde las invasiones de Julio César hasta la llegada de Varus. Resulta curioso observar como, a pesar de ello, nunca fueron dominados definitivamente, y esperaron la ocasión para levantarse en armas contra Roma. Odiaban profundamente al Imperio. Surtur. Divinidad masculina de la familia de los vanes, habitante del fuego, gobernador del mítico sur que la imaginación de los germanos concibió como un mundo de fuego y gas ardiente.

Tablinum. Habitación del *paterfamilias*, especie de despacho provisto de armarios y cama.

Tahalí. A diferencia de la falcata o el gladio latino, la espada empleada por los germanos y gran parte de las tribus galas era mucho más larga, su técnica de manejo pasaba por el empleo de las dos manos, y para ser transportada requería el *tahalí*: una suerte de cinturón de cuero cruzado sobre los hombros que permitía a la espada permanecer cruzada pendiendo del mismo sobre la espalda del guerrero.

Tanfana. Uno de los muchos nombres dados a *Nerthus.*

Taunus, montes. Nombre latino que ha sobrevivido hasta la actualidad en las inmediaciones de Schwarzwald.

Téncteros. Pueblo germánico ubicado al oeste del curso del Lupia en la Edad de Hierro Prerromana.

Tessera. Tabla donde se escribe la contraseña para las guardias.

Tesserarius. Ordenanza cuya función principal era la de organizar las guardias y repartir los deberes de los soldados. Su nombre viene de la tabla que recibía cada noche y donde se escribía la contraseña para las guardias *{tessera).*

Teutoburgo. Literalmente, la ciudad de los teutones. Se desconoce la razón por la que los geómetras romanos denominaron

a esta región de esa manera. Todo hace suponer que pensaron que en aquellos bosques, sierras y ciénagas habitaron en algún momento los teutones, quienes en los tiempos de este relato, en torno al año cero, estaban establecidos mucho más al norte, al sur del Quersoneso Címbrico.

Teutones, Bosque de los. Véase *Saltus Teutoburguensis.*

Teutones. Gran pueblo germánico que protagonizó, junto a los cimbrios, la Primera Guerra de Germania entre los años 120 y 102 a.C, invadiendo suelo romano (Galia Cisalpina) hasta el valle del Po y desplazándose después hasta el norte de los Pirineos, atravesando a sangre y fuego las Galias. Fueron vencidos por Mario en Aqua Sextiae y en Arausio. A su posterior fragmentación se atribuye el nacimiento de las numerosas tribus germánicas de los ingveones, aunque no existe todavía consenso entre los arqueólogos sobre esta cuestión.

Thing. Palabra que los germanos usaron para referirse al *consejo* de una tribu, ubicado en un lugar preeminente o sagrado, al que también se referían con el mismo nombre. En Islandia, el *Thing* continuó como forma política hasta el año 1000. Forma política federal. Confederación de una o diversas tribus con un hermanamiento u origen común en la adoración de un dios, en la convivencia de vecindad, o en el dominio sobre territorios colindantes.

Thor. Tor. Divinidad a la que se atribuía el poder del trueno y del rayo. Perteneciente a la familia de los ases, ha quedado caracterizado como un guerrero pelirrojo de fuerza descomunal cuyo martillo, Mjóllnir, era capaz de abatir cualquier objetivo tras ser lanzado por su señor. Se consideraba que el rugido de las tormentas era el ruido de las ruedas de su carro, tirado por inmensos machos cabríos a los que podía asar y devorar, para volver a resucitarlos después a su antojo.

Thorsberg. Acantilados suecos con una altura de más de mil metros sobre el nivel del mar. Son considerados por la tradición uno de los altares del dios Thor.

Thule. Isla mítica entre los pueblos germánicos, de la que encontramos referencias veladas en los navegantes latinos y griegos. Podría tratarse de Islandia, aunque esto no ha sido demostrado.

Tiberis. Actual río Tíber.

Tíbocos. Pueblo de la confederación de los galo—germanos *belgæ*.

Toga picta. Véase *triunfo*.

Toga trabea. Toga que vestían los *augures* (véase voz) y los pontífices. Tenía una orla púrpura y rayas alternas de color rojo y púrpura. Cicerón la llamaba la toga de los «colorines».

Toga pulla. Toga del luto, tejida con una lana teñida de negro.

Toga virilis. *Toga de la virilidad*. Se trataba de la toga alba o pura, que era blanca y lisa, aunque probablemente tenía un color tirando a amarillo, que la diferenciaba de la *toga candida*, la toga que vestían los *candidatos*, blanqueada al sol y espolvoreada con cal.

Tormenta. En latín, vocablo que definía un conjunto de máquinas de guerra que acompañaban a ciertas legiones en aquellos asedios o incursiones que así lo requerían. Comprendían el conjunto de balistas, catapultas, escorpiones y onagros de toda índole.

Trágula. Pequeño venablo impulsado por un látigo que era capaz de lanzarlo a gran distancia.

Tréveros. Pueblo de la confederación de los galo—germanos *belgæ*.

Triarii. Unidad del ejército romano equipado con corazas y largas lanzas.

Tribulus. Arma defensiva para evitar cargas enemigas, consistente en cuatro brazos de madera o metal con las puntas afiladas y endurecidas al fuego, y atadas de modo que cayese como cayese siempre se encontraba una punta hacia arriba. Se colocaban

en fosos cubiertos por enramadas, con objeto de proteger una frontera o un campamento de los ataques de caballería.

Tribuni angusticlavii. Tribuno de la orden ecuestre.

Tribuni cohortes. Tribuno, oficial durante el imperio al mando de una cohorte.

Tribunus laticlavius. Tribuno de la orden senatorial, jefe supremo de los tribunos de una legión.

Tribunus militum, pl. tribuni militum. Tribuno, oficiales al mando de una legión en la época republicana, y que pasaron a ser oficiales no profesionales adjuntos de un legado durante el imperio.

Triclinium. Comedor, sala habilitada a tales usos.

Trirreme. Antigua nave romana con tres órdenes de remos.

Triunfo. En Roma, el más alto honor que concedía el Senado a un general victorioso. Después de haber sido aclamado *imperator* por las tropas, debía solicitar el *triunfo* al Senado, pues solo él podía aprobarlo, aunque a veces tenía potestad para aplazarlo sin justificación. Consistía en un impresionante desfile con un itinerario bien trazado de antemano desde la Villa Pública del Campo de Marte pasando por la Porta Triumphalis, el Velabrum, el Fórum Boarium y el Circo Máximo, y dirigirse más tarde por la Vía Sacra del Fórum hasta concluir en el monte Capitolino, a los mismos pies de la escalinata del Templo de Júpiter Optimus Maximus. El triunfador entraba vestido con la *toga picta*, que era completamente púrpura, ribeteada en hilo de oro y a veces con dibujos bordados que sugerían las gestas del vencedor, seguido por su escolta de lictores, y ofrecía al dios supremo los laureles de la victoria. Más tarde daba comienzo una gran fiesta que, según las ocasiones, podía incluir a buena parte del pueblo romano.

Triumphator. General por el que se celebraba un *triunfo* (véase), o que lo obtenía.

Tuisto. El más antiguo nombre del principal dios germánico.

Turma. En el ejército romano, unidad básica de caballería compuesta por treinta y dos jinetes bajo el mando de un decurión.

Úbios. Pueblo germánico deportado por Roma, con el que fundó Colonia Agrippina, hoy conocida como Colonia.

Uro. Bisonte europeo. Prácticamente extinguido en la actualidad, sólo habitan algunos ejemplares en el Cáucaso. Los historiadores latinos escriben que en los tiempos de Augusto estaban muy extendidos por Hispania, Galia y Germania. Destacaban su combatividad, que para algunas tribus bárbaras se convertía en seña de identidad. Los combates a caballo y la caza del uro formaban un ritual iniciático obligatorio para la casta guerrera de ciertas tribus germánicas y celtas.

Usípetos. Pueblo germano emparentado con las estirpes sugámbrias y brúcteras. Habitaba las orillas del Ems.

Vae victis! *¡Ay de los vencidos!* Famosa frase atribuida a Breno (véase arriba), régulo de los galos que sitiaron Roma durante seis meses en el año 390 a.U.c. Breno acuñó esta expresión cuando los romanos se quejaron de que las pesas con las que se calculaba el rescate, fijado en mil libras de oro, estaban falsificadas, a lo que el galo respondió con la popular frase añadiendo su espada sobre las pesas. Con ésta se quiere decir que el vencido no está ya en posición de negociar con el vencedor y que ha de respetar sus reglas, por desventajosas que le parezcan, así como mostrarse agradecido por no tener que lamentar mayores quebrantos. Véase *dia nefas.*

Valquiria. Divinidad germánica o mujer de origen noble o preeminente entre las tribus germánicas, escogida por Wotan para acompañarlo en el campo de batalla. Vienen a ser una proyección de la voluntad absoluta, o el arbitrio simbólico del dios supremo. Era su cometido avistar a quienes debían morir en la lucha, y los trasladaban una vez caídos sobre sus corceles nubosos hasta el

paraíso de los guerreros. Allí amenizaban la eterna reunión y escanciaban el hidromiel sagrado, algo así como el equivalente a la ambrosía y el néctar jovianos del panteón nórdico.

Vándalos. Pueblo germano en el este, emparentado con los godos. Vivían en los valles del actual río Oder.

Vanes. Germ. *Vanir.* Familia de divinidades cuyo culto era anterior al de los *ases,* y por lo tanto carentes de personificación humanizada. Se les atribuye a cada una el poder de alguna fuerza de la naturaleza en sentido abstracto o muy general. La tierra, la fertilidad, el cielo, las nubes, los bosques. Poco a poco se convertirán en el escenario de fondo mítico—mágico sobre el que se proyectarán las humanizaciones divinas propias de las edades de los metales.

Vangiones. Pueblo perteneciente a la confederación de los galo—germanos conocidos como *belgæ.*

Vélites. Legionarios romanos más ligeros y jóvenes, y también más inexpertos, que cargaban con el *pillum* y el gladio.

Vellum. Conjunto de telas bastas con las que se cubrían las gradas de los anfiteatros durante la celebración de espectáculos.

Venado. Espectáculo en forma de cacería que se ofrecía a los públicos de Roma. Las *venatio* eran la expresión más antigua de los juegos, y trataban de simular batallas y cacerías. Con el paso del tiempo, las *venatio* se convirtieron en auténticas matanzas y exhibiciones de violencia.

Vercellæ. Actual ciudad de Vercelli.

Vestales, vírgenes. Vesta, la diosa del fuego y del hogar, disponía de un importante templo en el Fórum de Roma que era regido por el colegio de sacerdotisas conocidas como vírgenes vestales. Eran dieciocho, y sólo después de treinta años podían casarse, lo que suponía un alto honor para los elegidos. Vivían en la misma casa pública que el pontífice máximo, en una zona aparte. Eran seleccionadas entre los tres y los diez años de edad. Disponían de privilegios tales como una mayor independencia que las mujeres

normales, puestos privilegiados en la celebración de los juegos, moverse en litera por la ciudad y administrar sus propios bienes sin la *pater potestas.* Entre sus obligaciones estaba la de cocer el pan sagrado para las ceremonias más importantes, así como tomar parte activa en los sacrificios del estado. Eran inviolables, y su sangre jamás debía ser vertida, pues se considerada signo de gran fatalidad; por ello si alguna de ellas rompía su voto de castidad era muerta por estrangulación, evitando que se derramase su sangre, en el Campus Sceleratus, tras la Muralla Serviana, o bien era encerrada en una cámara subterránea tapiada. Al amante se le azotaba hasta la muerte en el Comitium.

Vetera Castra. Actual ciudad de Xanten.

Vexilla. Estandarte con el nombre de la legión o unidad.

Vexillarius, pl. vexillarii. Portaestandarte que portaba el vexilla.

Viadrus. El actual río Oder (a partir del eslavo *odra).*

Vicessima galliarum. Modalidad de impuesto cobrado por Roma en las Galias durante el mandato de Augusto.

Vindélicos. Pueblo de la confederación de los galo—germanos conocidos como *belgæ.*

Vindobona. La actual Viena.

Vinea. Estructuras fijas que se utilizaban para la protección de los soldados en un asedio.

Vindonissa. Actual ciudad de Windisch.

Visurgis. El actual río Wesser.

Vomitorium. Habitáculo provisto de cubas o de agua corriente que, en las villas de la alta sociedad romana, era usado para uso de los comensales que asistían a un gran banquete, con objeto de forzar el vómito y recuperar el hambre, y así poder continuar comiendo hasta una nuevo estado de saciedad. Hubo varias leyes, como la Licinia, que trataron de prohibir esta corrupción de las buenas costumbres antiguas, pero el auge de la riqueza y la

influencia de oriente eran tales, que fue imposible poner freno a los excesos de Roma.

Wabnum. Término germano, ancestro del al. *Waffen. Armas.*

Walhall. Según la mitología germánica, la gran sala sobre los montes de Asgard en la que Wotanc cobijaba a sus héroes. Se decía que sus techumbres estaban recubiertas de escudos, y que las valquirias servían el hidromiel a los héroes que aguardaban el Ocaso de los Dioses.

Wotan *(Wottan, Wuotanc, Wodden, Wodan).*Del verbo germ. *wuodden, rabiar, encolerizarse.* Nombre del dios supremo de la guerra, ídolo de los seres humanos, y patriarca de los *ases.* Filológicamente J. Grimm lo emparentó en su *Mitología Alemana* con la cualidad más apreciada del guerrero: la cólera. Véase *furor teutonicus.*

Wulfmunda. Aldea natal de Arminius. Es nombre creado por este autor, a partir de la raíz germánica *wulf, lobo*, y del al. *mund* en su forma antigua germ. *munda, boca, guarida, protección, cerco: boca del lobo, cerco del lobo*, por ser el centro de reuniones de los clanes del lobo negro, de los que procedía Arminius, y, en mitología, la estirpe familiar de Sigfrido. De cualquier modo, a este destino venían a confluir muchas razones mitológicas. Se considera que Arminius fue el referente histórico del que surgió el cuento mitológico de Sigfrido, y a la familia de Sigfrido se le atribuía un origen divino, y se le conocía en las sagas relativas como la familia de los *Welsungos*, o *Volsungos*, en al. *Wolfsungen*: los lobatos, los cachorros del gran lobo, que vendría a ser el progenitor de toda la estirpe, Wotan—Odin. No es de extrañar que muchas tribus germánicas se atribuyesen un origen espiritual—natural (véase *Berserker)* en el lobo, el oso, el ciervo... todos ellos animales cazadores—recolectores, en igualdad de condiciones económicas que el hombre en la Edad de Piedra, época por lo demás incierta en la que tuvieron origen todos estos oscuros mitos.

Yugurta. Rey de Numidia (160—104 a.C). Durante varios años sostuvo una guerra contra Roma, en la que resultó vencido.

Zankrist. Es nombre inventado por el autor. A partir del alemán *zank, disputa, pendencia*, y de *rist, rüst, armadura (Waffenristung), coraza (Ristung)*, que a su vez en germ. ant. significa *tumulto, estruendo. Zank+Rist.* Ziu. Nombre antiquísimo de la tradición mitológica germánica. Jacob Grimm, en su *Mitología Alemana*, lo emparienta con Irminur a modo de divinidad del cielo. Hermano de Tuisto, a veces es confundido con él. Junto a éste, forma la primitiva unidad votiva del arquetipo Wotan—Odin.

OceanofPDF.com

MAPAS

Germania Occidental

Mapas del «Atlas Antiquum», de Heinrich Kiepert.

Germania Oriental

Lauriacum
Arlape
Aquae
Flexum
Scarabantia
Savaria
PANNON
Virunum
Poetovio
Jovia
Celeja
Lentulae
Carroduna
Andautonia
Segestica
Siscia
Romula
Arupium
Senia
Tergeste
Piquentum
Flanona
Alvona
Tarsatica
Metullum
Savus
Drava
Murus
Colapis
Indenza
Servium

OceanofPDF.com

NOTAS

[1] *Expresión con la que a menudo los germanos se referían al oro, metal que consideraban bello pero, a diferencia de los romanos, no tan supremo como el acero, hasta que el comercio le dio un nuevo valor.*

OceanofPDF.com